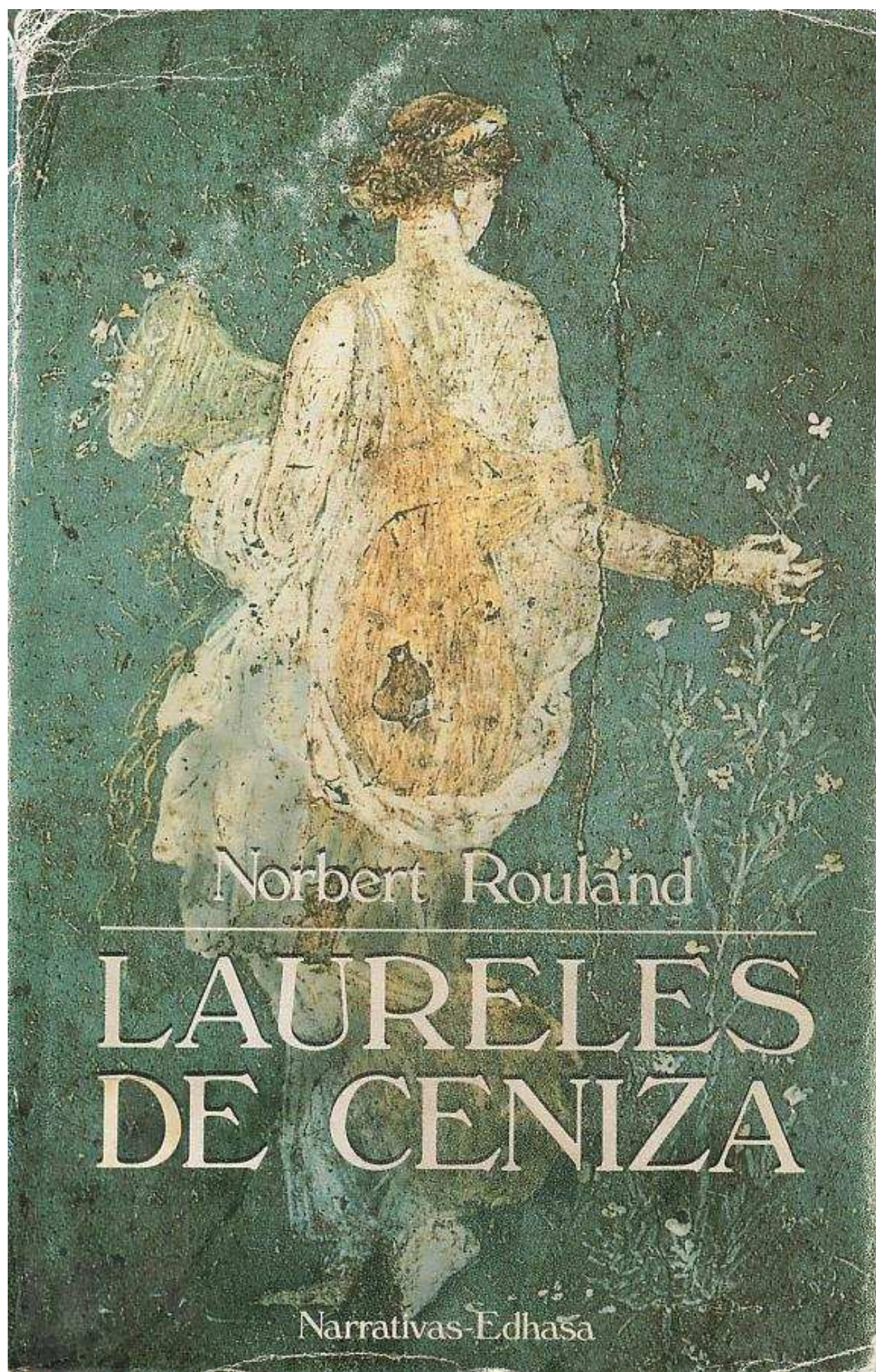




Norbert Rouland

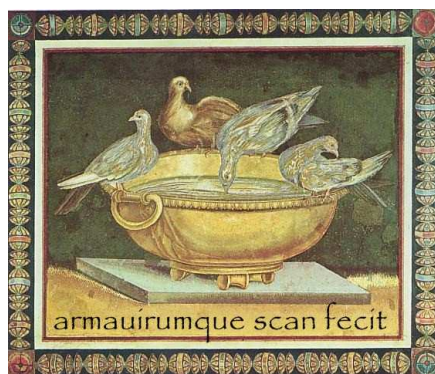
LAURELES DE CENIZA

Narrativas-Edhasa

Norbert Rouland

LAURELES DE CENIZA

EDHASA



Título original:
Les Lauriers de cendre
Traducción de Lourdes Díaz

Diseño de la colección: Joan Pedragosa

Primera edición: marzo de 1990
© 1984 Actes Sud
© 1990 Edhasa
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
Tel.: 239 51 05*

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier
medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 84-350-0549-6
Depósito Legal: B-766-1990

Impreso por HUROPÉ S.A.
Recaredo, 4. 08005 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Laureles de ceniza

Norbert Rouland

ISBN 84-350-0549-6

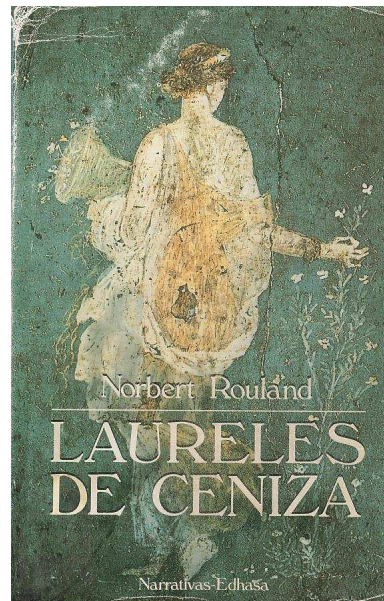
Trad. de Lourdes Díaz

Páginas: 334

Formato: 15 x 23,3

Encuadernación: Tapa dura con sobrecubierta TELA

TEMA: NARRATIVA HISTORICA



La austera república romana tiene que hacer frente a las desgarradas luchas por el poder a medida que va absorbiendo nuevos territorios. Las turbulentas disputas de las facciones políticas, así como la hecatombe de Pompeya sirven de escenario a esta gran novela, en la que se relata la historia de un protagonista de ficción, Lucio Livio. Cuando éste nace en Roma, bajo la república, un porvenir digno de la familia aristocrática a la que pertenece se abre ante él. Una adolescencia feliz, amores en Pompeya, una expedición al Hiperbóreo parecen confirmar los presagios... hasta que la tragedia cambia irremediablemente este destino... *Laureles de ceniza* nos revela elocuentemente las costumbres, las pasiones y la violencia de una sociedad que nos parece a la vez extraña y familiar.

NORBERT ROULAND Historiador y jurista, une el talento al rigor para ofrecernos una lograda exposición de la vida de un personaje de ficción dentro de la Roma republicana real. A través de un riguroso respeto a la cronología y los hechos documentados de una reflexión ágil y fluida, desprovista de las asperezas del estilo del libro de texto universitario, logra crear una novela histórica muy amena y de innegable buen nivel. Ha publicado además, entre otros libros, *Les esclaves romains en temps de guerre* (1977), *Pouvoir politique et dépendance personnelle dans l'Antiquité romaine: genèse et rôle des relations de clientèle* (1979), *Rome, démocratie impossible?* (1981).

Ilustración de la cubierta: *La primavera*, pintura romana. Fresco procedente de la antigua ciudad de Stabias (Museo Nacional de Nápoles).

Diseño de la sobrecubierta: Ripoll Arias

Aureliae carissimae

I

La infancia de un noble

Es en efecto en el umbral de la juventud, en el momento en que es mayor la debilidad para juzgar, cuando cada uno se propone a sí mismo la forma de emplear su vida, según lo que más le agrada. ... La mejor herencia que los padres pueden dejar a sus hijos, más preciosa que todos los patrimonios, es la gloria de su virtud y de sus actos: deshonrarla debe juzgarse como un sacrilegio y un vicio.

CICERÓN, *Los oficios*

Aulo escrutaba la cara de su mujer. Las criadas balbuceaban, formulando súplicas de gracia. Terencia iba a morir. El trabajo de parto se prolongaba demasiado y la noche caía sobre Roma. Terencia jadeaba y fijaba los ojos en una de las manchas marrones del techo. En medio de las oleadas de dolor que la anegaban, ella se concentraba en la inmovilidad de ese punto. Cuando la mancha desapareciera, la vida la abandonaría. La sacudió un espasmo. Sentía su vientre desgarrarse. La fuerza extraña abría su pelvis, la impulsaba a estallar. Sus facciones se contrajeron esperando este rompimiento. Aulo apartó los ojos. La cara convulsionada de su mujer le daba horror. Su mirada se dirigió a Lysios. El hombre apoyaba sus manos sobre el vientre de Terencia para aliviarla. Aulo había comprado a un precio muy elevado este esclavo, que pretendía descender de Hipócrates.

Le dijo coléricamente:

—Escúchame bien, maldito griego. Parece que eres uno de los mejores parteros de Atenas. ¡Si mi mujer muere, te haré marcar con un hierro candente el nombre de Hipócrates sobre la frente! ¡Luego te meteré en un saco lleno de serpientes y te lanzaré al Tíber para castigarte por haberme privado de descendencia!

Lysios quedó petrificado. Sin añadir nada más, Aulo continuó mirándolo fijamente. El grito de Terencia se alzó con intensidad entre ellos. Doblada por el dolor, crispaba sus blancas manos sobre los montantes de la silla de parir. El sufrimiento cedió, antes de un nuevo asalto. Sabía que nada lo detendría hasta que todo hubiera terminado. Lysios de nuevo se ocupaba de ella, quien ni lo veía. El mundo se reducía a esos desgarramientos intensos que atravesaban su vientre. Y sobre todo el dolor. Ese dolor terrible que acribillaba sus riñones como una flecha y anudaba sus entrañas.

Aulo salió de la estancia profiriendo nuevas amenazas contra Lysios. Se dirigió al atrio, iluminado tenuemente por unas antorchas resinosas. Unas sombras bailaban sobre el larario, el altar consagrado a los dioses protectores de la familia. Aulo se sentó frente a él, en el pequeño banco. Adosándose al muro, sintió la humedad a través de su toga. Un escalofrío lo sacudió. Levantó sus ojos enrojecidos por la fatiga hacia las pequeñas estatuas de los penates. No podía ni distinguir sus sonrisas protectoras: a la luz vacilante de las antorchas, sus labios formaban una mueca desdeñosa.

¿Por qué los dioses le abandonaban? Había cumplido escrupulosamente los ritos. Se vio a sí mismo, tres días antes, entrando en el Capitolio para rezar ante un Júpiter todo bondad y grandeza. Como las gentes del pueblo, había colocado a los pies de la estatua del dios una tablilla de cera donde estaban inscritas las oraciones de rigor: de esta forma Júpiter no olvidaría su visita. De regreso en su casa, había ido a la habitación de Terencia y había trazado tres círculos en el aire, sosteniendo en su mano un trozo de hierro para conjurar la suerte. Pero todo esto no había servido para nada. ¡Tanta gente le envidiaba y deseaba su desgracia! Le habían echado mal de ojo.

Suspiró largamente antes de incorporarse y abrió nuevamente los ojos. La antorcha situada en el larario acababa de apagarse: los penates se habían desvanecido en la oscuridad. Una ráfaga de viento más fuerte que las otras abrió la puerta del atrio que daba a la calle.

Antes de que Aulo hubiera tenido tiempo de levantarse para cerrarla, oyó el estallido seco de un objeto al romperse. Instintivamente, hizo el signo del cuerno con sus dedos: era un *oscillum* que acababa de caer. El día antes había colgado algunas de estas figurillas de tierra cocida, dedicadas a Saturno, en las ramas del árbol sagrado plantado en el umbral de su casa para atraer sobre ella la protección del dios. El viento no había tenido nada que ver con la caída del objeto: por medio de este signo, Saturno confirmaba sus temores.

Colocó sobre su cabeza un pliego de su toga y se sintió invadido por una inmensa fatiga. Júpiter, compadeciéndolo, hizo descender sobre él el olvido del sueño.

*

Cuando retomó conciencia, ya había terminado todo. El esclavo que vino a despertarlo debió repetirle tres veces que era padre de un niño. Finalmente, una vez que hubo comprendido, Aulo se levantó de un salto e irrumpió en la estancia donde descansaba su mujer.

Tendida en la cama, Terencia respiraba suavemente. Sus facciones estaban demacradas, pero apacibles. Encima de la mesa aún quedaban algunos trozos de tela ensangrentados. Lysios, con aire extenuado, pero visiblemente aliviado, guardaba sus instrumentos.

En la estancia flotaba un olor extraño. Los efluvios producidos por los misteriosos humores femeninos y el olor de la transpiración se mezclaban con el de los bálsamos aromáticos con los que las esclavas acababan de ungir el vientre desgarrado de Terencia. Una sola cosa era importante para ella: había terminado. El dolor había estallado entre sus piernas en el momento de la expulsión y se había desvanecido de golpe.¹

Los ayudantes de Lysios acababan de lavar al recién nacido. Él tenía ya algunos cabellos, pequeñas manchas húmedas esparcidas en su cráneo violáceo.

Lysios se dirigió hacia Aulo. Después de decir en un latín vacilante que la criatura era del sexo masculino, la tomó en sus brazos y la depositó a los pies de su padre. Si Aulo hubiese querido rechazarla, habría sido suficiente con volver su mirada hacia otra dirección. En ese caso, un esclavo habría cogido al recién nacido para exponerlo en el templo de la Piedad. Allí lo hubiera abandonado al pie de la columna de la leche: en ese lugar se depositaban los niños de pecho. El niño habría muerto, o una pareja sin descendencia lo habría recogido, o alguien se adueñaría de él para criarlo como un esclavo.

Pero la suerte que esperaba al recién nacido no era ésa. Tras reajustar los pliegues de su toga, Aulo se inclinó y lo tomó en sus brazos, mostrándolo a los que se encontraban en la estancia. Con este gesto, lo reconocía como suyo y se comprometía a educarlo. Con la punta de su dedo humedecido de saliva, sonriendo, trazó sobre la frente del infante los signos rituales contra la mala fortuna. El nene se agitaba cada vez más. Lysios temía que cogiera frío. Hizo un signo a la más anciana de las mujeres sabias. Ella alzó al bebé con delicadeza y lo envolvió en fajines ajustados, no dejando libre más que las puntas de los pies. Luego lo depositó en la cuna donde el niño cesó rápidamente de llorar y se durmió. Antes de dormirse ella también, Terencia murmuró algunas palabras que nadie entendió. Aulo se sintió cansado de repente y salió de la habitación.

*

Pasaron algunos días, durante los cuales Aulo había tenido que recibir a numerosos solicitantes. Tras su reciente éxito en las elecciones, todos los litigantes importantes de Roma complicados en procesos poco claros acudían a su casa para pedir su ayuda ante los tribunales. Escuchaba con lasitud a todos estos captadores de herencias y deudores sin delicadeza, prometía su apoyo a los que más tarde le podrían prestar algún servicio, despedía a los otros con algunas buenas palabras. Se había resignado a perder así innumerables horas al día. No solamente por interés: las gentes de su rango habían actuado siempre de esta forma. Y Aulo Livio era ante todo un hombre de tradición. Aunque sólo tenía treinta y siete años, se parecía en todos los aspectos a los antiguos romanos. Catón el Censor, el defensor implacable de las viejas costumbres, había fallecido tres años después del nacimiento de Aulo, el cual le rendía verdadero culto. Hizo suyas todas sus ideas, al punto de que Terencia, burlándose, lo llamaba «el doble de Catón». Podía excusarse su arrogancia: también en lo físico Aulo se parecía a Catón. Lina calvicie bastante pronunciada dejaba libre una frente poderosa, atravesada de arrugas que hacían pensar en un esfuerzo perpetuo de reflexión. Una nariz muy recta tomaba su sitio en una cara seca y enérgica, animada por unos ojos pardos de mirada penetrante. Su delgadez acentuaba lo inhabitual de su talla. Cuando aparecía en público, en la tribuna de las arengas o delante de los tribunales, Aulo tenía especial cuidado en adoptar un paso lento y rígido, para subrayar la solemnidad de sus propósitos. Parco de gestos, juzgaba que una frase bien estructurada valía más que las contorsiones a las que se libraban demasiados candidatos mediocres. Al elegirlo edil, el pueblo le había dado la razón.

Aquella mañana, en su biblioteca, Aulo había comenzado a dictar a su esclavo-secretario los argumentos esenciales del discurso que debía pronunciar el próximo idus delante de los ciudadanos para agradecerles sus sufragios. ¿Era por la fatiga de los últimos días o por la lentitud del escriba? No conseguía formular sus ideas correctamente. Por ello, le causó alivio oír la voz de Publio en el atrio. Despidió al esclavo con un gesto seco y salió de la biblioteca para recibir a su amigo. Antes de que hubiera tenido tiempo de saludarlo, éste le lanzó en un tono solemne que desmentía su amplia sonrisa:

—¡Trata de pasarlo bien, Livio, nuestro digno y virtuoso edil!

Aulo no pudo, a su vez, evitar una sonrisa: Publio no cambiaría nunca, con su manía de bromear constantemente, incluso sobre las cosas mas serias... Le devolvió el saludo y ordenó al esclavo— portero que le guardara el gran manto. Miró con satisfacción las dos bandas púrpura que se destacaban sobre la toga tejida de la mejor lana, sostenida más arriba de la cintura por la corpulencia de Publio. Esas bandas eran el signo de su perTerencia al Senado. Aulo movió la cabeza en señal de aprobación: era bueno que la distinción de un hombre pudiese reconocerse en el conjunto de su vestimenta.

Cuando estuvieron sentados en la biblioteca, Aulo preguntó a su amigo qué buen genio lo traía por allí. En un tono malicioso, éste le respondió:

—A propósito de buen genio, ¿es de suponer que tu hijo está bien de salud? Seguramente no habrás olvidado hacer recitar todas las plegarias de rigor.

—¡Siempre tan incrédulo! —replicó Aulo riendo.

Publio Claudio era bastante menos piadoso que él. Curiosamente, esto nunca lo había irritado. Se conocían desde hacía mucho tiempo. En la carrera política, Publio no había traicionado nunca el partido de las gentes de orden, el partido de los «mejores», como lo llamaba todo el mundo. Pero después de haber sido gobernador en Asia, se daba aires de personaje intelectual. En todo caso, sus amplias ideas y su vasta cultura —tal vez demasiado griega para el gusto de Aulo— no le impedían votar y actuar en el buen sentido. Era lo esencial. Aulo añadió riendo:

—No te equivocas. Dentro de algunos días, reuniré a mis amigos para celebrar el nacimiento. Espero que seas uno de los nuestros.

—Con mucho gusto. ¡Por algo fui testigo de tu matrimonio!

—En todo caso, ahora debes tener hambre. Voy a darte a probar un pastel cartaginés, cuya receta nos fue transmitida por Catón.

Publio reprimió una mueca. Las recetas del viejo Catón con sus sopas para el gusto campesino no le entusiasaban. Prefería el pescado y la carne de pavo o faisán, que había descubierto en Oriente.

No pudo contenerse de contrariar maliciosamente a Aulo.

—Para enemigo de los griegos, continúas comiendo a la espartana, aunque hoy sea Cartago la que te inspira. Cuando vengas a mi finca en la Campania, te haré servir un pescado que tu mismo Catón me envidiaría. He instalado unos viveros cerca de mi casa. Ahora lo consumo siempre fresco. Antes, con estos holgazanes de esclavos, la mitad de la pesca se echaba a perder entre el mar y mi mesa.

Aulo sonrió y se apartó para dejar pasar a su amigo. Entraron en la pequeña habitación que servía de comedor.

Aulo se había tenido que sacrificar por la moda: había tres camas colocadas alrededor de la mesa. No autorizaba su uso más que para la comida principal que tomaban a media tarde. El resto del tiempo, tenían que conformarse con los asientos. La vista excepcional que se disfrutaba desde allí sobre la villa, hacía más soportable su incomodidad. La casa estaba construida sobre el Palatino, al lado del Capitolio. Dominaba el Foro y la Via Sacra. Las tardes de verano, a Aulo le gustaba salir a la terraza y escuchar los rumores de la ciudad que subían hasta él. Publio era también sensible a este espectáculo. Su casa era mucho más lujosa que la de Aulo, pero construida más recogidamente, no ofrecía las mismas ventajas.

—Toma un poco de carne fría y dime qué te trae por aquí.

La cara de Publio, hasta entonces mostrando un humor alegre, tomó una expresión seria. Se concentró unos instantes antes de hablar.

—Demasiada gente, en Roma y en toda Italia, reverencia aún la memoria de los miserables Gracos y proyecta restablecer sus reformas.

Publio se interrumpió y pasó su dedo índice a lo largo de la banda púrpura que adornaba su toga. Cada vez que tenía que pronunciar el nombre de los Gracos delante de su amigo, no podía evitar sentirse molesto. Aulo podía execrarlos tanto como él, pero estaba emparentado con ellos.

En la época de su matrimonio, el partido de los dos hermanos era aún poderoso y contaba con apoyos hasta en el propio Senado. La Curia había tenido siempre entre sus filas individuos favorables a las ideas nuevas y las de los Gracos seducían a más de un senador. Por convicción —o más probablemente por cálculo— el padre de Aulo había juzgado favorable el casarlo con Terencia, cuyo *gens* estaba emparentado con el de la madre de los Gracos. El desarrollo de los acontecimientos había demostrado el carácter funesto de esta elección. Los Gracos habían tenido la intención de desposeer a los ricos de sus tierras para regalárselas a la plebe, sin tener en cuenta otras medidas tan ruinosas y absurdas como la distribución entre la gente del pueblo de alimentos a bajo precio. Felizmente, Roma se había librado a tiempo de los dos tribunos, haciéndolos liquidar uno tras el otro por buenos ciudadanos. Esto es por lo menos lo que decían los del partido de Aulo y Publio.

Incómodo por el silencio de su amigo, Aulo preguntó con brusquedad:

—¿Qué espera de mí el Senado?

Publio habló con voz lenta. Mientras que Aulo se expresaba de forma perentoria, con palabras rápidas, su amigo prefería las frases largas un poco pesadas, construidas sabiamente, a fin de que cada término correspondiera exactamente a los sutiles matices de su pensamiento.

—El partido **2** popular no ha muerto con los Gracos. No espera otra cosa que la venida de nuevos demagogos para volver a llevar ja discordia dentro de la ciudad. Atacarlo de frente sería inhábil. En el pasado, hemos sabido sacar ventajas de la agitación recuperando con una mano lo que dábamos con la otra. Es preciso continuar. Para empezar, hemos de adoptar medidas que vaciarán de

* Así en el original, pero *gens*, en latín es género femenino [Nota del escaneador]

contenido la reforma agraria. Dentro de algunos años, la aboliremos oficialmente. También está la ley frumentaria, y es aquí donde tú debes intervenir.

Publio se interrumpió y contempló a su amigo. Aulo escuchaba con atención. El Senado no había ahorrado esfuerzos para asegurar su éxito en las elecciones. Amigos, clientes, dinero de los más ilustres ciudadanos, había sido aportado para contribuir. Se esperaba que él recordara.

—En tanto que edil, tú aseguras el abastecimiento de trigo en Roma. Tendrás que arreglártelas para que los precios bajen, de manera que los repartos parezcan inútiles. Enterraremos la ley sin que nadie se dé cuenta y no tendremos que vaciar el Tesoro para mantener una malsana acumulación de grasa de plebeyos.

Aulo dio las seguridades requeridas. Tras lo cual los dos amigos pasaron un largo rato comentando la política de la Ciudad en África, que se enfrentaba con graves dificultades en este año 638. **3** Roma siempre se esforzaba en ponerse de acuerdo con los vencidos, mientras sacaba el máximo provecho de ellos. Los dejaba adorar a sus dioses, que acogía en su Panteón. Incluso se había erigido una estela al dios desconocido sobre una de sus colinas. Los pueblos sometidos conservaban su lengua y sus costumbres, pero estaban obligados a pagar tributos gravosos, y a reconocer la soberanía romana. Para garantizarla mejor, Roma se esforzaba en desmembrar los reinos. El rey de Numidia acababa de morir. En este caso, Roma había aprovechado para dividir su territorio entre sus tres hijos. Uno de ellos, que llevaba el nombre bárbaro de Yugurta y cuyo rostro soportaba una gran nariz y un mentón prominente, quería reinar solo. Ya había asesinado a uno de sus hermanos y perseguía al otro. Roma se inquietaba tanto más en cuanto al otro extremo de las tierras conquistadas los bárbaros del Norte avanzaban hacia sus fronteras.

Publio dio parte a su amigo de las últimas informaciones sobre estos temas y se despidió de él. Después de acompañarlo hasta su litera, que le esperaba en la calle, Aulo volvió a la biblioteca. Ésta se encontraba en el extremo opuesto al vestíbulo, al lado del comedor. La estancia era pequeña, pero bien arreglada. Algunas columnas con los capiteles decorados encuadraban unos armarios empotrados. Ante el muro principal señoreaba una estatua de Minerva, la diosa de la inteligencia y de la meditación. Envuelta en su toga, la cabeza cubierta con un casco, sostenía en su mano derecha levantada un rollo de papiro. En el centro de la habitación, había una mesa de madera, con un tintero de tierra cocida y una pluma. En el otro extremo de la mesa un estilete servía a Aulo cuando prefería utilizar las tablillas de cera. Los papiros estaban colocados dentro de cilindros de madera cuidadosamente ordenados en el interior de los armarios. Los anales de la familia ocupaban los estantes principales. Era la narración de los hechos más importantes de los antepasados, cuidadosamente conservada durante generaciones. Después de su matrimonio con Terencia, Aulo había hecho copiar por sus notarios los anales de los Cornelios, los padres de su esposa. Cuando preparaba sus discursos, llenos de anécdotas que daban relevancia a sus antepasados, no tenía más que consultar estos archivos para encontrar ejemplos que impresionaran al pueblo.

Pero Aulo no había venido a escribir. Reflexionaba sobre la conversación que acababa de mantener con Publio, y pensaba en su hijo. Cuando tuviera veinte años, él sería un anciano. ¿Habría Roma triunfado sobre sus demonios vencido a los bárbaros amenazantes? Desde su más tierna infancia, habría que enseñarle al niño que entre el bien y el mal, los límites son muy claros. Los ejemplos de sus antepasados estaban allí para probarlo: sólo escogiendo de una vez por todas su campo de acción y sus ideas es como se llega a triunfar. Y para Aulo, no existía ninguna duda de que los caminos que elegiría su hijo continuarían los suyos propios.

*

Los esclavos habían debido levantarse más temprano que de costumbre: todo tenía que estar preparado antes de que llegaran los primeros invitados. Tras comprobar que no habían olvidado nada Aulo decidió pasear por el atrio para hacer tiempo. Durante el día anterior por la tarde, había caído una lluvia abundante. En esto había visto un buen presagio, un signo de fecundidad. Para Terencia no era más que un capricho del tiempo. Ella se preocupaba mucho menos que su esposo de

las costumbres y de la religión. Hoy era feliz porque su hijo estaba bien, porque el cielo estaba sereno, porque era bella y lo sabía. Demasiado tiempo había temido tener que pagar su belleza al precio de la esterilidad.

Aulo sonrió al verla dirigirse hacia él. Con su blanca vestimenta, parecía que hubiera descendido de uno de los frescos que adornaban las paredes del atrio.

—Soy injusta con los dioses —le dijo bromeando—. ¡Tendré que ser tan piadosa como tú! Hace una semana me dieron un hermoso hijo, y esta mañana tú pareces casi enamorado...

Aulo rió de buen humor. Terencia recordaba muy poco a la severa matrona de tiempos antiguos. A menudo él echaba pestes contra su independencia y su fantasía. Pero además de su belleza, Terencia tenía una gran vivacidad de espíritu y una vasta cultura. Debía esto a los lazos que de antiguo mantenía su familia con los representantes más eminentes de la cultura griega. A estas cualidades se sumaban la seguridad que le aportaban su nacimiento y su importante dote. Aulo hizo bajar lentamente su mano desde el cuello de Terencia hasta su brazo, en un gesto de ternura.

—Se dice que Catón abrazaba a su mujer sólo cuando había tormenta, para tranquilizarla... Pero confieso que hoy, viéndote, ¡me dan ganas de olvidar todos estos principios!

Aulo apretó un poco más fuerte el brazo de Terencia, que le respondió con una sonrisa.

El liso rostro de Terencia ya no denotaba las señales de los dolores que había sufrido la semana anterior. Su peinado subrayaba su regularidad. Una raya de un solo trazo separaba sus cabellos morenos, adornados con una cinta púrpura y recogidos en un moño sobre la nuca. Su frente voluntariosa dominaba una nariz de alas finas y unos labios sensuales que contrastaban con la modesta dulzura de sus rasgos. El brillo de su mirada contribuía mucho al encanto que emanaba. Hecho extraño en las mujeres romanas, Terencia tenía unos enormes ojos azules, cuya claridad se sumaba a la que irradiaba su persona.

El rumor que subía del vestíbulo disipó la magia de este instante. Terencia y Aulo se volvieron hacia los invitados. No eran numerosos. Aulo había querido que esta ceremonia familiar se desarrollara en la intimidad. Excepcionalmente, había hecho que el esclavo-portero dijera a sus protegidos, que como cada mañana esperaban en la calle su óbolo, que hoy no los recibiría. Podrían obtener en las cocinas una ración de comida más grande que la habitual. Croando como pequeñas ranas, no habían reclamado lo restante, y Aulo se había evitado al menos esta molestia cotidiana impuesta por su rango. Acababa de dar la bienvenida a los primeros invitados cuando oyó la sonora voz de Publio:

—¡Que los dioses bendigan este día, y que bendigan también el vino de Falerno que vas a ofrecernos!

—Cúidate, Publio, y no temas nada: he hecho destapar mi mejor ánfora. Si estos holgazanes de esclavos no se han servido demasiado por su cuenta, tendremos de sobra.

La llegada de las amigas de Terencia interrumpió a Aulo. No las apreciaba mucho. Se metían en todo, incluso filosofaban, pregonando por todos lados su opinión sobre el gobierno de la Ciudad. La moda no venía de ayer. Catón mismo había tenido que aplicar reglas para rebajar la soberbia y el gusto inmoderado por el lujo de este tipo de mujeres. ¡Tiempo perdido! Cada vez eran más numerosas en la buena sociedad las que se daban importancia de esta forma, y el colmo era que Terencia misma animaba sus círculos. Como no era el momento de hacer de censor, Aulo no abandonó su serenidad. Luego rogó a sus invitados que se dirigieran a la pequeña habitación donde descansaba el niño.

El lactante dormía apaciblemente. Había llorado mucho los primeros días. No le gustaba que lo fajaran apretadamente como a una pequeña momia. Sólo sus pies desnudos sobresalían del volante de tejido que cubría sus tobillos. Le habían puesto una cofia en la cabeza que caía sobre su espalda.

Después de haber ordenado a los sirvientes que lo desfajaran, Aulo colocó un pastel de harina de trigo sobre el altar de la fortuna erigido en la habitación, y pronunció unas plegarias. Levantó al niño en sus brazos, cuidando de dejar libre su dedo del medio, para evitar el mal de ojo. Luego tomó la palabra. Todos lo escuchaban con atención.

—Las costumbres de nuestros antepasados nos prohíben dar un nombre a nuestros hijos antes de su decimosexto aniversario, cuando toman la toga viril. Me conformaré pues. No obstante, los dioses me perdonarán que no espere tanto tiempo antes de revelaros este nombre, que he escogido iluminado por el amor.

Terencia no pudo reprimir un movimiento de sorpresa: era raro oír a Aulo hablar de amor. Éste lo percibió, y le sonrió antes de volver a tomar la palabra.

—He pensado en primer lugar llamar a nuestro hijo Marco, en memoria de mi padre. Pero, cuando llegue el momento, le llamaré Lucio, pues nació al despuntar el alba, y también porque Terencia es la luz de esta casa.

Incluso el viejo escéptico de Publio estaba emocionado por el discurso de Aulo. En cuanto a Terencia, su habitual aplomo la había abandonado. Sus mejillas se tiñeron de rosa. La costumbre le impedía responder, pero miró a su marido con ternura.

Aulo fingió que tosía para recobrase, luego tomó un medallón de oro de las manos de una sirvienta. En su cara exterior había grabado un ojo, que debía devolver la mala suerte al que la hubiera lanzado. Aulo abrió el medallón y deslizó allí un trozo de coral. El coral tenía la fama de alejar de los niños y de sus casas toda mala influencia. Los que eran menos ricos que Aulo quedaban satisfechos con una pequeña bolsa de cuero donde introducían un trozo de hierro, pero estos materiales vulgares no eran tan eficaces.

Aulo colgó el amuleto del cuello de su hijo y se volvió hacia sus invitados:

— ¡Y ahora, amigos míos, dejemos descansar a nuestro pequeño Lucio y vayamos a disfrutar con este vino del que hace un momento nos hablaba Publio!

Era tarde cuando se separaron. Las antorchas ya no alumbraban. Aulipor, el esclavo encargado de ellas, escapó del castigo a causa de la borrachera incipiente de Aulo.

*

Pasadas las fiestas, la vida recobró su curso normal. La fortuna sonreía a Aulo. Pero esa mañana se sentía un poco cansado. Las ceremonias de su toma de posesión, los discursos a pronunciar y los amigos a los que agradecer, todo esto lo había absorbido considerablemente. Y las preocupaciones no hacían más que empezar. Aulo y sus colegas tenían que ocuparse del aprovisionamiento de la capital. Ésta no era una tarea fácil: con sus centenares de miles de habitantes, ⁴ Roma estaba superpoblada.

Cuando un siglo antes las legiones de Escipión habían aplastado Cartago, Catón había intentado poner en guardia a sus conciudadanos contra las embriagueces de la victoria y la tentación de las conquistas. Les había repetido en todos los tonos que era preciso detener a las legiones. Roma iba a perder su alma en los palacios de los príncipes orientales. Las estatuas griegas arrancadas de sus templos y que las pesadas trirremes desembarcaban cada día en Ostia se vengarían. Alejandro había muerto joven. Ésta sería también la suerte de Roma si no se estaba muy atento a sus advertencias. Al principio, se había escuchado a Catón. Pero frente a él, el clan de los Escipiones, bien aureolado con la victoria sobre Aníbal, predicaba lo contrario. Sus miembros sostenían que al conceder la victoria a Roma, los dioses habían manifestado claramente que la destinaban a la conquista del universo. La ciudad debía lanzar sus legiones por el mundo para llevarles la paz y la civilización. Los Escipiones no habían tenido dificultades para encontrar entre sus amigos griegos oradores elocuentes como Polibio para confundir las ideas y turbar las conciencias. Catón no había sido escuchado.

Tras Cartago, Macedonia, Siria, el Ática y Asia habían caído en las manos de Roma. Ésta instaló allí sus gobernadores, sus guarniciones y sus recaudadores de impuestos. Tres años antes de su muerte, Catón tuvo al menos la satisfacción de ver Cartago arrasada.⁵ Ni una piedra había quedado de esta ciudad de comerciantes que había osado desafiar a Roma. El dinero había afluído, al punto de que los ciudadanos romanos habían quedado exentos del pago del impuesto directo. Las ciudades conquistadas debían a Roma pesados tributos. Exangües, caían en manos de los financieros

romanos. Éstos les concedían préstamos a tasas de interés tales que acumulaban en poco tiempo fortunas considerables. No eran los únicos en aprovechar este maná. Los políticos también prosperaban. Cuando los magistrados dejaban el cargo, se hacían nombrar en provincias antes de intrigar para conseguir nuevos cargos en Roma. Allí se llenaban los bolsillos sin recato. Halagar al pueblo costaba caro. Vivir noblemente también. Los del rango de Aulo que continuaban llevando una vida simple eran la excepción. Enriquecerse se convertía en una necesidad más que en una tentación. Y ¿dónde hacer dinero tan rápidamente como en los territorios conquistados? A éstos Roma les arrancaba igualmente sus hombres. En la época de Aulo, no se habían visto nunca tantos esclavos. Una muchacha aún virgen, un adolescente con facciones delicadas o un buen cocinero alcanzaban precios elevados. Pero los otros habían llegado a ser tan numerosos que incluso la gente de recursos modestos podía adquirir alguno. En cuanto a los ricos, compraban por docenas esos instrumentos dotados de palabra y los hacían trabajar en sus grandes dominios. Los gastos necesarios para su mantenimiento eran tan mínimos como fácil el reemplazarlos. ¿Por qué cuidar a un esclavo enfermo o agotado cuando costaba menos comprar otro?, preguntaba a menudo Publio. Pero había un reverso de la medalla.

Cuando Aulo meditaba por la tarde en la terraza, contemplaba frecuentemente la ciudad. Las calles rebosantes de gente bordeaban la parte baja del Palatino y confluían hacia el Foro. Su mirada se dirigía a las casas de alquiler donde se apiñaban los plebeyos e, incluso ya bien entrada la noche, los ruidos del transporte le impedían frecuentemente dormirse. He aquí el precio de la conquista, pensaba. Parecía que en menos de un siglo todos los habitantes de Italia habían venido a amontonarse en Roma. Estos insensatos creían que la vida era más fácil aquí que en sus tierras, que habían tenido que abandonar.

A medida que se iban sucediendo las conquistas, los ricos anexionaban los territorios sometidos a la ciudad. Lo hacían sin base legal real, pero sólo unos locos como los Gracos proponían periódicamente reformas agrarias, que siempre abortaban. Los grandes dominios se ampliaban, absorbiendo en sus límites a las pequeñas explotaciones que sus propietarios, retenidos por largo tiempo bajo las enseñas de la legión o muertos en combate, no podían continuar manteniendo. La ganadería había sustituido a los cereales. En los vastos pastizales, los rebaños de bueyes seguían su marcha pesada e incansable, guiados por bandas de esclavos famélicos y casi desnudos que morían trabajando, vencidos por la pestilencia de las ciénagas y los golpes de los duros y brutales vigilantes, o en la sofocante oscuridad de las ergástulas, la prisión del dominio donde los encerraban durante la noche.

Aulo se preocupaba poco por los esclavos. Pero temía que un día cualquier sedicioso tuviera éxito donde los Gracos habían fracasado: siempre dispuesta a creer a aquellos que prometían los despojos de los ricos, la plebe urbana podría quizá llegar a rechazar la obediencia al Senado y a los magistrados.

Para ahuyentar estos pensamientos, Aulo se dirigió hacia la biblioteca. Acababa de adquirir la historia de Roma de Polibio, uno de los pocos griegos que no despreciaba a los romanos. Tomó un rollo al azar y empezó a leer los caracteres helenos; en público él simulaba no conocer la lengua griega, pero la dominaba. El texto retuvo su atención sólo unos minutos. Otras preocupaciones, de tipo privado, le asaltaron. Temía que surgieran diferencias con Terencia respecto a la educación de su hijo. Aulo estaba dispuesto a hacer concesiones. Admitía que su mujer decidiera sobre la marcha de los asuntos domésticos. Pero no podía soportar su afición por las ideas nuevas. Y luego estaba su dote: Aulo la administraba, pero Terencia seguía siendo su propietaria. Añoraba el tiempo en que las dotes eran modestas. Al menos las mujeres no tenían argumentos, como ahora, para pretender librarse de la tutela marital.

Se sobresaltó al oír crujir la puerta de la habitación de Terencia. Probablemente iba a salir para reunirse con sus amigas. Aulo decidió encarar el problema que más le preocupaba sin esperar más. Salió de la biblioteca y fue al encuentro de su mujer antes de que ella hubiera abandonado el atrio. Terencia iba vestida con la estola larga, esa vestimenta griega que cae hasta los pies y cuyas mangas alcanzan hasta medio brazo. Los bajos de su túnica se realzaban con un dibujo delicado orlado con

hilo dorado, y un cinturón de púrpura colocado alto subrayaba las líneas curvas y plenas de su pecho. Enfrascado en sus pensamientos, Aulo no advirtió ninguno de estos detalles y comenzó abruptamente.

—Sé que en nuestros días, la moda es confiar los hijos a sirvientas, a nodrizas griegas, e incluso hacerlos amamantar por mujeres que no son sus madres. Pero...

Terencia lo interrumpió.

—No te tomes la molestia de recitarme los discursos de Catón. Tranquilízate: apruebo lo que estabas a punto de decirme.

Aulo quedó desconcertado. Divertida por su sorpresa, Terencia continuó:

—Tenemos la costumbre de casar a nuestras hijas cuando son apenas púberes. Se convierten en madres antes de haber sido jóvenes y por eso descuidan a sus hijos.

Una sombra pasó por el rostro de Terencia y se quedó pensativa algunos instantes antes de añadir:

—Yo misma he tenido que esperar tanto tiempo este nacimiento... No sé si los dioses me permitirán dar a luz otra vez, y ya no soy una adolescente irreflexiva. Tengo la intención de ocuparme personalmente de nuestro hijo. Simplemente porque tengo ganas de hacerlo.

Con un gesto desenvuelto y casi desafiante, pareció como si fuese a girar sobre si misma. Aulo la cogió y le dijo con dulzura:

—Cuando Lucio tenga siete años, empezaré a ocuparme de él, como lo hacían nuestros padres. Pero hasta entonces, te lo confío.

Su rostro adquirió un aire preocupado. Tenía los ojos fijos en un fresco del atrio que representaba los trabajos de Hércules. Se le escapó un suspiro, como si le esperaran misiones tan heroicas. Terencia advirtió su turbación y le pasó un brazo por la cintura.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Otro discurso en los comicios, o uno de tus protegidos que ha venido a lamentarse de su pobreza?

Aulo la cogió de la mano y se sentaron en uno de los bancos dispuestos en los pasillos del atrio.

—No, pienso en el porvenir... Estaré mucho tiempo ausente, y habrá tantas cosas que recaerán sobre ti...

Terencia bajó la cabeza. Dentro de un año, su marido dejaría sus funciones de edil. Si todo iba bien, ingresaría en el Senado, luego se empeñaría en lograr la pretura. Tras lo cual, lo enviarían como funcionario superior de la magistratura a provincias. Tenía la intención de solicitar su nombramiento para Asia. Despreciaba sus costumbres griegas, pero necesitaba el dinero para financiar sus campañas electorales. En Asia lo tendría en abundancia.

Terencia sabía todo esto, y también que Aulo no le diría nunca que la echaría de menos. Volvió la cabeza hacia él y lo abrazó. Aquella mañana, las amigas de Terencia la esperaron en vano.

*

En el curso de los años que precedieron a su partida, Aulo tuvo la satisfacción de ver frustrarse la reforma agraria, y a los ricos recuperar sus tierras. La ley frumentaria de Cayo Graco sufrió la misma suerte: no la abolieron, pero la mutilaron por medio de enmiendas tales que el número de beneficiarios llegó a ser ridículamente escaso. Felicitándose del voto de una ley que quitaba algunos de sus poderes a la Asamblea de los Ancianos, Cayo había osado decir: «¡Acabo de enterrar de un solo golpe todo el poder del Senado!». 6 «Pues bien —hizo notar Aulo riendo—, el Senado vive aún, mientras que el Tíber ha arrastrado al mar los huesos de Cayo hace mucho tiempo.»

Publio y él se alegraban menos cuando evocaban la situación exterior. Se veían a menudo: como estaba previsto, Aulo había entrado en el Senado. Ahora pertenecía verdaderamente a la aristocracia. Veinte familias gobernaban Roma. Le parecía que al acceder a la ilustre asamblea se había acercado a los dioses. ¡Pero los dioses no tenían que soportar la guerra contra Yugurta!

Aulo se había visto obligado, durante su campaña electoral pretorial, a disimular su desprecio por el númida; había preconizado la negociación. Hacer la guerra hubiese exigido más soldados, y ya se tenía bastantes dificultades para encontrarlos. El reclutamiento de soldados era aún más impopular que antes. Los pueblos italianos aliados de Roma enviaban delegación tras delegación a la capital. Estaban hartos de pagar impuestos y de ver sus campos desiertos a causa del enrolamiento de campesinos en las legiones. Aulo tenía grandes dificultades en calmar a sus emisarios, y había tenido que prometer que apoyaría la causa de la paz. Pero en los últimos meses del año, cuando la campaña para las elecciones estaba en pleno apogeo, Yugurta había entrado en Cirta, la capital de Numidia, donde se había refugiado Aderbal, el jefe del partido prorromano. Lo había matado, así como a todos los romanos que había encontrado en la ciudad, reservando las torturas más crueles para los comerciantes y los recaudadores de impuestos. De golpe, Aulo se había alineado del lado de los partidarios de la guerra. Pero, ¿cómo hacerla sin aumentar el número de soldados?

En el mismo momento, unos grupos bárbaros, los cimbros y los teutones, habían abandonado las orillas del Mar del Norte y del Báltico, impulsados, se decía, por un gigantesco maremoto. Irrumpieron en los Alpes de Estiria, atropellando a su paso a los celtas que hasta entonces habían contenido los empujes de los germanos. Habían vencido a las legiones en las montañas de Norica, y amenazaban la Galia. Y, de la Galia a Italia, el camino a recorrer no era muy largo.

La situación se agravaba. Por una vez, Aulo y Publio no estaban de acuerdo. Este último sostenía que era preciso evitar desgastarse manteniendo la guerra en dos frentes. Los germanos estaban entre los bárbaros más salvajes. Intentar discutir con ellos era tiempo perdido. Por el contrario, Yugurta era astuto. Se podía intentar cogerlo en su propio juego. Era preciso hacerlo venir a Roma, proponerle negociar y hacer que las cosas se alargaran mientras liquidaban a los teutones. Muchos senadores se adherían a su opinión. Pero Aulo no podía soportar la idea de ver en Roma al verdugo de Cirta. El Senado se decidió en favor del plan de Publio. Yugurta vino a Roma. Encontró a la Curia dividida, y aprovechó esa circunstancia para comprar a los personajes más importantes. Incluso se murmuró que Publio recibió su parte del dinero del númida. Éste hizo el trayecto demasiado de prisa. Seguro de sus apoyos, mandó asesinar a uno de sus rivales al trono, el cual contaba con muchos amigos en el Senado. De un solo golpe la ilustre asamblea se recobró y lo persiguió, después que Yugurta les hubiera lanzado: «Roma no es más que una ciudad en venta, y condenada a morir si encuentra comprador».

Aulo respiró. Esto significaría la guerra, la guerra sin cuartel.

Estaban en los últimos meses del año y su pretura tocaba a su fin. Se sentía desolado de tener que abandonar Italia en un momento tan crucial. La ley le obligaba a ello. Tomó disposiciones para preparar su propretura en Asia.

Al dejar el cargo, tuvo que esperar algunas semanas antes de despedirse de los suyos y de su ciudad. De diciembre a marzo, el tiempo era demasiado malo para navegar.

En los idus de marzo del año 642, acompañado de sus legados, el nuevo gobernador de la provincia de Asia Aulo Livio se embarcó en Ostia para Sicilia. Desde allí se dirigiría a Grecia, luego a Asia. Cuando los muelles de Ostia empezaron a alejarse, Aulo estaba en la popa, mirando con melancolía las costas italianas. A pesar de la bruma incipiente pudo ver algunos cuervos deslizarse por los aires por encima de la orilla. Sonrió al cerciorarse de que volaban por el lado favorable.

*

El mundo para Lucio se reducía, en un comienzo, al seno y al rostro de Terencia. Aprendió rápidamente a gritar con la única finalidad de atraer su atención y de oírla hablar. Más tarde, comenzó a formar palabras. Primero «mama» y «tata». **7** Luego otras, cada vez más numerosas a medida que sentía la necesidad de nombrar las cosas y los seres que entraban poco a poco en su vida.

Descubrió también el miedo. Una de las primeras palabras que asoció con sentimientos de pavor fue la de Larvas. Hasta Terencia las temía. Cada mes de mayo, las almas de los muertos regresaban bajo la forma de Larvas para acosar y atormentar a los vivos. Por esta razón las gentes del pueblo citaban a menudo este proverbio: «Sólo las malas mujeres se casan en mayo». ⁸ Los que habían visto a las Larvas las describían como pálidos espectros con caras gesticulantes.

Los imprudentes que descuidaban el cumplimiento de ciertos ritos para alejarlas se veían atacados por la epilepsia. Se murmuraba incluso que las Larvas arrastraban a los impíos a la tumba con ellas.

Una noche, Lucio se despertó a causa de ruidos inhabituales de pasos. Salió al pasillo. Por miedo a que lo reprendieran, se escondió al ver a Aulo caminar a paso lento, seguido por Terencia. Aulo iba con los pies descalzos. Se detuvo en el centro del atrio. Con un gesto rápido juntó las manos introduciendo el pulgar derecho dentro de los dedos cerrados de la mano izquierda. Luego se lavó las manos. Cogió a continuación unas habas negras, las mascó y las escupió para atrás pronunciando estas extrañas palabras: «Tiro estas habas y a través de ellas me redimo, a mi y a los míos». Nueve veces seguidas, repitió estos gestos y estas palabras. Después de lavarse nuevamente las manos, hizo sonar una campanilla de bronce, y repitió nueve veces más: «Almas de mis antepasados, salid». Lucio no comprendía nada de lo que ocurría, pero esperó a que sus padres hubieran vuelto a sus habitaciones antes de salir de su escondite.

De nuevo en su cama, no lograba conciliar el sueño: temblaba de miedo. La mañana siguiente contó a su madre lo que había visto. Para su sorpresa, Terencia no le riñó sino que pareció consternada de que hubiera contemplado la escena. No obstante, Terencia terminó por explicarle que las Larvas habían regresado a la casa como estaba estipulado durante tres días al año. Se debía de evitar mirar sus rostros terroríficos, y era necesario ofrecerles habas, que ellas adoraban, para apresurar su partida. Lucio iba cogiendo más y más miedo a medida que su madre hablaba. Terencia se esforzó en tranquilizarlo. Las Larvas se habían ido ya y no volverían hasta dentro de un año. Por otra parte, al día siguiente Aulo había ido a las tumbas de los antepasados y había tirado más habas. No había ya nada que temer. Lucio estaba convencido a medias. Prometió a su madre que a partir de entonces se quedaría en lo más profundo de su cama oyera lo que oyera en el pasillo. ¡No tenía ningunas ganas de encontrarse cara a cara con las Larvas!

Afortunadamente, Terencia le explicaba historias mucho más hermosas. Supo que en la luna había un pozo, desde donde se veía y oía todo lo que pasaba en la tierra, que existía un enorme pez que medía mil quinientos estadios ⁹ en el interior del cual vivían pueblos enteros. Pero nada tan hermoso como el cuento de Cupido y Psique.

Un día en que reinaba una calma poco habitual en la casa, Terencia lo llevó ante los frescos del atrio. Lucio encontraba muy bellos los colores de los mismos, pero algunos personajes eran muy extraños con sus cabezas de hombres reposando sobre cuerpos de animales. No pudo evitar preguntar si se trataba de las famosas Larvas. Terencia rió alegremente y luego, tras sentarse en un pequeño banco, hizo que Lucio se sentara en su regazo y le dijo que mirara la escena pintada en la pared.

Sobre un fondo de colores oro y rojo se destacaba una joven envuelta en una toga blanca inmaculada. Sobre sus bien peinados cabellos morenos llevaba una corona de mirto, y contemplaba a un ser tan bello que no podía ser más que un dios. Tenía el torso desnudo, y estaba cubierto solamente con una corta túnica. Su cuerpo musculoso y liso era perfecto. La sonrisa de los inmortales hermoseaba sus rojos labios que iluminaban un rostro joven y sensual, coronado por una larga cabellera, cuyos bucles le caían sobre la espalda. En su mano izquierda sostenía una lira que reposaba sobre su pierna, y se disponía a tocarla con la mano que permanecía libre.

Terencia explicó a Lucio que su nombre era Cupido, y el de la joven, Psique. Y empezó a contarle su historia.

—Un rey y una reina tenían tres hijas, todas muy bellas, sobre todo la pequeña. Esta última se llamaba Psique. Era tan bella y tan pura que incluso Venus misma cogió celos y decidió vengarse. Las dos mayores se casaron con reyes. Los padres de Psique fueron a consultar el oráculo de Apolo

para saber si podían esperar lo mismo para ella. La respuesta del dios fue terrorífica: «Exponed a vuestra joven hija arreglada como para la cama nupcial, sobre una roca escarpada; no esperéis para ella un esposo de sangre mortal, sino un monstruo de la raza de las serpientes, cruel, horroroso, terror de Júpiter y espanto de Estigia». ¹⁰ Con la muerte en el alma, los padres de Psique hicieron lo prescrito. Abandonaron a Psique en un lugar siniestro, donde rondaba a menudo un temible dragón. Psique lloraba al pensar en la suerte que le esperaba. Pero pronto se levantó un ligero céfiro que se la llevó dulcemente por los aires. La depositó en medio de un palacio magnífico. Todas sus estancias resplandecían de oro. Seres invisibles la servían, atentos a sus menores deseos. Por la noche, maravillada, Psique se acostó y se durmió en una estancia aún más bella. De repente, un cuerpo ligero se desliza a su lado. Oye una voz melodiosa, y tiembla de amor por este ser misterioso. Pasa con él una noche maravillosa, como ningún humano ha conocido nunca. Antes de irse, él le dice que tiene que permanecer invisible en la noche y la conjura a no intentar nunca verle. Cada noche, se renueva el encanto. A fuerza de plegarias, Psique obtiene el permiso de él para encontrarse con sus hermanas, las cuales llegan pronto al palacio sobre las alas del viento. A la vista de tanto esplendor, las hermanas cogen celos de Psique y le hacen prometer que intentará saber quién es su misterioso amante. La noche siguiente, Psique aprovecha el sueño de él, enciende una lámpara, y descubre los rasgos de un hombre joven de una belleza que no puede pertenecer más que al mundo de los dioses. Psique está tan emocionada que su mano tiembla, y una gota de aceite hirviendo cae sobre la espalda de Cupido. Pues su amante no es otro que el dios del Amor. Éste se despierta y de inmediato escapa volando, mientras que el palacio misterioso desaparece como por encantamiento.

Psique comprende que acaba de perder a aquel que ama. Quiere suicidarse, y se arroja al mar. Cupido la sigue amando: ordena a las olas que la lleven sana y salva a la orilla. No obstante, Venus, la madre de Cupido, le impone una nueva serie de pruebas. Psique sale ganadora. Cupido implora entonces a Júpiter que ponga término a las desgracias de aquella que él ama. El padre de los dioses se deja convencer y ordena a Mercurio que vaya a buscar a Psique y que la lleve a la morada de los dioses, en el Olimpo. Allí, en el transcurso de una fiesta maravillosa, Cupido y Psique ¹¹ se casan, y pronto nace de su unión un magnífico varón.

Terencia terminó de contar el cuento. Miraba a Cupido con aire soñador. Lucio le tiró de la manga para que continuara hablando. Terencia negó con la cabeza y dijo:

—La historia termina aquí. Psique y Cupido continúan amándose, y viven en medio de los dioses. La muerte no los alcanza. Su amor fue más fuerte que la desgracia.

Lucio no entendía lo que su madre quería decir: la muerte, la desgracia, ¿qué podían significar estas palabras? Pero la historia le encantaba. ¿Por qué era tan corta? Sin responderle, Terencia se levantó, y le dijo que fuera a jugar a Pares e Impares con las nueces. Él hizo como si la obedeciera pero volvió al atrio cuando su madre hubo salido de allí. Se situó delante del fresco, y permaneció unos momentos contemplando a Psique; con una especie de admiración inquieta, se dio cuenta de que era casi tan bella como Terencia.

Psique y Cupido no eran los únicos que permanecían en el atrio: desafortunadamente para Lucio, estaban también las *imágenes*. Lucio detestaba estas máscaras de cera ennegrecida que representaban rostros de personas fallecidas. Sus rasgos eran severos, más aun que los del busto de Catón expuesto en un lugar preferente dentro de la gran estancia. Con toda seguridad, las Larvas estaban escondidas debajo de las *imágenes*, dispuestas a llevárselas a las profundidades subterráneas. Tenía cuidado de pasar lo más lejos posible de ellas, y tocaba cada vez el precioso amuleto colgado de su pequeño cuello.

Poco a poco, Lucio había explorado todas las habitaciones de la casa. Sobre todo las que le estaban prohibidas. Por ejemplo, los aposentos de los esclavos, situados cerca de la puerta de entrada. Él había quedado muy decepcionado: estrechos, sin ventanas, con las paredes desprovistas de pintura y con jergones a guisa de camas, no ofrecían más interés que sus ocupantes. Aparentemente, los esclavos se aproximaban a los hombres: tenían cuerpos como sus padres y sabían hablar, aunque no se expresaban de la misma forma y además sus vestimentas estaban

frecuentemente sucias y rotas. Pero gracias a las explicaciones de su padre, Lucio había comprendido que los esclavos, aunque no tuvieran sus formas, eran en realidad animales, lo mismo que Custos, el perro del portero. Como el perro, los esclavos obedecían cuando Aulo les ordenaba, y recibían golpes si no cumplían lo suficientemente rápido. Lucio había sacado la conclusión de que tenían que sentirse felices de vivir al lado de los hombres, y que los golpes les debían de hacer menos daño que a éstos. Si no habrían vuelto a vivir con las bestias salvajes en los países desconocidos de donde los habían traído.

Las habitaciones de Aulo y de Terencia estaban situadas al otro extremo del atrio. Estaban ricamente amuebladas. Tenían no sólo camas con maderas decoradas con molduras y adornadas con cojines, sino también mesas de tres patas y sillas con respaldos curvados.

Al lado de las habitaciones de sus padres se encontraban otras dos estancias más. Lucio no había podido nunca entrar en la de la izquierda. Sabía solamente que su padre pasaba allí largas horas, y que estaba llena de rollos y tablillas de cera, iguales a las que utilizaba Terencia para enseñarle a dibujar. Suponía pues que a su padre le gustaba, a él también, dibujar, y que se encerraba allí para jugar.

La pieza de la derecha era el comedor y cuando sus padres tenían invitados, pasaban allí a menudo bastantes horas.

Más allá, la casa se abría sobre una gran terraza bordeada por un parapeto demasiado alto para que Lucio pudiera mirar por encima. Algunas veces, su padre lo había cogido en brazos y le había mostrado la ciudad que se extendía a sus pies: casas y edificios de todas las formas, al pie de las cuales caminaba con paso apresurado una muchedumbre. Este espectáculo fascinaba a Lucio y le asustaba. Aulo le había dicho un día, antes de bajarlo de sus brazos, que todo el poder de la República estaba concentrado en la ciudad. Lucio no había entendido estas palabras extrañas. Por otra parte, a menudo le era difícil entender el sentido de lo que decía su padre. Aprendió a conocerle mejor a su retorno de Asia.

*

A sus cuarenta y dos años, Aulo era un hombre más que maduro. Comprobaba con satisfacción que no había cambiado ninguna de sus ideas de juventud. Sólo los débiles cambiaban de parecer, pensaba, y la derrota es el precio de las vacilaciones y de la cobardía.

Durante su estancia en Asia, Aulo se había aprovechado de sus funciones de gobernador para enriquecerse. Un año era poco; era necesario ir rápido. No había escatimado los medios, cerrando los ojos ante el tráfico de los hombres de negocios y de los recaudadores de impuestos. El pastel era lo suficientemente grande como para que cada uno tuviera su parte. Los emisarios de las ciudades habían ido a menudo a suplicarle que les concediera moratorias para el pago de los tributos. Aulo respondía invariablemente que Roma protegía Asia y que, como todas las cosas, la protección se pagaba. A pesar de que sus cofres se hubiesen llenado aún más de prisa de lo que esperaba, Aulo había contado con alegría las últimas semanas que le separaban de su regreso a Roma. Estaba impaciente por ver a su hijo, que tendría ahora cinco años. Y además las noticias de la ciudad le llegaban con largo retraso. Le desesperaba tener que limitarse a ser un espectador lejano y casi impotente. Durante todo el año, ese bastardo de Yugurta había continuado burlándose de los romanos. El cónsul Quinto Cecilio Metelo seguía persiguiéndolo, sin lograr jamás capturarlo, y los raros soldados desmovilizados narraban a su regreso a Roma historias terroríficas sobre las atrocidades a las que se libraban los dos ejércitos. Las cosas no iban mejor en el Este: los germanos habían llegado cerca de Lugdunum. Por el momento, éste era asunto de las tribus galas. Pero si las aplastaban, ¿qué ocurriría?

Cuando Aulo divisó a lo lejos, entre el movimiento de las olas, un contorno que apenas sobresalía, las primeras costas de Italia, había agradecido a los dioses que le hubieran llevado de regreso sin contratiempos imprevistos: le esperaban grandes tareas. Después de haberse reunido con

los suyos, envió un mensajero a Publio: quería verlo sin dilación. La entrevista tuvo lugar varios días después de su regreso, en la gran sala del Senado.

Los bancos estaban aún vacíos, pues la sesión no comenzaría hasta dentro de una hora. Publio recibió a Aulo abrazándolo fuertemente, y le felicitó de su regreso. Después de intercambiar algunos comentarios sobre Asia, los dos amigos mencionaron los problemas más urgentes.

Publio se sentó pesadamente y recorrió la sala con una mirada circular. Los altos muros de la Curia continuaban de pie. Era allí donde, después de tantos siglos, se decidía el destino de Roma. Pero, ¿duraría el poder del Senado tan largo tiempo como los muros de ladrillo que lo acogían? Por una vez, Publio no sonreía. Comenzó a hablar con voz apagada. Había sido necesario reclutar muchos más soldados para terminar con Yugurta. Los demagogos del partido popular aprovechaban la inquietud del pueblo para volverlos en contra de sus dirigentes. En las tabernas se decía que los senadores que se pavoneaban con sus collares de oro y sus togas barradas de púrpura, temblaban ante el númida. Siempre dispuestos a aliarse contra los Ancianos de cuyos privilegios se sentían celosos, muchos caballeros se acercaban a los populares.¹² La voz de Publio se cargaba de indignación. Particularmente contra los caballeros, esos hombres colmados de bienes, que traicionaban su propio origen. Publio no pudo evitar coger el brazo de su amigo, que permanecía silencioso:

—El peor de ellos es Cayo Mario. Ahora que ve soplar el viento de otro lado, acaba de abandonar a sus protectores, los Metelo, y entona cantos democráticos.

Aulo sacudió la cabeza, abrumado.

—¡Pensar que nosotros hicimos de él un pretor! ¡Las sombras de los Graco, desde el oscuro abismo del Tártaro, deben revolverse de placer!

Publio había vuelto a empezar. En su rostro se leía la inquietud más que la cólera.

—¿Conseguiremos restablecer el orden?

—Sólo los dioses lo saben —murmuró Aulo.

Publio se calló, pero pensó que quizá hasta los dioses llegarían ellos mismos a interrogarse sobre el porvenir.

II

La paloma y el olivo

Que nada de lo que puede ensuciar las orejas
y los ojos toque el umbral de la casa donde
habite un padre... Al niño se le debe el
respeto más grande.

JUVENAL, *Sátiras*

Los diez años que siguieron justificaron los peores temores del partido senatorial. Cansado de la impotencia del Senado y galvanizado por los discursos de los jefes del partido popular, el pueblo eligió cónsul, en el 646, a Cayo Mario, quien de inmediato se esforzó en terminar con Yugurta. Para disponer de los reclutas necesarios, Mario no dudó en tomar una medida revolucionaria, y enroló a los pobres en las legiones. A partir de entonces, el ejército romano no estaría únicamente compuesto de propietarios. Mario no reparó en esfuerzos propios, ni en los de sus hombres. El entrenamiento era agotador. Cada soldado tenía que llevar a la espalda no sólo sus armas, sino también todo su equipaje y las herramientas de excavación necesarias para la construcción de obras militares. A estos nuevos soldados los llamaban «las mulas de Mario». El general acostumbró a las legiones a combatir en todos los terrenos. La victoria tenía este precio. Y vino, y muy rápidamente. En dos años, se terminó la guerra de África. Capturado, Yugurta se murió de hambre y frío en el Tullianum, la prisión reservada a los enemigos de la ciudad romana. Libre del frente africano, Mario segó las invasiones germánicas. Tres años después de la muerte del númida, aniquiló al ejército teutón cerca de *Aquae Sextiae*, 13 y unos meses más tarde, en Verceil, aplastó a los cimbrios que habían invadido la llanura del Po pasando por el Breno.

Exceptuando a Aulo y sus amigos, en Roma todo el mundo invocaba el nombre de Mario, quien fue elevado al consulado, y aunque la ley lo prohibía formalmente, fue reelegido cuatro veces consecutivas. El partido popular era el amo de Roma. La apocalipsis* prevista por Aulo no se había producido. Roma había abatido a sus enemigos, y el régimen republicano se mantenía, sin que aparentemente Mario tuviera intención de destruirlo para convertirse en el nuevo rey de Roma. Pero esto ya no era la República del Senado, y Aulo no lograba consolarse de ello.

*

* Así en el original. **Apocalipsis** (del lat. «apocalypsis», del gr. «apokálypsis», manifestación)

1 m. Fin del mundo. **2** («Ser el») Situación o escena espantosa o tremenda. Em castellano es género masculino. [Nota del escaneador].

Obligado a la inactividad, Aulo se dejaba invadir a veces por extraños pensamientos. Llegaba a soñar en un mundo geoméricamente derecho. Todas las líneas serían rígidas y duras, hasta en sus menores detalles. Nada de curvas que evocaran la sinuosidad y la duda, lo inacabado o lo incierto. El trazado de las vías sería igualmente neto y preciso como las columnas de los templos. Ninguna colina interrumpiría la línea del horizonte, escondiendo detrás de ella algún peligro o, peor aún, lo desconocido. Todas las casas seguirían el mismo plano, las de los poderosos no se distinguirían e las más modestas más que por su altura. Nada de vagar tampoco por unos campos dominados por la mano y la razón del hombre, esta medida de todas las cosas: las líneas de los campos se cruzarían en ángulo recto, repitiendo este orden hasta el infinito, con la misma regularidad que la del día siguiendo a la noche. La diversidad de las cosas, fuente de lo imprevisto, sería, en fin, reducida a principios esenciales e intangibles. Pero los hombres, esta masa cambiante, tan ligera y caprichosa como las olas del mar animadas de ondulaciones incesantes, ¿cómo conseguir fijarlos en diagramas, cómo transformar en lago este océano? El sueño de Aulo se estrellaba contra este obstáculo, y tenía que volver a la realidad imperfecta, vagamente inquieto por estos sueños vertiginosos.

Se hicieron menos frecuentes cuando decidió aprovechar el tiempo de que disponía para ocuparse de la educación de su hijo, que tenía siete años en el momento en que Mario fue elegido cónsul.

Aulo tenía la intención de inculcar a Lucio un sistema rígido de valores morales y de reflejos seguros que le protegerían contra las malas influencias hasta el fin de sus días. Para su primera lección de historia y de política, decidió explicarle qué eran estas famosas imágenes que le daban tanto miedo. Lo llevó al atrio, y lo obligó a acercarse a las viejas máscaras de cera. Se inclinó hacia el niño y le dijo con voz dulce y firme:

—No debes temer a las *imágenes*: ellas muestran a todos el esplendor de nuestra familia. Se trata de figuras que representan a personajes importantes, que han pertenecido a nuestra familia. Cuando fallecen, se confeccionan estas máscaras, para conservar su recuerdo intacto. Cuando la familia del difunto lleva su cuerpo hasta el lugar donde ha de ser incinerado, delante de ellos va un actor, su rostro disimulado detrás de la imagen del muerto, e imita su forma de caminar y sus ademanes.

Aulo señaló con el dedo las hornacinas y añadió:

—Mira las líneas de pintura dibujadas sobre el muro que unen las imágenes unas con otras. Indican las relaciones de parentesco entre los antepasados representados.

Lucio no decía nada, pero las explicaciones de su padre apenas le tranquilizaron. Aulo se dio cuenta de ello y continuó:

—No hay nada triste o temible en esto. Los muertos no desaparecen. Están simplemente en otro lugar, y quieren que se les honre. Por esta razón, los días festivos, se colocan laureles sobre sus imágenes. Cuando seas mayor, estarás orgulloso de mostrar los rostros de tus antepasados al pueblo congregado en el Foro. El populacho es muy sensible a esto: nuestra gloria se pone de relieve ante la gente modesta. Debes estar orgulloso de nuestras imágenes: poca gente en Roma las tiene.

Lucio había escuchado dócilmente. No se daba cuenta con exactitud de que un día a su vez tendría que bajar por la Via Sacra sosteniendo ante su rostro la máscara de cera de su padre. Aulo iba a continuar pero cambió de opinión: era la hora de la lección de Hesíodo, un preceptor griego que había comprado, convencido por Terencia.

Hesíodo estaba inconsolable, no paraba de llorar por su suerte. Como tantos otros griegos, había caído en la esclavitud y había sido vendido en el Foro. A Lucio no le gustaba su aire triste, ni sus lecciones de escritura y cálculo. Hay que decir que la manera de contar era particularmente incómoda. El cálculo con los dedos consistía en expresar con dieciocho figuras de la mano izquierda las nueve unidades y las nueve decenas, quedando la mano derecha encargada de los otros dieciocho signos correspondientes a las centenas y a los millares. Para las cifras superiores a diez mil, Lucio tuvo que aprender a tocar con una de las dos manos una parte determinada de su cuerpo. Hesíodo era intratable: el niño tenía que acostumbrarse a estos ejercicios antes de aprender a utilizar el ábaco.

*

Lucio tuvo que soportar a Hesíodo hasta la edad de doce años. Cuando Aulo lo vendió para comprar a Diófano, el niño lanzó gritos de alegría. Sentía en él unas ansias repentinas de libertad: el mundo cerrado en el que vivía comenzaba a resultarle estrecho, a pesar de los juegos a los que se libraba en compañía de los hijos de su vecino el senador, amigo de su padre. Su tinte pálido estaba marcado por algunos granos desagradables, que habían brotado rápidamente. Terencia lo consolaba diciéndole que se le irían con los años, pero esta erupción repentina le impedía sentirse a gusto. Aparte de este desagradable detalle, Lucio tenía un rostro fino y una actitud reservada. Se esforzaba en copiar la manera de andar de su padre, pero lo lograba con tanta dificultad, que a veces le hacía ver lo ridículo del intento. Afortunadamente, cuando se contemplaba en el espejo de Terencia, reconocía los rasgos de Aulo. Solamente sus cabellos espesos quitaban a su frente la amplitud que daba la calvicie a la de Aulo. Sus ojos penetrantes atraían indefectiblemente la atención sobre él. Éste fue de todas maneras el primer detalle que llamó la atención de Diófano, su nuevo preceptor.

Mientras que Hesíodo inspiraba aburrimiento y tristeza, Diáfano desbordaba de vida y de inteligencia. En vez de lamentarse de su suerte, había aprovechado los años pasados en Roma para aprender a conocer la ciudad y sus habitantes. Como Terencia admiraba la amplitud de sus conocimientos —el esclavo procedía de una familia de notables— había obtenido de Aulo que dejara a Diófano mucho tiempo libre. Éste lo empleó en perfeccionar su latín, bastante rudimentario: los griegos no acostumbraban a aprender esta lengua. Diófano era un discípulo de Aristóteles. Creía que la verdadera sabiduría no era solamente teórica, y que era preciso someter las ideas a la prueba de la realidad. Después de guardar el último rollo de papiro, a menudo bajaba al Foro. Allí hablaba con los tenderos, siempre al corriente de todo, se relacionaba con los plebeyos, bromeaba con los soldados desmovilizados, quienes de vez en cuando le daban noticias de su país. En realidad, Diófano era mucho más que un esclavo ordinario, y él lo sabía.

En teoría, durante cinco años debía enseñar gramática a Lucio. Pero poco a poco llegó a tocar todas las disciplinas: historia, geografía, filosofía, ciencias. Aulo le había marcado algunas pautas.

—En cuanto a la historia, no olvides que debe servir tres finalidades. En primer lugar, mostrar en todo la grandeza del pueblo romano. Incluso los tuyos, como Polibio, la reconocen. En la historia hay igualmente un número de hechos excepcionales y maravillosos que debemos saber para poderlos citar en nuestros discursos. Finalmente, con la lectura de los mejores historiadores se aprende el estilo, que no es el rasgo fuerte de vuestro Polibio: piensa bien, pero escribe mal. Felizmente, hay otros, y te ruego que no olvides a los que escriben en latín. En cuanto a la filosofía, abre bien tus orejas de esclavo. La moda quiere que nos ocupemos de ella. Esto no es, por otra parte, más que divagaciones metafísicas, que sirven para probarlo todo y lo contrario. Enséñale a mi hijo los rudimentos, pero nada más. Le será suficiente tener algunas ideas generales. Esto le permitirá responder alguna cosa si por desgracia le faltan argumentos. Pero está fuera de cuestión el transformarlo en un charlatán o en un soñador. Ya me preocuparé yo de esto.

Diófano se había inclinado sin decir palabra. A él tampoco le gustaban mucho las abstracciones puras, y estaba tan interesado en los hechos como en la teoría. Por lo que no le costó mucho adaptarse a las órdenes de su amo.

*

Diófano no hubiese recurrido nunca a los castigos corporales. La idea misma le repugnaba. Contrariamente a muchos maestros, consideraba que forzar a un alumno a aprender de memoria era la peor de las lecciones. Este tipo de conocimiento se olvidaba rápidamente. Prefería citar ejemplos concretos y dialogar con su alumno. Sócrates y Platón, para «dar a luz los espíritus», como ellos decían, no actuaban de otra forma. Lucio tuvo rápidamente bases muy satisfactorias en historia. Diófano enseñó entonces al joven a razonar con más profundidad, a descubrir lo que hace bueno o malo un régimen político, teniendo buen cuidado de demostrar la superioridad de la República

romana. Aristóteles siempre había enseñado a desconfiar de los extremos, y Polibio había celebrado los méritos de la constitución romana. No había más que ajustarse a sus opiniones. Fue por ahí que Diófano comenzó sus lecciones.

Él prefería reservar las primeras horas del día para los diálogos. Por la mañana, el espíritu no está aún embotado por las fatigas de la jornada. Diófano consagraba las tardes a lecciones más escolares, en las que la memoria era la parte más importante. No tuvo problemas en ganarse la confianza de Lucio. En cierta manera, el preceptor se parecía a Aulo. Aunque de estatura más baja, Diófano poseía un cuerpo esbelto y llevaba bien sus treinta años. Su rostro era fino, menos duro que el de Aulo, y en todos sus gestos había una especie de descuidada moderación que le confería una cierta nobleza. Su mirada penetrante y su elocución precisa impedían, por otra parte, identificar su actitud con cualquier tipo de relajamiento. Y sobre todo, su espíritu era prodigiosamente ágil. La fuerza de sus razonamientos provenía menos de su rigor, como los de Aulo, que de su habilidad. Diófano sabía adaptarse, impregnarse del punto de vista adverso, y cuando su interlocutor creía haberlo ganado a su causa, contestaba prestamente y liquidaba el asunto con dos o tres argumentos decisivos. En todo caso, convenía perfectamente a Lucio. El niño se sorprendía a veces comparándolo con sus padres. Como Terencia, Diófano sabía bromear y mostrarse original. De Aulo tomaba prestadas la certeza de sus convicciones. Por lo demás, Lucio prefería los métodos de Diófano a los de Hesíodo y las discusiones animadas a los largos monólogos recitados en un tono cansado y pomposo.

Cuando Diófano hablaba, todo parecía límpido y natural. Sus lecciones concordaban con las enseñanzas de Aulo: Roma y sus dirigentes tenían siempre razón. Lucio estaba tan convencido de esto como de que cada mañana veía salir el sol.

Pero no se limitaba todo a la historia y a la política: la literatura también contaba, sobre todo los autores griegos. La infancia de Lucio había estado muy marcada por los cuentos de Terencia. En la poesía y en la comedia reencontraba ese lado maravilloso, en el límite de lo irreal, que le gustaba tanto. Diófano había comenzado haciéndole traducir las piezas de Menandro. Pero a Lucio le gustaba más que nada Homero y su *Odisea*. Diófano se la hizo descubrir primeramente en latín, en la traducción que había hecho un siglo antes Livio Andrónico. Percibiendo el arrobamiento en que estaba Lucio, puso en sus manos rápidamente el texto griego. A través de la *Odisea*, Lucio aprendió a amar esta lengua flexible y matizada. Al lado de las aventuras de Ulises, el lenguaje pétreo de Naevio y de su obra *Guerras Púnicas*, redactada en versos rígidos y monótonos, no existía. Y además, ¡las aventuras de Ulises eran tan maravillosas! Lucio no había leído nunca nada tan bello.

«Ulises lloraba, abrazado a su dulce y fiel esposa, la mujer que amaba... ¡La vista de su esposo le parecía tan agradable!: no le podía quitar del cuello sus niveos brazos. Llorando los habría encontrado la Aurora de rosáceos dedos, si Atenea, la deidad de los ojos de lechuza, no hubiese dado una orden distinta: alargó la noche que ensombrecía el mundo, cuando tocaba a su término, y en el océano retuvo a la Aurora, de dorado trono, no permitiéndole uncir los rápidos caballos que traen la luz a los hombres, Lampo y Featone, corceles que la transportan.» 14

¿Cómo no soñar con tales versos? Lucio no se abstenía de ello, y Diófano tenía a menudo dificultades en arrancarlo de sus ensoñaciones y hacerlo reflexionar sobre las sutilezas de la métrica y de la sintaxis de Homero. Pero Lucio no aprendió en Homero sólo la poesía y la gramática. Más tarde, para explicar su pasión por los viajes, Lucio diría a menudo que él la debía al poeta ciego. Las peregrinaciones de Ulises, su encuentro con seres fabulosos y con reinos inauditos, todo le fascinaba. A pesar de las prudentes negativas de Diófano, no dudaba que existían en algún lugar.

Diófano se inquietaba de las tendencias de Lucio a la evasión. Le recomendaba que las callara ante Aulo; al severo magistrado no le hubiera gustado esta disposición de espíritu. Y tanto más cuanto que desde hacía algún tiempo, Lucio interrogaba sin cesar a su preceptor sobre Piteas. Hacia mucho tiempo, Piteas pretendía que había partido de Massalia 15 y había llegado a un país misterioso donde el sol nunca se ponía, adornando su narración con historias aún más absurdas. Naturalmente, nadie le había creído, y Diófano no daba ningún crédito a esos viejos desatinos con una antigüedad de más de dos siglos. Pero Lucio no desistía. Examinaba cuidadosamente los

geógrafos griegos para saber más sobre el viaje de Piteas. Es preciso decir que había crecido y manifestaba cada vez más su independencia. Se acercaba su décimo sexto cumpleaños. Ya era hora de que tomara la toga viril.

*

Con el paso de los años, la semejanza física entre Lucio y su padre se había confirmado. Alto y delgado, Lucio parecía mayor para su edad. Aunque las alegrías y los sinsabores de la vida no hubieran todavía moldeado su cara, sus rasgos permitían que todos lo distinguieran como hijo de la aristocracia. Más abajo de una muy recta nariz, sus labios delgados sonreían, iluminando su rostro de mejillas hundidas. Terencia se lamentaba a veces de que Lucio no tuviera una mandíbula más pronunciada, y temía que conservara siempre esta apariencia frágil, que su padre no había tenido nunca. Su mirada, felizmente, la desmentía. Lucio tenía los ojos azules de su madre. Si su color confería a los rasgos de Terencia una pureza suplementaria, a la mirada de su hijo le daba un brillo metálico que expresaba a menudo la determinación, y a veces la dureza. Pero como a Terencia, a él le gustaba bromear, siempre con cierta ironía.

En realidad, Lucio era ambivalente. Según las circunstancias, su comportamiento y sus actitudes respondían a las de su padre o a las de su madre. La vida y los dioses decidirían de qué lado se inclinaría más tarde el fiel de la balanza. Menos áspero que su padre, con tendencia a la ensoñación y de espíritu curioso, era capaz de manifestar una energía que llegaba hasta la tozudez. Podía dudar largo tiempo antes de tomar una decisión, pero escogido el camino, se mantenía en el mismo sin desfallecer. De todas formas, su visión del mundo correspondía en casi todos los puntos a la de su padre. El bien y el mal estaban claramente delimitados. Aceptaba sin dudas ni escrúpulos los valores de la aristocracia, a la que estaba orgulloso de pertenecer. Después de haber tomado la toga viril, comenzaría su aprendizaje concreto en la vida política. Esperaba este momento con curiosidad, mientras crecían su atracción por los viajes y las narraciones fabulosas.

Varias fiestas se anunciaban a comienzos de ese año 654. La toma de la toga viril tenía lugar con ocasión de la fiesta del dios Líber, justamente después de los idus de marzo. Pero un mes antes tendría lugar la fiesta de los Lupercos. Lucio y sus padres no se la hubieran perdido ni por un imperio.

Aurelia, la hija de Publio, esperaba también la celebración de los Lupercos con impaciencia. Se aprovecharía para celebrar el retorno de su turbulento hermano Marco de Campania.

Aurelia tenía sólo catorce años. Pero cada vez que se encontraba con Lucio —sus casas eran vecinas— se sorprendía de experimentar un raro sentimiento. Una desazón, pero al tiempo una atracción, que ella atribuía a la curiosidad y que disimulaba cuidadosamente. Le habían enseñado que una joven romana tenía que mostrar ante todo pudor, esconder sus sentimientos, cuya expresión no habría sido conveniente. Pero Aurelia demostraba un carácter sereno. A una edad en que muchas de sus compañeras se manifestaban de repente exuberantes, se avergonzaban, lloraban o reían por una nadería, Aurelia se distinguía por su calma. No era, por otra parte, una joven encerrada en sí misma. Pero se esforzaba en no hablar más que cuando era útil, o cuando tenía verdaderamente ganas de hacerlo. Sus rasgos eran aún los de una niña, pero se le daba más edad que la que tenía. Las formas de su cuerpo explicaban este error. Muy precoz, Aurelia se había convertido en púber el año anterior. Cuando se pasaba las manos sobre su pecho, o se ajustaba la toga, se sorprendía siempre al comprobar la hinchazón de sus senos. En general, estaba pasando sin perturbaciones esta edad difícil, excepto por ese esporádico sentimiento de melancolía que la invadía, cuando en realidad nada le faltaba. No había advertido que estos momentos de vaga tristeza coincidían con aquellos en que se encontraba con Lucio. Él por su parte no mostraba la misma emoción. No es que Aurelia le pareciera desagradable, pero no adivinaba, como lo habría sentido un hombre de más edad, que el rostro de la adolescente no tardaría también en transformarse. Sus mejillas empezaban ya a perder su redondez colorada y fresca como la de un niño, y la mirada se volvía más pensativa.

Sus cabellos castaños, insensiblemente, perdían sus reflejos dorados. Y ella se alegraba pues sólo las mujeres de mala vida llevaban cabellos rubios.

Ni Aurelia ni Lucio sospechaban la conversación que sus padres respectivos habían tenido hacia algunos meses, al salir de una sesión del Senado. El Foro estaba entonces invadido por plebeyos que se dedicaban a sus asuntos. Los dos senadores estaban protegidos por sus seguidores. Éstos los habían esperado pacientemente en la puerta del Senado, y los seguían en cortejo hasta la puerta de sus casas. Ésta era una costumbre muy común. Por ello Aulo se sorprendió cuando, en medio de la Via Sacra, antes de coger la calle en pendiente que conducía al Palatino, Publio les ordenó que se dispersaran.

—¿Quieres que caminemos solos como la gente del pueblo? ¡En plena Via Sacra! ¿Por quién nos van a tomar?

—Justamente —respondió Publio con impaciencia, mientras apretaba el paso—. Hay momentos en que vale más ser discreto. ¿No has oído los discursos de las almas condenadas de Mario, esos canallas de Saturnio y de Glaucia? Soliviantan al pueblo en contra nuestra. Más vale que no nos hagamos notar.

Aulo no contestó nada: incluso después de todos estos años, no podía dar solución a la decadencia del Senado.

Los dos hombres caminaron algunos instantes en silencio. Habían llegado a mitad de camino de la pendiente del Palatino, y los primeros templos de la colina sagrada aparecieron ante sus ojos. Los fulgores ocres del sol poniente subrayaban el rojo sombrío de los ladrillos. Había escasos transeúntes. Publio se apretó el abrigo alrededor del pecho. Hacía buen tiempo para una tarde de noviembre, pero en esa época cuando oscurecía en seguida refrescaba. Sin prestar atención al silencio de su amigo continuó:

—De todas maneras, no es de política de lo que quería hablarte.

—¿Por qué no esperamos? En mi casa hablaremos tranquilamente...

—En una casa, hay esclavos, y esa ralea nos espía para propagar a continuación hasta nuestras más insignificantes opiniones.

Los dos hombres habían llegado a la cima de la cuesta. La calle se separaba en dos vías. En la bifurcación se levantaba un pequeño edificio. Publio se sentó al pie del *comitium* e hizo señas a su amigo para que lo imitara. La capilla estaba consagrada a los dioses de las encrucijadas. En el pasado, los campesinos adornaban los *comitium* de yugos quebrados, símbolos del trabajo cumplido. Ahora que la ciudad había crecido, estos lugares sólo eran frecuentados por los ciudadanos. En las hornacinas o en los pequeños nichos del muro exterior de la capilla se habían depositado pastelillos y diversos dulces.¹⁶ Bajo las estatuillas que representaban a los dioses, un desconocido había colgado unas muñecas de lana. Al observarlas, Aulo pensó en las figurillas de mimbre que se lanzaban cada año en el Tíber para apaciguar las crecientes.

Cuando volvió a fijar sus ojos en el rostro de su amigo, quedó sorprendido por su expresión regocijada y un poco maliciosa. Como siempre, Publio empezó expresándose con frases largas, enunciando generalidades que Aulo mismo encontraba superfluas.

—El Senado no está solamente compuesto de gentes de nuestro partido. Allí hay quienes son favorables a las ideas nuevas, y esto es así desde los orígenes de la República. Los Gracos mismos tenían allí amigos. Ahora que todo está amenazado, es preciso cerrar filas, y acrecentar nuestra influencia y la de las gentes que piensan como nosotros. —Publio se interrumpió y se pasó la mano por sus blancos cabellos. Movié la cabeza y continuó:

— Dentro de diez años, si los dioses no nos han enviado aún al reino de los muertos, tú y yo seremos demasiado viejos para desempeñar un papel en la Ciudad. Diez años pasan rápido. En ese momento, tu hijo estará bien comprometido en el camino de los honores. Hubiese deseado poder contar con mi Marco para realizar nuestros proyectos. Pero con su carácter disipado, no será capaz de ello. Felizmente, tengo a Aurelia. Ha sido educada como debe serlo una matrona, en el respeto del hogar y la discreción en sus sentimientos. Me obedece en todo, y hará lo mismo cara a su esposo.

Aulo se estremeció, comprendió dónde quería ir a parar Publio. Éste se dio cuenta y continuó sonriendo:

—Nuestros padres arreglaron siempre los casamientos de sus hijos teniendo en cuenta las necesidades políticas. Hace mucho tiempo que he reflexionado sobre ello: tanto por nosotros como por la República, deberíamos casar a nuestros hijos.

En uno de estos gestos que no prodigaba, Aulo cogió las manos de su viejo amigo en las suyas.

—Yo no podría esperar nada mejor.

Aulo hubiera querido añadir alguna otra cosa. Pero él, que se expresaba de ordinario con una seca seguridad, sólo consiguió pronunciar algunas desordenadas palabras.

Publio no pudo evitar la risa. Desprendió sus manos de las de su amigo, y le pasó afectuosamente el brazo por encima de los hombros.

—Tenía la certeza de que estarías de acuerdo. De ahora en adelante, tu hijo podrá contar conmigo en su carrera. Huéspedes, seguidores, amigos, relaciones, todo lo pondré a su disposición. Estoy seguro de que Aurelia y él se entenderán bien: son de la misma clase, han sido educados del modo más conveniente. Será una boda cabal. Por otra parte tienen aún tiempo para aprender a conocerse. Lucio debe debutar en la política. De aquí hasta entonces, podrá empezar a formar a Aurelia a su parecer. Es la ventaja de la costumbre de nuestros padres, que siempre han prometido a sus hijos a edad temprana.

Aulo aprobó lo que decía su amigo. Hasta hubiera cantado las alabanzas de Mario. Era el día más hermoso que había tenido después de su regreso de Asia.

*

El sacerdote levantó el cuchillo enrojecido de sangre sobre el rostro del joven. Éste permaneció impasible. El filo se aproximaba a su frente. El sacerdote retrocedió bruscamente: la sangre manchaba la cara del adolescente y corría a lo largo de su nariz. El muchacho se puso a reír, y los gritos se elevaron desde la multitud hasta entonces silenciosa que asistía a la escena. El sacerdote avanzó de nuevo, y enjugó la marca sangrante con una borla de lana impregnada de leche. La fiesta de los Lupercales había comenzado.

El muchacho estaba indemne: el cuchillo no había hecho más que rozar su cabeza. La sangre derramada era la de un macho cabrío que los sacerdotes acababan de inmolar en la entrada de la gruta de Lupercal, ante la imagen de la loba que había amamantado a Rómulo y Remo. El sacerdote guardó el cuchillo. Dos muchachas muy jóvenes, vestidas de blanco y llevando insignias sacerdotales, salieron de la sombra de la gruta. Eran las vestales. Depositaron al lado del cuchillo un plato conteniendo una harina mezclada con sal, preparada con las primeras espigas recolectadas el verano anterior, mientras que un coro entonaba himnos al dios Fauno, que velaba por la fecundidad del ganado y de los campos.

Los Lupercales levantaban siempre el entusiasmo del pueblo. El Palatino estaba rodeado de una verdadera muchedumbre humana: los ritos que marcaban el comienzo de la fiesta se desarrollaban al pie de la colina donde Rómulo había vivido. Aulo y Publio estaban rodeados por su habitual cortejo de amigos y protegidos. Sin embargo, temiendo los movimientos de la multitud, Publio mantenía a Aurelia a su lado.

Había llegado el momento de la carrera de los Lupercos. Aurelia abrió los ojos de par en par. Era la primera vez que presenciaba la fiesta. Hacia unos momentos, había creído que el sacerdote iba a matar realmente al muchacho. Éste se disponía a quitarse la túnica, al mismo tiempo que otros adolescentes agrupados alrededor de él. Casi en seguida quedaron completamente desnudos. Entre la multitud, más de una mirada femenina brilló con extraño resplandor. Los Lupercos —era el nombre del colegio religioso de los jóvenes— recogieron las pieles aún calientes de las cabras y de los machos cabrios sacrificados, y se las echaron sobre sus espaldas, de ningún modo molestos por la sangre que goteaba de las mismas y que se mezclaba con el polvo. Los sacerdotes acababan de

cortar correas en las pieles puestas a un lado. Se las dieron a los Lupercos, y les colocaron en sus cabezas idénticas coronas a las que lucían las estatuas del dios Fauno.

Aurelia tenía miedo: los Lupercos se parecían a los fantasmas, de los que le hablaban cuando era pequeña. Las frondosas coronas caían sobre las cejas de los Lupercos, y la sangre se derramaba en hilillos por sus espaldas y sobre sus torsos. Aún había trozos de carne enganchados en las correas de piel que los Lupercos sostenían en sus manos. A fin de calentarse para la carrera, se balanceaban sobre sus piernas, lo que acentuaba su parecido con los animales. Aurelia crispó sus manos sobre el brazo de su padre. De golpe, los Lupercos se pusieron a correr. Un enorme grito subió desde la multitud.

Los ayudantes de los sacerdotes intentaban con gran esfuerzo desembarazar el camino delante de los Lupercos, pero la excitación del populacho crecía rápidamente. Alrededor de Aulo y de Terencia, los hombres lanzaban juramentos obscenos y entonaban canciones lascivas. Un plebeyo se acercó a ellos levantando un brazo en gesto colérico bajo la nariz de Terencia. Ésta se contentó con sonreír: durante los Lupercales casi todo estaba permitido, como en las Saturnales, cuando los esclavos recuperaban su libertad por tres días. Aurelia fue empujada con fuerza por una mujer que acababa de quitarse la toga. Sólo un taparrabo se ceñía a su cintura. Apartando de su pecho las manos de los hombres que la rodeaban, la mujer consiguió abrirse paso hasta los Lupercos: los primeros ya habían pasado y se dirigían corriendo hacia el Mercado de los bueyes. La mujer ofreció su espalda al Lupercos más próximo, quien la flageló con las correas de piel. En todos los puntos de su recorrido, se producían escenas parecidas. De vez en cuando, los Lupercos se detenían y golpeaban el suelo con sus correas, antes de volver a emprender su carrera.

Muy pronto la multitud llena de furor y fogosa exaltación entró en un verdadero trance. La sangre que goteaba de las pieles de las bestias, el espectáculo de las mujeres medio desnudas flageladas por los adolescentes, todo esto desencadenaba el delirio. Parecía que se hubiera vuelto a los tiempos primitivos. Lucio mismo sentía subir por su vientre un calor extraño. En la multitud, algunas parejas no se tomaban la molestia de disimular para abrazarse. Las mujeres que se habían ofrecido a los Lupercos se libraban a los abrazos con frenesí y, en sus cuerpos, las huellas del amor se mezclaban con las de la sangre de los animales sacrificados. Habitualmente tan púdico, Aulo no manifestaba ningún tipo de malestar. Sabía que estos excesos no duraban. Pero Aurelia estaba aterrorizada. Publio la había llevado precisamente para que se acostumbrara a este espectáculo. Los Lupercales formaban parte de Roma como el Foro y el Palatino. Alrededor de ellos, la tensión empezaba a decrecer y se propagaba más lejos como un incendio, pues los Lupercos continuaban recorriendo la ciudad.

Aulo y Publio decidieron regresar. Desde la terraza de Aulo verían también perfectamente el retorno de los Lupercos. Publio aprovechó el trayecto para explicar a su hija que el origen de estos ritos se remontaba a los tiempos en que los romanos no tenían más patrimonio que sus rebaños y flacas cosechas. Los romanos temían la ferocidad de los lobos y les ofrecían sacrificios para alejarlos de los rebaños: un poco de harina, algunas cabras, y sin duda también algunas víctimas humanas. Esto era lo que rememoraban las primeras escenas que acababan de presenciar. En lo que atañía a la carrera de los Lupercos, se había olvidado su significado. Algunos decían que conmemoraba la victoria de Rómulo y Remo sobre el rey de Alba. Los gemelos habían acudido corriendo a la cueva de la Loba para darle las gracias. Otros opinaban que se trataba más bien del recuerdo de una procesión hecha por los primeros romanos en esta misma gruta para suplicar a los dioses que hicieran fecundas a las mujeres sabinas que acababan de raptar. De todas formas, se creía firmemente que los Lupercos podían curar a las mujeres estériles: ofreciéndose a sus golpes, expiaban las faltas por las que los dioses las habían castigado.

Mientras conversaban, los que integraban el pequeño grupo llegaron delante de la casa de Aulo. Aurelia estaba feliz de terminar la jornada en compañía de Lucio.

Pasó un mes. No estaban más que en el décimo cuarto día antes de las calendas de abril pero el tiempo se había suavizado desde que los ciudadanos en júbilo habían, como cada año, expulsado al Viejo Marte fuera de Roma. 17

Aulo se detuvo delante de una de las numerosas ancianas que, aquel día, en honor del dios Líber, deambulaban por las calles de la ciudad vendiendo a los paseantes pequeñas tortas hechas de harina mezclada con miel y aceite.

—Esto son tres sestercios, para el dios —dijo la vieja con una sonrisa que descubrió sus mandíbulas desdentadas.

Llevaba una corona de hiedra, y Aulo pensó que era ciertamente el único día del año en que sus cabellos grises iban adornados. Aulo le tendió las monedas.

—Gracias, noble senador —dijo la anciana, pues bajo el manto de Aulo había advertido las bandas púrpuras—. Y ¡que este día sea un día de fiesta!

—Lo que dices no puede ser más oportuno —se sintió impulsado a contestar Aulo—. Dentro de una hora, mi hijo tomará la toga viril.

—¡Que sea feliz!

Como lo quería la costumbre, la anciana tomó un trozo de torta y lo puso sobre un pequeño altar que llevaba colgado a la espalda por medio de una banda de gastado cuero. Ella continuó diciendo:

—¡Que Líber proteja también a tu hijo y a todos aquellos que, como él, van a despojarse de la toga pretexta!

La anciana se volvió y se alejó cojeando, el altar bailoteando sobre sus delgadas caderas. En la calle, la gente distribuía mesas y sillas en el umbral de sus puertas. La tradición disponía que el día de las Liberalias debía comerse fuera.

Para Lucio, esta jornada marcaría un segundo nacimiento. Hasta entonces, aparte de sus padres, había sido sobre todo Minerva, diosa del estudio, a menudo representada con un olivo como atributo, quien había presidido su vida. Hoy salía oficialmente de la infancia y entraba en la Ciudad romana.

La víspera, antes de acostarse, había plegado cuidadosamente la vestimenta de su infancia, la toga pretexta bordada de rojo. Ésta se parecía a la que llevaban los magistrados; los niños debían ser tan respetados como los más altos personajes de la República. Esta mañana, la llevaba por última vez.

Su padre abrió la puerta de la habitación, después de haberla golpeado con el pie:18

—¿Estás listo? Me he levantado antes que nadie para salir a la calle y asegurarme de que todos mis seguidores estaban allí. Tu madre está también levantada desde hace mucho. Publio, su mujer y Aurelia, así como numerosos amigos, te esperan en el atrio.

Lucio le respondió con un aire grave:

—Estoy listo, Aulo.19

Lucio se esforzaba en parecer lo más digno posible, y copiaba su actitud de la de su padre.

Salió de su habitación y atravesó el atrio con paso lento y un poco rígido. Terencia, cuyo cutis había comenzado a marchitarse por el paso de los años, pero cuyo porte conservaba su nobleza, experimentaba orgullo mezclado de tristeza. Aulo dice que nuestros hijos nos perpetúan, pensó, pero nosotros, nosotros los perdemos de todos modos. Como hoy, cuando se convierten en hombres, y después cuando nuestra vida toca a su término y tenemos que partir para el reino de los muertos. No podía evitar pensar en las Parcas. Se dijo a sí misma: Yo te suplico, Átropos, tú que pones fin a nuestros días, que no les pongas término a los de mi Lucio antes de tiempo. Si te es posible, pide a Laquesís que enrolle más rápido en su rueca el hilo de mi propia vida, siempre que la vida de Lucio se alargue igualmente.

Sus ojos se humedecieron, un a lágrima se deslizó por su mejilla. Se recobró. Éste tenía que ser un día de alegría. Pero no lograba ahuyentar la angustia sorda que la dominaba, y que se parecía a la que experimentaba antes de los días de las Larvas.

Lucio se detuvo delante del altar doméstico. Se quitó la toga pretexta, y tomó respetuosamente la vestimenta que Aulo le tendió. La toga viril era totalmente blanca. La llamaban también la toga pura, o la toga libre, porque era inmaculada y marcaba el acceso a la única libertad que existía verdaderamente, la del ciudadano. Antes de envolver ampliamente su cuerpo con ella, Lucio deshizo el collar en que estaba colgada la bola de oro que su padre le había dado dieciséis años

antes, y la depositó sobre el altar, dedicándola a los Lares. Había llegado el momento de salir por la ciudad. Lucio se dirigió a la puerta. Marchaba en primer lugar. Aulo le seguía. Mientras viviese su padre conservaría su autoridad sobre él pero de ahora en adelante, lo trataría de hombre a hombre.

Un centenar de personas los esperaban. Se oyeron numerosos gritos de alegría cuando se abrió la puerta dando paso a Lucio. De inmediato, protegidos y amigos formaron un cortejo.

Lucio y su padre encabezaban la caravana y, lentamente, empezaron a caminar. El camino pasaba delante de algunas de las más bellas mansiones de Roma. Algunos aristócratas comenzaban a gustar de los jardines. En el Palatino, faltaba espacio para instalarlos. Así, Escipión Emiliano había establecido su residencia al pie del Quirinal, cerca del Campo de Marte, y la había rodeado de un verdadero parque. Toda Roma hablaba de ello apenas estrenaron el lugar. Antes de iniciar el descenso hacia la Via Sacra, Aulo lanzó una breve ojeada al templo de la Gran Madre, erigido un siglo antes para albergar el ídolo venido de Asia. ¡Qué acto sacrílego haberlo instalado en esta colina sagrada, entre todas las colinas! Felizmente, los templos de la Victoria y de Júpiter Status restablecían el equilibrio.

El pequeño grupo dominaba el centro de Roma. Lucio se detuvo unos instantes para esperar a los retardados. Antes de llegar a la Via Sacra, era necesario que el orden del cortejo fuera impecable.

La Roma que se extendía a sus pies no era ni armoniosa ni bella. El paraje encajonado y tortuoso no se prestaba a las construcciones de prestigio. Tres siglos antes, la invasión gala había devastado la ciudad. Las destrucciones habían sido tales que por un momento se había considerado la posibilidad de reconstruir la ciudad en otra parte. Por piedad, el Senado había decidido no abandonar el suelo de los antepasados, pero las casas nuevas se habían edificado sin orden ni proyecto. Allí sólo había barrios irregulares, calles estrechas y sinuosas con casas altas cuyos tejados de maderos y vigas entrecruzadas acentuaban el aspecto triste y sombrío. ¡Era obvio que los que disponían de medios se hubieran instalado en el Palatino! A principios del siglo precedente, todo el mundo, en la corte de Filipo de Macedonia, se burlaba aún del aspecto desagradable de la ciudad romana. Muchos templos no eran más que capillas rudimentarias de toba y de madera revestidas de estuco y tierra cocida. Pero el dinero de las conquistas había empezado a afluir. Durante sus campañas de Grecia y de Oriente, los generales romanos habían hecho copiar los planos de los palacios de sus enemigos. Gracias a los esclavos, la mano de obra se había vuelto poco costosa. Hasta entonces el pueblo de Roma sólo había conocido los antiguos templos etruscos que se hundían en el suelo con todo el peso de su arquitectura maciza. Las pinturas de tonos rutilantes era lo único que alegraba sus muros con acroteras de tierra cocida y con inquietantes máscaras de Gorgona. Los ojos tuvieron que acostumbrarse al surgimiento de las columnas griegas: a la robustez del dórico, semejante a la de un hombre en su plenitud, sucedió pronto la grácil feminidad de los órdenes jónico y corintio. Los arquitectos griegos dibujaban en ranuras y estrías los pliegues ligeros de las ropas de piedra y entrelazaban las volutas de los capiteles como si fuesen muchas joyas adornando las cabelleras de los dioses. El ladrillo cocido y la piedra empezaron a reemplazar la madera.

Cinco años después de la censura de Catón, se levantó el primer puente de piedra que cruzaba el Tíber. Tres décadas más tarde, el censor C. Casio Longino construía sobre las pendientes del Palatino un teatro de piedra, que fue demolido casi de inmediato bajo la presión del partido conservador. Si se le permitía al pueblo disponer de edificios permanentes de vasta superficie, donde se podía reunir a voluntad, se crearía a través de los mismos las condiciones para la sedición, decían los conservadores.

A pesar de ellos, Roma había cobrado un aspecto nuevo. Por todas partes surgían pórticos, jardines y santuarios. Pero después de la crisis de los Gracos, el partido reaccionario había puesto término a todos estos cambios. Cuando el cónsul Opimio, el que había lanzado a sus matones contra Cayo Graco, había hecho restaurar el templo de la Concordia para celebrar el asesinato del tribuno, había ordenado que se utilizaran los materiales tradicionales: la toba, el estuco, la madera y la tierra cocida. Los arquitectos no debían copiar el arte griego. Por otra parte, exceptuando las mansiones del Palatino, sólo los monumentos públicos se habían beneficiado de esos embellecimientos. Las

casas donde vivía la gente del pueblo continuaban siendo tan sórdidas como antes. El *hábitat* se había vuelto incluso peor, 20 pues había sido preciso construir en altura mientras los campesinos quedaban hacinados. La mirada tropezaba con las *insulae*, edificios de gran tamaño donde hormigueaba la plebe. En los barrios más miserables, los de Subure* y del Velabre, al norte y al sur del Foro, vivían no sólo los pobres, sino también los marginados y los criminales. La prostitución allí se vinculaba con negocios más o menos clandestinos. También se podía comer más barato que en otras partes: las mercancías y las vestimentas robadas en los otros mercados de la ciudad se revendían allí a bajo precio. Lo peor estaba más lejos, en el barrio del Trastévere, en la ribera derecha del Tíber. Era el reino de los extranjeros sin un sestercio en el bolsillo, de los forajidos en búsqueda de malos golpes. Durante el día, esta ralea maldita de dioses y de hombres atravesaba el Tíber para cometer sus rapiñas en el centro de la ciudad. Volvían a sus cuchitriles a la caída del día, cuando no dormían en los cementerios y en los bosques sagrados, donde ningún ciudadano se habría aventurado durante la noche. Felizmente, el Trastévere estaba fuera de la ciudad. Pero desde las nobles mansiones del Palatino se percibía muy bien el Subure. Aulo y los de su rango no estaban molestos por ello: los ojos de los nobles, ofuscados en sus casas por la mancha más pequeña, soportaban alegremente fuera de ellas los callejones sucios y embarrados, la mugre de los viandantes, la vista de los inmuebles con paredes desconchadas y agrietadas. Las *insulae* del monte Caelio estaban, no obstante, muy próximas al Palatino.

Al volverse para comprobar que el cortejo estuviera al fin formado correctamente, Lucio posó sus ojos unos instantes sobre las ruinas de un inmueble, uno de los más altos que se habían construido hasta entonces. Aulo y sus amigos se habían quejado de este vecindario incongruente: muy pronto los plebeyos podrían ver hasta el interior de sus casas. Los augures mismos habían venido en su auxilio: cuando tomaban los auspicios en el Capitolio, los últimos pisos del inmueble les impedían ver bien. Lo habían hecho demoler, y sus ocupantes habían partido para aposentarse sobre el Aventino, al otro lado del Gran Circo.

El cortejo se puso en movimiento y llegó al pie de la cuesta del Palatino. Continuó por la Via Sacra: iba a lo largo de los lugares más santos de la ciudad. Desde hacía mucho tiempo, solamente los peatones tenían el derecho de circular por allí. En carro sólo podían pasar las Vestales, las sacerdotisas de los grandes cultos y los personajes más ilustres, que habían recibido este rarísimo privilegio. Lucio y su escolta bordearon primeramente un edificio rectangular: la Casa de las Vestales. En su centro las columnatas encuadraban un vasto patio interior con el piso bordeado por una galería. Las habitaciones donde vivían las Vestales se abrían a este patio. Las más grandes familias deseaban que sus hijas habitaran allí un día: la función de Vestal era la más alta distinción a la cual podía llegar una mujer. En la calle, incluso los cónsules debían cederles el paso, y los condenados a muerte que se cruzaban con ellas por casualidad en su camino eran perdonados. Tenían que mantener el fuego sagrado en el templo, y se exigía de ellas la más grande pureza. Las impías culpables de haber tenido relaciones sexuales eran emparedadas vivas. El Sumo Pontífice moraba al otro lado de la calle, en la Regia. Allí, junto con su colegio de sacerdotes, preparaba la redacción del calendario distinguiendo los días fastos y nefastos y estableciendo las reglas que convenía seguir para ofrecer sacrificios.

El cortejo dejó tras de sí la casa de las Vestales y llegó delante del templo de los Dioscuros. Cuatro siglos antes, los etruscos y los pueblos del Lacio se habían aliado contra la pequeña ciudad romana. Durante la batalla decisiva, dos jóvenes más bellos que ningún mortal, y de una altura extraordinaria, cabalgando, lanza en ristre, a la cabeza de la caballería romana, habían hecho huir al enemigo por su valor y destreza en la lucha. Casi al mismo tiempo, dos adolescentes muy parecidos habían llevado a beber junto al Foro, en la fuente de Saturno, a sus caballos chorreantes de sudor. Tras haber anunciado la victoria, habían desaparecido como por ensalmo. Eran los Dioscuros, los semidioses Cástor y Pólux.

* Así en el original. La transcripción correcta de los nombres son Subura y Velabro (y entiéndase así en el resto de la obra). [Nota del escaneador]

Lucio hizo señas al cortejo para que se detuviese. Quería recapacitar. El recuerdo de esos acontecimientos lo llenaban de tal emoción que prestaba escasa atención al vaivén de los mirones bajo las columnas del templo, invadidas por los mostradores de los banqueros. Justamente bajo el porche ocupaba un lugar destacado la oficina de pesas y medidas, donde los clientes de los orfebres instalados en la Via Sacra venían a hacer verificar sus compras. Los templos no servían únicamente para celebrar el culto de los dioses: el Senado se reunía allí a veces, y se instalaban frecuentemente oficinas y comercios.

Lucio retomó su marcha. La multitud era ahora más densa, pues el cortejo había llegado al Foro. No era el único que había tomado la toga viril: aquí y allí se veían muchachos de su edad rodeados de sus padres que cumplían los mismos ritos. Pero su cortejo era el más imponente. Detrás de Aulo y de él iban Publio y algunos miembros del Senado, llevando las imágenes, provistas de las insignias de su dignidad y de sus collares de oro. A continuación venían las gentes de menor rango, en los que se veía, no obstante, por la arrogancia en la mirada y la calidad de sus vestiduras, que se contaban entre los mejores ciudadanos. Incluso el grueso del grupo, formado por plebeyos, tenía un aspecto orgulloso. Aulo había tenido cuidado la víspera de hacer distribuir a todo el mundo togas nuevas.

Lucio aminoró el paso. El cortejo había llegado al centro de la plaza. Era allí donde todos debían distinguir particularmente su presencia, donde sus rasgos se grabarían en la memoria de los demás, como las máscaras de cera que llevaban Aulo y sus amigos.

El Foro era el centro de la vida política. En el extremo de su lado derecho se encontraba la Piedra Negra. Se decía que Rómulo descansaba bajo esta losa de mármol.

Lucio caminó con paso medido a lo largo de la basílica Semproniana, construida por el padre de los Gracos. Era un gran edificio de dos pisos, con múltiples hornacinas llenas de estatuas de personajes célebres. La basílica de Catón, quince años más antigua, estaba entre el Capitolio y la Curia. Finalmente, la basílica Emiliana, erigida en el lado norte del Foro, completaba su aire majestuoso. El interior de estos edificios se distribuía en grandes salas bordeadas de columnatas. Allí se administraba justicia, y se desarrollaban reuniones políticas. A los paseantes y a los curiosos les gustaba recorrerlas. Muchos de ellos se ponían en cuclillas al pie de las columnas y permanecían allí sin hacer nada, o jugando a los dados.

Lucio había llegado a los primeros escalones del templo de la Concordia. Hizo signo a su escolta de detenerse. Desde allí, dominaba el Foro. El templo se llamaba así porque simbolizaba la comunidad de destino entre todos los ciudadanos, fueran ricos o pobres. Al lado, pero un poco retirado, se levantaba el templo de Saturno, venerado como uno de los santuarios más antiguos de Roma. En el interior se conservaba la antigua efigie del dios, untada de olivo y rodeada de bandas de lana. En el imponente basamento del templo, una sala albergaba el Tesoro Público.

Todos aquellos que estaban frente a Lucio y miraban, unos con respeto, otros con envidia, el aparato del que estaba rodeado, no pasaban por el Foro para ir a los templos para cumplir con sus deberes con los dioses, o a tratar negocios importantes en las basílicas. Siempre había habido pocos ricos en Roma y la piedad auténtica se perdía. No, la marea humana que se acercaba a los edificios sagrados no hacía más que pasar: los unos iban por las novedades, los otros paseaban delante de las tiendas. En la calle de los Toscanos o la de Argileta*, que desembocaban en el Foro, las prostitutas llamaban a los clientes exhibiendo sus senos y sus piernas.

Pero en este preciso instante, sobre la escalinata del templo de la Concordia, Lucio no veía nada de todo esto. Envueltos en sus togas púrpuras y blancas, los senadores de la ciudad más grande del mundo lo rodeaban. Transportado por la gloria del instante, no veía en la multitud que pasaba a sus pies más que al pueblo romano congregado para honrarlo, y todas las imágenes de gloria, aprendidas desde el alba de su vida, se mezclaban en su espíritu. Su infancia se terminaba en ese mismo minuto. Nacía uno de los futuros maestros de la República.

Tuvieron que partir demasiado rápidamente. Los sacerdotes los esperaban en el templo del Capitolio. El cortejo bordeó el pie de la colina y subieron por una larga escalera, tallada en la misma

* Así en el original. La transcripción correcta es Argileto. [Nota del escaneador].

roca, que conducía a una vasta explanada, salpicada de pequeños monumentos votivos. Entre los arcos de triunfo, se veía el de Escipión el Africano, decorado con siete estatuas de bronce dorado. Lucio se dirigió al edificio principal, el templo de Júpiter Capitolino. Las columnas eran de mármol blanco del Pentélico, el techo cubierto de tejas de bronce dorado. Las puertas bordadas de láminas de oro se abrieron ante Lucio. Entró en el templo y le inscribieron en las listas del censo. A partir de entonces, era un hombre.

*

Seis comensales comida, nueve comensales estrépito, decía el proverbio. Los poetas recomendaban no invitar menos de tres personas, para igualar el número de las Gracias, sin sobrepasar la cifra de nueve, la de las Musas. De todas maneras, estas cuentas habían sido sobrepasadas ampliamente: aquella tarde había en casa de Aulo decenas de invitados. Sin embargo, Aulo había cuidado que el número de ellos fuera impar. Sin lo cual, el que terminara primero de comer no se casaría nunca, y desafortunado el que se levantara de la mesa durante la comida: moriría en el transcurso del año.

A decir verdad nadie pensaba en estos sombríos presagios. El comedor bullía de conversaciones alegres, y el *nomenclator* 21 no sabía hacia dónde volver la cabeza. No estaba acostumbrado a tomar las comidas acostado, y ¡aún menos a recibir tanta gente a la vez!

Mientras respondía a los elogios de sus huéspedes con fingida modestia, Aulo vigilaba al *nomenclator* de reojo para evitar errores: los lugares en la mesa debían ser distribuidos según el rango de los invitados.

—Nos recibes magníficamente. Tú que alabas siempre en el Senado la virtud de la frugalidad, ¡no te reconocco!

Aulo se volvió. No había visto venir a Postimio Albino, uno de los dos cónsules en ejercicio. Desconcertado murmuro:

—No, te equivocas, pero este día es único y...

—Y tienes mucha razón de celebrarlo —cortó Albino—. ¡Mejor aprovechar nuestras fiestas privadas, puesto que la vida pública se ha vuelto tan decepcionante!

Albino tenía ambiciones sólidas y una voluntad sin escrúpulos que escondía bajo una apariencia de amenidad. Más que sus palabras amables, su físico rollizo y bonachón apaciguaba la desconfianza de sus enemigos. Cuando desvelaba su juego, era demasiado tarde. El equívoco personaje hacía sentir incómodo a Aulo, pero todo permitía pensar que sería el próximo censor. Albino sabía que continuaría dirigiendo allí donde lo estimara conveniente, y a su propio ritmo, la acción vehemente de Aulo y de sus amigos. Había llegado el momento de desembarazarse de Mario, con suavidad, pues era preciso no echarlo todo a perder por un celo intempestivo. El pueblo oscilaba entre los partidos, decepcionado por los populares, desconfiando de la aristocracia. Albino quería llevar al pueblo a apoyar nuevamente las gentes de bien. Era necesario actuar prudentemente, para no amedrentar a la multitud versátil.

Algunos esclavos se habían aproximado al cónsul. Le acercaron un asiento y le descalzaron para lavarle los pies. Luego Albino, como los otros invitados, les entregó un cinturón y sus anillos: todo nudo evocaba la idea de un círculo cerrado, símbolo nefasto que impedía la comunicación entre el mundo de los vivos y el de los muertos, los cuales se consideraba que participaban también en el festín. A continuación, Aulo acompañó a Albino al lugar consular, del lado derecho de la cama, detrás de la mesa preferente. La madera de la cama gimió bajo el peso del cónsul. Una amplia sonrisa se dibujó sobre su rostro rubicundo cuando se dio cuenta de que Terencia se había tendido a su lado. A pesar de que la edad había empezado a acentuar sus arrugas, sobrepasaba aún en belleza a muchas mujeres más jóvenes que ella. Terencia era menos sensible al físico de Albino, pero apreciaba su carácter jovial y amable. Mientras respondía a los elogios de Albino, Terencia miró un momento al *nomenclator* para ver si había terminado de ubicar a los invitados. Vero, el publicano, estaba a algunas mesas de distancia, al lado de la esposa de Publio. No sabía hablar más que de dinero y de impuestos a cobrar en las provincias, temas que aburrían profundamente a Terencia.

Aulo se había visto obligado a invitarlo: el grupo de Vero era muy poderoso en el Senado. Los publicanos no participaban nunca en las sesiones de la Curia, pero tenían allí sus hombres. Vero era casi tan poderoso como un magistrado. En cambio, a Terencia le gustaba mucho Torcuato, el joven hermano del financiero, y lo había hecho ubicar muy cerca de ella. Torcuato viajaba por las provincias para iniciarse en el mundo de los negocios. No tenía más que veintidós años, la edad en que los hombres jóvenes experimentan una atracción un poco perturbadora por las mujeres de más edad. A Terencia le gustaba el brillo que se encendía en los ojos de Torcuato cuando ella le hablaba.

Aulo se acostó a su vez, y ordenó a los servidores que trajeran una libación. Comenzaba el festín.²² Los esclavos colocaron cerca de cada invitado un plato con ostras crudas, mejillones, y aves sobre un fondo de espárragos. Albino se puso a succionar ruidosamente los mariscos. Tiraba las valvas de un azul pizarra al mismo suelo, que los esclavos rociaban de verbena, que según decían tenía la virtud de poner más alegres a los comensales. Los restos empezaban a acumularse junto a las mesas. Nadie se habría aventurado a barrerlos. En su morada subterránea, a los muertos no les hubiera gustado que se les privara de alimentos. Algunos nobles refinados y menos piadosos que Aulo invertían el orden de la antigua prohibición pavimentando el suelo de sus comedores con mosaicos que representaban los restos. Así podían comer limpiamente simulando no ofender a los antepasados. De todas formas, incluso estos espíritus libres se guardaban bien de volcar un salero —presagio de muerte— o de cortar la carne con el extremo del cuchillo: habrían herido a los mismos difuntos.

Albino fue el primero en terminar los entremeses. Estaba dotado de un excelente apetito, que resistía todos los banquetes a los que era invitado. Un esclavo se acercó a él con un aguamanil lleno de agua perfumada. Tras haber lavado las manos del cónsul, se las secó con una toalla. Otros esclavos limpiaron la superficie de la mesa y trajeron a los invitados platos con panecillos calientes y vino mezclado con miel. Albino tragó ruidosamente y se volvió hacia Terencia:

—¡Gracias sean dadas a nuestros ejércitos! Sin nuestros legionarios, comeríamos aún garbanzos hervidos.

Como Terencia le dio la razón, Albino se puso a hablar con grandilocuencia, por la costumbre del Foro, pero más aún para brillar a los ojos de su vecina. Recordó que el lujo de las naciones extranjeras había llegado a la Ciudad con el ejército de Asia. Al regresar de campaña, los generales habían dado a conocer a sus conciudadanos las camas adornadas de bronce, los tapices preciosos, los veladores, los aparadores, y otros muebles que los romanos jamás habían visto, del mismo modo que tampoco conocían a las cantoras, tañedoras de arpa y a los narradores que aparecieron desde entonces amenizando los grandes banquetes. Los romanos habían aprendido a disfrutar de los placeres de la mesa: los cocineros, para sus abuelos los esclavos más menospreciados, eran ahora muy disputados y cambiaban de dueños a precios de oro.²³

Satisfecho de su pequeño discurso, Albino comenzó la segunda serie de platos: un pollo muy cebado, un guisado de ostras y mejillones, filetes de jabalí cocidos con fruta macerada en miel, todo ello acompañado de un pastel de aves y de pulpos con becafigos.

Aulo mismo se había sacrificado al gusto del día haciendo servir vinos perfumados a la rosa y a la violeta, sin olvidar a los invitados —cada vez más numerosos— que preferían los sazonados con pimienta. La vajilla y el mobiliario del comedor realzaban la calidad de los manjares. Las camas estaban recubiertas de telas bordadas de Babilonia. Cerca de los invitados de alto rango se habían dispuesto pequeñas mesas de preciadas maderas, tan valiosas que su precio sobrepasaba el de varios collares con piedras preciosas.²⁴ Todos los manjares se servían en bandejas de plata finamente trabajada.

Aulo había hecho todo lo que había podido, pero rehusaba prestarse a las extravagancias de algunos advenedizos que ofrecían a sus invitados una perla disuelta en vinagre debido a que, decían riendo era el medio más seguro de gastar el máximo de dinero en un tiempo mínimo.

Se comenzaban a oír los primeros eructos alrededor de las mesas, signos bienvenidos de satisfacción, y apreciados por el anfitrión. De acuerdo con la costumbre, algunos invitados habían enrollado en forma de bola sus servilletas y habían depositado allí los restos de las comidas que

habían apreciado más, para llevárselos a sus casas. Pero aún faltaban por servirse algunos manjares: ubres y vulva de cerda, cabeza de cerdo, pescado guisado, pato hervido y aves asadas.

Lucio se aburría. El ambiente era alegre y amigable, pero no tenía nada de glorioso. Habría prescindido con gusto de toda la comida para revivir los minutos deslumbrantes de la mañana, al pie del templo de la Concordia. De todas maneras —había heredado esta característica de su padre— no era muy sensible a los placeres de la mesa, no llegando a comprender que se pudiera comer por otro motivo que no fuese la necesidad. Publio, como de costumbre con humor jovial, intentaba divertirlo.

Aulo hacía lo posible para encontrar temas de conversación que interesaran a la vez a Sempronia, la esposa de Publio, y al aguafiestas de Vero. El financiero abrumaba a su vecina con la enumeración de los nuevos impuestos, cada vez más ingeniosos, que había propuesto en el Senado para sacar el máximo partido posible de las provincias más ricas. Lucio, que soñaba sobre todo con hazañas políticas y militares, no apreciaba mucho más que Sempronia este tipo de discurso. Pero mientras empezaba a cortar valerosamente su pato hervido, prestó atención a la conversación de Terencia y Torcuato. El joven hombre de negocios hablaba de países lejanos.

—Tú, que amas tanto a Grecia —decía Torcuato a Terencia—, quedarías decepcionada si fueras allí.

—¿Pero qué dices? Desde hace casi un siglo, los más cultivados de los nuestros visitan este país fabuloso.

—Fabuloso, ésta es exactamente la palabra —insistió Torcuato dirigiendo la mano hacia el plato de ubres—. Lo que nosotros vamos a buscar allí es el pasado, las leyendas de Homero, en las que nos dice que los héroes se amaban, fueron llevados a los cielos, y otros desatinos.

—¿Quién te dice que todo son imaginaciones?

Torcuato tomó un tono más mesurado. Temía herir a Terencia.

—Sin duda encontraríamos en el fondo de todo esto una brizna de realidad. Pero los guías añaden de su cosecha, para complacer a los crédulos, cuando éstos son unos ignorantes. Yo estuve el año pasado en la región de Delfos. Había pasado la semana revisando las cuentas de la oficina de nuestra compañía, y sentí la necesidad de tomar un poco el aire. Junto con mis colegas, fuimos al templo. Allí, era imposible deshacerse de los guías. Tuvimos que tragar todas las inscripciones con las que estaban decorados los muros, ¡como si no supiéramos leer el griego! Pero si hacíamos una pregunta que se salía de lo habitual, nuestros guías se quedaban confundidos. 25

—¿Tú crees que nuestros guías del Foro son más sabios? —preguntó Terencia—. ¿No me dirás que Atenas te ha decepcionado...?

El rostro de Torcuato se iluminó.

—Atenas continúa siendo incomparablemente bella. ¡Qué espectáculo cuando el sol se levanta por encima de la Acrópolis, con sus templos pintados de colores llamativos, rojos vivos y azules profundos! Estas obras maestras que cuentan con varios siglos parece que acaban de salir de las manos de los artistas que las han creado. Se diría que el tiempo se ha detenido y creo que su luz está allí para algo. ¡Ay!, pronto sólo los dioses continuarán morando en Atenas.

—Perdóname —dijo Lucio que estaba impaciente por intervenir en la conversación—. He leído lo que los viejos autores griegos dicen de Corinto. Parece ser que es aún más bella que Atenas.

Torcuato se volvió. Irritado de que Lucio interrumpiera su conversación con Terencia, le respondió en un tono seco:

—Este Corinto no existe más que en tus libros. Nosotros lo destruimos completamente hace cincuenta años, y nos llevamos las obras de arte y las piezas de valor. —Torcuato sonrió nuevamente a Terencia.— No hay como Corinto para inspirar tristeza —dijo—, cuando se piensa en lo que fue Grecia. Muchas ciudades que tuvieron gran esplendor en el pasado declinan lentamente y pierden sus habitantes. Dentro de dos siglos, no quedará nada. Mercados, gimnasios, teatros, todo habrá desaparecido bajo la vegetación. Sólo podrán verse aún, emergiendo entre el trigo, las cabezas de las antiguas estatuas de mármol, y las ovejas pastarán sobre las escalinatas de los palacios abandonados. 26 Así es. Todo pasa, incluso los imperios que se dicen eternos. Mucho me

temo que un día gente extranjera recorra nuestro Foro preguntándose dónde se encontrarían los templos de los que hablaban nuestros escritores...

—¡Qué predicciones tan sombrías! —dijo Terencia—. Si los griegos han caído en la decadencia, no es sin razón. Pregunta a mi marido sobre esto, es inagotable en ese tema.

Terencia rechazó el guiso de pescado. Las palabras de Torcuato la irritaban.

—Tú que vuelves a Grecia —aventuró Lucio—, ¿has oído hablar de Piteas?

—¿Piteas...? —Torcuato se pasó la mano por la frente y reflexionó. — Este nombre no me dice nada.

—Piteas fue un habitante de Massalia que pretendió, hace dos siglos, haber llegado al país de los hiperbóreos —dijo Lucio contrariado.

—¡Ah, los hiperbóreos! Conozco esta leyenda. Pero créeme, sólo es una fábula.

—De todas maneras dime todo lo que sepas.

—Como desees —respondió Torcuato con pesar, tendiendo sus manos hacia el esclavo portador del aguamanil.

Todo esto no le interesaba, pero era el día de Lucio, y la hermosa Terencia era su madre.

—He oído hablar de esto en Delos —prosiguió Torcuato—, en el lugar donde se encuentra el gran mercado de los esclavos. Los griegos creen que Apolo nació en esta isla. Creen que su dios se marcha regularmente de Delos para pasar algún tiempo en las orillas del Septentrión, y que regresa por los aires, en un carro tirado por cisnes. Apolo ama esos lugares, pues los hombres allí son casi tan perfectos como los dioses. Viven felices, en paz y sabiamente en medio de una naturaleza generosa. En estas regiones lejanas, la primavera dura todo el año, la luz del día reina sin interrupción durante seis meses, puesto que se encuentran muy cerca del lugar donde se pone el sol. Parece incluso que allí se oye el rumor de las aguas cuando el disco de fuego se hunde por entre las olas...

Lucio abría unos ojos maravillados. Con aire escéptico, Torcuato continuó:

—Naturalmente, esto son leyendas tejidas por estos charlatanes de griegos. No obstante, hay hombres que deben vivir muy al norte: el ámbar nos viene de allí. Estoy al tanto de este comercio y de su importancia, puesto que nuestras compañías obtienen elevados impuestos sobre la circulación de esta piedra. Pero de aquí a conceder crédito a todo lo demás...

—Por qué negarlo *a priori*? —insistió Lucio—. Nosotros no hemos ido nunca allí.

Torcuato movió la cabeza en signo de negación. Se disponía a responder a Lucio, cuando Aulo se levantó. Los esclavos acababan de traer un enorme pastel de hojaldre que señoreaba en una bandeja sostenida por tres faunos fálicos, cuyo miembro desproporcionado se elevaba orgullosamente. Se apagó el rumor de las últimas conversaciones.

Aulo tomó el cuchillo de plata y empezó a cortar la corteza del pastel, procurando no hundir demasiado la lámina. Bruscamente, el pastel estalló y, en medio de los gritos de admiración y de sorpresa, salieron tres palomas asustadas. Después de dar algunos pasos sobre la mesa, emprendieron vuelo con un chasquido de alas. Todo el mundo estaba encantado y sorprendido. La agitación alrededor de la mesa era grande. Sólo Aulo, Publio y sus respectivas esposas parecían calmados y sonrientes. En cuanto a Lucio, se preguntaba qué significaba esta fantasía, ajena a la forma de ser de su padre.

Aulo tuvo que reclamar nuevamente silencio.

—Seguramente os preguntáis, sin duda, lo que significa este vuelo de palomas. Este pájaro es el preferido de Venus. Yo le rindo así homenaje, puesto que quisiera que ella tomara este día bajo sus auspicios.

»En efecto, amigos míos —Aulo forzó un poco la voz—, Publio y yo hemos querido aprovechar este día para anunciaros una gran noticia: hemos decidido unir pronto en casamiento a nuestros hijos, Aurelia y Lucio.

Lucio no entendió de inmediato. Le hizo el efecto de recibir un golpe, y sintió su cuerpo hundirse en los almohadones sobre los que se encontraba tendido. Todos lo miraban. Aulo, Terencia, Publio y Sempronia sonreían, los otros invitados empezaron a levantarse de sus camas para ir a felicitarlos,

a él y a sus padres. Lucio se recobró: era preciso ante todo salvar las apariencias. ¡Ahora sabía por qué Publio no había cesado de tener atenciones con él durante el transcurso de la comida!

Éste acababa de tomar la palabra.

—Amigos míos, mi felicidad es por lo menos igual a la de Aulo, mi vecino en el banco del Senado. La antigüedad de nuestra amistad, las grandes hazañas de nuestros antepasados, nuestros puntos de vista parecidos sobre el destino de nuestra ciudad, nos unen, desde hace ya mucho tiempo. Por estos signos, los dioses nos han mostrado claramente su voluntad. Así, prometo ante todos dar en matrimonio mi hija Aurelia a Lucio, hijo de Aulo Livio y de Terencia, y pregunto a Aulo si él quiere hacer lo mismo.

Publio había empleado un tono solemne para pronunciar las fórmulas rituales de los esponsales. Aulo le respondió inmediatamente como lo exigía el derecho.

—Prometo entregar en matrimonio mi hijo Lucio a Aurelia, hija de Publio Claudio. —Aulo sacó de entre los pliegues de su toga un anillo de oro adornado con una piedra preciosa. Lo mostró a toda la concurrencia y prosiguió:

— Y en señal de esto, y para que nadie se desdiga, entrego a Publio, para su hija Aurelia de parte de mi hijo Lucio, este anillo que ella llevará en su cuarto dedo siguiendo la costumbre.

Publio contestó:

—Y así se hará. Y yo te entrego también un anillo para Lucio. ¡Qué los dioses bendigan esta alianza de nuestras familias y la unión de nuestros hijos!

Aurelia no estaba ni presente, ni se le había advertido de este proyecto. A partir de este instante, no obstante, tenía que observar las reglas de conducta impuestas a la mujer casada. El intercambio de anillos simbolizaba la promesa de unión. Aulo y Publio habían fijado las cláusulas estipulando la naturaleza y el importe de la dote, cuyo contrato se firmaría tras la partida de los invitados.

Lucio correspondió a las felicitaciones de Publio y de su esposa, así como a las de los invitados. Cuando todos estuvieron nuevamente tendidos en sus camas, Aulo pidió que trajeran sus mejores botellas de vino griego. Había ordenado a sus esclavos que sacaran con liberalidad el vino de su reserva en ánforas. La comida iba a prolongarse hasta bien entrada la noche.

¿Fue por el efecto del vino? Lucio se sintió poco a poco ganado por la euforia. En un solo día se convertía en un hombre y se aliaba con la poderosa familia de Publio. Sonrió apreciando la sabiduría de sus padres. Ciertamente no le habían consultado. Las costumbres no lo exigían y ellos sabían que su hijo no podría dejar de ratificar esta elección. Evocó el rostro de Aurelia. Era una niña. Pero pensándolo bien, la encontraba más bien bonita, y ante todo pertenecía a su misma categoría. En cuanto el amor, dijeran lo que quisieran las palomas que continuaban revoloteando, era otra cuestión, distinta del matrimonio. Aurelia sería una buena esposa, fiel y modesta, y esto era suficiente. El amor y el placer vendrían por añadidura. De todas formas, el casamiento no estaba previsto para el día siguiente.

*

«Se admite una ley fijando que una sacerdotisa debe ser casta y pura, hija de padres castos y puros. Una virgen, mancillada por piratas, es vendida a un negociante que la somete a la prostitución. A los clientes que se presenten, ella les pide que le paguen su salario respetándola. Un soldado rechaza concederle esta gracia y quiere violentarla: ella lo mata. Acusada, es absuelta y devuelta a los suyos. Pide ser sacerdotisa. Argumentar a favor o en contra.» 27

Lucio relejó con atención el texto que acababa de escribir dictado por su preceptor. Escogió exponer su opinión en contra: ¿quién habría podido creer que una prostituta podía sacar dinero a sus clientes sin darles nada a cambio?

Este aspecto de los ejercicios de retórica aburría profundamente a Lucio. Le recordaba demasiado a Hesíodo y la monotonía de sus lecciones. No obstante, Lucio se sometía a ellos como a un mal necesario, para adquirir la técnica del arte oratorio. Nadie llegaba al poder sin la ayuda de la elocuencia. Era necesario saber hablar a favor de cualquier causa, asumiendo alternativamente el

papel de la defensa o de la acusación. La cuestión de fondo importaba poco, sólo contaba la habilidad. Y también la memoria de los hechos históricos. Buen alumno, Lucio no olvidaba nunca mencionar alguno en apoyo de sus argumentos. Conocía suficientes episodios como para no agotar sus recursos, fuera lo que fuera lo que debiera defender. Pero era preciso no exagerar. Los jueces no tendrían que conocer jamás tales casos. Lucio se había quejado de esto a su padre quien le había respondido que cuanto más extraordinarios e indefendibles parecieran los casos, mejores eran. ¿Qué mérito habría habido en triunfar sobre causas fáciles y evidentes?

A veces, Lucio dudaba de sí mismo y del éxito de sus esfuerzos. Las incertidumbres de la adolescencia, o el desánimo, próximo a menudo de la exaltación, perturbaban su determinación. Un día, Diófano le dijo:

—El poder es sólo una ilusión, un sueño. Ten cuidado de no empujar, como Sísifo, 28 durante toda tu vida una roca que vuelva a caer cuando la hayas llevado a la cumbre...

Lucio, alzando sus hombros, mitad serio, mitad divertido, había respondido a Diófano que él no era más que un griego decadente. Pero a veces, en momentos grises, volvía a pensar en Sísifo.

La retórica no ocupaba lo esencial de su tiempo. Aulo le llevaba a menudo al Foro para que observara a hombres auténticos, sumergidos en problemas jurídicos bien reales. Casi todos los procesos se desarrollaban en esta plaza. Había dos tribunales instalados permanentemente, uno al lado de un charco de agua denominado con énfasis lago Curcio, y el otro al lado del templo de Cástor. Las otras jurisdicciones tenían su sede en las tribunas provisionales en el centro mismo de la explanada. Los mirones adoraban este tipo de diversión. Pasaban de un tribunal al otro cuando se desarrollaban varios procesos al mismo tiempo. Se podía valorar la reputación de un orador mirando la importancia del círculo de gente apiñada alrededor del tribunal donde trabajaba. Las intervenciones se dirigían más al público que a los magistrados y se convertían muy a menudo en discursos políticos. Un puesto de cónsul se ganaba tanto en una pretura como en la tribuna de las arengas.

Al cabo de tres años, Aulo decidió que había llegado el momento de que su hijo diera los primeros pasos en su carrera. Para esto nada mejor que un proceso criminal. Al público le gustaban estos asuntos importantes. Todos los grandes personajes del Estado tenían que afrontar esta prueba, puesto que las acusaciones delante de las jurisdicciones penales no estaban únicamente reservadas a la gente de baja alcurnia. La política se mezclaba estrechamente con el derecho: para eliminar a un rival peligroso, nada mejor que una buena acusación de extorsión de fondos en detrimento de los provincianos, o una irregularidad en una campaña electoral. Los jóvenes ambiciosos escogían a menudo este terreno para su primer galope de prueba. Si conseguían acusar victoriosamente a un hombre conocido, se convertían inmediatamente en estrellas, solicitados hasta por los demandantes, quienes eran, además, electores potenciales.

El asunto que Aulo había escogido comportaba toda la carga de escándalo necesaria. Uno de sus amigos, Cayo Porcenna, era sospechoso de corrupción en el transcurso de su campaña electoral. Naturalmente, los partidarios de Mario, quienes habían sufrido una pérdida de votos en los comicios, habían propiciado a un delator con la esperanza de dar un golpe al Senado si condenaban a Porcenna. Y los vagos rumores se habían transformado en una acusación judicial presentada en buena y debida forma.

Aulo actuaba de modo arriesgado y decisivo para que su hijo hiciera carrera. Todo Roma hablaba del asunto. Si Lucio ganaba, su prestigio sería de golpe inmenso, y su juventud lo realzaría aún más. Pero si perdía... llevaría a su espalda durante años una carga muy pesada. En cuanto al fondo, el asunto no estaba claro. Según los informes obtenidos por Aulo, Porcenna era probablemente culpable de los hechos que se le imputaban. La causa no estaba ganada de antemano. Lucio se daba cuenta de esto tan bien como su padre.

Llegó el día del proceso. Lucio había aprendido de memoria su alegato redactándolo de forma que pudiera improvisar, si era necesario. Aulo lo había leído y no había encontrado gran cosa que decir. Había retocado algunos pasajes para darles un aire más contundente, y había proporcionado a su hijo algunos *exempla* suplementarios. Lucio no parecía nervioso, pero su padre le conocía lo suficiente para saber que su calma ocultaba una gran tensión.

Cuando llegaron al Foro, la plaza estaba ya llena a rebosar. Se dirigieron hacia las tribunas, animados por sus partidarios. Aulo les había llamado para que hicieran de claque. Naturalmente, sus adversarios habían hecho lo mismo. Aulo reconoció a varios libertos de Sátrico, el acusador de Porcenna. Dispusieron a sus hombres en lugares estratégicos. Lucio se sentó en su banco, y permaneció silencioso. Parecía ausente. En realidad, observaba todo con atención.

El presidente del tribunal era un hombre grotesco, comprometido en varios negocios, que se inclinaría del lado que soplara el viento. El acusado miraba a Lucio con aire inquieto. En el Senado le habían alabado a este joven, a quien nadie había oído aún defender una causa. Hubiera preferido a un hombre con experiencia en el Foro, pero, detrás de Lucio, sabía que podía contar con el prestigio y los apoyos de que disponían Aulo y Publio. Por otra parte, sus partidarios y su familia no habían dejado nada al azar en la puesta en escena del espectáculo. Porcenna y sus parientes iban vestidos con ropas de luto, demostración de la vergüenza que les inspiraban las acusaciones hechas por hombres malvados contra buenos ciudadanos como ellos. Sus dos hijos de corta edad lo rodeaban. No era la primera vez que los acusados recurrían a tales artificios. La experiencia demostraba que influían en el público, e incluso en los jueces.

Éstos prestaron juramento mirando hacia el Foro. Luego tomaron asiento en los bancos más altos. Se leyó el acta de acusación, y comenzó el desfile de testigos de la acusación y de la defensa. Sátrico había escogido a los suyos cuidadosamente. Tenían que declarar que Porcenna había pagado algunos sestercios a numerosos individuos para que se añadieran a su cortejo. Peor aún, decían que habían hecho distribuir, en los barrios de Subure y de Caelio, centenares de plazas gratuitas para los próximos juegos de gladiadores. Lucio observaba con satisfacción el nerviosismo creciente de Sátrico. El hombrecillo caminaba de un lado para otro delante de las tribunas. Las risas comenzaron a difundirse entre la multitud. Sátrico tenía una buena ocasión para batallar, plantear preguntas precisas a sus propios testigos, pero sólo conseguía arrancarles palabras imprecisas y vagas. Los testigos se contentaban con aportar rumores, pero no se comprometían abiertamente. Aulo disimulaba mal su alegría. En el transcurso de las semanas anteriores al proceso, Publio y él se las habían arreglado para hacer saber a los principales testigos de la acusación que no les interesaba demostrar demasiado celo. Al poco rato, el viento se había girado a favor del Senado, y éste sabría acordarse de sus amigos... y de sus enemigos. Los testigos de Sátrico eran en su mayor parte gente modesta. Muchos de ellos tenían deudas con senadores y caballeros. Si llegaba a oídos de sus acreedores que habían contribuido a la desgracia de Porcenna, no obtendrían ninguna moratoria más... El mensaje había sido entendido. Por su parte, y por las mismas razones, Lucio no había tenido dificultad en encontrar testigos que juraran que Porcenna era el más íntegro de los ciudadanos, el mejor magistrado que se hubiese visto desde mucho tiempo atrás. Este último, sentado en su banco, se había enderezado, y sus mejillas habían recuperado el color.

Llegaba para Lucio el momento de pronunciar su alegato. El juicio seguiría. Él se acercó al estrado con paso medido y permaneció unos instantes sin hablar, contemplando desde arriba a Sátrico. Luego hizo una inspiración, y levantó los brazos en dirección a Porcenna.

—Ciudadanos, podéis ver como yo los rasgos del hombre que acaba de ser acusado de las peores fechorías. ¿Veis en ellos la vergüenza o el temor, como si el discurso de Sátrico hubiera sacado a la luz sus crímenes? ¡Ciertamente no! Su rostro es el de un hombre honesto y virtuoso. Porque, ¿de qué crímenes se trata? —Lucio detuvo su marcha y volvió a tomar la palabra con voz más lenta y más calma:— No es necesario reflexionar largo rato para comprender que solamente la malevolencia guía a Sátrico. Se os ha dicho que, para ser elegido, Porcenna se había presentado rodeado de un cortejo imponente, y había distribuido plazas de espectáculo entre todas las tribus. 29

Sátrico se había sentado en su rincón, y la costumbre le impedía que volviera a tomar la palabra. Agitaba su gran cabeza coloradota como para decir que toda la cuestión se centraba en aquello.

Lucio continuó:

—Porcenna sería culpable si hubiese pagado a los miembros de su cortejo. Pero Sátrico, ya puede mover furiosamente los hombros ha sido incapaz de probarlo. Lejos de contribuir a la perdición de mi cliente, su numeroso cortejo demuestra, en cambio, la excelencia de Sus virtudes y de su familia. ¿Para qué sirve un cortejo? Su utilización es constante en nuestra ciudad, y está aprobada tanto por la multitud como por los grandes. Los ciudadanos de condición modesta no tienen otro medio de ganar los favores de las gentes de bien, o de reconocerlos. Pues escoltar a amigos candidatos durante días enteros es un servicio que no se sabría como pedir a los senadores ni a los caballeros. Si éstos frecuentan nuestra casa, si nos acompañan hasta el Foro, si nos hacen el honor de una sola vuelta a la basílica, esto queda ya como una gran marca de consideración...

Como todos los oradores, Lucio pensaba más de prisa de lo que hablaba. Su boca pronunciaba las palabras aprendidas de memoria pero su espíritu alerta las anticipaba algunos segundos. Aprovechaba este corto espacio de tiempo para observar la actitud de los jurados. Entre ellos, había muchos hombres importantes. Lucio los alababa con habilidad, lo que se veía fácilmente por su aire satisfecho. Continuó sin dar tiempo a Sátrico de que lo desmintiera con sus gestos.

—Dejad a aquellos que esperan todo de nosotros el medio de concedernos, también por su parte, alguna cosa. Si no es más que su sufragio, es bien poco, puesto que no tiene mucha influencia. No pueden ni interceder por nosotros, ni servirnos de fiadores, ni invitarnos a sus casas. Todo esto, ellos lo esperan de nosotros, y no lo pueden agradecer más que con su devoción. —Los aplausos empezaron a crepitar entre el público, atizados por los protegidos de Aulo y Publio. Animado por la claque, Lucio continuó con seguridad: —En cuanto a las plazas, digamos, distribuidas para tribus enteras, a las comidas ofrecidas a todos los que acuden, esto no son más que mentiras. Si los amigos de Porcenna han hecho regalos poco importantes a los electores, no han violado con ello las leyes y las costumbres. ¡Nadie se ha abstenido jamás de distribuir plazas en el circo o en el Foro entre amigos y entre gente de su tribu!

La argumentación de Lucio era sutil. Todo el mundo sabía que Porcenna había regalado plazas en los espectáculos para ganarse electores. Hubiese sido poco hábil negarlo. Era preciso convencer al tribunal del carácter restringido de estos favores. Distribuir invitaciones entre gente conocida porque eran amigos o formaban parte de su propia circunscripción electoral era una cortesía perfectamente admitida. Pero al hacerlo con desconocidos, el candidato se convertía en culpable de soborno.

Lucio se volvió hacia Sátrico, lanzándole una mirada amenazante. La multitud se estremeció.

—Todos estos cargos relativos a los cortejos, a los espectáculos, a las comidas públicas, el pueblo los tomará en cuenta como un exceso de celo por tu parte. En estos puntos, mi cliente respalda su defensa sobre la autoridad misma del Senado. Ninguno de los Ancianos encontraría motivo para dirigirle el más mínimo reproche a Porcenna por la manera en que ha conducido su campaña.

Había llegado el momento de la perorata. Sentado aún en el banco y rodeado de su familia, Porcenna compuso, como se había convenido, un rostro consternado.

Lucio ajustó su toga con elegancia y se acercó a Porcenna. Hizo un signo al niño más pequeño. El muchachito estaba atemorizado por los discursos, de los que no entendía nada. Su aire indeciso y apocado se adecuaba exactamente a las circunstancias.

El niño dudó algunos segundos, pero Porcenna le hizo obedecer. Con paso inseguro se dirigió a Lucio. El joven pasó su brazo por encima de los pequeños hombros en un gesto afectuoso. Manteniendo al niño a su lado, Lucio se dirigió al tribunal:

—La sentencia que vosotros vais a dictar marcará la vida de este desafortunado niño. Él os suplica, en esta edad en que se da cuenta de la aflicción de su padre, sin poder serle de ninguna ayuda, que no agravéis su tristeza con el llanto de su padre, ni el dolor de su padre por sus propias lágrimas.

En el silencio que se produjo, Lucio sintió que todos estaban emocionados. Lo aprovechó para reforzar su juego.

—Este niño me suplica con la mirada, me hace recordar mis compromisos. Tened piedad, jueces, de esta familia, piedad de un padre valeroso, piedad de un hijo desafortunado. Que este nombre, símbolo de gloria y de valentía, en consideración a su nobleza y por su antigüedad, así como por el que lo lleva, permanezca gracias a vosotros al servicio de la patria. **30**

Saludando las últimas palabras de Lucio, los aplausos rompieron el silencio que reinaba desde hacía unos minutos. Se oyeron hasta en la Casa de las Vestales.

Lucio cogió al niño en brazos. Acariciándole el cabello, lo devolvió a su padre quien simuló reprimir unas lágrimas. Lucio se sentó en su banco. Su mirada se cruzó con la de Aulo. La alegría allí disputaba con el orgullo.

Una hora más tarde, el tribunal dio su veredicto: Porcenna quedaba absuelto, y su acusador era condenado a una pena grave. Al retirarse, Sátrico tuvo incluso que soportar las chanzas y los gritos de la multitud. Porcenna estaba exultante, y se confundía en agradecimientos a Lucio. No era el único que había ganado: su victoria era también la del Senado. Todo el honor recaía en el joven abogado.

*

Aurelia vio en su éxito un feliz presagio para su casamiento. Lucio tenía veinte años. Ella, diecisiete: una edad totalmente conveniente para celebrar su boda. ¡Qué lejos estaba el día siguiente a la jornada que Lucio había tomado la toga viril, y en que sus padres le habían anunciado la decisión de prometerlos! Desde hacía tres años, le parecía que su vida había tomado un rumbo nuevo. Sin embargo, nada había cambiado en sus ocupaciones cotidianas. Había continuado aprendiendo de su madre los deberes de una buena esposa. Sometida en principio al padre de familia, a continuación a su marido, la mujer romana no lo estaba más que en apariencia. Ellas dirigían con una autoridad incontestada lo que desde siempre las costumbres les habían reconocido: la organización de la casa. No era una tarea insignificante la de dirigir a los esclavos. Aurelia estaba habituada a ello, y a la manera de Terencia, sabía dosificar castigos y recompensas. Su madre le había enseñado también que una esposa debe rodear a su esposo con sus consejos, y que su influencia sobrepasa de ese modo ampliamente el ámbito de las actividades domésticas. Por su parte, Lucio la miraba con otros ojos. Desde hacía algunos meses, el cuerpo de Aurelia había madurado. Era de talla mediana, pero bien proporcionada. Sus largas piernas prolongaban su cuerpo estrecho. Sus pechos firmes y altos atraían las miradas de los jóvenes. Sus ojos marrones tenían el color aterciopelado de los tejidos de Babilonia. En sus rasgos finos, con labios delicados, brillaban la serenidad y el equilibrio.

Poco a poco, Lucio había sido ganado por una cierta emoción. Se sorprendía a sí mismo esperando su próximo encuentro, aunque la frecuentación del Foro hubiera permanecido en el primer plano de sus preocupaciones. Pero existía este fuego que les quemaba a veces las entrañas, que aparecía en bruscos e imprevisibles empujes. La idea de apagarlo con Aurelia le había atravesado alguna vez el espíritu. Pero la había rechazado rápidamente: la esposa debía mantenerse pura hasta el día del casamiento.

Felizmente existían otros medios para calmar este ardor.

*

—¿Voy lo suficientemente harapiento? —preguntó Lucio a Diáfano dando una vuelta sobre sí mismo para mostrarle mejor la toga andrajosa que había encontrado en un baúl—. De nosotros dos, ¡es a mí al que tomarán por el esclavo!

—Créeme, vale más así —murmuró Diófano—. Ahora, apresurémonos. Subire está lejos.

Y empujó la puerta sin esperar más.

Diófano conocía Roma como la palma de su mano, incluyendo sus barrios de mala fama, donde se encontraban numerosos burdeles. Los hijos de buena familia no los desdeñaban. Lucio tenía la intención de aprovecharlo. Pero, para la primera vez, había tenido necesidad de un guía. Diófano no estaba muy entusiasmado con esta idea: en Subure, se desencadenaban peleas rápidamente. ¿Qué diría Aulo si herían a su hijo en una riña? Diófano se había esforzado en hacerle cambiar de parecer describiéndole a las lobs 31 con toga marrón de Subure: muchachas famélicas, viscosas, oliendo a la basura de las pocilgas donde vivían hacinadas. Pero Lucio no había querido saber nada. Diófano había podido arrancarle solamente la promesa de que se pondría vestiduras gastadas para no llamar la atención.

Los barrios populares comenzaban justo detrás del Foro. Cuando se metieron por las primeras callejuelas, Lucio se dijo que había vivido cerca de veinte años en las proximidades de estas mansiones sórdidas sin haber tenido nunca la intención de entrar en ellas. ¡Hacía falta verdaderamente ser un plebeyo para contentarse con una vida así! Las calles estaban llenas de gente: los edificios de alquiler acababan de quedar vacíos de sus ocupantes en estas primeras horas de la mañana. A pesar de su altura, Lucio no hubiera nunca creído que pudieran contener tanta gente.

Al pie de los conjuntos grandes de casas, los mercaderes disponían sus canastillos donde ofrecían legumbres, medio podridas, al lado de una mescolanza inverosímil de calzado usado, fibulas abolladas y túnicas, entre las que Terencia no habría encontrado ninguna aceptable ni para el último de sus esclavos. Pero había compradores para estos saldos. ¡Y qué compradores! Un hombre estaba regateando por un abrigo grandísimo. Su latín incierto, cargado de términos samnitas, delataba al campesino recién llegado. Dentro de poco iría a engrosar el tropel de la crápula. Lucio y Diófano reanudaron su marcha, pues se iniciaba una discusión. El pueblerino se había dado cuenta de que el mercader había intentado timarle al devolverle el cambio, y amenazaba con sacarle la piel.

Perdido en sus pensamientos, Lucio no vio venir a un hombre que le empujó brutalmente, haciéndolo caer casi, antes de huir a toda prisa.

Se oyeron unos gritos desde el otro extremo de la calle:

—¡Cogedle, cogedle, es mi esclavo, acaba de escaparse!

Nadie hacía caso al perseguidor. Sólo algunos viandantes se reían del espectáculo. Uno de ellos incluso gritó:

—¡Eh tú, gordo, corre más de prisa! El camino es largo hasta Ostia. ¡Si no le atrapas, se embarcará para su país nativo!

—Es lo mismo todos los días —dijo Diófano—. ¡Y no le queda poco para recuperar a su hombre! Los *tresviri* 32 son poco numerosos para hacer reinar el orden.

Los gritos de los vendedores de salchichas calientes y de tortas se escuchaban por todas partes. Lucio tuvo que alzar la voz para preguntar a Diófano:

—Pero, ¿y el collar de bronce que se cuelga del cuello del esclavo que ya se ha fugado? 33 ¿Debe servir para denunciarlo?

Diófano se encogió de hombros.

—Siempre hay un herrero dispuesto a librarlo de él...

Lucio iba a responder. Pero se detuvo bruscamente delante de la entrada de una casa donde había unas tablillas colgadas. Por una abertura, se adivinaba a una vieja, con la cabeza cubierta con un velo. Delante de ella, otra hablaba furtivamente tapándose la cara.

—¿Qué es esto? —Lucio se aproximó para descifrar el texto escrito en las tablillas.

Diófano intentó llevárselo de allí:

—Más te valdrá pasar lo más rápidamente posible si no quieres que caiga sobre ti un maleficio. La vieja es una bruja, y lo que le pide la mujer, sólo los dioses del infierno lo saben. Aquí, la mayor parte del tiempo, los clientes vienen a buscar tablillas de defixión.

—Tablillas, ¿de qué?

—De de-fi-xión —repitió Diófano tirando de su túnica—. Aquellos que desean la muerte de uno de sus enemigos hacen redactar a la bruja una tablilla donde se menciona su nombre, rodeado de

terribles imprecaciones y de dibujos misteriosos. Las entierran a continuación en un cementerio para consagrarlas a los dioses infernales. Las tablillas que ves son modelos, para atraer al cliente.

El interés de Lucio no hizo más que aumentar, y se aproximó a la casa. Tuvo alguna dificultad en entender las primeras palabras, pues el latín empleado era vulgar y lleno de expresiones desmañadas. Para perder menos tiempo, Diófano se lo leyó:

—«Dioses infernales, os doy, si tenéis alguna santidad, y os entrego a Tichene, sirvienta de Canso, y que todo lo que ella haga y todo lo que le pase sea un fracaso. Dioses infernales, os doy sus miembros, su rostro, su cerebro, sus pulmones, sus intestinos, su ombligo, su vejiga. Dioses infernales, si la veo pudrirse, os ofreceré gustosamente un sacrificio. Que Tichene reviente, que desaparezca, que quede aniquilada».

Había también otras. Pero Lucio se volvió asqueado.

Los dos hombres partieron hacia el santuario de Venus Encina, patrona de las prostitutas. Al comienzo de la guerra contra Aníbal, le habían erigido un templo en el Capitolio. Pero treinta años más tarde, habían juzgado más conveniente erigirle otro santuario fuera del recinto de Roma. Al menos la diosa estaba ahora más cerca de Subure que del Senado.

Cuando Lucio y Diófano llegaron al templo, era alrededor del mediodía. Aquí no se tenía que venir nunca al despuntar la mañana. Las mujeres más ajadas, las más feas, aprovechaban entonces la poca luz para esconder sus defectos. A veces eran castigadas por ello, pues algunos clientes desconcertados las embadurnaban de hollín para darles una lección. Lucio no estaba de suerte: el lugar estaba desierto. Sin duda los *lenos* 34 habían pasado antes que ellos para hacerse con la buena mercancía. Los propietarios de las casas serias trabajaban para clientes importantes, capaces de pagar grandes sumas para alquilar muchachas bonitas por meses o por un año. El resto tenía lo que quedaba, las muchachas sucias y malolientes, buenas para los esclavos y los plebeyos sin dinero, los *lenos* sin envergadura del Gran Circo o de Subure que venían a buscarlas a la dudosa luz del alba.

Diófano estaba desolado: hubiese querido ofrecer a Lucio sino una ocasión de primer rango, al menos honesta. Como este último continuaba insistiendo en sus propósitos a pesar de todo, giraron y volvieron a adentrarse en el Subure. Diófano se acordaba de un lupanar más o menos frecuentable. Pero con el tiempo, había olvidado la dirección exacta. Decidió observar las insignias para orientarse. Al cabo de un momento, reparó en un fresco pintado sobre un muro, dibujado con poca maña, que representaba un combate de gladiadores. Era la taberna donde se reunían los combatientes del circo. Cerca de la puerta, estaban someramente representados varios cántaros de vino. Por encima de ellos se podía leer: «Por un as, aquí, se bebe vino. Si das dos ases, beberás del mejor. Si das cuatro, beberás vino de Falerno».

Las conversaciones que se desarrollaban en el interior eran animadas. Era la víspera de los juegos prometidos por los candidatos al consulado, y las apuestas iban viento en popa. La taberna se abría a la calle por una especie de mostrador. Empotradas en la entrada había unas ánforas conteniendo vino caliente. Los paseantes que llevaban prisa podían beber rápidamente un vasito de vino, mientras comían salchichas cuya grasa les goteaba sobre el mentón.

Un hombre salió de la taberna con paso vacilante: estaba borracho y buscaba ostensiblemente pelea. Se fijó en un transeúnte y le lanzó una retahíla de juramentos, tratándolo de griego apestoso. El otro continuó su camino sin esperar el resto. Desde que los extranjeros acudían en gran número a Roma, las reacciones de xenofobia eran cada vez más frecuentes. El latín de Diófano no conservaba ni el más ligero acento griego. Pero Diófano temía siempre por sus compatriotas, cuyas maneras traicionaban su origen, sobre todo en los barrios populares.

Algunos minutos más tarde, llegaron ante el lupanar. En este barrio dudoso, el bajorrelieve que lo decoraba daba la impresión de una elegancia refinada. Tres mujeres completamente desnudas, adornadas solamente con peinados rebuscados, estaban allí de pie. Las que estaban a la izquierda y a la derecha mostraban a los transeúntes sus bajo vientres depilados y sus senos, poco voluminosos pero altos y firmes. En medio, la tercera estaba de espaldas, ofreciendo a las miradas unas nalgas prometedoras. Muy cerca del atrio, estaba sentada una matrona sonriente. Hacía un gesto

insinuante. Algunas inscripciones sin ninguna ambigüedad, rápidamente garabateadas por los clientes en las paredes del lupanar, eran testimonio de su satisfacción.

Diófano leyó en voz alta una de las inscripciones, que elogiaban los encantos íntimos de una de las pensionistas: «Restituta, quítate la túnica. Te lo ruego, ofréceme el espectáculo de tu coño peludo». 35

Lucio se rió de corazón. Pero las inscripciones no solamente le divertían, le excitaban. Seguido de Diófano, empujó la puerta. En el interior, la escena era menos idílica que en el bajorrelieve. La *lena* estaba expulsando a un cliente que pretendía consumir a crédito. La mujer se volvió hacia Lucio y Diófano. Éstos permanecían en el vestíbulo de entrada, decorado con frescos representando parejas haciendo el amor. En la mayoría de ellas, la mujer cabalgaba encima del hombre: esta posición era la mejor, todo el mundo estaba de acuerdo.

—¡No hagan caso a este tunante! Entren, escojan, tengo aquí chicas hermosas recientemente llegadas de Grecia y de Oriente, todas sanas y sin embargo con experiencia. No piden más que darles placer. Les costará solamente tres sestercios. Y para evitar malentendidos, se paga por adelantado.

Diófano y Lucio deslizaron las monedas en la mano tendida de la *lena* y entraron en una sala de dimensiones bastante grandes, a la que daban una quincena de alcobas. Las puertas de algunas estaban cerradas. Sus ocupantes habían colgado un rótulo con su nombre, y la inequívoca mención: *occupata*. Las muchachas libres estaban sentadas delante de su habitación encaramadas en taburetes pequeños.

Las más presentables estaban totalmente desnudas. Las otras, en general con más años, llevaban un velo muy fino, casi transparente. Todas se levantaron al entrar los dos hombres. Lucio se sentía menos turbado de lo que hubiera imaginado. Estas chicas no eran más que objetos: esclavas, y además prostitutas. De mujeres sólo tenían las formas. Diófano caminaba lentamente, mirando a cada una de ellas con atención. Al cabo de uno o dos minutos, dijo a Lucio:

—Deberías coger a aquélla.

Le señaló una muchacha de talla mediana, con los cabellos teñidos de rubio, que contrastaban con el tono mate de su piel y el negro pronunciado de su vello púbico. No era la más joven, pero su cuerpo estaba bien conservado. Lucio dio su conformidad. Hizo un signo a la muchacha, quien le abrió la puerta de su alcoba.

En el interior, solamente había unos cojines colocados sobre una banqueta de piedra. Lucio no se fijó en nada. Se lanzó sobre la muchacha. Después de haberse satisfecho, se dio cuenta de lo lúgubre del lugar donde se encontraba. Dirigió algunas palabras a la cosa que se encontraba delante de él. En griego, pues había reparado que la muchacha llevaba un collar con inscripciones en esa lengua. Ella le respondió dócilmente. No sabía de dónde procedía. Había sido raptada a sus padres cuando aún era una niña.

—Los piratas que me vendieron a un mercader me dijeron que me habían capturado en la región del Cabo Sunión. Este hombre me crió junto con otros esclavos hasta que me convertí en mujer. Cuando consideró llegado el momento, me llevó a Delos. Otro mercader, romano esta vez, me compró. Me vendió en Roma durante la Floralia. Estaba con otras muchachas de mi edad. Nos hicieron subir a una tribuna y desnudarnos a petición de los espectadores que llenaban las gradas. Fui comprada por el escribano del tribunal de la basílica Aemilia. Me tuvo con él dos años. Luego se cansó. Me llevaron de nuevo al mercado de esclavos. Tuve varios amos. Por el momento, estoy aquí. Esta casa está bien, comparada con las pocilgas para gladiadores.

La muchacha había hablado sin mirar verdaderamente a Lucio que se estaba vistiendo con la toga gastada. Ella había permanecido desnuda, apoyada en la pared, una mano colocada entre los muslos. Dirigió los ojos hacia él:

—Vas vestido como un plebeyo, pero tú no lo eres.

Lucio no contestó nada, y para cortar, se dirigió hacia la puerta.

Antes de que la hubiera abierto, la muchacha tuvo tiempo de decirle:

—Si me deseas nuevamente, no tienes más que pedir por Ática.

Luego volvió a sentarse en su taburete.

—Entonces, ¿estás satisfecho de tu Venus? —le preguntó Diófano cuando se encontraron en la calle.

—¿Satisfecho? Si, ésta es la palabra...

Lucio estaba más turbado de lo que quería reconocer. No sentía ni la brevedad de su placer, ni la pobreza del lugar. Cuando uno se sienta a la mesa, ¿pedimos que la carne que comemos tenga sentimientos? La historia de la muchacha no le había hecho sentir pena. Había centenares en Roma en parecida situación. Por el contrario, estaba disgustado con ella. En los breves segundos del orgasmo, había tenido la impresión de ser proyectado fuera de sí mismo. Por fugaz que hubiera sido este sentimiento, Lucio lo había sentido como una desnudez mucho peor que la del cuerpo. A pesar de que la puta no era más que una cosa, le había robado una parte de su ser dándole este placer.

No obstante, volvió varias veces a verla. Su malestar persistía. ¿Sería que la muchacha, con sus aires sumisos, le había lanzado un maleficio? Resolvió entonces no volver más al lupanar, y juzgó más cómodo alquilar durante un año a una muchacha liberada. Su amo había aceptado liberarla de la esclavitud a condición de que le pagara durante varios años un porcentaje de las cantidades que le daban sus amantes. Lucio tomó sus precauciones haciendo redactar un contrato en debida forma. El precio de alquiler era bastante elevado. La muchacha era joven aún, aunque ya no fuera virgen. Lucio se había asegurado la exclusividad en el contrato de arrendamiento. Éste le daba también una garantía completa para evitar que Filenia —éste era su nombre— se relacionara con otro hombre.

La joven se adecuaba a lo que Lucio esperaba de ella. Pero lejos de atenuarse, el malestar que él había sentido con Ática aumentaba con el transcurso de los meses. Lucio tenía unos impulsos sexuales violentos. La sensación de vacío que sentía después de haberlos saciado era cada vez más persistente. Un día, presionado al máximo por Diófano, que se inquietaba por estos momentos de melancolía, Lucio confesó:

—Odio estos abrazos que compro con dinero. El placer que me dan es pasajero. Tú que sabes tantas cosas, dime, ¿por qué Venus que une los cuerpos de los amantes los separa tan rápido?

Diófano no respondió. Lucio se interesaba mucho más que antes por Aurelia y buscaba su compañía. Cuando comprendiera que su insatisfacción y su atracción tenían la misma causa, conocería la felicidad.

*

A pesar de esos ataques de melancolía, Lucio continuaba afirmándose en el Foro como uno de los hombres jóvenes más prometedores. Aconsejado por su padre, se preocupaba de no estropear con una prisa extrema y una ambición demasiado ostensible sus comienzos prometedores. Aceptaba de buen grado las causas que le parecían buenas para apoyar, y se las arreglaba para rechazar las otras sin herir a los solicitantes. Cuando no estaba en el Foro, y exceptuando algunas horas que pasaba con Aurelia o Filenia, utilizaba su tiempo en perfeccionar sus conocimientos de retórica, y ante todo en estudiar derecho. En Roma, el que dominaba el derecho y el procedimiento, infinitamente más útiles que la filosofía, tenía ya una de las riendas del poder. Desgraciadamente, tras los años fastos que habían seguido al semiexilio de Mario en Asia, el viento empezaba a girar por otros derroteros. Era el año 660, **36** Lucio tenía veintidós años.

Después de la evicción de Mario, el Senado había llevado una política inmovilista. Temía nuevas guerras. No es que se hubiese vuelto de golpe administrador de la sangre de las legiones. Pero temía que operaciones militares de envergadura pudiesen hacer salir a ese diablo de Mario de la caja de Pandora. La indecisión había sido fatal para Mario algunos años antes. Aureolado por el prestigio de sus victorias militares, hubiese podido tomar el poder. Pero había dudado. El Senado había aprovechado el vacío político para imponerse nuevamente. Bajo el pretexto de una peregrinación que había provocado la hilaridad de sus enemigos, Mario se había refugiado en Asia. Ante todo era preciso que no regresara.

Pero, en el interior, nuevos peligros amenazaban. Se reproducían los antiguos conflictos entre los senadores y los caballeros respecto a la cuestión del control de las jurisdicciones penales. Una verdadera llaga abierta por Cayo Graco, que nunca se había vuelto a cerrar. Quien dominaba los tribunales competentes en materia de extorsión de fondos a los provincianos controlaba la explotación económica de los países conquistados. Senadores y caballeros se disputaban este pastel fabuloso. Más que nunca, el dinero era una materia de primordial importancia en la vida política. Y, ¿dónde se podían hacer mejores negocios que en las provincias, sobre las espaldas de las ciudades y pueblos vencidos?

Otro peligro se perfilaba en el horizonte de estos años. Roma entera, todos los órdenes juntos, podía caer en una vorágine. Desde hacia varios meses, los informes enviados al Senado eran claros: los italianos se preparaban para una revuelta contra la ciudad romana. Roma no se había privado de reclutar entre ellos contingentes cada vez más importantes para sus expediciones militares en ultramar. En seguida y después de eso, sobre todo sus dirigentes, les rehusaban obstinadamente la ciudadanía romana temiendo atraer a la ya sobrepoblada ciudad oleadas de individuos buscando hacer fortuna, y ver invadidas por masas incultas, poco familiarizadas con las sutilezas de la vida política, las asambleas populares que el Senado, gracias a un trabajo secular y minucioso, aproximadamente seguía dominando. En el plano constitucional algo empezaba a quebrarse, decían Aulo y sus amigos extremistas. Conceder el derecho de ciudadanía a los italianos significaría un golpe fatal. Contra ellos estaba la fracción moderada del Senado, conducida por Marco Livio Druso, hijo del antiguo enemigo de Cayo Graco. Druso quería presentarse al tribunado al final del año siguiente. Hacía conocer ya su programa. Como Aulo y Publio, sólo pensaba en los intereses de la nobleza, pero los concebía de diferente manera. Druso creía que para equilibrar las tensiones crecientes con los caballeros, los senadores, con algunas reformas prudentes, podrían atraerse una parte de la plebe y segar la hierba bajo los pies del partido popular volviendo a hablar de las reformas agrarias, siempre proyectadas, nunca llevadas a cabo. Druso proponía distribuir las tierras públicas concedidas a los italianos, y compensar a éstos otorgándoles el derecho de ciudadanía.

Aulo y sus amigos no eran de esta opinión. Su grupo estaba encabezado por Lucio Marcio Filipo, el candidato cónsul, que sostenía que todos estos cálculos, en apariencia seductores, eran demasiado inciertos. Una vez que se hubiera otorgado el derecho de ciudadanía a los italianos, no se podrían volver atrás. En privado, Filipo acusaba otros temores. El éxito del plan de Druso sería más nefasto que su fracaso. El hombre disfrutaría de una popularidad inmensa, no sólo en Roma, sino en toda Italia. Entonces se tendría que temer lo peor para la República y para el Senado: nada indicaba que Druso no sucumbiría a la tentación de tomar el poder. En todo caso, era preciso poner obstáculos a sus proyectos reformistas.

Aulo temía que fuese demasiado tarde. La agitación se apoderaba de toda Italia, que murmuraba el nombre de Druso. Una chispa sería suficiente para encender el fuego. La inquietud de Aulo era tanto más fuerte en cuanto a ella se sumaba la preocupación por la carrera de su hijo. El éxito de Lucio en su defensa de Porcenna lo había convertido en enemigo del partido popular, siempre dispuesto a aprovecharse de los períodos de desorden para vengarse de sus adversarios. Por otra parte, si se declaraba la guerra, Lucio era demasiado joven para representar un papel de primer plano en la misma. Tanto en interés de Aulo como en el del Senado, valía más mantenerlo apartado, en reserva de la República. Sin que pareciera una huida, podía partir por algún tiempo al extranjero. Desde hacia unos treinta años, era moda que los hijos más dotados de la aristocracia finalizaran sus estudios en Grecia. En la época del tribunado de C. Graco, el colegio efébo de Atenas había abierto sus puertas a la flor y nata de los hijos de la nobleza romana. Aulo acababa justamente de obtener de los cónsules que Lucio, en principio movilizable, no formara parte de la quinta en las próximas campañas. Todo parecía arreglado: Lucio se marcharía a Atenas, lo que daría tiempo para ver el curso que tomarían los acontecimientos.

Terencia había aplaudido este proyecto, a la vez por amor a su hijo y por amor a Grecia. Contrariamente, Publio había protestado: este viaje retrasaba otro tanto la boda. Había hecho al mal tiempo buena cara cuando Aulo le había jurado, tomando como testimonio a sus dioses lares, que la

misma se celebraría tras el retorno de Lucio, en un plazo de un año, a lo sumo de dos. Pero, para sorpresa de todos, Lucio rechazó ir a Atenas. A la majestad de la acrópolis ateniense prefería Massalia, la ciudad griega del sur de Galia. Tenía sus razones. Convencido de que Aulo no las entendería, había preferido utilizar otros argumentos. Massalia quizá no valía tanto como Atenas, pero seguía siendo uno de los faros de la cultura griega en Occidente. Además era una aliada fiel desde hacía un siglo, pues Roma la había protegido contra las tribus celtas y ligures del interior, y salvado diez años antes de la invasión de los cimbros y de los teutones. Los massaliotas habían utilizado los huesos de los vencidos para levantar cercas alrededor de sus viñedos. Por otra parte, Massalia era un puerto comercial importante, y Lucio podría aprender mucho frecuentando el ambiente de los grandes mercaderes y, quién sabe, establecer contactos útiles para el futuro. Finalmente, Massalia estaba más cerca de Roma y de Italia que Atenas: las noticias llegarían más rápidamente. En caso de necesidad, podría volver a Roma con prontitud.

Apremiado por tener a su hijo a salvo, Aulo se había rendido a sus argumentos. No era un helenófilo y, finalmente, poco le importaba que Lucio fuera a Atenas o a Massalia, siempre que estuviera al abrigo de la tormenta.

Decidieron que partiría durante las nonas de marzo, después de la temporada de invierno, cuando el mar era menos peligroso.

Todo el mundo estaba contento de esta decisión. Salvo Aurelia. Se acercaba a su vigésimo aniversario y se consumía de amor por Lucio, sobre todo después de sentirlo aproximarse a ella. Un atardecer él la había besado por primera vez, y sus manos habían acariciado su cuerpo. Aurelia no había tenido el valor de defenderse, como le habían enseñado. Se había dicho a sí misma que si el mundo de los dioses existía realmente, Venus concedía a veces a los humanos la oportunidad de vislumbrarlo. Lucio había insistido en hacerle saber por sí mismo la noticia de su partida. Aurelia había llorado mucho, pero Lucio le había prometido que el día de su retorno sería también el de su boda.

El día de su partida —uno de estos días de invierno húmedos y apagados— el color gris que borraba los contornos del puerto de Ostia estaba también en el corazón de Lucio. Alejarse de Roma le costaba poco. Hasta este instante, vibraba incluso de excitación al pensar en abandonar Italia por primera vez, y pensaba en los proyectos, en los cuales la estancia en Massalia eran la clave. Pero se separaba también de los que amaba: sus padres, Aurelia, y quizá también Diófano. Fue en el momento de romperlos que se dio cuenta de la fuerza de estos lazos. Al subir al barco que lo conduciría a Massalia, rogó a los dioses para encontrar a los suyos tal como los dejaba.

III

Tras las huellas de Piteas

Vendrá el tiempo en que el Océano desligará
las ataduras de las cosas y en que se
descubrirá una tierra inmensa; Tetis revelará
un nuevo mundo y Thulé dejará de ser
entonces la última de las tierras.

SÉNECA, *Medea*

El timarca Arístides odiaba a los romanos, y se esforzaba en mantener unas excelentes relaciones con ellos. Ante un adversario más poderoso, la peor necesidad consistía en enfrentarse a él. Arístides disponía de recursos en su política: era el verdadero jefe del Consejo de los Seiscientos. Se le tomaba por un amigo de los romanos. Sólo sus allegados sabían lo que pensaba al respecto.

Timón, el timarca encargado de las relaciones de la ciudad con los pueblos extranjeros, estaba de su lado.

La primavera era una mala estación en Massalia. Llovía muy a menudo, y el cielo nublado asombraba a los que llegaban por primera vez del Ática. Arístides estaba acostumbrado a ello. Su familia se había instalado en Massalia hacia varias generaciones. Él miraba distraídamente por la ventana las galeras que oscilaban sobre las aguas del Lacidón. El número de fondeaderos libres aumentaba. Los claros habían sido más frecuentes en los últimos tiempos. Muchos armadores empezaban a lanzar sus navíos a los mares, rogando a Apolo, cuyo templo dominaba el puerto, que velara por sus bodegas llenas de mercancías.

Arístides se volvió hacia Timón. A pesar de su corpulencia, Arístides se movía con una rapidez asombrosa que sorprendía a sus interlocutores. Pero esto no era nada comparado con su agilidad de pensamiento, que desconcertaba siempre a Timón.

—Me han anunciado la llegada a nuestra ciudad del hijo de uno de los miembros más destacados del Senado romano. Un tal Lucio Porcio...

—Lucio Livio, noble Arístides —corrigió respetuosamente Timón, extrañado de ese lapsus.

—Ah sí, Livio...

Suspiró, y añadió:

—Siempre pienso en su Porcio Catón, **37** aquel palurdo que se pasó la vida abrumando a nuestro pueblo con sus sarcasmos. Si este joven es de la misma vena, ¡buen regalo nos hace Roma!

—No hace más de un mes que está aquí. Reside en casa de un negociante romano, Cayo Coso. Según las informaciones que hemos podido obtener de nuestros hombres en Roma, su padre mantiene relaciones con Vero, el director de una de las sociedades más importantes de publicanos.

—¡Estos publicanos que exprimen nuestras ciudades en Grecia! Nosotros no tenemos aún en Massalia a estos demonios de recaudadores de impuestos. ¡Que Zeus continúe preservándonos de ellos!

Timón encontraba a Arístides demasiado desconfiado. Después de todo, sin Mario, ¿en qué se habría convertido Massalia?

Echó una piedra a la clepsidra que adornaba la sala del Consejo, y exclamó:

—Escucha, Arístides, hasta ahora, no tenemos más que felicitarnos por nuestra alianza con Roma. Sin hablar de los cimbros y de los teutones, ¡reconoce que nos ha sacado varias veces del atolladero! Hace un siglo estábamos coaccionados por Cartago. Por todas partes, los barcos púnicos competían con los nuestros, e incluso los hacían zozobrar sin vergüenza. Cuando su Escipión aplastó a Aníbal, nosotros fuimos los primeros en aplaudir. Y, ¡qué alegría experimentaron nuestros padres cuando arrasaron Cartago!

—El mismo año —le interrumpió Arístides con una sonrisa sarcástica—, tus amigos romanos saqueaban Corinto... Si destruyeron Cartago, no fue por la cara bonita de nuestra Artemisa de Éfeso. Les convenía.

Timón hizo un ademán como si se ajustara la banda que rodeaba su cintura, para conservar el aplomo. Sabía lo que pensaba el timarco. Roma había liberado Massalia al atacar a los pueblos bárbaros del interior pero, conseguida la victoria, se había apresurado a crear la Narbonense, primera provincia romana en Galia. Arístides temía en menor grado a los legionarios y a los noblecillos pretenciosos del Senado que a los *negotiatores* y los *argentarii*. Estos hombres de negocios con mucha habilidad para pescar en aguas turbias se habían distribuido por toda la Galia. Muy pronto ninguna transacción de importancia se realizaría sin su participación. Un día, Massalia se despertaría romana sin haber visto ni una sola enseña. Arístides midió a Timón con la mirada, y le dijo con tono seco:

—Basta de palabras. Quiero saber por qué está aquí este Livio. Hazlo vigilar.

Timón se inclinó y salió rápidamente de la sala. Echó una mirada al exterior y se colocó sobre los hombros su pesado manto de lana: la lluvia caía de nuevo.

*

Cosio, hombre afable y sonriente por naturaleza, se mostraba aún más amable con Lucio por el hecho de que le había sido recomendado por el poderoso Vero. Aunque fuera romano —a decir verdad, ¿lo era todavía enteramente?— Cosio era el anfitrión de Lucio. Desde hacía mucho tiempo los romanos habían adquirido la costumbre de intercambiar, con algunos miembros de sus pueblos amigos, contratos de hospitalidad. Las partes en estos tratados gozaban de protección recíproca, pues en todas las ciudades —fueran griegas o romanas— el extranjero era *a priori* un hombre desprovisto de derechos y de protección legal. Cuando un anfitrión griego llegaba a Roma, su corresponsal romano le proporcionaba alojamiento, le hacía de intérprete y de agente: el extranjero no podía comprar o vender según el derecho romano. Igualmente era su garante y, si era preciso, actuaba en su lugar ante los tribunales romanos, prohibidos a los extranjeros. Cuando el romano se desplazaba, su huésped hacía otro tanto con él.

Lucio había pedido primeramente a Cosio que le mostrara la ciudad. Comenzaron por el ágora, con sus multitudes de colores abigarrados. Los transeúntes iban vestidos como mujeres. Las túnicas les llegaban hasta los talones, y los ricos se envolvían en mantos soberbiamente bordados, que Lucio no hubiera nunca imaginado, ni siquiera sobre los hombros de un senador. Los hombres llevaban el cabello largo, e iban perfumados con aromas penetrantes. El lugar retumbaba de conversaciones mantenidas en múltiples lenguas: griego, a veces latín, y dialectos galos de los que Lucio no entendía una sola palabra. Estaba un poco aturdido, y siguió a Cosio con alivio cuando éste empezó a subir la cuesta que conducía a la Acrópolis.

El cielo estaba tan azul como en los más hermosos días del verano, pero hacia una temperatura suave muy agradable: el Kertios, 38 ese viento del norte, frío y violento, tan frecuente en Massalia,

no parecía decidido a levantarse. Los dos hombres dominaban toda la ciudad. Massalia se extendía sobre unas diecisiete mil *pletres* cuadradas. Estaba rodeada de poderosas fortificaciones, construidas con grandes bloques de piedra rosa de la Corona ensambladas por fuertes junturas y trabajadas a escoda. Lucio siguió su línea con la mirada. Al norte del puerto, que se parecía a un cuerno de abundancia, las murallas estaban coronadas por dos poderosas torres cuadradas, que marcaban la entrada principal de la ciudad. Construida alrededor de un contrafuerte rocoso y bañada por el mar en tres cuartas partes de su contorno, la ciudad era fácil de defender. El estrechamiento formado por la punta de la Acrópolis y la de Pharos protegían su puerto. ³⁹ Lucio contemplaba a los cargadores acarreando ánforas panzudas. Su vaivén le causaba vértigo. O éste quizá era provocado por el griego, que sus interlocutores utilizaban constantemente. Cosío mismo raramente hablaba en latín. En Roma, todas las personas instruidas conocían el griego, pero hubiese sido inconveniente hablarlo en público: uno habría pasado por un hombre superficial e inconsistente. ⁴⁰ Cuando se querían burlar de alguien en el Foro, le abordaban lanzándole un ¡Khaïre! ⁴¹ resonante. Aquí, era el latín el que parecía bárbaro.

*

Al cabo de varios meses, Lucio había olvidado esta extraña impresión y conversaba con tanta facilidad en griego como en su lengua natal. Por el contrario, continuaba soportando mal el calor. Uno se hubiera creído en Roma en lo más fuerte del verano. La canícula del mes de agosto abochornaba Massalia. Sólo el viento procedente del mar atemperaba el ardor del sol con sus brisas ligeras y demasiado raras. A decir verdad, hoy casi lo había olvidado, tanto le apasionaba su trabajo. La mesa de su habitación estaba cubierta de documentos. Detalle insólito para el visitante —pero nadie entraba nunca en esta estancia—, los muros estaban tapizados de cartas de navegación. Lucio se sentía febril. Dentro de algunos días habría terminado su trabajo de investigación y podría descubrir el objeto de su viaje.

Sonrió pensando en la carta de Anaximandro de Mileto, que tenía cerca de cinco siglos de antigüedad. Éste se representaba el mundo como un disco rodeado de agua, con un bloque de tierras que habían emergido en el medio, donde se infiltraba el Mediterráneo por las columnas de Hércules. ⁴² Dos siglos más tarde, el gran Aristóteles había barrido estas quimeras al medir por primera vez el ángulo de inclinación del ecuador sobre la eclíptica. Piteas se había inspirado en sus métodos, que probaban sin lugar a dudas la esfericidad de la tierra. Hiparco acababa de encontrar las fórmulas matemáticas que permitían establecer una representación planisférica de la esfericidad del mundo. Pero incluso después de todos estos progresos, resultaba muy difícil encontrar cartas relativamente precisas de las regiones alejadas, sobre todo hacia el Norte.

Lucio echó una ojeada por la ventana. Nada se movía alrededor de los hangares de los navíos y de las hoplotecas. ⁴³ Una birreme parecía plantada en la dársena de la carena, totalmente inmóvil. Estaba desarbolada, como un pájaro con las alas rotas. Sin duda a consecuencia de la tempestad de Kertios, se dijo. Eran raros los transeúntes que atravesaban el ágora resplandeciente de blancura. Por lo menos la mitad de los massalistas debían de dormir esperando las horas más suaves del final de la tarde.

Lucio apartó los ojos de la luz enceguedora y concentró de nuevo toda su atención en los preciosos documentos.

El día anterior había terminado la síntesis, en el frescor de la noche. La luna sólo estaba en su primer cuarto. Había podido distinguir con facilidad la estrella polar. ¿Por qué diablos denominaban los griegos las zonas polares con el nombre de Árticas, el país de los osos? ⁴⁴ Esto apenas concordaba con los rumores que circulaban sobre estas regiones... Había tantas leyendas, testimonios contradictorios, que era difícil llegar a distinguir lo verdadero de lo falso. Lucio contempló los tres rollos de papiro que acababa de caligrafiar. Uno sobre las leyendas, el otro sobre las relaciones comerciales con los pueblos del Norte, el tercero sobre el viaje de Piteas.

Lamentablemente, éste era el más delgado. Lucio colocó los dos últimos en su armario. Los conocía de memoria. No tendría ni necesidad de llevarlos consigo al día siguiente para la entrevista decisiva que tenía que mantener con Arístides y Cosio. Sacó el primer rollo de su estuche de madera. Probablemente no se trataba más que de charlatanerías, pero valía más releerías de nuevo, por si se le hubiera escapado un detalle interesante. Desenrolló cuidadosamente el pergamino. La piel conservaba su suavidad y no hacía ningún ruido bajo sus dedos.

Para algunos, sólo las almas de los muertos poblaban las regiones al norte de Armórica, hacia la Bretaña. 45 Lucio había podido conocer celtas en Massalia que le habían transmitido unas palabras extrañas que él había anotado cuidadosamente. Las releyó en voz alta, para intentar captar mejor su sentido oculto.

«Cuando alguien muere, se debe esperar en la noche que la puerta de la casa resuene bajo un golpe misterioso, terrorífico, puesto que no es una mano humana la que golpea. Aquellos que han tenido el valor insensato de salir nos han dicho que habían sido atraídos a la playa por una fuerza invisible. Allí esperaban largos barcos más negros que la noche, vacíos en apariencia, pero cargados hasta los topes con el peso de los Soplos. Cuando el alma del muerto, guiada por el conductor fúnebre, entra allí, la vela sube sola hasta el final de los mástiles siniestros, se hincha, a pesar de que no sople ningún viento, y los navíos se marchan hacia estos abismos eternos donde el mismo sol se hunde entre el rumor de las olas.»

¿De qué abismos se podía tratar?, se preguntó Lucio. Según otras narraciones, los archipiélagos que rodeaban la Bretaña no estaban habitados más que por espectros. Algunos viajeros decían incluso que habían visto allí a Cronos, 46 encadenado por el gigante Briareo. Finalmente algunos hablaban de los misteriosos hombres azules, de rostros terroríficos. Lucio no estaba impresionado ni por asomo ante estos relatos. Su lado maravilloso le fascinaba, pero le interesaba sobre todo discernir allí una lógica. Después de todo, los mismos Aristóteles y Platón se servían de los mitos como punto de partida para sus razonamientos. Estaba convencido de que los muertos no se iban a la Bretaña: todo el mundo sabía que sus pálidas sombras se escondían en las profundidades del Tártaro. La alusión a Cronos encadenado despertaba más interés. Según Lucio, traducía la idea de que, en aquellas regiones, el tiempo estaba como si se hubiese detenido.

Dejó el rollo que sostenía en sus manos y hojeó en una pila de documentos. Sacó dos hojas, y las releyó. En la primera, él había garabateado una cita de la *Odisea*. Homero hablaba de los países donde había suficiente luz para que los pastores pudieran hacer pastar sus rebaños veinticuatro horas seguidas sin dejar nunca de verlos, puesto que «los caminos del día iban paralelos a los de la noche». 47 En la otra hoja figuraban datos aportados por los sabios griegos. Cinco siglos antes, el filósofo jónico Jenófanes de Colofón había sentido el fenómeno sugerido por Homero. Observaba que cuanto más se aleja del ecuador, más aumenta la diferencia entre la duración del día más largo y la del día más corto. Lejos en el Norte, la noche y el día debían pues durar varios meses. Un siglo más tarde, Herodoto narraba una leyenda según la cual, en estos países, los hombres no dormían más que la mitad del año. 48 Si se reunieran todos estos datos, pensaba Lucio, se llegaría a la misma conclusión: los sabios cálculos astronómicos y los relatos míticos concordaban.

Volvió a coger el rollo de papiro. Otros textos hablaban de los hombres que se decía vivían en estas regiones desconocidas: los hiperbóreos, entre los cuales Apolo de Delos efectuaba estancias periódicas. Los griegos creían que el viento frío boreal, incluso aquel que soplaba tan a menudo sobre Massalia, bajaba de las pendientes de las heladas montañas de altura terrorífica, situadas muy al norte: los montes Ripeos. Protegidos por estas barreras infranqueables y por sus helados parajes solitarios, los hiperbóreos vivían sus días felices y dichosos, celebrando fiestas maravillosas donde rendían homenaje a Apolo, en medio de bosques de olivos, en la suavidad de un clima templado y la abundancia de una tierra fértil. 49 Desafortunadamente, Píndaro afirmaba que «nadie, ni por tierra ni por mar, no podría descubrir jamás el camino maravilloso que conducía a las fiestas hiperbóreas». Lucio lo dudaba. Un siglo después de la muerte de Píndaro, es posible que Piteas lo hubiera conseguido.

Lucio crispó sus manos sobre el rollo. ¡Si tan sólo hubiese podido encontrar el diario de a bordo de Piteas! Al venir a Massalia, lugar desde donde el sabio se había embarcado hacia la *remota Thule*, tenía la loca esperanza de encontrar el documento, o al menos recoger informaciones inéditas. No lo había logrado. Hacia dos siglos y medio que había muerto Piteas, y la mayoría de autores lo tomaban por un mentiroso a sueldo de Alejandro, o por un hombre jactancioso y además buen fabulador. Gastando mucho tiempo y dinero, Lucio no había podido reunir más que algunos extractos de su diario de a bordo, citados por algunos geógrafos antes de que él hubiese desaparecido. Además, eran casi inútiles. Sólo había un modo de saber si Piteas había descubierto el secreto de los hiperbóreos.

Alguien llamó a su puerta interrumpiendo a Lucio en sus reflexiones. Entró un esclavo de Cosio: le traía uno de esos mensajes de Roma que Lucio recibía alrededor de dos veces al mes. Lucio ordenó cuidadosamente los documentos que acababa de consultar, y prestó atención a la carta de su padre. Reconoció la mano de Diófano en la escritura fina y apretada. Mi padre dicta cada vez más su correo, se dijo.

El mensaje era breve y de lo más sorprendente: ¡Aurelia iba a venir a la ciudad focense! Lucio se encontraba dividido entre la alegría y la estupefacción. Un viaje de este tipo era un hecho inhabitual para una muchacha. Leyó el mensaje hasta el fin: Publio la acompañaba, para arreglar un asunto de familia. Aulo no precisaba cuál. Añadía solamente de forma lacónica que el hermano de Vero se uniría a ellos para venir a inspeccionar las cuentas de la oficina de Massalia.

Lucio se calmó. Una sonrisa soñadora se dibujó en sus labios. Durante los largos días del viaje hacia Massalia, había pensado frecuentemente en Aurelia, y en la pena que había experimentado al verla desaparecer en la bruma. Después de su llegada, su tiempo y sus pensamientos se habían concentrado en sus investigaciones. Pero no pasaba día en que no lamentara su ausencia. Conservaba también el recuerdo turbador y preciso de su cuerpo, y las sensaciones que había experimentado al abrazarlo, tan diferentes de las que había sentido en Subure. A pesar de las certidumbres que abrigaba, Lucio era un espíritu inquieto, y sin duda su curiosidad, su gusto por los viajes y por lo maravilloso testimoniaban una insatisfacción tan profunda como oculta. Aurelia le aportaba la serenidad que le faltaba, y la certeza de ser amado. Lucio sentía que el rostro, las palabras y el afecto de la muchacha estaban profundamente anclados en su corazón, y que sus sentimientos hacia ella emanaban de esta región misteriosa de él mismo que no había abierto nunca a nadie.

*

Timón temía decepcionar a Arístides. Había podido averiguar muy poco sobre el joven romano.

La sala del Consejo de Timarcos estaba vacía. Aunque hubiese tomado parte en las reuniones en numerosas ocasiones, Timón no se sentía cómodo allí. Arístides lo había convocado insistiendo en la urgencia de la entrevista. Inmediatamente después de ésta, Arístides debía entrevistarse con Lucio Livio y Cosio, el hombre de negocios romano tan bien conocido en los ambientes del Lacidón.

Arístides hizo su entrada sin que Timón lo hubiera visto venir. Traía el aire de sus días malos.

—Y bien, espero que tus hombres hayan hecho un buen trabajo y que suministres informaciones útiles sobre el romano.

Timón tragó saliva.

—Noble timarco, he seguido tus instrucciones al pie de la letra. Uno de nuestros informadores es esclavo en casa de Cosio y ha sido destinado por su amo al servicio de Livio. Hemos sido informados de sus hechos y gestos durante estos últimos seis meses. Por otra parte, nuestros hombres se han informado discretamente cerca de los massalistas que frecuenta Livio, ante todo comerciantes y pilotos del puerto.

—Pásame los detalles —le interrumpió Arístides—, y vamos a los hechos. ¿Cuáles son los resultados de tus encuestas?

—Creo que no hay nada que temer del romano. Se mueve bastante a menudo por la ciudad, pero los asuntos políticos de nuestra ciudad no parecen interesarle. No ha tomado ni el menor contacto con nuestros opositores. Por el contrario, se preocupa mucho de la marcha del puerto, y parece buscar por todas partes documentación.

—¿Documentos? ¿Qué documentos? —preguntó Arístides cuyas sospechas se confirmaban.

Timón tosió nerviosamente, y empezó a triturar su cinturón.

—Bien, es bastante curioso, pero sabemos que ha comprado todas las cartas de navegación antiguas que ha podido encontrar. Habla muy a menudo de las expediciones que nosotros fletamos hacia países lejanos...

—¿Y tú me decías que no había nada inquietante?

Arístides se levantó bruscamente y se puso a caminar de un lado a otro, siguiendo sus reflexiones y sin escuchar ya a Timón:

—Se trata de lo que me temía. Este Livio es un espía de los negociantes romanos dirigidos por Cosio. Como nuestros conciudadanos lo toman por uno de esos jóvenes nobles romanos estúpidos y pretenciosos, no desconfían de él y hablan a diestro y siniestro.

—Pero, ¿qué podría buscar? —aventuró tímidamente Timón.

—¿Hace falta que te lo diga? —contestó Arístides con cansancio—. Quieren saberlo todo acerca de la base de nuestra riqueza: nuestras actividades comerciales. Desean saber cuántos barcos enviamos, hacia dónde, en qué condiciones, qué ganancias sacamos. Provistos de estas valiosas informaciones, los romanos saben por anticipado a quién pueden proponer sus famosos préstamos, cuáles de nuestras compañías atraviesan dificultades, y de cuáles se pueden apoderar. En cuanto a aquellas que son prósperas, ellos calculan en función del volumen de sus actividades los intereses que van a poder arrancarles.

Timón no sabía qué contestar. Preguntó a Arístides respetuosamente:

—¿Sabes por qué te vienen a ver esta mañana?

—No, pero me lo figuro. Me van a proponer un negocio maravilloso después de haber reflexionado durante tres meses en la mejor forma de engañarnos. Pero, por Apolo, ¡seré más astuto que ellos!

Arístides fue interrumpido por un ujier que le anunció la llegada de Lucio y de Cosio. Echó una ojeada a la clepsidra.

—¡Llegan incluso antes de la hora! Eso no importa, voy a recibirlos. —Timón se disponía a eclipsarse, pero Arístides lo retuvo:

—No, no, tú vas a asistir a la entrevista y a escuchar sin perder palabra. Esperemos que esto te sirva de lección, y que a partir de ahora seas menos confiado frente a estos bribones.

Timón tomó asiento suspirando, un poco apartado del timarca. En su interior, echaba pestes contra Arístides. Gustosamente habría prescindido de esta entrevista.

Lucio y Cosio entraron. Habían procurado vestirse con sencillez: se reprochaba demasiado a menudo a los romanos su arrogancia, y Arístides era un amigo valioso que no convenía indisponer. Por otra parte, este último acababa de ponerse de pie y se dirigía hacia ellos con una sonrisa afable. Atento a las conveniencias, les habló incluso en latín:

—Entrad, queridos amigos, espero no haberos hecho esperar.

—Somos nosotros los que te agradecemos —dijo Cosio—, el habernos concedido esta entrevista. Sabemos que el tiempo de un timarco es precioso, sobre todo cuando se trata del noble Arístides.

—No lo es nunca tanto como para perder la ocasión de encontrarme con nuestros invitados. Nos conocemos hace mucho tiempo,

Cosio, y tú sabes que mi puerta está siempre abierta para ti.

Arístides se volvió hacia Lucio.

—Y hoy estoy particularmente contento de recibirlos, pues así tengo oportunidad de trabar conocimiento con Lucio Livio.

Arístides hizo signo a los dos romanos de que tomaran asiento, y a Timón de que se acercara.

—Y bien, amigos míos, ¿quién os trae por aquí, Céfiro o Aquilón?

Lucio cogió la pelota al vuelo:

—Es más bien por el Kertio, como se dice en Massalia, noble timarco.

—Sé que varios de vuestros navíos han sufrido debido a la reciente tempestad. ¿Tenéis alguna dificultad para hacerlos reparar? Yo había dado órdenes estrictas, no obstante, para que los obreros de la carena se ocupasen de vosotros con prioridad.

—No se trata de esto —intervino Cosio—. Todo ha sido resuelto con diligencia, y te estamos agradecidos por ello. Mi amigo Lucio desearía hablarte de una expedición marítima hacia el país del Norte.

—¿Del Norte? —preguntó Arístides. Por esta vez, su sorpresa no era fingida. Continuó—: Vosotros sabéis que todo nuestro comercio está orientado hacia el sur y a Oriente. Ciertamente, desde que los cartagineses no bloquean ya las columnas de Hércules, la vía hacia el Atlántico y la Bretaña está libre, ¿pero qué interés hay en utilizarla? Nosotros preferimos comerciar con los egipcios y los romanos más que adentrarnos por las brumas al encuentro de las tribus salvajes de Armórica.

Lucio volvió a tomar la palabra concentrando toda su atención. Era preciso presentar su proyecto al timarco de tal forma que éste encontrara allí alguna ventaja.

—No es necesario que te informe que en Roma las cosas han cambiado mucho en el siglo. El lujo se ha introducido en nuestra ciudad al mismo tiempo que las riquezas necesarias para pagarlo. Mucha gente está dispuesta a gastar no importa qué sumas para tener en sus casas bienes preciosos, y las mujeres son las primeras en hacer gala de adornos costosos. Añade a esto que aunque los romanos se olvidan cada vez más de su antigua religión, continúan siendo supersticiosos, y son aficionados a los talismanes. En este país de Bóreas hay una piedra que llaman la «piedra del sol», con la cual se podría hacer un comercio fructífero...

Arístides no parecía sorprendido por la información.

—Sé de lo que hablas. Nosotros conocemos el ámbar desde hace mucho tiempo.

—Vosotros, los griegos, quizá. Pero, creedme, en Roma es aún muy raro, y se vende a precios altísimos. Las mujeres que han podido obtenerlo llevan pequeños trozos con los cuales se frotan las manos para perfumarías. Muchas creen que el ámbar les curará de todo tipo de enfermedades. Todas las madres sueñan que cuelgan del cuello de sus hijos un trozo de esta piedra para alejar de ellos la desgracia, pues creen que el ámbar se forma a partir de los rayos del sol. Vuestro gran Herodoto —dijo Lucio recalcando estas palabras para halagar a Arístides—, da testimonio por otra parte de los vínculos comerciales que unían antaño al santuario de Delos y a los hiperbóreos, 50 que poseen el ámbar. Si consiguiéramos establecer una ruta marítima segura hasta estos recónditos lugares, Massalia y Roma podrían compartir un fructífero monopolio.

Mientras Lucio hablaba, Arístides reflexionaba a toda velocidad. Todas estas bellas frases no eran más que un motivo simulado. Esta historia del ámbar era un pretexto que ocultaba otra cosa. Se podía conseguir el ámbar sin correr el riesgo de una navegación peligrosa por las agitadas aguas del Océano del Norte. Desde hacía mucho tiempo se utilizaba la vía terrestre, remontando el valle del Ródano hasta el país de los frisonos y de los cimbros. 51 Además, el precio del ámbar se mantenía precisamente por su rareza. Si se lograba importarlo en grandes cantidades, caerían los precios infaliblemente y estos degenerados romanos, aturdidos por la novedad de su riqueza, perderían el interés. Finalmente, suponiendo aún que el negocio fuera pese a todo rentable, Arístides hubiera preferido aliarse antes con Plutón 52 que con los romanos.

Para ganar tiempo, hizo una pregunta a Lucio:

—Es un proyecto que merece reflexión. Pero dime, ¿con qué cuentas para efectuar esta exploración, y en qué te podría ayudar nuestra ciudad?

Llegamos al momento crucial, se dijo Lucio, y se esforzó en tomar el tono más convincente posible:

—Mi proyecto da por resueltas dos tipos de dificultades. La primera es de orden técnico y concierne a la navegación en sí misma. Para esto no escasean en Massalia capitanes hábiles, y sobre todo hay un precedente famoso, el de tu ilustre conciudadano, Piteas.

Arístides no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

—¿Piteas? ¡Pero si fue un impostor, un mentiroso! ¡Desde hace más de dos siglos, nadie cree ya en sus cuentos! ¿Sabes lo que perseguía Piteas, o por lo menos su patrón, el gran Alejandro?

—Lo supongo —respondió con prudencia Lucio.

—De todas formas te la voy a recordar —dijo Arístides en un acceso de franqueza que no le costaba nada—. Alejandro pretendía obtener de la expedición de Piteas informaciones de interés militar. Además, estaba convencido de que descendía de Hércules en línea directa, o por lo menos quería que la gente lo creyera así. Las leyendas nos cuentan que Hércules llegó hasta el país de los hiperbóreos. Alejandro quería demostrar a todos que era capaz de rehacer el camino recorrido por su divino antepasado. Pero todo esto no ha servido de nada. Los dioses castigaron a Alejandro por su orgullo desmesurado. Cuando Piteas regresó, su soberano había muerto. De todas formas publicó su diario, condimentándolo con relatos fabulosos, tal como le había pedido Alejandro. Evidentemente, nadie le ha creído.

—O ¿quizá ya no tenían necesidad de creerle? —anticipó Lucio.

—Sea lo que fuere —continuó Arístides esquivando la pregunta— me temo que Piteas no te sea de gran ayuda para este asunto. Pero, ¿me has dicho que tenías otros problemas?

—Efectivamente, noble Arístides. Necesitamos capital para preparar la expedición. Hemos pensado que la ciudad de Massalia Podría aportar su contribución.

Lucio hizo una pausa mirando el rostro de Arístides. Éste había recobrado su aspecto impasible. Con un ligero signo de su cabeza, animó a Lucio a que continuara:

—A pesar de que mi familia disfruta de importantes rentas, no puedo pedírselo a mi padre. Es un hombre digno de estima, pero muy prudente. No comprendería el interés de una expedición de este tipo. Como todos los hijos de buena familia de Roma, estoy bajo su autoridad hasta el día de su muerte, y dispongo de pocos medios. Tengo pues que solicitar colaboraciones externas.

—Y, ¿qué piensa de esto nuestro amigo Cosio? —preguntó Arístides con un imperceptible matiz de ironía.

Cosio se aclaró la voz. Compartía la reticencia de Arístides y juzgaba que desde el punto de vista comercial, el proyecto de Lucio no era interesante. Había intentado varias veces convencerlo de ello. Pero había recibido órdenes estrictas de Roma donde Vero estaba a punto de obtener la concesión del arriendo de los impuestos para toda una parte de Asia. No era el momento de indisponerse con el Senado. Si Cosio rehusaba su apoyo al joven, ¿quién sabe si éste no utilizaría las relaciones de su familia para hacer pasar este negocio mirífico bajo las narices de Vero? Incluso si Lucio naufragaba en el Océano del Norte, las cantidades perdidas serían ínfimas en comparación con los beneficios obtenidos en Asia. Vero había pues ordenado a Cosio que financiara la mitad de la expedición. A él le correspondía arreglárselas para que Massalia se hiciera cargo del resto de los gastos. Cosio estaba seguro de que Arístides se negaría. Sin embargo, era preciso intentarlo todo.

—Yo creo sinceramente en el proyecto de Lucio, noble Arístides. La prueba es que mi compañía está dispuesta a financiar la mitad.

—¿Eres lo suficientemente experto en negocios para saber que esto costará varios centenares de talentos?

—Si llegamos a controlar los yacimientos de ámbar, serán millares los talentos que irán a parar a las cajas del Tesoro de Massalia —afirmó Cosio, que mentía descaradamente.

Arístides continuó reflexionando. Timón consideró oportuno tomar parte en la conversación.

—Me temo que sus esperanzas sean aventuradas. ¿Quién nos dice que Lucio Livio regresará alguna vez de estos países legendarios? Incluso si él alcanzara su propósito, la navegación por estos mares desconocidos y agitados sería siempre difícil. Los riesgos de naufragio son mucho más grandes que en otras rutas, y los beneficios eventuales se resentirán de ello. Mucho me temo que no podamos acceder a su demanda.

Lucio bajó la cabeza. El sueño que albergaba desde hacía tantos años llegaba a su punto final en esta sala fría y desierta.

Arístides arregló los pliegues de su manto adornado con hilos de oro. Había tomado una decisión. Con un gesto amplio, hizo señal a Timón de que se callara.

—No escuchéis a Timón, amigos míos. Su prudencia es proverbial en nuestra ciudad, por esta razón el Consejo lo nombró para este cargo delicado de las relaciones con los países extranjeros. Pero en este momento, estamos hablando de negocios, no de política. Hay que saber arriesgarse. En los tiempos de Cartago, nuestros capitanes arriesgaban no solamente su mercancía, sino también sus vidas y sus navíos. Que no sea dicho que el Océano del Norte nos atemoriza más que las flotas púnicas.

Timón abrió los ojos desmesuradamente. No entendía nada. Lucio volvió a levantar la cabeza, y una sonrisa iluminaba sus facciones. En cuanto a Cosio, estaba tan sorprendido como Timón.

—¿Debo entender —dijo Lucio— que estás dispuesto a darnos tu conformidad?

—Así es —respondió Arístides, contento del golpe de efecto. Agregó—: Naturalmente, no soy el único que debe decidir, y es necesario aún que el Consejo de Timarcos ratifique mi opinión. Ir a Thule **53** presenta más peligros que navegar hacia Campania. Pero quizá Livio tenga razón: el ámbar tiene el color del sol, para nosotros puede ser el del oro... Por otra parte, el apoyo de Cosio es para mí una garantía. Si te apoya es que cree en tu plan. Finalmente, todos sabéis que soy amigo de los romanos. No quisiera decepcionar a uno de sus hijos más ilustres, y que promete sin duda hacer una brillante carrera en Roma: cuando él sea cónsul, se acordará de Massalia y del viejo Arístides.

—Noble Arístides —dijo Lucio levantándose—, Cosio y yo te estamos agradecidos de corazón. Puedes estar seguro de que si un día los dioses permiten que yo gobierne la República, no olvidaré lo que Massalia habrá hecho por mí.

—No tengo ninguna duda —respondió Arístides en un tono a la vez deferente y casi paternal.

Acompañó a sus huéspedes hasta lo alto de la gran escalinata adornada con estatuas de Apolo y de Artemisa que llevaba a la sala del Consejo. Después de darle las gracias por última vez, Lucio y Cosio se despidieron de él.

Arístides regresó a la estancia donde lo esperaba Timón, mostrando una sonrisa burlona.

—¿Qué mosca te ha picado? —lo interrogó Timón—. Imagínate que...

Arístides le interrumpió.

—Este joven fantasioso tiene una posibilidad sobre cien de regresar a nuestra Lacidón.

—Pero entonces, ¿por qué has dado tu conformidad?

Arístides no pudo dejar de reír mientras se frotaba las manos.

—Contempla el puerto, Timón. Apenas se ha descargado un navío cuando otro toma su lugar. Hay tantos que nuestros pilotos han tenido que pedir a varios barcos que anclaran en la rada para esperar su turno. Nuestros negocios van bien: nos podemos permitir el lujo de perder algunos talentos en este proyecto sin pies ni cabeza. Créeme, los recuperaremos ampliamente de otra manera.

—Continúo sin comprender nada.

—Escúchame —continuó Arístides con paciencia—. Contrariamente a mis temores, este Livio no es peligroso. No es más que un pequeño noble pretencioso. ¿Has visto cómo se ha pavoneado cuando le he otorgado por anticipado el título de cónsul? —Un fulgor maligno atravesó la mirada de Arístides.— No será nunca nada más que un pequeño cuestor, suponiendo que no termine alimentando a los peces. Este joven cree haberme engañado, pero conozco el final de la historia. El ámbar no le interesa. Lo que quiere es regresar a Roma aureolado con el prestigio de su expedición. Los romanos han sacado provecho del Mediterráneo. Livio cree que ir hacia el Norte constituirá una novedad digna de alabanza. Pues bien, dejémosle hacer. No volverá y será un romano menos. Pero por él sólo, este resultado no justificaría el dinero que nos costara...

—¿Existen pues otras razones?

—Si, mucho más importantes. En primer lugar, este imbécil de Cosio se ha dejado enredar ostensiblemente. No seré yo quien lo saque del atolladero donde se ha metido. Cuando Lucio naufrague, Cosio y su compañía quedarán desacreditados en nuestra ciudad: ¿quién querrá asociarse con negociantes lo suficientemente locos como para montar tales operaciones? Tardarán varios años

en remontar la pendiente. Nosotros saldremos de esto con las manos limpias. Roma no podrá reprocharnos el habernos resistido a los proyectos de sus representantes. Por el contrario, mostraremos una tristeza inmensa cuando nos llegue la noticia del naufragio. En cuanto a nuestros conciudadanos, no nos podrán hacer nunca ningún reproche: si nos critican por haber invertido capitales en la operación, siempre podremos decir que nos vimos obligados dada la necesidad de preservar buenas relaciones con los romanos.

Timón no encontraba nada que objetar. Como de costumbre, los planes de Arístides no tenían puntos débiles.

—Noble Arístides —dijo con sinceridad— admiro tu sabiduría.

Comprendo tu decisión y la apruebo.

—Me alegro, Timón. Hete aquí una mañana bien aprovechada, lo que merece algunos minutos de descanso.

Arístides pidió a un esclavo que le trajera dos copas de vino de Rodas, mezclado con miel. Una vez servidas, levantó la suya bien alto, y dijo, echándose a reír:

—¡A la salud de los romanos, y a la de nuestro nuevo Piteas!

*

Aurelia estaba agotada por un viaje que, felizmente, después de un mes, llegaba a su fin. Hubiera preferido embarcarse como Lucio en Ostia y efectuar el trayecto por mar. Pero Publio no había querido correr este riesgo. Temía mucho menos un naufragio que a los piratas. La miseria había incrementado su número. Desde su bastión de Cilicia, 54 lanzaban gran cantidad de navíos al Mediterráneo, haciendo la navegación cada vez más peligrosa. No contentos con pillar y matar, infligían a sus víctimas las peores torturas. Una de sus diversiones más benignas consistía en atar durante muchas horas un prisionero a un cadáver, cara a cara... Por otra parte, en esta estación, los vientos etesios del Mediterráneo obstaculizaban una navegación regular. Valía más soportar las fatigas del camino, incluso bajo la canícula. Uno se arriesgaba de todas maneras a los ataques de los bandidos: para prevenirlo Publio y Torcuato se habían preocupado de hacerse acompañar de una fuerte tropa de hombres armados. Vero había enviado a su hermano a Massalia para controlar las cuentas de la oficina que tenía su compañía, pero en el camino, debía detenerse en distintos puntos del litoral donde la compañía poseía también intereses. En cada etapa, Torcuato volvía cargado de documentos valiosos. No era cuestión de arriesgarse a que un ataque de los bandidos los dispersara. Más seguro, el viaje había sido también más largo, a causa de la paradas que su misión imponía a Torcuato: normalmente, habrían bastado quince días.

Aunque las espadas de la escolta protegían a los viajeros del pillaje, no los ponían a cubierto de las incomodidades del viaje. Al salir de Roma, la Vía Aurelia se extendía majestuosamente sobre una anchura de ocho pasos. 55 Luego se estrechaba rápidamente a dos. Cada encruzamiento de vehículos iba acompañado de una sarta de juramentos que lanzaban los cocheros, insultándose mutuamente por no apartarse lo suficientemente rápido. Además, incluso a un paso corto, había numerosos baches. Como todas las vías romanas, la *Vía Aurelia* estaba sólidamente construida sobre grandes bloques colocados sobre un lecho de grava. Pero carecía de la más mínima blandura para los pies de los caballos, y para el confort muy rudimentario de los pasajeros. La canícula no ayudaba en nada. Era preciso cambiar los enganches más a menudo de lo habitual, lo que contribuía además a la prolongación del viaje. Más allá de Génova, el pequeño grupo había cogido la *Vía Domitia*, en dirección a Narbo. 56 La ruta era mejor. Estaba construida hacía menos de treinta años. Roma la había trazado tras haber creado la Narbonense y no había sido aún demasiado dañada por los carruajes. En cuanto a los albergues, con sus bastos taburetes alrededor de mesas mugrientas, y colchones rellenos de raspas de caña a guisa de plumas, dentro de los cuales saltaban innumerables pulgas, valía más evitarlos, y pasar la noche en casa de anfitriones cada vez que se pudiese.

Aurelia se estremeció: acababa de ver unas murallas rosadas en un saliente sobre el mar. No podía ser más que Massalia. Los gritos felices de los cocheros se lo confirmaron.

Dentro del recinto amurallado, estaba Lucio. Y con él el mundo entero.

Media hora más tarde, los caballos pasaban entre las dos torres grandes que limitaban la entrada principal de la ciudad. Torcuato observaba a Aurelia con ojos divertidos y enternecidos. Aurelia estaba tan emocionada como impaciente.

Publio se había despertado, y ponía un poco de orden en los pliegues de su toga arrugada por el viaje. Contemplaba a los transeúntes con aire hosco. No sólo estaba fatigado sino también de mal humor. ¿Por qué los dioses lo habían afligido con un hijo como Marco? Éste se había lanzado a inverosímiles especulaciones con los *argentarii* de la Narbonense que le habían sacado casi la totalidad de su peculio. Este inconsciente no tenía cura, y continuaba acumulando deudas. Publio se decía que solamente había tardado demasiado tiempo en hacerle comprender que un hijo de buena familia, cualquiera que fuera su edad, permanecía siempre bajo la tutela de su padre. Si los dioses hubieran colocado en su camino a un muchacho del temple de Lucio, Publio lo hubiera adoptado gustosamente. Muchos padres decepcionados por sus hijos actuaban de esta manera: tener un hijo de su sangre era menos importante que la certeza de legar su fortuna y sus poderes a alguien que fuera digno de ellos, lo que explicaba la frecuencia de las adopciones entre las gentes de bien. Marco se había instalado en Narbo, pero su padre lo había intimado para que hiciera el trayecto hasta Massalia para encontrarse con él. Allí, o bien se sometería, o se emanciparía: Marco sería excluido de su familia y perdería todo derecho a su parte de la herencia. La entrevista tenía que tener lugar dentro de unos días. Hasta entonces, Publio podría descansar y volver a tomar contacto con su futuro yerno, cuyo prolongado exilio le causaba un poco de inquietud. Aurelia había rebasado ampliamente la edad de casarse y, en Roma, algunos empezaban a hacer comentarios sobre la seriedad de estos esponsales. Era por esta razón que Publio había cedido a las rogativas de su hija cuando ésta le había pedido que la llevara consigo. Un viaje así no convenía a una chica joven, incluso aunque fuera acompañada de su padre. Pero Publio no había sabido resistirse mucho tiempo a las súplicas de su hija. Además de esto, Publio creía que la presencia de Aurelia reanimaría una llama quizá vacilante en el corazón de Lucio.

Los massaliotas prestaban poca atención al pequeño grupo: entraban y salían decenas de grupos así cada día. Y si algunos se volvían, era para mirar a Aurelia.

El carruaje se detuvo en las cercanías del Ágora, donde la circulación estaba prohibida.

Advertido por un mensajero, Lucio se encontraba allí. Aurelia había dudado unos instantes, puesto que Lucio iba vestido a la manera de Massalia. Por encima de su túnica, de la que se entreveían los contornos, llevaba una especie de capa de tela muy fina, delicadamente adornada con bordes dorados. Los cabellos le caían sobre la nuca. Aurelia ni se dio cuenta de que lo encontraba aún más bello. Apenas había puesto los pies en el suelo cuando se lanzó a sus brazos. Permanecieron tiernamente abrazados durante una eternidad de algunos segundos, indiferentes a las miradas divertidas de los curiosos. Aurelia fue la primera en deshacerse del abrazo. Contempló a su prometido sonriendo, sin palabras, mientras continuaba sosteniéndole las manos. Un poco molesto, Publio tosió discretamente. Como de costumbre cuando estaba emocionado, Lucio no sabía por dónde empezar. Resolvió la cuestión haciendo la pregunta más trivial en estas circunstancias:

—¿Has tenido un buen viaje?

—Poco importa —respondió Aurelia—, puesto que estoy aquí.

—Comprendiendo su emoción, decidió bromear para que se distendiera:

— ¡Por Venus, me despedí de un joven patricio, y he aquí que me encuentro con un verdadero griego!

—Tú eres más hermosa aún de lo que yo recordaba —dijo Lucio—. ¡A las massaliotas no les gustará ver que tú sobrepasas en belleza a su Artemisa de Éfeso!

—Y sin embargo, no debo estar muy hermosa después de este viaje.

El amor iluminaba los rasgos de Aurelia, borrando todas las fatigas del viaje. Publio y Torcuato aprovecharon el silencio que siguió para saludar a Lucio.

—Espero que lo estarás pasando bien en Massalia —dijo el joven financiero—, y que nuestro Cosio habrá allanado las dificultades que hayas podido encontrar.

—Espero que lo estarás pasando bien en Massalia —dijo el joven financiero—, y que nuestro Cosio habrá allanado las dificultades que hayas podido encontrar.

—Podrás decir a Vero que tenéis aquí al mejor agente que pueda haber. Cosio no es solamente un hombre de negocios, sino también un amigo inteligente y útil. Nadie me podría haber acogido mejor. Me ha pedido que perdonarais su ausencia. En este momento está en casa de un armador con el cual está negociando un importante préstamo.

— ¡Los negocios son lo primero! De todas formas, conozco bien Massalia. Voy a ocuparme de la descarga de los archivos y del alojamiento de nuestros hombres. Mañana, podremos hablar más a gusto... ¡si tienes tiempo! —añadió Torcuato con una sonrisa en dirección a Aurelia.

Lucio se ruborizó.

—Aquí no es como en Roma —dijo Lucio—. Aquí se toman tiempo para vivir, sobre todo en esta estación. Pero no temas. Después de Venus, ¡sacrificaré también a Mercurio!

Publio se inquietó. Estas efusiones le devolvían la confianza, pero estaban en el límite de la inconveniencia. Y además tenía prisa por hacerse dar un masaje y volver a encontrar finalmente una cama digna de este nombre.

Ordenó a Torcuato que se ocupara lo más rápidamente posible del transporte de su equipaje hasta el alojamiento que Cosio había puesto a su disposición. No permanecería mucho tiempo aquí, pero le gustaba tener sus comodidades.

*

La estancia se alargaba. Marco no se había presentado en la fecha fijada. Su padre había recibido un mensaje rogándole que esperara unos días, el tiempo de terminar un negocio de mucha importancia. Publio casi se había ahogado de rabia, pero, ¿qué podía hacer? No iba a regresar a Roma después de haber efectuado este largo viaje para nada.

Aurelia y Lucio, por el contrario, rogaban cada día a Mercurio para que retuviera a Marco en Narbo. Publio mataba su impaciencia acompañando por todas partes a Torcuato, y Aurelia conocía una libertad inesperada. Los dos prometidos sentían acrecentarse en ellos una pasión que las costumbres condenaban. Pero, ¿de qué servían las tradiciones al lado de esta embriaguez? Aurelia no se asustaba por su deseo. Del placer físico apenas conocía lo que le había confiado su madre. Ignoraba sus caminos. No se enseñaba a las jóvenes romanas a ruborizarse por estos temas. Se les pedía solamente que respetaran las conveniencias. Como sus amigas, Aurelia cubría su rostro con un trozo de lienzo cuando pasaba por delante de la estatua de un Príapo de sexo triunfante. Pero tras el velo, una sonrisa le subía a los labios. La castidad era una convención, no una convicción.

En el transcurso de sus paseos, sobre todo cuando Lucio la abrazaba, Aurelia sentía que extraños estremecimientos recorrían su cuerpo. Estaban en pleno verano. Los dos iban vestidos con ropas ligeras que dejaban a sus cuerpos reconocerse. Para Aurelia, las cosas eran simples. Nunca había conocido a un hombre, ella sería *univira*, la mujer de un solo hombre. No había vivido, como Lucio, el desgarramiento del placer sin amor. El vacío que Lucio había experimentado tantas veces le era desconocido. Y no es que Aurelia estuviera satisfecha. A medida que se sucedían estos días tejidos con los hilos de oro de un sueño, experimentaba un vacío, un deseo de consumación.

El dios de los pies alados 57 velaba sobre ellos. Una tarde, Aurelia recibió un mensaje de Cosio: le hacía saber que su padre había tenido que desplazarse sin tardanza a Aqua Sextiae. En una de sus locuras habituales, Marco había tenido la idea de detenerse antes de Massalia, y apremiaba a Publio para que se reuniera allí con él, puesto que tantos deseos tenía de hablarle. Loco de rabia, Publio había saltado dentro de su litera para decirle lo que pensaba, y no volvería, por pronto que fuera, hasta el día siguiente.

Aquella noche, Aurelia no regresó a la casa de su anfitrión.

Cuando Lucio y ella llegaron a la pequeña habitación donde él había pasado tantas horas siguiendo la pista a los recuerdos de Piteas, apenas había pasado la hora cuarta. 58 Sin decir palabra, Aurelia se dirigió hacia la ventana. Lucio se reunió con ella y la abrazó con ternura.

—Mira, Lucio, Faetón se aleja sobre el carro del Sol... 59

Lucio sonrió apretándola un poco más fuerte. Massalia estaba inundada por la luz dorada del sol poniente que subía del mar, completamente llano en la calma de esta tarde de verano. Los remos de las galeras estaban sabiamente replegados, como las alas de los pájaros en reposo. En sus mástiles, la blanca palidez de las velas se teñía de rosa. Los rostros de las diosas que adornaban sus popas sonreían, contemplando con sus ojos de largas pestañas la luz castaño morada del horizonte.

Aurelia se desprendió dulcemente del abrazo de Lucio y se volvió de frente hacia él. Continuaba sosteniendo las manos de él en las suyas. Su corazón latió un poco más fuerte bajo su seno.

—Aunque estemos separados, no nos dejaremos nunca más —murmuró ella.

Lucio estaba emocionado. Su pecho latía aún más rápidamente que el de Aurelia. Cuando se besaron, sus labios temblaban. Lucio no tuvo que preguntarle a Aurelia si quería entregársele. Sus bocas se separaron y Aurelia se apartó. Con gesto lento, Aurelia se quitó sus ligeras vestiduras. Una débil luz entraba aún en la habitación. Por pudor, Lucio no apartó los ojos de su cara. Como ella, dejó deslizar su toga y su túnica. Luego, cogiéndola en sus brazos, la levantó del suelo, y la llevó con paso lento hasta la cama, donde la depositó dulcemente. Lucio fue el primero en bajar los ojos, y empezó a acariciar el cuerpo desnudo de Aurelia. Durante sus abrazos en los días anteriores, Lucio ya había percibido la perfección del mismo. Ahora, experimentaba la calidez de su piel, los estremecimientos que empezaban a agitarla. Cada caricia dada y recibida duraba el tiempo de los dioses. Cuando el vientre de Lucio encontró el de Aurelia, los fuegos del propio Faetón sólo eran unas pobres luces, comparadas con el abrazo de sus cuerpos. El calor difuso que Aurelia sentía irradiar de su vientre hacia sus piernas era menos violento, y estaba aún moderado por su virginidad. Cuando ésta cedió, Aurelia no experimentó dolor, o por lo menos no se acordaba de haberlo sentido. Al deseo de Lucio, ella respondía con este abandono en el que los misterios de Venus unen los cuerpos a las almas.

Lucio fue el primero en volver a abrir los ojos. Había caído la noche. Soplabla una ligera brisa, refrescando la humedad estival. La noche era clara, con la palidez del plenilunio. Contempló a Aurelia. Ella estaba inmóvil y con los ojos cerrados. ¿Dormía? ¿Intentaba detener estos instantes en que había experimentado el estallido de mil soles por su amante? El brazo de Lucio abrazaba aún sus hombros velados por sus cabellos sueltos. La mirada de Lucio recorrió lentamente el cuerpo de Aurelia. Sus blancos senos se elevaban suavemente con el ritmo de la respiración. Desde los negros flecos de su vello púbico corrían a lo largo de sus muslos dos hilillos de sangre. Aurelia suspiró moviendo la cabeza, que apoyó sobre el hombro de Lucio. No decía nada. Lucio tuvo cuidado de no despertarla. El sueño de Aurelia le recordaba el de Ariadna dormida sobre la orilla de Naxos, esperando la revelación divina.

Pero Aurelia no dormía. Abrió los ojos y se apretó un poco más contra Lucio. Depositó un beso ligero en los labios de él. Lucio hizo un gesto como para extender la sábana sobre su cuerpo, pero ella lo detuvo.

—Lo sé, la costumbre habría querido que no te acercaras a mí hasta nuestra noche de bodas, y que mi cuerpo estuviera disimulado por la oscuridad de la noche... 60

Permaneció pensativa unos instantes, luego pasó su mano sobre la mejilla de Lucio. Él quiso besarla, pero ella le detuvo:

—Espera, mi amor, espera.

Aurelia se dirigió a la ventana. Contempló durante unos instantes las estrellas, luego volviéndose hacia Lucio, con voz temblorosa, le dijo:

—Incluso la muerte misma no nos separará. Venus nos conducirá a los Campos Elíseos, con los amantes de cabellos de oro coronados de mirto. 61 Contempla el cielo: pronto la aurora hará palidecer la noche. Y esto es así desde el principio del mundo. El amor no puede morir.

—Las noticias no son buenas. —Torcuato tenía un aire preocupado. Continuó: — Los informes alarmantes que el Senado había recibido antes de tu partida no han hecho más que confirmarse. Para llegar aquí, hemos tenido que atravesar una parte de Italia: hay sitios en los que nos han hecho entender claramente que los romanos no debían demorarse allí. La presencia de nuestra escolta armada no mejoraba las cosas. Los italianos veían en ello una provocación...

—No son más que groseros campesinos —dijo Lucio sacudiendo los hombros.

—Estos campesinos groseros, como tú dices, están formando dos confederaciones para atenazarlos: los marsos en el norte, los samnitas al sur. Según nuestros agentes, incluso quieren fundar una capital, que llamarán *Itálica*. ¡Itálica! ¡Te das cuenta!

—¿Qué hace el Senado?

Torcuato dejó oír un pequeño silbido de desprecio.

—Nada, o poco menos. Está paralizado por la lucha de facciones. Los Ancianos temen más a Druso que a toda Italia. Sería preciso intervenir antes de que los italianos consigan reagruparse.

—Todo esto no es muy halagüeño —dijo Lucio cuya confianza empezaba a desaparecer.

—Y esto no es todo. ¿Te dice algo el nombre de Mitrídates Eupator?

—No lo había oído nunca.

—No eres el único. Roma lo ha ignorado durante demasiado tiempo. Pronto lo conocerán tanto como el de Yugurta. Mitrídates es el rey del Ponto.⁶² En su reino hay de todo. Nobles persas, griegos enriquecidos, campesinos de Anatolia... ¡Él mismo habla veinte dialectos para hacerse entender por sus súbditos! Lo que no le impide conocer a los autores griegos al dedillo, y hacer sacrificios a Dionisos. Pero es un oriental: se viste como los persas. Mira esto. —Le tendió una moneda a Lucio:— Es una pieza acuñada con su efigie.

Lucio aproximó a sus ojos la moneda usada, de bordes irregulares. Mitrídates se parecía a Apolo. Sus cabellos eran finos y ensortijados. Grandes ojos iluminaban su rostro de adolescente. Su nariz era pequeña, ligeramente respingona y su boca, entreabierta, parecía a la vez sensual y autoritaria. Este último detalle inquietaba a Lucio.

—¿Qué es lo que quiere?

—Expulsarnos de Asia. Como sabe que le devolveremos golpe por golpe, este hijo de zorra desconfía. Cada mañana, hace que le den pequeñas cantidades de veneno. Demasiado débiles para matarlo, suficientes para acostumar a su sangre. De esta manera, se cree inmunizado... Mientras tanto, ha empezado a minar los pequeños estados de Asia Menor, con su cómplice, el rey de la Bitinia. Hace algunos meses, atacó la Capadocia. Pero aquello era una empresa demasiado ambiciosa para ese reyezuelo. Nosotros intervenimos y defendimos al rey de Capadocia. —Torcuato sonrió desdeñosamente.— Bueno, al menos el que hace el papel...

—¿Qué quieres decir?

—Su verdadero nombre es Ariobarzanes. Pero todo el mundo le llama Filorromano, el amigo de los romanos. En realidad, es nuestro esbirro. Y volviendo a Mitrídates, actualmente medita esperando que los italianos se subleven, para continuar sus empresas.

Torcuato se calló. Lucio dijo con calma, en voz baja:

—Y yo, ¿qué debo hacer? ¿Qué te ha dicho mi padre?

—Tú debes guardarte bien de regresar a Italia. No es el momento para regresar a Roma.

Lucio quedó destrozado. La Ciudad iba a ser atacada. Durante toda su infancia, le habían enseñado que tenía que estar dispuesto a derramar su sangre por ella. Hoy, su mismo padre en persona le ordenaba que se mantuviera al margen... Y además estaba Aurelia. Ella iba a regresar. ¿Qué le sucedería si se volvía a encender una guerra civil? Pero ante todo estaba avergonzado. Avergonzado de confesarse que, a pesar de estas tristes noticias, no tenía ganas de renunciar a su expedición al Océano del Norte. En el fondo, le era cómodo atrincherarse detrás de la voluntad de Aulo.

Aurelia y su padre regresaron poco tiempo después, con la esperanza de estar de retorno en Roma antes del levantamiento. Sin Marco, como era de esperar: la desavenencia era definitiva. Aurelia se encontraba sola. Pero no como antes. ¿La había comprendido Lucio cuando le había

dicho que, incluso separados, continuarían siempre unidos? Valía más para los dos que Lucio permaneciera ausente de Roma. ¿Cuándo regresaría Lucio? Ella no se hacía muchas ilusiones. Su viaje duraría varios meses. Antes de separarse, él le había dicho para consolarla que regresaría pronto. Aurelia le había respondido solamente:

—¡Qué lejano está «pronto»!

Era la primera hora. Los corceles color rosa de la aurora traían al mundo el alba luminosa. Para Aurelia, comenzaba una larga noche.

*

—La mar está cerrada. El Cheimón 63 ha empezado —dijo el capitán.

Lucio lo sabía demasiado bien. Habían transcurrido tres meses después de la visita de Aurelia y de su padre. Como estaba previsto, el Consejo de Timarcos había dado su conformidad para financiar la expedición. ¡Veinticuatro semanas, lamentablemente, antes de poder dejar Lacidón por las lejanías de Septentrión! Una eternidad. Pero también un plazo muy corto para encontrar un navío y una tripulación gracias al dinero remitido por Arístides y Cosio.

Este último le había aconsejado que se dirigiera a Polímeno, un armador massaliota con el que estaba relacionado desde hacía mucho tiempo. También Polímeno había intentado disuadir a Lucio. Sin éxito. Todos estos romanos son unos pueblerinos obstinados, se había dicho Polímeno, pero ya que tiene tantas ganas de irse a congelar allí arriba... Polímeno acompañaba casi cada día a Lucio a los astilleros de Lacidón. Comenzaba el mes de noviembre. Poco a poco, disminuía el número de barcos que cruzaban la rada. Todos regresaban a puerto a causa del frío. No obstante, los cargadores y obreros no estaban parados. La capitanía del puerto estaba inundada de trabajo. Era preciso descargar las últimas mercancías, sacar del agua el máximo número de barcos posibles, vaciar bodegas y sentinas con bombas defectuosas que se descebaban continuamente. Sin tener en cuenta a los empleados de la oficina de impuestos de la ciudad, que daban vueltas alrededor de las mercancías como moscones! Un poco más lejos, bien instalados en sus tiendas, los confeccionistas de velas habían sacado sus agujas. Las velas se amontonaban sobre sus grandes mesas de costura rebosantes. Era preciso que todo estuviera reparado antes de finales de febrero, sin olvidar los pedidos de material nuevo.

Lucio se encontraba a disgusto. Delante de él, todos se ocupaban de ordenar, guardar, reparar: lo contrario de esta partida en la que él pensaba tanto. Felizmente Polímeno le había encontrado un capitán experimentado. Eryxias estaba en la cincuentena, pero era tan dinámico como un hombre joven. Ventaja inestimable, había navegado varias veces a lo largo de las costas de Armórica y hablaba con fluidez el celta. Lucio se había dado cuenta cómo encogía los hombros cuando sus interlocutores trataban a estos pueblos de bárbaros. Le había oído incluso murmurar en sus barbas: ¡Menos bárbaros que los romanos!

Eryxias experimentaba una antipatía irrazonable por Lucio: demasiado joven y demasiado romano. Pero debía su carrera a Polímeno, para el cual había capitaneado todos los barcos. Un deseo de Polímeno era sagrado, y Polímeno quería que Eryxias fuera el capitán de Lucio. En cuanto a Lucio, poco le importaba que los romanos fuesen o no objeto de la inclinación de Eryxias. Lo que él quería era un buen capitán, y todas las informaciones que había recibido sobre Eryxias concordaban.

Cuando Polímeno hubo comprobado que los dos hombres podrían formar un buen equipo, se eclipsó. ¡Ya había perdido demasiado tiempo con esas locuras hiperbóreas!

Durante una semana, Lucio y Eryxias, en los astilleros, comparaban los cascós, sopesaban las maderas valorando sus esencias, palpaban los tejidos de las velas. Eryxias sólo hablaba lo imprescindible. Pero esta mañana, parecía más locuaz. Hizo señas a Lucio de que se sentara sobre uno de los bancos de piedra, cerca de las estacadas.

—Es el momento de decidir. Si debemos partir poco después de la abertura del Teros, 64 y teniendo en cuenta las pruebas, nos resta solamente el tiempo necesario para la construcción del barco.

—Si lo he entendido bien, podemos escoger entre dos soluciones —dijo Lucio que se acordaba de sus conversaciones de días anteriores.

—Diría más bien tres.

Lucio lo miró sorprendido. Eryxias sonrió con un poco de ironía creyendo que Lucio aún tenía que aprender, como todos los que no han salido nunca de su ciudad. Él agregó:

—Si, tres. He pensado en eso esta noche mientras rememoraba mis viajes a Armórica. Observa atentamente.

Eryxias tomó un bastón, y empezó a dibujar en la arena la silueta de un barco.

—Primera solución, el mirióforo. Un monstruo de veintisiete codos de ancho por noventa de largo. Si se carga de ánforas, pueden caber cerca de quince mil. Solamente que hace falta arrastrar todo esto. Cuando no hay viento, doscientos remeros son apenas suficientes. Y ya puedes imaginar la magnitud de los problemas de intendencia.

—Sin contar con el precio —añadió Lucio—. Está muy por encima de mis posibilidades.

—Por otra parte, no es interesante. Este navío es demasiado pesado y poco manejable. Observa mejor. —El bastón de Eryxias se deslizó sobre la arena: — Ves, hay demasiadas aberturas, demasiado desplomo sobre el agua... En el Norte las tempestades son numerosas. Es preciso ofrecer la menor vulnerabilidad posible.

—Eliminemos el mirióforo —dijo Lucio para darse un poco de autoridad.

Eryxias removió la arena con el pie para borrar el primer dibujo.

—Un pentekontore nos serviría: tiene un gran mástil y una vela pequeña, solamente cincuenta remeros... Y todo tan sólido como en el mirióforo. Quizás incluso más. Cuando los barcos son demasiado largos, si la proa y la popa son levantadas al mismo tiempo por las crestas de dos olas, se pueden romper en dos. Con un barco más pequeño, con una buena quilla y bien lastrado, no hay peligro.

—¿Y la tercera solución?

—Es la segunda un poco modificada.

La mirada de Eryxias se perdió en el horizonte.

—Durante mis viajes al país de los celtas, he observado sus navíos. Se dirían husos afilados. Ninguna similitud con nuestros trirremes ventrudos. Por el contrario, sus bordes están al nivel del agua, y completamente abiertos. Yo gobierno bien, pero tardaba tres veces más tiempo que ellos para efectuar la misma maniobra, tanta es su agilidad y rapidez para coger el viento y burlar las olas. Sólo que tú quieres ir muy al norte. Esto complica las cosas. Tú y yo somos hijos del sol, no del Océano Glacial. Los celtas soportan fríos bajo los cuales nosotros sucumbiríamos. Nuestro barco debe llevar partes cubiertas. Será preciso hacerlo un poco más ancho. Esto dará como resultado aproximado este tipo de navío.

Eryxias volvió a coger su bastón, y se concentró durante algunos minutos. Su dibujo era bueno. El pentekontore estaba cerca de las olas. Una ligera curvatura se iba acentuando hacia arriba a partir del centro del navío. A sus extremos, el capitán había previsto unos refugios. Como todos los barcos antiguos, estaba aparejado con una vela cuadrada, perpendicular a su eje. Eryxias estaba acabando de dibujarlo. Juzgó útil el dar algunas explicaciones a Lucio.

—Ves, es ésta la vela que propulsa al navío. Pero hay una segunda vela. Es el dolón. Se cuelga de un pequeño mástil de la proa, muy inclinado hacia delante. Esta vela permite dirigir más fácilmente el navío y equilibrarlo.

—Y también para ir contra el viento, ir a barlovento. Puesto que aunque el mástil principal esté descentrado hacia delante, estas maniobras serían imposibles con la vela rectangular, sobre todo frente a los vientos etesios.

Lucio había hablado en tono seguro, y ligeramente irónico. Eryxias no pudo disimular su sorpresa.

—Para ser un romano, veo que conoces el arte de la navegación... ¡Ya me lo dirás!

—Nosotros no estaremos nunca tan dotados como los griegos. Es cierto que vosotros tenéis el mar en la sangre. Pero nosotros hemos aprendido, sobre todo de Cartago, vuestra enemiga. Conocimos por la lectura los tratados de navegación de los fenicios, y gracias a esto hemos sabido construir los navíos que hicieron naufragar los suyos... ¡Lo que nos permitió conservar los vuestros!

Lucio estaba satisfecho de la pequeña lección que acababa de dar a Eryxias: el proyecto y el barco le pertenecían. Mejor era que el griego viera que no tenía que habérselas con un niño.

Al día siguiente, Lucio hacía el pedido del pentekontore. El patrón de los astilleros frunció un poco el ceño al ver las líneas poco habituales de los planos de Eryxias. Lucio no quería que mucha gente estuviera al corriente de su proyecto. Inventó un cierto número de pretextos que dejaron al hombre escéptico pero dócil. Siempre que le pagaran dentro de los plazos... Lucio le entregó una importante cantidad a cuenta. Eryxias y él a menudo acudían para controlar el avance de los trabajos.

El aire estaba perfumado con las esencias de la madera. Los olores del pino, de la encina, del cedro y del tilo se mezclaban con el olor de la resma. Las fibras todavía estaban húmedas. La madera destinada a los barcos no estaba nunca completamente seca: habría sido demasiado difícil curvarla. Todo el arte del carpintero consistía en utilizarla en su justo momento. Cuando estaba ensamblada, era preciso dejarla un tiempo para que se apretara. De lo contrario las juntas se dilatarían y dejarían penetrar el agua. Eryxias había escogido los troncos de los cedros que servirían para el revestimiento de cubierta: estaban secos y perfumados. Para el puente y la cabina, cogerían pinos de las montañas de Alalia, conocidos porque no se pudrían, y famosos por su solidez. Eryxias supervisaba lo esencial del trabajo. Pero Lucio intervenía en algunos puntos.

Uno de los fragmentos del diario de Piteas salvado del olvido lo perseguía. Aquel en que el navegante, llegado al extremo norte de su viaje, hablaba del misterioso «pulmón del mar». Añadía: «No es hielo duro, no es aire, no es agua». Lucio no sabía qué pensar. Si los hiperbóreos vivían casi desnudos bajo bosques de olivos, el mar que bordeaba sus tierras no podía tener hielo... ¿Quizá algas particularmente espesas? Pero en ese caso, Piteas lo habría indicado claramente... Lucio se perdía en conjeturas, y temía que esta misteriosa materia que flotaba sobre el mar dañara su navío. Ordenó que la quilla y las contraquillas fueran hechas de la encina más dura. El estrave del navío sería igualmente reforzado. Diofiso, el amo del astillero, aceptaba sin rechistar demasiado lo que él llamaba en privado «las fantasías del romano». Lucio pagaba bien. Pero cuando le pidió que reforzara el casco con una serie de cables que, fijados horizontalmente alrededor del barco, debían ceñirlo de proa a popa, y que añadiera un espolón en la parte delantera del estrave, no pudo evitar decirle:

—¡Por Artemisa! ¿Es un pentekontore lo que quieres o un navío de guerra?

Siempre discreto sobre sus proyectos, Lucio respondió solamente que si una tempestad cogía al barco, los cables ayudarían a que no se desmembrara. En cuanto al espolón, si alguna vez se encontraban con piratas... Diofiso hizo un gesto de escepticismo, pero no añadió nada: después de todo, no era su dinero.

Al día siguiente, Lucio reparó con satisfacción en los rollos de cable enroscados en un rincón del taller.

Los obreros de Diofiso trabajaban sin descanso. En las calendas de febrero, el pentekontore estaba casi terminado. El diseño de la última curvatura de la popa representaba un gracioso cuello de cisne. En la proa, un caballo se afanaba en volar por encima de las olas, alzado a medias sobre su parte trasera, el cuello doblado bajo la fuerza surgida de su pecho. Lucio había preferido el semental a las estatuas habituales de Diana o Artemisa. Bajo los cascos, un tridente. Viéndolo, todo el mundo comprendía que el semental pertenecía al tiro del carro de Neptuno. Siguiendo la costumbre, habían pintado dos grandes ojos en los dos costados de la proa. Servirían para que el navío siguiera mejor el rumbo, y ante todo para evitar la mala suerte.

Diofiso estaba orgulloso de su obra.

—He aquí un buen trabajo terminado en un corto espacio de tiempo —decía a todos sus visitantes—. Y si este romano no hubiera pedido equipamientos suplementarios, ¡lo habría terminado más rápido todavía!

Este Livio era decididamente extraño. ¡Con qué nombre tan curioso disfrazaba a este hermoso barco! *Terentelia*... Eryxias estaba tan perplejo como Diofiso. *El Vencedor, El Vengador, El Infatigable*, ¡he aquí hermosos nombres marinos, los que se oían en los puertos! Pero, *Terentelia*... Lucio sonreía sin decir nada cuando le preguntaban lo que significaba. ¿Cómo habría podido explicar a unos extraños que él había unido el nombre de las dos mujeres que más amaba?

*

Los timarcos, con vestiduras que restallaban bajo las ráfagas del Kertios, rodeaban a Arístides, que presidía las fiestas del Navío de Isis. Iban a botar el barco al agua para celebrar la apertura del Teros. Tras cinco meses de espera, se abría el mar. Pronto el estrave de las birremos lo cruzarían, surcando las fértiles olas, grandes en *Odiseas*. Revestido de ropajes púrpura de ceremonia, Arístides avanzó. Su mano izquierda levantó un bastón de oro para ordenar la botadura.

La vela del navío llevaba bordado un voto: Massalia pide a Isis —la diosa de Egipto— y a Artemisa de Éfeso la clemencia del mar y la dulzura de los vientos para sus barcos. Arístides pasó la mano bajo la quilla del Navío de Isis y lo levantó dulcemente: tenía las medidas de un juguete. El timarco descendió lentamente los escalones del muelle. Los últimos se hundían bajo el agua del Lacidón. Cuando ésta tocó el extremo de sus coturnos, Arístides se detuvo. Con un gesto circular, mostró el navío de Isis a la multitud agrupada en los muelles. Luego se inclinó y lo colocó delicadamente sobre la superficie del mar domada por el puerto. El barquito osciló algunos segundos buscando el equilibrio, luego empezó a avanzar suavemente al capricho del viento. Se oyeron gritos de alegría. La sangre de los massaliotas latía nuevamente al ritmo de las olas. La madera de los barcos alineados en los muelles vibraba con todas sus fibras. Un extraño habría dicho que la madera se debatía bajo las borrascas del Kertios. Pero los marineros sabían que la madera se estremecía de impaciencia, que las venas leñosas se henchían como las de los caballos en los últimos instantes antes de la salida de la carrera.

*

La de Lucio había comenzado al fin. Acariciaba la grupa nerviosa de Urano rememorando esta ceremonia que había precedido en poco a su partida. Enderezándose sobre su parte trasera, Urano cabalgaba hacia las estrellas al ritmo de los saltos que imprimía el cabeceo regular del *Terentelia*. Era de noche, y su crin barría las estrellas. Lucio había bautizado con el nombre de Urano al semental que adornaba la proa de su navío. Los griegos llamaban así a la divinidad que personificaba el cielo. En esos momentos en que el espíritu flota entre dos sueños, Lucio pensaba que al aproximarse a Hiperbórea, vería allí el carro divino de Apolo tirado hacia el Septentrión por cisnes blancos como la nieve.

La estrella polar, en todo caso, estaba allí. Cada noche, Lucio la contemplaba. ¡Si hubiera sido suficiente montar sobre Urano para llegar al polo, a la suavidad de sus estaciones, sus días infinitos y sus habitantes cuyas vidas no eran más que fiestas y alegrías! Se sorprendió murmurando: ¡Urano, tú a quien he enganchado a mi navío, tira de él a través de las corrientes de aire y las olas hacia el país de la luz eterna; ¡te adornaré con joyas, te haré una vestimenta de oro, te daré ojos de diamante, trenzaré tu crin con perlas!

—¿Qué estás murmurando?

Lucio se volvió. Eryxias se encontraba a su lado.

—¿No duermes?

—¿Por qué habría de dormir? Sólo hace diez días que hemos salido de Massalia, y Poseidón **65** ha aplanado las olas delante de nosotros. Aprovechémoslo antes del Océano. Cuando hayamos pasado las columnas de Hércules, corremos el riesgo de que cambie.

—¿Cuándo llegaremos allí?

—Antes del alba. Piteas debía de estar más intranquilo que nosotros en este instante del viaje.

—¿A causa de Cartago?

Eryxias movió la cabeza en signo de aprobación:

—Los barcos púnicos dominaban el estrecho. Tuvo que obrar con astucia, y sin duda pasar las columnas en medio de una noche sin luna. ¡Gloria a los romanos que destruyeron Cartago! —añadió con una risa un poco forzada.

—¿Y si aprovechamos ahora para revisar el itinerario? —propuso Lucio.

Desde el principio del viaje, hablaba en griego por gentileza hacia su capitán. Eryxias se burlaba a veces de algunos giros que indicaban su familiaridad con los libros. El griego hablado era menos complicado.

Los dos hombres volvieron a la popa del navío. El viento era suficiente para hacerlo avanzar. Los remeros descansaban. Dentro de dos o tres horas, pensaba Eryxias, sería preciso despertarlos. En las inmediaciones de las columnas, el viento y las corrientes eran siempre contrarios. El Océano se precipitaba con fuerza en el Mediterráneo a través del canal. Durante varias horas, los remeros tendrían que remar de firme para pasar el estrecho. Lucio empujó la puerta del camarote situado cerca de la popa. Eryxias extendió las cartas mientras Lucio encendía algunas lámparas de aceite. Los dos hombres las habían estudiado durante horas y horas, pero ahora que estaban en ruta, Lucio tenía la extraña impresión de verlas por primera vez. Eryxias aprovechó su silencio para tomar la palabra:

—Piteas escribió en su diario de a bordo **66** que había recorrido toda la costa oceánica de Europa, desde Gades **67** hasta el Tanais.

—Su dedo descendió a lo largo de las costas orientales de Iberia. **68** Continuó: —Acabamos justamente de pasar ante Gades. Mañana por la mañana habremos franqueado las columnas, y empezaremos a subir por las costas de Iberia. Después de algunos días de navegación, cruzaremos a lo ancho de la Galia y de las regiones habitadas por los celtas.

—¿Conoces estos países?

—Sí. —Los rasgos de Eryxias tomaron una expresión preocupada.— Espero no haber olvidado las lenguas que allí hablan. Quizá los celtas nos dirán dónde se encuentra este misterioso Tanais. Yo no sé nada de ese lugar. Nunca he ido más allá de Armórica. Y a partir de allí, las cartas son más bien vagas...

—Conozco de memoria los distintos geógrafos que hablan de las regiones boreales. Después de Armórica, se llega al punto más alto de la Galia, bañado por el Océano Boreal. Al Oeste, se deja la Bretaña **69** y el Ierné. **70**

—¿Verdaderamente no quieres desembarcar allí?

—No. Lo que me interesa es el Tanais, el sitio en que Europa se junta con Asia. Es necesario continuar hacia Oriente, costearo las tierras germánicas del Océano Boreal, **71** hasta el país de los escitas. Acabaremos por llegar allí.

—En esto confío —afirmó Eryxias con un poco de esfuerzo—. Pero todo depende de los vientos y de las corrientes... La línea recta no es forzosamente el camino más corto. No tienes más que ver nuestro trayecto a partir del norte de Iberia.

Lucio empujó ligeramente la lámpara de aceite donde un hombre con una pequeña barbilla a la griega derribaba a una mujer que aparecía con las piernas ampliamente separadas. Él se inclinó sobre la carta.

—Parecería que para llegar al país de los celtas, sería más ventajoso ir recto —continuó Eryxias—. Y esto sería un error. No nos debemos dejar empujar a través del Océano. Por el contrario, continuaremos nuestra marcha hasta el fondo de este amplio golfo. **72**

Cuando lo hayamos alcanzado, las corrientes nos llevarán a lo largo de las costas celtas hasta Armórica. Después...

—Después, esperemos que las corrientes continúen en la dirección correcta. Hacia Oriente y Tanais, puesto que es en su marcha en este sentido que Piteas llegó a Thule.

—Como tú dices... He hecho cargar ánforas con vino griego. A los celtas les apasiona. ¡Es un cambio por la cerveza! Si conseguimos hacernos algunos amigos, ellos nos informarán sobre el mejor itinerario.

Eryxias se enderezó, y su sombra cubrió la carta. Se estiró bostezando.

—Si quieres un buen consejo, ve a dormir unas horas antes de que haga despertar a los remeros. Franquear las columnas será difícil.

Lucio asintió moviendo la cabeza en señal de aprobación. Se acostó en la cama que le estaba reservada en el camarote. Mecido por la marcha regular del navío y el roce del estrave sobre las aguas, pensaba en Aurelia.

*

Unos golpes sordos en la puerta lo sacaron de la inconsciencia: abrió los ojos. ¿Desde cuándo dormía? Se levantó y empujó la puerta que daba al puente. Una bocanada de aire húmedo y salado golpeó su rostro: ¡la respiración del Océano!... Lucio miró hacia más allá del navío. A la derecha, un inmenso acantilado se destacaba en la palidez del alba. Los rayos del sol iluminaban ya su cumbre, pero las olas que se estrellaban contra su base continuaban teniendo el color de la noche. A la izquierda, una débil luz bailaba en el cielo decolorado. Sin haberlo visto jamás, Lucio comprendió que era la luz del faro de Tingis, 73 vacilante bajo las ráfagas de viento. Perdiendo el equilibrio, se agarró a un cordaje. El *Terentelia* se comportaba bien sobre las olas, pero hacia mar gruesa. En la proa, Urano golpeaba el mar con sus cascos haciendo volar pequeños haces de espuma. Un momento después, en el cabeceo de la nave, Urano subía derecho hacia el cielo, arrancando el estrave del dominio de las olas.

Lucio se dio cuenta de pronto que no eran golpes en la puerta lo que lo había despertado. Los keleustos 74 marcaban el ritmo con sus tambores, haciendo arquear, por el esfuerzo, las espaldas desnudas y sudorosas de los cincuenta remeros. La voz del capitán sonó bruscamente:

—Vamos demasiado rápido, ¡disminuid el ritmo! Hay que conservar la distancia hasta el Cabo Sagrado.

Los músculos de los remeros continuaron en movimiento, pero sus espaldas se inclinaban más lentamente. Lucio se volvió hacia Eryxias. Éste se encontraba cerca del piloto y le daba de vez en cuando breves indicaciones. El otro obedecía apoyándose sobre la barra para compensar los cambios de viento. Sin quitar los ojos de las señales que se había fijado en la parte delantera del barco, Eryxias dijo a Lucio:

—Al principio de un viaje, los keleustos quieren siempre forzar la marcha. Pero al Océano no le gusta que se le acaricie la espalda desde muy cerca. Hay que tratarlo con miramientos.

Lucio miró a los remeros: no había regateado en los precios. Polímeno y Eryxias le habían aconsejado los mejores, que conocían ya por haberlos empleado. No eran más que instrumentos impuestos por lo cambiante de los vientos y de las corrientes, y la imperfección de los aparejos, pero todo —o casi todo— dependía de su condición física. Nada de hombres con mala salud, con dientes estropeados o sacudidos por la tos. Quedarían rápidamente sin aliento, y los pulmones se les consumirían con el frío húmedo del Océano. Lucio contemplaba con satisfacción el semblante de los que había contratado. Pero antes de contratarlos, les había pedido que le mostraran sus espaldas. Si los rastros de golpes eran demasiado numerosos, los rechazaba. Pues era la señal de que trabajaban a disgusto. Fuese por debilidad o por pereza, poco importaba. Al embarcar las provisiones, Lucio no había dudado en tomar alimentos de calidad y numerosas ánforas de vino cocido de Massalia. No por humanidad: la suerte de los remeros le era tan indiferente como la de los esclavos. Por otra parte, había un cierto número entre ellos alquilado por sus amos a los

armadores. Pero aun siendo esclavo un hombre no rema bien y por largo tiempo si no está debidamente alimentado. Lucio tenía especial cuidado también de que descansaran todo lo que lo permitían los elementos, dispensándoles de las tareas inútiles. Para vaciar de vez en cuando el fondo de la bodega del agua que se acumulaba, bastaban unos cuantos hombres.

Los marineros se asombraban de su mansedumbre, tomándola por debilidad debida a su juventud. Más noble a sus ojos, su tarea consistía en manejar velas y anclas. En general, recalaban al atardecer, salvo en los puntos del trayecto que Eryxias conocía particularmente bien. Cada día, era necesario levar anclas afanándose bajo su peso. Las anclas eran de hierro, y lastradas con masas de piedra y de plomo, apretadas sobre las mismas por medio de abrazaderas metálicas. Una falsa maniobra, y destrozaban el cuerpo de un marinero cuya sangre enrojecía el mar. Tales accidentes no eran raros. Lucio había tenido la precaución de embarcar algunos marineros y remeros suplementarios para compensar las pérdidas inevitables infligidas por la mala suerte y las cóleras de Poseidón.

Los puestos de mando eran compartidos por cuatro hombres. Con Eryxias, el kubernetes, Lucio mantenía relaciones sutiles, oscilando entre la delegación de poderes y la autoridad. La frontera era más nítida con los otros, que debían obediencia. Los dos keleustos, Eudemundo y Palamedo, hacían las veces de jefes de la tripulación.

El funcionamiento del barco no exigía que Lucio mantuviera con ellos un contacto estrecho. Por otra parte, él los juzgaba dóciles y obtusos.

Quedaba el segundo de Eryxias, el proreuto Eupalino, un verdadero misterio. Era tan impenetrable como el espolón del *Terentelia*. De anchas espaldas y vigoroso, tenía ojos negros que se cerraban sobre sus pensamientos. Al principio, Lucio había dudado de que fuera capaz de experimentar algún tipo de sentimiento. Eupalino mostraba al mundo y a los hombres una mirada dura, y no hablaba más que cuando se veía obligado a hacerlo. Su impasibilidad disimulaba una mente siempre despierta. En caso de dificultades, sus órdenes y sus reacciones eran siempre rápidas y eficaces. Eryxias le conocía más que nada por su reputación. Todos los kubernetes que lo habían tenido bajo sus órdenes no regateaban elogios de él. Era solitario por naturaleza y no contaba la historia de su vida. Antes de contratarlo, Lucio se había informado sobre él. Eupalino no tenía ni mujer ni hijos. Había aparecido en Massalia diez años antes sin que nadie supiera de dónde venía. Su nombre era griego, lo que no demostraba nada. Podía muy bien haberlo inventado, y en diez años había tenido tiempo de aprender griego en Massalia, si no lo sabía de antes. Su rostro no era más afable que sus maneras. Una larga cicatriz atravesaba toda su mejilla izquierda. Tiraba de la piel de Eupalino de forma tal que parecía que estuviera esbozando eternamente la mueca de una sonrisa. A los que eran lo suficientemente atrevidos para preguntarle por su origen, Eupalino respondía que un día de tempestad se había roto una yeta, y en su caída había golpeado su mejilla abriéndola. Sin que pudiera explicarse el porqué, a Lucio le costaba creerlo.

El día se había levantado. El *Terentelia* dejaba tras de sí las columnas de Hércules. El viento se iba calmando poco a poco, y soplaba ahora del sur. Eryxias gritó a los keleustes: «¡Boga lenta!» El ritmo de los golpes sobre los tímpanos se volvió más lento. Lucio sentía subir bajo el *Terentelia* la larga marejada del Océano. El estrave ya no rompía las olas. Se hundía sin ruido, en un movimiento profundo y regular. El oleaje acariciaba el navío sin que éste se estremeciera. Pronto, Eryxias ordenó a los remeros que descansaran: el viento bastaba para avanzar. Los remos fueron introducidos en sus correderas de cuero. El capitán pidió a los remeros de la derecha que permanecieran en sus sitios. El *Terentelia* tenía la tendencia de aconcharse hacia Levante, y sería preciso corregir la ruta de vez en cuando.

Eryxias y Eupalino decidieron medir la marcha y calcular la situación para hacer una estimación de la duración del viaje hasta el norte de Iberia. Eupalino hizo lanzar al agua un trozo de corcho lastrado con un plomo, al cual estaba atado un cordel. Mientras se devanaba, Eupalino mantenía los ojos fijos sobre el reloj de arena. El tiempo que tardaba la arena en caer representaba la octava parte de una hora de primavera. Al cabo de un momento, los rasgos de Eryxias se distendieron. Dijo a Lucio:

—Hacemos cerca de unos cien estadios por hora. Es una buena marcha.

—¡Poseidón está con nosotros! —contestó alegremente Lucio.

Sin decir palabra, Eupalino abrió el pequeño armario donde se guardaban los instrumentos de medición, y colocó cuidadosamente el reloj de arena al lado de las grandes clepsidras graduadas. Las mismas servían para hacer las mediciones de tiempo más complejas. En el tiempo de Piteas, eran muy rudimentarias. Pero en la época del nacimiento de Aulo, el gran Ctesibio de Alejandría había hecho de ellas instrumentos mucho más precisos.

El resto de la jornada transcurrió lentamente. Los vientos favorables continuaban sosteniendo la marcha del *Terentelia*. Los días eran ya largos en esta estación. Cuando el sol desapareció entre las verdosas aguas, el *Terenteli* doblaba el Cabo Sagrado.

El tiempo se mantuvo bueno durante los días siguientes. Eryxias aprovechaba las noches estrelladas para calcular la situación, bajo los ojos atentos de Lucio. Allí aún Piteas les marcaba el camino. Bajo los ojos de los asombrados massaliotas, había erigido en el ágora un obelisco de varios metros de alto, dividido en ciento veinte graduaciones, que él había reproducido sobre la blanca piedra de la plaza con un trozo de carbón. A continuación, Piteas había observado las diferentes longitudes de la sombra proyectada por el obelisco. Sus experimentos lo habían tenido ocupado seis meses, desde el solsticio de verano al de invierno. Tras desmontar su dispositivo, se había inclinado sobre sus tablillas cubiertas de cifras para calcular la oblicuidad de la eclíptica. Combinándola con la altura meridiana del sol, había podido, por primera vez, determinar la latitud de Massalia: cuarenta y tres grados y trece minutos.⁷⁵ Pero era ante todo el Septentrión el que le interesaba. Piteas había aprendido a calcular la latitud de un lugar midiendo la altura de la estrella polar por encima del horizonte. Había descubierto que la estrella polar no coincide exactamente con el polo del mundo, y que éste forma de manera constante un rectángulo casi perfecto con tres estrellas cercanas al mismo. Posteriormente, todos los pilotos se servían de estos sistemas de medición. Antes de embarcar, Eryxias había ajustado cuidadosamente los cuadrantes solares del equinoccio que él llevaba en el *Terentelia*. Cada noche pasaba dos horas haciendo sus inventarios con la regla de Ptolomeo, una especie de compás de largas patas. Sería un viaje sin escalas hasta Armórica: por lo menos diez días de navegación ininterrumpida; era preciso conservar el rumbo cuidadosamente. Una vez en Kabaión, ⁷⁶ harían escala, el tiempo necesario para que los hombres descansaran, y de abastecerse con nuevas provisiones entre los celtas.

*

El pesado humo del aceite de pescado llegaba hasta la nariz de Lucio a pesar de la brisa del Océano. Estaban a dos días de Kabaión, y la pesca había sido buena. Dentro de las crestas de mimbre, los peces se agitaban con los espasmos de la agonía. Algunos eran azules, como los que se encontraban en el mercado de Massalia. Cuando los marineros los colocaban sobre la parrilla, encima de la brasa del fogón de cerámica, los peces se estremecían por última vez con un temblor de todas sus escamas, sin que sus ojos glaucos parecieran expresar algún sufrimiento. A Lucio no le gustaba mucho el pescado. En la mesa de Aulo nunca se comía pescado. Lucio pedía siempre los trozos más cocidos. Cuando la carne del pescado era rosada, le repugnaba aún más. Necesitaba varios vasos de vino para eliminar de su boca su gusto persistente. Prefería incluso la papilla cotidiana de castañas y de cebada, con trozos de queso blanco desecado. Lucio continuaba, como en su adolescencia, prestando poca importancia a la comida. Esto sorprendía a los griegos que le rodeaban: les habían hablado tanto de los festines a los que se libraban los ricos en Roma que atribuían la frugalidad de Lucio al mal de mar.

Cuando Eryxias y Lucio hubieron terminado de escupir las últimas espinas, se apoyaron en el empalletado. El sol se ponía en una amplia gama de oro y malva. El capitán dijo pensativamente:

—Dentro de poco tiempo, podrás ver a las mujeres de los celtas. Sus cabellos tienen el color del sol... No se parecen a las griegas. Su cutis es tan pálido que su cabellera es rubia, y el color de sus ojos refleja el del cielo. Por otra parte, sólo su cuerpo es de mujer...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucio intrigado.

—Ya lo verás por ti mismo. No me creerías si te contara lo que yo sé.

Lucio se sentía calmado y eufórico al mismo tiempo. La paz de la puesta de sol se conjugaba con el efecto del vino. Insistió con una familiaridad inhabitual:

—Vamos, no es costumbre de los griegos el hacerse los púdicos. Como no hay mujeres a bordo, ¡disfrutemos de ellas al menos con el pensamiento!

—¡Ni que lo digas! —cedió Eryxias riendo—. Entre los celtas, cuando una mujer quiere hacer el amor, ella lo propone abiertamente. Y si tú rehúas, te lanza un sortilegio que te lleva directamente a su cama. —Rió nuevamente.— Yo, no he tenido nunca necesidad de sortilegio: son mujeres hermosas, y tan afectuosas como nuestras muchachas mediterráneas; ¡ya me lo diréis! —Eryxias volvió a ponerse serio.— Y no es sólo en la cama donde saben comportarse bien. ¿Te imaginas en Roma o en Atenas magistrados que fueran mujeres? —Fue el turno de Lucio para reír. La idea era grotesca, solamente buena para las bufonadas del teatro. Eryxias continuó: —Te ríes, pero los celtas respetan tanto a las reinas como a los reyes. ¡Sus costumbres son extrañas! Se diría que los hombres no cuentan. Cuando se nombran, añaden siempre a su nombre el de su madre, no el del padre, como entre nosotros. —Lucio abrió los ojos asombrado. Divertido, Eryxias continuó: — Hasta que son mayores de edad, el padre no se ocupa de sus hijos: los confía al *forester*, 77 el hermano de su mujer... —Lucio sospechaba que Eryxias se burlaba de él. Éste lo entendió y añadió en tono serio:— Trataron a Piteas de mentiroso porque hablaba de cosas extrañas. Yo he viajado mucho, y me he dado cuenta de que las ideas y las costumbres varían según los países. Quizá dijo la verdad. —Eryxias se calló unos instantes. Luego se volvió a Lucio y, mirándolo directamente a los ojos, le dijo:— Piteas era un sabio. Pero tú, ¿qué buscas tú en estos mares helados?

Era la primera vez que Eryxias abordaba francamente la cuestión. Lucio se había prometido mantener la explicación oficial: la búsqueda del ámbar y el prestigio de Massalia. Pero Massalia y Roma quedaban lejos. ¿Para qué seguir obrando con astucia? Dijo bruscamente:

—¿Has amado alguna vez a una mujer, Eryxias?

Sorprendido, Eryxias bajó los ojos y respondió farfullando:

—Soy un hombre viejo. El que no ha experimentado este sentimiento al menos una vez en su vida, ha sido maldecido por los dioses.

—Entonces puedes comprender —continuó Lucio clavando su mirada en el horizonte que la noche empezaba a teñir de un azul profundo—. Que yo recuerde, siempre he experimentado en mí una especie de vacío que tenía que llenar. Aspiraba a otra cosa. Amo a una mujer de mi rango. A mi regreso, me casaré con ella. Cuando hacemos el amor, este vacío desaparece. Tengo la impresión de acceder finalmente a la plenitud. Mis palabras te parecerán extrañas. Pero es el mismo impulso el que me guía al Septentrión, como si allí me esperara alguna cosa importante. Estoy seguro de que en Piteas moraba la misma pasión.

Lucio se calló. Eryxias permaneció unos instantes silencioso antes de hablar.

—Quizá te pueda comprender. Me embarqué muy joven, cuando no había nada que me obligara a hacerlo. Mi familia era acomodada. Hubiese podido ser un mercader, como hay tantos en Massalia. Pero no tenía ganas de pasar mi vida contando tetrabolos. Me puse a navegar en busca de otras cosas.

—¿Las has encontrado? —preguntó Lucio con una especie de ansiedad.

—En algunos momentos, me parece que formo una unidad con el cielo y el mar, y esto me basta —contestó Eryxias evasivamente.

Los dos hombres permanecieron silenciosos. Al cabo de un rato el capitán dijo en un tono nuevamente distante:

—Sea lo que fuere, espero que tu Piteas no nos conduzca directamente al fondo del Océano. ¿Estás seguro de todo lo que él expone?

Lucio sentía que Eryxias intentaba recobrar el aplomo nuevamente. Entró en su juego.

—He leído y releído todo lo que sabemos sobre las regiones de Boreas. Algunos dicen que se trata de tierras desiertas y lúgubres. Otros creen que los hombres viven allí como los dioses.

—Pero, ¿dónde está Thule?

—No se sabe más que una cosa: se encuentra situada en el extremo del mundo donde termina el mar y donde el sol ya no se pone.

—Pero, ¿por qué trataron a Piteas de mentiroso? —preguntó Eryxias muy intrigado.

—Algunos le creyeron. Eratóstenes, que dirigía la biblioteca de Alejandría, creyó en la existencia de Thule. Hace solamente cincuenta años, el gran Ptolomeo habló al respecto. La situó lejos, en el noroeste de Ierné, en el centro mismo del Océano Hiperbóreo, que rodea el polo con sus hielos...

—Si Thule existe realmente, ¿a qué se debe que vosotros, los romanos, no hayáis ido aún allí a meter la nariz? Desde hace un siglo, habéis demostrado suficientemente que no teníais miedo en interesaros en otros países además de Italia...

Lucio se dio cuenta de la ironía de la observación, pero continuó hablando con calma.

—Lo hemos intentado, pero sin éxito.

—No sabía que las legiones hubieran llegado tan lejos en el Norte...

—No se trata de las legiones. ¿Has oído hablar de Polibio?

—Su nombre me suena. ¿Es un aqueo aliado de Roma?

—Era el protegido de uno de nuestros grandes hombres, Escipión Emiliano. Cuando, hace cincuenta años, arrasamos Cartago, quisimos apoderarnos del estaño de Bretaña, del que ellos monopolizaban el comercio. Escipión fue el encargado de preparar el desembarco de nuestras tropas en la isla, de la que no sabíamos nada. Escipión pensó que únicamente los mercaderes podrían facilitarle información, y se desplazó a Massalia y a Narbo. Todos conservaron la boca cerrada: no quisisteis ayudarnos porque nos temíais.

—¿Nos equivocamos? —preguntó suavemente Eryxias.

Sin responder, Lucio continuó:

—Escipión regresó a Roma con las manos vacías, y tuvo que renunciar a su expedición. Por esto, guardó rencor toda su vida a los massaliotas. Para no perder prestigio, hizo escribir a Polibio que Piteas era un mentiroso. Otros lo creyeron y lo repitieron. Es de esta manera cómo se fabrica la historia y la geografía. ¡El mentiroso fue Polibio, no Piteas!

Eryxias movió la cabeza y añadió:

—Entonces, griegos, romanos, ¿son todos unos mentirosos, salvo Piteas?

—¡Salvo Piteas..., y yo! —dijo Lucio riendo.

—¡Esperémoslo! —contestó Eryxias, riendo también a carcajadas.

Las estrellas palidecían a medida que la luna llena se elevaba en el cielo. Eryxias la contempló unos instantes, luego dijo a Lucio en un tono socarrón:

—¿Ves la luna? Cuando desembarquemos en Kabaión, ¡te prometo una sorpresa!

—¿No me irás a decir que donde viven los celtas la luna es diferente?

—Ya lo veras...

Un poco más tarde, Lucio se durmió preguntándose de qué querría hablar Eryxias.

*

Kabaión! El alegre grito del vigía resonó en los oídos de Lucio. El *Terentelia* volvió la espalda al Océano y se dirigió a la pequeña playa. Eupalino hizo lanzar una sonda al agua. Al cabo de unos minutos, Eryxias dio la orden de echar las anclas, que cayeron con gran ruido de cadenas salpicando las portas. Lucio observó que el *Terentelia* se había detenido relativamente lejos de la orilla. Sin embargo, la playa era de arena, y el viento soplaba a lo ancho: no había ningún riesgo de que les arrastrara contra un acantilado. Eryxias contemplaba la costa con atención. Al cabo de un rato, sus rasgos se distendieron.

—Nos encontramos en un buen lugar —dijo a Lucio—. El pueblo celta no se encuentra lejos. ¿Ves este humo?

Lucio miró en la dirección que le indicaba Eryxias. El cielo era de un azul pálido y tenue, menos intenso que en el Mediterráneo. Unas volutas grisáceas de humo se elevaban lentamente por encima de los árboles, en el extremo de la playa.

Eryxias continuó:

—Los celtas son indómitos. Pero conozco a estos vénetos. Siempre me han acogido bien en mis expediciones anteriores. Mejor que los visitemos en seguida. ¿Quieres acompañarme?

Lucio ardía de curiosidad. Ya había visto celtas en Massalia, con su barba rubia, sus vestimentas de lana gruesa, totalmente adornadas de joyas de formas curiosas. Pero ahora estaban lejos del ágora, en plena Armórica. Y los vénetos de Kabaión no eran verdaderamente tan civilizados como sus emisarios. Se acordaba de lo que le habían dicho en su infancia sobre la ferocidad de los bárbaros.

Eryxias hizo bajar al agua dos chalupas. Dio la orden de cargar la primera con ánforas de vino. Mientras supervisaba el transbordo dijo a Lucio:

—En los tiempos de Piteas, los celtas no bebían más que cerveza. Nuestros mercaderes les hicieron conocer el vino. En su país, el clima no les permite cultivar la vid. Cada ánfora es un regalo muy precioso.

Un cuarto de hora más tarde, las barcas tocaban la orilla rozando la arena. Lucio saltó por encima del borde del esquife. El agua le llegaba a la mitad de las pantorrillas. Se sorprendió de su dulzura. La temperatura era clemente y, como se aproximaba el verano, los días tenían cerca de quince horas de luz: el Océano se calentaba. Eryxias ordenó a los remeros que empezaran a descargar las ánforas, hundiendo bien sus bases puntiagudas en la arena, para evitar que una ola se las llevara. Echó una ojeada al *Terentelia* que oscilaba suavemente, la proa hacia lo ancho, que él miraba con sus grandes ojos enrojecidos. Se oía a Eupalino reprendiendo a los marineros, permanecerían por lo menos ocho días en Kabaión. Eryxias se volvió hacia Lucio, que sacudía sus sandalias para hacer salir la arena húmeda:

—Eupalino ha recuperado la lengua. ¿Le oyes como reniega? Por Zeus, he estado en todos los puertos del Mediterráneo, pero ¡aún aprendo algún juramento de él!

—¿De dónde es originario? —no pudo evitar preguntar Lucio.

Eryxias se encogió de hombros.

—No sé más de lo que tú mismo sabes. Bebe, pero incluso con dos litros de Falerno en el estómago se las arregla para no responder.

Sólo Poseidón lo sabe. ¿Qué importa, después de todo?

—Quizá tengas razón.

Eryxias se volvió hacia el final de la playa, allí donde se veía subir el humo.

—No es necesario que perdamos el tiempo esperando que terminen de descargar. Vayamos al pueblo.

Los dos hombres caminaron a lo largo de la orilla donde las olas del Océano se rompían en una última exhalación. Un sendero se abría entre los árboles. Lo tomaron. Después de algunos minutos de marcha, llegaron a un claro. Lucio se detuvo en seco. Eryxias continuó caminando, pero mucho más lentamente. En voz baja, le dijo a Lucio:

—No te quedes plantado ahí. Ven, y camina tras mis huellas. Estamos en un lugar sagrado, se puede bordearlo, pero no atravesarlo.

El espectáculo era extraño. Enormes piedras alineadas formaban dibujos complejos en la desnudez del claro. Ninguna escultura suavizaba la severidad grisácea y húmeda de los bloques gigantescos. No habían nacido del desorden de una avalancha ni habían surgido a consecuencia de un terremoto. De sus ciegas masas, recortando sobre el cielo y el bosque poderosos círculos mágicos, emanaba el sentimiento de un orden oscuro y amenazante. La superficie del suelo arenoso estaba en algunos lugares recubierta de grandes losas de piedras planas y lisas. Lucio observó que éstas llevaban inscripciones misteriosas. Creyó distinguir serpientes y estrellas. A pesar de que la orilla no estaba lejos, no se oía más el rumor de las olas. Ningún soplo de aire agitaba las ramas de los árboles. Fuerzas divinas llenaban el claro, que no era posible capturar por medio de los ritos o

las plegarias que él conocía. Se sustrajo a la fascinación del lugar, y apuro el paso para reunirse con Eryxias. Los árboles protectores se cerraron sobre ellos.

—¿Qué es este lugar extraño? —preguntó—. ¿Cómo han podido unos hombres levantar estos bloques de piedra?

—Los celtas dicen que fueron sus antepasados, los gigantes, los que los condujeron hasta aquí.

—¿Y para qué sirven?

Eryxias movió la cabeza. Parecía fastidiado.

—Te he dicho ya que los celtas son diferentes. Ellos tienen más dioses todavía que los griegos y los romanos unidos. Pero los sacrificios que les ofrecen no son del mismo tipo.

—¿Qué quieres decir? —Lucio experimentaba una sorda inquietud.

—Será mejor que hable francamente. Lo que voy a decir, no lo he visto jamás. Los celtas no admiten fácilmente a los extranjeros en sus misterios. Pero lo sé por algunos de ellos que me lo confiaron. La guerra forma parte de su vida. Sus únicos bienes son sus rebaños y sus mujeres. Están dispuestos a todo para defenderlos. Como nosotros, se esfuerzan en atraer el favor de los dioses. La entrada de algunos de sus templos está decorada con cráneos de sus adversarios que encajaban en la piedra tras haberlos sacrificado. Nuestros agoreros leen el porvenir en el hígado de las aves. — Eryxias dudó imperceptiblemente antes de soltar, como a su pesar: — Los celtas prefieren las entrañas de los hombres. —Lucio sintió una náusea que lo invadía. Eryxias continuó: — Son a menudo las mujeres las que presiden estas ceremonias. Cuando llega el momento, toda la tribu se reúne en el claro que acabamos de atravesar. Los guerreros se colocan en la primera fila. La druidesa permanece de pie, cerca de una de las grandes piedras planas. Cuando el sol ocupa una determinada posición en el alineamiento de los bloques, hace que un prisionero se tienda sobre la piedra y le hunde un puñal en la espalda. Unos cuantos hombres lo sostienen firmemente mientras agoniza. La sangre corre por la piedra, y forma dibujos en medio de los signos grabados allí, donde la druidesa lee la voluntad de los dioses en la sangre. Si la misma no está clara, se inmolan nuevamente otros prisioneros hasta que los dioses se hayan hecho comprender.

Lucio se había sentado sobre el tronco de un árbol y permanecía silencioso.

—¿Crees que son unos bárbaros? —preguntó Eryxias.

—¿Qué otra cosa quieres que crea?

—Tienes la memoria corta —replicó el capitán con una sonrisa sarcástica—. Cuando Aníbal aniquiló a vuestras legiones en Canas, vosotros enterrasteis vivos a algunos griegos y galos y levantasteis alrededor de ellos piedras regadas con sangre de las víctimas humanas. **78** E incluso después de haber vencido al púnico, no os ha repugnado practicar de vez en cuando sacrificios humanos.

—Sabes bien que lo hemos hecho pocas veces —se defendió torpemente Lucio.

Eryxias se encogió de hombros y continuó:

—Reflexiona un poco. ¿Cuando hacéis prisioneros de guerra, cambia mucho la cosa?

—¡Pero nosotros no los inmolamos a Júpiter! —cortó violentamente Lucio.

—Los reducís a la esclavitud. Es como si los matarais: ya no tienen ni nombre, ni familia, ni país. Nada. Y por otra parte los matáis.

¿Qué valor tiene para vosotros la vida de un esclavo? ¿Cuántos mueren cada año en los grandes dominios de Italia?

Lucio se encogió de hombros.

—Esto no tiene nada que ver. Diófano, mi antiguo preceptor, es un esclavo, pero nunca se me ocurriría sacrificarlo a Minerva. Y todo esclavo puede esperar ser liberado un día. Por otra parte, vosotros los griegos —dijo Lucio que empezaba a impacientarse—, os enredáis siempre en bellos discursos para darnos una lección. Se diría que fueron los romanos los que inventaron la esclavitud. ¡Pero vosotros teníais esclavos antes que nosotros! ¿Cómo marcharía el mundo sin ellos? Hacen falta amos, hacen falta esclavos, como hacen falta velas para los barcos.

La humedad caía con la tarde. Era preciso llegar al pueblo antes de que anoheciera. Eryxias hizo señas a Lucio para que se levantara. Los dos hombres retomaron la marcha en silencio. Pronto

llegaron a la aldea. La misma contaba con una veintena de casas construidas con troncos y cubiertas con techos de paja que desaparecían bajo el musgo. Mirando a los celtas circular entre las chozas, Lucio no pudo evitar pensar en el claro. Pero los dos hombres estaban ya rodeados por los vénetos que los atosigaban a preguntas y los recorrían de arriba a abajo con sus grandes ojos azules. Contemplaban con curiosidad el rostro imberbe de Lucio, pero no parecían hostiles. Después que Eryxias les hubo hecho un pequeño discurso, se pusieron a reír, y un grupo de hombres se marchó a buscar las ánforas.

Eryxias continuaba hablando en la extraña lengua celta. Al cabo de un rato, se volvió hacia Lucio y, poniéndole su dedo índice sobre el pecho, dijo varias veces: Luks, Luks. Lucio se preguntaba por qué les hablaba de la luz 79 señalándole a él. Eryxias se dio cuenta de su aire asombrado y le dijo en griego:

—He intentado hacerles comprender que te llamabas Lucio, pero no consiguen pronunciar tu nombre. Te llamarán Luks, es más fácil para ellos.

—¡De acuerdo, Luks! —respondió Lucio riendo. Eryxias continuó:

—Aún se acuerdan de mí. Les he dicho que teníamos que continuar nuestro viaje más al norte, y que teníamos necesidad de víveres y de descanso. Están de acuerdo en vendernos provisiones. Instalaremos nuestras tiendas cerca de la orilla. No vale la pena que nuestros marineros estén demasiado cerca de ellos. Sería un riesgo tener historias con las mujeres. Su jefe, Hoeric —Eryxias le señaló a uno de los vénetos que llevaba más joyas que los otros— nos invita a compartir su comida. Tenemos que aceptar para no ofenderlos. ¡Nos saldremos del pescado y del puré de cebada!

Lucio soñaba con la carne desde hacía días y aceptó con gusto la oferta de Hoeric.

Eryxias y Lucio siguieron al jefe a su choza. En medio de la sala principal, se estaba asando una pierna de cerdo. El humo se escapaba por un agujero del tejado.

Hoeric ofreció cerveza a sus invitados. A Lucio no le gustaba mucho el vino, pero lo prefería a este brebaje amargo y fermentado. Por el contrario, los largos trozos de carne, cortados por los servidores con un cuchillo de bronce adornado de extraños dibujos, eran succulentos, así como los postres: fresas y arándanos regados con leche cremosa, servidos en anchas copas de madera. Lucio imitó a Eryxias y a Hoeric, y extendió el manjar sobre galletas de trigo negro. Eryxias mantenía una conversación animada con Hoeric, y no se tomaba ya la molestia de traducir. Lucio se dejaba ir con la agradable sensación de quietud que lo invadía. El fuego crepitaba suavemente.

De vez en cuando, saltaban haces de chispas hacia las estrellas, pero se apagaban antes de alcanzar las vigas y la paja del techo. Hacía calor. Una ligera somnolencia iba apoderándose de Lucio. Después de todos estos días en el mar, el suelo oscilaba aún suavemente bajo sus pies y las mismas paredes se movían en una lenta danza animada por las llamas. Tardó un poco en darse cuenta de que la conversación se había detenido. Un hombre vestido de blanco se había sentado en el centro del pequeño grupo. Todos lo miraban con respeto. Las mujeres se ubicaron al lado de los guerreros. La voz del hombre comenzó a elevarse: no hablaba, ni cantaba. Era una especie de salmodia. Al cabo de un rato, las mujeres corearon algunas de sus palabras.

Eryxias aprovechó para acercarse a Lucio y hablarle en voz baja.

—Es Taliesin, el bardo del clan. Hoy es día de fiesta dado que nosotros, los pequeños hombres del Sur, hemos llegado del gran mar del Poniente. Taliesin cuenta en nuestro honor la historia de su pueblo.

Lucio pidió a Eryxias que le tradujera las palabras del bardo. Taliesin hablaba de un misterioso diluvio:

*Cuando Amaetón vino del país de Groyddion, de Segon a la puerta, poderosa,
la tempestad se desencadenó durante cuatro noches en plena estación hermosa.*

Los hombres caían, los bosques no frenaban ya al viento atrevido.

Math e Hyvedd, los amos de la varita mágica, lo habían liberado.

Entonces Groyddion y Amaetón mantuvieron consejo.

Construyeron defensas para que el mar no pudiera cubrir a los mejores de los guerreros.

*Pero todo fue engullido.
Yo, yo estaba en la barca,
con Dylan, hijo de la Ola,
sobre un lecho, en el centro
entre las rodillas de los reyes,
cuando las aguas cayeron del cielo como lanzas arrojadas a lo más
hondo del abismo.
Pero yo fui salvado y la barca me llevó al país de las hadas.
La luz que lo ilumina es una joya radiante,
las camas tienen pilares color de sangre y bellas columnas doradas,
los dientes de las hadas son la nieve del invierno.
Luego volví entre los hombres en el vientre de la Madre de las Aguas.
Cuando salí de allí con la cabeza caída hacia delante, los brazos abiertos entre las olas.
Permanecí cinco arios víctima de las altas olas.
Terminé por llegar a una costa sin nombre, en una tierra sin verdor.
Allí fui una lanza estrecha y dorada, fui gota de lluvia en el aire, árbol en el bosque
misterioso, luz de lámpara,
espada en el apretón de manos, grito en la batalla, fui salvia, fui un jabalí
un pájaro escapado del bosque. Fui todo esto. No lo olvidéis nunca,
puesto que soy el bardo eterno, hijo de la Madre de la Aguas, salido de la Virgen Ilmatar.*

A medida que Eryxias traducía, fabulosas e incoherentes imágenes tomaban forma y se difuminaban en el espíritu de Lucio. El Océano Thule, los celtas huyendo ante una ola inmensa, todo esto se confundía. Cuando Taliesin terminó de cantar, Lucio ya no tenía ninguna noción del tiempo transcurrido después del fin de la cena. Eryxias le dio un ligero empujón para ayudarlo a retomar su lucidez de espíritu. Tras agradecer a Hoeric, abandonaron el poblado y volvieron a tomar el camino que llevaba a la playa.

Lucio no sentía la fatiga. Le parecía solamente que había retornado a su cuerpo tras un largo sueño. No pudo evitar decirle a Eryxias:

—Los celtas son bien extraños... Sus relatos no tienen nada que ver con lo que se enseña a los niños entre nosotros sobre la historia de la Ciudad...

Eryxias no contestó. Se acercaban al claro. ¿Tenía miedo de atravesarlo, o era solamente para hablar más a gusto? Hizo señas a Lucio para que se sentara sobre una roca plana, y se colocó a su lado. Un olor fuerte y extraño flotaba en el aire. Lucio no había nunca respirado nada parecido. Iba a preguntar a Eryxias de dónde procedía, cuando éste empezó a hablar. Le explicó que para los celtas, los sueños eran tan reales como lo que los griegos y los romanos llamaban la realidad. La palabra druida significaba «vidente»: los druidas discernían la realidad más allá de la ficción de las apariencias. Los celtas creían que los druidas podían envolver a sus enemigos en una neblina mágica, o transformarse a voluntad en lobos o jabalíes. No creían en los infiernos ni en los Campos Elíseos. Según ellos, los hombres se reencarnaban sin cesar, pudiendo convertirse incluso en rayo o en estrella. Hasta el momento en que el universo terminaría con un incendio general.

Lucio se levantó. Tenía prisa por encontrarse de nuevo en el *Terentelia*. No estaba acostumbrado, como Eryxias, a los celtas y a sus extrañas creencias.

Los dos hombres retomaron su marcha hacia la orilla. ¿Qué había pues pensado Piteas de los celtas?, se preguntó Lucio. De repente, se dio cuenta de que el olor era aún más fuerte. Se parecía al olor del Océano, mezclado con aromas vegetales. Absorbido por esta sensación, no se dio cuenta al salir del bosque de que no se escuchaba ya el suspiro rasposo de las olas sobre la orilla. Después de remontar las pequeñas dunas que marcaban el límite del bosque, Lucio se sintió invadido por el terror. La luna brillaba sobre una superficie vacía y húmeda. El Océano había huido, llevándose al *Terentelia* con él. Lucio miraba, incrédulo, la arena mojada. Rocas con cabelleras de algas brillaban bajo la fría luz. Grandes cangrejos enloquecidos corrían de un charco a otro. Sintió que las piernas

le flaqueaban. Los druidas los habían embrujado, a Eryxias y a él, para castigarlos por haber penetrado en el claro sagrado, donde moraban las almas de los muertos en las piedras de los sacrificios. El olor era más intenso que nunca, áspero y embriagador. En una semineblina, Lucio vio a Eryxias volverse hacia él. Su rostro gesticulaba, sus labios formaban palabras que Lucio no entendía. Los druidas lo habían transformado en espectro. Lucio no se dio cuenta de que reía hasta que estuvo muy cerca de él. Sintió decrecer los latidos de su corazón. Era el mismo Eryxias de hacia unos instantes, en carne y hueso. Pero el Océano continuaba sin retornar...

—¡He aquí mi sorpresa! —dijo Eryxias dándole un golpecito.

—¿Ves como yo que el Océano se ha retirado? ¿Dónde está el barco? ¡Dime que estoy soñando, o que es un prodigio!

—Ni una cosa ni la otra. El Océano no está ya aquí, y no hay nada de inquietante en esto. En cuanto al *Terentelia*, observa mejor: ¡Poseidón no se lo ha llevado en su carro

Al cabo de unos instantes, Lucio logró distinguir las blancas velas iluminadas por la luna. El barco se encontraba allí. Adivinaba el contorno ligero de su quilla ya invadida por una costra de conchas, y siguió las amplias curvas de sus flancos poderosos suspendidos en el aire. Mirando mejor, observó que una especie de zancos los sostenían.

—Antes de partir, sabía que el mar se retiraría —continuó Eryxias. He ordenado a Eupalino que hiciera cortar unos troncos de árboles apropiados para estayar el barco. Son ellos los que sujetan y mantienen en pie a nuestro navío. Dentro de unas horas, las olas lo levantarán suavemente. Mañana y los días siguientes, volverá a pasar lo mismo. Cada vez un poco menos, puesto que estamos entrando en un nuevo ciclo de la luna.

Lucio estaba más calmado que hacia unos minutos. Pero continuaba sintiendo dolor en las piernas, lo que sólo le pasaba después de experimentar una gran emoción.

—¿Por qué volverá el Océano? Y, ¿por qué me hablas de la luna?

—Es un misterio que muy poca gente conoce. Los celtas dicen que, cada mes, la luna tiene ganas de volver a la tierra, de donde salió. Pero los dioses se lo impiden. Entonces ella intenta atraer la tierra hacia ella. Se hincha hasta volverse plena y luminosa. Pero es demasiado pequeña, demasiado débil: sólo consigue hacer mover un poco al Océano. Como se cansa, afloja la presión, y el Océano retorna. Pero la luna no abandona nunca, y es por ello que los celtas saben exactamente cuándo comienza y se termina el fenómeno, puesto que la luna es obstinada. Esto ocurre desde siempre.

A Lucio le costaba creer lo que oía. Sin embargo, tenía que rendirse ante la evidencia.

—Pero, ¿por qué no pasa lo mismo en Grecia y en Italia?

—Porque estamos en el país de los celtas, y entre ellos, todo es diferente —respondió Eryxias encogiéndose de hombros.

Eryxias reanudó la marcha. Las noches eran cortas, y tenía prisa por ir a dormir. Los dos hombres pronto estuvieron de regreso en su barco.

Antes de dormirse, Lucio se preguntó si el sol saldría realmente.

*

Eryxias se impacientaba: el *Terentelia* estaba anclado en Kabaión desde hacia más de una semana. Los marineros acababan de cargar las últimas provisiones. La humedad cada día daba mayor pesadez al manto del capitán. Desde el día anterior, el tiempo había cambiado bruscamente. El mar y los nubarrones formaban un mundo indeciso, sin límites concretos, de donde emanaba una especie de infinita lasitud de los dioses acabados, demasiado viejos para interesarse en el hombre. Eryxias tiritó de frío, y no pudo evitar maldecir.

—¡Condenado país! Hasta la lluvia es diferente. Uno no se da cuenta de que cae, de fina y regular que es. Al cabo de una hora, uno está calado hasta los huesos.

Más valía partir antes de que la moral de los hombres empezara a flaquear. Desde que se dedicaba a la navegación, Eryxias había comprendido que el momento crítico del viaje siempre sobrevenía a la mitad del mismo: demasiado lejos de su país para añorarlo, no lo suficientemente

cerca de la meta para estar aguijoneado por las ganas de alcanzarla. Lucio era el único que no parecía afectado por el paisaje gris brumoso. Había forzado a Eryxias a que aceptara cada noche las invitaciones de Hoeric y de Taliesin, creyendo que era el único medio de obtener información sobre el itinerario que conducía a la misteriosa Thul-Al, como la llamaban los celtas. En realidad, Eryxias había notado que Lucio se interesaba casi a la par que él por los relatos con que terminaban siempre las cenas. Pasada la primera sorpresa, Lucio se había dejado embrujar por el extraño encanto de esos cánticos, siempre a medio camino entre el sueño y la realidad. Taliesin le había dicho que los más grandes druidas, los que poseían poderes mágicos tales que los mismos dioses les temían, se encontraban en una isla de Bretaña llamada Mon, **80** desde donde se embarcaba para Ierné. Era una tierra sagrada. Ningún ejército la había sometido jamás. Cuando Lucio había hecho preguntar a Taliesin quién la protegía, éste le había contado una extraña historia: hacia mucho tiempo, la noche del primer día de mayo, un chillido horroroso se dejaba oír en la oscuridad. Su sonido era tan horrible que los hombres sentían que las fuerzas los abandonaban, las mujeres daban a luz antes de tiempo, los jóvenes y los niños se volvían locos. Era el alarido de un dragón hambriento. Un día, un hombre tuvo una idea. Cabó un hoyo cerca del poblado, lo llenó de aguamiel, y lo recubrió con una capa disimulándolo. El dragón que vagaba por allí se cayó en el hoyo, y se adormeció después de haber bebido el contenido. Los hombres se acercaron lo cubrieron con la capa, y lo enterraron en un cofre de piedra. Habían leído en la sangre de una víctima que, mientras el dragón estuviera encerrado allí, ni Mon, ni la Bretaña sufrirían una invasión. Y es por esta razón que la espada de los guerreros no tenía ningún poder contra Mon.

Al principio escéptico, Lucio había reflexionado. Muchas de las historias que le había contado Aulo en su infancia estaban también llenas de misterios: la aparición extraordinaria de Cástor y Póllux, Rómulo llevado al cielo... Sin tener en cuenta los milagros: no pasaba año en Roma sin que se hablara de estatuas que habían llorado, o que se habían puesto a sangrar... Quizá existiera realmente el dragón de Mon, agazapado en la oscuridad subterránea.

Pero no por esto Lucio había olvidado la finalidad de su viaje. Eryxias no había navegado nunca hacia el norte más allá de Kabaión, y los fragmentos del diario de Piteas eran muy imprecisos. Era necesario, pues, fiarse de las informaciones de los vénetos. Al cabo de largas discusiones, Lucio había decidido navegar hacia la Bretaña y remontar sus costas occidentales. Al cabo de unos diez días, llegarían al punto más septentrional y lo doblarían tomando rumbo al este, hacia Thul-Al y el Tanais. Era mejor ir por allí que volver la espalda al poniente después de haber alcanzado el norte de la Galia: las corrientes eran contrarias. Eryxias confiaba en Hoeric. Los celtas de Kabaión enviaban a menudo flotillas a Bretaña para traer estaño, y conocían bien estos mares. Temía no entender la lengua bretona, pero Hoeric lo había tranquilizado. No era muy diferente de la que hablaban los vénetos.

Después de despedirse de Hoeric y Taliesin, Lucio y Eryxias volvieron al barco. La lluvia había empezado a caer con un poco más de intensidad, pero el mar permanecía en calma. Una vez levadas las anclas, se dejó oír el ruido regular de los remos golpeando el Océano al ritmo de los tímpanos. Lucio permanecía en la proa. Caía la niebla. Kabaión se esfumó como un sueño.

*

La marejada había empezado a formarse a lo largo del Belerión **81** desde hacía ya tres días. El cielo se mostraba opaco. Eryxias estaba inquieto.

Este trayecto le era desconocido, y durante las cortas noches acechaba sin éxito las constelaciones familiares que le habrían permitido calcular la posición. Temía haberse desviado demasiado al oeste, hacia las costas de Ierné. Pero, ¿cómo saberlo? El cielo había enmudecido. En cuanto a Bretaña, Lucio casi no la había percibido más que una vez o dos a través de desgarraduras de la niebla, solamente unas horas después de haber dejado atrás el Belerión. Después, nada. El mar se encrespaba más y más. Los estremecimientos del *Terentelia*, que subían de la quilla, se acentuaban. Las olas eran espaciadas, pero cada vez más altas. Lucio esperaba con ansiedad el

momento en que, después de haber permanecido unos segundos sobre la cresta de una ola, el barco volvía a descender en picado: la náusea lo invadía al mismo tiempo que el helado rocío del mar le golpeaba el rostro. Ya no tenía conciencia del peligro. Deseaba solamente encontrarse en tierra, sobre un suelo que no se moviera, fuera el de Ierné o el de la Bretaña. Al cabo de las horas, el rostro marcado de Eupalino se había transformado. Si le hubieran quedado las suficientes fuerzas para observarlo, Lucio habría notado que el temor había borrado hasta la sonrisa involuntaria que la cicatriz dibujaba sobre sus rasgos. Permanecía agarrado al timón obedeciendo las órdenes de Eryxias. Éste había hecho arriar las velas, temiendo que la fuerza del viento las desgarrara, o incluso que arrancara los mástiles. La tempestad impulsaba el barco hacia Ierné. Eryxias gritaba a los keleustes que forzaran la boga en el sentido contrario, pero los remos no hacían más que arañar el Océano amenazante.

Un gran ruido de madera desgarrada dominó unos segundos el bramido del viento. Se oyeron gritos procedentes de los bancos de los remeros. Una ola acababa de romper de golpe varios remos. Los pedazos habían desaparecido ya detrás del barco. Dos remeros habían recibido en pleno pecho el golpe del extremo del remo, arrancado de sus manos por la brutal presión. Su torso hundido estaba inundado de sangre, que iba a perderse en hilillos rojos en la mezcla de agua de mar y de orina que chapaleaba a los pies de sus camaradas. Eupalino miró a Eryxias. El capitán le reemplazó al timón. Eupalmo sacó el corto puñal que llevaba siempre en la cintura. Se aproximó a los heridos, y en dos gestos rápidos, los remató de un golpe en pleno corazón. El rugido del viento cubrió los gritos de los remeros. Las dos víctimas formaban parte de los esclavos alquilados en Massalia. Su vida no tenía importancia. No tenían salvación, y era mejor terminar rápidamente que aumentar el pánico de la tripulación con el espectáculo de su lenta agonía. Eryxias confió nuevamente el timón a Eupalino.

Lucio no había visto nada. Se agarró a los cordajes, pues el *Terentelia* empezaba a inclinarse a un lado. Eupalino tiraba desesperadamente del timón en el sentido contrario, pero los dioses de los celtas se burlaban de la sangre de un esclavo. Entre dos oleadas, Eryxias percibió un acantilado. Quiso gritar a Eupalino que girara el timón cuando una ola enorme cayó sobre él y se lo llevó. Lucio no tuvo tiempo de darse cuenta de su desaparición. El mástil principal acababa de romperse. Para evitar que su caída le aplastara, se echó hacia un lado. Su cabeza chocó con la borda. Perdió el conocimiento.

Estaba en Roma, en un hermoso atardecer de verano. Una brisa fresca acariciaba el rostro de Lucio. Oía el rumor sordo y regular del Foro que venía a estrellarse en los flancos del Palatino. Una especie de bruma le impedía reconocer el paisaje familiar. Estaba acostado en una cama del triclinio, que habían colocado en la terraza. Alrededor de él, la gente conversaba. Intentó pedir a un esclavo una copa de agua fresca, pero sus labios no consiguieron formar los sonidos. Por otra parte no tenía verdaderamente sed. Debía levantarse, ir a revisar sus notas para el proceso del día siguiente. Pero hacía tan buen tiempo, y tenía tanto sueño... Cayó de nuevo en la inconsciencia.

Al despertarse vio a sus padres inclinados sobre él mirándolo con atención. Se incorporó sobre la cama y no sintió de inmediato las pieles que la recubrían. Quiso preguntar a su madre por qué se había teñido los cabellos de rubio, como una prostituta. En cuanto a Aulo, no podía creer a sus ojos: ¡llevaba una perilla, como un griego! Lucio murmuró vagas protestas, y se adormeció nuevamente.

Deirdré se reincorporó sonriendo. Eryxias se turbaba cada vez que la veía sonreír: no había visto nunca una mujer celta tan bella.

—Tu amigo va mejorando. Voy a continuar dándole esta poción que lo ha devuelto a la vida. Muy pronto te podrá reconocer.

Eryxias movió la cabeza y salió de la casa donde reposaba Lucio. En Massalia, debía ser ya de noche. Pero aquí, al aproximarse el verano, la oscuridad no caía nunca totalmente. El sol oscilaba en los bosques verdes que cubrían las montañas de Ierné, y el alba renacía del crepúsculo al cabo de unas horas. El día antes, había preguntado a Deirdré si estaban aún lejos de Thule. Ella había respondido señalando el Septentrión:

—Thul-Al está lejos en el norte, a varios días de barco. Allí descansa el sol, en medio de los hielos. Cuando el sol los acaricia para descansar sobre ellos, los hielos se tiñen de oro y malva, el cielo baja sobre el mar que los trae.

—Pero, ¿hay tierra, hombres que moren allí? Hemos venido de tan lejos para encontrarnos con ellos...

—No me corresponde a mi revelaros los misterios de Thul-Al. Agradeced solamente a nuestros dioses que no os hayan abandonado al furor del Océano.

Deirdré decía la verdad, pensó Eryxias. Se dirigió a la playa. Desde hacía una semana, Eryxias pasaba allí largas horas, con la loca esperanza de distinguir al *Terentelia* navegando hacia el poblado. El mar no había devuelto ningún resto del navío, solamente algunos cuerpos hinchados de agua. ¿Quizá habían quedado suficientes hombres a bordo capaces de arrancar el navío de la tempestad?

—Pierdes el tiempo, el barco no volverá... —Eryxias se volvió, no había visto venir a Eupalino... ¿Cómo habría continuado su ruta el barco? El mástil principal estaba roto, una parte de los remos hecha pedazos. No había ya ni capitán, ni piloto...

—Si el navío se ha estrellado contra las rocas. ¿Cómo es que no nos han llegado sus partes, o por lo menos algunos restos? —arguyó Eryxias.

Eupalino se encogió de hombros.

—Sin ninguna duda no hemos buscado lo bastante lejos. O si no el mar se ha llevado hacia alta mar al *Terentelia* antes de que las olas lo hicieran pedazos. De todas maneras, no cuentes con él para llevarnos a Massalia. Será preciso buscar otro medio.

Eupalino había hablado con calma, sin despecho ni pesar. Eryxias se dio cuenta de que su fealdad era menos impresionante que antes. Sin embargo, la cicatriz continuaba allí. Pero a la larga, se acababa por no poder imaginar a Eupalino de otra manera. Y además Lucio le debía la vida. Poco a poco, Eryxias se acostumbraba a considerar a Eupalino como a un ser humano.

Los dos hombres empezaron a recorrer el camino en sentido contrario para regresar, mientras que la marea subía borrando sus huellas de la arena húmeda de la playa. De repente repararon en Deirdré que venía a su encuentro. Cuando ella llegó junto a ellos les dijo que se dieran prisa en retornar: su amigo acababa de recobrar el conocimiento.

Seguido de Eupalino y de Deirdré, Eryxias se dirigió hacia la cabaña donde habían velado a Lucio. ¿Cómo iba a anunciarle la pérdida del *Terentelia*? Lucio estaba apoyado sobre la pared de troncos. Cuando vio a Eryxias y a Eupalino, se leyó el alivio en su rostro. Se lanzó a los brazos de Eryxias sin decir palabra y lo estrechó en un abrazo. Luego se puso a interrogarlo, con una emoción de la que el capitán no le hubiera nunca creído capaz:

—No sabía ya dónde me encontraba. Roma, Massalia, Kabaión todas estas imágenes se entrelazaban en mi cabeza. ¡Incluso te tomé por mi padre! Estoy contento de volver a verte, y a ti también, Eupalino. Cuando he visto un poco más claro, me he acordado que intenté evitar el mástil que caía. Después, de nada más. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Dónde está el barco?

Eryxias no se atrevió a decir inmediatamente la verdad a Lucio. Deirdré se mantenía apartada e intentaba entender siguiendo la expresión de las caras.

—Nosotros también estamos contentos de verte retornar a la vida —dijo el capitán—. Se la debes a los dioses, pero también a Eupalino y a Deirdré, mucho más que a mí.

—¿Deirdré? ¿Quién es este marinero?

—Deirdré no es un marinero, es la muchacha que te ha arrancado del sueño próximo a la muerte en el que has estado sumido varios días. Los celtas conocen los secretos de las plantas curativas.

—Lucio se volvió hacia Deirdré. Ésta le sonrió descubriendo sus blanquísimos dientes.— Pero sin Eupalino —continuó Eryxias—, Deirdré y todas sus hierbas no habrían podido salvarte. Fue él quien te arrancó del Océano. Yo no pude hacer nada: una ola me arrastró antes de que tú cayeras inconsciente. Eupalino te hizo atar para evitar que corrieras la misma suerte. Cuando Eupalino comprendió que todo había terminado, te llevó con él y saltó al mar. Las olas le condujeron hasta la pequeña playa que no está lejos de aquí. En lo que me concierne, no tenía delante de mí más que los

acantilados y los arrecifes de crestas cortantes. Afortunadamente, estábamos muy cerca de la costa en el momento del naufragio: no tuve que nadar mucho rato. Pensaba que iba a quedar despedazado sobre las rocas. Cuando la última ola me arrastró hacia ellas, sentí como un choque, como si mi cuerpo explotara. Aún conservo las trazas de los golpes.

Lucio reparó entonces en los vendajes que cubrían la pierna derecha del capitán. Eryxias se había callado.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Lucio—. ¿Te salvaron los celtas?

—Los celtas se encontraban en sus casas. ¿Qué iban a hacer en la orilla durante la tempestad? No sé quién me ha salvado. Me han dicho que me encontraron al día siguiente por la mañana, cuando el mar se había calmado. Parece ser que estaba agarrado a una roca, medio inconsciente, y que tuvieron mucho trabajo para que me desasiera.

Lucio se volvió hacia Eupalino.

—Te debo la vida, Eupalino. No lo olvidaré, y en Roma te recompensare.

—No me lo agradezcas —contestó Eupalino con una sonrisa irónica. Me temo que pasará mucho tiempo antes de que vuelvas a ver el Capitolio...

—¿Tanto ha sufrido el barco?

Eupalino no respondió. Se volvió hacia Eryxias.

—Tú eres el capitán. Díselo.

Eryxias suspiró. Era mejor terminar cuanto antes.

—El *Terentelia* ha desaparecido durante la tempestad. Somos los únicos que nos hemos salvado.

—¿Desaparecido? —repitió Lucio sin poder añadir nada.

Él sentía como si sus entrañas se anudasen.

—Si, desaparecido, con toda la tripulación, exceptuándonos a nosotros.

—Pero entonces...

Eryxias se acercó a él y lo tomó por los hombros.

—Es el final del viaje, Lucio, no iremos nunca a Thule.

*

La primera nieve caía sobre Klenmore, y espolvoreaba de blanco los techos de paja de las redondas chozas. Muy pronto, la hierba seca desaparecería completamente. Lucio se puso su abrigo celta de colores vivos, lo cerró sobre su pecho con la fíbula de oro con la que le habían honrado, y se colocó sobre la cabeza el ancho capuchón. Desde finales del verano, sus compañeros y él habían adoptado estas vestiduras, mejor adaptadas al clima que las suyas. Lucio bordeó las murallas que defendían el pueblo contra todo ataque venido del interior del país. Las casas estaban directamente adosadas al muro, así como los patios donde se almacenaban las provisiones. Lucio recordó su sorpresa cuando vio estas fortificaciones que le parecieron desmesuradas en relación a las dimensiones del pueblo. Creía que los bárbaros vivían sólo en campamentos ligeros y miserables. Pero se enteró de que algunas tribus nomadeaban en el interior de Ierné y que muchos pueblos como Klenmore se habían fortificado para resistir sus ataques. Este año, nadie los había visto aún. Pero se temía que la mala estación los hiciera desplazar de la montaña a la costa. Los guerreros de estas tribus eran demasiado inestables para instalarse permanentemente en un lugar, y construir allí un poblado. Sin embargo, existían ciudades celtas, e incluso, al norte de Klenmore, una ciudad llamada Tana. Lucio no hubiera nunca pensado que los bárbaros de la lejana Ierné pudiesen construir ciudades, como los griegos o los romanos. Durante algunos meses, había aprendido muchas cosas más.

Se dirigió al sendero que llevaba a la ensenada, pequeño espacio arenoso despejado entre los acantilados negros y abruptos que protegían a Klenmore del Océano. ¡Cuántas veces había tomado este camino! Al principio, iba allí para escudriñar el horizonte, esperando ver el *Terentelia*. Siempre en vano. El Océano se había cerrado sobre él, arrebatando al mismo tiempo sus esperanzas de llegar a Hiperbórea. Al principio, Lucio no había tenido más que una idea: irse lo más rápido

posible. Pero no hacia el norte: sin barco ni tripulación, era imposible. La tempestad no había sido fortuita, ni el hecho de que hubiera salvado la vida. Eran señales de que su destino no estaba allí.

Lucio llegó a la orilla. Se sentó en una roca y miró en dirección a Bretaña pensando en Roma, donde le esperaba Aurelia. Pensaba a menudo en ella, sobre todo después del naufragio. Pero cada vez, experimentaba una angustia difusa. No es que temiera que le olvidara: al contrario, la imaginaba esperando cada día más ansiosa su regreso. Sin que supiera el porqué, le parecía que Aurelia se había vuelto casi tan inaccesible como la lejana Thule. El alejamiento, sin duda, esta infinidad de horas glaucas que el Océano extendía entre él y todo lo que le era familiar. Era mejor irse.

Los celtas de Ierné mantenían relaciones frecuentes con los de Bretaña. Una vez en este país, se dirigiría a Belenión. De allí salían de vez en cuando barcos cargados de estaño hacia la Galia. Pasaban por Kabaion y hacían escala en Burdigala. ⁸² Entonces serían suficientes de dos a tres días de viaje para llegar a la Narbonense. Lucio habría podido aprovechar la buena estación para emprender el viaje de regreso: Eryxias y Eupalino se lo habían repetido a menudo. Pero durante todo el verano, Lucio había esperado el regreso del *Terentelia*. Cuando se había resignado al fin a admitir la evidencia, era demasiado tarde para partir, la mala estación había empezado. Pasarían el invierno en Klenmore. Lucio y sus compañeros se habían hecho a esta idea mucho más fácilmente de lo que esperaban. Eryxias conocía ya a los celtas. Eupalino no decía gran cosa. Pero no parecía particularmente impaciente. Lucio había aprovechado para aprender su lengua. Gracias a los consejos de Eryxias y a la paciencia de Deindré, conseguía hacerse entender y captar lo que le decían sus interlocutores. Sobre todo desde hacía algún tiempo, en que la estación fría había interrumpido los trabajos agrícolas que dejaban poco tiempo para largos discursos.

Lucio y sus compañeros habían trabajado duro. Los celtas de Klenmore estaban dispuestos a concederles su hospitalidad hasta su partida, pero a condición de que participaran en el trabajo común. Lucio había rehusado al principio, pero Eryxias le había hecho entender que aquí nadie se preocupaba de sus orígenes. Era preciso conducir el arado, o marcharse solo a la aventura. En la isla de Ierné, a causa del largo invierno, las cosechas se recolectaban mucho más tarde que en Grecia o en Italia. Las primeras semanas del verano se habían pasado segando la cebada y el trigo. Como el clima continuaba siendo húmedo, los celtas no desataban las gavillas y no aventaban el grano. Lo almacenaban en silos. Cada día Lucio y sus amigos batían con el mayal la cantidad de grano necesaria para la preparación del pan y del puré. Se aplastaban los granos entre pesadas muelas de granito, conservándose la paja para la reparación de los tejados después del invierno. Luego habían tenido que arar. El arado de los celtas rozaba la tierra sin cavar los terrones. Todo lo que se podía hacer era inclinarlo de manera que echara sobre un lado del surco la tierra que acababa de remover. Para obtener un suelo esponjoso y surcos adecuados para recibir la semilla, tenían que trabajar dos veces el mismo campo, efectuando el segundo labrado perpendicularmente al primero. A pesar de estos esfuerzos, las cosechas eran magras. Se sembraba mucho para recolectar poco. Lucio se había quedado sorprendido durante la siega. Las espigas no estaban apretadas las unas contra las otras, como en los mejores trigales de Italia y de Sicilia. Grandes espacios separaban sus tallos raquíuticos. Se podían tomar por campos casi abandonados.

Trabajando con los celtas y hablando su lengua, Lucio había aprendido también a conocer sus creencias y sus costumbres. Pedía a menudo a Deindré que le hablara de las mismas. La muchacha iba a ser druidesa y daba a Lucio explicaciones detalladas sobre la religión. Varias de sus conversaciones se habían grabado en su memoria. Un día, él le había preguntado si creía verdaderamente en el más allá. Deindré le había contestado riendo:

—¡Creemos en ello de tal forma que enviamos allí el pago de las deudas que hemos contraído frente a un pariente! —Había agregado más en serio, mientras ponía en orden sus rubios cabellos: —Cuando enterramos a nuestros muertos, colocamos al lado de ellos todos los objetos que puedan necesitar: vajilla, abrigos, y un pedazo de cerdo para el viaje. En la tumba de los jefes se coloca incluso su carro de combate.

—Algunos pueblos que habitan en la parte del mundo de donde provengo —hizo constar Lucio—, se les llama egipcios, actúan de la misma forma.

—Nosotros no conocemos a ese pueblo, pero esto demuestra que el más allá existe. Si tienen las mismas costumbres que nosotros es que sus sacerdotes tienen los mismos poderes que los nuestros, y que ellos también han visto el Reino de los muertos.

—¿Qué dicen vuestros druidas sobre este reino?

Deindré había vacilado: no se debía revelar todo a un extranjero.

—Uno de los cantos de nuestros bardos lo describe.

—Dímelo, ¡te lo suplico!

Deindré había empezado a cantar suavemente las palabras sagradas, las que pronuncia el Mensajero de la Muerte, cuando la hora ha llegado:

*Vente con migo a la tierra maravillosa donde se escuchan músicas,
donde tus cabellos llevarán una corona de prímulas,
donde de la cabeza a los pies el cuerpo es del color de la nieve,
donde nadie está triste, ni silencioso,
donde los dientes son blancos y las cejas negras,
donde los días son rojos como la dedalera en flor.
Zerné es bella, pero ninguna tierra
es tan hermosa como la gran llanura donde yo te llevo...*

Deindré se calló. Miraba a lo lejos. Al cabo de un momento, dijo:

—Existen aún otras palabras. Pero no puedo cantártelas. Solamente los druidas tienen derecho a conocerlas. Nadie puede escribirlas.

Lucio había aprovechado esta conversación para volver sobre un tema que le intrigaba:

—¿Por qué vuestros cantos no cuentan nunca claramente la historia de vuestro pueblo? Se tiene siempre la impresión de que mezcláis las leyendas y la realidad...

—¿A qué llamas tú la realidad, Luks? Mira alrededor tuyo: muy pronto todo estará blanco. Sin embargo, dentro de unos meses cuando el sol brille de nuevo todo el día, Klenmore estará rodeado de prados verdes llenos de flores de todos los colores. La realidad no existe más que para nuestra vista. Y siempre hay diferentes maneras de verla. Nosotros, según los relatos de nuestros antepasados y las señales de los dioses creemos que las cosas deben desarrollarse de una determinada manera. Sin embargo, a veces ocurre de otra manera: un accidente, hombres malos que perturban el orden deseado por los dioses. Pero esto no hubiera tenido que pasar. Entonces nos olvidamos de estos desórdenes, para reencontrar la verdadera realidad.

Acuérdate de lo que te digo cuando hayas regresado a tu país: es preciso hacer coincidir lo que ocurre con lo que hubiera tenido que ocurrir. Los sueños intentan siempre convertirse en realidad.

A Lucio le costaba entender lo que quería decir Deindré. Por otra parte muchas cosas continuaban desorientándolo. No había visto ningún templo en Klenmore, como tampoco en Kabaión. En Roma o en Grecia, cuando se quería honrar a un dios, se le construía un templo. Los celtas preferían celebrar sus cultos en plena naturaleza, en el centro de los claros sagrados. Había uno que no estaba lejos de Klenmore, que se llamaba Kildare. Deindré le había prometido que lo llevaría allí muy pronto. Lucio no había contestado nada. Temía que los celtas se entregaran a esos sacrificios humanos que le horrorizaban.

Un día, un grupo de guerreros de Klenmore había regresado de una incursión guerrera contra una tribu vecina. Se habían oído de lejos sus cantos de victoria. Lucio y sus compañeros se habían unido a la alegre multitud que avanzaba delante de ellos. Pero cuando había llegado lo suficientemente cerca, le habían dominado las náuseas. Los caballos llevaban alrededor de sus cuellos y sus pechos ensangrentados un macabro collar de cabezas cortadas. De los cuellos seccionados goteaba la sangre. Pero ante todo era la expresión de los rostros lo verdaderamente horripilante. Muchos tenían los ojos abiertos, y en sus rasgos se podía aún leer el sufrimiento y el espanto. Los cráneos se

entrechocaban al paso de los caballos resbalando sobre el hilo que atravesaba de un lado a otro sus sienes. Cuando los hombres bajaron de sus caballos, clavaron las cabezas en la puerta de sus casas. Al día siguiente, antes de que empezaran a descomponerse, las sacaban de allí y las lavaban cuidadosamente rascando las negruzcas costras de sangre. Luego las embalsamaban en aceite de cedro antes de guardarlas en baúles, como si se tratara de bienes de un valor inestimable. Deindré se había contentado con decirle que era la forma de los celtas de honrar a sus adversarios valerosos, y de tomar una parte de su coraje: el alma se encontraba en la cabeza. Lucio estaba convencido sólo a medias.

Felizmente, sobre otros puntos, Lucio encontraba muchas coincidencias entre su religión y la de los celtas. Algunos dioses celtas se parecían curiosamente a los romanos. Cuando Deindré le había contado las aventuras de Goibniu, el dios del fuego, había pensado inmediatamente en Vulcano. Del mismo modo, Flidais, la divinidad de los bosques que gobernaba a los animales, le recordaba a Diana cazadora. Los celtas reverenciaban algunos animales, como el cisne y el toro, que los griegos y los romanos también respetaban. Muchas fuentes y pozos eran asimismo sagrados, como en Italia. Tales similitudes tranquilizaban a Lucio.

Mientras escrutaba el O c ano, Lucio continuaba rememorando los acontecimientos de los últimos meses. Muy pronto la noche comenzaría a caer. Entonces se levantó para volver al pueblo. Era preciso acostarse temprano. Mañana, era la fiesta de Samhaín 83 y casi todos los habitantes de Klenmore se desplazarían a Kildare para celebrarla. Lucio había decidido aceptar la invitación de Deindré.

*

Era aún de noche cuando fue despertado por los relinchos de los caballos. Después de vestirse salió de la casa. La nieve continuaba cayendo suavemente. En el pueblo reinaba una gran agitación. Se hubiera dicho que todos se iban de allí. Sus dos compañeros continuaban durmiendo. Eupalino no creía en los dioses, fueran celtas o romanos, y no le apetecía caminar dos días bajo la nieve para ir a Kildare. En cuanto a Eryxias, se había dejado sorprender por los primeros fríos; tosía desde hacia días, y Deindré le había aconsejado que permaneciera bajo las pieles que le había dado. Gerfrald, el jefe del poblado, se acercó a Lucio. Iba a caballo así como los miembros de su escolta, guerreros en plena juventud que formaban la aristocracia de Klenmore. Muchos celtas llevaban barba, pero los nobles se afeitaban, conservando solamente el bigote. Su aspecto había sorprendido enormemente a Lucio. Tenían casi el mismo aire de los sátiros. Para acentuar el rubio de su cabellera, se la lavaban continuamente con leche de cal. Así se volvía tan espesa que recordaba las crines de sus caballos. Gerfrald llevaba los cabellos echados hacia atrás, igual que los de su rango. Tenía un porte soberbio con sus vestimentas ajustadas. Todos los nobles cuidaban la estrechez de su cintura: la obesidad era contraria a las conveniencias.

—Y bien, Luks,  vienes con nosotros a la fiesta de Samhaín? —exclamó Gerfrald desde lo alto de su montura.

—Noble Gerfrald, Deindré me ha invitado, y si tú lo permites, me gustaría unirme a vosotros.

—Sube a uno de los carros. Dentro de dos días, llegaremos a Kildare.

Montar y combatir a caballo era privilegio de los nobles. Y aquí, Lucio no era noble. Obedeció.

Cuando salió el sol el poblado había desaparecido hacía largo tiempo detrás del grupo. Lucio descubría aquel paisaje con sorpresa. Había visto la nieve sólo a la distancia, cuando cubría de blanco las cimas de los Apeninos. Aquí, lo envolvía todo. Las paradas eran frecuentes. Era preciso frotar los cascos de los caballos con algo áspero para quitar la nieve que all  se les acumulaba produciéndoles cojera. Sobre todo durante la parada de la tarde, Lucio tom  conciencia del silencio. Se había alejado un poco del campamento. Las risas de los celtas, los ruidos que hacían los caballos comiendo su ración de alimentos, todo había desaparecido. Bajo la luna llena, el paisaje era de un blanco misterioso, como bañado por una luz que surgía de la tierra. El silencio no era como el de las noches de verano. Todo estaba apaciguado, sofocado. Solamente la nieve endurecida por el frío

crujía bajo los pasos. Lucio tuvo una sensación de irrealidad. Se sentía trágicamente lejos de todo lo que conocía y amaba. Roma, el Foro, Massalia, ¿eran un sueño? ¿O éste era el sueño? Sintió que el pánico lo invadía, y regresó al campamento. Se sentó en medio de los celtas y bebió varios vasos de cerveza. El líquido era amargo y helado, pero poco a poco su angustia desapareció. Más tarde, no se acordaba muy bien del momento en que se había levantado para ir a dormir envolviéndose en las espesas pieles esparcidas en el suelo de la gran tienda levantada en los lindes del bosque.

Llegaron a Kildare al día siguiente al final de la mañana. Los alrededores del santuario estaban llenos de gente: muchos guerreros, pero casi otro tanto de druidas, cuyos blancos ropajes destacaban entre los colones vivos de la vestimenta de los nobles. Los druidas estaban rodeados de grupos de hombres a los que dirigían largos discursos. Deindré explicó a Lucio que los druidas administraban justicia durante las grandes fiestas, zanjaban diferencias, y que todos debían aceptar sus sentencias. En esto se fue el resto del día, sin contar el tiempo necesario para levantar las tiendas. Las fiestas de Samhaín no comenzaron hasta el día siguiente por la mañana. Lucio había pedido a Deindré que le explicara su desarrollo. Ellos estuvieron entre los primeros en dirigirse hacia el santuario. Mientras caminaban, Lucio empezó a interrogar a Deindré:

—¿Quién es este Samhaín que tiene tanta importancia para vosotros?

—La fiesta de Samhaín marca la entrada en el período oscuro del año. Los druidas fijan cada año su fecha precisa, puesto que son ellos los amos del tiempo. Fijan el calendario guiándose por los ciclos lunares y las longitudes del día y de la noche. Como entre vosotros, los druidas dicen qué días son fastos y durante qué días debemos abstenemos de ciertos actos. Hay un tiempo para sembrar el grano, un tiempo para conducir ganado a un abrigo, un tiempo para hacer la guerra. En esta estación del año en que la tierna desaparece en la noche y bajo la nieve, el mundo queda entregado al caos, los malos espíritus remontan desde las profundidades de la tierra. Por eso rogamos a Samhaín. Él vuelve a poner orden en el mundo y le permite atravesar la larga noche sin desaparecer.

Llegaron cerca del claro sagrado, que estaba circundado totalmente por un foso. En su parte central se elevaban unas piedras recubiertas de placas de nieve, semejantes a las de Kabaión. Había también grandes estatuas de madera, decoradas con haces de cordeles trenzados cubiertos de dibujos misteriosos. Deindré se detuvo delante de la entrada del santuario. Una pasarela de madera permitía cruzar el foso sagrado. Ella pasó bajo un pórtico de piedra cuyos dos pilares sostenían las esculturas de las divinidades.

Deindré hizo señal a Lucio de que se detuviera.

—Mira, Luks.

Lucio se aproximó a los pilares. Sobre el de la derecha se destacaba un personaje de larga cabellera, vestido con ropas cortas que le llegaban sólo hasta las rodillas. Su mano derecha sostenía una maza la de la izquierda, un caldero. El otro pilar representaba una mujer totalmente desnuda. Mantenía las piernas ampliamente abiertas, y con sus dos manos separaba su sexo que se abría en un agujero sorprendente.

—El dios de la derecha se llama Dagda —dijo Deindré—. Sostiene en su mano el caldero mágico, lleno de un líquido inagotable. Es él quien da la vida, y permite a aquellos que lo beben permanecer eternamente jóvenes. Gracias a Samhaín y a nuestros sacrificios, se une a Morrigán, la diosa de la tierra y de la fecundidad. Es así como los campos volverán a ser fértiles, que los rebaños no morirán, y que los hombres y las mujeres engendrarán.

—Entre nosotros —murmuró Lucio—, también se ruega por la fertilidad del suelo y de los rebaños en determinados momentos del año.

Deindré no respondió, y lo condujo hacia el centro del claro. Vio que habían amontonado gran cantidad de leños y de ramaje como para encender una hoguera. Sobre una larga piedra plana, Lucio vio un objeto extraño. Una especie de maniquí enorme de madera, reproduciendo de forma tosca la figura de un hombre. Preguntó a Deindré para qué servía, Pero ella se contentó con responderle que lo sabría dentro de poco tiempo.

El claro se iba llenando de gente, pero todos se situaban sin hacer ruido. Los que hablaban lo hacían en voz baja. Los druidas permanecían en el centro del santuario, siempre cubiertos por sus

blancos ropajes. La nieve había cesado de caer durante la noche, Pero se mantenía firme bajo los pies. El cielo azul pálido estaba completamente despejado. Los druidas entonaron cantos celebrando el apareamiento de Dagda y Morigán, que la asamblea coreó. Lucio no lo entendía todo, pero se abstuvo de preguntar el significado a Deindré. Por otra parte, ella ya no lo veía. El rostro de la joven se transformaba. Sus rasgos se endurecían. Sus ojos azules tomaban un brillo metálico y tenía los labios apretados. Un murmullo continuo llenaba el claro. Las voces se juntaban en un unísono amenazante. Lucio se acordó de las Lupercales y de la excitación de la gente cuando los Lupercos cubiertos de pieles de animales sanguinolentos empezaban su recorrido. La misma tensión se producía entre los celtas. Lucio se sentía transportado por una especie de oleaje. No era la respiración marina del Océano, sino un soplo misterioso que llenaba el claro. El recinto sagrado parecía vibrar bajo la acción de fuerzas desconocidas. Los megalitos que formaban un límite infranqueable, ceñidos por la crecida arboleda, escapaban a su muerte mineral. Su piedra negra, la corteza grisácea de los árboles centinelas, la misma nieve que los recubría en una nube blanca, se llenaban de una vida desconocida. Lucio empezaba a oír el choque de las armas de los guerreros muertos. Estaban allí, alrededor de ellos, en la masa poderosa de las piedras sagradas reclamando los sacrificios, en el alto ramaje de los árboles que crujían por todas sus venas leñosas, en la insostenible blancura de la nieve.

Los cánticos cesaron bruscamente. El más viejo de los druidas extendió los brazos, sus palmas vueltas hacia el cielo. Mantenía los ojos cerrados. Al cabo de un minuto que a Lucio le pareció una eternidad, dijo lentamente:

—Los dioses han descendido en el claro. Los antepasados están a nuestro lado.

Deindré fue la primera en levantarse. Su grito atravesó el silencio.

Repitió tres veces:

—Honrémoslos!

Todos los celtas se irguieron repitiendo estas palabras, que escandían golpeando su pecho con la parte plana de sus espadas.

Cuando cesó el clamor, el anciano druida dijo simplemente:

—Que se traiga a los mensajeros.

Todos los ojos se volvieron hacia la pasarela de madera que franqueaba el paso al talud sagrado. Una decena de hombres completamente desnudos salieron del bosque. Tenían las manos atadas. Como ellos vacilaron, los guerreros que los rodeaban los golpearon para hacerlos avanzar. Pronto estuvieron en el centro del claro, donde reinaba un silencio absoluto. Sus pies estaban azulados de frío, y sus cuerpos temblaban. El viejo druida hizo un signo. Los que lo rodeaban se dirigieron hacia el montón de leña y de ramaje que Lucio había visto antes y encendieron el fuego. Muy pronto el brasero empezó a crepitar. El druida hizo otro signo. Los guardias empujaron a los prisioneros hacia el enorme maniquí acostado en el suelo. Allí podían tener cabida varios hombres. Los guardias desmontaron rápidamente el panel móvil que le servía de torso. El olor acre y penetrante de la hoguera llenaba el claro. De repente, uno de los prisioneros escapó a la vigilancia de los guerreros, e intentó fugarse. Sus pies estaban atados. Al cabo de algunos metros cayó sobre la nieve. Uno de los guardias sacó su espada, y le golpeó en la espalda. El hombre gritó cuando el filo penetró en su carne. La sangre brotó de la espalda, abierta hasta la clavícula. El prisionero era más pequeño que sus compañeros. Sus cabellos eran negros, y a pesar de su palidez, el tono mate de su piel contrastaba con la blancura de los otros prisioneros. Mientras el guardia lo obligaba a levantarse y regresar hacia el maniquí, se puso a gritar y gemir. Hablaba en griego, y aullaba con todas sus fuerzas, gesticulando de dolor.

—¡No soy uno de los vuestros! ¡Vuestros dioses no tienen nada que hacer con la vida de un griego! Si alguno de vosotros me entiende, que diga a los sacerdotes que soy griego y que mis dioses me vengarán si me matáis!

Su grito se transformó en aullido de dolor: el guerrero lo había golpeado nuevamente, esta vez en el muslo. Cayó sobre la nieve, y tuvieron que arrastrarlo hasta el maniquí. El prisionero repetía con voz débil:

—¡No quiero morir!

Lucio se volvió hacia Deindré, y le dijo:

—¿Qué hace, pues, este extranjero en medio de hombres de vuestro pueblo?

Deindré se encogió de hombros.

—Entre los hombres que van a ser sacrificados, hay uno de opulenta cuna, Wilferl, un guerrero valeroso que ha matado a nuestros mejores hombres. La costumbre exige que cuando un hombre ilustre muere, se mate también a sus animales familiares y a los que dependen de él. Este griego es uno de sus esclavos. No merece el honor que le hacemos. Habría sido mejor atarlo a un palo en el bosque y dejarlo agonizar allí, en vez de mancillar la hoguera y el cielo con su carne. Pero ya no se puede modificar la orden del sacrificio.

El griego ya no se debatía. Había perdido mucha sangre, y ya no tenía la fuerza suficiente para gritar. Los otros prisioneros habían tomado su lugar en el interior del maniquí. Estaban amontonados, echados los unos sobre los otros. Los guardias levantaron el cuerpo sangrante del esclavo, y lo lanzaron sobre los demás. Lucio le oyó gritar por última vez:

— ¡Malditos seáis!

Los guerreros cogieron el tablero que cerraba el maniquí y lo fijaron sólidamente con unos ganchos de hierro. Varios de ellos tuvieron que afanarse para levantar el enorme cuerpo de madera y llevarlo hasta la hoguera, donde se encendió rápidamente. Lucio no oyó los gritos de los torturados. Por otra parte, sin duda ya no gritaban. Se habían asfixiado al cabo de unos minutos, sus cuerpos mezclados en la oscuridad lamida por las llamas. Bajo la dirección de los druidas, se habían reanudado los cánticos, mezclados de gritos roncós, en los que Lucio distinguió los nombres de Dagda y Morrigán. Las llamas subieron alto en el cielo cuando el maniquí todo entero ardió. Tardó largo rato en consumirse, pero nadie, ni Lucio más que los otros, percibió el tiempo que pasaba. Cuando empezó a caer la noche y sólo quedaba de la hoguera unas brasas rojizas, le pareció que él entraba de nuevo lentamente en sí mismo. Lucio miró a su alrededor: las piedras sagradas habían vuelto a tomar su apariencia de nocas informes y pasivas, los árboles no eran más que esqueletos vegetales despojados por el invierno, y la nieve se había fundido en charcos enlodados en torno de la hoguera.

Deindré y él regresaron al campamento sin dirigirse la palabra.

*

Al final de la fiesta de Samhaín, de acuerdo a la costumbre, se celebraba un gran banquete. Se habían instalado las tiendas en medio de un claro, próximo al del santuario. La gente de Klenmore no era muy rica: sus tiendas eran modestas. Por el contrario, la gran tienda de los guerreros de Kanvannec, una aldea próxima a Kildare, suscitaba la admiración de las otras tribus por sus dimensiones y el lujo de sus bordados. En sus dibujos no se descubría ninguna forma humana, ni tampoco divina. Algunas veces, quizá, la cabeza estilizada de un dragón. Pero los elegantes cordones de hilos donados y de lana teñida de rojo trenzados en espiral se entremezclaban y daban vueltas sobre el cuero de la tienda, sugiriendo un mundo precioso, lleno de ondulaciones, sin comienzo ni fin. En el interior se desplegaba un lujo similar. El suelo estaba cubierto de espesas pieles. Éstas no tenían el pelo desleído como las de la gente de Klenmore. Sus vellones henchidos y brillantes invitaban al solaz.

Fernach, el jefe de los guerreros de Kanvannec, había invitado a los jefes de los otros clanes a celebrar el banquete en su tienda. El clan de Fernach vivía desde hacía mucho tiempo en Ierné, pero él parecía un celta del norte de Bretaña. Estaba orgulloso de su larga cabellera rojiza, cuidadosamente echada hacia la nuca y de su piel lechosa. Se burlaba gustosamente de los rostros atezados y de los cabellos rizados de los celtas de Belenión, y decía riendo que sus madres se habían acostado todas con los marineros griegos que traían las ánforas. Nadie osaba contradecirle: de los bretones del Norte, tenía la fuerte osamenta y el cuerpo musculoso. A pesar de su porte macizo, Fernach era notablemente astuto. Había venido por Samhaín, pero también a fin de mostrar

a todos su poderío y su riqueza. Las invitaciones que había distribuido tan generosamente demostraban la solidez de sus medios materiales. Fernach había sabido que los de Klenmore tenían como huésped a un romano de alto linaje, sin duda el hijo de un rey, y lo había hecho invitar. Lucio no tenía ganas de ir a esa cena. Los acontecimientos de la tarde lo habían tumbado. Pero era imposible rehusar: Fennach se hubiera sentido humillado y habría querido vengarse.

Lucio y Gerfrald entraron en el interior de la tienda, ya abarrotada con los jefes y los nobles de las otras tribus celtas. A Lucio le sorprendió agradablemente el calor que reinaba allí. Fernach acogió a Gerfrald con muchas demostraciones de amistad, pero no dijo nada a Lucio. Entre los celtas, se esperaba que la comida hubiera finalizado antes de dirigir la palabra a los extranjeros, para preguntarles de dónde venían y cuáles eran sus proyectos. Lucio se sentó en el sitio que le indicó un esclavo. Gerfrald se sentó a su lado: Fernach había tenido la cortesía de no separarlos. Lucio reparó en que todos continuaban armados. En Roma, ningún soldado podía franquear el recinto de la Ciudad con su espada. Incluso estaban previstos ritos especiales, cuando un ejército regresaba de campaña, para volverlo inofensivo, para quitarle el furor sagrado del que los dioses lo habían provisto para el combate. Era evidente que los celtas no tenían las mismas costumbres. Por otra parte, no eran sólo los invitados los que iban armados: los guerreros de la escolta también lo estaban y permanecían de pie detrás de ellos, portando lanzas los de un lado del círculo, y escudos los del otro lado.

Cuando todo el mundo estuvo instalado, Fernach dio orden a un esclavo de hacer pasar una gran copa. Cada uno de los invitados bebía de la misma, y luego se la daba a su vecino. Los esclavos la volvían a llenar cuando era necesario, y la copa no cesaba nunca de circular. Fernach era lo suficientemente rico para ofrecer una copa a cada uno de sus invitados, Pero respetaba la costumbre: todos tenían que mojar los labios en la misma copa, en señal de amistad. Cuando llegó el turno a Lucio de probar el contenido, no pudo evitar una exclamación de sorpresa tras el primer trago. Gerfrald se volvió hacia él, y le dijo con expresión asombrada:

—¿Qué te ocurre, no te gusta este vino?

—¡Por el contrario, lo reconozco, es un vino de Italia!

Gerfrald bebió a su vez. Con ánimo alegre, dijo:

—Tienes razón. Fernach nos mima. Ha echado mano a sus mejores reservas.

—¡Y pensar que el *Terentelia* iba lleno de este vino! Ahora, las ánforas deben descansar en el fondo de vuestro Océano.

—¡Lástima! Porque vuestro vino es mucho mejor que nuestra cerveza.

Lucio no contestó nada para no molestar a su anfitrión, pero estaba de acuerdo con él: su estómago no se había acostumbrado a la cerveza de trigo candéal. Para poder beberla tenía que añadirle miel.

El ruido de las conversaciones se interrumpió bruscamente. Fennach iba a tomar la palabra. Echó su cabellera rojiza hacia atrás, y cuadrándose firmemente sobre sus cortas piernas, dijo con fuerte voz:

—Nobles jefes y nobles guerreros de los mejores clanes de nuestra tierra de Ierné, os agradezco el haberme honrado con vuestra presencia esta noche en mi tienda. Es muy modesta —su mirada decía exactamente lo contrario— y no tengo más que pobres manjares que ofreceros. Samhaín no me perdonará nunca el acogeros tan mal. Para compensarlo, voy a ofreceros algunos regalos.

Dos esclavos trajeron un cofre que parecía muy pesado. Con un golpe de pie, Fernach abrió la tapa. Un murmullo de estupefacción recorrió la asamblea: el cofre estaba lleno de joyas colocadas sobre pieles preciosas, de una blancura inmaculada que hacía resaltar su oro. Fíbulas hábilmente trabajadas rivalizaban con anillos y brazaletes de extraordinaria finura.

Cuando el rumor se hubo acallado, Fernach volvió a tomar la palabra sin ocultar su satisfacción.

—Todo esto es para vosotros, os lo doy.

Por todas partes se oyeron gritos de alegría, alabando la generosidad de Fernach. Uniendo el gesto a la palabra, se inclinó sobre el cofre, y empezó a distribuir los regalos haciendo concordar cuidadosamente su valor con el rango de sus invitados. Lucio y Gerfrald recibieron cada uno de

ellos un brazalete, señal de una mediana consideración. A los jefes de los clanes más importantes les regaló aros, los menos importantes tenían que contentarse con una fíbula.

Cuando todos tuvieron su regalo, Fernach continuó su discurso:

—Hay otro cofre como éste, lleno de joyas aún más preciosas. Pero no puedo dáoslas. Tampoco quiero conservarlas. Las ofreceré a nuestros dioses. Iré al pozo sagrado que se encuentra cerca del santuario, y las echaré dentro.

Una formidable ovación le impidió continuar, y Femach se sentó, con aire triunfante. Lucio se volvió hacia Gerfrald y le dijo en voz baja:

—¡Está loco! Sin duda es muy rico, pero ha debido de tardar años en amasar este botín...

—Ha pasado más tiempo del que puedas creer, pagando cada vez con su sangre —respondió Gerfrald.

—Pero, entonces, ¿por qué lo dilapida en una noche? Habría podido honrarlos a menor costo. En Roma, cuando nuestros generales llegan con botín, lo depositan en las cajas del Tesoro Público, bajo la protección de nuestros templos.

Gerfrald miró a Lucio con aire despectivo:

—Entonces, es que los romanos no cuentan con hombres verdaderamente nobles.

Lucio reprimió un movimiento de cólera. Gerfrald se dio cuenta de ello y añadió:

—Ser un jefe, no es solamente menospreciar la muerte y el sufrimiento. Todos aquellos que creen en los dioses son capaces de ello. Hay una cualidad más extraordinaria, que da la medida de la auténtica nobleza. Sólo es digno de mandar el que sabe despojarse de todo por sus hombres. ¿Vosotros creéis que se es rey porque uno ha amasado riquezas que oculta en la oscuridad? Vuestros dirigentes son vuestros amos porque disponen a su conveniencia de vuestras vidas y vuestros bienes. ¿Por qué crees que adoramos a nuestros dioses? El aire que respiramos, la luz del sol, la nieve que protege la vida, el calor que hace fundir la nieve, todo esto, son los dioses quienes nos lo dan en ritmos que han inscrito en el cielo y que nosotros leemos en la sangre de las víctimas que les sacrificamos. En los cielos como en la tierra, aquellos que mandan no tienen ese derecho más que porque ellos dan más de lo que reciben. Si un jefe se torna avaro, ya no es un jefe. Es tan inútil como una mujer vieja. Fernach lo sabe, y obra bien.

Lucio no contestó nada. El murmullo se había reanudado. La gran copa continuaba circulando entre los invitados. Sentía el calor del líquido bajando por sus venas. La cena empezó con el habitual puré de cereales. Afuera, bajo pequeños refugios, habían sido empalados cerdos enteros en asadores que los esclavos hacían girar lentamente. La grasa caía en gotas espesas sobre las brasas, y reanimaba las llamas. Cuando todos hubieron terminado el puré, la carne estaba asada, a punto. Un fuerte olor invadió la tienda en el momento en que dos esclavos trajeron el cerdo más grande ante Fernach. Éste sacó su cuchillo de bronce de la vaina que colgaba de su cintura, y se dispuso a contar una pierna considerada como uno de los trozos mejores.

De repente, uno de los guerreros se levantó. Se hizo el silencio, y la sonrisa de Fernach desapareció de sus labios. El hombre se dirigió hacia el puerco que aún humeaba y, sin decir palabra, sacó él también su espada. Cortó la pierna cuidadosamente procurando pasar el filo por el corte que Fernach había empezado a hacer. La colocó ante Fernach. Todos permanecían quietos. El hombre cortó a continuación las pezuñas del animal, y las puso al lado del muslo. Luego se dirigió a Fernach con tono de desafío mirándolo derecho a los ojos:

—Yo, Glennferk, jefe del clan de Cranlegh, reivindico para mi el muslo del cerdo de Fernach, y le dejo las pezuñas. ¿Me dará Fernach el muslo?

Las manos de los dos hombres se crisparon sobre sus armas. Glennferk acababa de ofender gravemente a Fernach. Al reclamar el trozo más apreciado y dejando a su anfitrión las pezuñas del animal —poco más que desechos—, le declaraba la guerra.

Después de algunos segundos, Fernach lanzó un gruñido y se lanzó sobre su adversario quien alzó instintivamente su espada para detener el golpe. Lucio esperaba que el desorden se generalizara. Pero todos permanecían en sus sitios. Los hombres de los clanes de Femach y de Glennferk no se movían más que los otros. Gerfrald se inclinó sobre Lucio y le murmuró al oído.

—No temas nada. No habrá sangre.

Los dos jefes luchaban furiosamente sin infligirse ninguna herida: atacaban con todas sus fuerzas pero presentando el lado plano de las espadas. Al cabo de unos minutos, Gerfrald se levantó. Los dos combatientes se inmovilizaron cuando éste empezó a hablar.

—El día de los dioses, solamente debe derramarse la sangre de los sacrificios. Yo, Gerfrald, en nombre de los dioses de Klenmore, digo que Glennferk no merece ni las pezuñas de este cerdo. Glennferk es un mal guerrero, y un pequeño hombre al lado de Femach. La nieve caerá, la hierba volverá a crecer, y la nieve la volverá a cubrir nuevamente, pero yo seguiré siempre a Femach, en el combate como en los festines.

Los jefes de los otros clanes se levantaron. El primero que habló dijo:

—Las palabras de Gerfrald son las mías.

La mayoría repitió la misma frase. Sólo algunos jefes se alinearon al lado de Glennferk. Femach dejó escapar una carcajada. Se apoderó del muslo cortado por su adversario, y se puso a comer a grandes bocados. Tras haber masticado cuidadosamente la carne, dijo a Glennferk y a sus partidarios:

—Salid de mi tienda. Vuestra presencia ofende a Samhaín.

Glennferk volvió a envainar la espada con rabia no disimulada. No contestó nada a Femach. Pero al pasar ante Gerfrald, le lanzó:

—Tú, jefe de las miserables gentes de Klenmore, tú lamentarás tus palabras.

Luego salió a la oscuridad donde se arremolinaban los copos de nieve.

La cena continuó de forma tan alegre como había empezado. Nadie quería hablar del incidente. Sin embargo, Lucio no pudo dejar de preguntarle a Gerfrald quién era ese Glennferk.

—Glennferk es un ambicioso. Sería un mal jefe. Siempre busca pelea, incluso sin razón. Su padre era como él, y el padre de Femach lo mató porque le había quitado a su mujer. Femach ha intentado varias veces reconciliarse con Glennferk ofreciéndole esclavos, e incluso caballos. Pero Glennferk sólo busca vengarse. Un día, será preciso que uno de los dos muera. ¡Samhaín haga que sea Glennferk!

Gerfrald no tenía ganas de continuar con este tema que le echaba a pender su placen. Pero Lucio insistió.

—Si esto debe verdaderamente acabar así, ¿por qué Glennferk y sus partidarios no han desencadenado un verdadero combate? ¿Cómo sabías que no se derramaría sangre?

Gerfrald suspiró; ¡este romano hacía siempre preguntas sobre cosas evidentes! Para desembarazarse de él, le dijo:

—Escúchame bien, y luego me dejarás comer y beber en paz. Nuestros antepasados no tenían tampoco miedo de la guerra, igual que nosotros ahora. Sin embargo, hace algunos siglos, los celtas eran mucho menos numerosos que ahora. No me preguntes por qué, no lo sé. Era así. Los clanes más importantes contaban con pocos hombres. Si demasiados guerreros perecían en combate, los clanes se extinguían, pues en las casas sólo quedaban los viejos y los niños. Entonces, antes de llegar a esa situación se intentaba en primer lugar resolver los conflictos en combates singulares donde se oponían los jefes de los clanes, o héroes escogidos por ellos. El grupo al que pertenecía el guerrero vencido debía aceptar la derrota.

Lucio pensó en los combates de los griegos que había leído en Homero: también ellos, en tiempos muy antiguos, combatían de esta forma. Gerfrald continuaba con sus explicaciones.

—Actualmente, nosotros hemos perdido la sabiduría de nuestros padres, y la sangre de los guerreros se derrama en los prados. Pero nos queda el recuerdo de estas antiguas costumbres en que se ahorran las vidas humanas. Por eso, Femach y Glennferk se han enfrentado cara a cara, y sin querer realmente matarse, ni incluso herirse. Lamentablemente, entre ellos esto no quedará así... Pero esta noche no quiero seguir pensando en esas cosas. Por lo que te aconsejo que hagas como yo. Hay un tiempo para todo. Ahora, es el de comer y de beber.

Ayudado por el vino, la fiesta terminó sin que Lucio molestara más a Gerfrald con sus incesantes preguntas. Al volver a su tienda, Lucio vio a la luz de las antorchas el rastro de caballos que se alejaban del campamento. Glennfenk y su clan habían abandonado Kildane.

Aunque la cena había durado varias horas, todavía era de noche: en esta estación, el alba tardaba en llegar. Tras haber bajado la mayor parte de los flancos de su tienda, Lucio vio a Deindré acostada cerca de sus cosas: su cabellera rubia daba un toque dorado a las pieles de lobo blanco que le servían de cama. Hizo el amor con ella, y cuando hundió su sexo en el vientre de ella, volvió a ver un instante la espada cayendo sobre la espalda del esclavo, y la sangre derramándose sobre la nieve.

Cuando se despertaron, sus cuerpos estaban apretados uno contra el otro bajo el calor de las pieles de los animales. Deindré levantó la pieza de cuero que cerraba la tienda y el aire frío penetró en el ambiente. La nieve continuaba cayendo. La joven miró fijo, a lo lejos, un punto invisible, y luego volvió a bajar el cierre de cuero y habló en un tono grave:

—Has tomado parte en los sacrificios de Samhaín y hemos mezclado nuestras semillas. **84** Sé que te gustaría llegar a Thul-Al. Nuestros dioses no lo han querido. Pero puedo revelarte lo que los druidas dicen, si me juras que jamás hablarás de ello a nadie cuando hayas regresado a tu país.

Lucio sintió su corazón latir con más fuerza. Apretó la mano de Deindré.

—Guardaré silencio. Te lo juro por la vida de aquellos que más amo. Si miento, que su sangre se derrame sobre mis manos.

—Las palabras que acabas de pronunciar deben atarte más que las cuerdas más sólidas. ¡La desgracia caerá sobre ti y los tuyos si olvidas tu juramento!

—Te doy mi palabra —repitió Lucio.

—Entonces, escúchame. Thul-Al existe. No sé si el griego del que me has hablado consiguió llegar allí. **85** Pero no es imposible. Thul-Al está a quince días de navegación, protegida por terribles y frecuentes tempestades. Algunos de entre nosotros han podido ir allí. Dicen que en verano el sol no se pone más que una hora o dos, y que en invierno la noche dura varios meses. Las montañas de la isla están habitadas por los dioses del fuego. Cuando las gentes de Thul-Al quieren tener armas, lanzan el metal bruto en las montañas con perlas de oro para dar las gracias a los dioses. Éstos las forjan en las llamas y en el trueno, y a continuación los guerreros no tienen más que ir a buscar las espadas, las lanzas y los escudos, maravillosamente decorados y finamente afilados.

—¡Lanzas y escudos! —exclamó Lucio.

Le había invadido una inmensa decepción. Su mano soltó la de Deindré, y dijo suspirando:

—Los hiperbóreos que viven en la paz y en la alegría, las fiestas de Apolo, todo esto, pues, no son más que fábulas...

Deindré puso un dedo sobre sus labios.

—Espera, Luks. Déjame continuar. En Thul-Al, la tierra escupe el fuego. Pero cuando viene la larga noche, el mar cambia de forma. Los que han regresado de este lejano viaje dicen que el agua se hace pesada. El Océano parece entonces un gran animal entumecido.

Cuando la marea hincha el mar, éste ondula lentamente, como si le costara, como si luchara contra el sueño. Se diría que el agua se transforma en una especie de aceite espeso. Algunos dicen que el Océano reposa durante el invierno, del mismo modo que las plantas en la tierra se adormecen. En los años que hace mucho frío, llega incluso a solidificarse. Las olas se coagulan en hielo, y ningún barco puede continuar avanzando.

Lucio interrumpió a Deindré. El abatimiento seguía leyéndose en su rostro. Movié la cabeza.

—Si lo que dicen vuestros druidas es verdad, entonces son los griegos quienes mienten. Puesto que el mar se hiel y la noche dura meses, ¿cómo puede ser que los hiperbóreos vivan en un clima suave y templado, a la sombra de olivares?

—Quizá exista otra tierra aparte de Thul-Al, más al norte, hacia el oeste...

—¿Otra tierra aparte de Thul-Al? Pero, ¡es imposible! Piteas dice que Thul-Al está en el extremo del mundo.

—Todo lo que sé —continuó Deindré—, es un relato muy viejo que nos ha llegado de Thul-Al.

—Cuéntamelo —dijo Lucio, sintiendo que la esperanza volvía a invadirlo.

—Te he explicado que alrededor de Thul-Al se desencadenan a menudo fuertes tormentas. Un día, una de estas tormentas aprisionó un navío, y lo llevó cada vez más lejos hacia el poniente. En la mañana del quinto día, continuaba la marejada, pero la niebla aclaró.

Y entonces... —Deindré dudó.— No vas a creerme. 86

—¡Continúa, Deindré!

—Todos los hombres se precipitaron hacia la parte izquierda del navío. Había una costa allí, a menos de una hora de navegación. No se parecía a la de Ierné, y aún menos a las orillas de la Galia. Era una confusión de picos agudos, cubiertos de nieve, cuyas faldas eran bañadas por el mar. De sus flancos colgaban enormes masas azules, de hielo brillante, que entraban en el Océano con un ruido más fuerte aún que el de la tempestad 87 provocando olas gigantescas. La luz era intensa. Muchos hombres tuvieron que apartar la vista, como si este espectáculo no estuviera hecho para ojos humanos. El Océano estaba helado por partes: grandes manchas blancas se extendían por el mar oscuro como la noche. En otros puntos, el mar se parecía al cielo de verano con sus galaxias de estrellas: el cielo flotaba como polvo fino modelado por las corrientes que dibujaban en él formas parecidas a los adornos de nuestros objetos sagrados. Y luego, pero no hago más que repetir lo que me enseñaron los druidas, sobre el mismo mar, a mucha distancia de la costa, había montañas...

—¿Quieres decir islas?

—No, islas no... ¡Montañas de hielo! Tan grandes como verdaderas montañas. Con picos azotados por el viento, con valles de flancos abruptos, playas acariciadas por las olas. Pero todo en hielo azul y blanco, y avanzando suavemente por el mar. El capitán dio orden de poner velas hacia este país extraordinario. Pero volvió a caer la niebla. Todo desapareció, como si hubiera sido un sueño.

—Un sueño... —Lucio permaneció largo tiempo silencioso.— Sin duda, Deindré, se trataba de un sueño. Pero, ¿quién puede afirmarlo? Quizá sea este mundo de sueños que intenta transformarse en realidad...

Lucio se interrumpió. Se aproximó a Deindré, acarició con la mano sus largos cabellos dorados y la abrazó tiernamente.

—Te agradezco que me hayas revelado esto. No pisaré nunca el suelo de Thul-Al y las tierras de más allá. Pero gracias a ti y a tu pueblo, mi espíritu ha viajado mucho más lejos que mi cuerpo. Sé lo que buscaba al embarcarme en Massalia...

Deindré le interrumpió:

—¿Adónde te dirigías, Luks?

—Cada uno de nosotros lleva Thul-Al en su corazón. Thul-Al es... es la búsqueda de lo absoluto. En el cielo o sobre la tierra, es la esperanza del infinito. En mi país cuentan que los hiperbóreos viven una juventud eterna y que están cercanos a los dioses. Pero nosotros no estamos hechos para Hiperbórea. Los dioses intentan decírnoslo.

—¿Cómo conoces su mensaje?

—Acuérdate de lo que me acabas de contar. El sol que luce durante meses, el hielo que toma la forma de montañas, el mar que se transforma en hielo... Estos misterios significan que este mundo no es el de los humanos. Nos atrae lo absoluto, Pero no podemos conocerlo. Ni nuestro cuerpo, ni nuestro espíritu dispone de los medios necesarios. Cuando nos aproximamos a él, entrevemos mundos extraños, que son los de los dioses o de nuestro delirio. Luego todo se desvanece. Vale más así, si no moriríamos, como Ícaro.

—¿Quién es este Ícaro? —preguntó Deindré intrigada.

—Es verdad, no lo conoces. Se cuenta su historia entre los compatriotas de Eryxias y de Eupalino. Se parece a las vuestras. Un día, un hombre...

Lucio fue interrumpido por la llegada de Gerfrald. Despuntaba el alba. Les había buscado por todas partes. Al cabo de cuatro días de fiestas, era hora de regresar. Los esclavos terminaban de desmontar las tiendas y de cargar los carros. No faltaban más que Deindré y Lucio. Se dieron prisa. Lucio explicaría la historia de Ícaro otro día. Sentado en el borde del carro, miró como desaparecía

Kildare. El claro sagrado volvía a su soledad sólo perturbada por las almas de los guerreros muertos, ocultos en los árboles y en las piedras.

*

Las horas transcurrían lentamente. Genfrald iba a caballo, a la cabeza de su gente. La temperatura había descendido aún más, y el manto de nieve era más espeso que cuando arribó a Kildare. Ninguna nube ensombrecía el pálido cielo. La luz era tenue, parecida a la de una tarde romana, puesto que el sol no se elevaba demasiado alto por encima del horizonte. Lucio se dejaba mecer por el traqueteo del carro, donde se había instalado al lado de Deindré. Se subió hasta el pecho las espesas pieles. Descubría Ierné bajo uno de sus aspectos más hermosos: suaves pendientes que se henchían en colinas de contornos redondeados por la nieve, con la visión, a lo lejos, de las montañas más abiertas del interior, y los bosques vestidos de blanco, en vez de la lividez gris y descarnada de los bosques durante el triste invierno mediterráneo. Al finalizar el segundo día, en la lejanía podía contemplarse un mar de un azul más intenso que el del cielo, mezclado con reflejos verdes.

El relincho del caballo de Gerfrald sobresaltó a Lucio. El animal olía su establo. No estaban más que a media hora de Klenmore. El sol bajaba en el horizonte y caía la tarde en la calma del crepúsculo y la pureza de la nieve. Se volvieron a escuchar los relinchos, coreados por las otras monturas. La columna se detuvo. Lucio se incorporó para ver qué pasaba más adelante. El caballo de Gerfrald se había quedado como paralizado en su sitio. Temblaba enteramente, y resoplaba con ruido. Genfrald le dio un golpe de talón para hacerlo avanzar. El animal acabó por ceder y continuó su camino. Caminaba con paso moderado, su cuello rígido y la cabeza levantada. Estremecimientos nerviosos recorrían su piel. Lucio no prestó mucha atención al incidente. El sol acababa de ponerse y el frío se había vuelto más penetrante. Saltó del carro para calentarse caminando durante los minutos de ruta que faltaban para que el grupo alcanzara las inmediaciones del pueblo. Como avanzaba a grandes pasos, pronto se encontró a la cabeza de la columna. Gerfrald no cesaba de maldecir a su caballo. El animal tenía la nariz dilatada y estaba rígido de pánico. La penumbra se acentuaba. Lucio sentía sus miembros reanimarse, pero estaba cansado por el viaje. Tenía prisa por regresar y descansar tras haber comido un pedazo de cerdo salado. Hizo una mueca al pensar en la cerveza que lo acompañaría: después del vino de Fennach, el brebaje sería aún más desagradable que antes. Inmerso en sus pensamientos, estuvo a punto de chocar contra un caballo que le precedía. El animal se había parado en seco, las orejas levantadas. Genfrald abrió la boca para formular un insulto, pero no emitió ningún sonido. Acababa bruscamente de ver una silueta incierta que caminaba hacia ellos, titubeando. Unos instantes más tarde la luz de las antorchas empezó a iluminarla. Era un hombre de pequeña estatura. Lucio y todos los jinetes que iban en la primera fila fijaron sus ojos en las heridas que lo cubrían. La sangre se había secado en costras negruzcas sobre las más superficiales, pero continuaba cayendo de los cortes más profundos. Sin detener su marcha, el hombre se puso a hablar con voz débil, en una lengua desconocida de Genfrald, quien lo contemplaba fijamente para intentar distinguir los rasgos de su cara. Lucio había creído oír algunas palabras en griego. Tras unos instantes, reconoció el rostro marcado de Eupalino. Se precipitó hacia su compañero, que se hundió en sus brazos. Lucio lo tendió sobre las pieles del carro de Deindré. Genfrald y su escolta lo rodearon. Al cabo de unos minutos, Eupalino recobró el conocimiento. Pareció aliviado al reconocer a Lucio. Sin darle tiempo a responder, tan grande era su ansiedad, el joven empezó a apabullarlo a preguntas:

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué haces en el bosque en este estado? ¿Te ha atacado un oso?

Tras beber un vaso de cerveza que le tendió Deindré, Eupalino respondió trabajosamente:

—Habría preferido un oso a esta horda de demonios...

—¿De qué demonios hablas?

—¡De estos salvajes de celtas! Al lado de ellos, los persas y los piratas etruscos son criaturas. Dormíamos cuando oímos unos terribles alaridos y ruido de armas. Desperté a Eryxias que roncaba a mi lado. Ni ha tenido tiempo de levantarse. Se ha abierto la puerta bruscamente y...

Eupalino se interrumpió.

—¡Continúa! —le dijo Lucio—. ¿Dónde está Eryxias?

—Está muerto.

Lucio se sintió mal. Sus miembros se aflojaron como si le acabara de caer un peso enorme encima de su espalda. No tuvo el tiempo necesario para abandonarse un poco. Genfrald lo sacudía pidiéndole que continuara traduciéndole las palabras de Eupalino.

—Entró un guerrero en la habitación. Me lanzó una antorcha encendida a los ojos y durante unos segundos, no vi nada. Esto le bastó para hundir su espada en el corazón de Eryxias. Después empuñé mi espada y lo maté. Pero era demasiado tarde...

—Y a los otros, ¿qué les ha ocurrido? —continuó Lucio con voz átona.

—Los otros... —Eupalino se encogió de hombros, pero hizo una mueca de dolor: el gesto había hecho que una de sus heridas se abriera. No obstante continuó su frase:— Los otros están todos muertos, a menos que algunos hayan podido escapar. Pero me sorprendería. No quedaban muchos hombres en condiciones de luchar. Se trataba principalmente de mujeres, niños y ancianos. Hice lo que pude: mis heridas lo demuestran. Pero eran demasiado numerosos. Estaba retirando mi espada del vientre de uno de estos bárbaros cuando recibí un golpe en la nuca. Cuando desperté, estaba atado, como todos los que se encontraban a mi lado. Un poco más lejos, había un grupo de mujeres: las más jóvenes, y también las que indicaban por sus vestiduras que eran esposas de nobles. Las otras estaban con nosotros, al lado de los ancianos y de los niños.

Eupalino se detuvo y pidió otro poco de cerveza. Tras beber un segundo vaso, continuó con voz más sorda:

—Nos hicieron poner en pie. Sólo su jefe iba a caballo. Cuando hizo una señal, empezó la masacre. Los mataron a todos, Lucio, a todos. A los viejos, a los niños, a las mujeres mayores, no tuvieron ninguna piedad. Hundían las espadas en sus pechos sin vacilar. En cuanto a los hombres adultos, no los mataban de la misma manera.

Los hacían arrodillar y los decapitaban. Seguía saliendo sangre de sus cuellos seccionados, sus cuerpos se estremecían aún, no esperaban ni a que esto terminara para coger sus cabezas, cuyos ojos rodaban aún en sus órbitas. Perforaban las sienes y las enhilaban como si se tratara de las perlas de un collar. Al finalizar, el del caballo del jefe daba tres vueltas alrededor de su cuello. Sus cascos estaban rojos de sangre. La nieve se había fundido. Sólo se veían charcos de sangre y de barro. Sangre Por todas partes.

—Pero tú, ¿cómo lograste sobrevivir? —le interrumpió Lucio con voz inexpresiva.

Eupalino esbozó una débil sonrisa.

—No tengo el aspecto de un celta, es lo que me ha salvado...

—Explícate.

—Cuando me llegó el turno de arrodillarme, intenté resistirme. Uno de los guerreros levantó su espada, pero el jefe le gritó algo, y el guerrero se detuvo. El jefe me dirigió la palabra. Naturalmente no entendí nada, y le lancé una sarta de injurias en griego. Se quedó sorprendido e hizo una señal a uno de sus hombres, que se acercó a mí. Hablaba griego. Muy mal, pero lo suficiente para que le entendiera. Le conté cómo había llegado aquí, y él se lo tradujo a su jefe. Éste reflexionó, luego habló al hombre que me repitió lo que acababa de decir. Eran unas frases muy cortas: «Te perdono la vida. No por piedad, ni porque seas griego. Sólo para que informes a Gerfrald sobre lo sucedido. Y no dejes de decirle que delante de su casa, he tirado las pezuñas del cerdo».

Lucio había comprendido. Tradujo las palabras de Eupalino a Genfrald, quien lanzó un gruñido de cólera: Glennferk había venido a vengarse. Como no había osado enfrentarse con Fernach, cuyas fuerzas eran superiores a las suyas, se había lanzado sobre el pueblo de Gerfrald, que había sido el primero en hablar a favor de Fernach. Había abandonado Kildare y se había dirigido directamente

hacia Klenmore para tener el tiempo necesario para realizar la masacre e irse sin arriesgarse a que Gerfrald les siguiera.

Este último golpeó fuertemente con el borde de su mano sobre la rueda del carro. Estaba tan furioso como impotente. Bruscamente, sus rasgos se descompusieron. Se precipitó hacia Lucio:

—¿Y mi hija? ¿Mi hija Ludwin? Se quedó en el poblado... ¡Seguramente se encontraba en el grupo de mujeres del que ha hablado tu amigo! Pregúntale que ha sido de ellas. ¿Se las han llevado para venderlas como esclavas? ¿Han pedido rescate? Pregunta a tu amigo —insistió Genfrald—. Que hable, ¡rápido!

Lucio obedeció. Eupalino continuó con dificultad:

—Aún no he contado lo peor, Lucio. He combatido muchas veces en mi vida. Pero lo que ha ocurrido, no lo había visto jamás. —Paró para respirar y continuó: — Cuando todos los de mi grupo hubieron sido ejecutados, los guerreros cavaron unos agujeros en la plaza, en medio del poblado. Unos agujeros muy estrechos. Luego introdujeron allí unos palos de madera con una punta de metal al final. Plantaron tanto palos como mujeres había. Luego les quitaron las vestiduras. Allí desnudas, sus pies chapoteaban en la sangre de sus parientes y de sus hijos... Reconocí a Ludwin. ¡Lamentablemente se encontraba también allí! Lloraba, pero no decía nada. Una a una, las empalaron forzándolas a introducir la punta acerada entre sus piernas. Todas gritaron, Lucio, y ¿quién podría reprochárselo? Había cuatro hombres alrededor de cada mujer. Dos las tenían agarradas por brazos y piernas para que no pudieran escaparse. Los otros dos hacían fuerza sobre sus hombros para que la punta se hundiera. Pero suavemente. Muy suavemente. Al mismo tiempo les gritaban obscenidades. Y volvió a derramarse la sangre. Cada vez con más abundancia. Les goteaba a lo largo de las piernas hasta llegar a la nieve. Para hacer durar el suplicio, llegaban a tal punto de crueldad que incluso levantaban un poco a las víctimas, para volver a hundirlas nuevamente, y los gritos se reanudaban con más fuerza. Al cabo de un momento, dos o tres de las mujeres murieron en medio del sufrimiento. Entendieron que las otras no resistirían mucho tiempo. Entonces el jefe hizo otra señal. Los hombres sacaron sus espadas. Creí que iban a rematarlas. Empezaron por la más joven. No podía evitar mirar el largo palo que salía de entre sus piernas. Un hombre agarró uno de sus pechos, y el otro lo cortó con su espada. La joven lanzó un alarido, luego se desmayó. Estaba inundada de sangre. De todas formas le contaron el otro seno. ⁸⁸ E hicieron lo mismo con todas. Una a una, para que cada una de las mujeres tuviera tiempo suficiente de ver lo que le esperaba.

Eupalino se paró para recuperar el aliento. Todos le escuchaban en silencio, los ojos abiertos de horror. Eupalino continuó:

—Cuando todo se terminó, se mancharon tras saquear los graneros. Pude escaparme a la caída de la noche. Os he oído llegar desde lejos, y he venido a vuestro encuentro. Y esto es todo.

Lucio experimentaba una profunda repugnancia. Ni la muerte, ni los suplicios le eran familiares. Eryxias era el primer ser próximo que perdía. Lucio no había guerreado, y su alma y su corazón no se habían endurecido con la carnicería de las batallas. En cuanto a las ejecuciones capitales, conocía el terrible suplicio de la cruz, reservada a los esclavos y a los extranjeros. Pero sólo había visto las cruces desde lejos. No había visto jamás el estremecimiento del hombre tendido sobre la cruz recostada sobre el suelo cuando los clavos penetraban en sus muñecas.

Lucio había ido traduciendo paulatinamente las palabras de Eupalmo a Gerfrald, omitiendo los detalles más horripilantes. Pero tuvo que decirle que su hija había sufrido la misma suerte que las otras. Gerfrald palideció y se mordió los labios hasta hacerse sangran. Luego se volvió y se echó sobre la nieve, el cuerpo anqueado y con los dientes apretados. Lucio temió que le hubieran sobrevenido convulsiones *comitiales*. ⁸⁹ Al cabo de unos instantes, el jefe celta se distendió y volvió a montan a caballo sin pronunciar palabra, haciendo una señal de partida.

Agotado, Eupalino había cerrado los ojos. Lucio pensaba en el cuerpo sin cabeza de Eryxias y sentía que le venían náuseas. Muy pronto entraron en el poblado. Solamente el resplandor amarillento y vacilante de las antorchas iluminaba los cadáveres. El suelo estaba cubierto de cuerpos. Lucio no tuvo el valor de buscar el de Eryxias. Deindré y él pasaron lentamente entre los

palos, donde estaban ensartados los cuerpos azulados por el frío. Todos tenían enormes llagas en el pecho. Lucio giró la cabeza para vomitar. Deindre intentó sostenerlo, pero él la empujó brutalmente.

—¡Vuestros dioses a los que tanto gusta la sangre deben de estar bien satisfechos!

IV

Las manos ávidas de la muerte

Muy pronto vendrá la muerte,
la cabeza envuelta en tinieblas...
Retén, negra muerte, tus manos ávidas,
retenlas, sombría muerte.

CATULO, *Elegías*, 1, 3

«Cuando se hizo de día, di sepultura al cuerpo de Eryxias. Los meses han pasado. Gerfrald no pensaba más que en la venganza. Una mañana partió con los guerreros de Klenmore. Permanecieron ausentes largo tiempo. A su retorno, sus caballos venían flanqueándolo, Pero ninguno traía la cabeza de Glennferk. Genfrald me dijo que lo habían buscado en la larga noche sobre la blanda nevada. Todas las veces habían llegado demasiado tarde. Se encontraban lejos de Klenmore y Glennferk conocía mejor que ellos el terreno. Genfrald me juró que de todas maneras lo mataría, incluso si tenía que perseguirlo hasta el final de sus días. Y si no lo lograba, sus hijos lo vengarían, y tras ellos, los hijos de sus hijos.

»El sol ha empezado a subir más alto sobre el Océano. Cada mañana, he visto como la noche retrocedía poco a poco. La nieve se ha fundido. Al caminar, he sentido el estremecimiento del suelo. Ierné salía de su largo adormecimiento. Un día que me paseaba a lo largo del acantilado, creí ver a lo lejos unos pájaros blancos posados sobre el mar. Eran las velas de barcos llegados de Bretaña. Sus pilotos los dirigieron hacia la pequeña playa de Klenmore, y sus quillas rozaron la arena. Los marineros me dijeron que se reanudaría la navegación entre Bretaña y Armónica. Eupalino y yo comprendimos que se acercaba el momento de la partida. Unas semanas más tarde, abandonamos Ierné, su sangre, sus sueños. El Océano nos fue propicio, tanto entre Ierné y Bretaña como desde Belerión a Burdigala.»

Lucio se detuvo y enjugó el sudor que perlaba su frente. Ya no estaba acostumbrado al calor de Roma al principio del verano. Contempló a los que lo rodeaban. Aulo se había encorvado un poco más, y Publio había engordado. Pero Aurelia y Terencia no habían cambiado. En cuanto a Eupalino, sentado un poco retirado, su rostro estaba marcado con algunas cicatrices suplementarias, recuerdos de Ierné y de Glennferk...

Aulo tomó la palabra. Su voz continuaba tan firme como antes.

—Es preciso que descanses, hijo mío. De Burdigala a Roma, tu ruta ha sido larga.

—Estamos todos contentos de tu regreso —añadió Terencia—. Desde que nos enteramos de tu partida de Massalia hacia los países bárbaros, nos hemos temido lo peor. Ahora que estás aquí, puedo decirlo, me asaltaban horribles pesadillas. Te veía cargado de cadenas, la espalda ensangrentada por golpes de látigo. Creía que los celtas te habían reducido a la esclavitud, y que ibas a morir lejos de los tuyos y de tu país.

Aurelia se apretó un poco más contra Lucio y colocó su mano sobre la de él. Quizá era un gesto inconveniente, pero había esperado tanto que no le importaba la opinión de los demás. Le dijo tiernamente:

—No era un mensaje de los dioses. Solamente un sueño incoherente. ¿No es así, Lucio? ¿Los celtas te han encadenado alguna vez?

—No, ¡gracias a los dioses!

Aulo volvió a tomar la palabra, olvidando el consejo que apenas acababa de dar.

—Han pasado más de dos años desde tu partida. Al enviarte a Massalia, esperaba mantenerte al margen de la guerra que nos amenazaba. Creía que estallaría en seguida. Pero he aquí que me equivoqué en varios meses, y ¡llegas en medio de la batalla! Si sólo hubieses querido permanecer en Massalia después de regresar del país de los celtas...

Lucio le interrumpió:

—No tenía ningún motivo para ello. Mi viaje había terminado. Todo el tiempo que hubiera podido permanecer todavía entre los griegos no hubiera servido más que para hacer de mí un cobarde, tanto a los ojos de todos como a los míos propios. Si Roma es atacada, mi lugar está en Italia. —Se volvió hacia Aurelia y añadió con voz más suave:— Y desde hace demasiado tiempo Aurelia me espera. Nadie sabe cuánto durará esta guerra. Tenemos que casarnos sin más tardanzas.

—Sin duda tienes razón —dijo Aulo con tono resignado—. Pero la situación no es buena. Druso fue asesinado hace un año y regiones enteras de Italia se han rebelado contra nosotros. Umbría y Etruria, las más próximas a la Ciudad, no se han movido. Pero en las otras regiones... ¡Han reclutado a cien mil hombres en contra nuestra!

Los samnitas han tomado Aesernia 90 hace varias semanas.

Publio lanzó un profundo suspiro, y tomó a su vez la palabra:

—Han asesinado a Escipión, el magistrado que habíamos enviado. Todas las ciudades de Campania están con ellos. Intentan unirse en el norte con los marsos, para atezar a Roma. ¡Con decir que los dominios que tu padre y yo poseemos cerca de Neapolis 91 están en manos de los samnitas! De qué habrá servido salvarlos de la reforma agraria de los Gracos, si es para que nuestros enemigos los saqueen...

Lucio interrumpió a su futuro padre político:

—¡No creo lo que oigo! Nuestras legiones acampan sobre las ruinas de Cartago, el Mediterráneo nos pertenece, y, ¿no somos capaces de resistir a algunas poblaciones italianas?

—Tienes razón —intervino Aulo—. Es el momento de utilizar los recursos de que disponemos fuera de Italia. Por otra parte, el Senado ha empezado. Estamos reclutando tropas de Galia, en Iberia, e incluso entre los nómadas. Acabaremos por aplastarlos.

—A menos que vuelvan a la razón por sí mismos —continuó Publio con voz más firme—. Les hemos hecho propuestas de paz. Ellos dicen que quieren convertirse en ciudadanos romanos para disfrutar de los derechos que les hemos negado mientras les imponíamos deberes. El cónsul acaba de someter un proyecto de ley que debería calmarlos. Este proyecto promete conceder la ciudadanía a todos aquellos que acepten deponer las armas.

—¿No es demasiado tarde? —preguntó Lucio.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Hasta ahora, nos habíamos negado, porque temíamos no poder dominar a los nuevos electores que esta medida traería a Roma. Posteriormente hemos llegado a la conclusión de que combinando juiciosamente las circunscripciones electorales, el peligro sería menor de lo que nos temíamos. Naturalmente, no se lo hemos dicho. Pero algunos tienen sus dudas, y no se dejan convencer fácilmente. Por esta razón, es preciso también tomar las medidas militares que se imponen para poder vencerlos con la espada si no lo logramos con la diplomacia...

Terencia se preparó para levantarse. Pensaba no poder aportar nada muy útil a la conversación. Aulo le hizo una señal para que permaneciera sentada.

—No nos hemos reunido sólo para lamentarnos por estas malas noticias. Es preciso celebrar el regreso

Lucio vio la ternura en la mirada de su padre. Aulo añadió simplemente:

—Publio y yo hemos pensado que podríamos celebrar el casamiento de nuestros hijos al terminar el verano.

Aurelia apretó la mano de Lucio. Terencia le sonrió.

*

Los idus de agosto acababan de pasan. El casamiento se celebraría dentro de quince días. Una eternidad para Aurelia. Pero el calendario religioso lo imponía. Aulo y Publio habían ido a consultar al Sumo Pontífice. Ni pensar en hacer nada antes de finales de agosto: el día veinticuatro de este mes, se consideraba que se habían de abrir los infiernos. Era preciso también eliminar los días de las calendas, de los idus y de las nonas, así como los días de los dioses. Finalmente, el Pontífice había retenido el sexto día antes de los idus de septiembre. La dulzura del final del verano romano contribuiría a hacer que fuera una jornada maravillosa.

Lucio pidió a su padre que le concediera dos favores en honor al acontecimiento. En primer lugar tomar a Eupalino bajo su protección. Aulo no puso ninguna dificultad. ¿No había salvado Eupalino la vida de su hijo? A petición del piloto, le encontró un empleo en el circo, puesto que Eupalino no quería volver a navegar. Luego Lucio pidió que diera la libertad a Diófano. Aulo empezó haciéndose el sordo. A pesar de que habían transcurrido veinte años, no había olvidado que este esclavo le había costado muy caro. Pero Lucio insistió. Cuando hubo regresado, Diófano, al verlo, había llorado de alegría. Unos días más tarde, Lucio había sabido por su madre que su antiguo preceptor se había unido a una esclava, griega ella también, que pertenecía a Terencia. En Roma, los esclavos no tenían el derecho de casarse. Si el amo era indulgente, les permitía que vivieran en concubinato. Pero podía separarlos en cualquier momento si lo consideraba oportuno, y los hijos de estas uniones le pertenecían. Los más avaros, como Catón, habían incluso pensado en hacerles pagar algunos sestercios cada vez que hicieran el amor. A Diófano no le hacía ninguna gracia morir esclavo. Pero incluso liberado, nunca sería igual a un hombre nacido libre. Debería continuar trabajando un cierto número de días para Aulo, respetarlo, y si moría antes que él y sin herederos, legarle la mitad de sus bienes. Al menos podría casarse. Su mujer y él serían siempre considerados como antiguos esclavos, y colocados en el más bajo de los órdenes cívicos: ciudadanos de segunda categoría, a veces más ricos que muchos ingenuos, ⁹² Pero envidiados y despreciados por ellos. Esto no le preocupaba a Diófano. En contrapartida, sus hijos se convertirían en ciudadanos con todos los derechos. ⁹³

Aulo se dejó convencer. Una mañana, fue con Diófano y su futura esposa ante el pretor urbano ⁹⁴ para cumplir los ritos de la liberación. Los mismos marcarían el segundo nacimiento de Diófano, de lejos el más importante. Aulo declaró al pretor, mientras los tocaba con una varita, que devolvía la libertad a sus esclavos. El lictor del magistrado repitió el gesto antes de que el pretor hiciera una declaración solemne en la que confirmaba la decisión de Aulo. Al salir de la basílica, Diófano era libre. Decidió casarse en un futuro próximo, sin dar a este acontecimiento la brillantez que la modestia de sus medios económicos le impedían.

Para Lucio y Aurelia, todo se efectuaría de otra forma: su casamiento iba a desarrollarse siguiendo los ritos exactos de la *confarreatio*. Aulo y Publio insistieron particularmente en ello. Estuvieron en desacuerdo sobre un único punto. Publio quería que la boda se efectuara sin que Aurelia escapara a la patria potestad paterna. Era una novedad, pero cada vez más parejas adoptaban esa modalidad, a medida que la mujer ganaba en independencia frente a su marido. Aulo se había opuesto a ello formalmente. Por respeto a las tradiciones, pero sobre todo porque siempre había querido gobernar como cabeza de familia sobre todos los miembros de la misma: Aulo quería que Aurelia estuviese sometida a él. Mientras que él viviese, Aurelia le debería obediencia, igual que Lucio. Aulo administraría su dote y los bienes que Aurelia adquiriera. Jurídicamente, no sería más que la hermana de su marido y de sus hijos, sobre los cuales ella no podría ejercer ningún derecho. En la práctica, todo dependería del buen entendimiento que se estableciera entre Aurelia y su suegro, así como de la actitud de Lucio. Pero como buen jurista, a Aulo le gustaba tomar sus precauciones. Publio había terminado por ceder. No quería que interminables discusiones retrasaran más la boda. Aurelia contaba ya con veintidós años. A esta edad, todas las muchachas estaban casadas desde hacía mucho tiempo.

*

Aurelia sólo había dormido unas horas. En este mes de septiembre, el alba tardaba más en llegar que a principios del verano, y ella esperaba la salida del sol. Cuando Aurelia vio que la penumbra de su habitación disminuía ligeramente, se levantó y empezó a prepararse. Se vistió con una túnica blanca, de pliegues sin ribetes, y ciñó su cintura con un cinturón de lana haciendo un nudo doble. Luego se colocó un collar de oro y se calzó con unas sandalias del color del azafrán. Quedaba por hacer lo más laborioso. Aurelia colocó un espejo ante su rostro y no pudo reprimir un ligero suspiro: su piel era bastante morena por naturaleza, y precisaba de minuciosos cuidados para adquirir el cutis blanco que les gustaba a los hombres. En primer lugar, tomó un poco de plomo de Rodas en pasta, luego cambió de opinión. El cielo estaba despejado, y este maquillaje tenía el inconveniente de fundirse al ser expuesto bajo el sol demasiado intenso. Era preferible emplear un producto precioso, pero más seguro, un linimento sacado de excrementos de cocodrilo. Cuando su piel hubo conseguido la palidez deseada, Aurelia aplicó sobre sus mejillas unos ligeros toques de nitro rojo, que subrayaba sus rasgos. Satisfecha del resultado, sonrió, y sus labios dejaron ver unos dientes blancos y regulares: llegaría, sin duda, el día en que como todas las mujeres de edad, tendría que reemplazar los dientes perdidos con imitaciones de marfil sostenidas con hilos de oro, pero una eternidad de felicidad con Lucio la separaba de una vejez que no conseguía imaginar. Consagró aún unos minutos a subrayar sus cejas con una aguja impregnada de pasta de hollín grasa, y luego pudo dedicar sus cuidados al cabello. Se sacó la redcilla roja que aprisionaba desde la víspera sus negros cabellos, y luego llamó a las esclavas: las operaciones que seguían eran demasiado delicadas para que pudiera llevarlas a cabo sin ayuda.

Las dos mujeres entraron y la saludaron. La de más edad tomó el *hasta caelibaris*, el peine ritual en forma de hierro de lanza, y empezó a rizar su cabellera. La otra preparó seis rodetes postizos que ajustó por debajo de los cabellos de Aurelia apretándolos con cintas, con las cuales le ciñó también la frente. Aurelia no pudo evitar rogar a los dioses que la perdonaran. Era el peinado que llevaban las Vestales durante su largo período de castidad. Significaba la pureza de la recién casada. La esclava añadió una corona trenzada de mejorana y de verbena, y cubrió su cabeza con un gran velo rojo, llamado *flemmeum* porque era del color deslumbrante del fuego.

Vestida así, Aurelia salió de su habitación y se dirigió al altar de los Lares donde ya la esperaba Publio. Sobre una mesita había una gran cesta de mimbre. Contenía las muñecas con las que había jugado Aurelia cuando era niña. Siguiendo la costumbre la joven desposada las debía ofrecer a los dioses domésticos: se terminaba un período de su vida y colocaba bajo su protección el que iba a empezar. Aurelia estaba llena de alegría con la idea de su boda, pero, contra toda expectativa, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas cuando sus dedos rozaron las muñecas deslucidas por tantas caricias. Publio le pasó afectuosamente el brazo por encima de los hombros, y Aurelia recobró muy pronto la serenidad.

Las ceremonias podían comenzar. De acuerdo con las costumbres, las mismas debían desarrollarse en la mansión de Publio. Las paredes estaban adornadas de suntuosos tapices, adquiridos a precios elevadísimos en Oriente. Un poco por todas partes, habían colgado coronas de flores que se destacaban sobre un enramado verde. Publio no tenía más tiempo para comprobar si los esclavos habían arreglado las flores siguiendo sus instrucciones: oía el rumor de los invitados que se apresuraban ante su puerta. Después de haber echado una última mirada al armario de las imágenes para asegurarse de que estaba bien abierto, Publio dio orden de que abrieran las puertas de entrada. Aulo y Lucio fueron los primeros en acercarse. Cuando hubieron entrado todos los invitados, Publio fue a buscar a Aurelia. Cuando apareció del brazo de su padre, varias personas no pudieron retener exclamaciones de admiración ante su belleza. La pureza que emanaba de ella no provenía solamente de la regularidad de sus rasgos y de la blancura de su túnica: parecía brotar del interior. Lucio pensó en los cielos de Ierné. Incluso el Sumo Pontífice y el *flamen* de Júpiter, cuya

presencia era necesaria en todo *confarreatio*, se emocionaron. Se recobraron al ver acercarse a los auspicios, que llevaban sus trajes de ceremonia.

Éstos se volvieron hacia los futuros esposos, y empezaron a hablar con gravedad:

—Desde el alba, hemos leído los signos en el vuelo de los pájaros y en las entrañas de las ovejas madres. Son favorables. El rayo no ha desgarrado el cielo sin nubes, el trueno no se ha dejado oír, la tierra no ha temblado, no ha ocurrido ningún prodigio.

El *flamen* se volvió hacia Lucio y Aurelia, y les dijo:

—La mujer no puede ser conducida a la casa de su marido, ni el campo labrado antes de que los sacrificios a *Tellus*, nuestra Tierra Madre, hayan sido cumplidos. La mujer es como el surco fértil del arado: si *Tellus* regaña o tiembla, es que el tiempo no es bueno. Pero los signos son favorables. Ahora tenemos que recitar las letanías de *Tellus*, y las que se ofrecen a *Cenes* antes de que el arado remueva la tierra o que la hoz corte las cosechas.

El Sumo Pontífice elevó entonces los brazos en un gesto de súplica. Entonó una salmodia, que todos corearon: *Tellus mater, ordena a las divinidades que te obedecen que velen por el matrimonio que va a desarrollarse aquí. Que Domiduca proteja a Aurelia en el camino que lleva a la mansión de Aulo, que Domicio la retenga en el hogar, que Manturna la haga permanecer al lado de Lucio, que Virginiensis desate su cinturón, que Subigo la mantenga bajo su esposo, que Prema la domine, que Perfica una sus cuerpos.*

Los diez testigos se acercaron y pusieron su sello sobre las tablas nupciales en las que se había redactado cuidadosamente el contrato matrimonial. Publio tomó la palabra:

—Renuncio a mi autoridad sobre mi hija Aurelia. Que ella entre bajo la de Aulo. Si no se mostrase dócil con Lucio, será Aulo quien restablezca el entendimiento entre ella y su marido.

Aulo avanzó, y miró a Aurelia. Le dijo con solemnidad:

—Estarás bajo mi autoridad mientras yo viva. Debo recordarte la ley de Rómulo, el padre de la Ciudad. Si cometes adulterio, mi hijo Lucio podrá repudiarte. Pero tú, si él te engaña, tú no debes tocarlo, ni con la punta del dedo. En el acto sexual, la deshonra se transmite por la sangre, y es la sangre de la mujer la que alimenta a los hijos antes de su nacimiento. Por esta razón solamente se castiga el adulterio de la mujer: él introduce sangre extraña en la familia, perturba las relaciones de los hombres con los antepasados y los dioses, mancha a la mujer que lo comete. Recuerda también que no deberás abortar sin el consentimiento de Lucio. La vida de las criaturas que las mujeres llevan aún en su vientre no es sagrada: mientras que la criatura no haya nacido, no vive verdaderamente. Pero abortar sin el consentimiento de la familia, es cometer un crimen contra la misma al privarla de descendencia. —Aulo se interrumpió unos instantes, como si subrayara así la seriedad de sus palabras. Luego continuó: — No deberás guardar para ti la llave de la bodega para ir a beben vino, pues esta bebida oculta una semilla de vida extraña que mancilla la sangre de la mujer casada, y la de la familia. Acuérdate que sólo hay un paso entre la embriaguez de Baco y los desórdenes de Venus!

Aurelia inclinó la cabeza en señal de sumisión. El discurso de Aulo apenas la inquietaba. Las mujeres casadas se contentaban con sonreír cuando les hablaban de la antigua ley de Rómulo. Se transgredía sin escrúpulos en numerosas ocasiones, y para muchas mujeres no representaba ningún impedimento para tener amantes y beben los mejores caldos. Aurelia reprobaba estos desórdenes y pensaba que la fidelidad es una de las pruebas del amor. Pero ella no precisaba ninguna ley, aunque fuera de Rómulo, para sentirse obligada de otra forma que no fuera por su corazón.

Llegaba el momento más importante. Aulo y Publio se retinaron con los sacerdotes hasta el fondo del templo, pues ellos no debían participar en esta fase de la ceremonia.

Callida se adelantó. Era una amiga de Terencia, escogida para representar el papel de la *pronuba*. Como lo exigía la costumbre, esta mujer sólo había estado casada una vez, símbolo de feliz augurio para los dos esposos. Ella se acercó a Lucio y a Aurelia, y tomó sus manos en las suyas, mientras que dirigía una corta plegaria a Juno: «Juno, esposa de Júpiter, madre de los dioses, concede tu protección a Lucio y a Aurelia. Vela sobre su comprensión mutua, y haz que su unión sea fecunda».

Después de haber pronunciado estas palabras, Callida tomó la mano derecha de Aurelia y la colocó en la de Lucio. Aurelia miró a Lucio apretando su mano. Aurelia dijo las palabras sagradas. Eran las del rito, pero salían directamente de su corazón: «Que a partir de ahora esté bajo la autoridad de la familia de mi esposo. Allí donde tú estés Gayo, yo estaré Gaya».

Lucio sintió latir su corazón con más fuerza. Aulo tuvo que acercarse y recordarles que tenían aún que hacen un sacrificio al padre de los dioses. Lucio y Aurelia se serenaron y se dirigieron hacia el altar. El *flamen* dedicó una corta plegaria a Júpiter Farreo y a Juno, así como a algunas divinidades campestres mientras que los desposados daban una vuelta al altar por la derecha, precedidos de un niño que llevaba en sus manos una vasija que contenía harina sagrada mezclada con sal. Después de haberla esparcido sobre el altar, compartieron un pastel de espelta 95 en señal de unión. Apenas acababan de sentarse en las dos sillas adornadas con la piel de la oveja sacrificada durante el alba por los auspicios, cuando el silencio fue roto por los gritos de alegría de sus padres y de sus invitados.

—¡*Felicitet*! ¡Sed dichosos durante toda vuestra vida!

Los novios se dirigieron sonriendo hacia el comedor. La comida que había hecho preparar Publio iba a durar hasta el anochecer. Aulo y Terencia estaban radiantes: Aurelia les gustaba a los dos. Aulo amaba su reserva y su educación. Más aguda, Terencia adivinaba bajo esas apariencias una personalidad que la seducía. Estaban contentos ante todo por la felicidad de su hijo, que se añadía a la alegría aún próxima de su retorno. Publio y Sempronia experimentaban idénticos sentimientos, en los que se mezclaba la tristeza. Perdían a una hija para siempre. Se iba a vivir a casa de Aulo, que se convertía en su padre. Cuando éste falleciera, Lucio le reemplazaría. Tales eran los pensamientos que los agitaban, en medio de las risas y de la brillantez de la vajilla de oro sobre la que se sucedían los platos refinados, regados por los mejores vinos griegos.

Lucio y Aurelia esperaban con impaciencia la caída de la noche. No tenían más que una idea en la cabeza: encontrarse a solas. Pero no era cuestión de partir de improviso. La ceremonia de la boda se prolongaba hasta el lecho nupcial. Muy pronto aparecieron las primeras estrellas. Cuando vieron a Lucio y a Aurelia levantarse, los comensales les imitaron. Aurelia se prestó gustosamente a actuar como lo exigían las usanzas. En lugar de seguir a Lucio, aparentó refugiarse en los brazos de su madre, como si quisiera escaparse de un raptó. La arrancaron de allí sin miramientos, y Aurelia no pudo evitar reír mientras la arrastraban hacia fuera.

Se empezó a formar el cortejo, a la luz de las primeras antorchas distribuidas entre los invitados. Aurelia rió aún más cuando vio el resplandor de las mismas: una llama viva prometía un marido enamorado; languideciente, era un mal augurio. Los amigos de las dos familias agitaban las antorchas para que las llamas subieran aún más alto, y lanzaban a los desposados el grito misterioso de *Thalassio* del que nadie conocía ya el significado, pero del que se sabía que traía la felicidad.

En las calles se amontonaba una multitud curiosa. Todo el mundo en Roma sabía desde hacía días la fecha de la boda. Los numerosos protegidos de Aulo y de Publio se habían frotado las manos en sus casuchas de Subure: su espórtula sería mayor que de costumbre. Estaban de buen humor, y no les molestaba, como lo imponía la costumbre, dirigir a los jóvenes desposados una mezcla de canciones disolutas y obscenidades que llegaban incluso a tapar el sonido de las flautas. De esta forma el mal de ojo se alejaría de la joven pareja, y se aseguraba su fecundidad. Aurelia y Lucio encabezaban la marcha. Este último lanzaba nueces a los niños que le precedían gritando. Dos muchachitos caminaban al lado de Aurelia cogidos de su mano, y un tercero la precedía blandiendo una antorcha hecha de ramas de espino blanco estrechamente entrelazadas en honor de Cenes. Esta antorcha había sido encendida en el hogar familiar. Los invitados se apoderaban de las teas que se desprendían tras haber apagado la llama bajo sus pies: era uno de los mejores talismanes. Detrás de Aurelia, una mujer llevaba una rueca y un huso, símbolos antiguos del papel que la tradición asignaba a la esposa. El camino era muy corto hasta la mansión de Aulo. Muy pronto llegaron a su puerta. Ella estaba enmarcada por grandes colgaduras blancas, y en el umbral habían colgado una brazada de verdes follajes. Lucio fue el primero en entrar, mientras que Aurelia permanecía inmóvil. Aulo le tendió dos pequeños recipientes que contenían grasa y aceite. Aurelia frotó con

ello los batientes de la puerta, los envolvió en bandas de lana, y esparció varias flores sobre el umbral. Cuando Aurelia volvió a enderezarse, Lucio y ella pronunciaron las palabras que habían intercambiado al mismo tiempo que sus consentimientos. Dos senadores, amigos de Aulo y de Publio, cogieron a Aurelia delicadamente y la llevaron por encima del umbral teniendo buen cuidado de que sus pies no tocaran el suelo. Era la mejor manera de que no tropezara al entrar en su nuevo hogar, torpeza en la que todos habrían visto un mal presagio. Lucio la acogió en sus brazos, y la depositó suavemente en el suelo. Luego se dirigieron al larario pasando ante las imágenes. A Lucio le pareció que sonreían. Los desposados dedicaron una corta plegaria a los dioses. En otros tiempos, Aurelia se hubiera sentado a continuación sobre la estatua de un dios de miembro prominente, simbolizando con este acto su próxima desfloración. Pero ya nadie cumplía este rito, aunque todos lo recordaran. Lucio recogió un poco de agua en el *impluvium* con la ayuda de una copa de plata; luego encendió una pequeña antorcha. Le pasó estos dos objetos a Aurelia, ofreciéndole así agua y fuego, signos de vida. Aurelia los sostuvo algunos instantes en sus manos, y los pasó a Aulo. Acompañados solamente de algunos amigos íntimos y de Callida, los esposos penetraron en el *tablinum*. Callida había preparado allí el lecho nupcial esta misma mañana, mientras lo consagraba. Lucio hizo señal a Aurelia de que se tendiera allí. Luego se despojó de su manto. Sus manos se dirigieron a su cintura y empezaron a deshacer el doble nudo que aguantaba su túnica. Antes de que Lucio hubiera terminado, Callida y los que la acompañaban habían salido de la estancia.

*

Las manos de Lucio temblaban. No había olvidado el cuerpo de Aurelia. Pero había pasado tanto tiempo... ¿Iba ella a reconocer el suyo? Sintió que lo invadía el temor. Como todos los hombres de su tiempo, temía perder su virilidad en el momento crucial. Aurelia leyó la turbación en sus ojos. Lucio había ya deslizado su túnica hasta sus caderas y había descubierto su pecho. Los senos de Aurelia terminados en dos cortas puntas rosadas, rodeados de sus pequeños cordoncillos, se agitaban, y Lucio oía el rumor ligero de su aliento a través de sus labios entreabiertos. Sin decir nada, Aurelia cogió su mano, que se había detenido bruscamente, y la colocó sobre su pecho. Lucio sintió una oleada de calor que subía a sus mejillas, y a su corazón latir más rápido. Comenzó a acariciar el pecho de Aurelia, y con la mano que le quedaba libre, hizo resbalar su túnica hasta los pies. Se desprendió de su toga. Sus dos cuerpos desnudos se acercaron y sus bocas se unieron. Cuando sus labios se separaron de los de Lucio, Aurelia le dijo:

—Siempre estabas aquí. A pesar de lo lejos que te fuiste, hasta las brumas de Ierné, yo estaba contigo. Te he esperado con tal intensidad que nunca te he dejado. No me digas nada. No hables. Dame tu aliento, tus manos, tu corazón, para que seas mío para siempre.

La mano de Lucio descendió lentamente hasta el vientre de Aurelia. Sus primeras caricias rozaron solamente su vello púbico, mientras que su pecho se apretaba a los senos de la joven, cuya respiración se hacía más intensa. Empezó a besar sus puntas duras y erectas. Aurelia apretaba su miembro que se henchía. La mano de Lucio se abrió paso entre sus piernas. Separó suavemente los labios de su sexo, y sintió a Aurelia estremecerse. Sus dedos se detuvieron y luego reanudaron sus caricias. Aurelia sentía el calor irradiar poco a poco, apoderarse lentamente de su vientre y de sus muslos en olas concéntricas. Se adhirió contra Lucio, que penetró en ella. Aurelio empezó a jadear. Una fracción de segundo después de que ella hubo gritado, él también gozó, lanzándose con todas sus fuerzas en lo más profundo de su vientre, mientras que su nuca y su mandíbula se contraían bajo el placer. Permaneció largo tiempo dentro de ella, acurrucado en su calor, mientras que sus manos acariciaban su espalda. Cuando se hubo retirado con suavidad, permaneció cerca de ella, los brazos alrededor de su cuerpo.

—¿Has amado tanto como en Massalia, Lucio?

—Se dice que son nuestras amantes las que nos dan los placeres más intensos. Pues bien, ¡estamos casados por los dioses y por los hombres, pero no me he sentido jamás tan amante tuyo!

— Yo también! —dijo ella riendo y besándolo. Suspiró. Luego continuó con más gravedad—: Lucio, no hemos hecho el amor a menudo. No me imaginaba que esto fuera así.

—¿Estás decepcionada? —preguntó él con inquietud.

—Al contrario! Creía que un esposo no se preocupaba por dar placer a su mujer. Tú, tú actúas de otra manera...

Lucio sonrió.

—Tienes razón. Nos enseñan que hagamos con las mujeres como... —dudó un instante, luego continuó—: como con nuestras esclavas. Nosotros somos los amos, ellas deben servirnos. Algunos dicen incluso que es mejor amar a un muchacho joven o hacer el papel de la mujer que intentar dar placer a la esposa antes que a uno mismo.

Aurelia lo miró con expresión divertida y curiosa.

—No me has dicho por qué tú actúas de forma diferente

—Porque te amo. Porque estas ideas son buenas para mujeres cuyos padres los han casado contra su voluntad, o para aquellos en que la costumbre pasa por encima de los sentimientos. Es por esta razón que tienen tanta necesidad de concubinas o de prostitutas. Cuando las personas que se casen se amen en vez de respetarse solamente, actuarán de otro modo.

Lucio volvió a acercarse a Aurelia y la besó largamente. Cuando hubo terminado, Aurelia había olvidado lo que había querido decir. Sentía el sexo de Lucio que se endurecía nuevamente contra su vientre. Se apretó contra él, y respondió a su beso. Lucio la incorporó dulcemente. Aurelia entendió lo que él deseaba. Se montó encima de él y replegó sus piernas debajo de ella, mientras acercaba su pelvis al bajo vientre de Lucio. A la mayoría de los romanos les gustaba esta postura, a la que llamaban «el caballo de Eros», porque podían esperar de esta manera pasivamente la ofrenda del placer. Pero ésta no era la intención de Lucio. Tenía cuidado en procurar tanto placer a Aurelia como con otra posición. Quería contemplarla. Le parecía que se pertenecían más aún si la mirada acompañaba los movimientos de sus cuerpos. La silueta de Aurelia se destacaba contra la abertura de la ventana. La noche era despejada. Su cuerpo plantado sobre su sexo se destacaba contra las estrellas en un balanceo cuyo movimiento se acentuaba. La visión de las mujeres empaladas de Klenmore surgió bruscamente en la mente de Lucio.

*

Lucio y Aurelia no vieron llegar el invierno. Ya nada contaba para ellos. Aulo no decía nada pero empezaba a inquietarse. Que Lucio, dejando de lado las conveniencias, experimentara pasión por Aurelia, lo podía aún admitir haciendo un esfuerzo. Había caído en este delirio cuando había conocido a Terencia. Pero no por ello había descuidado el Foro. Antes de su partida Lucio había tenido un debut prometedor allí que no había sido olvidado. A pesar de que había sido discreto sobre su viaje, todo el mundo había oído hablar del mismo, y lo que la gente no sabía, lo inventaba. Sin que hiciera nada encaminado a este fin, Lucio se convertía en una especie de héroe. Se murmuraba que el Senado le había encargado una misión de reconocimiento en el país de los bárbaros del Norte, que él había triunfado allí donde Escipión Emiliano no había cosechado más que un fracaso estrepitoso. Otros añadían que en Ierné Lucio había vivido aventuras extraordinarias de las que confiaban las peripecias bajo la cobertura del secreto. Aulo no estaba descontento de esta gloria incipiente, Pero temía que se desvanecieran si su hijo tardaba demasiado en explotarla. Por su parte, Aurelia estaba contenta de que prefiriera su compañía a la de los solicitantes del Foro. Pero un día que se paseaban por el barrio del Palatino le preguntó:

—¿Echas a faltar tanto Ierné? Me hablas más a menudo de este país que de la Ciudad, y presiento que algo importante debió de pasar allí. Quizá no me lo hayas contado todo...

Lucio dudó antes de contestar. Acabó diciendo:

—No daría ni uno solo de tus cabellos por toda la tierra de Ierné.

Pero me embrujó.

—¿Embrujó?

—No tengas miedo. Nadie me lanzó una maldición. Pero ya no pienso como antes. Por eso pospongo mi vuelta al Foro. Cuando me fui de aquí, todo estaba claro. Las ideas de mi padre eran las mías. Y luego he visto otras cosas, otras gentes. No te puedes imaginar cómo un paisaje influye sobre nuestros pensamientos. Allí arriba, no hay olivos ni viñas. Los rumores misteriosos del bosque reemplazan al canto rechinante de las cigarras. El Océano es infinito. El día y la noche duran meses. He empezado a preguntarme si los astros y el mar obedecen a las mismas leyes en todas partes, es posible que la frontera entre lo justo y lo injusto no esté fijada de una vez por todas.

—Sin embargo, los celtas tienen dioses, leyes, reyes...

—Para ellos también hay un bien y un mal. En algunos aspectos, se parecen a nosotros. Pero no siempre. Y, ¿quién puede decir que ellos están equivocados o tienen razón?

—Pero sigues creyendo en nuestra Ciudad y en sus magistrados...

—¡Naturalmente que sí! Roma es y continuará siendo mi patria. Pero puede ser que todo lo que nosotros decimos y defendemos, lo que pretendemos aportar a los otros pueblos, no tenga bases similares, ni sea válido en todas partes y para todos.

Aurelia callaba. Una pregunta le quemaba los labios tras el regreso de Lucio. Si no aprovechaba este momento para hacerla, pasaría mucho tiempo antes de que se presentara otra ocasión. Aurelia cogió su mano.

—Algunos cuentan que llegaste más lejos aún que Ierné, que has encontrado a los hiperbóreos de los que hablan las leyendas. ¿Es cierto esto? ¿Es a causa de los misterios que ellos te revelaron que has cambiado?

Lucio vaciló. El recuerdo del juramento que hizo a Deindré le volvió a la mente. Pero, ¿qué pensaría Aurelia si se negaba a hablar de ello? Los dioses celtas estaban lejos. Le explicó todo: Thule, las extrañas tiernas más al Norte donde moraban quizá los hiperbóreos, los misterios sangrientos de Samhaín... Le habló largo tiempo. Aurelia le escuchaba sin decir nada, mientras seguía cogida de su mano. Cuando Lucio terminó, Aurelia se apretó contra él. Lucio sintió que se estremecía. Le dijo con una risa un poco forzada:

—¿Piensas en la nieve de Ierné?

—He sentido mucho frío al escuchante. Pero no tiene importancia —le dijo ella sonriendo—. Te agradezco que me lo hayas contado, y doy gracias a los dioses de que no te hayan permitido llegar hasta Hiperbórea. No habrías regresado nunca.

*

Lucio se enjugó el sudor que se deslizaba por su frente. Se ahogaba bajo su vestimenta de cuero y su coraza. Su caballo no estaba en mejores condiciones. También estaba inundado de transpiración y gastaba las fuerzas que le quedaban intentando cazar las moscas que lo atormentaban. El general L. Cornelio Sila velaba por su popularidad y por sus hombres. La disciplina era más bien floja en sus legiones. Para que sus hombres le fueran fieles, no dudaba en dejarlos saquear sin vergüenza las ciudades de los confederados italianos que él conquistaba. Pertenecía a una antigua familia de patricios, Pero le apasionaban el lujo y los placeres. Pero no por ello dejaba de ser un buen general. Fue un legado de Mario y se había hecho famoso por la captura de Yugurta. Tenía ya cuarenta y siete años, Pero su estrella ascendía rápidamente, al punto de enemistarse con su antiguo jefe, que se había convertido en un obstáculo en su camino. Por otra parte, lo que más odiaba eran las ideas democráticas. Se declaraba el firme sostén del Senado, y prometía que una vez elegido cónsul, sabría restablecer el orden en la Ciudad, y someten a sus enemigos más peligrosos, como ese astuto de Mitrídates. Pero primeramente era preciso dar mate a la revuelta de los italianos. Entre los confederados, algunos habían aceptado las proposiciones del Senado y depuesto las armas. La ciudad latina había conseguido reclutar el doble de soldados que sus adversarios, y volvía a tener la ventaja. Algunos días antes de la boda de Lucio y de Aurelia, el cónsul L. Cesar ⁹⁶ había destruido enteramente, cerca de Aesernia, los ejércitos samnitas y de la Campania. A principios del año siguiente, Cn. Pompeyo Estrabo retomaba Asculum ⁹⁷ en el frente norte. A continuación, Sila

sucedió en Campania a L. Cesar como legado a la cabeza de su ejército. Fue en este momento que se había decidido la incorporación de Lucio en sus filas. Para ello no escaseaban razones. Aulo y Publio se contaban entre los partidarios más acérrimos de Sila. Además, las operaciones se desarrollaban muy cerca de sus dominios campanianos. Finalmente, para hacer carrera política, era indispensable tener al menos una campaña militar en el activo. Evidentemente, Lucio no servía como simple legionario. Como todos los hijos de la aristocracia romana, formaba parte de la caballería. A pesar de su tristeza Por abandonar a Aurelia, había hecho al mal tiempo buena cara. Participar en la defensa de la Ciudad era además un deber imperativo. Aurelia se había resignado a este nuevo alejamiento. Había intentado consolarse diciéndose que la campaña sería breve.

Aurelia no se equivocó. A finales del mes de abril, Sila ocupaba y destruía Estabies. Un mes más tarde, sus ejércitos tomaban Herculaneum. Con sus alas libres, Sila se dirigió de inmediato hacia Pompeya, donde Lucio bordeaba en ese momento las murallas aplastadas por el sol del estío. A la espera del asalto final, Lucio pensaba que la vida militar no era tan desagradable como se la había imaginado. Las dos batallas en las que había participado habían desembocado en brillantes victorias, y todo hacía suponer que el asedio de Pompeya se terminaría de la misma forma. Los jóvenes oficiales con los que compartía la tienda eran de su medio, no tenía que rozarse demasiado a menudo con la soldadesca. Entre ellos, había simpatizado con un joven venido de Arpinum. ⁹⁸ Marco Tulio Cicerón no era noble. Su familia se contaba solamente entre las notables del país de los Volscos. A veces parecía que esto le molestaba. A menos que su actitud tuviera que ver con su juventud: sólo tenía diecisiete años, diez menos que Lucio. A Lucio le impresionaba la amplitud de su cultura, que se extendía a todos los dominios, con una predilección particular por el derecho y la filosofía. Luego, Lucio supo que su padre lo había confiado en Roma a los oradores y jurisconsultos más famosos. Cicerón tenía ideas liberales, que sorprendían en el campo de Sila, y no dudaba en pronunciarse Por el otorgamiento del derecho de ciudadanía a los italianos.⁹⁹

Lucio observó lo alto de la muralla. Los pompeyanos estaban decididos a batirse con la energía de la desesperación. Habían reparado apresuradamente las fortificaciones y varios centinelas recorrían el recinto amurallado examinando el campamento de Sila.

Lucio retrocedió rápidamente y bajó del caballo una vez que se hubo alejado. El campamento estaba lleno de esclavos. Los oficiales disponían de varios de ellos y los simples soldados también tenían alguno. Hizo señas a uno de los suyos para que se ocupara de su montura y se dirigió hacia su tienda. Eupalino lo esperaba allí. Después del naufragio en las costas de Ierné, había nacido una especie de amistad entre ellos. El antiguo piloto le había contado su vida. Como Lucio había supuesto, Eupalino no era más que un nombre ficticio. Se llamaba Chaonio; Eupalino no era un nombre, solamente la indicación de su origen, la provincia griega de Epiro. ¹⁰⁰ Su padre había sido asesinado por los romanos, y su madre hecha esclava y conducida a Roma cuando aún lo llevaba en el vientre. Agotada Por los malos tratos, había muerto poco tiempo después de su nacimiento. Él había sobrevivido, y los trabajos agrícolas le habían enseñado a resistir el sufrimiento. Se había vuelto tan fuerte que su amo, un hacendado, había pensado que le aportaría más en los combates del cinco que en las cosechas. Colocado en Roma en una escuela de gladiadores, Chaonio aprendió el manejo de las armas, y ganó numerosos combates. Hasta el día en que la espada de un nómada le desgarró la cara. Chaonio había caído aturdido sobre la arena, esperando el golpe final. Pero el público obtuvo su indulto del magistrado que presidía los juegos. Chaonio comprendió que una suerte tal no se produciría dos veces. Consiguió escaparse, y llegó a Ostia donde se enroló como remero. Al azar de sus viajes, desembarcó en Grecia, y aprendió la lengua de sus padres. Para más seguridad, y con una especie de orgullo, había tomado el nombre de Eupalino. Un capitán se fijó en él y le enseñó el oficio de piloto. Su particular apego convirtió a Massalia en su puerto preferido. Ierné había sido su último viaje. Cansado de los peligros del Océano, había decidido probar suerte en el medio que antes había conocido. Gracias a las recomendaciones de Aulo, se había convertido en adjunto de un lanista.¹⁰¹ Nadie lo había reconocido. Su nombre había cambiado, así como su rostro desfigurado por la larga cicatriz. Pero cuando Eupalmo supo de la partida de Lucio para el

ejército, insistió en acompañarlo. Él, que no había tenido ni mujer ni hijos, experimentaba una extraña ternura por ese joven.

Lucio cogió la toalla húmeda que Eupalino le tendía, se enjugó el rostro y se sacó la coraza y las perneras dejando escapar un suspiro de alivio. No pudo evitar hacer la pregunta que flotaba sobre todos los labios.

—¿Crees que mañana venceremos?

Eupalino rió secamente antes de responden con expresión confiada:

—Los pompeyanos están organizados, Pero no son lo suficientemente numerosos. Se verán obligados a rendirse. De todas maneras, después de Nola, ya no les queda ninguna esperanza.

Lucio se tendió sobre su cama y, mientras Eupalino le daba un masaje, añadió como para convencerse:

—Sila está más optimista que nunca. Ha hecho grabar su nombre sobre las balas de piedra que nuestras catapultas escupirán mañana sobre las murallas de Pompeya, diciendo que así la ciudad se acordará siempre de él. 102 Tiene una confianza insuperable en su suerte. Nos repite que debe sus victorias más al favor de los dioses que a su propia habilidad. Según él, las decisiones que le dan más resultado en el campo de batalla son las que toma repentinamente como si se las dictaran los dioses. ¡Qué hombre más curioso! En todo caso, los dioses parecen verdaderamente estar con él.

—Con tal de que permanezcan con él hasta mañana por la tarde, es lo principal —añadió Eupalino, que creía más en la astucia de Sila que en sus inspiraciones divinas.

A partir de las primeras horas del día, el general hizo tomar los auspicios y constató sin sorpresa que eran favorables. Envuelto en su manto escarlata de comandante en jefe, dirigió una breve arenga a sus tropas. Los caballos, las trompetas, el ejército entero habían sido convenientemente purificados por los sacerdotes antes de abrir la campaña. Los augures habían trazado el recinto del campo siguiendo los signos sagrados. Los romanos estaban en su derecho, y se habían cumplido todos los ritos.

En las murallas de Pompeya, la agitación era febril. Se oían los toques de trompetas: los pompeyanos habían visto a las legiones formarse en orden de batalla.

Una descarga de proyectiles de piedra pasó por encima de la cabeza de los legionarios hiriendo el aire. Se elevaron en el cielo, su marcha aminoró en el cénit de su trayectoria, y se aceleró nuevamente antes de caer con un ruido sordo sobre las murallas de la ciudad. Los encargados de las catapultas se turnaban para dar la vuelta a las enormes manivelas que torcían las fibras trenzadas apretadamente, cuyo brusco escape proyectaba las balas de piedra en el cielo.

Al cabo de un momento, Sila impartió a sus oficiales la señal de ataque. Éstos hicieron frente a las murallas y gritaron:

—¡Alzad los *signa*!

Los portaestandartes de cada manípulo blandieron las sagradas enseñas, a las que los soldados rendían un verdadero culto. Luego las legiones se pusieron en formación de tortuga juntando sus escudos de madera. La muralla humana se puso en marcha hacia Pompeya, y las primeras flechas se clavaron en los escudos con un ruido sordo. Cuando los legionarios de la primera fila empezaron a avanzar, otros soldados se hundieron en los corredores subterráneos cavados los días anteriores para permitirles acceder fácilmente a la ciudad asediada.

Se dejó oír el rechinar de las ruedas de la máquina de asalto. Las torres móviles, cangadas de hombres y de catapultas, avanzaban lentamente. Más rápidos, los carros de dos ruedas, totalmente cubiertos, les precedían. Finalmente, se alargaban las galerías de madera hasta la base de las murallas. Los pompeyanos lanzaban flechas incendiarias contra las mismas, sin conseguir que prendieran las llamas. Justo antes del ataque, Sila había tomado la precaución de hacerlas recubrir de pieles embebidas de agua.

Lucio observaba el espectáculo con fascinación. Prefería los asedios y su lado técnico a las refriegas de la batalla en la llanura. Lamentaba solamente el papel pasivo que se le había adjudicado. En un asedio, la caballería no servía de mucho. Muy pronto escuchó unos golpes sordos. Protegido por las tortugas y las torres móviles, un grupo de soldados había llegado hasta la

puerta del Vesubio. Empezaron a sacudirla con un pesado ariete de hierro. Como lo había prometido Sila, todo estuvo terminado esa misma tarde.

A fines del invierno, la guerra contra los confederados estaba prácticamente terminada. Subsistían algunos núcleos de resistencia en las montañas. En apariencia, y a pesar de sus victorias militares, Roma se había doblegado: todos los pueblos de Italia iban a acceder a la ciudadanía romana. Pero el Senado estaba a la expectativa, decidido a hacer esperar mucho tiempo a los italianos la realización de sus promesas. Aulo y Publio se sintieron aliviados. Acogieron a Ludo con alegría cuando regresó de Pompeya para asistir a las fiestas de otoño que señalaban la feliz conclusión de la campaña militar. Había llegado el momento de celebrar el Caballo de Octubre.

En el día citado, dos carros se lanzaron por la pista del Campo de Marte. Cuando el vencedor sobrepasó la línea de llegada, se degolló al caballo de la derecha de su Junta, para matar simbólicamente a la guerra. Dos hombres cortaron la cola del animal y la llevaron a toda prisa al templo de Vesta para hacer gotear la sangre en la hoguera del fuego sagrado. Las Vestales conservaron las cenizas cuidadosamente. Las distribuían a la multitud en los días de purificación de los rebaños y de los establos. Los adolescentes desparramarían entonces allí haces de paja encendidos sobre los que saltaban en señal de vigor y de fecundidad. Durante ese tiempo, en el Campo de Marte, los sacerdotes cortaron la cabeza del caballo. Luego la adornaron con una corona hecha con miga de pan. Muy pronto la multitud de los barrios populares se lanzó sobre ella, y se organizaron batallas campales entre aquellos que querían apoderarse de la cabeza. Los habitantes de Subure fueron los más fuertes. Clavaron la cabeza del caballo en el pináculo de la torre Mamilia: la misma los protegería durante todo un año.

Lucio había asistido a estas ceremonias sin entusiasmo. No tenía más que un pensamiento en la cabeza: volver a Campania con Aurelia. La guerra no le había devuelto el gusto por la política, y estaba cansado de tener que adoptar evasivas para responder a las preguntas con las que le abrumaba su padre. Había encontrado un buen pretexto para alejarse de Roma sin atraer su cólera. Los dominios en Campania de Aulo estaban muy cerca de Pompeya. Habían sufrido con la guerra, puesto que los ejércitos rebeldes practicaban la política de la tierra quemada, y el personal de explotación había sido dispensado en el transcurso de las hostilidades. Había mucho trabajo para volver a poner todo en orden, y Aulo ya no tenía edad para realizarlo. Lucio le había propuesto que él se ocuparía de ello, y Aulo había aceptado. Lucio tenía veintisiete años. Iba a conocer en Pompeya la época más feliz de su vida.

*

Las viñas cargadas de racimos negros y dorados cubrían las pendientes del Vesubio con ese impulso obstinado de su fertilidad, oleaje oceánico nacido de la llanura. Los días de mucho viento, las miríadas de pequeñas hojas se estremecían como si la viña cobrara vida, con todas sus cepas rugosas sólidamente fijadas en los flancos del volcán amodorrado, para confianza de los hombres. Los bosques de álamos plateados mezclaban sus troncos esbeltos al balanceo pulposo de las uvas. En Campania, todos decían que Baco había dado la vid como esposa al álamo. **103** En todas partes, en los campos se veía la vid acariciar su tronco con sus amorosos brazos, con sus curvas femeninas y fecundas sostenidas por los cordajes tendidos entre los árboles. Cuando el álamo brotaba de la tierra en su empuje infernal, subía hacia el cielo con una orgullosa rectitud. Luego se dejaba embriagar por las caricias insistentes de la vid. Ésta subía hasta su cima, donde el árbol, vencido, mezclaba en apoteósica eclosión su follaje de hinchidos racimos con el don de los dioses. Cuando se levantaba la brisa, se oía en los ramajes el murmullo de estos amores divinos, y el árbol oscilaba dulcemente, tambaleándose bajo la sagrada embriaguez.

La vendimia había empezado hacía días. Lucio se dirigió hacia la prensa, cerca de la cual se encontraba Numerio, el intendente que había contratado desde su llegada. Había tenido suerte al escogerlo. Por una vez, no se trataba de un griego, sino de un campesino osco cuya familia había estado siempre instalada en el territorio pompeyano. Las tierras de su pequeña explotación habían

quedado devastadas por la guerra, por lo que había estado más que contento de aceptar el empleo. En los días que había pasado en Roma durante la fiesta del Caballo de Octubre, Lucio había releído con atención el tratado de agricultura de Catón. El Censor aconsejaba que se vendieran con prioridad los esclavos viejos y los caballos viejos, cuyos cuerpos estaban gastados por demasiados años de trabajo. Pero en un buen número de puntos sus enseñanzas habían sido superadas. Lucio se había percatado de ello hablando con Numerio. Cuando había empezado a recitarle el libro de Catón, el intendente no le había contradicho. Pero Lucio había advertido la sonrisa astuta del viejo campesino.

Lucio entró en el edificio donde estaba instalada la prensa. Era un vasto cobertizo bien acondicionado. Los carros hundiéndose bajo el peso de la uva se detenían a la altura de una gran ventana abierta en el muro. Los obreros los descargaban sobre un área más elevada, pavimentada con piedras del Vesubio, luego los nacimos eran pisados por esclavos de pies violáceos. Un olor penetrante inundaba toda la habitación. Una vez terminado el prensado, los nacimos se colocaban en cestos de ancha boca dispuestos bajo los brazos de la prensa. Los mismos estaban colgados por cuerdas a unas poleas fijadas a una viga enorme. Se podía así dosificar de manera precisa la fuerza del prensado. El jugo fluía por un canal que rodeaba el área de la prensa, y se perdía hacia la bodega donde caía en grandes recipientes. La bodega también estaba subdividida en dos partes. La primera pieza no estaba más baja que el nivel del suelo, y sus muros estaban ampliamente abiertos al viento dominante que venía del este. Allí se conservaba el mosto que daría los vinos de más cuerpo. En la segunda pieza, los grandes recipientes estaban empotrados a la altura del suelo y sus cuerpos se hundían bajo la tierra. Los mismos estaban protegidos de las corrientes de aire para que permanecieran a una temperatura siempre estable. Débil y ligero, este vino no se subía tanto a la cabeza. Lucio contemplaba estas instalaciones con un orgullo mezclado de inquietud. ¿Y si el vino no se vendía tan bien como se había previsto? Se acercó a Numerio.

—Y bien, Numerio, ¿te satisface la vendimia?

Una ancha sonrisa iluminó la cara rojiza del intendente. No se sabía con certeza si sus colores se debían al sol de Campania o a los placeres de Baco.

—¡Por Dionisio, es mejor de lo que esperaba! Tienes suerte de que las tierras de tu padre no hayan sido devastadas por la guerra.

En otros dominios, no queda más que la ceniza de las cepas que el año anterior aún estaban cargadas de uva.

—Tanto mejor —aprobó Lucio en tono prudente—. Pero dime, ¿crees que la inversión habrá valido la pena? He gastado muchos sestercios para construir una prensa moderna, y quizá hay otras cosas mejores que la viña...

Numerio movió la cabeza. Se adosó contra la pared húmeda, y tras haber aspirado con un placer evidente el olor pesado y familiar, dijo:

—Escucha, no soy más que un campesino y no he oído nunca hablar de tu Catón. Pero hace mucho tiempo que trabajo aquí. Y también voy con frecuencia a la ciudad. Conozco a todos los mercaderes. Cuando voy al puerto, puedo decirte adónde se dirigen los navíos y de dónde vienen, así como lo que transportan en sus bodegas. Catón dice que el olivo y la ganadería dan mejores resultados que la viña... —Numerio sonrió irónicamente.— En otras partes, es posible. Pero aquí, sería una locura arrancar las cepas.

—¿Me aconsejas que me dedique exclusivamente a la viña?

—¡Ciertamente que no! Observa los campos de viñas: están sembrados de olivos y de árboles frutales. Para que una finca sea rentable, sólo hay un medio: comprar poco y vender mucho. Es necesario cultivar trigo y extraer aceite para poder alimentar a los obreros y a los esclavos que trabajan la tierra. Pero todos los beneficios vienen de la vid.

—¿Has oído hablar de los vinos griegos? —preguntó Lucio irónicamente.

—¡Naturalmente! Pero son tan caros que sólo los ricos pueden consumirlos. Algún día quizá lleguemos a hacer vinos que iguallen a los de Rodas. Algunos propietarios intentan conseguir mejores caldos. Observa el vino de Falerno: en tiempos de nuestros abuelos no existía, y

actualmente todo el mundo está loco por él. Falta además que los magistrados nos ayuden. Hace una treintena de años, vuestra ciudad impidió a las naciones transalpinas que plantaran nuevas viñas y olivos para evitar que hicieran la competencia a los nuestros. Fue una medida sabia.

—Y mientras tanto —repitió Lucio con obstinación—, este año cosecharemos vino de buen precio.

—¿Quién te dice lo contrario? —respondió Numerio encogiéndose de hombros—. Si quieres enriquecerte, es necesario hacer vino de calidad mediana, el que compra la gran mayoría de la gente.

Lucio se apoyó en el reborde de una ventana. El aire que provenía de fuera era sofocante, pero no se daba cuenta de ello, tan interesado estaba en lo que le decía Numenio. Con su aspecto tosco y su lenguaje de campesino, no era en modo alguno tonto. Continuó en un tono convincente:

—En primer lugar, puedes vender al extranjero. Los galos adoran el vino. Incluso los griegos de Massalia no desdénan el nuestro y las viñas que vosotros, los romanos, habéis plantado en Narbonense no producen suficientemente como para satisfacer la demanda. Del otro lado del Mediterráneo sucede lo mismo: cada mes enviamos a África cargamentos de ánforas. Incluso en Italia, la gente bebe cada vez más. En tiempos de nuestros padres sólo los hombres adultos tenían derecho a consumir vino. Pero ahora... Parece ser que en Roma ya nadie se inmuta si ven a una mujer llevarse una copa de vino a sus labios.

Lucio sonrió y añadió:

—¿Crees que en los próximos años va a aumentar aún más la demanda?

—Cuando se ha probado el vino, no se puede prescindir de él...

—¡Tienes el aire de saber de qué hablas cuando te refieres a Pompeya! Ayer fui a la ciudad, y Júpiter no está muy presente allí.

Mientras que Baco... En todas partes se ven sus estatuas, en las esquinas de las calles, en los jardines... ¡Y su templo, cerca del anfiteatro! Está más ricamente decorado que el del Padre de los dioses.

Volviendo al tema que le preocupaba, Lucio continuó:

—Esto no impide que yo prefiera tener vino de Falerno. Habría estado seguro de la venta.

—No te quejes —refutó Numenio—. Tus tierras están cubiertas del mejor plantío de la zona. Este vino no tiene necesidad de envejecer durante años para halagar el paladar desecado por el polvo del volcán. Y puedes utilizarlo de muchas maneras. La más simple es, evidentemente, beberlo puro, con su bello color rojo. Pero también puedes venderlo para mezclarlo con mirra, con nardo celta, con canela y muchos otros productos. Si le añades miel de tomillo, ¡parece que incluso cura a los enfermos! Y luego, estarás interesado en llenar algunas ánforas con vino cocido. Es muy apreciado, y fácil de hacer. No hace falta más que reducir el mosto a la mitad durante la cocción.

Lucio enjugó su frente húmeda de transpiración. Todo su cuerpo olía a uva.

—Está bien, ya te las arreglarás. Confío en ti. Pero acuérdate de lo que te he dicho. Quiero un negocio rentable.

—Puedes contar con ello.

Lucio abandonó el edificio y sus pesados efluvios. Se dirigió hacia la vivienda donde residía. Construida en el siglo anterior en estilo toscano, la villa 104 se alineaba alrededor del atrio, siguiendo las antiguas tradiciones. Todas las piezas estaban dirigidas hacia el interior. No obstante, el arquitecto no había cometido el error de concebirla como una casa urbana. Un pórtico de caliza dibujaba su fachada y permitía disfrutar de la vista sobre el mar cercano. Algunas noches, Lucio se dormía con el rumor de las olas. Pero cuando se sentó en la biblioteca, no prestó atención al mar. Estaba demasiado preocupado por los cálculos a los que pensaba entregarse. Clasificó cuidadosamente los papiros cubiertos de columnas de cifras: era el momento de hacer la síntesis. 105 La vid ocupaba la mayor parte del dominio, aproximadamente sesenta *jugas*. Según Numenio, se podían sacar ciento setenta y cinco *cullei* 106 de vino. El resto de las tierras no era improductivo. Contaba con olivares, un huerto, y algunos campos de cereales. Estos últimos sólo producían cada dos años. La rotación bianual de cultivos era indispensable: no solamente para dejar

que la tierna tuviera tiempo de reconstituir sus principios fecundantes, sino también para que el ritmo suficientemente espaciado de las cosechas compensara la insuficiencia de lluvias. Además se habían de añadir una decena de *jugas* consagradas a producciones anejas a la viña: castaños para disponer de puntales, cañas para inclinar las ramas de las cepas en la dirección deseada, sauces para atarlas. En total, se llegaba a cien *jugas*, superficie que poquísimos dominios sobrepasaban. Lucio hizo rápidamente el cálculo de los gastos, y el de los ingresos a descontar por la venta de las cosechas. Como estaba previsto, el vino proporcionaba la partida principal. Aproximadamente ciento cincuenta mil sestercios. En total, el dominio producía unos doscientos mil sestercios de ingresos anuales. La mitad del capital mínimo exigido en Roma para estar clasificado entre los caballeros: una suma muy importante. Naturalmente, de la misma se tenían que descontar los gastos de mantenimiento y de inversiones. Pero después de esta operación, quedaba aún un quince por ciento de beneficio.¹⁰⁷

Lucio estaba satisfecho. Ya no lamentaba el dinero invertido en la prensa. Hizo a un lado los papiros y reflexionó aún unos minutos. El capital contaba al menos tanto como la renta. La tierra era la inversión segura por excelencia, aquella cuyo valor servía de referencia en los períodos de inestabilidad monetaria o política. Se podía ganar mucho más dedicándose como Vero a los negocios. Pero también se podía perder hasta la última toga en pocos días. Y luego ese dinero era un poco sucio. Mientras que la tierra, además de seguridad, ofrecía dignidad. Sonrió al recordar la frase que le gustaba repetir a su padre: nada más noble que la agricultura. Todos los que habían hecho fortuna en los negocios coronaban su carrera adquiriendo bienes raíces, para dar a su fortuna la dignidad que le faltaba.

Cuando Lucio hubo terminado de efectuar sus últimas sumas salió a la terraza y contempló la ruta que llevaba a Roma: su esposa iba a llegar dentro de unas horas.

*

Aurelia no tenía como Lucio la pasión por los viajes. Ciertamente, sabía que Roma se extendía infinitamente más lejos que el Lacio. Pocos meses pasaban sin que nuevos dioses entraran en el Panteón de la ciudad. Los amigos de su padre se marchaban cada vez más lejos para hacerse cargo de plazas de gobernador en provincias con nombres extraños. Pero ella no les envidiaba. Se sentía romana de la cabeza a los pies. Roma era fea, mal construida, ruidosa y tenía el aspecto de una aldea provincial en comparación con Atenas o Alejandría. Pero era su ciudad. Cuando Lucio le hablaba de Grecia y de los celtas, Aurelia escuchaba con atención, pero no hubiera cambiado ningún rincón de la campiña romana por las más bellas acrópolis o todos los bosques de Ierné. Para bromear, su marido le decía maliciosamente que si la Ciudad llegaba a conquistar Bretaña, él sería su primer gobernador, y que ella tendría que acostumbrarse a soportar las nieblas y el frío. Si tenía que partir, Aurelia prefería que fuera hacia el sur.

La dulzura feraz de la campiña pompeyana, la proximidad del mar la habían seducido. A pesar de que ella no hubiera salido casi nunca de Roma, al llegar había tenido la extraña sensación de arribar al puerto tras una larga errancia. Le parecía que su vida iba a deslizarse apaciblemente al lado de Lucio, e incluso no concebía que su amor pudiera disminuir, ni cambiar siquiera. Algunos decían que el amor pasa con el tiempo. Aurelia conocía a Lucio desde hacía diez años. Habían estado a menudo separados y su amor nunca se había debilitado. ¿Por qué tenía que suceder de otra manera cuando al fin se habían reunido? Sus cuerpos envejecerían, pero no el amor que se profesaban. Ella sabía bien que Lucio aspiraba a la serenidad. No le atraían ni el tumulto de las batallas, ni la agitación del Foro. Él descubría una libertad más preciada que la del ciudadano: la del espíritu. A Lucio le gustaba hablar de estas cosas después de hacer el amor. Decía a menudo a Aurelia que en esos momentos, el espíritu parecía más ligero, y se elevaba más fácilmente hacia los dioses. Le hablaba a menudo de la belleza, explicándole que ella existía en sí misma, y que los hombres no captaban más que los reflejos. Aurelia lo aprobaba. Pero cuando ella le decía, citando a Platón, que lo bello y lo bueno se confundían, él añadía simplemente que el mal podía también

llevar la máscara de la belleza. Aurelia no contestaba nada, diciéndose que su estancia entre los celtas le habían quizá confundido un poco la mente. Se tranquilizaba al constatar que Lucio parecía totalmente feliz en Pompeya. Desde su llegada, Aurelia no había salido de la villa, pues no se había terminado la vendimia. Pero ahora, ya no se oía alrededor de la prensa el vaivén incesante de los carros cangados de racimos. Los trabajos otoñales habían finalizado. La campiña se preparaba para entrar en el lento adormecimiento del invierno anunciado cada día por la llegada más rápida de la noche. Lucio había prometido que durante los próximos meses no se separarían. Al día siguiente, la llevaría a visitar Pompeya. 108

*

Vista desde el exterior, la ciudad mostraba los estigmas de las recientes hostilidades. Las legiones habían abandonado delante de las murallas las máquinas de guerra destruidas durante el asalto final. La ciudad estaba aún rodeada de un seto de ramas y arbustos entretejidos formando una empalizada. Traspasada la misma, el suelo estaba lleno de hoyos de los que habían eliminado las estacas puntiagudas que cubrían el fondo. Un buen número de pompeyanos se habían empalado allí durante sus salidas desesperadas contra el campo de los sitiadores. Las murallas habían sufrido por el lanzamiento de las balas de Sila el Bienaventurado, cuyo nombre había sido inscrito en los viejos muros de toba contruidos por los samnitas. Sila no se había detenido mucho tiempo en Pompeya. Sometida la rebelión, Sila pensaba ya en Mitrídates sin olvidar por ello la ciudad. Contaba con instalar allí una colonia romana y repartir los terrenos en beneficio de sus veteranos. Como Pompeya se había rebelado contra la Ciudad, sería romanizada.

El interior de la ciudad no había sufrido mucho Por la acción de la guerra. Lucio y Aurelia entraron por la puerta Marina. La costa era escarpada, pues Pompeya dominaba el mar. 109 La puerta Marina tenía dos entradas. Una rampa pavimentada bastante amplia, reservada al acarreo y un pasaje más estrecho con escaleras destinado a los peatones. Por la noche se cerraban con pesadas puertas de dos batientes.

El primer edificio que vio Aurelia tras haber penetrado en la ciudad fue un templo. Ella se detuvo mientras Lucio continuaba subiendo la cuesta que llevaba al Foro para preguntarle a qué dios estaba dedicado.

—Es el de Apolo —le respondió él, mostrándole las columnas jónicas.

Penetró con ella en el patio pavimentado. De líneas simples y sobrias, el templo ocupaba el centro. Se accedía por una amplia escalinata a la estrecha capilla donde señoreaba una estatua de Apolo. En el exterior, delante de las columnas que enmarcaban el patio, se veían las estatuas de Artemisa y de Venus, e incluso la de un hermafrodita en mármol con puntiagudas orejas de sátiro. Un poco más lejos, Maya, la diosa itálica de la primavera, las enfrentaba al lado de Mercurio, representado bajo los rasgos dulces y plácidos de un Hermes.

Aurelia exclamó:

—¡Qué mescolanza! ¡Dioses griegos, romanos, itálicos..., sólo falta tu Samhaín celta!

Lucio respondió riendo:

—Los pompeyanos son hospitalarios. Tienen buenas razones para ello —continuó, pasando su brazo alrededor de la cintura de Aurelia.

Ésta le dio un beso rápido en su mejilla, y le preguntó sonriendo:

—¿Ellos aman tanto a los griegos como tu madre?

—¡Pero Pompeya es griega! Todos sus habitantes te dirán que es Hércules quien fundó su ciudad. Tiene estatuas por doquier, con su maza y sobre sus espaldas la piel del león de Nemea. Los griegos de Cumes* lo trajeron con ellos cuando se instalaron aquí. Los etruscos los desalojaron durante medio siglo, luego los griegos volvieron a instalarse allí. Pero tuvieron que ceder el lugar a los samnitas, que bajaron de sus montañas para invadir las ricas ciudades que veían a sus pies. En Pompeya se encuentra de todo: griegos, samnitas, judíos, orientales...

* La forma correcta es *Cumas* [Nota del escaneador].

—¡Y romanos! —añadió Aurelia riendo.

Aurelia se dijo que era feliz, y siguió a su marido que retomaba la marcha hacia el Foro. Antes de entrar en la vasta explanada, se detuvieron frente a la majestuosa basílica situada al lado. El edificio era nuevo. En pleno verano, la luz que reverberaba en sus piedras blancas era cegadora. Su patio central abierto rodeado de un peristilo de columnas corintias estaba lleno de gente: comerciantes y banqueros, dedicados a sus negocios, Pero también muchos desocupados, que aprovechaban su inactividad para confiar a las paredes el relato de sus preocupaciones y de sus amores. Los tabiques de la nave central estaban pintados en forma de un gran conjunto de rectángulos de distintos colores que hacía resaltar el relieve de las cornisas, los salientes de las pilastras, las partes laterales de las volutas de los capiteles y la policromía de los exquisitos mármoles. La moda de este tipo de pintura procedía de Oriente y de Grecia, imitando a Delos. El color no tenía más que una función: acentuar el relieve de las masas arquitectónicas. Algunos pompeyanos empezaban a cansarse de este estilo un poco monótono, y pedían a los pintores que dibujaran sobre sus muros bóvedas y columnatas, para dar una sensación de espacio más allá de la pared. Pero estas innovaciones eran el fruto de la osadía de mentes audaces y aún no tenían lugar en el edificio público más grande de Pompeya. La basílica era muy ruidosa. Al rumor de la multitud se añadía el ruido de los obreros que estaban terminando de construir un tribunal de dos pisos.

Aurelia se sintió contenta de salir del edificio, y de volver a encontrarse frente al Foro, imponente explanada pavimentada con piedras de Tíbur. Tenía un área de sesenta y tres mil pies cuadrados, 110 y estaba rodeada de una larga columnata de toba. En el fondo de la plaza, el templo de Júpiter, cuya cima se destacaba sobre un segundo plano del Vesubio. Lucio dijo irónicamente a Aurelia:

—Antes de traicionarnos, Pompeya era una ciudad aliada de Roma. Por diplomacia, instalaron el templo de Júpiter en su Foro. Pero prefieren orar a los dioses griegos. Un poco más lejos, en otro foro más pequeño y de forma triangular, está el templo de Hércules. Está en mal estado, pues parece que data de cinco siglos atrás, pero les gusta particularmente acudir allí.

Una vez que recorrieron el Foro, entraron en la calle principal y pronto llegaron frente a las termas de Estabias. En una ciudad sin agua corriente, las termas representaban una inversión costosa. Desde hacía siglos, los samnitas cavaban pozos muy hondos. Desde allí se conducía el agua hacia unas cisternas Por un sistema complicado de cabrestantes que eran accionados por esclavos. La entrada principal de las termas estaba adornada con un portal de toba decorado con una bella moldura. El reloj de sol que regulaba las horas de servicio y el turno de los bañistas tenía una inscripción hosca celebrando las virtudes del cuestor Manas Atinio, que había dirigido su construcción. Éste se había esforzado en hacer lo mejor. El establecimiento se componía de tres partes. En primer lugar, los baños colectivos, prudentemente separados entre el espacio dedicado a los hombres y el de las mujeres, por medio de la cámara de calefacción.

Luego una serie de piezas aisladas, disponiendo cada una de ellas de una letrina, y de una bañera, donde los clientes además podían relajarse y hacerse dar masajes... Incluso había una palestra y una gran piscina. Y el colmo de la modernidad, el agua que la alimentaba llegaba a la cisterna situada a la altura de las terrazas gracias a una rueda hidráulica. Aurelia estaba muy sorprendida por estas instalaciones: no habría creído jamás encontrar termas y una palestra en Pompeya. No hacía mucho más de un siglo que los romanos utilizaban los baños. Los habían descubierto entre los griegos y sus generales se habían extasiado visitando las estancias dedicadas a estos usos en los palacios helenos. Con su prudencia campesina, los romanos habían imitado a los griegos, aunque en forma mucho más moderna y más lenta. El baño de Escipión el Africano en su villa de Litternum era sólo un reducto estrecho y tenebroso. Había sido necesario más tiempo aún para que aparecieran las termas públicas. Por un reflejo de pudor que muchos compartían en su época, Catón no se atrevía ni a bañarse delante de su hijo... Progresivamente, este antiguo tabú había sido superado como tantos otros y, después del nacimiento de Lucio y de Aurelia, algunas termas se habían abierto tímidamente en Roma. Pero las palestras continuaban siendo raras. Aunque los romanos habían terminado por admitir que las personas del mismo sexo pudieran bañarse juntas, las exhibiciones de

atletas completamente desnudos les parecían inconvenientes. El ejercicio físico para ellos se limitaba al entrenamiento militar. Así Aurelia observaba con curiosidad a los atletas pompeyanos untándose con aceite, o limpiándose con el *strigile* ¹¹¹ el ejercicio. Encontrando que mostraba demasiado interés, ¹¹² Lucio la llevó hacia el Gran Teatro que estaba muy próximo. Las gradas de piedra podían acoger al menos cinco mil espectadores, protegidos por una inmensa tienda que desplegaban por encima del mismo para mitigar los fuertes calores del verano. Siguiendo la tradición helena, la escena tenía el aspecto de un grandioso ninfeo. Muy cerca del teatro había un jardín-paseo, rodeado de columnas jónicas.

Maravillada, Aurelia contemplaba este espectáculo. Se había sentado al lado de Lucio en una de las gradas. Aurelia le dijo:

—Nunca hubiese creído que Pompeya fuera tan bella...

—No existe solamente Roma —le respondió él suavemente—. Todos los caminos conducen allí, pero algunas veces más vale abandonarlos...

—Será preciso que me lo enseñes, Lucio. ¡Benditos sean los dioses que nos han traído hasta aquí!

Lucio se acercó a ella, quien colocó su cabeza sobre el hombro de él. Estaban solos en el teatro. Él le dijo tiernamente:

—¿Por qué no nos hemos de quedar en Pompeya? Aquí, todo parece más simple, más en calma, y podemos estar juntos todo el tiempo que queramos.

—Sabes bien que después de todo el tiempo que he pasado esperándote, mi más cano deseo es permanecer contigo. Pero dependemos de tu padre...

—He reflexionado sobre ello. Es posible lograr que las cosas se prolonguen durante largo tiempo, en todo caso un año o dos. Después ya veremos.

—¿Y qué utilizarás como pretexto?

—Diré que se ha de dejar pasar algún tiempo antes de que sus fincas estén en orden. Iré a visitarlo a Roma de vez en cuando para que no se impacienta. No temas nada, me las arreglaré... si estás de acuerdo.

—¡Sabes bien que lo estoy!

—Bien —dijo Lucio riendo—, ¡henos aquí pompeyanos! —Después de abrazarla, Lucio añadió: — Pero tengo que mostrarte el templo de Isis, de lo contrario el recorrido de la ciudad estaría inconcluso. No tengas miedo, no tendremos que caminar mucho, está justo detrás del teatro.

Unos minutos más tarde, se encontraban delante del santuario de la divinidad egipcia. Una multitud de fieles lo rodeaba. Lucio y Aurelia habían llegado en medio de la ceremonia del culto. Lucio se acordó de lo que le había dicho Numerio: los seguidores de Isis celebraban siempre la resurrección de Osiris en la entrada del invierno, para conjurar la muerte de la naturaleza.

Los sacerdotes se encontraban en el interior del pórtico del templo, cuya construcción era reciente. Después de que los habitantes de Pozzuoli ¹¹³ habían edificado un santuario dedicado a Serapis, los pompeyanos se habían apresurado a rendir honores a Isis. Su culto era muy popular en los puertos, pues ella era la patrona de los marineros. Para recordarlo, el artista había decorado las paredes del templo con una multitud de motivos marinos. Pero no era la única originalidad del edificio. Un poco por todas partes, se erguían estatuas de Anubis, Isis y Osiris, rodeadas de flores de loto. Los pilares que flanqueaban la escalera central estaban cubiertos de esa extraña escritura de los egipcios que los griegos llamaban jeroglíficos. Los mismos sacerdotes no iban vestidos como augures. Vestidos de lino, estaban calzados con escarpines de papiros y hojas de palmera. Pero fue sobre todo su cráneo totalmente rasurado lo que intrigó a Aurelia. Uno de los sacerdotes tenía el rostro oculto detrás de una máscara que representaba una cabeza de perro. Lucio explicó que representaba al dios Anubis. Aurelia no pudo dejar de pensar que los egipcios tenían ideas extrañas: ¿quién, en Roma, se prosternaría ante un dios con cabeza de perro? Un escriba se acercó al sacerdote. Sostenía en su mano un gran rollo de papiro, sobre el cual estaban inscritas las palabras sagradas. Dos plumas de gavián colocadas entre sus sienes y sus orejas, recordaban que un día este pájaro había llevado a los sacerdotes de Tebas un libro atado con una cinta roja donde estaban

revelados los misterios del culto. Cerca del gran sacerdote, otro oficiante sostenía en sus brazos una corona de rosas y un bastón que representaba a una cobra. El gran sacerdote empezó a leer el rollo que el escriba tendía delante de sus ojos. Aurelia y Lucio pudieron comprenderlo pues se expresaba en griego. Durante interminables minutos explicó a la multitud de fieles, cómo Osiris, el esposo de Isis, había sido asesinado y salvajemente despedazado por su hermano Seth, y luego resucitado por los cuidados de Anubis y de Isis. En el santuario reinaba un gran fervor. El sacerdote explicó a continuación que la historia de Osiris era la de todo hombre. Cada uno debía sufrir y morir sobre la tierna, antes de entrar en el esplendor y la alegría de la resurrección. La muerte sólo era un pasaje, repitió el sacerdote, luego de lo cual empezaba la verdadera vida, y todos los hombres conocerían una felicidad eterna si habían hecho el bien sobre la tierra. Estas extrañas creencias sorprendían a Aurelia. Cuando el sacerdote hubo terminado de hablar, cogió el vaso que le tendía un ayudante. Estaba lleno de agua sagrada del Nilo. Levantó el recipiente a la altura de su rostro, presentándolo a la oración de la multitud. Mientras tanto, un flautista tocaba un aire lento e insistente, de extrañas sonoridades, en tanto que un sacerdote joven reavivaba el fuego encendido sobre el altar situado al pie de los escalones del templo. Los fieles y el gran sacerdote permanecieron largos minutos enfrascados en la plegaria y la contemplación. Luego el sacerdote bajó los brazos. La ceremonia había finalizado, y la gente empezó a dispersarse.

Lucio y Aurelia volvieron a tomar el camino del Foro. Sintiendo la extrañeza de su esposa, Lucio le explicó por qué las religiones orientales atraían a numerosos adeptos, no solamente en Italia, sino en la misma Roma. ¡Habían cambiado tantas cosas tras las conquistas! Los países en otro tiempo sometidos a los faraones, a los griegos o a Cartago, pertenecían ahora a Roma. Muchos de sus habitantes habían venido a Italia, vendidos como esclavos o para hacer fortuna. Sus dioses los habían seguido, y muchos les dedicaban oraciones, sobre todo entre los pobres, los libertos y los esclavos, seducidos por las promesas de resurrección y de salud.

Mientras hablaban, Lucio y Aurelia habían llegado al umbral de una bella mansión. Su fachada tenía una inscripción, redactada en osco y en griego, indicando que la residencia estaba en venta. La puerta de entrada bastaba para hacernos sentir la opulencia de la misma. Bien protegida contra los ladrones, la mansión era de proporciones imponentes, con sus dobles batientes de madera reforzados con placas metálicas que terminaban sobre una piedra de umbral en saledizo. La protegían unas complicadas cerraduras compuestas por un doble juego de barras de hierro y de madera. Aurelia tenía muchas ganas de visitarla. Lucio se sentía fatigado y habría preferido volver a la villa. No obstante, terminó por ceder a los ruegos de su mujer. Tuvo que golpear largo tiempo la puerta con el pie antes de que un esclavo se decidiera a abrirles. La mansión pertenecía a un rico pompeyano que había muerto durante el asedio de la ciudad. Como había formado parte del estado mayor de las tropas insurrectas, su familia había tenido que abandonar el lugar, mientras sus bienes habían sido confiscados y puestos a la venta.

Después que entraron, Lucio no pudo evitar una exclamación de admiración. **114** El impluvio era un festín para los ojos, con sus incrustaciones geométricas en mármol policromo. Colocado sobre un pedestal inmerso justamente en el centro de la fuente, danzaba un pequeño fauno gracioso y sonriente, su rostro vuelto hacia los rayos de sol que le iluminaban a través de la abertura del techo. Era una obra de estilo helenístico, ejecutada con una maestría poco común. Placas de estuco de todos los colores imitando el mármol alegraban las paredes. Numerosas estancias se abrían sobre el gran atrio, así como sobre el atrio tetrastilo de dimensiones más reducidas reservado a los invitados. Después de haber visitado las habitaciones adyacentes, Aurelia y Lucio regresaron a la gran estancia. La pared del fondo estaba perforada por ventanas a través de las cuales se abría una perspectiva de columnas y de pórticos. El propietario había sabido unir al atrio italiano los peristilos de los palacios helénicos. La luz penetraba en todas las estancias, mientras la mayoría de las casas romanas, incluyendo las de los ricos, frecuentemente eran oscuras.

Esta feliz ósmosis entre las tradiciones griega e italiana confería a la casa su modernismo, al mismo tiempo que de allí emanaba una serena atmósfera plena de irrealidad y de calma. Lucio y Aurelia penetraron en el peristilo, compuesto de columnas jónicas. No era más que un preludio a

otro peristilo mucho más grande, separado del primero por una exedra ¹¹⁵ recubierto de un maravilloso mosaico. Sus colores eran tan ricos, y el dibujo tan perfecto, que de lejos, Aurelia y Lucio lo tomaron por un inmenso tapiz. Una miniada de pequeños cuadrados policromos dibujaban un cuadro suntuoso: la batalla de Alejandro el Grande contra Darío, rey de los persas. ¹¹⁶ Lucio y Aurelia admiraron durante largo tiempo la delicadeza de los detalles antes de pasearse a lo largo de las columnatas.

Empezaba a anochecer cuando salieron de la mansión. El pequeño fauno danzaba todavía ante sus ojos. Se minaron sin decir nada, pensando en la misma cosa. El precio de la mansión era muy bajo, dadas las circunstancias particulares de su venta, y de la escasez de compradores potenciales. La aristocracia samnita, castigada por la guerra, prefería guardar prudentemente su dinero en sus cofres, esperando ver qué suerte le estaba reservada a Pompeya. Los comerciantes griegos se mantenían en la misma reserva. Los romanos eran aún poco numerosos. En el camino que los llevaba de regreso a la *villa*, Lucio calculó rápidamente que esta adquisición podría ser un negocio excelente. Dentro de una decena de años Pompeya y sus alrededores estarían llenos de colonos romanos. La mansión adquiriría entonces una fuerte plusvalía. Además de esto, la nobleza romana empezaba a comprar mansiones de recreo al borde del mar, y el golfo de Nápoles era una región particularmente apreciada. Y ante todo, ¡qué felicidad significaría vivir allí con Aurelia! Lucio sentía que ella estaba muy dispuesta a amar esta villa. Situada a setenta pasos del Foro, la mansión permitía disfrutar de todas las comodidades de la ciudad, mucho más fácilmente que si continuaban morando en la *villa* suburbana de Aulo. Lucio presentía que allí encontraría el reposo y la serenidad a los que aspiraba.

Al día siguiente, Lucio no tuvo necesidad de discutir mucho tiempo con Aurelia. La casa le recordaba, aunque mucho más bella, a la de sus padres. No estaba completamente terminada. La guerra había estallado antes de que su propietario hubiera podido arreglar los jardines que debían ocupar la mayor parte de los dos peristilos. Aurelia, sin que supiera claramente la razón, siempre había deseado poseer una casa con jardín interior. Cuando ella aún era una niña, un riquísimo amigo de sus padres se había hecho construir una, inaugurando una moda: los nobles romanos, imitando los parques reales de los diodocos, intentaban imitar a los príncipes helénicos con la ilusión de igualarlos. Después de salir de allí del brazo de su madre, Aurelia había pensado durante largo tiempo en el verdor y en los colores de las flores resaltando sobre una rojiza y monótona tonalidad de ladrillos. La casa del Fauno —Lucio y ella llamaban de este modo a la mansión que acababan de visitar— iba a permitirle realizar su sueño.

*

Faltaba convencer a Aulo de la necesidad de esta adquisición: el peculio de Lucio no habría sido suficiente. Lucio consiguió encontrar argumentos sin esfuerzo. Sin insistir en la concepción griega de la casa, hizo sobre todo hincapié en las perspectivas de plusvalía. Aulo se dejó convencer, y dos meses después Lucio cobraba los fondos en casa de un banquero romano de Nápoles.

Antes de trasladarse, Lucio se ocupó de redactar un contrato de arrendamiento en debida forma con Numenio. Todos los agrónomos recomendaban a los propietarios de bienes raíces que no tomaran como colonos más que a los campesinos conocedores de la región y de los tipos de cultivo que allí se plantaban. El conjunto de cualidades de Numenio se adecuaban perfectamente a estas exigencias, y Lucio había podido comprobar su competencia. Una de cada dos explotaciones estaba administrada de esta manera, y como Pompeya no estaba lejos de la *villa*, le sería fácil llegar allí para supervisar si todo iba bien. Numenio había aceptado con prontitud: tan poco tiempo después de haber perdido su tierra, ésta era una oportunidad inesperada de encontrar otra.

La mudanza tuvo lugar en primavera. La estación se prestaba a los trabajos de jardinería. Aurelia no salía de los brazos de Lucio más que para consagrarse a aquellos. Éste había contratado a Antisteno, un paisajista griego, para que la aconsejara. Al principio la joven había deseado macizos de flores de colones resplandecientes y variados. Pero Antisteno, con sus gestos afeminados y sus

muecas de niño mimado, había lanzado unos gritos estridentes. Eran tan penetrantes que un día Lucio salió de la biblioteca para averiguar la procedencia de ese ruido. Antisteno y Aurelia se encontraban en el gran peristilo. El griego iba y venía mientras le dirigía un largo discurso a Aurelia, quien no conseguía articular palabra. Divertido, Lucio escuchaba escondido detrás de una columna.

—Me pides que plante flores extrañas con colores extraordinarios. Pero un jardín no es un salón con mosaicos, o el plumaje de un pavo. Si hago lo que me dices, a fines de junio no tendrás más que hierba desecada. Estamos en Campania, donde escasea el agua, y todo se secará.

—¿No se puede al menos plantar rosales? —dijo Aurelia con tono afligido.

Antisteno se dulcificó.

—Rosas sí. Son éstas casi las únicas flores que lograremos que crezcan bien. Pero en cuanto al resto, es preciso contentarse con las flores de los campos. Por otra parte, las flores no son el elemento principal de un jardín.

—Explícate —dijo Aurelia en tono conciliador.

Antisteno había cesado de gesticular. Se sentó en un pequeño banco de piedra, y continuó más calmadamente:

—Nosotros no somos campesinos, y tu casa no es una villa. El jardín debe integrarse en su arquitectura, prolongarla, hacer lo que las columnatas y el ordenamiento de las habitaciones sugieren a la vista y a la mente. Es preciso que haya una ar-mo-ní-a —dijo separando las sílabas—. El jardín es el decorado de la vida cotidiana. No es necesario buscar a todo precio el color, sino plantas que no se alteren demasiado por la sequedad y la variación de las estaciones. En primer lugar, el verdor, un verdor tan inmutable como la piedra de las columnas. Se nos llama paisajistas, sería mejor que nos denominaran arquitectos de jardín.

—Pero, ¿no temes que el resultado sea muy monótono?

—¿Monótono? —Antisteno parecía estupefacto.— Hay muchos otros medios además del color para desarrollar la fantasía. En primer lugar, puedes plantar mirto, vincopervincas azules o malvas, algunos cipreses y plátanos rodeados de hiedra, e incluso adelfas. De esta forma, sugieres un paisaje, produces efectos dignos de un gran parque. Entiéndeme bien: un jardín sirve para el reposo o para la meditación. No es necesario que distraigas la mente con colores llamativos, o que lo encadenes con trazados demasiado precisos. Allí se tiene que poder soñar a gusto, a fin de elevarse a las esferas superiores. Si deseas a todo precio la variedad, plantaré algunos macizos circulares. Los formaré con laureles, bordeados con flores silvestres. Pero te lo repito: necesitamos plantas con hojas perennes. Son las únicas que permiten escapar a las estaciones, liberan la mente de la influencia del tiempo.

Aurelia empezaba a captar lo que Antisteno quería decir. En el fondo, quizá no estuviera equivocado. Sintiendo que estaba a punto de ganar, él continuó con más convicción aun:

—No te he hablado más que de los elementos. Lo que cuenta son las figuras que se van a crear con ellos. Se podrían hacer glorietas, con un cuadrilátero de entramado. Pero aquí, se precisa algo más rebuscado. Veo ábsides, pérgolas, con estatuas y fuentes. O mejor aún: pequeñas salas llenas de verdor conectadas entre ellas por senderos emparrados, con exedros semicirculares y con nichos rectilíneos, y una gran pajarera llena de ibis, de faisanes y otros pájaros, con palomas en libertad acudiendo a beber en el murmullo de las fuentes... voy a dibujante todo esto, y ¡estoy seguro de que estarás de acuerdo!

Antes de que Aurelia hubiera podido contestar, Antisteno desapareció. Lucio salió de su escondite y dijo riendo:

—¡He ahí uno con mucha labia! Si con ese discurso no estás convencida...

Aurelia le rodeó el cuello con sus brazos apoyando su cuerpo contra el de él. Y respondió alegremente:

—Lo que dice parece sensato, y tiene más experiencia que nosotros. Dejémosle actuar conforme a su idea. Si el resultado no es bueno, siempre estaremos a tiempo de hacer otra cosa el año próximo.

—¿El año próximo? ¿Estaremos aún aquí el año próximo? —dijo Lucio con sorpresa fingida para impacientar a Aurelia.

—Espero —le contestó ella tiernamente—, que no nos iremos nunca de aquí.

Entregados a su amor, los dos esposos experimentaban poco la necesidad de salir. Lucio hacía algunas idas y venidas entre la villa y el dominio, y no podía más que mostrarse satisfecho de su arrendatario: las cosechas se anunciaban buenas. Habiendo tenido un invierno clemente ninguna viña se había helado. Aurelia no se preocupaba mucho de la explotación de la villa. Cavar la tierra y podar las viñas no tenía a sus ojos mucho interés. La naturaleza no la atraía más que desde el punto de vista estético, y ella pasaba momentos deliciosos en su jardín, ahora terminado.

Pero aquella tarde, se le había hecho largo el tiempo: Lucio había tenido que pasar el día entero en la villa y acababa justamente de regresar. Los dos esposos se instalaron en el exedro* y se tendieron sobre las camas que lo guarnecían, mientras que un esclavo les servía un vino de la villa. Lucio saboreó el primer trago y pensó sonriendo en los tiempos en que apenas le gustaba el vino. No lo bebía nunca con exceso, sino lo justo para sentir el alcohol en sus venas y la ligera euforia ganándolo poco a poco. Aurelia era más sensible a los efluvios que ascendían del jardín. El olor del mirto y de los limoneros se hacía más insistente al caer la noche, y embriagaban el canto de los pájaros de la gran pajarera. Los ruiseñores habían enmudecido hacía algunas semanas, al finalizar la temporada de sus amores nocturnos, pero las vincas y los gorrones continuaban murmurando tiernamente. En el resplandor del crepúsculo, el cielo sereno tomaba tonalidades doradas en el aire inmóvil. Aurelia sintió la mano de Lucio deslizarse dentro del escote de su túnica, y detenerse sobre sus senos que acariciaba suavemente. El deseo de hacer el amor despertó bruscamente. Aurelia se apretó contra él y le levantó la túnica. Normalmente, le gustaban los largos preliminares que Lucio le prodigaba, pero esta noche Aurelia quería que él la tomara de inmediato.

Lucio fue el primero en abrir los ojos. Aurelia dormía, con la cabeza apoyada sobre su pecho. La noche había caído. El calor había sido tan fuerte durante el día que el aire fresco propio de la hora era imperceptible. Lucio contempló el cielo estrellado sobre el que se destacaba la masa sombría del Vesubio. La pálida claridad de la luna iluminaba suavemente las columnas blancas del peristilo. Los pájaros habían enmudecido. Todo respiraba calma y hermosura. Lucio hundió la cabeza en la almohada y no se movió más, por miedo de despertar a Aurelia. El jardín le era tan familiar como a ella. Mientras que Aurelia pasaba largas horas paseándose por él y vigilando las floraciones, Lucio disfrutaba su armonía mientras leía las obras de filósofos griegos que había encargado a Roma para formarse una biblioteca. Había descubierto a Epicuro y a los estoicos. Según Epicuro, el hombre debía dejar el tumulto de la ciudad para conquistar la auténtica sabiduría en la serenidad y el uso razonable de los placeres. Pero no respondía a todas las preguntas que se planteaba Lucio. El filósofo indicaba las formas de llevar una existencia agradable, pero no razones para vivir: según él, el mundo era absurdo, y el hombre una casualidad. El amor no tenía otro significado más que la satisfacción de un simple deseo carnal. Desde que Lucio se había enamorado de Aurelia, tenía la impresión de que su amor le hacía participar en una realidad más grande y misteriosa. El estoicismo le daba una respuesta. Para los estoicos, la auténtica belleza era la del alma. Pero esta belleza suprema se reflejaba en la belleza del cuerpo, mediadora entre las almas de los amantes. El estoicismo confirmaba también las intuiciones que había tenido en el transcurso de su estancia en Ierné. Todos los hombres tenían las mismas aspiraciones. Sólo los medios que empleaban para colmarías se diferenciaban según los pueblos y los lugares. Las diferencias que le habían enseñado en su infancia que existían entre los griegos y los romanos por un lado, y los bárbaros por el otro, le parecían cada vez menos justificadas. A pesar de las apariencias engañosas, todos los hombres se parecían. Cosmopolis, como escribía Crisipo: la Ciudad de la Sabiduría no era únicamente su ciudad, sino el Cosmos, el Mundo dotado de razón divina. El estoicismo conciliaba en una síntesis grandiosa la belleza, el bien y la razón: tres facetas de la misma realidad suprema, pues la belleza lleva al bien, que se confunde con la razón. El mal no es más que una imperfección que los dioses

* Observese que el traductor cambia de género exedra / exedro y además parece no saber qué género tenía la forma latina [Nota del escaneador]

toleran, sin inscribirla en la eternidad. Lucio encontraba en esta doctrina un profundo sosiego, pues reflejaba un mundo coherente, donde el corazón y la mente se unían en una mezcla armoniosa.

Él miró las constelaciones sobre su cabeza y contempló las esferas celestes de las cuales el Sol, príncipe y regulador de los otros cuerpos luminosos, ordenaba las rotaciones invariables en una inefable música sideral que a veces los oídos humanos podían escuchar.

*

Lucio y Aurelia habían abandonado Pompeya por la mañana temprano, alejándose con pena de la dulzura de su retiro. Lucio debía regresar a Roma para rendir cuentas a su padre sobre la marcha de los negocios. Lucio había eludido varias veces el desplazamiento, por el temor irrazonable de romper el encantamiento de su vida en Pompeya. Pero las últimas cartas de su padre se habían hecho apremiantes. No podía continuar haciendo oídos sordos.

Al cabo del cuarto día de un viaje sin incidentes, entraron en los arrabales de la Ciudad, Por la Vía Apia, la más bella de todas las vías romanas. Pavimentada con rectángulos de basalto arrancados de las faldas de los montes del Lacio, unía la capital con la Italia del sur, atravesando ríos y montañas, después de haberse abierto paso a través de la pestilencia de las marismas pontinas. Lucio había tenido tiempo suficiente para admirar la audacia de sus obras de arte. La Vía tenía bien merecido su sobrenombre de «Reina de las Rutas». Era un compendio de la historia de la Ciudad. Las riendas del caballo flotaban sobre su cuello, a merced del paso monótono del animal. Las imágenes santas se sucedían en la mente de Lucio. En este lugar, cerca de la puerta Capena, Aníbal, seguido de dos mil caballeros púnicos, había retrocedido, detenido por una fuerza misteriosa, cuando tenía a Roma a su merced. A medida que uno se aproximaba a la Ciudad, uno se remontaba más lejos en el tiempo. Aquí se había desarrollado el combate entre los Horacios y los Curiáceos; allí, en la cueva del bosque sagrado, el rey Numa conversaba con la ninfa Egeria... Las tumbas señalaban estos recuerdos sagrados y se desgranaban, apacibles y familiares, bajo la sombra de los grandes pinos que bordeaban la ruta.

Desde el principio de la República, costumbres muy antiguas habían desterrado la muerte de la Ciudad. El verdugo mismo no podía vivir allí. Aquellos cuya gloria merecía el recuerdo y a los que su fortuna les permitía hacerse construir un mausoleo permanecían en la memoria de los vivos escogiendo como última morada el borde de las rutas más frecuentadas. **117** Lucio reconoció a la salida de una curva la tumba de su familia. Detuvo su cabalgadura y bajó del caballo para recogerse unos instantes tras haber hecho una señal para que se detuvieran los esclavos que guiaban la litera de Aurelia. Levantó suavemente la cortina y constató que Aurelia dormía. Habiendo rendido homenaje a sus antepasados, se tomó unos minutos de descanso. Al cabo de cierto tiempo, retuvieron su atención las inscripciones de las tumbas vecinas. En un acto de orgullo final, algunos destacaban en la lápida la lista de los cargos que en su vida había ejercido el ahora cadáver que descansaba bajo la piedra. Su seca enumeración era tan fría como la oscuridad de la tumba. Las de las tumbas más modestas eran más familiares: los muertos se dirigían alegremente a los vivos. Lucio no pudo evitar sonreír al leer una de ellas. Decía: «¡Que los dioses os concedan sus favores, amigos! Vosotros que os detenéis cerca de Fabiano, que los dioses os sean propicios. Id y volved sanos y salvos. Vosotros que me lanzáis flores, ¡vivid muchos años!». **118** Un poco más lejos, otra tumba estaba adornada con un modesto mosaico con un dibujo torpe representando dos bancos entrando en un puerto bajo la luz de un faro: el difunto acogía la muerte con serenidad, como la calma tras la tempestad. **119** Añadía con resignación: «He vivido, y el espacio de tiempo que la Fortuna me había concedido, ha llegado a su término». Al lado, una sepultura llevaba una inscripción en el mismo tono, pero redactada en términos más prosaicos: «Ya no temeré más pasar hambre, no tendré que pagar impuestos, me he liberado». Lucio notó que la piedra empezaba a desmoronarse. En realidad la piedra no era muy vieja, sí de mala calidad. El difunto no debía de ser demasiado rico. Muy cerca, una estela empezaba a desaparecer bajo la vegetación. Tenía inscritas unas palabras siniestras: «Yo no era, fui: yo ya no soy, me burlo de ello». **120** Lucio se volvió a

poner de pie, presa de una desagradable impresión. El hombre que descansaba allí no estaba tan resignado como decía: ¿por qué había intentado, a pesar de todo, pasar a la posteridad haciendo grabar este texto como una especie de desafío? Lucio se sentía inmerso en un extraño vértigo. ¿Y si tema razón? ¿Y si su padre, y si los estoicos se equivocaban, y todos, a fin de cuentas se convertían en horroroso polvo? ¿Y si en la podredumbre subterránea se extinguía para siempre el amor más fuerte, y si las cenizas mudas del cónsul y del esclavo se mezclaban en una unión absurda y abyecta? A pesar del calor agobiante, Lucio se estremeció. Volvió a montar su caballo y dio la señal de partida. Sus sombríos pensamientos no tardaron mucho tiempo en disiparse. Un cuarto de hora más tarde, Aurelia y él entraban en el Foro, donde la profusión de templos acabaron de tranquilizarlo.

*

—Tu lugar está aquí —repitió Aulo con obstinación.

Publio no decía nada, pero daba su aprobación con la mirada. Lucio se preguntaba cómo iba a salir de este mal paso. El día anterior, la acogida de su padre había sido glacial. Estaba invadido por una cólera largo tiempo contenida. Esta mañana, acababa de explotar. La misma Terencia no se atrevía a abrir la boca. Aulo se paseaba a lo largo y a lo ancho del atrio. Se detuvo ante el relicario y continuó su diatriba mientras señalaba a su hijo con el dedo:

—¡Mira las imágenes de tus antepasados! ¿Qué puedes decirles? ¿Qué has hecho por la República? Tienes casi treinta años, deberías estar a punto de presentarte a la cuestura, en vez de contentarte viviendo entre las viñas de Pompeya! ¿Crees que Publio nos ha entregado a su hija para que se convierta en la esposa de un débil que se olvida de sus deberes hacia la Ciudad? —Lucio quiso responder, pero su padre le hizo señas de que se callara y continuó en un tono enfurecido:— ¿Qué significa esta pasión culpable que le tienes? Deberías saber que el que ama excesivamente a su mujer se convierte en esclavo de sus sentimientos. No hay peor enfermedad. Es tiempo de que regreses a Roma antes de que tu debilidad te pierda. Es el único motivo de tu extravío. Un hombre fuente se consagra a la Ciudad y no cae en las trampas del amor. 121

—He defendido la República combatiendo bajo las órdenes de Sila —intentó responder Lucio prudentemente—. Si me he quedado en Pompeya, ha sido para poner en orden tus dominios...

— ¡Mis dominios no exigen tanta dedicación que mi hijo tenga que convertirse en un campesino! Estas tiernas me pertenecen desde hace mucho tiempo, Publio posee también extensas propiedades, y esto no nos ha impedido vivir en Roma, ejercer magistraturas, y entrar en el Senado. En cuanto a Sila, no sé si aún eres digno de pronunciar su nombre.

Aulo volvió a deambular. Poco a poco su voz subía de tono, como si se encontrara en el Foro. Tenía más de sesenta años, pero hablaba con el ímpetu de un hombre joven.

—¡Gracias sean dadas a los dioses por habernos dado un hombre como él! ¿Sabes tú al menos lo que ha hecho por la República, desde que te has enterrado en Pompeya?

—He oído hablar de ello —farfulló Lucio vagamente.

Se daba cuenta de que durante casi un año, se había desinteresado completamente de todo lo que formaba parte de la vida de su padre. Éste lo fulminó con la mirada, antes de lanzarle:

—¡Lo dudo! Voy a refrescarte la memoria. Este libertino oriental de Mitrídates se ha aprovechado de nuestras dificultades en Italia para atacarnos en todos los frentes. En Bitinia, Capadocia, las provincias de Asia y Cilicia: lo ha invadido todo, ¡todo! Los tesoros de Pérgamo han ido a parar a sus cofres. ¡Y decir que reina en los palacios donde yo administraba justicia cuando era gobernador!

Publio salió de su silencio y añadió:

—Se ha apoderado de las provincias más prósperas de nuestro imperio: si Asia, Grecia y sus riquezas se nos escapan, estamos perdidos. Solamente Macedonia permanece en nuestro poder...

—Vuestros amigos griegos —recalcó Aulo y miró un momento a Terencia, que permanecía muda—, con su falsedad acostumbrada, se han aprovechado de ello para rebelarse en contra

nuestra. Atenas la primera. Delos la ha seguido. Y quien domina Delos controla el mar Egeo. Ninguno de nuestros navíos puede arriesgarse por aquellas aguas. Ese bárbaro masacra a su paso a todos los italianos instalados en estas regiones tras la conquista: ¡ochenta mil han sido asesinados en Asia, veinte mil en Delos! ¿Y sabes lo que hace en todas las ciudades que nos arrebató? —Sin dejar tiempo a Lucio para intervenir, Aulo continuó:— Es un tirano, y como todos los tiranos, intenta ganarse al pueblo diezmando las familias nobles y antiguas, trastornando lo que permanece desde hace siglos. ¡Perdona las deudas, libera a los esclavos, otorga el derecho de ciudadanía a cualquiera! Sin duda, en Pompeya no se oye hablar de todo esto, pero aquí, la gente tiene miedo. Los ingresos de los de nuestra clase están ya disminuyendo. Nos vemos obligados a pedir el reembolso de nuestros créditos a nuestros deudores, lo que predispone al partido popular en contra nuestra. ¡Ahora sólo falta que vuelvan a sacar los proyectos de reforma agraria, y tendremos a la vez a los Gracos y a Aníbal!

Publio se levantó. Estaba tan inquieto como Aulo, pero creía que no servía de nada enervarse. Se acercó a su amigo, y le colocó la mano sobre el brazo en un gesto tranquilizador.

—Cálmate, Aulo. Aún no hemos llegado a ese extremo. Tenemos a Sila.

Aulo recobraba el aliento y no contestó nada. Publio se volvió hacia Lucio y continuó con voz reposada:

—Tu padre acaba de explicarte lo que ha sucedido en Asia, pero aquí mismo, en Roma, hemos atravesado meses difíciles. El viejo Mario ha intentado reavivar la guerra que acabamos de extinguir en Italia. Le ha cogido mucho aprecio a un tribuno llamado Publio Sulpicio Rufo.

Lucio intervino, asombrado:

—Este nombre me dice algo... ¿Se trata de un noble?

—Pertenece a una ilustre familia —suspiró Publio—. Traidores a nuestra causa y a sus antepasados, siempre los ha habido. Los Gracos dieron ejemplo... En todo caso, Rufo y Mario han explicado a los italianos que gracias a las circunscripciones electorales que habíamos combinado sabiamente, su derecho de ciudadanía recientemente adquirido no era más que un engaño. Rufo ha apartado a los cónsules del Foro a la fuerza, amenazando los comicios con los peores actos violentos, y les ha hecho votar una ley que modifica la carta electoral, dando un peso excesivo a los sufragios de los italianos. Ha confiado a Mario el mando de la campaña de Oriente, diciendo que Mitrídates no resistirá mucho tiempo al vencedor de Yugurta. En realidad, este perro rabioso trabajaba para sus amigos del partido popular y los centros de negocios próximos a Mario.

—¿Y esto cómo? —le interrumpió Lucio.

—Es fácil de entender. Reconquistada Asia, Mario habría situado en todas partes hombres de su confianza, y todas las riquezas de la provincia habrían ido a parar al bolsillo de los amigos del desorden mientras que Sila habría defendido los intereses del Senado. Éste es tan buen general como Mario. Fue Sila quien entregó a Yugurta. Y como habrás podido darte cuenta, sabe hacerse apreciar por sus hombres.

—Es verdad. Todos los legionarios y los centuriones no juraban más que por él y su Fortuna, y alababan su generosidad.

—Estos valerosos soldados salvaron la situación. Antes de Mario, era Sila quien había sido designado para estar al mando del ejército de Oriente. Había ya tomado Capua para reunir a sus hombres cuando Rufo le relevó del mando en beneficio de Mario. Dos tribunos militares se desplazaron desde Roma para comunicarle la noticia. Los soldados se sintieron insultados por la afrenta hecha a su general, y se dieron cuenta de que el botín se les iba a escapar y caería en manos de los legionarios de Mario. Lapidaron a los enviados de Rufo, y apremiaron a Sila para que marchara sobre Roma. Eso es lo que hizo, entrando en la ciudad con sus seis legiones. —Publio mancó una pausa y sus rasgos expresaron preocupación. Pero se recobró rápidamente y continuó:— Nunca en la historia de nuestra República un general ha tomado al asalto su propia ciudad. No se le puede reprochar el hecho: gracias a él, Roma se ha desembarazado de la escoria. Rufo fue asesinado, Mario consiguió escapar desgraciadamente, pero es un hombre acabado.

Por primera vez desde el comienzo de la conversación los rostros de Publio y Aulo se iluminaron con una sonrisa. Aulo intervino:

—Publio tiene razón. ¡Ah, no ofrecían buen aspecto los del partido popular, con su glorioso general huyendo como un esclavo! Sila lo aprovechó para hacer reventar el absceso. Hizo fijar carteles por todas partes de las listas de proscripción con los nombres de nuestros adversarios. Todos los que sus hombres atrapaban fueron ejecutados o encarcelados, y todos sus bienes confiscados. Muchos han pasado a la clandestinidad en Subure. Para desalojarlos de allí, Sila hizo incendiar el barrio. Algunos comentaron que entre las llamas habían muerto inocentes. —Aulo mancó una pausa. . .— Todas las leyes de Rufo han sido anuladas, nuestros enemigos dispersados y la autoridad del Senado restaurada. Si conseguimos deshacernos de Mitrídates, se abrirá una nueva era para Roma. ¡Qué los dioses protejan a Sila!

—¿Continúa en Roma? —preguntó Lucio.

—Acaba de partir para volver a tomar el mando de sus tropas y dirigirse al encuentro de Mitrídates.

El tono de Aulo se había suavizado. La narración de los éxitos de Sila lo había calmado. Se acercó a Lucio y le dijo con voz paternal:

—Compréndenos, Lucio. No puedes permanecer al margen de lo que está pasando. Soy demasiado viejo para desempeñar un papel activo, aunque mi nombre continúe siendo temido por lo que resta del partido popular. Debes sucederme y defender lo que nos es caro. Si permaneces en la sombra, serás un impío frente a tus antepasados. La Fortuna de Sila es la nuestra.

Lucio pensó todo el día en las últimas palabras de su padre. Se sentía cruelmente dividido, como si dos hombres moraran en su cuerpo. Uno era el de Ierné y Pompeya, el filósofo del jardín de la mansión del Fauno, el amante de la tierna Aurelia, y sentía náuseas al pensar en las masacres. ¡Los italianos de Asia decapitados a millares, los plebeyos quemados en Subure, qué absurdo! ¿Dónde estaban el hombre universal y la ciudad cósmica de los estoicos? Ese derramamiento de sangre era inútil, y esos combates los del pasado. Pero otra voz se hacía oír, la del joven noble educado en el amor a la Ciudad, la estima del pueblo y el desprecio de la plebe. Esa voz había hablado por la boca de Aulo, y Lucio sentía crecer la vergüenza ante la idea de que él pudiera abandonar la ciudad, a sus padres y a los de su rango, en el combate decisivo que libraban Por el bien público. Sila se marchaba lejos, quizá por mucho tiempo. Se precisaban hombres de confianza para gobernar la ciudad, evitando que el fuego renaciera de las cenizas. Roma no había olvidado aún a Lucio. Sería suficiente que apareciera en el Foro, que pronunciara algunos discursos contundentes, y que hiciera saber que había combatido valientemente a los samnitas bajo las órdenes de Sila, para ser elegido fácilmente cuestor el año próximo. ¿Y qué pasaría con Aurelia a todo esto? Para Aulo, todo era sencillo: regresaría a Roma con su marido, y desempeñaría su papel de esposa. Pero Lucio sabía que Roma lo arrancaría de los brazos de su mujer. Ésta había permanecido con su madre todo el día, y no había asistido a la discusión de la mañana. Cuando Aurelia regresó al caer la noche, Lucio la puso al corriente. Hablaron largo tiempo, sin llegar a tomar una decisión. Lucio decidió pedir a su padre un último período de reflexión. Aurelia y él volverían a Pompeya, y una semana después, Lucio notificaría a su padre su decisión. Éste tuvo la sabiduría de aceptar. Antes de regresar a Pompeya, Lucio quiso ir a visitar al único amigo que tenía, dejando que Aurelia aprovechara junto a sus padres las últimas horas de su estancia en Roma.

*

Los negocios de Eupalino marchaban bien, gracias a la protección de Aulo, y a su experiencia como gladiador, al cabo de dos años de trabajo encarnizado, acababa de instalarse por su cuenta. Había lanistas más importantes que él en Roma. Pero era famoso Por su honestidad, en un medio en el que esto no era habitual. El que alquilaba gladiadores a Eupalino tenía la seguridad de disponer de hombres experimentados y lo suficientemente valientes para no detenerse ante la primera herida.

Lucio entró en su establecimiento, situado no lejos del Foro. Cuando se introdujo en Roma la costumbre de los juegos, éstos se habían desarrollado en los primeros tiempos en el viejo Mercado de los Bueyes, un poco apartado del centro de la ciudad. Luego su popularidad había crecido rápidamente, al punto de que los curiosos y los mirones abandonaban las cercanías de los tribunales cuando había juegos anunciados. Para más comodidad, les habían abierto el Foro.

Como en casa de todos los lanistas, en la de Eupalino reinaba una curiosa mezcla de disciplina y de desorden. Los edificios que alojaban a los combatientes tenían todo el aspecto de un cuartel. Los pasillos eran patrullados por vigilantes. Los suicidios no eran raros, sobre todo entre los esclavos. Los lanistas los temían particularmente, pues constituían una pérdida total. Por esta razón los gladiadores disfrutaban de grandes libertades en cuanto a recibir mujeres en el interior de los locales para que conjuraran con sus cópulas la muerte que los rondaba. Lucio se cruzó con una mujer joven, vestida con rebuscamiento, que salía de una celda sin haberse tomado la molestia de volver a poner en orden el complicado edificio de su peinado. Los gladiadores tenían esposas y concubinas, y frecuentaban asiduamente los lupanares de Subura, pero los más valerosos no tenían más que abrir los brazos para recibir en ellos a mujeres de la alta sociedad. Si no hubieran ejercido este oficio, tan sólo hubieran podido soñar en rozar sus togas con la punta de sus dedos. Pero cuando en la arena empezaba a derramarse la sangre, muchas mujeres sentían subir el calor del deseo en sus vientres. Las más audaces no dudaban en ir a buscar satisfacción en casa de los lanistas. No era tan sólo el cuerpo musculoso y lleno de cicatrices lo que les atraía de esos hombres, sino ante todo la extraña sensación de hacer el amor con la muerte.

Eupalino dirigía el entrenamiento. Estaba corrigiendo el gesto de un reciario. Lucio le oyó gritar:

—¡Mantente lejos, evita el cuerpo a cuerpo! Si no retrocedes, tendrás la espada de tu adversario en el vientre antes de haber podido lanzar tu emboscada.

El hombre lo practicó, pero falló el golpe, y su espada volvió a caer sobre la arena. No llegaría a viejo. Los reciarios eran los menos apreciados de entre los gladiadores. El público creía que había algo de flojedad en su técnica. Eupalino se había acercado al hombre y le gritaba:

—¡Estarías muerto si fuera un combate auténtico! Mirad a este imbécil que se ha quedado parado allí. Haz servir la cuerda que cuelga de la espada. ¡Tira de ella para recuperarla e intenta cogerla si aún estás a tiempo!

Al decir estas palabras, Eupalino se había dado la vuelta para tomar por testigos a los imaginarios espectadores. Reparó en Lucio, acodado en la valía del patio de entrenamiento. Abandonó al reciario a su triste destino y corrió hacia Lucio. Lo abrazó.

—¡Qué sorpresa! ¿Pero qué haces aquí? Te creía en Pompeya. ¿Has venido a preparar un nuevo viaje?

—No, Eupalino —contestó Lucio con una amplia sonrisa—, ¡no más viajes! Ya he tenido suficiente. He visitado a mi padre, y vuelvo mañana a Campania.

—Campania... ¡Tienes suerte! Allí se encuentran los mejores gladiadores. Si hago fortuna, me instalaré en Capua. Pero ven a refrescante a mi casa. El calor se volverá insoportable.

Lucio siguió a Eupalino hasta sus habitaciones, situadas cerca de las de los gladiadores. Se sentó en una silla vetusta que le señaló su anfitrión. Eupalino estaba emocionado de volver a verlo. Sirvió dos copas de vino.

—Viene directo de Massalia. No es realmente famoso, Pero nos traerá buenos recuerdos.

Pasaron largo rato hablando de Ierné, de la bella Deindré y de los solitarios parajes de Klenmore. Ninguno de los dos pronunció el nombre de Eryxias: pensaban demasiado en él para hablar de ello. Luego Lucio explicó a Eupalino las razones de su prolongada ausencia de Roma. Cuando hubo terminado, le preguntó:

—¿Y tú? Parece que tienes un negocio que marcha bien...

—No puedo quejarme. A la gente le entusiasman los espectáculos de gladiadores y yo obtengo mi beneficio.

Eupalino estaba contento de poder darse importancia, menos por jactancia que para vengarse de un largo pasado de humillaciones. Por otra parte todos los esclavos actuaban así. Una vez liberados,

no tenían más que una idea en la cabeza: imitar a sus antiguos amos, y comprar a su vez numerosos esclavos.

Eupalino había cesado de hablar el tiempo justo para volver a servirse vino. Lucio aprovechó para preguntarle:

—¿Consigues encontrar suficientes hombres para satisfacer a tus clientes? Desde que Mitrídates se ha apoderado de Delos, la llegada de los cargamentos debe acusar retrasos...

Eupalino estuvo a punto de ahogarse de cólera al oír a Lucio pronunciar el nombre de Mitrídates. Exclamo:

— ¡Este perro de Mitrídates! Cada día se vendían centenares de esclavos en Delos. Por culpa de él, los precios han subido en picado. Podría comprar algunos a particulares que intentan deshacerse de ellos, Pero no merecen confianza. Si no los quieren, es que tienen un defecto que me ocultan: están enfermos, o se han evadido varias veces... No, prefiero aún tapar los agujeros con hombres libres.

—¿Hay muchos que vienen a ofrecerse? —preguntó Lucio inocentemente.

Eupalino lanzó una carcajada.

—¡La desgracia de unos hace la fortuna de otros! Actualmente, muchos en Roma se mueren de hambre. Entonces, morir por morir... Al menos, en la arena, tienen la oportunidad de salir adelante. Además, si el hombre es flexible y de constitución fuerte, le pago una suma apreciable.

Lucio movió la cabeza. Su padre le había hablado de este tipo de contratos: el futuro gladiador se vendía literalmente al lanista, y estipulaba que aceptaba el riesgo de ser quemado, encadenado, golpeado, y el de que lo mataran durante lo que durara su actividad profesional. El contrato no podía ser rescindido antes de su término más que con el pago de una fuente indemnización.

Tomando el gesto de Lucio por aprobación, Eupalino exageró:

—¡No creas que sólo doy ocupación a malhechores! Entre los que vienen a verme, hay quienes han tenido fortuna. Solamente que no la han sabido conservar... Se dice frecuentemente: «Los que crían muy buena carne acabarán siendo guisados y servidos por los lanistas». Es verdad. Salvo que yo los alimento bien. Cada vez que regresan de sus ejercicios, beben una decocción de cenizas: un antiguo truco de lanistas que da vigor. Para volver a tu pregunta, es exacto que en estos tiempos tengo problemas para reclutar. Todo el mundo me pide gladiadores. No solamente para halagar al pueblo. Los soldados son los amos de la calle, y con ellos, cualquier cosa es probable. Los que pueden pagar me piden que les suministre hombres para hacerles de guardaespaldas. En su lugar, yo haría lo mismo. Sila acaba de marcharse, y todo el mundo tiene miedo. ¿Qué pasaría si los partidarios de Mario lo aprovecharan para vengarse? —El rostro de Eupalino se tomó grave. Cogió las manos de Lucio entre las suyas, en un gesto paternal, y añadió en voz baja:— Cuando estés de retorno en Pompeya, quédate allí. Espera a ver de qué lado sopla el viento. Aquí, la gente se ha vuelto loca.

Lucio suspiró. Se deshizo suavemente de las manos de su amigo.

—Quisiera poderlo hacer. No por cobardía: si la República está en peligro, mi deber es defenderla. Pero hay momentos en los que no sé ya quién tiene razón o quién se equivoca.

Eupalino no sabía qué responder, y reinó el silencio entre los dos hombres. Había llegado el momento de partir, se acercaba el final de la tarde. Lucio sólo tenía algunas horas por delante, y quería pasarlas en compañía de sus padres. Agradeció a Eupalino su acogida y se despidió de él, prometiéndole volver a verlo si decidía regresar a Roma.

Volvió al Palatino apretando el paso. A pesar de su prisa por regresar a Pompeya, estaba triste por la idea de abandonar a sus padres nuevamente. Desde hacía cinco años, no les había consagrado más que unos pocos días. La velada fue calma y feliz. Aulo tuvo la sabiduría de no volver a hablar de los temas que podían hacerle discutir con su hijo, y Terencia lo rodeó con su afecto. Cuando terminaron de comer, Aurelia aún no había regresado. Nadie se inquietaba por ello: un esclavo de Publio había venido a decir que no volvería a casa de Aulo hasta bastante tarde por la noche. Sus padres habían invitado a varios amigos, conocidos por prolongar las veladas hasta horas avanzadas.

Lucio se sentía un poco fatigado. Se levantó de la mesa, saludó afectuosamente a sus padres y fue a su habitación. Se tendió en la cama sin quitarse la túnica con la intención de esperar el retorno de su mujer. Unos instantes más tarde, el rollo de papiro que había empezado a leer se le cayó suavemente de las manos. Rendido por el sueño, se durmió sin darse cuenta.

Aurelia murió en el momento en que él cerró los ojos.

*

Tras haber ordenado a sus comparsas que no se movieran, el hombre se reincorporó, escuchando atentamente. Escrutó un momento la tranquilizadora oscuridad: ningún ruido de pasos, nadie más que ellos en la desierta calle, sólo los cuatro cuerpos que cubrían el suelo. Lanzó un gruñido de satisfacción. Una sonrisa distendió sus facciones, y palpó el relieve abultado de su miserable toga. El movimiento de su brazo sacudió los labios de la herida que había conseguido infligirle uno de los esclavos antes de que él le hundiera un puñal corto en el vientre, y su sonrisa se transformó en una mueca de dolor. Pero de todas formas no era una mala noche. Las joyas de la joven representaban para sus compañeros y para él mismo la seguridad de poder comer de acuerdo a su hambre durante varias semanas. Recogió la antorcha que terminaba de consumirse sobre el pavimento. A su paso, su débil resplandor iluminó la cara de la muerta. Asombrado, el hombre se inclinó para verla mejor. Cuando Aurelia y los esclavos que la escoltaban habían pasado ante ellos hacía unos instantes, sus comparsas y él les habían atacado de inmediato para aprovechar el efecto de la sorpresa. Los esclavos no habían tenido tiempo de defenderse, exceptuando el que había herido al jefe de la banda. Aurelia había gritado, pero no el tiempo suficiente para despertar a alguien. El primer golpe de puñal le había alcanzado en pleno corazón, y se había derrumbado. El hombre no había tenido tiempo de distinguir sus facciones. Ahora que las distinguía mejor, se lamentaba. Antes de matarla, sus amigos y él habrían podido pasar un rato agradable violándola... Los del Trastévere no se podían pagar todos los días una muchacha hermosa como aquélla, más apetecible que las prostitutas famélicas y malolientes que formaban parte de su vida cotidiana. Se encogió de hombros e hizo una señal rápida a sus compañeros. Unos instantes más tarde, la banda de salteadores desaparecía en la noche en dirección del Tíber.

Uno de los esclavos se movió suavemente. Tenía una amplia herida en su muslo derecho, y su rostro goteaba sangre. Le habían golpeado en medio de la cabeza y había caído desmayado. Su adversario no se había tomado la molestia de rematarlo. Sin ni tan sólo comprobar si sus compañeros y su ama estaban realmente muertos, volvió cojeando a la casa de Publio para pedir ayuda.

Éste llegó al lugar poco tiempo después. En principio permaneció mudo ante el cadáver de su hija. Luego todo su cuerpo empezó a retorcerse, mientras que sus ojos no podían dejar de mirar la inmensa mancha de un rojo intenso que maculaba la toga de Aurelia. Empezó a murmurar palabras sin sentido. Uno de sus esclavos creyó entenderle pronunciar el nombre de Lucio y pensó que era preciso ir a avisar a los habitantes de la casa de Aulo. Éste tardó varios minutos en hacerse cargo de lo que había ocurrido. Estaba aterrado, pero esperaba que Aurelia aún viviera. Temblando, se dirigió a la habitación de su hijo y penetró en la misma. El aceite de la pequeña lámpara acababa de consumirse. Lucio dormía apaciblemente. Aulo le cogió la mano llamándolo Por su nombre. Lucio se despertó a medias y, sin abrir los ojos, esbozó una sonrisa. Creía que Aurelia acababa de entrar. Pero reconoció la voz de su padre y se despertó de golpe. Al ver la expresión de angustia de su padre, Lucio preguntó con extrañeza:

—¿Qué hay, Aulo, qué ocurre?

—Lucio... Es preciso que te levantes. Le... ¡le ha ocurrido un accidente a Aurelia!

Lucio sintió el corazón hundírsele en el pecho. Bajó rápidamente de la cama. Cogió a su padre por los hombros.

—¿Es grave? ¿Qué ha sucedido? ¡Pero, respóndeme!

Aulo permanecía callado, mientras Lucio gritaba:

—¿Dónde está?

Aulo logró contestarle:

—Se encuentra cerca de la encrucijada, a la derecha de la calle que lleva a nuestra casa, Pero ...

Aulo quería añadir que quizá fuera mejor que Lucio no fuera allí, pero éste ya se había precipitado hacia el atrio.

Cuando llegó cerca del pequeño grupo, vio en primer lugar a su suegro. Publio sostenía a Aurelia en sus brazos, y su toga ocultaba la mancha sangrante sobre el pecho de su hija. La cabeza de Aurelia estaba inclinada sobre el hombro de su padre. Tenía los ojos cerrados. Estaba todo demasiado oscuro para que Lucio pudiera ver el rictus de miedo que la muerte había fijado en su rostro. Creyó que Aurelia acababa de abrazarse a Publio. Apartando a los esclavos que habían enmudecido al verlo aparecer, Lucio se acercó a su esposa. Publio lo miraba fijamente. Lucio se inclinó y pasó sus brazos alrededor de los hombros de Aurelia. Publio lo dejó hacer. La cabeza de la joven se deslizó cuando Lucio atrajo su cuerpo hacia él. Antes de que pudiera sostenerla, Aurelia cayó pesadamente hacia atrás y sus labios se entreabrieron. No salió ningún sonido. Lucio la incorporó suavemente. Aún no había comprendido. Pero en el momento en que hizo este gesto, sintió correr sobre su otra mano un líquido tibio. El faldón de la toga de Publio ya no ocultaba la herida de Aurelia. Lucio la contemplaba sin llegar a entender lo que veía. De golpe, la verdad estalló en su espíritu. La sangre, la frialdad del cuerpo que sostenía en sus brazos... como en un relámpago vio, de repente, la nieve enrojecida de Klenmore, los cadáveres de las víctimas de los suplicios en sus palos, la espada del guerrero en el blanco claro de Kildare. Aurelia estaba muerta. No sintió la mano que Aulo colocó sobre su hombro apretándolo dulcemente, no entendió nada de lo que le decía. Mantenía abrazado el cuerpo de Aurelia y acariciaba su rostro. Posó su mejilla sobre la de Aurelia, sus labios mojados de lágrimas sobre los de ella. Aurelia, la niña de las Lupercales, la noche de Massalia, toda la felicidad con la que ella paciente y tiernamente había llenado su vida... Y luego este cuerpo apretado contra el suyo, tan próximo y tan extraño, inaccesible. Lucio sollozaba, sus dedos entrecruzados con los de Aurelia, dentro de sus manos ya frías. Cuando Aulo logró finalmente sustraerlo de su abrazo desesperado, Lucio se había perdido en la inconsciencia.

*

Sempronia, la mujer de Publio, llegó exactamente en el momento en que Lucio se había desvanecido. Gemidos, entrecortados de sollozos, llenaban la noche. Publio continuaba con aire ausente. Su rostro se había vuelto irreconocible. En unos minutos, sus rasgos habían perdido su sonrosada redondez. Se habían descompuesto, y sí la luz del día hubiera iluminado la cara de su amigo, Aulo habría podido ver que estaba tan exangüe y pálida como la de su hija.

Aulo llenó sus pulmones con el aire caliente de la noche veraniega y se incorporó. Reunió todas sus fuerzas y ordenó a los esclavos que llevaran a Lucio, aún inconsciente, a su habitación, donde Terencia le velaría hasta que volviera en sí. Luego se acercó a Aurelia, apartó suavemente y con firmeza a Sempronia, tomó el cadáver en sus brazos y se dirigió hacia su casa. Todos lo siguieron.

Atravesó el atrio y depositó el cuerpo sobre un lecho preparado presurosamente en una pequeña estancia. Apoyada sobre Publio, Sempronia continuaba llorando, pero ya no tenía ni fuerzas para gemir. Aulo dio algunas órdenes a los criados para que prepararan el lecho mortuario en el atrio. Aurelia descansaría allí durante tres días, antes de que la incineraran. Era preciso también tapar el larario y las imágenes: la muerte había entrado en la mansión de Aulo y la hacía funesta. En la pequeña estancia sólo quedaban Aulo y los padres de Aurelia.

Aulo acercó sus labios a los de Aurelia y los besó, como para recoger su último suspiro: su alma se había ido por la boca, y con este gesto, Aulo daba una última muestra de afecto a la que se había convertido en su hija, en el momento en que Aurelia en las profundidades subterráneas iba a pasar la laguna Estigia en la barca de Caronte. 122 Se incorporó lentamente y rozó con la punta de los dedos los párpados ya cerrados. Luego retrocedió y se situó ante el lecho, junto a Publio y

Sempronia. Publio empezaba a salir de su estupor. Contempló a Aulo, e hizo una señal casi imperceptible con la cabeza. Aulo comprendió que estaba listo para cumplir los ritos.

Los dos hombres avanzaron un paso hacia el lecho y levantaron los brazos como para indicarle a Aurelia que se levantara. Al mismo tiempo, gritaron su nombre tres veces. Luego Aulo tomó de nuevo el cuerpo en sus brazos. Lo sacó del lecho, ayudado por Publio. Cada uno de los dos hombres pasó un brazo por debajo de las axilas de Aurelia y la levantaron de la cama. Le doblaron las rodillas para arrodillarla, mientras la sostenían para evitar que su cuerpo sin vida se desplomara. Permanecieron así un minuto largo, simulando con su actitud que esperaban que Aurelia se levantara. Sempronia dio vuelta la cabeza hacia otro lado. No podía soportar la vista del cuerpo de su hija, en esa postura grotesca y conmovedora. Por penoso que fuera, era preciso, no obstante, cumplir esa ceremonia rápidamente. Unas horas más tarde, la rigidez del cadáver lo hubiera hecho imposible.

Aulo y Publio tendieron el cuerpo en el suelo y lo abandonaron al cuidado de los esclavos. Sempronia y los dos hombres salieron de la estancia.

*

Cuando Lucio abrió los ojos, vio a su madre inclinada sobre él. Al principio no comprendió dónde se encontraba, ni qué hacía ella allí. Cuando vio las lágrimas que se deslizaban por su rostro, lo recordó todo en un instante. Se incorporó bruscamente de la cama y, con expresión huraña, dijo a Terencia:

—No es posible... ¡Dime que no está muerta! ¡Dímelo!

Terencia desvió los ojos y bajó la cabeza. Pasó sus brazos sobre los hombros de su hijo y apoyó la cabeza de él suavemente contra su pecho. Lucio sintió su calor y hundió la cabeza en los pliegues de su toga, como para buscar allí un refugio. Le parecía que todo alrededor de él sufría una tensión extrema, como si tras un segundo, el mundo fuera a despedazarse bajo el peso de la muerte de Aurelia.

Estalló en sollozos murmurando:

—Nunca más, nunca más...

Terencia lo apretó contra ella.

Lucio permaneció así largo rato. Cuando Terencia vio que había vuelto a dormirse, agobiado por la tristeza y la fatiga, lo tendió nuevamente sobre el lecho y continuó junto a él, cuidándolo.

Fuera empezaba a despuntar el día. La palidez del alba iluminaba débilmente el atrio, donde estaba instalado el lecho funerario: el cuerpo de Aurelia reposaba allí con los pies vueltos hacia la puerta de entrada. No quedaba ningún rastro de sangre. Los esclavos la habían lavado cuidadosamente, y vestido con una toga nueva, la más hermosa que encontraron en los cofres de Terencia. Aulo había colocado una pieza de oro en la boca de Aurelia, el denario de Caronte. El aire estaba cargado de pesados olores perfumados y se podían reconocer efluvios de miel, cedro y mirra. Los esclavos habían tenido que emplear grandes cantidades de ungüentos para impregnar con ellos el cuerpo de Aurelia. Hacía mucho calor, y aunque lo abanicaran constantemente, el cadáver corría el riesgo de descomponerse rápidamente. Para disimular los olores que podrían desprenderse del mismo, se quemaban perfumes en unos pebeteros colocados abajo del lecho. En las esquinas, quemaban cuatro grandes antorchas de llama purificadora que no se apagarían hasta que el cadáver fuese alejado de la casa.

Durante tres días, los parientes y los amigos de Aulo y Publio desfilaron por el atrio para inclinarse ante el cuerpo de Aurelia. Nunca vieron a Lucio. Este no salía de su habitación más que para velar a su esposa durante la noche. No podía contener las lágrimas cuando la veía, y la costumbre prohibía que se llorase en público. Lucio contemplaba el rostro de Aurelia, en el último respiro que le dejaba Plutón antes de que las llamas lo consumieran. Sentía un temible desgarramiento; la muerte de Aurelia era también la suya. Estos labios eran los que él había besado;

conocía todos los secretos de este cuerpo tendido, el calor de sus abrazos. Se le había escapado, para siempre, hacia un más allá desconocido.

A la cabeza del cortejo figuraban numerosos portadores de antorchas, aunque fuese pleno día. La idea de impureza estaba asociada a la muerte de tal manera que durante mucho tiempo no se habían podido amortajar los cadáveres más que por la noche, como a escondidas. Luego las costumbres se habían relajado. Pero por una especie de superstición relacionada con la antigua usanza, se había conservado la costumbre de llevar antorchas encendidas ante el féretro. El espectáculo de la muerte seguía, no obstante, siendo tremendo. Antes de que el cortejo se pusiera en marcha, Aulo había enviado a un esclavo para asegurarse de que ningún sacerdote ni magistrado en funciones corría el riesgo de encontrarse a su paso. El son de las trompetas y de las flautas fúnebres no debía llegar a sus oídos. Lucio estaba inundado de dolor, y acobardado por la multitud que se había amontonado ante la mansión de su padre. El féretro en el que reposaba Aurelia estaba abierto, pero Aulo había colocado un velo negro sobre el rostro de la muerta. La costumbre lo exigía en caso de muerte violenta.

Resonaron las primeras notas de las flautas y de las trompetas: era la señal de partida, seguida a continuación por las lamentaciones de las plañideras que marchaban detrás de los músicos. Aurelia abandonó por última vez la mansión de Aulo. Unas ramas de ciprés teñidas de rojo, en señal de duelo, adornaban el portal. Seis hombres llevaban la parihuela sobre la que reposaba el ataúd. Seguía luego un importante cortejo. Todos sus miembros se habían puesto la pretexto negra. Las jóvenes amigas de Aurelia habían desatado las cintas de sus cabellos y las habían colocado sobre el cadáver cubierto de ramilletes de flores y de follaje. Mientras caminaban, se lanzaban puñados de ceniza sobre sus largos cabellos sueltos. Muchos de los gestos cotidianos se invertían durante los funerales: las mujeres iban con la cabeza descubierta, mientras que los hombres la cubrían con un velo, y habían reemplazado sus anillos de oro por aros de hierro. El padre de Aurelia y sus parientes próximos iban a la cabeza del cortejo. Sostenían delante de sus rostros las imágenes de la familia. Se habría dicho que los antepasados habían salido de la tierna para conducir a su hija a los infiernos.

La marcha duró largo tiempo. Lucio estaba al límite de sus fuerzas cuando el cortejo tomó la Via Apia. Reconoció los pinos bajo los cuales Aurelia y él se habían detenido viniendo de Pompeya. No pudo evitar un sollozo. Nadie lo oyó, pues las plañideras no paraban de lamentarse. La voz más bella celebraba los méritos de Aurelia y deploraba su desaparición empleando fórmulas estereotipadas que servían para todos los cortejos fúnebres; el coro de sus compañeras las repetían, en una melopea monótona e insistente. El cortejo se detuvo al fin. Cerca de la tumba de los Livio, habían erigido una gran hoguera, por encima de una fosa profunda de tres pies, destinada a recibir las cenizas. La hoguera estaba dispuesta en forma de altar. Sus dimensiones eran medianas. Durante los funerales de los personajes más importantes de la ciudad, tenía el aspecto de una altísima pirámide de varios pisos, adornada de guirnaldas, colgaduras y de estatuas separadas por columnas. Pero Aurelia no era un cónsul: sólo Lucio y sus padres se acordarían de ella.

Depositaron lentamente la camilla. Lucio y su padre tomaron el ataúd y lo izaron hasta la cima de la hoguera. Lucio colocó al lado del cuerpo un vaso pintado que le gustaba a Aurelia. Representaba la boda de Eros y Psique en el Olimpo. Se volvió para no ver los últimos gestos que debía llevar a cabo su padre. Aulo sacó un pequeño cuchillo muy afilado de un pliegue de su toga y cortó con dificultad un dedo de la rígida mano de Aurelia. Luego le abrió los ojos.

Bajó al lado de Lucio y de Terencia, y tomó una de las antorchas que aún estaban encendidas. Como en la noche de su muerte, Aulo llamó aún a Aurelia. Lucio la miró una última vez antes de que las llamas se apoderaran de ella. Con sus grandes ojos abiertos, Aurelia contemplaba el cielo.

Todos permanecieron inmóviles en el silencio que siguió a la triple llamada de Aulo. Bruscamente, al tiempo que volvía la cabeza; lanzó la antorcha encendida a la hoguera. Gracias a la pez con la que la habían impregnado, las llamas se elevaron instantáneamente, y una espesa humareda negra se elevó en la pureza del cielo de estío. El olor nauseabundo de la pez se dejó sentir, a pesar de los cipreses con los que se rodeaban siempre los sitios de incineración para que su perfume lo disimulara. Aulo y Lucio tuvieron que retroceder: el calor aumentaba rápidamente.

Algunas personas lanzaron en el brasero sus últimos presentes: tortas de espelta, velos delicadamente bordados, e incluso joyas. Allá arriba, disimulado a las miradas por el humo, el ataúd crujía por todas partes. Las flores que recubrían el cadáver se marchitaron en un instante, y unas breves llamas más claras salieron, cuando la ligera toga que lo recubría se consumió. Por un instante apareció el cuerpo de Aurelia en su desnudez, en medio de las llamas que iban a llevarla hasta el cielo. Se encendieron unas llamitas azuladas: eran los ungüentos, de los que estaba impregnado el cadáver, que ardían. Rápidamente grandes llamaradas doradas lo envolvieron. El cuerpo se arqueó bajo el efecto del calor, como si Aurelia se resistiera contra su aniquilación. La carne estallaba a trozos bajo la mordedura del fuego. Al cabo de algunos minutos, los rasgos delicados de su cara, las líneas puras de su pecho y sus cadenas no formaron más que un bosquejo apretado y negruzco de cuerpo humano, creación malograda de un dios torpe. Luego Aurelia quedó reducida a la nada. Las cenizas de su cuerpo se mezclaron, en medio del zumbido de las llamas, a las de la madera de la hoguera.

Los ojos de Lucio no pudieron ver esta espantosa alquimia. Pero tenía la mirada fija en las llamas que ocultaban a Aurelia ante su vista. En un determinado momento, se hicieron tan vivas que tuvo que volver la cara. Alrededor de la hoguera, el aire vibraba bajo el efecto del calor. Las líneas de las tumbas circundantes, un momento antes dunas y rígidas, temblaban como si aquellos que abrigaban volvieran a la vida, y las sacudieran.

Los miembros del cortejo fúnebre, inmóviles en sus grandes togas negras, con cuyos pliegues habían cubierto sus cabezas, parecían esperarlos. Lucio empezó a tambalearse y debió apoyarse sobre los hombros de su padre para no caer. Aulo lo envolvió con su toga y lo mantuvo apretado contra su pecho hasta que todo terminó.

Cuando las llamas bajaron, se acercaron unos esclavos. Lanzaron sobre la hoguera agua y vino a fin de extinguirla por completo. La más anciana de las plañideras se aproximó, y simplemente dijo la frase sacramental: «Todo está terminado».

Todos los miembros del cortejo, a su vez, y por turno, dieron algunos pasos hacia aquel montón de madera calcinada y pronunciaron las palabras que se debían a los muertos: «Aurelia, que la tierra te sea leve». Muy pronto, sólo quedaron los parientes más próximos y Lucio. Éste sabía lo que Aulo iba a hacer. Se alejó unos pasos, dando la espalda a su padre. Sempronio y Terencia lo imitaron.

Aulo hizo rociar la fosa para poder descender allí dentro sin quemarse. Tardó varios minutos en encontrar los huesos calcinados de Aurelia, que envolvió en un amplio lienzo. A continuación cogió algunos puñados de cenizas y las depositó en una urna de alabastro. Luego salió de la fosa. Le tendió a Publio la urna cineraria que contenía los restos de su hija. Todo el cuerpo de Publio se puso a temblar en el momento en que Aulo la depositó en sus brazos, y murmuró simplemente a su amigo que se diera prisa. Aulo volvió al lado de la fosa y sacó de los pliegues de su toga el dedo que antes había cortado de la mano de Aurelia. Cayó en el suelo, y lo depositó allí, recubriéndolo con tres puñados de tierra. Luego se acercó presurosamente a Publio para descargarlo de su macabro fardo. A continuación llamó a Lucio y a las dos mujeres. Antes de penetrar en el mausoleo, se descalzaron y se quitaron los cinturones. La cavidad era una modesta estancia húmeda y sombría. Sus muros estaban perforados por pequeños nichos. Aulo colocó la urna cineraria de Aurelia en un cofrecillo de oro conteniendo una pequeña ampolla de perfume, y lo depositó todo en una de las anfractuosidades que aún estaba vacía. Todos se recogieron unos instantes, luego salieron de la tumba, abandonando los restos de Aurelia a la fría oscuridad del sepulcro. Al colocar el cofrecillo en su nicho, Aulo no había podido evitar contemplar los que aún estaban vacíos. Se había dicho que un día Lucio volvería a bajar a la tumba, llevando en sus manos la urna conteniendo sus propias cenizas.

Después de la comida que tomaron en el columbario, todos regresaron a Roma. Antes de penetrar en sus casas, debieron purificarse de la mancha de la muerte por el agua y el fuego. Los parientes que no habían asistido al funeral los golpearon con ramas de laurel empapadas de agua. Durante esta operación, se barría cuidadosamente el suelo del atrio en dirección a la puerta de

entrada. El atrio estaba perfectamente limpio, pero era preciso expulsar la muerte. Lucio se sometió estos ritos. La muerte de Aurelia lo había liberado de los dioses.

*

Lucio permaneció muchas semanas sin salir, rechazando incluso recibir a Diófano y a Eupalino. Evitaba permanecer en el atrio, obsesionado Por el recuerdo del lecho fúnebre, y no salía de su habitación más que para refugiarse en el silencio de la biblioteca. En cualquier lugar que estuviera, le abatía una inmensa ausencia. Los primeros días, había pasado por extrañas fases de excitación y de abatimiento, que se sucedían sin razón aparente. Tan pronto se agitaba febrilmente, como si fuera a ocurrir un acontecimiento extraordinario, como en seguida caía en un pesado desaliento. Tenía la impresión de que en sus entrañas había una bomba incrustada como las que se instalaban en las bodegas de los barcos para vaciar el agua, y que le absorbía las pocas fuerzas que le quedaban. Lo peor era la noche. Se dormía sin ninguna dificultad. Pero su sueño no era el del olvido. Aurelia aparecía sin cesar en sus sueños, llenando su corazón y su mente con las imágenes de Massalia y de Pompeya. Percibía el calor de sus brazos, la dulzura de sus caricias, el sabor de sus labios. Luego todo se desvanecía: se volvía a encontrar solo en su cama, solo en el mundo entero hasta el final de sus días. Cada noche sabía que volverían a recomenzar los mismos sueños, los mismos despertares.

Aulo y Terencia se asustaban de la rápida degradación física de su hijo. En el transcurso de varias semanas, había envejecido en varios años. Lucio era delgado Por naturaleza, pero como ya casi no se alimentaba, estaba demacrado y escuálido. Los huesos de su rostro sobresalían bajo su piel cenicienta y ya no afeitaba su barba naciente. Oscuras ojeras le cernían los ojos, las uñas crecían en sus dedos sin que se las cortara.

Aquella noche, se encontraba en su refugio habitual, frente a los rollos de papiros de la biblioteca. Terencia entró sin hacer ruido. Las cintas de su peinado disimulaban mal sus blancos cabellos, y su talle ya no tenía la finura de los treinta años, cuando había nacido Lucio. Su cuello era más grueso. Pero conservaba aún sus magníficos ojos azules. Terencia se sentó al lado de Lucio.

—No deberías quedarte encerrado aquí —le dijo Terencia suavemente—. Intenta bajar al Foro mañana. Diófano y Eupalino han pasado por aquí esta mañana para interesarse por ti. Estoy segura de que te acompañarían allí con mucho gusto.

Lucio no respondió. Se pasó la mano Por sus cabellos desordenados, y la dejó caer con lasitud. Murmuró como si hablara sólo para él:

—No queda nada de ella. Y, no obstante, todo mi ser aspira a esta nada.

—Es solamente su cuerpo el que está bajo tierra. Aurelia continúa existiendo, pero como una sombra, en medio de otras sombras.

—¡Una sombra! —Lucio se había incorporado bruscamente. Terencia quedó sorprendida por el tono de su voz, que había pasado súbitamente del abatimiento a la rebeldía:— Es un ser viviente al que he amado y que lloro, ¡no un pálido fantasma! Quisiera contemplar sus ojos, sentir el calor de su cuerpo, tener mis labios y mis manos en los de ella. Y no puedo más que abrazar la nada. Es Epicuro quien tiene razón. El fuego ha separado sus átomos que caen ahora en el vacío eterno. El alma no se separa del cuerpo. Se pudre o ilumina al cuerpo.

Terencia intentó reconfortarlo tímidamente:

—Me has dicho que soñabas con ella cada noche. ¿No crees que los dioses te envían estos sueños para reconfortarte?

Lucio levantó la cabeza y dijo rabiosamente:

—¡Pero si es una tortura que ellos me infligen! Por otra parte, los dioses no envían ningún consuelo ni tampoco, ningún sufrimiento a los humanos.

—¿Ya no crees en los dioses?

—Oh si, los dioses existen. Si no los hombres no creerían en ellos. Pero están demasiado lejos de nosotros, en los inter-mundos. ¿Por qué ellos se preocuparían por los hombres? Son inmortales,

viven en paz, y pasan el tiempo bebiendo y comiendo en una fiesta eterna. No son responsables de los hombres, puesto que ellos no los han creado.

—Entonces, ¿crees que estamos solos, que todo es absurdo?

Lucio volvió la cabeza y no contestó. Terencia se levantó. Antes de abandonar la estancia, pasó la mano por la mejilla húmeda de lágrimas de su hijo.

Lucio no supo nunca cuánto tiempo pasó hasta que percibió por primera vez la Luz. **123** Al principio la tomó por el resplandor del alba. Pero la Luz no se parecía a la claridad del día, y aún menos a la de una lámpara o a la de una antorcha. Brillaba sin cegar. El brillo misterioso se acentuó. Muy pronto, las ondas luminosas se concentraron y dibujaron las líneas de un cuerpo. Incluso antes de que las facciones del rostro de la aparición cobraran forma, Lucio había reconocido a Aurelia.

Vibraciones luminosas nimbaban su cuerpo transfigurado. Su rostro había conservado sus facciones dulces y puras, y sus cabellos negros, sueltos, caían sobre sus hombros aureolados de luz. Sus ojos ardientes brillaban, y sus labios estaban entreabiertos.

Lucio quiso levantarse, pero sus miembros no le obedecieron. Sólo consiguió articular unas palabras vacilantes:

—Aurelia... ¿Vuelves del reino de los muertos, o soy yo quien me encuentro en su entrada? No veo la banca de Caronte...

Una sonrisa apareció en los labios amados que él había besado tantas veces. No salía ningún sonido de la boca de Aurelia, Pero su respuesta se grabó profundamente en el pensamiento de Lucio.

—Amor mío, no hay ni Estigia ni Caronte allí de donde vengo. He tenido que dejar el mundo de las apariencias donde tú moras aún, puesto que había llegado mi hora. No he sido arrastrada a las profundidades de Tartana, sino llevada hacia los astros. Tu mundo ya no es el mío, Pero la fuerza de tu amor ha emocionado al dios creador. Me ha permitido volver a ti para que sepas que solamente el amor da la inmortalidad.

—Aurelia, no me puedo mover, pero me gustaría tanto abrazarte. ¡Haz que pueda tocarte, abrazarte!

—Eso no es posible, y nuestro tiempo está contado. Pero acuérdate de mis palabras: aunque no puedas verme más, siempre estaré contigo, mi amor, te acompañaré hasta el final de tu vida.

—¿Puedo saber al menos dónde vives, y si eres feliz?

La respuesta no le llegó a Lucio de inmediato. Sobrecogido por una brusca ansiedad, fijó sus ojos en la visión luminosa. Continuaba siendo nítida y radiante.

—Aunque me estuviera permitido volver a esta esfera inferior, no lo haría. Esto sólo retrasaría un estadio más perfecto de mi evolución y de nuestra unión. La vida terrenal es pasajera, existen otras, en nuestras esferas superiores.

—¿Qué quieres decir?

—Amor mío, ¡si tan sólo lo pudieras saber! Recorremos otros espacios y otros tiempos...

—Te lo ruego, Aurelia, ¡intenta describírmelos!

— ¡Que el dios creador venga en mi ayuda, él, que nos ha dado este amor que me ha hecho volver a ti!

La visión se nubló. De los labios de Lucio salió un grito: por su temeridad, como Orfeo, había perdido por segunda vez a Aurelia. Pero rápidamente, la Luz volvió a aparecer, y él oyó de nuevo en su pensamiento la voz de Aurelia:

—Mira Lucio, mira lo que pocos mortales han visto antes de que les haya llegado la hora de su partida.

En una blancura incomparable, vio formarse un círculo brillante nimbado de llamas, y reconoció la aglomeración de estrellas a la cual los griegos daban el nombre de Vía Láctea. Todos los astros brillaban con luces y colores de una belleza inimaginable; hasta el éter mismo estaba sacudido por vibraciones luminosas.

—El Amor que mora en ti no es más que un pálido reflejo del de Dios. Te permite entrever la estancia divina. El conjunto del universo se compone de nueve esferas, de las cuales la última

contiene todas las otras y regula sus movimientos. Es en esa esfera donde se encuentran las estrellas fijas que giran eternamente. Debajo de la misma hay otras siete esferas. La última es la Tierra, donde reina la muerte.

La visión empezaba a disiparse. Las estrellas se ocultaron bajo los ojos de Lucio, y el cielo se condensó de nuevo en la forma de Aurelia. La luz que se desprendía de ella era menos intensa que antes, y sus rasgos más vagos. Sin embargo, captó la continuación de su mensaje.

—Lucio, amor mío, el tiempo que me ha sido dado pronto terminara.

—Quédate aún, te lo ruego, o ¡déjame partir contigo!

—Esto es imposible. Ningún mortal tiene derecho a avanzar su hora. La ley es otra.

—¿De qué ley hablas?

—En nombre de nuestro amor, Lucio, escucha mi mensaje. Tus sufrimientos no han terminado. No he venido para ahuyentarlos, puesto que el dolor es necesario para el conocimiento. Él golpea a los mejores, que son los más vulnerables. Pero que esta visión te aporte la esperanza, para que tu vida transcurra hasta el término que le ha sido fijada desde siempre. No intentes reunirme conmigo avanzando esa hora: no harás más que retrasar el momento en que nosotros estaremos de nuevo unidos. Todos aquellos que respetan la voluntad divina tienen que retener el alma en la prisión del cuerpo.

La luz decrecía rápidamente. El cuerpo de Aurelia no era más que un aura luminosa de contornos vagos. Lucio apenas distinguía los rasgos de su rostro. En una última llamada, le preguntó:

—¡Dime, amor mío, que nos volveremos a ver!

La respuesta le llegó, tan clara como al principio de su diálogo:

—El alma es eterna. La Fuerza y el Dios de donde procede la misma no tienen ni principio, ni fin. *Es lo que vosotros llamáis vida que es la muerte.*

La voz misteriosa se había debilitado y la oscuridad iba ganando terreno. Antes de que se hiciera el silencio Lucio pudo oír las últimas palabras de Aurelia, llenas de una ternura infinita:

—Amor mío, no puedo resistir más la fuerza que me atrae hacia las esferas superiores. No nos veremos nunca más en este mundo. Me voy, Pero no te abandono. Estaré siempre a tu lado.

Lucio no se acordó nunca de lo que había pasado entre el momento en que la visión se había borrado y el instante en que se despertó. Había desaparecido la oscuridad, y su habitación, como el resto de la casa, estaba inundada de sol, ya alto en el cielo. En comparación con la Luz, no eran más que tinieblas.

V
Saturnales

Comparamos la esclavitud casi con la muerte.

ULPIANO, *Digeste*^{*}, L, 17, 209

Los enviados del Senado se volvieron hacia Roma aliviados: habían triunfado. Cinna había prometido respetar la ciudad e incluso en estos tiempos de terror, la palabra de un cónsul continuaba siendo sagrada. Aulo y Publio formaban parte de la delegación.

Después de la muerte de su hija, Publio había cambiado mucho. A él que le gustaba tanto bromear, permanecía ahora silencioso, con aire ausente. Su minada sólo expresaba una tristeza resignada. Aulo minaba a su viejo amigo caminar hacia la litera en la cual iban a regresar a Roma. Al menos, pensó, la guerra civil lo habrá hecho salir de su aturdimiento. Al principio, Publio no había querido ceder a las instancias de sus colegas que le apremiaban para que fuera a negociar cerca de Cinna y Mario las condiciones de su retorno a Roma. Todo esto le era indiferente. De cualquier modo, ¿tenía Roma tanto que temer del anciano enfermo en que se había convertido Mario? Finalmente, había aceptado. Aulo le había prometido que lo acompañaría y había sido designado para formar parte de la comisión del Senado junto a las tropas rebeldes.

Aulo se tendió en su litera después que su amigo se hubo instalado allí. Publio se volvió hacia él y le dijo con un ligero encogimiento de hombros:

—Tembláis por nada. Mario y Cinna son, sin duda, hombres pendidos, ¿de qué les serviría anegar Roma en un baño de sangre? Sila está lejos, pero su ausencia no será eterna.

—Tienes razón. —Aulo sacudió la cabeza y añadió sonriendo: —Seguramente nos hemos alarmado demasiado. Pero siempre vale más prever lo peor.

Publio no contestó. Aulo lo miró y comprendió que no lo había escuchado: nuevamente, su mirada se perdía en el vacío. Aulo no pudo evitar el morderse ligeramente su labio inferior. No había podido nunca librarse de ese tic en el que sus familiares reconocían su inquietud. Las hermosas palabras de Cinna no lo habían convencido. Todos sus colegas habían destacado que, durante la entrevista, Mario se había mantenido respetuosamente de pie al lado de Cinna, mientras que éste ocupaba la silla curul a la que su rango de cónsul le daba derecho. Evidentemente, decían, es un hombre acabado. El mutismo del viejo general inquietaba a Aulo: ¿se había desvanecido su viejo rencor contra el partido aristocrático ahora que Roma le ofrecía su sumisión? Aulo no sabía qué pensar. Quizá sus colegas tuvieran razón: Mario había alcanzado su septuagésimo aniversario, y a esta edad la sabiduría gana en profundidad lo que las pasiones pierden en violencia. Sin embargo, Aulo no podía olvidar la ironía amenazadora que había percibido en la voz de Mario la única vez en que éste había abierto la boca, en el momento en que los senadores, antes de despedirse de Cinna,

^{*} La forma correcta es *Digesto* [Nota del escaneador].

fijaban las últimas particularidades de la entrada en Roma de los insurgentes. Mario había dicho únicamente:

—Es una ley la que me ha exiliado y proscrito de mi patria. Si quieren que vuelva a Roma, es preciso, con una nueva votación, anular la que me echó de allí.

Todo el mundo había dado su conformidad a esta condición, y alabado el civismo de Mario. Aulo se extrañaba de este repentino legalismo por parte de un hombre cuya carrera demostraba en su totalidad su desprecio por las leyes y las tradiciones.

Pero quizá esto no era más que un gesto simbólico destinado a borrar el largo cortejo de crímenes y de rebeliones contra la República de los que él y sus seguidores se habían hecho acreedores en los últimos meses.

Todo había empezado en el momento de la partida de Sila para Grecia, donde éste tenía la intención de terminar con los ejércitos de Mitrídates. La maldita cuestión del voto de los italianos inflamaba de nuevo la Ciudad. Cinna uno de los dos cónsules en activo, la había suscitado para obstaculizar los planes del partido aristocrático. Su proyecto de ley echaba por tierra el delicado mecanismo de las circunscripciones electorales que había elaborado con minuciosidad la fracción conservadora del Senado. Al mismo tiempo, pedía que se derogaran las leyes de Sila que habían proscrito a los demócratas. Sintiendo el peligro, su colega Octavio se había opuesto a ello de inmediato, y había hecho dispensar a los italianos que habían acudido a la Capital para la votación de la ley. El día de la votación se había entablado una violenta batalla, en pleno Foro, entre sus partidarios y los de Cinna. Este último había perdido, y había huido de la Ciudad. Pero no había abandonado la partida. Algunas legiones, corrompidas por las ideas democráticas, se habían aliado con él. En cuanto a los italianos, le habían suministrado inagotables contingentes de reclutas. Y por encima de todo, Mario había regresado.

Tras su lastimosa huida del año anterior, cuando se había batido en retirada hasta África ante Sila y su Fortuna, el Senado casi lo había olvidado. Pero no el pueblo: para él, Mario continuaba siendo el «Salvador de la Patria». Sus veteranos continuaban poniéndolo por las nubes, alabando tanto su humanidad como sus gestas de guerra: no había muchos generales que, como él, compartieran con ellos el pan de munición y que se acostaran en el mismo burdo jergón. Mario tampoco había olvidado nada. Y menos a Sila, su antiguo cuestor, este noble joven seductor que le había arrebatado la gloria de la captura de Yugurta. Acosado por las legiones, el nómada había encontrado refugio en casa de su suegro, el rey Bocus. Sila se había desplazado junto a él y a fuerza de habilidad, lo había convencido de que se lo entregara. Sila había aprovechado este éxito para asentar su fama. Para que nadie lo olvidara, se había hecho hacer un sello que siempre llevaba con él, cuya marca representaba a Bocus entregándole a Yugurta. En cuanto a Bocus, había exasperado a Mario al máximo cuando consagró en el Capitolio un grupo de estatuas en oro que representaban la misma escena. La rivalidad entre los dos hombres degeneró en conflicto abierto cuando sobrevino la guerra social, que permitió a Sila tomar el poder. Mario había escapado en forma milagrosa a la muerte en varias ocasiones.

En medio de sus tribulaciones, al enterarse de la rebelión de Cinna, había comprendido que había llegado la hora de la revancha. Entonces parte inmediatamente para Italia y desembarca en la costa de Etruria, en el cabo Telamón. Allí le esperan suficientes tropas como para tripular cuarenta barcos. Entre ellas muchos desechos del género humano: esclavos huidos, pastores y campesinos ignorantes y salvajes. Cinna había condecorado a Mario con el título de procónsul, y le había enviado las fasces, la insignia de su cargo. Con humildad fingida, Mario las había rechazado. Se complacía mostrando un aspecto miserable. Se hubiera dicho un venerable viejo que se arrastraba por Subure: los rasgos hundidos, el cabello largo, marchando a pie, con su ropa gastada en vez del manto escarlata de *imperator* que había llevado durante tantos años. Por groseros que fueran esos sacrificios, lo mismo engañaban al populacho. El número de sus partidarios se acrecentaba sin cesar. Muy pronto estuvo Roma a su merced. Mario la sitiaba y le cortaba los suministros. Una atmósfera de pánico reinaba en el interior de la Ciudad: se temía que deseoso de venganza, lanzara su soldadesca como lo haría sobre una ciudad enemiga. Para colmo de desgracia, se había declarado

una epidemia de peste. El cónsul Octavio estaba tan desamparado que iba a buscar consejo junto a los magos venidos de Caldea, de los que coleccionaba los horóscopos. Finalmente, había decidido permanecer en la Capital: los mensajeros de oráculos sibilinos y los sacrificadores de baja categoría le habían asegurado que el conflicto terminaría felizmente. Un poco más tranquilo, Octavio había aconsejado al Senado que enviara a sus miembros más ilustres a negociar con Mario y Cinna condiciones honorables de rendición para la ciudad.

Cuando Aulo y sus colegas volvieron a entrevistarse con él le anunciaron el éxito de su misión, y Octavio supo que los magos no le habían mentido.

*

Cayo Julio César sólo tenía trece años. Pero su juventud no le impedía alegrarse de estos acontecimientos. Conocía bien a Mario, su tío por casamiento. Julia, la cuñada de su madre, se había casado con Mario, y no paraba de alabarle ante su joven sobrino, hasta el punto que el viejo general se había convertido en un ejemplo para él. Mario, amado por el pueblo y por los soldados, ¿no era el vencedor de los bárbaros?

Julio no provenía de los medios populares que, aquel día, se preparaban con regocijo para recibir a su protector. Descendía de un antiquísimo linaje patricio, y el origen de su estirpe, como se decía desde siempre en su *gens*, no era otro que Julio, el hijo de Eneas que dio origen, por lo tanto, a la raza que fue luego fundadora de Roma. Su familia contaba con numerosos cónsules, tanto en su línea materna como paterna. Estos orígenes no le impedían en absoluto simpatizar con las ideas democráticas. Por otra parte, la historia ofrecía múltiples ejemplos de patricios que habían abrazado la causa del pueblo, desde los Gracos al mismo Cinna. Su madre, Aurelia, se había preocupado cuidadosamente por la educación de este hermoso muchacho de ojos negros y penetrantes, de blanca piel y de talle esbelto. Había escogido para él a los mejores profesores. Éstos habían encontrado en Cayo a un alumno prodigio. Pocos adolescentes sabían tanto a su edad sobre las literaturas griega y latina, y su estilo ya era entonces notable. Aurelia vigilaba también el desarrollo de su cuerpo. Los gimnastas expertos adivinaban que bajo frágiles apariencias el joven ocultaba la resistencia y el vigor de un atleta. Como muchas mujeres de su clase, Aurelia se interesaba por la política, y consideraba que el casamiento de Julia con Mario era una oportunidad que su hijo debía aprovechar. Así ella, tempranamente por su parte, había unido sus esfuerzos a los de su cuñada para inculcar a Cayo las ideas del partido popular y el culto de sus héroes.

Por ese motivo, esa mañana en que Mario iba a hacer su entrada en la ciudad, el joven Julio había ido al Foro para ver a su tío y a Cinna investidos por los comicios de la autoridad gubernamental.

El centro de Roma estaba lleno de gente. Dado que Mario deseaba, antes de entrar en el recinto sagrado, que la asamblea del pueblo dictara una ley pidiendo su retorno, los miembros de las tribus habían sido reunidos en orden de voto. Muy pronto empezaron los actos electorales. Duraban siempre largo rato y, fuera de la ciudad, las tropas de Mario se impacientaban.

La pesadilla comenzó poco después. Escoltado por soldados, y esclavos que él había liberado, Mario franqueó la puerta de la ciudad antes de que todas las tribus hubieran aportado sus sufragios. Los soldados que precedían a Mario arrancaron, literalmente, a Octavio de la tribuna y lo mataron. Cuando el cónsul cayó al suelo, un horóscopo se deslizó de entre los pliegues de su toga. Rápidamente, los soldados separaron su cabeza de su cuerpo y la clavaron en los Rostros —o sea, la tribuna de arengas—, delante de la multitud de la que se elevaban, en una mezcla confusa, gritos de pánico y alaridos de alegría.

En pocas horas, el terror se abatía sobre Roma, sobrepasando en su amplitud los temores de los más pesimistas. Mario, con la mirada extraviada, dirigía personalmente las operaciones. Sus esclavos mataban sin piedad a aquellos que su amo les señalaba. Incluso sus seguidores temblaban al acercarse a él para saludarlo. Bastaba con que Mario volviera la cabeza o no respondiera a sus palabras de bienvenida para que la jauría de esclavos viles les cortara la cabeza en el acto. En

cuanto a los partidarios de Sila, declarado enemigo público, Mario y Cinna ordenaron que se les persiguiera sin piedad. Algunos empezaron a huir desde los primeros momentos de la masacre, intentando despistar a los que les acosaban. Todas las rutas y las ciudades próximas a Roma estaban llenas de secuaces de Mario que daban caza a los fugitivos y se esforzaban en hacerlos salir de sus refugios. Los soldados no eran más moderados que los esclavos. Muchos se sentían extranjeros en la capital, pues habían sido reclutados en los cantones rurales de Italia recientemente admitidos a la ciudadanía. Roma era para ellos una ciudad enemiga, cuyos habitantes debían ser tratados como tales. Por otro lado, podían contar con una parte de ellos para perpetrar sus crímenes. Algunos actuaban por convicción, estimando que estos actos sólo eran el justo castigo por las exacciones cometidas un año antes por las tropas de Sila. Pero muchos de ellos obedecían a otros motivos. Numerosos esclavos se regocijaron denunciando a sus amos, ganando así su libertad. Tantos esclavos, tantos enemigos, decía el proverbio. Enemigos temibles. Como vivían en la intimidad de sus amos, estaban al corriente de muchos secretos, de sus idas y venidas y de la gente que frecuentaban. Gracias a ellos, las tropas de Mario pudieron detener a numerosos seguidores de Sila. Las calles estaban sembradas de cuerpos decapitados. Los hombres de Mario penetraban en las casas, mataban a los propietarios y lanzaban sus cadáveres sobre el pavimento, violando sin avergonzarse a sus mujeres y a sus hijos.

Muy rápidamente, Mario y Cinna organizaron la represión de forma más metódica. Ayudados por sus lugartenientes, confeccionaron listas de proscripción. Todos aquellos cuyos nombres figuraban en las citadas listas podían ser asesinados sin juicio, y sus bienes confiscados en provecho de los partidarios de Mario y de sus delatores. Para facilitar su trabajo, Mario ordenó que colgaran las listas en el Campo de Marte, y extremó el celo hasta el punto de hacer aprobar su redacción por las asambleas populares, aterrorizadas, las cuales lo ejecutaron prestamente. Cuando los soldados llegaron a la vasta explanada y colgaron cuidadosamente las listas en los postes que servían para los entrenamientos de los soldados, la multitud allí congregada era densa. Cada uno quería saber si él mismo, sus amigos o sus enemigos estaban condenados o no. Diófano también se encontraba allí. Cuando el soldado desenrolló el primer *volumen*, retuvo el aliento. No solamente por ansiedad, sino también por prudencia. Todo el mundo sabía que los hombres de Mario se habían infiltrado en la multitud y que espiaban la reacción de la gente: no sólo sus palabras, sino incluso sus lágrimas, sus sonrisas y sus fruncimientos de cejas. No pudo evitar sin embargo apretar sus puños fuertemente cuando leyó entre los primeros nombres los de Aulo y Publio. * 124

*

Aulo despidió al esclavo con gesto cansado, tras haberle agradecido el haber venido a verlo: en las circunstancias actuales, este paso podía costarle la vida. Terencia no había podido evitar las lágrimas escuchando su relato. Lucio no decía nada, pero había palidecido al enterarse del suicidio de Publio y de su esposa. Al saber que se encontraban entre los proscritos, habían decidido quitarse la vida. Después de pasar juntos una última noche, los dos esposos habían hecho encender un gran brasero en su habitación por el esclavo que acababa de dejar ahora la mansión de Aulo. Incluso antes de que las llamas los alcanzasen, habían caído inanimados, sofocados por el calor y el humo.

Aulo volvió a ver por última vez la cara de su viejo amigo, del que ahora no quedaban más que cenizas. Tantas pruebas superadas juntos, la desaparición de Aurelia... Enderezó la cabeza y miró a su mujer y a su hijo. Los veía por última vez. Muy pronto llegarían los soldados de Mario: era sólo cuestión de horas, quizá de minutos. Hizo un ademán a Terencia y a Lucio de que se acercaran, y los abrazó con ternura. Terencia inclinó la cabeza sobre el pecho de su marido y Aulo sintió sus lágrimas deslizarse silenciosamente a través del tejido de su toga. Su mirada se perdió en el atrio desierto y lúgubre, y lo invadió una oleada de recuerdos. Volvió a ver a Terencia, cuando ella no era más que una jovencita acercarse a él del brazo de sus padres, y le pareció oír de nuevo los

* En el original del libro falta la nota 124, pero por el contexto y lo que la misma marca se trata de este punto (véase http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Cassius_Dio/30-35*.html , en inglés)[Nota del escaneador].

murmillos admirativos de los esclavos extasiados por su belleza. Luego sus primeros besos furtivos bajo la sombra del peristilo. Sin transición, ese rostro dejó lugar a la figura de la joven madre de Lucio, tal como ella se había acercado a él, hacía casi treinta años, en su túnica blanca, tras el nacimiento de su único hijo. Aulo sintió una opresión en su interior: no era el miedo a la muerte lo que lo oprimía, sino la tristeza de la separación. Apretó más fuerte la mano de su hijo y se esforzó en frenar el asalto de las imágenes del pasado.

Se apartó de Lucio, manteniendo siempre a Terencia abrazada a él, y empezó a hablar:

—Hijo mío, nos queda poco tiempo, y ha llegado el momento de ejecutar lo que habíamos decidido.

Tuvo que retoman aire para poder proseguir; estos momentos eran más difíciles de lo que él había previsto.

—Tu madre y yo no hemos intentado escapar a la venganza de Mario. No soy más que un anciano, pero no me rebajaré a una huida vergonzosa... —El tono de su voz se afirmó.— Mi vida ha llegado a su fin. No lamento nada de lo que he hecho. He sostenido a lo largo de toda mi carrera considerables combates contra los enemigos de la Ciudad y de nuestro orden. He intentado ser digno de mis antepasados y de demostrar una *virtus* y una *dignitas* similares a las de ellos. No olvides nunca que el camino de los honores es también la vía del honor. Entre los hombres, desiguales por naturaleza, por nacimiento y por condición, sólo un pequeño número es capaz de acceder a ella. Es justo que manden a los otros. Los que pretenden lo contrario son mentirosos y asesinos, como los malvados que han traído el duelo y la desolación a nuestra ciudad.

Lucio le interrumpió:

—Padre mío, te doy las gracias por el ejemplo que me has dado. Perdóname el no haber sido siempre como tú deseabas. Yo también he buscado sin descanso la verdad. Nuestros caminos, a veces, o han sido los mismos. Pero me esforzaré en no abandonar esta vía acordándome de tu *virtus*.

Aulo se levantó y abrazó a su hijo. Tras algunos instantes de silencio, se apartó de nuevo y volvió a acoger a Terencia en sus brazos.

Poco a poco, la serenidad aparecía en su rostro. Continuó:

—Gracias a ti me voy sin remordimientos, y en la esperanza de que los dioses me recompensarán por la piedad que siempre he mostrado hacia ellos. —Aulo hizo una ligera pausa y continuó mientras acariciaba el rostro de Terencia:— A pesan de mis plegarias, tu madre, que fue la mejor esposa que los dioses podían darme, no ha querido que nuestras vidas se separasen hoy y ha escogido permanecen conmigo, para que juntos partamos hacia la monada de los muertos. Pero para ti, esto no será así. Aunque la vida no te ha ahorrado sus penas, enes aún un hombre joven y pleno de fuerzas, tu misión aún no ha terminado.

Aulo dirigió una rápida mirada a través de la ventana. El cielo ya estaba alto. Los soldados de Mario podían llegar en cualquier instante. Terencia y él se levantaron y se dirigieron hacia Lucio. Cada uno a su turno lo estrecharon largamente en un último abrazo. Aulo separó a Terencia suavemente de su hijo y a continuación dijo a Lucio en un tono apremiante:

—Parte ahora, parte rápido. Sabes lo que tienes que hacer.

—Lucio dudaba aún, Pero Aulo insistió, con voz imperiosa: — ¡Vete, Lucio, te lo ruego! ¡Que los dioses te guarden, hijo mío!

Éstas fueron las últimas palabras que Lucio escuchó en boca de su padre. Éste le había expuesto su plan la noche anterior.

Vestido con una túnica de esclavo, Lucio debía abandonar la mansión por una puerta secreta y refugiarse en casa de Diófano. Saldría de allí en medio de la noche y se dirigiría a la puerta Capena. La misma estaría guardada por soldados. Pero por un azar extraordinario, Diófano había sabido que el jefe de guardia era uno de los hombres que habían servido bajo las órdenes de Lucio en Pompeya.

Puesto al corriente por Diófano del plan de evasión, el soldado había prometido, sin vacilar, su ayuda. Una vez franqueada la puerta Capena, Lucio se dirigiría a Campania, donde Aulo tenía aún gente segura que lo recibiría y le brindaría refugio.

Lucio salió de la mansión de su padre, vestido con andrajos. Lanzó una mirada a la callejuela: estaba desierta. Los soldados vendrían sin duda por la puerta principal. Tras algunos minutos de marcha, Lucio dio vuelta en línea oblicua hacia un pequeño sendero que bajaba por la falda del Palatino. Llegado al pie de la colina, contorneó el Caelio a lo largo de las murallas, para llegar a Subure sin tener que atravesar el Foro, donde muchas personas podían reconocerlo. Media hora después, casi había llegado al final. Habiendo alcanzado la cima del Esquilino, divisaba Subure a sus pies. Los transeúntes no le prestaban ninguna atención. Muy pronto, se internó en Subure. Vio desde lejos la barrera formada por un grupo de soldados. Esto no era una sorpresa. Mario había llenado la ciudad de soldados. Los que estaban instalados en las puertas de la Ciudad ejercían un control riguroso para que no se escapara ningún fugitivo. Pero aquí, en el centro, su atención era mucho más relajada. Lucio apretó sus vestiduras llenas de rasgones contra su pecho, y se dirigió al puesto de guardia, los soldados estaban sentados negligentemente cerca de sus escudos y miraban con alegría a las chicas que pasaban, llamando su atención de vez en cuando. Después de un mes de masacres, empezaban a experimentar cierto cansancio. Lanzaron una mirada a Lucio, y le hicieron ademán de que pasara. Éste esbozaba una sonrisa en señal de agradecimiento, cuando salieron dos legionarios de un rincón en donde se habían escondido, se lanzaron sobre él y lo inmovilizaron, mientras que una voz burlona exclamaba:

—Salud a ti, Lucio Livio. Te estábamos esperando.

*

Hacía bastante frío a principios de este mes de enero. Un viento glacial soplaba sobre el Foro, descendía por las pendientes del Capitolio y se arremolinaba entre los templos, haciendo vibrar sus muros con su siniestro lamento. A pesar de que se encontraba protegido por otro templo al cual estaba casi pegado —la calle de los Toscanos separaba uno de otro apenas con una distancia mínima— el templo de los Dioscuros era también barrido por las ráfagas del Aquilón. Sin embargo, mucha gente se encontraba agolpada alrededor de su podio. No para rezar a Cástor y Pólux: los dioses habían vuelto sus espaldas a Roma. Al menos era lo que murmuraban aquellos a los que Mario aún no había quitado la vida. No, la multitud agrupada cerca del templo estaba allí por otras razones: las mercancías que presentaban esta mañana en el mercado de los esclavos eran de una calidad excepcional. Los compradores prudentes reconocían a la primera mirada los lotes habituales. Con razón o sin ella, se atribuía a los esclavos algunos defectos y virtudes según su país de origen. Los sirios eran vigorosos, mientras que los jónicos y los asiáticos eran más bien buscados por la belleza de sus rasgos. A los frigios se los tenía por dóciles y tímidos. Todo lo contrario de los corsos, crueles y perezosos. En cuanto a los sardos y a los cretenses, se tenía que desconfiar de ellos: los primeros se rebelaban muy fácilmente y los segundos tenían la lengua tan hábil como mentirosa. Pero aquel día, había también cabezas inhabituales que emergían del ganado humano. La humillación y la angustia que se podía leer en sus rasgos sobresalía en medio de la sombría resignación de sus compañeros. Casi todos llevaban colgado en su cuello un cartel en donde el *mango*¹²⁵ había garabateado: *novicius*. Habían sido vendidos por primera vez, y tendrían un precio de salida más alto que los *veteratores*, duros de pelar y ya curtidos por los vicios de la esclavitud.

Faberio lanzó pestes contra este maldito viento que no cesaba de soplar, y cruzó sobre la garganta el cuello de su abrigo. Suspiró al pensar que tenía todavía que estar plantado allí durante horas para llevar a cabo la misión que le había encomendado su amo, el poderoso Marcilio. «¡He ahí uno que puede estar agradecido a los dioses!», dijo para sí mismo. Marcilio pertenecía a una familia ecuestre y poseía importantes dominios en el sur de Italia y en Sicilia. Habría podido ver correr allí sus días tranquilos y felices. Pero Marcilio no era del tipo de hombres que se satisfacen con contemplar el mar y velar por sus viveros y la caza. Odiaba a los patricios arrogantes que despreciaban a las gentes de su orden, y pasaban su tiempo recitando las letanías de sus antepasados. En realidad, estaba celoso, y envidiaba sus privilegios y sus poderes. Tampoco tenía en mucha estima a la chusma plebeya, esos indigentes con los pies descalzos, siempre dispuestos a

seguir a aquellos que les prometen el oro y el moro. Marcilio había sentido sobre él el peso de la mirada de las Parcas cuando Sila había tomado el poder: el Senado había colocado su nombre en la lista de opositores a eliminar, y sólo debía su vida a los millares de sestercios con que había untado a los lugartenientes de Sila para que se extraviara su expediente. Por eso después que Mario hubo desembarcado en Italia, el caballero puso a su disposición todos los hombres aptos que había podido reclutar. Ahora, era él el que estaba del lado bueno, y contaba aprovecharlo al máximo.

Marcilio había encargado a Faberio, su intendente, que comprara un determinado número de esclavos para reemplazar a los hombres que había perdido en la guerra civil. Y también para satisfacer sus deseos de venganza. Pues Marcilio, bien relacionado con los acólitos de Mario, sabía que esta venta era excepcional. No todos los proscritos, sus amigos, los miembros de su familia, habían sido asesinados. Los más conocidos no habían escapado a las espadas de la soldadesca —era necesario castigar ejemplarmente— pero otros habían sido encadenados y guardados en la reserva, para ser vendidos como esclavos. La operación era rentable, y el castigo peor que la muerte. Todo esto se situaba en la frontera de la legalidad: las leyes del derecho, en su totalidad, prohibían que un ciudadano romano fuera vendido como esclavo, aunque, el contrato, sin embargo, no perdía validez si el comprador ignoraba que el pretendido esclavo era en realidad un hombre libre. Pero, ¿quién continuaba preocupándose por el derecho? *Vae victis*, desgracia a los vencidos: era la única sentencia que importaba a los individuos del temperamento de Marcilio. Adquirir como esclavos a algunos de sus antiguos enemigos lo colmaba de placer. Faberio se acordaba de su sonrisa sardónica cuando le había dado instrucciones para la compra de esclavos. Sus palabras resonaban aún en sus oídos:

—Cuando estés en el mercado, abre bien los ojos. Escogerás a los que no presenten ningún defecto físico, y que denoten estar más conmovidos, o por el contrario que tengan la expresión más orgullosa. Y los enviarás al sur, a alguno de mis dominios donde el trabajo sea más duro. ¡Esto significará un gran cambio frente a lo que han conocido hasta ahora!

Faberio se había fijado ya en algunos. Pero era preciso esperar: su adjudicación se efectuaría al final de todo. Como negociante prudente, el *mango* guardaba su mejor mercancía para el final. El intendente se refugió detrás de la estatua de Cástor para protegerse de las ráfagas de viento. El *mango* avanzó por el estrado y ordenó a sus acólitos que abrieran las jaulas. ¡También esto era un viejo truco de *mango* para impresionar al cliente! Consistía en hacer creen que determinados esclavos valían tanto que esta precaución suplementaria para prevenir una posible fuga era imprescindible. Esto añadía un poco de pimienta al espectáculo monótono ofrecido por estos hombres y estas mujeres colgados en exhibición en el estrado, sus pies embadurnados de creta, encadenados los unos a los otros, sometidos a su suerte en una pasividad indigna de un ser humano.

Empezaron las primeras ventas. Estos individuos no parecían haber sido objeto de una buena elección, pensó Faberio encogiéndose de hombros. Mujeres de mediana edad, esforzándose en reprimir sus accesos de tos, como les había ordenado el *mango*, solamente útiles para ejecutar trabajos menudos en las granjas. En todo caso, a juzgar por lo que permitía ver el viento al levantar sus andrajos, nada que pudiera servir a los placeres de la cama. Algunos sirios, cuyos músculos sobresalían bajo su piel morena, daban mejor impresión. Pero era preciso desconfiar. Los *mangones* encontraban siempre nuevos artificios para disimular las carencias de su mercancía. En principio, debían una garantía contra los defectos de las cosas vendidas. Algunas taras eran suficientemente visibles. La gota, las malformaciones de cadera, la cojera o el mal aliento hacían presagiar una enfermedad del hígado o de los pulmones. Un aspecto exageradamente abatido alarmaba a los compradores: un esclavo demasiado triste, o abrumado por un mutismo persistente, no llegaba nunca a viejo. No resistía mucho tiempo las tareas, o terminaba por suicidarse, robando así a su amo. Pero otro tipo de defectos se discernían con más dificultad, como las crisis de epilepsia o la esterilidad. Aun entonces se trataba únicamente de afecciones físicas. Para el resto, el comprador estaba casi desprotegido. Si el *mango* no le advertía sobre el particular, ¿cómo saber si un esclavo era un fugitivo reincidente, un amigo de las tentativas de suicidio, un ladrón incorregible, o si aquella mujer de pecho firme y vientre prometedor no tenía tras de sí una historia de abortos que la

habían dejado estéril? Todos estos defectos ocultos debían indicarse bajo pena, en caso contrario, de rescisión de venta. Pero para poden ejercer su derecho, el comprador tenía que volver a encontrar al *mango*, y costear los gastos de un proceso, cuyo importe total superaba a menudo ampliamente el valor del esclavo. Los *mangones* honestos —pájaros raros— colocaban una gorra a los esclavos que ellos no garantizaban, lo que les obligaba a rebajar su precio. De este modo, al menos el comprador sabía a qué atenerse.

Faberio lanzó una mirada al estrado, donde el *mango* empujaba a varios ancianos extravagantes bajo las palabras ambiguas de la multitud. No valían ni el cuero de los látigos de los que sus espaldas conservaban las marcas, acumuladas en apretadas estrías, desde hacia años. Siempre ocurría así en las ventas por lotes: el *mango* incluía algunos esclavos invendibles de otra forma, obligando así a los postores a comprarlos para tener opción a adquirir los especímenes más interesantes. Pronto se llegó a las ventas individuales, de las que formaban parte los *novicii*. Faberio abandonó su refugio y se deslizó hasta las primeras filas aplastando algunos pies, lo que le valió varias injurias. El silencio volvió a reinar rápidamente: empezaban las cosas interesantes. En primer lugar, algunos castrados. A pesar del frío, el *mango* los hizo desnudarse y les ordenó que separaran sus piernas; todos pudieron ver que la ablación había sido efectuada en su totalidad, y que las heridas estaban bien cicatrizadas. Los precios se elevaron rápidamente.¹²⁶ Era una mercancía relativamente rara, que hacia las delicias de las mujeres ricas, o de los adeptos al amor griego.

Faberio adquirió algunos: lejos de atenuarse con la edad, la pasión de Marcilio por los jóvenes no había hecho más que crecer. Sus erecciones no eran nunca tan vigorosas como con un adolescente de piel lisa, cuyos cabellos rizados encuadraran un rostro con rasgos todavía imprecisos. Además, la pederastia le parecía que era una marca de distinción, una especie de elegancia.

Continuaba el desfile de artículos de lujo. El *mango* empujó hacia la parte delantera del estrado a un joven de paso indeciso, vestido con una túnica menos ajada que la de sus congéneres. Faberio notó que sus pies no estaban atados. Su piel, virgen de huellas de golpes, signo de su docilidad y de la prudencia del *mango* que no se había arriesgado a estropearla. Desde la multitud se elevaron algunos murmullos admirativos. Seguro de su efecto, el *mango* permaneció silencioso para permitir que todo el mundo lo observara detalladamente. Cuando vio que varios espectadores sacaban sus bolsas y contaban los sestericios, empezó a gritar lo más fuerte posible:

—Y ahora, ciudadanos, he aquí a Evandro, el mejor negocio del día. ¡No tengo ningún reparo en decirles que como él no encontrarán otro en todo el Lacio! No tiene más de veinte años, edad en la que se puede esperar de un esclavo los servicios de un hombre, sin que el trabajo o la enfermedad hayan hecho aún estragos en él o que haya aprendido los vicios de sus congéneres. Por otra parte, no os miento, amigos míos. Palabra de *mango* —frente a estas palabras se propagaron las risas—, se trata verdaderamente de un novicio, nunca ha conocido la esclavitud. Su amo podrá pedirle cualquier cosa. Digo bien: cualquier cosa —añadió el *mango* estallando en carcajadas, sin juzgar necesario el precisar lo que todo el mundo había comprendido. Retomando su seriedad, el *mango* continuó, haciendo caminar a Evandro a lo largo del estrado—: ¡Mirad su blanca piel! Es hermoso de la cabeza a los pies. Es un servidor precioso, entiende un gesto, una mirada. La lengua griega le es familiar. Posee todos los talentos: es arcilla húmeda que tomará las formas que queráis darle. Y no os lo he dicho todo aún. No solamente es hermoso como las estatuas de los griegos, no sólo tiene un gran caudal de conocimientos sino que además canta tan bien, con una voz tan dulce y tierna, que cuando lo hagáis aparecer durante una comida, vuestros invitados se tomarán por Ulises en medio de las sirenas.

El *mango* se detuvo para retomar aliento. Faberio aprovechó el instante para gritarle:

—Si canta tan bien como dices, ¡entonces Penélope misma puede continuar tejiendo! —Otra vez se propagaron algunas risas, y Faberio continuó:— Yo solicito escucharle. ¡Hazle cantar una canción de cuna, puesto que intentas adormecernos con tu charlatanería!

Una amplia sonrisa iluminó el rojizo rostro del *mango*. Estaba acostumbrado a que lo maltrataran de palabra, y no estaba en absoluto molesto por las chanzas de Faberio. Despertaba el interés del cliente incluso antes de abrir la boca, con detalles que solamente los antiguos marchantes de

esclavos como él conocían bien: una súbita atención en la mirada, una mano que agarraba la bolsa llena de sestericios, allá bajo la toga donde se marcaba un relieve. Contestó en un tono meloso:

—A tus órdenes, noble ciudadano. Veo que eres un experto. No vas a quedar decepcionado. — Se volvió hacia el esclavo, y le dijo: —¡Vamos, Evandro, canta una copla al caballero —le daba más importancia para halagar a Faberio— y no seas tímido: aquí, estamos entre amigos!

Se hizo el silencio. Evandro se adelantó con paso vacilante y miró al *mango* tragando su saliva. Pasaron varios largos segundos: no salía ningún sonido de la boca del desgraciado. La multitud empezaba a murmurar. El *mango* avanzó con aire amenazante. Ya no estaba para bromas:

—¿Tú, has entendido lo que te he dicho? ¡Canta, en vez de hacernos perder nuestro tiempo!

Evandro alzó los ojos, y miró en línea recta delante de él, por encima de la multitud, para no ver más esos rostros burlones, para no sentir más sobre él esas miradas que lo desnudaban, para no oír más al *mango*. Y empezó a cantar. Una antigua canción siciliana que hablaba de las cosechas y del mar, de muchachas tan altivas como bellas, de amor y de paz. Su voz era suave y pura, y las paredes del templo devolvían los ecos, mientras que el mismo viento parecía retener milagrosamente su soplo. Ya nadie se movía, incluso el *mango* parecía emocionado. Cuando Evandro cesó de cantar, todos pudieron ver que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Habían olvidado que incluso un esclavo podía llorar.

Después de algunos instantes de un silencio sorprendente, el *mango* se recobró y lanzó las apuestas: mil denarios para llevarse a Evandro. El precio era alto, pero justificado. Faberio quería tenerlo, costara lo que costase: para recompensarlo de una adquisición tan buena, Marcilio le daría con toda seguridad una generosa comisión. Y para su amo, enriquecido con los bienes de los proscritos, varios miles de denarios no representaban gran cosa. Finalmente, a pesar de una lucha encarnizada con otro postor, adquirió a Evandro por mil quinientos denarios. El negocio seguía siendo correcto. Los vecinos de Faberio empezaban a mirarlo con otros ojos: En todos los mercados de esclavos no se encontraba un hombre capaz de gastar tanto dinero en tan poco tiempo.

Faberio continuó comprando, apoderándose de los *novicii* según las instrucciones que le había dado Marcilio. El *mango* exultaba: ¡si todas las ventas pudieran ir como ésta, podría retirarse muy pronto y sentarse sobre un montón de sestericios! Dos horas más tarde, no quedaban en el estrado más que algunos restos decididamente invendibles. Faberio tenía prisa por abandonar el lugar. Dio orden a sus ayudantes de atar con la misma cuerda a los nuevos esclavos de Marcilio. Al día siguiente, todos partieron para Sicilia.

*

Nasuto vigilaba siempre personalmente el trasvase a los toneles del vino reservado a los esclavos. Si no se vigilaba, desaparecían varias ánforas durante la operación. Evitar los pequeños hurtos era una de las numerosas tareas que le correspondían al *vilicus*, el encargado de la finca. Al cabo de los años, esto se había convertido en una verdadera obsesión para Nasuto. Conocía mejor que nadie los trucos de los esclavos, sus mentiras y sus picardías, por haber compartido su condición durante más de veinte años. Se acercaba a la cincuentena, Pero parecía más viejo, a causa de su obesidad. La cultivaba cuidadosamente, no sólo por su inclinación a los placeres de la mesa, sino porque representaba una revancha por los años de hambre de su juventud. El exceso de grasa tenía para él sólo un inconveniente: la dificultad para respirar, lo que lo obligaba a esfuerzos desagradables cuando recorría los dominios de su amo, el rico Marcilio, para supervisar el trabajo en los campos. Además de esto, sufría de una cojera que se acentuaba con los años. Un viejo recuerdo, debido a las largas horas que había pasado encadenado en la ergástula. Sin duda habría sucumbido como tantos otros esclavos si no hubiese sido más astuto que los otros. Cuando, hacia diecisiete años, había estallado la segunda revuelta de esclavos de Sicilia, conducida por aquel loco de Salvio, había adivinado en seguida en qué dirección iba a soplar el viento. Se había unido a los rebeldes fingiendo que compartía su causa. Como era inteligente y metódico, le habían confiado rápidamente un cargo importante en el estado mayor de los ejércitos serviles. Se aprovechó de ello para pasar información

a los romanos, cuya victoria le parecía segura. La víspera del combate decisivo había escapado al campo romano y se había colocado bajo la protección del cónsul Manio Aquilio, cuyo nombre fue celebrado en Roma durante varias semanas al saberse su victoria. Nasuto no tuvo como Manio los honores del triunfo, pero cobró los intereses de su larga traición: la libertad y el cargo de *vilicus* en la finca de Marcilio, en Leontino,¹²⁷ en las mejores tierras de trigo de Sicilia. Estos acontecimientos explicaban su sobrenombre: Nasuto, el que tiene la nariz larga, manera de designar significativamente a un individuo astuto y previsor. Desde hacia diecisiete años, llevaba una vida placentera. Su tarea no era completamente descansada. Pero cada mañana era para él un día triunfal: mandar a los esclavos y castigarlos sin vacilaciones constituía a sus ojos una fuente de placeres inagotable. Marcilio y Faberio lo apreciaban, pues él sabía congraciarse con su eficacia. Sobre todo con los recién llegados y los esclavos novatos: una materia virgen a la que era preciso hacer comprender rápidamente que no se toleraba ni la pereza ni la rebeldía. Nasuto empezaba subalimentándolos, para disminuir su resistencia. En los primeros tiempos se perdía con eso mucho trabajo, pero a largo plazo, el beneficio era seguro: es más fácil someter a las almas cuando los cuerpos están debilitados. Nasuto había entendido que las ataduras más seguras eran las que tenían que ver con la mente. Los motivaba por el miedo a los golpes y a los suplicios, pero también por la esperanza de las recompensas, al final de las cuales estaba la promesa, raramente cumplida, de la emancipación. Lo importante era saber dosificar bien el empleo de la zanahoria y del bastón. Desde que Mario había tomado el poder, llegaban riadas de esclavos. Acababa de llegar el último contingente. Contaba con numerosos individuos poco habituados a las cadenas de la esclavitud. Nasuto iba a disfrutar iniciándolos.

Rumiando estos pensamientos, Nasuto contaba las ánforas que los criados de la granja depositaban al lado de un enorme tonel. La operación tenía lugar todos los meses. Según las épocas del año y la importancia de los trabajos a realizar, la cantidad que se distribuía no era la misma. En invierno, no era necesario ser tan generoso como en el tiempo de las cosechas, y el vino se cortaba con abundante agua. Los criados se habían detenido a una señal de Nasuto: la cuenta era buena.

—Escuchadme bien —les dijo Nasuto—, y tened cuidado de no equivocaros en las proporciones. Primeramente, rellenaréis el tonel con diez ánforas de vino dulce, luego vino cocido en la misma cantidad, y dos ánforas de vinagre muy áspero. A continuación le añadiréis cincuenta ánforas de agua dulce, y lo mezclaréis con vuestros bastones durante tres horas. Cuando hayáis terminado, echaréis aún sesenta y cuatro sestercios de vieja agua de mar. ¡Y tened buen cuidado de vaciar las ánforas hasta el fondo, sin intentar guardar algunos litros para emborracharos! Me quedaré aquí para vigilaros, y si veo que intentáis engañarme...

Nasuto no terminó la frase, pero todos los servidores comprendieron el sentido: valía más renunciar a algunos tragos de vino suplementarios antes que dejarse desgarrar la piel de la espalda por los golpes de látigo. Trabajaron toda la mañana, adecuándose estrictamente a las órdenes de Nasuto.

Transcurrió un año. En Roma, Mario se hundía cada vez más en la locura. Cinna estaba harto de masacres, y había intentado en vano doblegar al viejo general que acababa de hacerse nombrar cónsul por séptima vez al cabo de una parodia de elecciones: las asambleas populares aterrorizadas hubieran votado cualquier cosa. Incluso los demócratas más encarnizados ya no aplaudían el espectáculo de los senadores que se arrojaban al vacío, desde lo alto de la roca Tarpeya. Nadie estaba protegido de la espada de los terribles bardianos, los esclavos sanguinarios de Mario. Se respiró un poco cuando Cinna personalmente decidió desembarazarse de ellos. Aprovechando que estaban reunidos, los hizo exterminar bajo una lluvia de flechas lanzadas por sus arqueros. Pero Mario continuaba ciego y sordo a los consejos de moderación de su aliado. Al cabo de varias semanas, el placer de la venganza lo había embriagado hasta el punto de que perdía totalmente el control sobre sí mismo. Y ante todo, tenía miedo. Miedo de sus enemigos, pues, en su delirio, creía que nunca lograría diezmar sus filas. Miedo de Sila, que un día regresaría de Oriente, a menos que los dioses dieran la victoria a Mitrídates, en cuyo caso Roma estaría perdida, y él con ella. La situación no tenía salida, y Mario se veía rodeado de adversarios empeñados en su caída. Detener,

torturar, ejecutar: era el único medio de ganar tiempo. En el transcurso de visiones funestas, revivía sus largas andanzas entre Italia y África, los momentos de angustia cuando Sila lo acosaba por tierra y por mar. Sila, cuyo severo rostro lo contemplaba mientras pronunciaba una sentencia de muerte a la vez que una voz salida de los infiernos decía: «Es terrible el rugido del león, aun cuando está ausente». Poco a poco fue perdiendo el sueño, lo que aumentó su confusión: las visiones le asaltaban, sobre todo de noche. Para ahuyentarlas, se puso a beber. Poco después de las nonas de enero, tuvo que encamarse. Los médicos diagnosticaron una pleuresía, enfermedad fatal para un anciano. Su odio a Sila lo persiguió hasta en su agonía. Durante sus crisis de delirio, creía que mandaba la expedición contra Mitrídates. Se incorporaba en la cama, con aire extraviado, y esbozaba con sus miembros debilitados los gestos que acostumbraba hacer en el campo de batalla, dando órdenes y lanzando gritos de victoria que los que le cuidaban tomaban por gemidos. Sila le había robado su victoria sobre Yugurta, al menos él se llevaría la de la caída de Mitrídates, aunque sólo fuera en sueños! Con una mansedumbre inexplicable —quizá se acordaran que había sido el Salvador de la Patria— los dioses le concedieron esta última e irrisoria satisfacción. Mario murió en los idus de enero, al entrar en el decimoséptimo día de su séptimo consulado, en el año seiscientos sesenta y siete tras la Fundación de la Ciudad. 128

Muchos pensaron que la desaparición de Mario representaría el fin de sus males. Incluso los sospechosos y los proscritos que habían escapado milagrosamente a la represión tuvieron la esperanza de poder volver muy pronto a Roma. Se equivocaban. Mario dejaba a su hijo para continuar su obra. Se le parecía en todos los aspectos. Por su valor en el combate, tan grande que le habían dado el sobrenombre de «Hijo de Marte». Pero también por su crueldad frente a los adversarios de su partido, a los que continuó persiguiendo. En cuanto a Cinna, se mantuvo en el consulado durante dos años, sin tomarse la molestia de reunir a la asamblea popular para hacerse elegir. Como el pueblo estaba harto de matanzas, sus acólitos y aquél tomaron algunas medidas para halagarlo. L. Valerio Flaco, elegido cónsul en el lugar de Mario, hizo votar en particular una ley agradable a los demócratas, que obligaba a los acreedores a renunciar a tres cuartas partes de las deudas que mantenían frente a deudores. Pero era bien poca cosa en comparación con las promesas que habían acompañado el retorno de Mario.

Los italianos se desesperaban a causa del derecho de ciudadanía por el que habían derramado su sangre. Muchos de ellos se habían enrolado en las tropas de Mario con la esperanza de ver triunfar al fin sus reivindicaciones. En principio, habían ganado, puesto que las leyes concediéndoles el derecho de ciudadanía habían sido votadas. Pero en la práctica, los censores demócratas procedían con infinita lentitud a inscribirlos en las listas del censo. Muchos murmuraban que no eran mejores que los magistrados a sueldo de los conservadores de los tiempos de Sila. La guerra social renacía de sus cenizas: bandas armadas dominaban el Brucio y amenazaban con pasar a Sicilia. Paralizados por el temor del retorno de Sila, los sucesores de Mario sólo pensaban en mantenerse a la cabeza en el poder de la Ciudad. Descuidaban la puesta en marcha de las reformas tantas veces prometidas. Sólo los hombres adinerados que habían apoyado desde el principio a Mario se beneficiaban de la situación: su fortuna aumentaba cada día con los bienes de los proscritos.

*

Lucio ignoraba todo esto. Sicilia estaba sólo a unos días de viaje de Roma, pero él había entrado en otro mundo: el de la esclavitud. Sobrevivir se había convertido en su única meta, el único pensamiento que lo ayudaba a no dejarse morir.

La pesadilla había comenzado en el momento de su captura en el puesto de guardia de Subure. Los soldados lo habían empujado sin miramientos por las calles de Roma, bajo las burlas de algunos transeúntes que los escoltaban y le escupían a la cara. Otros se contentaban con dirigirle una mirada furtiva aminorando el paso, y se volvían rápidamente, por miedo a hacerse notar por los guardias. Cuando la tropa había pasado por la base de la roca tarpeyana, mientras pasaba por encima de varios cuerpos dislocados, se había dicho que todo terminaría muy pronto. Pero en vez de

tomar el camino que llevaba a lo alto del promontorio, los soldados se habían dirigido hacia una callejuela, y lo habían hecho entrar en una casa habitada por sus congéneres. Tras haber atravesado el patio interior lo habían encerrado en una mazmorra de una de las prisiones privadas, de las que Roma estaba repleta. Había permanecido encerrado allí durante tres días, en la oscuridad, sin comer ni beber, no dejando de pensar en sus padres, acariciando la loca esperanza de que los sicarios de Mario se hubiesen olvidado de ellos. Hacia la mitad de la tercera noche, lo habían sacado brutalmente de este reducto y lo habían conducido a una sala inmensa, iluminada por antorchas. Sentado en una mesa cargada de papiros, lo esperaba un oficial, con la sonrisa en los labios. Cuando empezó a hablar, Lucio lo reconoció sin haberlo visto nunca. Era la misma voz irónica que lo había saludado al ser arrestado.

El hombre era de alta estatura y tenía un rostro viril, con muchos rasgos hundidos por la fatiga, pero enérgicos y resueltos. Lucio reparó en que su frente conservaba aún las marcas hechas por la guarnición de cuero de su casco. Acababa pues de llegar. Sus ojos estaban enrojecidos por la falta de sueño, pero brillaban con una luz equívoca, de la que no se sabía si expresaba odio o diversión. Había empezado a dirigirse a Lucio en tono burlón:

—¡Mira, aquí tenemos a nuestro Lucio Livio! ¿O se trata de uno de estos miserables esclavos siempre a punto para una fechoría? Si, efectivamente, es esto, se trata de un esclavo, con estos miserables andrajos. Un hombre tan distinguido como el hijo de Aulo no vagaría por Subure cubierto con esos oropeles. Pero entonces, ¿qué vamos a hacer con él? —dijo, simulando perplejidad. Se había levantado de detrás de su mesa, y caminaba con paso lento por la estancia encantado con la comedia que representaba. Se plantó delante de Lucio y le dijo con un tono cargado de amenazas—: Veamos, ¿qué haré contigo? ¿Te haces una idea? Los esclavos no piensan mucho, pero de todas formas... —Lucio permanecía impasible. Su interlocutor no parecía molesto por ello, y continuó su deambular mientras continuaba su soliloquio: — Evidentemente, podría dejarte ir. Está de moda, actualmente, dar la libertad a los esclavos. Pero quizá tengas cosas interesantes que decirme, ¿no quieres ayudar a Mario, nuestro glorioso jefe?

Lucio no pudo aguantar más. Al escuchar el nombre de Mario, exclamó:

—¡Escupo sobre tu Mario y lo encomiendo a los dioses de las regiones infernales! En cuanto a ti, centurión, quien quiera que seas, detén esta comedia y márame en seguida.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios del oficial.

—¡Habla y todo! Y no como un esclavo. Más bien como un orador, con nobleza, como en el Foro. —La sonrisa del hombre se convirtió bruscamente en una mueca, y Lucio pudo ver sus maxilares contraerse bajo sus mejillas. Continuó con voz diferente, esta vez cargada de odio:— ¡Desgraciadamente para ti, ya no te encuentras en el Foro! No eres más que un prisionero y, si yo quisiera, podría hacerte arrancar la lengua, de la que te sabes servir tan bien, como todos los de tu orden.

—¡Los de mi orden valen más que la chusma que se ha apoderado de Roma!

Lucio creyó que el oficial le iba a golpear, pero este logró contenerse. Sin responder, volvió a su mesa, y se sentó contemplando fijamente a Lucio. Tras un largo silencio, volvió a tomar la palabra:

—¿Quién eres tú para hablar de la chusma, como tú dices? El hijo de un senador, y ¿además de esto? Vuestra casta se cree tan útil a la Ciudad que no ha imaginado nunca que un día Roma podría arreglárselas sin vosotros. Nos llamáis ladrones, desharrapados, asesinos. Pero los maleantes sois vosotros, que oprimís desde hace siglos a los ciudadanos con el pretexto de dirigirlos. La gloria de Roma la hemos creado nosotros, con nuestras manos, luchando con la espada contra nuestros enemigos. Caminando durante días y noches por el polvo, mientras vosotros os pavoneabais en el Foro, rodeados de parásitos pagados para aplaudir vuestros hermosos discursos. Para recompensarnos, nos habéis robado las tierras tomadas al enemigo: e incluso nos habéis arrojado de las que habíamos heredado de nuestros antepasados. Por vuestra culpa, estamos en peor situación aún que los esclavos. Ellos pueden soñar en el día en que serán libertados. Pero, ¿y nosotros? Nos habláis sin cesar de la libertad del ciudadano romano, de sus derechos. La única libertad que nos habéis dejado es la de servir bajo los estandartes por sueldos miserables, mientras que la gente de

vuestra orden se enriquecía. O venir a Roma a morirnos de hambre, mendigando cada mañana la esportilla a vuestra puerta. El único patrimonio del que dispongo, se lo debo a Mario, no a vosotros. Cuando vosotros temblabais en vuestras moradas del Palatino, yo estaba en África, sudando y arriesgando mi vida cada día para vencer a Yugurta. ¡Y feliz todavía de tener qué comer! Porque antes de enrolarme, sólo era un *proletarius*. Uno de aquéllos tan pobres que en esa época vosotros no les dejabais ni enrolarse en las legiones, del miedo que teníais. ¡Pero si no fuera por Mario que pasó por alto vuestras consignas, sería Yugurta quien reinaría hoy en la Curia! En cuanto a mi, yo me hubiera muerto de hambre. Entonces dime, ¿los ladrones y asesinos sois vosotros o nosotros?

Lucio había escuchado la larga diatriba. Siempre los mismos argumentos monótonos que los demócratas repetían desde el tiempo de los Gracos. Se contentó con contestar.

—En este momento, mientras tú me hablas, tú de quien no sé siquiera el nombre, los cuerpos sin vida de mis padres han sido lanzados sin duda en la fosa común, sin que yo pueda ni tan sólo rendirles los honores que les son debidos. Entonces, digas lo que digas, los asesinos sois vosotros.

El oficial no contestó nada. Él también debía pensar que todas estas palabras eran inútiles. Permaneció unos momentos silencioso, mirando a Lucio, como si tuviera ante él la única causa de las desgracias de Roma. Cuando volvió a hablar, fue de nuevo en el tono irónico que había utilizado al principio de la entrevista.

—En el fondo, estas vestiduras no te sientan tan mal. Has querido hacerte pasar por un esclavo, pues bien, voy a atender favorablemente lo que estabas buscando. Esclavo eres, esclavo permanecerás. Algunos de nuestros amigos tienen necesidad de mano de obra para reemplazar a los hombres que nos han prestado. A ti que te gusta tanto viajar, vas a trabar conocimiento con el sol ardiente de Sicilia. Tu carne y tu orgullo allí se fundirán más deprisa que la nieve.

Lucio había escuchado al oficial con horror: la muerte, la muerte inmediata, antes que esta abominación. Exclamó:

— ¡Soy ciudadano romano! ¡No puedes tratarme como a un esclavo!

—Pero, ¡tú no has entendido nada, mi pobre Livio! Podemos hacer cualquier cosa. Matarte, ponerte en libertad, venderte, al mismo tiempo que a todos tus bienes. Terminar tus días como esclavo será para ti el mejor de los castigos. Puesto que queríais hacer de nosotros menos que hombres, es justo que ahora a vuestro turno no contéis más que como animales. Por otra parte, éstas son las órdenes de Mario: tú y tus semejantes no sois más que botín de guerra.

Lucio no respondió. Se sentía anonadado, convertido ya en nada. El centurión añadió:

—Antes de separarnos, te diré de todas maneras cómo te hemos atrapado, puesto que ni has querido saberlo. Cuando tu padre y tú preparasteis tu plan de evasión, no fuisteis lo suficientemente prudentes. Crisógono, ¿te dice algo este nombre? —Lucio hizo un signo negativo.— ¡Oh, no era nadie muy importante! Un simple esclavo, al cual tu padre le reprochaba el robarle algunas provisiones demasiado a menudo. Como Crisógono tenía hambre, prefería recibir unos golpes de bastón cuando lo pescaban antes que tener el estómago vacío. Pero hace falta tener la piel dura, el bastón hace daño, y no lo olvidó. Por eso cuando os oyó, se apresuró a venir a ponernos al corriente. Te dejamos salir e ir hasta Subure, para divertirnos un poco mientras te seguíamos para no dejarte escapar. Cuando este pequeño juego empezó a cansarnos, te cogimos. Como ves, es muy simple. No habrás tenido un final heroico: este tipo de historias es tan común, en los tiempos que corren...

Lucio no volvió a ver jamás al oficial.

*

Rápido como el rayo, el látigo de cuero hirió la espalda de Lucio. Su cuerpo entero se encogió por el dolor. Continuar, ante todo no detener la marcha, los brazos extendidos para empujar la pesada muela.

El vigilante enrolló cuidadosamente el látigo alrededor de la empuñadura, y le lanzó:

—Tú, alfeñique, empuja más fuerte, ¡si no quieres que continúe masajeándote la espalda!

Empujar, caminar, no responder, obedecer, cualesquiera que fueran la fatiga y el dolor. Lucio había captado durante varios días lo que se esperaba de él, bajo pena de castigos de los cuales los mismos esclavos hablaban temerosamente. Al principio, había osado protestar, gritando que él era ciudadano romano y había sido detenido injustamente. Nasuto se había dado por satisfecho contestándole:

—Entonces, ¿tú eres ciudadano romano? Esto queda bien; yo, por mi parte, soy el propretor de Sicilia, y con estas atribuciones: te hago ciudadano del dominio de Leontino, y para que tus pies se habitúen a pisar el suelo de tu nueva patria, voy a hacer que te arrastres un poco.

Nasuto había ordenado que ataran a los tobillos de Lucio un enorme pilón de madera, y que lo hicieran caminar durante todo un día a buen paso. Los hierros se le clavaban en la carne, donde sus asperezas se imprimían profundamente, bajo el peso del pilón. Al ponerse el sol, sus pies eran una llaga, y en los tobillos, en el lugar en que la piel es fina, se veían los huesos. Al mirarle, el vigilante le había dicho riendo:

—Espero que ahora recordarás a qué ciudad perteneces.

Lucio no había tenido la fuerza de responder. Sin Evandro, probablemente hubiera muerto. El joven con el que había trabado amistad durante el viaje hasta Sicilia, había tenido más suerte que él. Dado el alto precio pagado por él hubieran estropeado las ventajas enviándolo a los campos. Nasuto lo había tomado a su servicio personal en el interior de la casa, esperando presentarlo a Marcilio cuando éste viniera a Leontino, con ocasión de su viaje de inspección por sus dominios. En comparación con Lucio, Evandro vivía en un pequeño paraíso. Cuando caía la noche, se deslizaba fuera de la casa para ir al lado de Lucio. Al ver sus llagas, había comprendido que no podría caminar más si no se las curaba correctamente. Significaba una muerte segura: un esclavo cojo o inválido no valía la ración de trigo con que se le alimentaba. Evandro había ido a robar algunos ungüentos en casa de Nasuto y los había aplicado sobre las carnes desgarradas. Lucio había podido reemprender el trabajo.

Nasuto lo había despachado en seguida, ubicándolo detrás de la muela. Desde hacia varias semanas, Lucio empujaba la enorme piedra circular, cuya superficie estaba pulida por las manos de muchos esclavos. «¡Haced cantar la muela!», gritaban los vigilantes. Lucio había entendido rápidamente lo que querían decir: el canto de la muela era el crujido producido por los granos de trigo molidos por su ronda incansable. Lucio se había guiado al principio por la trayectoria del sol para medir el tiempo que faltaba para que sonara la orden de cesar de trabajar. Pero el procedimiento era demasiado impreciso. Valía más contar las vueltas. Lucio había tomado como punto de referencia la estatua ecuestre de Mario con la que Marcilio había tenido el cuidado de adornar el patio central que se extendía delante de los edificios de la granja. Cuando entraba en su campo visual, añadía una unidad a la suma de vueltas ya efectuadas. Cuando el total llegaba a cuatrocientas, se había terminado la jornada laboral. Este sistema tenía otra ventaja: impedía pensar. Toda la vida de Lucio se reducía a esta suma, que a cada salida del sol volvía a poner a cero. Ya ni veía a los esclavos que trabajaban afanosamente a su lado. Unos miserables andrajos cubrían, sin esconderías, unas espaldas negras de magulladuras, cuya suciedad grasienta se mezclaba con la blanca polvareda de la harina que los salpicaba. La mayoría tenía el cabello rasurado por un lado, y todos llevaban una anilla en el pie. Algunos de ellos, sorprendidos en flagrante delito de robo, llevaban al cuello una especie de argolla que les impedía aprovecharse de algún instante de falta de atención del vigilante para tomar un puñado de harina y llevarla a la boca con fruición.

Habían ya sobrepasado las trescientas vueltas. El vigilante empezaba a mostrar signos de lasitud. Aunque estaba acostumbrado al espectáculo de los esclavos malolientes y famélicos que daban vueltas toda la jornada delante de él, su trabajo era enojoso. Espiar a los que hacían ver que empujaban, atormentarlos con la caricia de su látigo sobre sus espaldas, procuraba al principio un cierto placer, pero rápidamente se convertía en monotonía. Cedió a la tentación de recomtar unos minutos antes de la puesta del sol, y dan la orden de detener el trabajo.

Después de haber recibido la nación de la tarde —pan remojado en salmuera mezclada con vinagre, acompañado de algunas aceitunas— Lucio se dirigió con sus compañeros hacia la

ergástula, donde los encerraban hasta la mañana siguiente. Se trataba de una especie de jaula con claraboya, cavada en el suelo, como la que poseían todos los dominios. La luz penetraba por algunas lucernas, lo suficientemente altas para que los esclavos no pudieran alcanzar las rejas con las manos. Este calabozo húmedo estaba reservado a los esclavos recalcitrantes, a los que ya habían intentado fugarse. Pero en su sabiduría, Nasuto encerraba allí durante algunos meses a los recién llegados a fin de quebrar en ellos toda idea de resistencia. A continuación se les transfería a otros locales, también protegidos con firmes cerrojos, pero más amplios y menos húmedos.

Lucio debía resistir. No tenía una musculatura poderosa, pero poseía una fortaleza poco habitual y, hasta ahora, la enfermedad lo había excluido. Ante todo, lo movía el deseo de sobrevivir, de escapar a una muerte que no era la suya. Incluso detrás de la muela o en la fetidez de la ergástula, se sentía diferente de los que lo rodeaban y con los cuales compartía los sufrimientos. Cuando estaba próximo a sucumbir al agotamiento, se repetía: «Soy Lucio Livio, hijo de Aulo, y pertenezco a la Ciudad romana». No temía a la muerte. La visión misteriosa que había tenido unos meses antes del retorno de Mario se añadía a los efectos de su valor. A veces, le entraban dudas, pensando que esto no era más que un sueño. Pero cuando soñaba con Aurelia —y esto le ocurría frecuentemente— sus sueños no se parecían en nada a la aparición de aquella noche inolvidable. Estaba casi convencido de haber recibido la señal que esperaba.

*

—¡Que el diablo se lleve a todos los *monitores*! 129 Afortunadamente no quedan más que algunos sacos de grano para moler, si no, ellos terminarían con nuestra piel.

Lucio volvió la cabeza mientras mordía un último trozo de galleta. No había advertido que Gregario se había tendido a su lado, sobre el jergón maloliente que apestaba a orina. El hombre miraba fijo delante de él y el sudor había dejado unos surcos negruzcos sobre su rostro. Había lanzado estas palabras en tono cansado, Pero Lucio lo conocía lo suficiente como para saber que sólo soñaba con retorcer el cuello a Nasuto y a todos los capataces. A pesar de que Gregario en su vida sólo había conocido la esclavitud, no hacía gala de la misma pasividad que sus congéneres. Siempre urdiendo planes de evasión y murmurando amenazas en contra de Nasuto, correspondía al tipo del mal esclavo que terminaría un día en la cruz, mientras que un Evandro conseguiría que lo libertaran más tarde o más temprano. A pesar de todo lo que los separaba, una cierta connivencia —no se podía hablar de amistad, puesto que la amistad es un sentimiento que sólo puede nacer entre iguales— había acabado por establecerse entre Lucio y Gregario. Con su antigua experiencia de esclavo, Gregario comprendía que la aparente sumisión de Lucio ocultaba otros sentimientos, y esto le gustaba. Y luego, circulaban extraños rumores sobre él. Se murmuraba que se trataba efectivamente de un ciudadano romano, e incluso un aristócrata al que había alcanzado la venganza de Mario. La primera vez que lo había oído decir, Gregario se había encogido de hombros: pretender ser ciudadano romano para impresionar a los guardianes, la triquiñuela era exagerada. Muchos esclavos nacidos en ergástulas no se privaban de fanfarronear, sobre todo tras el comienzo de las guerras civiles. La imaginación de sus compañeros hacia el resto, y los dominios estaban llenos de pretendidos descendientes de los Escipiones o de los Gracos. Pero en el caso de Lucio, estaba permitida la duda. Su reserva, su insensibilidad aparente a todo lo que lo rodeaba, el hecho de que no se quejara nunca, todo esto era extraño. Gregario se había jurado averiguar más. Se las había arreglado para estar a menudo al lado de Lucio, y darle los pequeños consejos que hacían menos odiosa la vida de un esclavo. Este último no los conocía, lo que probaba que se trataba realmente de un *novicius*. Gregario se obstinaba en su curiosidad: Lucio no había respondido nunca a sus preguntas más que con explicaciones muy vagas. Se había dado cuenta en seguida de su error cuando había gritado a Nasuto su verdadera condición. Si los otros esclavos se enteraban de la verdad, siempre habría algunos que querrían vengar en él su larga miseria. Había resuelto frenar los rumores confesando que había intentado utilizar un subterfugio, y que no era más ciudadano romano que el último de los pastores del *vilicus*. Incluso había tenido cuidado de hacerse llamar

Estico, nombre muy corriente en un esclavo, mucho más que Lucio, de resonancia nobiliaria. Las maquinaciones de Gregario lo inquietaban, pero no conseguía tratarlo como a un enemigo. Gregario sólo era un esclavo y, sin embargo, tenía una especie de fortaleza tranquilizadora en estos ambientes espantosos. Prestaba con frecuencia pequeños servicios a Lucio. Un día, cuando el hambre le roía las entrañas, le había hecho compartir su ración. Los dos hombres habían terminado por experimentar una especie de atracción el uno por el otro.

Gregario esperó a que Lucio hubiera terminado de engullir su pitanza antes de proseguir:

—Y aún, la muela no es nada al lado de la mina.

—¿Has estado en una mina? —no pudo evitar preguntar Lucio.

Aún tenía fuerzas para sorprenderse: se decía siempre que un esclavo que era llevado a las canteras era hombre muerto. Gregario percibió la sorpresa en la voz de Lucio, y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—Ya ves, salí con vida de allí. Existen milagros incluso para los esclavos.

—Y, ¿a qué dios debes la vida?

Gregario estiró las piernas y, tras lanzar una mirada a su alrededor, comenzó a hablar en voz baja. No quería atraer la atención de los guardias. Cuando los esclavos habían finalizado su comida, debían guardar silencio y dormirse: era el reglamento de la ergástula.

—No he salido nunca de Sicilia. Nací aquí hace treinta y cinco años, quizás algunos más. En aquella época, no pertenecía a Marcilio. Estaba lejos de aquí, en el oeste, en las altas llanuras adosadas a las montañas que atraviesan la isla. Allí no se cultiva trigo como aquí. Se dedican a la ganadería: en todas partes no hay más que la hierba rasa de los pastos. De esta hierba, me acuerdo como si fuera ayer... ¡Cuántas veces me arrodillé para pastar, con los corderos, tan grande era el hambre que tenía! Aquí, no dan mucho de comer, Pero al menos siempre hay alguna cosa en la escudilla. Allí arriba, el amo nos decía que sólo teníamos que apañárnoslas. Nada de tocar los rebaños. Nos moríamos de hambre, con toda esta hermosa carne delante de nuestras narices. ¡Y pensar que yo llevo su nombre! **130** Un día, algunos de mis compañeros osaron ir a quejarse al intendente. Éste les respondió: «Si os falta qué comer y vestir, no tenéis más que procurároslo por la fuerza en vez de venir a importunarme como mendigos». Para que aprendieran bien la lección, los hizo atar a unas estacas y llenar de golpes. Igual que Damófilo, hace cuarenta años. Ya sabes, Damófilo, el primer amo que mataron los esclavos cuando se rebelaron...

Lucio hizo un ademán afirmativo: la historia era bien conocida. El solo nombre de Damófilo parecía avivar el odio de Gregario, quien, sin embargo, había nacido muchos años después de su muerte. Los rasgos del esclavo se contrajeron a medida que hablaba, mientras su mano retorció nerviosamente unas briznas de paja.

—En cuanto a esto, tuvo razón —continuó Gregario—. No olvidamos sus consejos. Cada vez que pasaba un viajero a nuestro alcance, sobre todo si llevaba provisiones, era hombre muerto. Todos los esclavos hacían lo mismo: ¡Sicilia se había convertido en el país de los Cíclopes!

—¿Estabais armados? —le interrumpió Lucio, asombrado de la imprudencia de los amos.

—En aquella época sí: era preciso que defendiéramos los rebaños contra las bestias salvajes... Actualmente ya no es así: desde que tuvieron que vérselas con nosotros, los amos nos temen de tal forma que ni siquiera los pastores tienen el derecho de llevar una jabalina.

—Y mientras robabais a los viajeros, ¿os vino la idea de volveros contra vuestros amos?

—No, no pasó de esta forma. No al principio, solamente después de las primeras emancipaciones de esclavos.

—No lo entiendo. ¿Para qué volverse contra los amos, si os emancipaban?

—Aguarda. No es tan simple. En aquella época **131** el Senado necesitaba reclutar hombres entre los pueblos aliados para permitir que Mario detuviera a los cimbros. Para ponerse a cubierto, algunos de ellos respondieron que Roma había reducido ya a la esclavitud a todos sus hombres aptos. Entonces sucedió lo increíble. El pretor, me acuerdo aún de su nombre, se llamaba Licinio Nerva, aplicó el senado-consulto* en Sicilia decretando que ningún ciudadano aliado sería

* La expresión correcta es Senado-Consulto [Nota del escaneador]

retenido en esclavitud en una provincia romana. Durante varios días de audiencias, ¡Nerva concedió la libertad a más de ochocientos esclavos! Todo el mundo quería beneficiarse con este prodigio, y los esclavos abandonaban sus rebaños para presentar sus solicitudes ante el tribunal del pretor. Pero esto no duró.

—¿Y por qué razón?

—¿Y lo preguntas? —dijo Gregario con una sonrisa sarcástica—. Pero, palabra, ¿de dónde vienes para conocer tan poco a los romanos? —Lucio no contestó, y el otro prosiguió:— Los amos, naturalmente. Cuando vieron que sus rebaños empezaban a vagar errantes por los pastizales, hicieron presión sobre Roma para que el gobernador rehusara todas las peticiones de emancipación. Y lo consiguieron. Entonces estallaron revueltas por todos lados. Al poco tiempo, éramos ya dos mil en las montañas del centro de la isla, en un terreno tan difícil que era casi imposible desalojarnos de allí. El gobernador, que se había refugiado en Herculano, lo intentó de todas formas. Pero rompimos los huesos a los seiscientos soldados que nos envió. Te imaginas, Estico, lo que aquello significaba para nosotros: ¡hacer morder el polvo a seiscientos legionarios romanos! —Lucio no contestó. Se lo imaginaba muy bien.— Cuando la noticia se extendió por la isla —continuó Gregario, cuyas pálidas mejillas recobraban un poco de color bajo el efecto de la excitación—, millares de esclavos se nos unieron. ¡Me acuerdo de la alegría de Salvio cuando cada noche veía que éramos más numerosos que la víspera!

—¿Salvio? ¿Quién era este Salvio? —dijo Lucio haciendo ademán a Gregario de que hablara más bajo: si el centinela los oía, se arriesgaban a recibir una buena docena de golpes de látigo.

Gregario abrió desmesuradamente los ojos:

—¿No me dirás que no has oído hablar de Salvio?

—En la época de que tú me hablas, yo no era más que un niño...

Gregario sacudió la cabeza.

—Es verdad, no me había dado cuenta: al cabo de cinco años de cadenas, todos somos viejos. Entonces, escúchame bien, pues ni Sicilia ni Italia tendrán nunca más un hombre como Salvio. Salvio era uno de los nuestros, un simple esclavo. Y sin embargo, valía más que todo el Senado reunido —Lucio se mordió los labios para no contestar nada a este disparate.— Éramos muchos y estábamos decididos a luchar hasta la muerte, pero no sabíamos cómo hacerlo. No dudábamos de que Roma enviaría legiones expertas en el arte de combatir, y que el coraje no sería suficiente. Era preciso también que nosotros nos organizáramos. Entonces, una noche, Salvio tomó la palabra. Nos explicó que era necesario que nos dividiésemos en varias unidades móviles que recorrerían los campos para lograr nuevos reclutamientos entre los esclavos aún indecisos, y que asaltarían las casas de los amos para que tuviéramos provisiones. Nos decía también que debíamos ejercitarnos en el manejo de las armas, someternos a la misma disciplina que en las legiones, y asegurarnos una plaza fuerte que nos sirviera a la vez de base de operaciones y de refugio. Y luego nos hablaba de los dioses, asegurándonos que estarían con nosotros. Le creíamos: ¡hablaba tan bien! Era un experto en la ciencia de los arúspices, y sabía tocar en su flauta música sagrada. Nos explicaba que los dioses de los orientales se le aparecían en sueños y le aseguraban que venceríamos. Lo elegimos rey. Todo ocurrió como él lo había predicho. Nuestro ejército contó muy pronto con veinte mil soldados de infantería y dos mil de caballería: suficientes para tomar Morgantia, una ciudad del centro de la isla. El gobernador nos atacó mientras asediábamos esta ciudad. Durante un momento, el resultado era incierto. Salvio tuvo una idea genial: prometió que perdonaría la vida a todos los legionarios que se rindieran. Y salió bien. Hicimos cuatro mil prisioneros, ¡imagínate! Pero estaba siempre Morgantia, con sus habitantes, que nos hostigaban desde lo alto de sus murallas. Salvio intentó otra estratagema. Prometió la libertad a todos los esclavos de la ciudad, si se la entregaban. Pero sus amos lograron conservarlos haciéndoles la misma promesa. Entonces levantamos el campo. Cuando nos vieron plegar velas, los amos se desdijeron de su palabra. Como habíamos previsto, los esclavos se rebelaron en su totalidad, y Morgantia cayó en nuestras manos. Nuestras filas ascendían a treinta mil hombres. Entonces vinimos hacia aquí. Si, aquí, a la región de Leontino, con sus llanuras fértiles y sus graneros llenos de trigo, del que teníamos necesidad. No

encontramos ninguna resistencia. Los amos y sus soldados huían delante de nosotros, mientras que sus esclavos venían a engrosar nuestras líneas. Al mismo tiempo, otro ejército de esclavos venía del oeste a nuestro encuentro para juntar sus fuerzas a las nuestras. ¡Sicilia estaba en nuestro poder, Estico! Entonces Salvio fue a uno de los templos más famosos de la isla y ofreció sacrificios a los dioses como acción de gracias por nuestras victorias. Para que fuera un acontecimiento señalado, incluso tomó un nombre nuevo, el de Trifón, y dio una capital a nuestro reino: Triocala, una ciudad a medio camino entre Lilibea y Henna, muy bien situada sobre una roca escarpada y que domina una tierra fértil, llena de viñas y de olivares. Teníamos nuestra ciudad. Actualmente, casi todos aquellos que se encontraban en Triocala están muertos. Pero los supervivientes se acuerdan aún de lo que jamás ojos de esclavos volverán a ver: Trifón, nuestro rey, saliendo de su palacio escoltado por su Senado y precedido de lictores, vistiendo la toga de magistrados, la toga blanca orlada de púrpura... Esto era en lo que nosotros, esclavos, objetos parlantes según los amos, nos habíamos convertido.

Gregario se detuvo unos instantes, saboreando este maravilloso recuerdo en el fondo de la ergástula donde se pudría junto a Lucio. Este último estaba a la vez fascinado y horrorizado por el relato de su vecino. Los actos de Trifón y de su horda no eran más que sacrilegios abominables y, sin embargo, demostraban una incontestable fuerza de espíritu... Gregario permanecía silencioso. Lucio lo miro. Tenía los ojos cerrados, como si durmiera y volviera a ver en sueños estos acontecimientos acaecidos hacia veinte años.

—Y luego, ¿qué sucedió? ¿Cómo fuisteis derrotados?

Gregario tomó de nuevo la palabra con voz lenta:

—Los romanos enviaron a varios ejércitos para aplastarnos. Durante tres años, resistimos bien. Incluso tras la muerte de nuestro rey.

—¿Lo mataron las legiones?

—No. Murió de muerte natural, o más bien porque los dioses, sin duda, lo hicieron volver con ellos, antes que nuestro sueño se desmoronara. Para que no viera nuestro miserable final.

—¿De qué fin hablas?

—Cuando Mario sometió a los cimbros y a los teutones, Roma se sintió aliviada. Entonces enviaron a sus tropas de élite en contra nuestra, bajo el mando del cónsul Mario Aquilio. No pudimos oponerles resistencia, y muchos perecieron en el combate. Los pocos que lograron escapar huyeron a las montañas. Para acabar con la guerra, Aquilio prometió que les perdonaría la vida si se rendían. Naturalmente mentía: para un romano, ¿qué vale la palabra dada a un esclavo? Sin embargo, le creyeron, y se le entregaron. Aquilio los encadenó y se los llevó a Roma, para ofrecerlos como espectáculo en el circo. Debían batirse con bestias feroces. Parece ser que a la plebe les encantan estas diversiones. Pero según lo que me han contado, murieron como hombres libres. En vez de combatir con las fieras, se mataron los unos a los otros.

—¿Y qué diferencia hay entre morir como hombres libres o jugarse la vida en el circo?

—Que escogieron. Escogieron el no envilecerse y humillarse como esclavos, el no obedecer a los amos. Escogieron su muerte.

—¿Y tú? ¿Cómo es que estás aún aquí, único esclavo superviviente entre todos esos hombres libres muertos?

Gregario alzó los hombros y contestó:

—Me acordé de Morgantia y no creí los hermosos discursos de Aquilio. Permanecí en las montañas. Algunos días podía ver a las patrullas de legionarios, allí abajo en el valle. Nunca me hubiera rendido. Antes hubiera preferido lanzarme desde lo alto de un acantilado. Después de algunas semanas, ya no vi más patrullas. Pensaban que habían limpiado el sector, y regresaron hacia su guarnición en Siracusa. Me mantuve allí hasta el invierno, alimentándome de lo que conseguía cazar. Pero cuando empezó a nevar, me vi obligado a bajar. Hacía demasiado frío, y ya no tenía más para comer. Empecé acercándome a las granjas para robar alimentos. Un día, me enganchó uno de estos malditos *monitores*.

—¿Cómo es que no te mataron?

—Nunca lo he entendido muy bien. Sin duda sería porque después de haber exterminado a tantos esclavos, éstos escaseaban. En aquella época, yo era joven, y aún vigoroso. Me condujeron a las minas. Como sospechaban que era un fugitivo, me marcaron con un hierro candente. Cuando la carne de mi frente empezó a encogerse por el calor, creí que mi cabeza estallaría. Luego el *monitor* me dijo riendo:

»—¡Con esta hermosa marca sobre tu frente, ya ninguna mujer se te resistirá!

Lucio no había reparado nunca en la marca infamante. Comprendiendo su extrañeza, Gregario apartó la espesa greña de cabellos sucios y tiesos que la disimulaban. Entonces Lucio percibió los bultos de carne cicatrizada que dibujaban la forma basta y funesta de una K sobre la frente del rebelde. Éste continuó:

—Al cabo de tantos años, hubiera tenido que acostumbrarme. Pero siempre me las arreglo para ocultarla. Sin embargo, en la mina todos los esclavos tenían la misma marca. Me pregunto si los nobles de Roma, cuando adornan sus mansiones con el mármol que nosotros arrancamos a la montaña, sospechan lo que nos cuesta.

Lucio no contestó. Nunca se había planteado esta cuestión. Para él, el estaño, el cobre, y aún más las piedras y los metales preciosos como la plata y el oro eran sólo el fruto de las canteras, que las minas producían espontáneamente, como la vid da la uva. No ignoraba que en las minas se empleaban muchos esclavos. Pero curiosamente nunca había relacionado los delicados mosaicos que adornaban su mansión en Pompeya con el pesado mazo del esclavo que tenía que mover todo el cuerpo cada vez que lo abatía sobre las vetas que recorrían las entrañas de la montaña.

Distraído un instante por esta constatación repentina, no había escuchado las palabras de Gregario. Éste no se había dado cuenta de ello y continuaba su relato.

—Al cabo de unos días, ya no se distingue el color de la piel ni de los cabellos: sirios, nómadas, griegos, todos son iguales. Uno está recubierto de una capa de polvo negra, mezclada con barro marrón, a fuerza de chapotean en el agua helada de las galerías. Los niños son los primeros en morir. Duran un año, dos como máximo. Cuando arrastrábamos sus cadáveres hacia la fosa común, se habría dicho que eran arañas, tan demacrados estaban. Nosotros también nos transformábamos rápidamente en esqueletos. El único medio de ver cuánto tiempo llevaba un hombre en la mina era palpar el espesor de sus callos en los codos y en las rodillas. Al cabo de un mes de este régimen, ya no hablas, ya no piensas más. Quiero decir pensar como se puede hacerlo cuando se vive: en una mujer, en los padres, en el pasado. Incluso el odio se agota. Dentro de tu cabeza, sólo existen algunos puntos de referencia. Siempre los mismos: el redoble del tambor que marca el principio y el fin del trabajo, la luz del día cuando se sale de la galería en que uno se ha arrastrado durante horas para dirigirse al pozo que conduce a la superficie. No se precisa la inteligencia más que para comer y beber.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, pequeñas estratagemas que aprendíamos rápidamente. En primer lugar, si uno se muere de sed, no se ha de beber rápido, para no expulsar con demasiada celeridad el agua en la orina. Y cuando el potaje de cebada y trigo está enmohecido, no solamente tragarlo de alguna manera, sino también evitar vomitarlo. Vomitar es un lujo que sólo los hombres libres o los imbéciles se pueden permitir. Nosotros, nosotros no debemos perder ni una onza de alimentos. En las minas, vomitar es acercarse a la muerte. —Los rasgos de Gregario se habían contraído nuevamente. Lanzó un juramento y añadió:— ¡Perros amos! En las minas, conseguían transformarnos en lo que ellos dicen que somos: instrumentos, simples instrumentos. Hubiera muerto como los otros si no hubiera tenido la suerte de que el intendente decidiera cerrar la cantera en que trabajaba. Creo que los precios de la piedra habían bajado. Roma acababa de apoderarse de una región que producía mucha, nuestro trabajo ya no era rentable. Me transfirieron a Leontino, y desde hace diez años, cosecho el trigo de Marcilio.

Gregario se calló. Hubiera podido contar a Lucio aún muchas más historias sobre su larga vida de esclavo. Pero era preciso dormir. El sueño era como el alimento: no había que derrocharlo. Se volvió hacia la pared y se durmió de inmediato. Antes de cerrar los ojos, Lucio pensó que si su

padre hubiese oído este tipo de discurso en boca de uno de sus esclavos, le habría hecho matar de inmediato.

*

Una mora salpicada de harina: es así como los atenienses habían llamado a Sila en un principio, a causa de los granitos que salpicaban su rostro coloradote, de un rojo casi intenso. Sus ojos, de un azul oscuro que subrayaba lo rubio de sus cabellos, que le caían en mechass cortas y rizadas sobre la frente, no habían pestañeado cuando le habían atribuido un carácter bromista. A Sila le gustaban las humoradas. Desde muy joven, buscaba la compañía de mimos y de bufones. Siempre había alguno a su mesa, y todo el mundo sabía que era imposible hablarle de cosas serias, incluso de la guerra contra Mitrídates, cuando cenaba. Pasaba el tiempo bebiendo e intercambiando bromas con sus bailarines y sus comediantes. Incluso se había enamorado de uno de ellos, uno que se llamaba Metrobio. Sila amaba los placeres apasionadamente, y desplegaba en ellos tanto ardor y pasión como en el campo de batalla. Fuera de estos momentos de distensión, era de un temperamento frío y reservado. Y muy rencoroso. Sila no olvidaba nada. Tras haberse embarcado para Grecia, había tenido conocimiento de la traición de Cinna, aficionado junto con Mario a masacrar a sus amigos. Se acordaba del juramento solemne que el cónsul le había hecho antes de su partida. Cinna había subido al Capitolio, sosteniendo una piedra en la mano, y había jurado en el tono más grave:

—Si no conservo mi devoción a Sila, ¡tal como lanzo esta piedra con mi propia mano, que yo sea expulsado de Roma!

Y al mismo tiempo, de cara a la multitud agrupada delante de él, había lanzado la piedra a lo lejos. Sila la veía aún rodar por el suelo. Cinna pagaría esta traición. Exactamente como los atenienses. Actualmente, ya no se burlaban de él. El mismo Mitrídates temblaba. Al principio, no había lamentado la llegada de Sila y de sus escasos efectivos: solamente se habían embarcado con él cinco legiones. ¿Qué tenía que temer el rey del Ponto, él, que dominaba Asia, Bitinia y la Capadocia? Sus hijos y sus generales continuaban extendiendo sus conquistas: las ciudades griegas hasta Tesalia abandonaban a los romanos, y el mar pertenecía a sus flotas, cruzando por la mitad de las Cícladas. Roma había perdido la parte más grande de su imperio. ¡Y además de esto, esos romanos eran lo suficientemente locos como para destrozarse unos a otros en una guerra civil, cuando no habían terminado aún de solucionar sus problemas con los pueblos de Italia! Sila podía venir tranquilamente con sus cinco legiones. Sus estandartes estarían muy pronto a los pies de Mitrídates, el futuro emperador del Mediterráneo. Es lo que le repetían sus amigos, con los que se tomaba un reposo bien merecido en Pérgamo, distribuyéndoles provincias, reinos y principados, mientras los legionarios sudaban en Tesalia bajo el sol abrasador del verano griego.

Sila continuaba creyendo en su Fortuna. Muy pronto, sometió a Atenas a su asedio. Quería ir rápido: todo el tiempo que pasara en Oriente era un respiro para Cinna. La peste democrática corroía Italia, y él esperaba liberarlos de la misma tras haber liquidado a Mitrídates. Por otra parte, aunque a Sila le gustara bromear, ya no soportaba los insultos que le lanzaban cada día los atenienses y su tirano Aristión desde lo alto de las murallas. Pero sufría cruelmente por la falta de dinero, de víveres y de maquinaria de guerra, ya que los asediados se la incendiaban sin cesar lanzando flechas inflamadas. Llevó a cabo entonces unas acciones que los griegos recordaron mucho tiempo por lo sacrílegas. Para disponer de la madera necesaria para reemplazar las máquinas, hizo talar los bosques sagrados, sin salvar ni los de los barrios de la Academia y del Liceo. Despojó los santuarios de los dioses de sus tesoros, saqueando Epidauro y Olimpia. Cuando su enviado, Cafio de Fócida, hizo su entrada en Delfos, creyeron escuchar la lira de Apolo resonando en el templo. Cafio estaba aterrorizado y no osó echar mano a las riquezas que lo adornaban, prefiriendo informar a Sila de este prodigio, y esperar sus instrucciones. Éste le contestó con una carta irónica, en donde le decía que Apolo cantaba de alegría al saber que su oro iba a servir para la victoria de Sila, y le ordenaba ejecutar su misión sin más dilaciones.

Los acontecimientos iban a darle la razón. Detrás de las murallas los atenienses ya no reían y empezaban a maldecir a Aristión. El hambre los atenazaba. Ya no se encontraba trigo más que a precios increíblemente altos: un medimno se vendía a mil dracmas. 132 La mayor parte de la gente se veía reducida a alimentarse de parihenion 133 que crecía alrededor de la ciudadela, y a masticar el cuero de los zapatos y de los odres de aceite hervidos largo rato. Durante este tiempo, Aristión bailaba el pírrico 134 y se refugiaba en la borrachera de la que no salía más que para cometer actos impíos. El descontento había llegado al colmo cuando Aristión había dejado apagar, por falta de aceite, la lámpara 135 sagrada de la diosa, y había enviado unos granos de pimienta a la sacerdotisa que le pedía un mediano de trigo para proceder a los sacrificios.

Aristión había consentido entonces en enviar emisarios para dialogar con Sila, para intentar negociar. Pero éstos, tan locos como su amo, lo habían tratado con arrogancia, y se habían puesto a celebrar ante el general romano el valor de los guerreros griegos, hablando en términos pomposos de Teseo, Eumolpo y de los héroes de las guerras médicas. Sila los había despedido lanzándoles:

—¡Idos, hombres a los que os sobran las palabras y llevaos vuestros discursos! No he venido a Atenas, yo, para tomar lecciones; los romanos me han enviado aquí para someter a los rebeldes. 136

Una vez más su Fortuna volvió a ayudarlo. Algunos atenienses, agobiados por las penalidades del asedio y por la incuria de Aristión, fueron a un encuentro secreto con él y le revelaron que el punto débil de la muralla alrededor del Heptacalco no tenía guardianes: era por lo tanto el único lugar donde resultaba fácil, por ese lado, conseguir escalarla. Sila se desplazó a ese lugar para verificar sus informaciones y vio que no mentían. Atenas estaba condenada.

Sila entró poco tiempo después, en plena noche, en medio del ruido ensordecedor de las trompetas y de las cornetas. Los atenienses estaban atemorizados e intentaban en vano escapar de los soldados corriendo por las estrechas calles. Sila había dado orden a sus legionarios de pillar y masacrar sin piedad. 137 Muchos atenienses se suicidaron para escapar. La sangre derramada en el Ágora inundó todo el Cerámico hasta el Dipylón. Pero la de Aristión corría aún por sus venas. El tirano se había refugiado en la Acrópolis, la parte alta de la ciudad. Sila le dejó allí, y encargó a uno de sus lugartenientes sitiara pues él no quería perder tiempo. Reducida Atenas, el Pireo conoció idéntica suerte.

Cuando la noticia de la caída de Atenas llegó a la corte de Mitrídates, no los cogió desprevenidos. Éste había lanzado ya a sus mejores tropas a través de Tracia y Macedonia: cien mil soldados de infantería y diez mil de caballería formaban parte de sus líneas. Sin contar noventa cuadrigas armadas de falsas barbacanas que despedazaban a los enemigos dando giros, cuando los carros eran lanzados al galope de sus caballos. Seguros de la victoria, los soldados de Mitrídates se habían vestido con sus mejores galas: sus armas estaban adornadas con oro y plata, y los colores de sus túnicas tomadas de los medos y de los escitas, mezcladas con los reflejos del bronce y del hierro, daban a la tropa en movimiento el aspecto atemorizador de una columna de fuego.

Sila había decidido abandonar el Ática para ir al encuentro de los bárbaros, que se encontraban desplegados por las vastas llanuras de Beocia, allí donde su caballería y sus carros podrían combatir con la máxima eficacia. No ignoraba que en las montañas del Ática, el terreno accidentado habría sido una ventaja determinante para él, equilibrando la enorme superioridad numérica de las tropas de Mitrídates. Pero el suelo del Ática era pobre, incapaz de alimentar a un ejército, incluso en tiempos de paz. Sila seguía creyendo en su Fortuna: varios legionarios habían venido a relatarle que habían visto en sueños a Júpiter Olímpico anunciándoles la victoria. Por otra parte, los bárbaros habían llegado incluso a enrolar a quince mil esclavos, que habían colocado en sus primeras líneas: los dioses no permitirían nunca que los legionarios romanos fueran vencidos por esclavos.

Sila remoraba estos presagios para fortalecer su confianza. Su destino iba a decidirse allí, en la llanura de Elatea. Por millonésima vez sus ojos la recorrieron: una gran extensión de tierras fértiles, con muchas fuentes, y a poca distancia de la ciudad de Queronea, cuyos habitantes le habían hecho llegar con gran *pompa* una corona de laurel, en señal de adhesión.

Sila elevó su mirada hacia el campo de los bárbaros. Éstos se habían instalado sobre el Turión, una montaña escarpada, donde se sentían inexpugnables, y desde donde, cuando llegara el

momento, caerían sobre sus tropas. El general podía verlos preparar una columna de choque flexible y fácil de maniobrar, compuesta de caballeros y de tropas ligeras. Los observó unos momentos, y se dijo que los bárbaros tenían la intención de efectuar un movimiento envolvente contando con la rapidez de sus caballos, para cercarlo a él y a sus legionarios. Se volvió y se dirigió hacia el Cesifo, el río cuyas aguas estarían mañana enrojecidas con la sangre de los vencidos. Sus tropas lo esperaban para asistir al último sacrificio que había decidido ofrecer a los dioses. Mañana, si salía victorioso, se hablaría aún de él como del salvador de Roma durante siglos tras la batalla de Queronea. Pero si los generales de Mitrídates vencían, Roma, como tantos pueblos y ciudades, caería en el eterno silencio de los vencidos.

*

«En aquellos tiempos, la raza de los hombres no había nacido aún. El mismo Olimpo estaba vacío. En el universo reinaba en solitario el gran dios Urano. Se unió a la Tierra, y tuvieron doce hijos, los Titanes, entre los cuales estaban Rea y Cronos. Éstos se unieron a su vez dando a luz a los dioses olímpicos. Pero Cronos estaba celoso de su padre. Quería matarlo, y comerse a sus hijos para estar seguro de que no le quitarían el trono. La sangre de la herida que infligió a su padre cayó en el mar y lo fecundó: de la espuma de las olas salió Afrodita, de una belleza maravillosa, la diosa del amor y de la fecundidad. Rea quiso salvar al menos a uno de sus hijos: en el momento en que Cronos iba a comérselo, Rea lo sustituyó por una piedra envuelta en pañales, que aquél se comió sin darse cuenta de la superchería. Así se salvó Zeus, que reina actualmente en el Olimpo. Perdonó a su padre y lo hizo rey de un país maravilloso, lleno de delicias, donde no existe la guerra ni la muerte, donde no hay ni esclavos ni soldados. Cuando los romanos aprendieron estas cosas de los griegos, se acordaron de que hacia mucho tiempo, mucho antes del nacimiento de la Ciudad, Saturno reinaba en el Lacio y que mientras él moró allí, todos conocieron la paz, la felicidad y la prosperidad. Tomaron la costumbre de celebrar este reino cada invierno festejando la época de Saturno. La fiesta significaba simbólicamente el regreso a la edad de oro. Todo el tiempo que duran las Saturnales, no existen ni amos ni esclavos y todos nosotros disfrutamos de toda clase de libertades. Las libertades de diciembre.»

Evandro calló. Los invitados conocían este mito, pero él lo había dicho casi como un canto, con voz tan dulce y melodiosa que todos habían creído oírlo por primera vez. Solamente Nasuto permanecía insensible al encanto de Evandro. Las Saturnales le estropeaban regularmente las fiestas de final de año. Era preciso colocar grandes mesas en los edificios de la granja para que todos los esclavos pudieran sentarse a ellas. La tradición disponía que los amos atendieran y sirvieran a los esclavos en los banquetes. Regañando, Nasuto y los *monitores* cumplían la para ellos fastidiosa tarea. Se veían obligados a soportar las alusiones irónicas o las chanzas de los esclavos más osados. Los amos tenían que aceptar sin vacilar discursos que, en tiempo normal, hubieran significado para su autor una buena decena de golpes de látigo. Por otra parte, los esclavos cuidaban de que la cosa no fuera demasiado lejos: un descaro imprudente durante las Saturnales podía pagarse muy caro una vez terminado el festival. Gregario, no obstante, no se resistió al placer de pedirle a Nasuto, que le servía, que anduviese más derecho, para evitar que su larga nariz se sumergiera en el plato. Éste replicó en un tono a la vez suave y cangado de amenazas:

—Espero que te haya gustado el discurso de Evandro. Permíteme, oh amo —hizo especial hincapié en estas dos palabras— que te recuerde otro.

—Te lo ruego, Nasuto. ¡Tu voz es tan agradable cuando no da órdenes!

—No temas, no te cansaré. Es solamente una cita de uno de nuestros grandes agrónomos, que dice: «Los instrumentos están dotados de palabra, son semiparlantes, o mudos. A la categoría dotada de palabra pertenecen los esclavos, a la semiparlante los bueyes, a la muda las carretas». Entonces, desconfía, Gregario. ¡Presta mucha atención a la forma en que empleas la lengua, o un día puedes lamentar el no ser un buey o una carreta!

Gregario había bebido un poco de más. En lugar de disculparse, exclamó:

— ¡Io Saturnalia! ¡Bona Saturnalia!

El otro se alejó sin decir palabra, los rasgos distorsionados por la ira.

Marcilio se encontraba perfectamente relajado. Él no servía a los esclavos, pero había llevado la familiaridad hasta el punto de sentarse a la misma mesa que ellos, y sonreía con benevolencia. Tenía numerosas razones para sentirse alegre. Estaba muy orgulloso de poseer a Evandro. Un esclavo instruido y que declamaba tan bien, le pondría a la altura de sus amigos. Evandro se reuniría con él en Roma dentro de algunos meses, cuando hubiera terminado el viaje de inspección de sus dominios. Sin embargo, el joven no constituía más que una ínfima parte de los tesoros que se acumulaban en sus villas. Desde hacía varios años, Marcilio había puesto a sus intendentes y a sus ayudantes a la búsqueda de las producciones más hermosas del arte griego. La misma Grecia y Asia les estaban temporalmente vetadas, tras la revuelta de Mitrídates. Pero quedaba todo el sur de Italia y sobre todo Sicilia, tierra más griega que latina, como lo testimoniaban los templos que habían erigido hacía siglos los colonos griegos. Marcilio se maldecía por no haber nacido un siglo y medio antes, cuando Sicilia se había convertido en provincia romana. Los tesoros de los templos griegos estaban aún intactos, y cualquier general, no importaba cuál, no tenía más que la molestia de seleccionar para enviar hacia la Villa las estatuas de Siracusa y de otras numerosas ciudades. Actualmente era preciso explorar los santuarios más modestos. Faberio y Nasuto habían trabajado bien: varios mármoles de enorme valor habían sido puestos a salvo en un almacén cuidadosamente vigilado de la villa. Marcilio se había entretenido largos minutos ante una Artemisa cazadora de rasgos juveniles, sin ningún defecto ni deterioro debido a su desmontado y transporte. Se había sentido extrañamente emocionado, aunque no poseía ningún sentido artístico. Como muchos nuevos ricos encaprichados con las obras de arte, a Marcilio no lo guiaban las preocupaciones estéticas. Compraba esculturas, vajillas suntuosas de plata y esclavos cocineros o esclavos ilustrados para parecer cultivado él mismo. Los patricios tenían sus imágenes y no se privaban de mostrarlas. ¿Por qué no podría él buscar imponerse con lo que su dinero le permitía comprar? Se contentaba de buen grado con copias cuando los originales no se podían encontrar: después de todo, una buena copia valía por un original, a menudo corroído por el tiempo y al cual podía faltarle una mano o una oreja. La idea de que la estatua más perfecta, si era arrancada del lugar y de la función para los cuales había sido creada perdía su significado esencial, ni se le ocurría a Marcilio y a sus semejantes.

La comida llegaba a su fin. Era el momento para Marcilio de proceder a la pequeña alocución que había preparado para sus inferiores. Hizo un ademán a Nasuto, y éste pidió a los esclavos cortésmente que guardaran silencio. Cuando se hizo el silencio, Marcilio empezó a hablar con voz firme:

—Hace unos instantes, Evandro nos ha hablado del origen de las Saturnales. ¡Dichosos tiempos, en que la tierra alimentaba a todos los hombres sin que tuvieran necesidad de trabajar! Desgraciadamente vivimos en una época más rigurosa. Si cada instrumento pudiera trabajar por sí solo, si las lanzaderas tejieran solas, si el arco tocara solo la citara, los empresarios no precisarían obreros, ni los amos, esclavos.

Lucio, que se encontraba al lado de Gregario, aguzó los oídos. Marcilio, con su gran rudeza, era menos ignorante de lo que parecía: había reconocido en sus palabras, apenas deformado, un pasaje de Aristóteles justificando la esclavitud.

—Pero nosotros no estamos allá —continuó el amo—, y mientras las cosas permanezcan así, habrá siempre amos y esclavos, exceptuando el tiempo de las Saturnales. Pero los mejores de entre vosotros pueden no morir esclavos.

Lucio sintió bruscamente que el silencio se prolongaba. ¿Iba Marcilio a anunciar liberaciones? Los amos aprovechaban a veces las Saturnales para hacerlo... Marcilio se detuvo algunos instantes para disfrutar su golpe de efecto. No tenía intención, en absoluto, de liberar a nadie.

—¿Cuál es el esclavo que merece ser liberado? Voy a decíroslo. Es el *servus idoneus*, el buen esclavo. Un buen esclavo debe amar su trabajo, acrecentar su peculio, ser respetuoso, fiel. Debe obedecer prestamente y sin murmurar. Si el dormita, debe, durmiendo, soñar que es esclavo. Como

la sonda del piloto, debe conocer a su amo hasta el punto de adivinar con una rápida mirada sus deseos sólo por el aire de su frente, y ejecutarlos con la velocidad de una cuadriga. Debe pensar más en su espalda que en su boca: más vale recibir órdenes que golpes. El esclavo que, sin cometer una falta, por lo menos teme el castigo, es el único que sirve bien a su amo. Acordaos de esto: el amo es lo que los esclavos quieren que sea, bueno con los buenos, malvado con los malvados. Los insolentes, los perezosos, y los ladrones deben tener cuidado. A guisa de recompensa, Nasuto les dará golpes de látigo y los hará trabajar en el molino. Doblarán de tal forma la espalda bajo los golpes que no podrán enderezarse jamás, y pulirán sus hierros a fuerza de uso.

Las palabras de Marcilio dejaron helados a los asistentes: no era un discurso muy propio de las Saturnales... Él fue lo suficientemente hábil para cambiar de tono al terminar.

—Pero si demostráis ser buenos esclavos, todo esto no os sucederá. E incluso, voy a haceros una promesa: cuando vuelva el próximo invierno, pediré a Nasuto que me diga cuáles entre todos vosotros han trabajado mejor. Y a éstos, ¡los liberaré!

Marcilio volvió a sentarse en medio de los gritos de alegría y los aplausos. Gregario permanecía impasible. Se inclinó hacia Lucio y le dijo con una voz lo suficientemente baja para no correr el riesgo de que le oyera Nasuto:

—Todo esto es sólo palabrería. ¡Y pensar que son lo suficientemente tontos para creerle! Todos los amos dicen cosas parecidas. Saben bien que sólo la esperanza de la libertad puede hacernos morder la zanahoria que nos tienden a la sombra del látigo. La verdad es que la mayor parte de los esclavos mueren sin haber visto la yana del lictor. **138** Evandro quizá lo conseguirá... Pero nosotros moriremos en la ergástula.

Gregario iba a continuar, pero prefirió callarse al ver llegar a Nasuto. Éste distribuía velas de cera entre los comensales. Gregario y Lucio tomaron una cada uno y las encendieron. La costumbre tenía su origen en una vieja ceremonia en la que los hombres, en el transcurso de las largas noches de invierno, pedían el retorno de la luz primaveral. Hoy era más bien una manifestación festiva que alegraba la sala de la función.

Ésta tocaba a su fin. Nasuto y Marcilio se retiraron, dejando que los esclavos formaran pequeños grupos, consumiéndose de impaciencia por empezar a jugar. En tiempos normales, los juegos de azar les estaban estrictamente prohibidos. Algunos sacaron de su túnica uno o dos sestercios, quejándose de su escaso peculio. La mayoría tuvo que contentarse con nueces, las apuestas habituales de los individuos de su condición, y de los más pobres entre los hombres libres.

Lucio aprovechó para separarse de Gregario, cuya compañía insistente lo agobiaba. Al cabo de dos años, aún no había conseguido acostumbrarse a sus recriminaciones perpetuas contra los amos. Prefería a Evandro, que le recordaba a Diófano. Evandro se dirigía justamente hacia él, con una sonrisa en los labios. Le dio un abrazo diciéndole:

—¡Felices Saturnales, Estico, y que el año próximo te sea propicio!

—Felices Saturnales para ti también, y continúa cuidándote mucho.

Evandro arrugó la frente. Murmuró como para sí mismo:

—¿Cuál será mi suerte en Roma, dentro de algunos meses? Los amos se cansan rápido de esclavos como yo, o se enamoran, y es peor aún, puesto que no podría soportar un tipo de amor para el cual no estoy hecho... —Sin transición, cogió a Lucio del brazo y le dijo con voz sorda:— Ven. Aprovechemos este momento de respiro. Es necesario que hable contigo.

Los dos hombres se dirigieron a un rincón de la amplia estancia. Evandro lanzó una mirada circular para asegurarse de que no llamaban la atención.

—¿En qué misterio de las Saturnales quieres iniciarme? —le preguntó Lucio en tono bromista.

—¡No te burles! Va en ello nuestra vida.

—¿Qué quieres decir? —La sonrisa de Lucio se había inmovilizado en sus labios.

—Se abre una era terrible para la humanidad. Las masacres ordenadas por Mario no son más que un preludio insignificante de los males que se van a abatir sobre Italia.

—Tantos ciudadanos proscritos, encadenados, masacrados, ¿a eso llamas tú un preludio insignificante?

—Escúchame, Estico. Los estoicos y los arúspices etruscos concuerdan. El universo debe renovarse por cataclismos periódicos, que son otros tantos finales del mundo. Los dioses han decidido desde toda la eternidad que la raza humana no contaría más de ocho generaciones. Cada una dura varios siglos, lo que los etruscos llaman el Gran Año. Nosotros nos encontramos al final de una de estas generaciones, puesto que cada Gran Año se cierra con una serie de signos funestos y catástrofes. Ya han habido presagios: el asesinato de los Gracos, la amenaza de los Yugurta. Roma ha escapado por poco de ellos. Pero ahora, sería necesario estar ciego para no comprender que es el final. Mitrídates ha tomado Asia y Grecia, Mario y Sila han ahogado a sus conciudadanos en un baño de sangre. Si Sila vuelve será peor aún, y los romanos se matarán los unos a los otros. Las ciudades se hundirán, y en los campos la hierba no volverá a crecer.

—La experiencia ha demostrado a menudo que los arúspices se equivocaban...

—Hay demasiadas señales. Un esclavo que acaba de ser comprado por Faberio y que viene de Roma me ha contado que los prodigios se multiplicaban. Una legión vio que el fuego prendía espontáneamente en las astas de los estandartes; varias veces, se ha podido escuchar el sonido prolongado de un toque de trompeta en el cielo sereno, con una nota tan aguda y doliente que todo el mundo quedó atemorizado. Una época toca a su fin, y una nueva se levanta.

Las palabras de Evandro conmovían a Lucio más de lo que él dejaba entrever. La historia de la Ciudad enseñaba que muy a menudo los acontecimientos fatídicos habían sido precedidos de signos extraordinarios. La guerra civil quizá fuera uno de ellos, más convincente aún que todos los prodigios piadosamente enumerados por los sacerdotes y los analistas. Pero seguía sin comprender dónde quería llegar Evandro. Dijo con un tono dubitativo:

—Admitamos que tengas razón. Pero, ¿qué podemos cambiar nosotros, humildes esclavos, si los pontífices y los mismos censores no pueden oponerse a la voluntad de los dioses?

—No es cuestión de intentar modificar lo que sea. Solamente de sobrevivir, para conocer la nueva época, en la que nuestro destino sólo puede ser mejor. Si permaneces aquí, morirás, y yo también si voy a Roma. Cuando los ricos y los poderosos comprendan que es el fin de esta época, se volverán locos, y antes de despedazarse entre sí comenzarán por matarnos a nosotros. Acuérdate de su proverbio: tantos esclavos, tantos enemigos... No hay más que una solución, Estico. —Evandro miró de nuevo a su alrededor y luego, inclinándose hacia el oído de Lucio, murmuró:— Es preciso huir. Nos esconderemos en la montaña. Cuando reine el desorden, lo que no durará mucho tiempo, saldremos de nuestro refugio, y volveremos a ser libres en un mundo nuevo.

Lucio reflexionaba a toda velocidad. No todo era erróneo en el discurso de Evandro. Pero la teoría de las épocas, el final de los tiempos... Estas sombrías predicciones despertaban su escepticismo. Un siglo antes, cuando todos los romanos creían que nada detendría la marcha victoriosa de Aníbal hacia la Ciudad, los profetas de la desgracia se habían alzado pronosticando que Roma, muy pronto, no sería más que un montón de cenizas. Y fue Cartago la arrasada... Evandro quizá fuera uno de estos iluminados. En cuanto a la fuga, Lucio había pensado en ello desde el primer día en que se había encontrado encadenado en la ergástula. Había llegado a la conclusión de que era imposible, al menos en Sicilia. Suponiendo que escaparan a la vigilancia de los *monitores*, ¿dónde se refugiarían él y sus compañeros? Las dos revueltas de esclavos del siglo precedente habían servido de lección a los amos, quienes acosaban sin descanso a los esclavos fugitivos, por temor a que formaran el núcleo de una nueva sedición. ¿Las montañas? Gregario mismo no había podido permanecer allí, una vez empezada la estación mala. Si el nacimiento de la nueva generación prometida por Evandro se hacía esperar más de lo previsto, morirían allí con más seguridad aún que en la ergástula. En cuanto a trasladarse a Italia, habría sido necesario atravesar el estrecho que separaba Mesina de Reggio, en donde todos los barcos eran estrechamente vigilados. Hizo partícipe a Evandro de sus objeciones. No le impresionaron en absoluto. Evandro tenía un plan que expuso a Lucio. Cuando salían a trabajar, se agrupaba a los esclavos en equipos de diez hombres, mandados cada uno de ellos por un decurión, también él mismo un esclavo. Evandro había hablado de sus planes de evasión con un decurión, quien había avisado por su parte a los hombres más decididos de su escuadra. En esta estación, la noche caía rápidamente, y reinaba ya la

oscuridad cuando los equipos regresaban a los dormitorios. Sería suficiente con escoger una noche sin luna para evadirse. Durante el tiempo que los *monitores* tardaran en descubrir su desaparición, ya tendrían una buena ventaja. La ciudad de Tauromenio estaba sólo a un día de camino. Desde allí, pasarían a Italia. La travesía sería un poco más larga que desde Mesina, pero este itinerario disminuiría los riesgos de ser interceptados. Una vez en el Brucio, estarían a salvo. Los habitantes de esta región eran italianos hostiles a los romanos. El éxito de la expedición dependería de la personalidad del decurión, que sería el jefe del grupo. Un hombre vigoroso y valiente, por lo que decía Evandro. Incluso antes de que hubiera pronunciado su nombre, Lucio había adivinado que se trataba de Gregario.

*

Apellicón de Teos había tenido la buena idea de morir justo antes del retorno de Sila a Atenas. La biblioteca del filósofo peripatético era una de las más completas de todo el Ática. Contenía la mayor parte de las obras de Aristóteles y Teofrasto: un tesoro que Sila no quería dejar escapar. Supervisó en persona el embarque de los preciosos *volumina* de Apellicón: ya no le abandonarían hasta Roma. Como tampoco las columnas del Olimpeión que había hecho desmontar para adornar con ellas el Capitolio en ocasión de su regreso victorioso.

En Queronea, había derrotado a los bárbaros en la proporción de uno contra cuatro. Mitrídates se había visto obligado a negociar y aceptar pagar a Roma cerca de veinte mil talentos. En la capital, los demócratas se aterrorizaron al enterarse del retorno de Sila a Italia. Cinna fue asesinado por sus propios soldados y las legiones democráticas enviadas contra Sila fraternizaron con las tropas del general victorioso. Como tantos otros, César y Aurelia, su madre, estaban consternados.

En el mismo instante empezaba a subir la estrella de un joven, cuyo destino los dioses habían querido que se entremezclara con el de César. Gneo Pompeyo tenía sólo veintitrés años. A la cabeza de tres legiones que él mismo había reunido, se había aliado a Sila. Al lado de ellos había conseguido victoria tras victoria, y la brillantez de sus gestas guerreras valía bien las imágenes que no podía exhibir. Su rostro empezaba a ser conocido. Él no tenía líneas angulosas como el rostro de Cesar, sino una redondez y casi podría decirse una linda cara, que acentuaba su afabilidad natural y el encanto de su elocuencia. Sus cabellos suavemente peinados hacia atrás descubrían una frente amplia. Muchos encontraban que se parecía al gran Alejandro.

Sila alcanzó muy pronto las puertas de Roma: su odio había llegado a su punto máximo. Sintiendo perdidos, los seguidores de Mario habían ordenado la masacre de los moderados: Sila estaba resuelto a hacerles pagar muy cara esta última afrenta. Tras su entrada en la Ciudad, recommenzó la pesadilla. Las calles de Roma se llenaron de cadáveres. Los demócratas fueron los primeros en el punto de mira. Pero no fueron los únicos que perecieron: la ocasión era demasiado buena para vengarse de un enemigo personal denunciándolo como seguidor de Mario. Muchos no se privaron de ello. Todos temblaban, más incluso que en tiempos de Mario. Excepto un joven, un tal Cayo Metello, quien osó preguntar a Sila cuándo se terminarían las masacres. Éste le prometió que dentro de poco se conocerían los nombres de los traidores que quedaban por castigar.

Al otro día, se colgaron las listas de proscripción. Los primeros nombres se contaban ya por centenas.¹³⁹ César consiguió huir, pero muy pocos tuvieron su suerte, sobre todo entre los de la orden ecuestre. Los caballeros habían cometido el error de aliarse con los demócratas, para enriquecerse a costa de los proscritos de Mario. Sila se había jurado que les haría devolver hasta el último sestercio, confiscándoles todos sus bienes. Y en efecto los redistribuyó entre sus cortesanos y sus bufones. Pero se aseguraba, ante todo, de devolver su patrimonio a los que habían escapado de las masacres perpetradas por los marianistas. Los emigrados ocupaban un buen lugar en el cortejo de su triunfo: coronados de flores, ellos lo aclamaban llamándole su Salvador y su Padre.

No habían regresado todos aún: los marianistas conservaban algunas ciudades italianas, y toda Sicilia. Sila designó a Pompeyo para ir a restablecer el orden aristocrático en la isla.

Las noticias llegaban a Lucio con mucho retraso. Su única esperanza de volver a ver el Foro y el Palatino residía en la victoria de Sila. Interrogaba febrilmente a los esclavos que acarreaban hasta Siracusa los productos del dominio. La capital de Sicilia era un gran puerto: a través de los marineros, muchas informaciones, incluso las más vagas, terminaban por filtrarse. Además, algunos signos no eran engañosos. Ese año Marcilio no había hecho su ronda de inspección habitual. Se murmuraba que había huido a Nola, ciudad de Campania aún en manos de los marianistas. Nasuto estaba inquieto: si las tropas de Sila tomaban Sicilia, no estaría al cubierto de las denuncias. Cuando los hombres de Pompeyo se enteraran de que su amo era uno de los caballeros más famosos adheridos a la causa de Mario, ¡la piel del *vilicus* no valdría mucho más que la de su patrón! La más pequeña historia inventada por uno de estos mentirosos esclavos le ocasionaría la muerte. Por eso, había hecho que se relajara la disciplina y que se acortara la duración del trabajo. Los *monitores* habían recibido la consigna de utilizar con menos frecuencia el látigo. Esta repentina mansedumbre no engañaba ni al más obtuso de los esclavos, pero todos sacaban provecho de ella y Lucio bendecía los momentos de descanso de que disfrutaba.

Aquel día, acababa de terminar el trabajo, y su decuria se dirigía hacia los edificios de la villa. Tras media hora de marcha, llegaron al dormitorio: un verdadero palacio, al lado de la ergástula. No era aún la hora de la distribución del potaje. Lucio aprovechó para tenderse en su jergón. Apoyó la cabeza sobre sus manos cruzadas por detrás de la nuca, con los ojos vueltos hacia la casa del *vilicus*. ¿Continuaba Sila en Roma? ¿Había terminado de aplastar a los seguidores de Mario en Italia? ¿Estaría Sicilia aún mucho tiempo sometida a ellos? Ignoraba incluso el nombre de Pompeyo. Para Gregario, el *imperator* llegaba demasiado tarde. Su tentativa de evasión había fracasado. La primera parte del plan se había desarrollado según lo previsto. Cuatro días después de haber abandonado el dominio, él y sus seguidores habían llegado al Brucio, con un grupo de *monitores* lanzados en su persecución. Les habían tomado un buen día de delantera. Pero los pescadores a quienes los esclavos les habían robado las embarcaciones para pasar a Italia habían informado a los vigilantes: los fugitivos contaban con encontrar refugio entre los brucienses, enemigos de Roma. Gregario se había equivocado: para los brucienses, un esclavo fugitivo sólo merecía la madera de la cruz. Lo habían entregado junto con sus compañeros. Los acontecimientos que siguieron a su retorno habían quedado grabados en la memoria de Lucio. Conocía el suplicio de la cruz. Le habían descrito los terribles dolores, pero como no formaba parte de los mirones que disfrutaban con este tipo de espectáculo, no había nunca asistido a una crucifixión. La de Gregario acudía por las noches a su mente.

Nasuto había insistido en preparar una auténtica ceremonia. El suplicio había durado dos días. La primera mañana, Lucio y los otros esclavos habían sido despertados por el redoble de tambor. Aún no había amanecido. Los *monitores* habían entrado mientras distribuían patadas a los que no se levantaban con suficiente rapidez: todos los esclavos debían agruparse en el gran patio donde se juntaban habitualmente las decurias. En Sicilia, las noches de febrero eran frías, y Lucio temblaba. La sombra amenazante del molino en un extremo de la zona, danzaba al resplandor de las antorchas. Nasuto iba de un lado para otro, presa de una viva agitación. Cuando las filas estuvieron formadas, les empezó a hablar:

—¡Os he hecho levantar temprano para anunciar una buena nueva: hoy no se trabaja!

Se dejó oír un murmullo: la generosidad de Nasuto era demasiado repentina para no parecer inquietante.

—¿Sin duda os preguntáis el porqué? Pues bien, es un día de fiesta. Habéis tenido vuestras Saturnales no hace mucho. Hoy, son las mías. Voy a ofreceros un espectáculo del que os acordaréis durante mucho tiempo. Ya conocéis a los actores que van a interpretar para vosotros.

Nasuto hizo ademán a un guardia que se encontraba por encima de la ergástula, y le dijo:

—¡Haz venir a los comediantes!

El *monitor* hizo bajar la pesada neja y se oyó un siniestro rumor de cadenas procedente del suelo. Uno a uno, salieron los prisioneros. Reinaba un silencio absoluto entre los esclavos, que contemplaban a sus desventurados compañeros. Éstos estaban sólidamente amarrados: las dos

anillas fijadas en sus tobillos y unidas a una tercera anilla colocada entre sus piernas estaban conectadas a su cintura por medio de otra atadura. Este dispositivo ingenioso les permitía caminar, pero les impedía correr. Ante otra señal de Nasuto, detuvieron su marcha. Gregario no mantenía la cabeza gacha como sus compañeros, tenía la vista fija en Nasuto, quien lo miraba con el mismo odio.

Nasuto fue el primero en apartar los ojos, seguro de que Gregario bajaría pronto los suyos. Nasuto prosiguió su pequeño discurso:

—Aquí están los que van a entretenernos. Vais a ver un espectáculo de ciudadanos. No puedo ofreceros combates de gladiadores. Pero vamos a intentar divertirnos con los medios de que disponemos. Lo que os propongo es...

Nasuto iba a continuar, pero su voz fue bruscamente ensordecida por la de Gregario. Antes que los guardianes pudieran intervenir, tuvo tiempo de gritarle violentamente:

¡Maldito perro apestoso! ¡Hablabas más bajo cuando llevabas aún cadenas! Mátanos pues, en vez de hacer toda esta comedia. Hubiéramos tenido que exterminaros a todos, cuando teníamos Sicilia en nuestro poder. Vendrá el día en que los esclavos se rebelarán nuevamente, y entonces tú y los tuyos...

En el instante en que pronunciaba estas últimas palabras, se oyó un silbido. Un *monitor* acababa de hacer caer su escorpión —un látigo de cuerdas atadas a las extremidades, terminadas en punta sobre la boca de Gregario, haciendo estallar sus labios. La sangre corría goteando a lo largo de su mentón.

A Nasuto ya no le quedaban ganas de reír. Se dirigió hacia Gregario que había colocado sus manos sobre su rostro y le soltó, recalcándole:

—¡Guarda tu aliento! Tendrás necesidad de él cuando te colguemos de la cruz. ¡Voy a haceros calentar los riñones, a ti y a tus amigos, de tal manera que quedarán más enrojecidos que los tapices púrpura de Alejandría!

Nasuto esperó a que amaneciera para empezar las flagelaciones.

Cada esclavo estaba atado a un poste y a cargo de un *monitor*. Los vecinos de Lucio temblaban. Aunque estuvieran habituados a las brutalidades, la cruz y los suplicios que precedían al clavado seguían siendo un espectáculo terrorífico. Nasuto había recobrado la calma.

Antes de dar la señal que esperaban los guardias, se dirigió a los esclavos en el mismo tono irónico:

—Quisiera brindaros una *venatio*, un espectáculo de bestias como los que se ven en África. Los que veis atados a los palos son sólo unos asnos estúpidos y tozudos. Pero voy a hacer cantar a las sirenas, y ¡muy pronto sus espaldas tendrán tantas rayas como las de las panteras!

Hizo un ademán a los *monitores*. El silbido de los látigos estalló en el aire. Los guardias habían sustituido el escorpión por el *flagrum*. El escorpión sólo servía para los castigos simples, mientras que el *flagrum* era un verdadero instrumento de tortura. Las bolas de plomo al final de las tiras del látigo eran lo suficientemente pesadas como para romper los huesos, tras haber desgarrado la carne. Aplicado de forma prolongada, o en partes vitales, era suficiente para causar la muerte. A los primeros golpes, los gemidos de los torturados se hicieron oír mientras que sus cuerpos se retorcían bajo los golpes. Al cabo de un minuto, uno de ellos se desvaneció. Nasuto rió duramente al *monitor*. Era preciso evitar matar a los que sufrían suplicio antes de la crucifixión —igualmente se podrían clavar sus cadáveres, pero esto revestía menos interés— o agotarlos hasta el punto de que sólo agonizaran algunas horas en la cruz.

Prudentemente, Nasuto ordenó que desataran a los fugitivos. Ninguno tuvo fuerza para mantenerse en pie. Incluso Gregario se desplomó. El *vilicus* dio orden de hacinarlos en la ergástula hasta media mañana, para darles tiempo de que recuperaran fuerzas. Los esclavos tenían que permanecer donde estaban, inmóviles y sin hablar. Poco tiempo después, los *monitores* trajeron jadeando al centro del patio una decena de gruesas vigas de madera. No tenían ningún rastro de clavos, señal de que no se las había hecho servir aún. Nasuto quería madera resistente. Durante anteriores crucifixiones había tenido problemas a causa de unas tablas resacas y quebradizas.

Habían cedido minutos después de haber clavado a los condenados bajo su peso. Debido al efecto de la caída, las heridas de sus puños y de sus pies se habían abierto, y habían muerto de hemorragia al cabo de algunos minutos, escapando a la lenta agonía de la crucifixión. Esto no volvería a suceder. Las *patibula* 140 habían sido cortadas de madera de pino verde, que desprendía aún resma.

El espectáculo continuó poco después. Los condenados salieron de la ergástula dando traspies. Nasuto les hizo servir vino mezclado con vinagre para que recobrasen fuerzas. La crucifixión tendría lugar en una pequeña colina situada a media hora de camino. Con sus cruces a la espalda, tardarían más tiempo en cubrir la distancia. Gregario consiguió cargar el *patibulum* con un solo gesto y las astillas se le hundieron en las llagas de la espalda. Los otros esclavos tuvieron que arrodillarse, con sus espaldas dobladas bajo el peso y con el corazón palpitante, antes de tener fuerza para levantarse de nuevo. El siniestro cortejo se puso en marcha con lentitud. Poco tiempo después sucedieron las primeras caídas, haciendo más lenta la marcha. Nasuto empezaba a impacientarse. El sol estaba cerca del cenit. Si no se conseguía levantar todas las cruces antes del mediodía, en pleno suplicio los sorprendería la oscuridad. Tuvo que hacer ayudar a los más débiles por los guardias, quienes obedecieron con mal humor. Al cabo de dos horas, llegaron finalmente al pie de la pequeña colina. Los ejes principales de las cruces estaban ya plantados en su cumbre. El trabajo había sido realizado apresuradamente y algunos eran desiguales. Para los acostumbrados a las crucifixiones, la escena no era terrorífica. Al final de las grandes rebeliones de esclavos, el espectáculo era mucho más grandioso: verdaderos bosques de cruces cubrían entonces las colinas.

Mientras los condenados tomaban el pequeño sendero que conducía a lo alto de la colina, los *monitores* desplegaron la multitud de esclavos en forma de arco circular al pie del patíbulo. Algunos guardias estaban desenrollando las cuerdas. Cada uno de los condenados fue conducido a una cruz. La de Gregario estaba provista de un pequeño rótulo. Siempre cáustico, Nasuto había hecho grabar estas palabras: «*Gregalis, servus fugitivus Saturnalium rexque*» 141 Gregario fue el primero en ser crucificado. Tras haberlo descargado del *patibulum*, los guardias lo hicieron beber vino mezclado con mirra para que soportara el choque producido por el clavado. Cuando hubo bebido el último trago, lo agarraron por los hombros y lo forzaron a acostarse sobre el suelo, con la cara hacia el cielo. Aprovecharon para sacarle los andrajos que lo cubrían. Empezaba la parte más delicada de la operación.

El *monitor* encargado de clavarlo no era un principiante. Acompañado por otro guardia que sostenía en sus manos algunas puntas largas utilizadas por los carpinteros para fijar las vigas, se inclinó sobre Gregario mientras que los Guardias tiraron brutalmente de sus brazos en sentido horizontal, para colocar sus puños contra la madera de pino del *patibulum*. Los clavos no se clavaban nunca en las palmas, sino a la altura de las muñecas, para que los miembros superiores pudiesen resistir la tracción ejercida por el peso del cuerpo levantado sobre la cruz.

Cuando la punta impulsada con fuerza por el primer golpe de martillo penetró en la carne, Gregario dejó escapar un grito, y todo su cuerpo se retorció de dolor. Sin los guardias que le inmovilizaban con todo su peso sobre sus piernas, Gregario se hubiera arrancado de la cruz. Su dedo pulgar se puso rápidamente en oposición con los otros dedos: al atravesar los tejidos, el clavo lesionaba el nervio mediano, causando dolores intolerables. El esclavo gritó una vez más, el tiempo necesario para que el *monitor* terminara de clavarle los dos brazos.

Ahora era preciso ensamblar la cruz. Los guardias forzaron al torturado a levantarse, y mientras lo sostenían, lo obligaron a caminar los pasos que lo separaban del palo vertical, al cual lo adosaron. Fijaron las cuerdas sólidamente al *patibulum* e izaron el madero y el cuerpo que estaba enganchado. Sus esfuerzos fueron breves; las cruces no sobrepasaban mucho la talla humana. Cuando el cuerpo de Gregario estuvo colocado en la posición requerida, los guardias ataron sólidamente el *patibulum* a su altura definitiva. El *monitor* se acercó una última vez, justo el tiempo para hundir en sus pies, mantenidos uno junto al otro, el único clavo que bastaba para fijarlos al madero. Al oír el grito que lanzó el esclavo, Lucio sintió que violentas náuseas lo dominaban, y se inclinó para vomitar. Uno de los guardias que vigilaba su decuria reparó en él, y comentó riendo, a su camarada que hacía los cien pasos al pie de las cruces:

—¡Mira a este bergante! Normalmente, son los condenados los que vomitan y se orinan de miedo cuando levantan la primera cruz.

El otro se encogió de hombros y contestó refunfuñando:

—Esto no le impedirá dormir en la villa, mientras que nosotros tendremos que tiritar toda la noche vigilando esta maldita colina.

¡Como si sirviera de algo vigilarlos! Por mucho que abran los brazos, no hay riesgo de que se pongan a volar...

Continuó su ronda murmurando juramentos.

Las primeras horas eran las más impresionantes. Los condenados gemían, sus dedos se abrían y se cerraban, como si se quisieran agarrar a unas manos invisibles extendidas para socorrerles. La sangre que corría lentamente de sus heridas se mezclaba con los excrementos que algunos no podían retener, o se coagulaba en hilillos negruzcos. Algunos pedían gracia, o suplicaban que los mataran. A todos les faltaba el aire. Para aligerar sus brazos, los crucificados dejaban descansar el peso de sus cuerpos sobre sus pies, pero el dolor se volvía rápidamente insoportable. Se arqueaban sobre sus muñecas atravesadas por los clavos, el tiempo necesario para que la atroz impresión de desgarramiento de sus pies disminuyera. Este esfuerzo les obligaba a contener su respiración, y terminaban por morir a la vez a causa de la asfixia y de sus heridas. Esto podía durar varios días. Algunas veces, por clemencia o por cansancio, se les rompían las piernas para que ya no pudieran buscar apoyo sobre sus pies. Sus músculos se tetanizaban bajo el dolor que irradiaba de todo el cuerpo, partiendo de las muñecas. La parálisis se apoderaba del aparato respiratorio, llevándolos a la muerte tras unos minutos de sufrimientos indecibles. Pero Nasuto había prohibido formalmente que se abreviara el suplicio de esta forma.

Muy pronto el sol llegó cerca del horizonte. Los condenados gemían menos que al principio. Sus brazos distendidos habían tomado una posición oblicua y sus rodillas dibujaban un ángulo obtuso, opuesto al de las caderas: todo su cuerpo se dislocaba al cabo de las horas. Contra su voluntad, Nasuto decidió dar la orden de regreso a los jefes de las decurias. Los esclavos debían regresar antes de que anoheciera. Sólo los guardias permanecieron en el lugar del suplicio. Lucio esperaba que todo hubiera terminado antes del alba, a fin de no tener que volver al pie de las cruces. Pero a la mañana siguiente los llevaron a todos allí. Dos condenados habían expirado, y tentaban a los cuervos que daban vueltas por encima de ellos, sin osan aún picotear los cadáveres. Éstos estaban colgados hacia delante, la cabeza inclinada sobre el pecho. Tenían el aire de caer con la pesadez absurda de los muertos. La jornada transcurrió así, menos dolorosa que la víspera. Lucio empezaba a acostumbrarse. Los crucificados no dejaban oír más que algunos estertores de vez en cuando. Incluso Nasuto empezaba a aburrirse. Cuando el crepúsculo tiñó el cielo de rojo, decidió que el espectáculo había durado bastante. Hizo ademán a los guardias de que se dirigieran a los baldes que había hecho conducir por la mañana. Los guardias empaparon paquetes de estopa dentro de los cubos llenos de pez, luego los sujetaron en la punta de sus lanzas y empezaron a untar los cuerpos de los agonizantes. Nasuto dijo una última agudeza y lanzó:

—¡Para terminar dignamente estas Saturnales, aquí están las candelas!

Hizo una señal y los *monitores* apoyaron sus antorchas sobre las piernas de los condenados. La pez empezó a arder lentamente. Se oyeron gritos de sufrimiento tan penetrantes, que los mismos guardias quedaron sorprendidos de que los torturados tuviesen todavía la fuerza suficiente para exhalar tanto aire de sus pulmones. Muy pronto las llamas envolvieron las cruces. De lejos, se habrían tomado por un faro, o por una hoguera encendida en señal de regocijo. Cuando el humo alcanzó la nariz de Lucio, éste volvió a sentir de golpe ganas de vomitar. El humo llevaba el hedor horrible de la pez y de la carne quemada.

Dos años más tarde, al rememorar el suplicio de Gregario y de sus compañeros, lo invadía el mismo horror.

Lucio no había visto venir a Evandro, y se estremeció cuando éste le puso la mano sobre el hombro.

—¡No tengas miedo! Sólo soy yo. Tengo buenas nuevas que darte.

Lucio se volvió. Evandro parecía febril. Era el único superviviente de la funesta expedición hacia el Brucio. Nasuto se había acordado de su precio y no había osado hacerlo matar. Evandro había resultado al fin del episodio con algunos golpes de látigo dados con precaución, para no estropear su delicado rostro. Seguía siempre con su color tan pálido, mientras que el sol había curtido la piel de Lucio hasta el punto de parecer un nudo. Se tendió a su lado, y empezó a hablarle en voz baja.

—Esta mañana ha llegado un mensaje de Siracusa para Nasuto. Yo estaba allí cuando se lo leyó a su mujer. Estaba tan preocupado que no me prestó atención. Sila tiene casi toda Italia en su poder. Un general joven amigo de Sila, creo que se llama Pompeyo, ha desembarcado en la isla. Ya ha entrado en Mesina, y ha hecho ejecutar a los partidarios de los demócratas. Parece que los seguidores de Mario se baten en retirada ante su llegada y que muy pronto toda Sicilia se le someterá. Si eso es verdad, sus tropas están apenas a una semana de camino...

—¡Al fin! —murmuró Lucio.

En el colmo de su excitación, Evandro continuó:

—¿Te das cuenta de lo que esto significa para nosotros? ¡La libertad, la libertad! Y el final de esta pesadilla...

Lucio movió la cabeza. Su garganta estaba anudada de emoción y se contenía para no llorar. Evandro continuó con voz más sorda:

—¡Al fin voy a ver Roma, voy a escapar de este infierno!

Asombrado, Lucio le preguntó:

—Me alegro como tú. Pero, ¿qué es lo que te hace esperar la liberación?

Evandro permaneció unos instantes en silencio, con un aire de súbito recelo. Luego se distendió:

—Ahora te lo puedo decir. Soy de nacimiento modesto, pero libre: mi padre era actuario en el tribunal del pretor urbano **142** en Roma. Quería que yo me elevara por encima de su condición, y me dio la mejor educación. Yo frecuentaba a los oradores que venían a ver al pretor, y estudiaba gracias a los libros que mi padre pedía prestados para mí en la biblioteca del magistrado. Desgraciadamente, había escogido el partido de Sila. Cuando Mario y Cinna entraron en Roma, el magistrado y mi padre fueron ejecutados. No sé por qué razón no me mataron y me encontré en el estrado levantado ante el templo de Cástor y Pólux. Lo que sigue, lo conoces.

Evandro se detuvo y apretó un poco su pobre abrigo sobre el pecho. Había caído la noche y empezaba a hacer frío. Lucio continuaba sin decir nada. Evandro fijó su mirada en él y le dijo con insistencia:

—¿Y tú, Estico? ¿Qué esperas tú de Sila?

Lucio dudó. Nadie conocía su identidad. Nasuto estaba acorralado. Si llegaba a saber algo por una indiscreción de Evandro, podía muy bien remitirlo a Pompeyo como muestra de sumisión... o hacerlo desaparecer para no arriesgarse a ser acusado de haber tenido sometido injustamente como esclavo a un ciudadano romano. Sonrió a Evandro, y le contestó:

—Perdóname, pero no puedo decir nada aún. Va en ello mi vida. Si el mensaje que me has hecho llegar es exacto, lo sabrás dentro de poco tiempo.

—Como quieras —dijo Evandro, con expresión falsamente indiferente. Se despidió rápidamente de Lucio. Ya había permanecido cerca de él demasiado, y éste no era el momento de hacerse notar.

Lucio lo miró alejarse. Evandro tenía manos de mujer. Se había dado cuenta de ello desde hacía tiempo, pero esta tarde le invadía una extraña turbación al pensar en estas manos finas, con sus largos dedos ondulando encima de sus estrechas muñecas. Incluso durante estos largos años en cautividad, Lucio nunca había deseado las caricias de un hombre, y su turbación no era de ese orden. Sin que supiera por qué, las manos de Evandro, con su fragilidad, evocaban para él la libertad. Instintivamente, sus dedos palparon sus propias muñecas. Sintió las nudosidades de sus articulaciones deformadas por el trabajo. Pero las auténticas marcas de la esclavitud, eran aquellas que se habían hundido profundamente por debajo de su piel, hasta su corazón y su espíritu. Lucio no podía aún delimitar sus contornos ni sondear su profundidad. Le haría falta mucho tiempo, bastante más que el necesario para que cayera la piel muerta de sus palmas, endurecidas por las callosidades infamantes de la esclavitud.

VI

El camino del honor

Aunque los descendientes de los hombres del futuro quisieran transmitir, de generación en generación, a la posteridad, la gloria de cada uno de nosotros, que sus antepasados les hubieran hecho conocer, los diluvios y los abrazamientos que deben sobrevenir en determinados tiempos nos privarían de pretender una gloria, no digo eterna, sino duradera.

CICERÓN, *La República*

Gneo Domicio Dolabella era un personaje importante. Partidario convencido de Sila, se había cubierto de gloria durante su proconsulado en Macedonia. Sus éxitos militares le habían valido un triunfo. Pero el anciano cónsul no se había contentado con traer a Roma las armas de los vencidos. Había tomado sin avergonzarse la provincia confiada a su administración. Sus acusadores no hubieran tenido ninguna posibilidad de éxito, si Dolabella se hubiera mantenido dentro de los límites comúnmente admitidos. Pero había exagerado. Todos los documentos procedentes de Macedonia que César archivaba cuidadosamente eran abrumadores: Dolabella merecía cien veces la acusación de extorsionar fondos, lanzada contra él por el joven. Al principio, Dolabella no la había tomado en serio. Como tantos otros jóvenes ambiciosos, César quería hacer que hablaran de él arrastrando ante los tribunales a un viejo cónsul. Pero, ¿qué valía él al lado de Dolabella? Escapado por milagro a las proscripciones, no había permanecido mucho tiempo en Roma. Pero había valido la pena poner una cierta distancia entre él y Sila: durante varios años, había guerreado en Asia para reducir los últimos focos de resistencia animados por Mitrídates. Su coraje durante la toma de Mitilene le había valido la *corona cívica*, corona de hojas de roble que todos los que habían sido galardonados con la misma enarbolaban orgullosamente en las ceremonias oficiales. De regreso a Roma, César, sin embargo, no abusó mucho de ella. Sus hechos de armas contaban poco en relación a su naciente notoriedad. Vivía a lo grande, entrando en el lecho de las mujeres más bellas, de donde salía, por otra parte, rápidamente, siempre a la busca de nuevas conquistas. Debía sus éxitos femeninos a la mezcla de elegancia y estudiada negligencia que cultivaba en su porte. Cuidaba especialmente su cabellera, siempre artísticamente peinada, hasta el punto que procuraba no rascarse la cabeza más que con un dedo. Este gesto familiar pasaba por afeminado, y provocaba las burlas de sus enemigos, que no se privaban de traer y llevar rumores, según los cuales, durante su estancia en Asia, había sucumbido a los avances de Nicomedes, el rey de Bitinia. Estas murmuraciones no tenían mucho efecto en la gente del pueblo. Apreciaban en César otras características: su expresión siempre afable, sus saludos que distribuía generosamente alrededor de él estrechando la mano, la cortesía de su conversación. No pasaba mes en que no ofreciera festines.

Lejos de separarlo, la brillantez de su vida lo acercaba al pueblo; ¡por fin un patricio que ponía su rango y su dinero al servicio de la plebe! Pero todo esto no impresionaba mucho a Dolabella y a sus amigos. César no era más que un hombre joven encantador y disipado, desprovisto de relaciones y de fortuna. Sus antiguos lazos de familia con los partidarios de Mario pesaban sobre él como una agobiante hipoteca, y su prodigalidad no era otra cosa que un fuego de paja. Su generosidad, sólo se debía a la paciencia de sus acreedores, que empezaban a cansarse. Cuando éstos lo acorralaran, el pueblo lo olvidaría con rapidez.

Sin embargo, a medida que progresaba la instrucción de su proceso, Dolabella mostró menos seguridad. César acumulaba pruebas en su contra con un encarnizamiento fuera de lo común. No sólo hacía traer de Macedonia documentos comprometedores, sino que recogía en persona las declaraciones de los testimonios oculares de los manejos financieros del procónsul. Además de esto, Sila había muerto hacía más de un año.¹⁴³ El dictador había tenido un final indigno de sus obras: la podredumbre se había adueñado de sus entrañas a causa de un absceso mal curado, y su cuerpo había sido progresivamente ganado por la gangrena y toda clase de parásitos. En los últimos meses, se bañaba y cambiaba de ropa varias veces al día, sin que sus precauciones detuvieran el progreso de la purulencia. Durante sus cortos años de reinado, había reformado el Estado y devuelto toda su autoridad al Senado. Pero apenas su cadáver había sido incinerado cuando los adversarios del partido del orden ya levantaban cabeza. Y para colmo de ironías, estaban dirigidos por un antiguo jefe de las gentes de bien, Marco Emilio Lépido. Mientras entonaba las habituales coplas democráticas, éste acababa de ponerse a la cabeza de las tropas rebeldes y campaba en Etruria, mientras que Serterio*, un demócrata de siempre, formaba en España una coalición de enemigos del Senado. En la misma Roma, el partido conservador resistía bien. Pero sus miembros empezaban a temer que el respiro que Sila había dado al Senado tuviera sus días contados. En este contexto, la acusación de César tomaba otro cariz, que inquietaba a Dolabella. Sólo el hecho de que el tribunal hubiera declarado que aceptaba la denuncia era ya un mal presagio.

Dolabella había tomado las precauciones que se imponían, encargando su defensa a los abogados más célebres de la época: Quinto Hortensio y Cayo Aurelio Cotta, nada menos que el primo de la madre de César. Al lado de ellos, un jurista inexperto como César no sería un rival competente aunque llegara a citar ante el tribunal al mismo Júpiter en persona. Por otra parte, Hortensio y Cotta no eran los únicos que trabajaban para Dolabella. Entre sus ayudantes y consejeros, Dolabella había advertido la presencia del hijo de una de las víctimas de Mario, el senador Aulo Livio. Curioso hombre este Livio, se decía Dolabella a menudo. Flotaba alrededor de él una atmósfera de leyenda y de muerte. Se decía que en su juventud había vivido aventuras extraordinarias en la lejana Ierné, la gente se estremecía al evocar el asesinato de su joven esposa y de sus padres y la indignación culminaba cuando se recordaba los años de esclavitud que había debido sufrir. Muchos hubieran querido saber más sobre su vida. Hacía ya seis años que había regresado de Sicilia, y demostraba una extraña reserva sobre los acontecimientos que habían mancado su vida. Sus amigos recordaban la severidad y la moderación de su padre, y decían que él las había heredado. Sus adversarios veían en ello una táctica: guardando silencio, Lucio conservaba la leyenda ligada a su nombre, lo que era una de las formas más seguras de hacer hablar de él.

Dolabella ordenó practicar discretas averiguaciones. Los resultados eran pobrísimos. Lucio vivía en la mansión heredada de sus padres, que le había sido restituida tras su retorno, junto con el conjunto de sus bienes. No se destacaba por ningún exceso en su vida privada o pública, mostrando la misma templanza que su padre. Se había vuelto a casar, dos años después de su regreso a Roma, con Valeria, la hija de uno de los miembros del partido conservador. Pocas cosas se podrían resaltar en ella aparte de que poseía una belleza convencional y sin brillo, y que parecía vivir a la sombra de su marido. Por otra parte, Lucio salía con frecuencia. Pero cuando los informadores de Dolabella habían descrito a éste las cualidades de aquéllos a quienes Lucio gustaba visitar, el cónsul no había podido reprimir un sobresalto: se trataba de personas absolutamente insignificantes, un viejo maestro de escuela, y el director de un centro de gladiadores. Pero, por lo demás, Lucio parecía

* Así en el original, =Sartorio. [Nota del escaneador].

irreprochable. Durante las ceremonias oficiales, sostenía con piedad y con semblante grave la imagen de su padre. Los rasgos no eran muy nítidos: habían tenido que moldear esa impresión en cera sobre un busto, pues el cadáver de Aulo nunca pudo ser localizado. Pero su rostro, de todos modos, se distinguía lo suficientemente bien como para asombrar por la semejanza que representaba con el de su hijo. Lucio tenía treinta y ocho años, Pero representaba diez más. Su padre, al contrario, había conservado hasta la vejez un semblante sorprendentemente joven, la máscara de cera era casi un espejo. Muchos atribuían el envejecimiento prematuro de Lucio a los años de cautividad pasados en Sicilia. Cuando bajaba por la Via Sacra, todos notaban su paso lento y moderado. Las cadenas habían deformado sus articulaciones, de tal manera que las marchas demasiado largas le hacían sufrir y lo obligaban a posar los pies con mesura y precaución. Eran las únicas señales visibles que la esclavitud había dejado en él. En cuanto a sus ideas, según lo que había oído decir Dolabella, eran dignas de un hombre de su rango. Se declaraba firmemente interesado en preservar la Ciudad de los ataques de sus adversarios, así como en restaurar la concordia entre los buenos ciudadanos. Se iba a presentar a la pretura en las próximas elecciones en las filas de los conservadores, y contaba con una feliz solución en el proceso intentado contra Dolabella, para que la gloria de Hortensio y de Cotta recayera sobre él.

*

Marco Valens era uno de los Ancianos más respetados del Senado, incluso por parte de sus adversarios. De estatura mediana y aspecto modesto, desde el momento en que tomaba la palabra, emanaba una autoridad tal de su persona que el silencio se imponía. Habían acabado poniéndole el sobrenombre de «oráculo de la Curia», y también sus enemigos lo llamaban así. Pensaban que se equivocaba, como pasaba con los oráculos. Junto con otros senadores, Marco era de la opinión que el retorno a las tradiciones heredadas de los antepasados no bastaría para salvar a la Ciudad. No era la primera vez que en las paredes resonaban discursos de este tipo. Desde los orígenes de la República, el Senado había siempre contado con Ancianos que acogían las ideas nuevas y que, como en esta ocasión, no vacilaban en manifestar su apoyo a los reformadores. En la mayoría de los casos, los conservadores los arrastraban con ellos, pero en los momentos de crisis, el grupo de los moderados obtenía a veces los sufragios de los colegas indecisos. Era lo que temían Lucio y sus amigos.

Aquella mañana, el Senado tenía que decidir las medidas a tomar para hacer frente a la rebelión de Sertorio. La sesión tocaba a su fin. Cuando los senadores empezaban a levantarse de sus bancos para salir de la Curia, Marco Valens pidió la palabra, al tiempo que miraba a Lucio, quien se volvió a sentar dejando escapar un profundo suspiro.

—Ancianos, he querido esperar a que hubiéramos terminado de hablar de Sertorio para abordar un tema que me interesa en extremo. —Marco se levantó de su banco y caminó unos pasos en dirección a Lucio.— Es particularmente a ti, al hijo de Aulo Livio, a quien me dirijo. —Lucio le respondió con un simple movimiento de cabeza. Marco pasó la mano sobre sus collares de oro como para disimular su brillo, y continuó:— Muy pronto se abrirá el proceso de Dolabella. Tú debes participar en su defensa. No te lo reprocho. Pero temo que una vez más se calienten los ánimos y que vuelva a derramarse sangre en la Ciudad. Entre la plebe, así como entre sus adversarios más encarnizados, muchos esperan el mínimo pretexto para instaurar la discordia. Os conjuro a ti y a tus amigos, dejad de atizar el odio con vuestros discursos demasiado hábiles. Ha llegado el momento de olvidar nuestras querellas. ¡Que los que tienen el poder y la riqueza consientan finalmente en abandonar una parcela para que nuestra ciudad no continúe traicionando el nombre de República!

Lucio se levantó bruscamente; era preciso detener a Marco en seguida.

—Tú también hablas demasiado bien. Pero dime, ¿dónde quieres llegar puesto que me has designado en esta asamblea? ¿Nos hablarás aún de los Gracos? ¡Y has visto, no obstante, lo que ha costado a la Ciudad cuando los populares tomaban el poder!

Marco no dejó a Lucio el tiempo de continuar. Con gesto majestuoso, elevó sus dos brazos, como si quisiera envolver al Senado dentro de los pliegues de su toga, y retomó la palabra diciendo con voz fuerte:

—Te pido, no por mí sino por la Ciudad, que aproveches el proceso de Dolabella para pronunciar finalmente palabras de concordia. Pero temo que seas incapaz de ello. Por eso, valdría más que renuncies a defenderlo.

Lucio se ahogó de indignación:

—¡La concordia! Pero, ¿con quién crees que tengo que verme, Valens? ¿Con corderos que balan, o con ciudadanos virtuosos animados por la pasión del bien público?

Marco Valens se dirigió rápidamente hacia el banco de Lucio.

Los dos hombres estaban ahora muy próximos uno del otro, pero la voz de Marco resonó lo suficientemente fuerte para que todos lo oyesen:

—¿Todos aquellos que no piensan como tú son monstruos hombres perdidos?

—Los hombres perdidos son aquellos que quieren destruir nuestra República.

Ante tanta obstinación, Marco empezó a impacientarse. Retrocedió unos pasos, temiendo ceder a la tentación de golpear a Lucio.

Los senadores parecían haberse transformado en estatuas. Ahora se podía percibir en la voz de Marco acentos de desespero mezclados con otros de indignación.

—Respetaba a tu padre, a pesar de que siempre lo combatí. Pero tú no tienes excusas para tu dureza y tu empecinamiento, no obstante los sufrimientos que has soportado, o más bien a causa de ellos.

—¿No he sufrido pues bastante por la Ciudad y por nuestro orden, y la sangre de los míos no se ha derramado suficientemente?

—Se ha derramado demasiada sangre, Livio. Y, no obstante, tú no has aprendido nada. Has ido más lejos que la mayoría de nosotros, has vivido entre los bárbaros de los cuales apenas conocemos sus nombres, los tuyos han sido asesinados, has compartido la vida de los más viles esclavos, y todo esto no te ha servido de nada.

—¿Sería preciso que me adhiriera al partido de los asesinos de mis padres, o que prometiera la libertad a los esclavos para encontrar gracia a tus ojos?

Lucio no se daba cuenta de que estaba casi gritando.

Valens hizo un gesto con la mano para calmarlo y dijo con voz más suave y casi consternada:

—Como no has aprendido nada, no puedes entender mi pregunta, y ¿cuántos entre nosotros, por otra parte, son capaces de ello? Desde hace mucho tiempo mandamos en la Ciudad como si fuéramos sus únicos amos. Hablamos sin cesar de la República, pero nuestro régimen se ha transformado en el gobierno de algunos, mientras que nuestros dominios se han extendido más allá de los mares. —Valens dejó de mirar a Lucio, e hizo un gesto casi desesperado en dirección a sus adversarios, que empezaban a murmurar:— Entended mis palabras, Ancianos. El cambio, éste es el precio a pagar por nuestro poderío. No podemos continuar viviendo y pensando como lo hacíamos en los tiempos en que Roma era sólo una pequeña ciudad luchando por su supervivencia. Acogemos a los dioses extranjeros en nuestro Panteón. ¿Seremos menos misericordiosos con los hombres? Hemos conocido las secesiones de la plebe, las exacciones de los demócratas, la guerra social. Condeno estos males tanto como vosotros. Pero es de ciegos y de sordos creer que los debemos a la pérdida de nuestras tradiciones. Han sobrevenido porque hemos cambiado demasiado poco. Si persistimos en no querer ceder nada a la plebe, los aliados, los extranjeros, moriremos, y Roma con nosotros. Por ello os digo, dejad de escuchar a aquellos que como Lucio os predicán el odio. ¿Cómo podría él comprender al mundo, él, que no ha comprendido su vida?

Valens volvió a sentarse y colocó el pliegue de su toga sobre la cabeza como si acabara de ver un presagio funesto.

—El hombre que acaba de hablar —dijo Lucio con voz temblorosa de cólera y emoción—, este demócrata que se arroja en el manto de la concordia, traiciona las insignias de su rango. Me ha reprochado no haber aprendido nada. He conocido a los que denominamos bárbaros y, en muchos

puntos, he podido constatar que su sabiduría no era inferior a la nuestra. Mis padres perecieron bajo la espada de los soldados de Mario. Los sigo llorando, como todos los hijos de las víctimas de Sila lloran a sus padres. En cuanto a la cruz, sé mejor aún que Valens los sufrimientos que soportan aquellos que son clavados en ellas. Mi cuerpo lleva las marcas de la esclavitud. Pero nací ciudadano romano, y sigo siéndolo ante todo. Si pensara que el interés de nuestra Ciudad radica en enviar un día nuestras legiones a Ierné, apoyaría esta medida, no importa lo que costase. En cuanto a los enemigos que están dentro de la Ciudad, seguirán siendo mis adversarios, porque intentan destruir todo aquello en lo que creo. ¿Qué harían si les dejáramos tomar el poder? Lo sabemos bien, y esto es lo único que importa. Deploro que sea así. Pero la sangre de las víctimas de Sila no puede borrar la derramada por Mario. En cuanto al sufrimiento de los esclavos, no lo niego. Pero dime, Valens, ¿por quién reemplazaríamos a estos seres si por algún milagro decidiéramos renunciar a ellos? El trigo no se ata en gavillas por sí mismo, así como el telar no teje por sí solo los tejidos. —Se calló un instante. Se sorprendía parafraseando a Aristóteles, como lo había hecho Marcilio en las Saturnales en Sicilia. Continuó con dificultad:— El mundo es así. Hay cosas buenas y cosas malas; actos justos y actos injustos; ideas verdaderas e ideas falsas. No es confundiéndolas como mejoraremos a los hombres y al universo. Por eso los demócratas son los peores enemigos de nuestra Ciudad. Su libertad lleva a la esclavitud, y su igualdad a la injusticia. Si Mario en persona saliera de su tumba y me hiciera sufrir el suplicio de los esclavos para castigarme por este discurso, desde lo alto de la cruz, gritaría aún que el pueblo romano es un pueblo libre.

Lucio se detuvo. Oía las risas burlonas de los amigos de Valens. Alterado por la emoción y la fatiga, se sentó para recuperarse. De inmediato, sus amigos lo rodearon para felicitarlo. Lucio no los oía. Cuando hubo retomado fuerzas, sus amigos formaron un cortejo acompañándolo hasta su casa. En la desierta Curia, sólo un hombre permanecía sentado. Frente a los bancos vacíos, repetía cansadamente:

—Es demasiado tarde. Demasiado tarde para él, demasiado tarde para Roma.

*

—Lástima que yo haya estado tan ocupado con el entrenamiento de mis gladiadores —dijo Eupalino a Lucio—. Me hubiera gustado ver cómo Cotta amonestaba al joven César.

—No se ha dejado nada en el tintero. Se habló de todo, incluso del asunto de Bitinia.

—Ah sí, Nicomedes me lo ha contado. —Eupalino rió sonoramente—. ¿Es verdad que Dolabella en persona lo trató de «rival de la reina» y de «respaldo de la litera real»?

—No se sintió molesto. E incluso el cónsul Curión nos apoyó llamándole «el establo de Nicomedes».

Eupalino enjugó sobre su frente el sudor mezclado con arena.

—Después de la absolución de Dolabella, ahí tenemos a un joven pretencioso del que no se volverá a oír hablar. Es un buen momento para tu candidatura a la pretura.

—La multitud que se amontona en los banquillos del Foro —contestó Lucio prudentemente—, se encapricha un día por un gladiador, y al día siguiente por otro. Igual ocurre en los comicios. Vale más tener todas las posibilidades a favor de uno.

Eupalino entendió que Lucio iba a mencionar el motivo de su visita. Ordenó a los gladiadores que detuvieran sus simulacros de combate para oír mejor lo que Lucio tenía que decirle. Se concentró, sin que desapareciera la eterna sonrisa que su antigua cicatriz imprimía en las comisuras de sus labios. En los círculos de los gladiadores, le habían apodado el Risueño porque parecía que estuviera siempre riendo, incluso cuando se preparaba para llenar de injurias a un gladiador torpe. Lucio hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a esta particularidad y ni la notaba. Por otra parte, con el tiempo, esa misma particularidad se había atenuado a causa de las profundas arrugas que marcaban el rostro del viejo lanista.

—Mi campaña electoral va a empezar. Tengo que ofrecer juegos. Es una futilidad, pero el pueblo nos obliga a ello.

Eupalino sacudió la cabeza.

—Antes se organizaban combates de gladiadores para honrar la memoria de los muertos. Actualmente la gente se burla de eso. Quieren sensaciones nuevas, combates nunca vistos. Y ante todo gladiadores valerosos, que se dejen cortar el cuello sin moverse siquiera. Pero encontrarlos, créeme, no es fácil. ¿Qué tipo de espectáculo precisas?

—¿Podemos sentarnos? —dijo Lucio. Todo hacia pensar que la discusión sería larga, y sus piernas empezaban a hacerle sufrir.

Eupalino lo interrumpió con un gesto: mejor discutir resguardándose del sol. Los dos hombres se dirigieron a una de las gradas que empezaba a tener sombra. Una vez sentados, sintieron a través del tejido de sus togas el calor de la piedra recalentada por el sol. Eupalino se enjugó la frente con un pliegue de su ropaje grasiento.

—¿Estás seguro de que quieres gladiadores? ¿No te bastaría una buena *venatio*?¹⁴⁴ No estoy especializado en este tipo de *munus*.¹⁴⁵ Pero te recomendaré a uno de mis colegas cuyas jaulas están siempre llenas de los últimos envíos de Asia y de África. Podrías mostrar toros pintados de blanco, leones con crines espolvoreadas de oro, avestruces teñidas de bermellón...

Lucio sacudió la cabeza.

—No, la bestia más feroz no reemplaza a un buen par de gladiadores en la estima del público.

—Sin embargo, con cincuenta leones, treinta elefantes y veinte cocodrilos, te aseguro que ya lograrías que se hablara de ti —insistió Eupalino—. Si se consigue encontrar algunos condenados para hacerlos devorar, eso puede constituir un intermedio entre dos cazas. Lo principal es disponer de buenos animales. Algunos son tan valerosos que el público pide su indulto, ¡como si fueran gladiadores! Y ¿no sabes aún lo mejor? Se consigue hacerlos ejecutar números especiales. Los elefantes son los mejor dotados. ¡Se puede incluso enseñar a los leones a jugar con liebres!

Lucio estalló de risa.

—¿Tú me imaginas a mi indultando a una liebre? No, Eupalino, seamos serios. Necesito gladiadores.

—Tendrás tus gladiadores —dijo su conformidad Eupalino—, y créeme, te aplaudirán tanto que te quedarás sordo. Pero, ¿qué tipo de gladiadores quieres?

—Eh, pero, ¡si eres tú el lanista!

Eupalino reflexionó unos instantes mientras se pasaba la punta de la lengua sobre sus labios resacos.

—No te puedes contentar con *gladiatores sestertiarum*, se trata de combatientes de cuatro duros. En esto no tengo problemas: prefiero pagar cara la materia prima y formarla correctamente antes que enviar a la arena a cobardes o a viejos despojos que me harían perder mi buena reputación. Pero, ¿qué quieres en mayor número, hombres libres o esclavos?

—¿Es esto tan importante? —preguntó Lucio dudando—. Lo principal es que luchen bien...

—¡Justamente! Hay que tener en cuenta los prejuicios del público. La gente cree que si un hombre libre firma un contrato para el circo es que tiene energía, que tiene voluntad. Si es un esclavo, no es lo mismo.

—Ajustemos este punto —cortó Lucio—. Contratarás a tres cuantos de hombres libres y el resto de esclavos.

—Entendido. Pero hay otro problema. ¿Qué tipo de combate deseas?

—Necesito variedad para que el público no se canse: los juegos duran tres o cuatro días y ¡los dioses saben cómo este tipo de espectáculo se torna fácilmente monótono!

—Es monótono si se contrata a lanistas poco honestos o incompetentes —replicó Eupalino un poco ofendido—. Lo mejor será que veas el material de que dispongo. El calor va disminuyendo: podremos contemplar a mis hombres sin quedar demasiado agobiados.

—Lucio dio su conformidad y Eupalino le pidió que esperara unos minutos para que pudiera reunir a sus gladiadores: algunos se disponían a descansar en sus aposentos.

Cuando el lanista se hubo ido, Lucio bajó algunos escalones y se sentó en primera fila. Desde allí, veía perfectamente. Había varias estacas fijadas sólidamente en el suelo. Alrededor de las

mismas, esperaban los gladiadores, inmóviles, el retorno de Eupalino. Sostenían en una mano el escudo ligero de sarga para ejercicios, y en la otra la rudis, una especie de estoque de madera. Las verdaderas armas estaban guardadas cuidadosamente en armarios bajo cerrojo: ningún lanista se arriesgaba a dejarlas a la libre disposición de sus hombres. El gladiador tenía que ejercitar su destreza dando golpes contra las estacas y tomando como punto de mira las señales que representaban la cabeza y el pecho del adversario, sin exponerse jamás. Al mismo tiempo aprendía la jerga del oficio escuchando las órdenes del *doctor* o *magister* —el instructor— especializado en el tipo de combate para el cual se le emplearía. Cuando había terminado el aprendizaje, se pasaba a ejercicios más refinados. El alumno dejaba la estaca y se enfrentaba a sus compañeros. A veces tenía que cambiar su equipo ligero de entrenamiento por un equipo pesado, más pesado incluso que el que llevaría el día de su combate verdadero, para habituarse a desarrollar la vivacidad de sus movimientos. El doctor les hacía ejercitar también su mano izquierda, para poder prevenir los golpes inesperados.

Eupalino iba y venía a lo largo del pórtico ante sus hombres reunidos y vestidos para el combate, lanzando órdenes y formando las parejas. Lucio atribuyó toda esta agitación al trabajo que había tenido el lanista para hacerlos salir de sus dormitorios. En realidad, lo que sucedía es que quería mostrarle todo aquello de lo que su *ludus*¹⁴⁶ era capaz.

La exhibición empezó con un reciario y un mirmillón. Todo el arte del reciario —injustamente despreciado— residía en su agilidad en el manejo de la espada. Para esquivar los ataques pesados y traicioneros de sus adversarios, no poseía más que un equipo ligero: una especie de corsé que protegía su vientre y que terminaba en la parte alta de los muslos, y la *manica*, un brazal reforzado que cubría sus hombros y su antebrazo izquierdo, expuestos en el momento en que él lanzaba la red. Su cabeza permanecía descubierta, ceñida sólo con algunas bandas: cuando el mirmillón había llegado bastante cerca de él como para asestarle un golpe, el reciario estaba perdido. La táctica del mirmillón era completamente distinta. Armado con pesadez, visera bajada, esperaba a su adversario medio en cuclillas, y lo destrozaba fácilmente si aquél tenía la mala fortuna de fallar su golpe.

Debía su curioso nombre a la figura de un pez, el *marmylo*, cuya imagen llevaba en su yelmo. Al público le gustaban estos símbolos fáciles, y gritaba a menudo al reciario que se diera prisa en pescar en su red de pescador este enorme pez, y de atravesarlo con el tridente que sostenía en su otra mano. Lucio estaba fastidiado. El arte del reciario, todo fintas y amagos, le recordaba a los abejorros prestos tanto a picar como a escapar. Prefería los combates más abiertos, aquellos en que el vencido recibía el golpe directamente cara a cara, en lugar de desangrarse debatiéndose en el anzuelo, como pez fuera del agua. Dándose cuenta de su aburrimiento, Eupalino hizo detener el combate. Le dijo que el armamento no era lo único que había que considerar: el lanista debía conocer a sus hombres, y tener en cuenta su temperamento para seleccionar su *armatura*.¹⁴⁷ Los que eran nerviosos, un poco perversos, hacían buenos reciarios, mientras que los prudentes se encontraban más a gusto como mirmillos. Pero a los mejores, los que eran a la vez valerosos, agresivos y hábiles, Eupalmo les daba las armas de Tracia, ligeras y temibles. Excepcionalmente, llegaba incluso a enfrentar a los tracios de dos en dos, sin mezclarlos con otros *armaturae*. Era un placer verlos combatir, con su juego vivo como un rayo, cuando sus filos encorvados causaban largas heridas sangrantes sobre el torso desnudo de sus adversarios. Con los reciarios y los samnitas, los combates tenían propensión a eternizarse, haciendo perder la paciencia a los espectadores. Los pases de los tracios se encadenaban rápidamente, sin darles tiempo a recuperar el aliento. Sin embargo, sólo los estetas los apreciaban en su justo valor. El vulgo se burlaba de los refinamientos de la esgrima. La verdadera sal de los juegos estaba en otra parte. Además, como le explicaba Eupalino a Lucio, los editores ¹⁴⁸ no tenían casi interés en enfrentar demasiado a los tracios. Teniendo en cuenta el ritmo rápido de combate, la primera sangre corría rápido, y la muerte la seguía de cerca. De ello resultaba un consumo importante de gladiadores, el precio de los cuales tenían que reembolsarlo al lanista. Igualmente, los que ofrecían a menudo *munera* a la multitud preferían utilizar estrategias menos costosas para lograr su favor. Los *andabatos* eran muy apreciados, y Eupalino recomendó a Lucio que alquilara algunos. Es preciso decir que su *armatura*

tenía un aspecto cómico muy poco habitual. Una armadura de mallas de hierro cubría la mayor parte de su cuerpo. Un hallazgo genial consistía en hacerles combatir con los ojos verdados, o con el rostro recubierto por tina visera sin agujeros. Cuando se desplazaban demasiado lejos los unos de los otros, los árbitros les hacían restablecer el contacto. El interés de su número residía en el hecho de que no podían ver venir los golpes, ni saber dónde debían darlos. Esta inversión de las reglas producía los mejores efectos. Los espectadores se regalaban viendo sus desplazamientos vacilantes y sus brazos alzados cómicamente sobre un enemigo imaginario. Contenían el aliento cuando uno de estos ciegos acorazados se exponía cerca de un adversario invisible que lanzaba un grito de alegría al sentir que su espada penetraba en el cuerpo tan buscado. Sucedió a veces que algún aficionado a las bromas pesadas hacia trampa advirtiendo a su campeón del golpe que le acechaba, pero aquél era expulsado de inmediato. Algunas veces los más flojos se detenían bruscamente, cansados de estas terribles tinieblas, y esperaban resignados el golpe fatal. Estos malos gladiadores, que estropeaban el espectáculo, resultaban agobiadísimos por los gritos estentóreos de desaprobación. Uno de los hombres de servicio se precipitaba entonces hacia el brasero donde con permanencia se calentaban hierros llevados al rojo vivo y les aplicaba un buen golpe para desentorpecerles las piernas. Pero Eupalino aseguró a Lucio que tales incidentes eran excepcionales con sus andabatos.

Lucio estaba impresionado por la ciencia de su viejo compañero. Se daba cuenta de que el oficio de lanista exigía una auténtica competencia, e incluso una finura poco común. Su impresión se confirmó al final de la exhibición. Tras un pequeño intermedio en que Eupalino le mostró algunos arqueros y lanzadores de lazo, llegaron a los caballistas. Sus enfrentamientos eran menos mortíferos, Pero igualmente espectaculares. Debían traspasar al adversario con su larga lanza sin perder el equilibrio en sus monturas **149** a pesar de los movimientos bruscos. Era preciso ser muy buen jinete para salir indemne de este tipo de combate. Las manos, ocupadas sosteniendo la lanza y el escudo, les eran de poca ayuda para dirigir a los caballos y hacerles ejecutar piruetas sobre sus cuartos traseros. Sólo los movimientos de las piernas y los desplazamientos sobre su montura servían para guiarlos. Esta *armatura* era de las más costosas, pues un buen caballo llevado a esta marcha infernal al cabo de dos años de circo tenía los tendones lesionados irremediablemente. Éste era un tiempo muy corto de duración para amortiguar lo que había costado su mantenimiento durante el largo tiempo empleado en su aprendizaje. Enseñar a un caballo a reaccionar a la menor presión de la pantorrilla, al más sutil desplazamiento de peso de su jinete, exigía ciencia y paciencia. Además, era preciso tener en cuenta los accidentes: bastaba que una lanza mal dirigida derrapara sobre el escudo y se hundiera en el flanco del caballo para que en un solo instante se evaporase un importante capital.

Después que Eupalino hubo despedido a sus hombres, Lucio le agradeció la calidad del espectáculo que le había ofrecido, y convino con él la organización del *munus gladiatorum*: una mezcla bien compuesta de las diferentes *armaturae* sería lo más indicado, y Lucio tenía completa confianza en él. Quedaba, de todas formas, a los dos hombres una importante cuestión a debatir. Lucio esperó llegar al apartamento de Eupalino para abordarlo. Después de haber vaciado una copa de buen vino de Rodas y haber removido algunos recuerdos de juventud, Lucio dijo al lanista:

—Creo que estamos de acuerdo en todo. Pero sería necesario que me dijeras cuánto me costará todo esto... Con cualquier otro lanista desconfiaría. ¡Pero sé que tú no intentarás abusar de mí!

—Te agradezco tu confianza —dijo Eupalino, halagado—. No siempre ofrezco a mis mejores gladiadores, para no quedarme sin reservas. Se precisa tiempo para formar a un gladiador, y la compra de un esclavo para el *ludus* es mucho más cara que la de un esclavo ordinario... Tendrás a los mejores, y por el mismo precio.

Eupalino saboreaba sus propias palabras como si fuera uno de los mejores vinos de su bodega. Concedía a Lucio condiciones ventajosas de buen grado, pues por él sentía una ternura que tenía su origen en sus peregrinaciones. Y además, era un buen medio de devolver a Lucio una parte de los favores de los que Aulo le había hecho beneficiario. En Roma, las relaciones personales, el intercambio de servicios, las protecciones y las recomendaciones tenían aún más importancia que

los fasces de los lictores y las tablillas de voto de los comicios. A Eupalino lo hacía feliz que Lucio, por una vez, fuera el que recibiera sus favores.

—Antes de fijan el precio, es preciso determinar el número de parejas y la duración del espectáculo. Déjame reflexionar... —Bajó la nariz hacia su copa de vino. Tras algunos instantes continuó:— Bien, creo que ochenta parejas te ayudarán a obtener los sufragios de las centurias que te hacen falta.

Lucio inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Eupalino cogió una tablilla de cera bien ablandada por el calor y empezó a hacer cálculos con su estilete. Al cabo de unos minutos, indicó a Lucio una cifra de varios centenares de miles de sestercios, añadiendo que no era más que una estimación imprecisa: todo dependería del número de gladiadores que, el día del *munus*, Lucio decidiera que debían degollarse para complacer a la multitud. Éste esperaba que la suma fuese importante. Pero no pudo, sin embargo, reprimir un sobresalto. Consagrar tales sumas a frivolidades era totalmente irrazonable. Eupalino se sintió obligado a justificarse:

—Sé que tenemos fama de ladrones. No hablemos del precio que he debido pagar, el capital que representan mis gladiadores y sus armas, su equipamiento y los locales para guarecerlos: esto ya es mucho, pero no es nada en comparación con el resto. ¡No tienes ni idea de lo que representa su mantenimiento! Para que luchen bien, es preciso que estén en forma: ni hablar de darles alimentos de baja calidad. Doy vida a todo un equipo de médicos, cirujanos y masajistas para cuidan sus heridas y mantener sus músculos, sin tener en cuenta el salario de los *doctores* de cada *armatura*. Además, todos los gastos del establo: es muy bueno tener siempre los caballos más hermosos, pero un caballo, se compra, se alimenta y se cuida, igual que si fuese un esclavo. Y ni siquiera te hablo de los gladiadores que se suicidan estrellando su cabeza contra un muro o lanzándose bajo las ruedas de un carro: por más que los vigiles con cuidado, no puedes emplear a un hombre día y noche para que se mantenga a la vera de cada uno de ellos. Los trato lo mejor que puedo, pero ¡siempre hay algunos que un buen día deciden atravesar la Estigia antes que la puerta de la arena! En fin, añade a todo esto el hecho de que debo renovar constantemente este capital. Un gladiador no tiene tiempo, por otra parte, de ser utilizado de una manera prolongada. Como término medio, mueren al cabo de diez combates. Todo el mundo sabe que un gladiador no alcanza jamás los treinta años.

—Y sin embargo —le interrumpió Lucio—, se ven también algunos que se vanaglorian de haber conseguido cuarenta victorias...

Eupalino elevó los brazos al cielo y suspiró profundamente.

—Por supuesto, los hay. Pero, ¿cuántos? Son pájaros raros, y tenemos interés en protegerlos. Ponte por un momento en el lugar de un lanista. Un día te das cuenta de que uno de tus hombres tiene madera de campeón. ¿Qué harías con él? ¿Intercambiarías tú un hermoso denario de plata por un vulgar as de bronce? Evidentemente no. Entonces tendrás cuidado de emparejarlo de manera que no se enfrente a un hombre que podría matarlo, y la lista de sus combates se irá alargando sin demasiado riesgo para él. Observa que el editor razona de la misma manera: si acaece que por desgracia ese campeón sea derrotado en su *munus*, hará todo lo posible para evitarle la muerte, para no tener que pagar su precio al lanista. Todo esto es para decirte que si bien existen estafadores en nuestro oficio, muchos de nosotros no robamos el dinero con el que nos hacemos pagar. —Eupalino dudó antes de continuar:— Entre nosotros, Lucio, ¿no es una ventaja para los candidatos a los honores el pagarnos tan caros nuestros servicios, sin contar los otros gastos que conlleva una campaña electoral?

—¿De qué ventaja hablas? —preguntó Lucio sorprendido.

Eupalino dejó ver su satisfacción y sonrió astutamente. Una auténtica sonrisa de lanista.

—¿Has pensado lo que ocurriría si todo el mundo pudiera ser candidato sin soltar un sestercio? Tú y los de tu orden estaríais agobiados por hombres sin importancia, quienes, por el solo efecto de su número, os arrebatarían los cargos que vosotros deseáis vivamente. No es un azar que los jefes del partido popular muy a menudo sean nobles ellos mismos. Mientras sean precisos millones de

sestercios en sus cofres para ser elegido pretor, vosotros continuaréis estando, como decirlo..., en familia.

Lucio no había enfocado nunca las cosas desde este punto de vista. Eupalino tenía razón. Estalló en carcajadas.

— ¡Por los dioses, harás incluso que me sienta dichoso de entregarte tantos sacos de sestercios!

— ¡Ésta sería la mejor victoria que yo pueda ofrecerte! —rió a su vez Eupalino.

Después de haberlo dejado, Lucio se dijo, mientras volvía a subir hacia el Palatino, que si Eupalino no hubiese sido lanista, hubiera sido un excelente político.

*

Lucio podría haber alquilado a Eupalino doscientas parejas más y sacar de su guarida a los mejores gladiadores del Mediterráneo, pero no por ello tenía ya ganadas las elecciones. A Evandro le pagaban para saberlo. Cada año, veía llegar con más hastío los períodos electorales. Conquistar tribus, sobornar a libertos, convencer a indecisos, organizar cortejos: tras su regreso de Sicilia, se había iniciado en las diferentes técnicas del juego político romano, bajo la vigilante dirección de su patrono. Cuando regresaba fatigado de uno de sus numerosos viajes por los municipios lejanos, sus alforjas repletas de cartas de recomendación, a veces se lamentaba de haberse convertido en protegido de Lucio y en el organizador encubierto de sus campañas. Sin embargo, no podía quejarse de su generosidad. Un hermoso apartamento sobre el Caelio, donde los comerciantes y los artesanos que habían triunfado en los negocios reemplazaban poco a poco a los plebeyos más pobres; un patrimonio que se acrecentaba a ojos vistas, y por encima de todo relaciones muchas relaciones. Para un esclavo que, seis años antes, cantaba ante el templo de Cástor y Pólux, era inesperado. Cuando las legiones de Pompeyo habían llegado a Leontino y Lucio hubo revelado su verdadera identidad al centurión, Evandro había comprendido que le convenía colocarse bajo su protección, en vez de regresar a Roma para volver a Subure en búsqueda de empleo. Lucio había aceptado su oferta de servicios. Con su encanto natural y sus discursos simples y zalameros, Evandro no tenía igual para convencer a sus interlocutores de que su patrón era el mejor candidato que pudieran desear. Se sentía a gusto con todo el mundo, desde el más modesto plebeyo hasta los magistrados. Poco le había faltado para pasar directamente de Subure a la Curia, sin experimentar el menor embarazo.

No obstante, Evandro no era más que el colaborador de Lucio. Tras la desaparición de Aurelia y de sus padres, este último no había establecido con nadie una relación afectuosa. Su misma esposa no contaba más de lo que exigían las antiguas convenciones, y su cuerpo no le desagradaba. Al menos le atraía lo suficiente para que tomara con él su placer de vez en cuando. Por otra parte, ella le había aportado la dote y las alianzas que le eran precisas para su carrera. Pero él no había vuelto nunca a experimentar las emociones profundas del cuerpo y del alma que había conocido antes. Pensaba siempre en Aurelia con una nostalgia inmensa y una secreta esperanza. Por otra parte, se había guardado de buscar junto a otra mujer lo que Aurelia le había dado. Valeria y él formaban una pareja tranquila y de conformidad con las costumbres. Esto ya era bastante, y muchas parejas infelices habrían envidiado este simple estado de cosas.

Quinto, el hermano mayor de Valeria, era su principal aliado en esta campaña electoral. Demasiado joven para poder pretender una magistratura, hacia que Lucio se beneficiara de todo el peso de sus propias relaciones y de sus numerosos protegidos. Tal apoyo era indispensable: en una elección a este nivel, era impensable ganar solo, o por méritos propios, aunque uno fuera el mismo descendiente de Rómulo. El trabajo de Evandro no era por ello menos fatigoso. No quedaban más que algunas semanas para el voto en los comicios, pero la campaña, en realidad, había comenzado hacia un año. 150

Aquella tarde, Evandro caligrafiaba sobre un largo rollo de papiro varias columnas de cifras: sumaba los totales de las cantidades que Lucio había gastado a lo largo de los últimos meses. Llegaba ya a varios centenares de miles de sestercios. Esta cantidad había sido desembolsada con

toda legalidad, para apoyar los sentimientos de amistad que sentían los miembros de su tribu por el candidato. Menos escrupulosos, los otros candidatos no tenían inconvenientes en distribuir vasijas de vino a troche y moche. Y al trazar una línea para cerrar las cuentas, Evandro se preguntó hasta cuándo Lucio podría continuar siendo honesto. Inmerso en sus pensamientos, no había oído entrar a su patrón. Se sobresaltó al escuchar su voz:

—Y bien, ¿dónde estamos? ¿Has visitado a todos aquellos que conocemos en la primera centuria de la tribu del Palatino?

Lucio no iba solo. Lo acompañaba su cuñado. Quinto tenía el don de hacer enfadar a Evandro. Era un joven impaciente por lanzarse a la carrera política. Desde el comienzo de la campaña, iba siempre con Lucio y lo atosigaba a preguntas. Ardía en deseos de enfrentarse al partido popular y aguantaba mal la lentitud indispensable de los sabios cálculos electorales. Lucio contenía su impetuosidad: no podía evitar contemplar con cierta diversión la fogosidad del joven. Éste trataba a Evandro con condescendencia, prodigándole consejos de los que no tenía ninguna necesidad. El antiguo esclavo lo aguantaba cada vez menos, a medida que la campaña se aproximaba a la recta final. En este mismo momento, con aire altanero, Quinto leía por encima de su hombro la lista de los nombres laboriosamente anotados. Fingiendo ignorarlo, Evandro respondió a Lucio, que se había sentado a su lado:

—Todo está hecho. Sólo algunos han rehusado recibirme, pero no es de mucha importancia. Según mis cálculos, puedes contar con esta centuria. —Sin darle tiempo a Quinto de que le cortara, continuó:— He convocado a todos los que están en deuda contigo para los próximos días. ¡Dispondrás de uno de los más hermosos cortejos que candidato alguno pueda soñar! Por la mañana, hay incluso algunos senadores que me han prometido que te acompañarán hasta la hora sexta. Luego sólo quedará gente de menos importancia, pero te seguirán durante todo el día.

Lucio movió la cabeza en señal de asentimiento. Evandro reparó en el cansancio que reflejaban sus rasgos: él también estaba fatigado.

—¿Y los pintores? ¿Te has ocupado de ello?

Era Quinto quien había hablado, con sus aires de importancia. Evandro contestó mirando a Lucio, como si fuera él quien le hubiera interrogado.

—He contratado a los mejores, a los que saben hacer hermosas pancartas rojas que atraen la mirada de los transeúntes. Saben colocárías bien a la vista: en las encrucijadas, o cerca de las tabernas, sin olvidar las vías de acceso a la ciudad, para la gente de los municipios. Desde que han prohibido que se pintaran slogans sobre las tumbas, hay menos sitio, pero puedes confiar en ellos, conocen su oficio.

Quinto volvió a la carga:

—Espero que hayas cuidado especialmente la redacción de las fórmulas.

Evandro trituraba nerviosamente la pluma con la que acababa de hacer las cuentas. Respondió lo más calmadamente posible:

—He hecho poner frases cortas, del tipo: «Votad a Lucio Livio, que es digno de gobernar la República».

—¿Eso es todo? —le interrumpió Quinto—. ¿Nada de nuestras palabras sobre el orden, sobre lo que reprochamos a nuestros adversarios?

Exasperado, Evandro iba a responder con contundencia, pero Lucio lo hizo antes que él. En un tono paternal, dijo a Quinto:

—Evandro ha hecho bien. No se trata de que yo despliegue mis intenciones políticas. Aquellos que están al corriente de la vida pública saben dónde estoy situado. En cuanto al resto, recuerda una cosa, Quinto: se trata de una elección, no de la votación de una ley. Es necesario llegar al máximo de electores posibles, convencer a las gentes de bien, mientras persuado a los otros de que sé escuchar sus reivindicaciones y tenerlas en cuenta. Si me enredo en puntos concretos, alinearé en mi contra a aquellos que no están de acuerdo conmigo. Cuando se quiere ser elegido, es siempre necesario insistir en la antigüedad de la familia y en la lista de magistraturas que se han ejercido ya. La verdadera política es y debe continuar siendo asunto del Senado.

Quinto escuchaba respetuosamente, como un niño cogido en falta. Con aire ausente, Lucio sopesó distraídamente un volumen. Tras haberse pasado la mano por la frente como para ahuyentar pensamientos inciertos, añadió:

—Los más sediciosos de nuestros adversarios dicen que esta forma de hacer aparta al pueblo de la conducción de los negocios. Son unos demagogos. Nuestra Ciudad es una República, no una democracia: el pueblo es soberano, pero es en nosotros en quien delega sus poderes, porque sólo un pequeño número de nosotros dispone de tiempo y de las competencias necesarias para conducir el Estado. Todas las veces que se ha intentado hacerlo de otra manera, ha habido a continuación desórdenes y masacres.

Lucio se levantó, y Quinto y Evandro entendieron que quería descansar. El *munus* empezaba dos días después y no había nada más agotador para un candidato que los juegos de gladiadores.

*

Aquella tarde, mucha gente se había dado cita en el *ludus* de Eupalino: no se hubieran dejado penden ni por un imperio la comida de los gladiadores. Hacia ya varios meses que Lucio había prometido los juegos. Todo el mundo había podido ver sobre las paredes de la ciudad las letras pintadas anunciando la *editio*. Escrito en grandes caracteres, el nombre de Lucio Livio se destacaba del resto del texto. Los primeros días, se habían formado pequeños grupos. Aquellos que sabían leer informaban al resto de mirones sobre la composición de las parejas. Eupalino había mantenido su palabra. En vez de desembarazarse prioritariamente de los malos elementos, había suministrado a Lucio combatientes apreciados por el público. Los expertos habían reparado con satisfacción en la importante proporción de hombres libres. Llevaban sus nombres de combate: Pugnax, Fenox, Invictus, Triumphator, que sonaban agradablemente al oído, como otros tantos golpes de espada. En los esclavos, se leía solamente *Eupalinosi*, aquellos que pertenecían a Eupalino. Lucio había subido el listón hasta el punto de indicar el palmarés de las estrellas: sus nombres iban seguidos por dos cifras. La primera indicaba el número de victorias, la segunda, menos elevada, el de las coronas obtenidas en condiciones particularmente meritorias. El candidato había dosificado también la progresión de las parejas, reservando a las mejores para el *summus dies*, el último día del espectáculo. Como era imposible retener el nombre de los doscientos gladiadores que iban a enfrentarse, los espectadores experimentados habían podido adquirir por algunos sestercios los *libelli*, unas hojas de papiro sobre las cuales los empleados de Eupalino habían copiado el programa de las festividades.

Algunos privilegiados, seleccionados por Lucio y Evandro, habían sido admitidos aquella noche para asistir a la *cena libera*, la última comida que tomaban los gladiadores antes del combate.¹⁵¹ Era un espectáculo muy excitante ver a estos hombres comer quizá por última vez: una especie de gusto anticipado de las escenas del día siguiente. Los gladiadores se plegaban ante esta costumbre, pero la execraban. Incluso los más aguerridos estaban inquietos, y los copiosos manjares no eran muy bien recibidos por sus anudadas entrañas. La mayoría de ellos aprovechaban estas horas para despedirse de sus mujeres, a las que recomendaban a sus amigos en el caso de que perecieran al día siguiente. Casi siempre se trataba de concubinas pero las respetaban tanto como si fueran sus esposas: cuando les sobrevivían, hacían grabar sobre su tumba la palabra *uxor*, reservada a las mujeres legítimas.¹⁵² Los ciudadanos honestos se burlaban de estas esposas de pacotilla: sólo unas *ludiae*, mujeres de *ludus*, que pasaban de un gladiador a otro, a medida que sus compañeros morían en los combates. Éstos se encargaban a menudo de asegurarles una sepultura decente. Los que no tenían ni mujer ni amigos debían construir con antelación su propia tumba. A veces, sus compañeros de armas aportaban dinero para asegurarles este último reposo. Pero muchos morían anónimamente y sus cuerpos se descomponían en la podredumbre del osario colectivo, sin que ni tan sólo un epitafio los trajera a la memoria de los vivientes. En cuanto a los dioses, se preocupaban muy poco de los gladiadores. El fervor religioso de éstos se dirigía casi únicamente a Marte, el dios de la guerra. Diana cazadora era la patrona de los bestiarios, librados a los colmillos y a las garras

de las bestias salvajes. Los más afortunados, aquellos que salían vivos de la arena, colgaban también exvotos —en general armas de gladiadores en miniatura— en los pilares del templo de Hércules, el dios de los hombres fuertes y valerosos.

Los espectadores estaban decepcionados: los hombres de Eupalino comían en silencio, los rostros sin expresión. Ninguna escena de despedida desgarradora, ningún gladiador parecía atenazado por la angustia dándose vuelta para vomitar, nadie liberando a sus esclavos en uno de esos actos de generosidad que inspira la proximidad de la muerte. Algunos mirones se consolaban diciéndose que el espectáculo de los próximos días sería mejor. La impasibilidad de esos hombres demostraba que eran verdaderos profesionales. Si resultaban derrotados, se tenía la seguridad de que no intentarían salvar el cuello del filo de la espada pidiendo a Lucio cobardemente que los indultara. De regreso a sus casas, algunos de los invitados a la *cena libera* consiguieron conciliar el sueño rápidamente tranquilizados por esta certidumbre. Pero la excitación de la espera en la víspera de los combates era tan grande que a la mayoría les costó conciliar el sueño. Cuando al fin llegó, en el lastimoso desorden de su lecho, muchos soñaron que presidían los juegos y vieron las miradas ansiosas y enajenadas de la multitud en el momento en que se aprestaban a levantar la mano para ordenar que se degollara a los vencidos.

*

Lucio marchaba en medio de la *pompa*, el gran desfile que llevaba a los gladiadores de la escuela de Eupalino hasta el Foro, pasando por las calles principales de la Ciudad, bajo las risas y los aplausos de la multitud sobreexcitada. Llevaba la *toga candida*, una toga nueva blanqueada con tiza que todo candidato a los honores se colocaba tres semanas antes de la fecha de las elecciones. A la cabeza del cortejo, iban varios músicos tocando con brillantez la trompeta y la trompa. Delante de Lucio caminaban dos hombres sosteniendo una brazada de palmas, las que se distribuirían entre los vencedores. Todas las miradas se centraban en los gladiadores. Precedidos de otros músicos de la banda que tocaban la trompa, desfilaban a paso lento detrás del candidato. Los más conocidos se habían colocado sobre carros magníficos y llevaban sus ropajes de desfile: llamaban sobre todo la atención sus cascos adornados con penachos y plumaje y sus clámides teñidas de púrpura y bordadas en oro.

Cuando las trompetas dejaron de sonar siguió un brusco silencio: el cortejo había llegado al Foro. Las estatuas habían sido tapadas: así lo exigía la costumbre durante los espectáculos de gladiadores. Lucio lanzó una mirada hacia los andamiajes provisionales: no serían suficientes para la multitud de espectadores agolpada cerca de las entradas. Todo el mundo esperaba una plaza. No solamente era más agradable estar sentado, sino que una hora más tarde, cuando el sol del mediodía golpeará con toda la fuerza de sus rayos, aquellos que estuvieran protegidos por el *velum*, el enorme dosel desplegado por encima del tablado, serían los únicos en disfrutar a gusto del espectáculo. Algunos candidatos llevaban el lujo hasta el punto de hacer confeccionar para la ocasión un *velum* de seda, pero Lucio había juzgado que el lino era suficiente. Había ya espectadores sentados en las plazas gratuitas: era preciso levantarse al alba para hacerse con una y evitar pagar una tésera. 153 Muchas de ellas estaban reservadas para el editor, que las distribuía entre sus amigos y sus electores más importantes. Lucio y Evandro las habían distribuido entre aquellas personas cuyo reconocimiento consideraban indispensable y lo habían hecho con el mismo cuidado con que contabilizaban los sufragios. Los senadores, revestidos de todas las insignias de su orden, cogieron los mejores lugares, los de la parte baja. Luego venían los caballeros, un poco más arriba. En cuanto a la gente del pueblo, se hacinaron como pudieron en lo más alto del andamiaje. El relajamiento era mucho más sensible en sus filas. Algunos no se habían tomado la molestia de vestirse con la toga blanca, y llevaban sucias vestimentas.

El *munus* tardaba siempre en comenzar. Una vez instalados los espectadores, quedaba toda una serie de operaciones preliminares a cumplir, bajo el ojo atento del editor, que se sentaba en la tribuna de honor. El sonido de las trompas y de las trompetas se dejó oír nuevamente; una orquesta

acompañaba todos los combates. Los músicos llevaban una túnica de manga corta, ceñida en la cintura y con dos bandas púrpura verticales. Estaban sentados al borde de la pista, pero se levantarían al comienzo de los combates para colocarse cerca de los gladiadores y escandir sus golpes. Por el momento se contentaban con tocar sin gran brillantez, economizando sus fuerzas. La atención del público estaba movilizada por el último desfile de gladiadores. Éstos iban precedidos de un portador de pancartas donde se podía leer un breve resumen del espectáculo de la jornada. Durante este tiempo, unos escuderos colocaban braseros en un rincón del foro donde se calentaban algunos hierros. De sus cinturones colgaban látigos. Estos accesorios servirían para devolver su ardor a los cobardes y vacilantes. Amontonados en otro rincón de la explanada, unas parihuelas y ataúdes esperaban a los muertos. Para tratar a su público dignamente, Lucio había hecho precisar en su edujo que instalaría dignamente un carnerario, bien visible desde todos los bancos. Era la mejor prueba de que sería generoso y que no escatimaría degüellos.

Los gladiadores se pusieron sus vestiduras de combate y empezaron a entrar en calor con armas de esgrima. Al cabo de una veintena de minutos, juzgando que estaban suficientemente preparados, Lucio hizo señas a un heraldo de que avanzara. Éste recordó que los juegos durarían cuatro días, sin interrupción a la hora del mediodía, y cedió el lugar a los árbitros. Éstos se acercaron a las primeras parejas, controlaron sus armas, y luego explicaron a los gladiadores las reglas escogidas por Lucio: cada pareja combatiría hasta que uno de los dos adversarios cayese muerto o pidiera su *missio*, su gracia. Si los cascos no hubieran cubierto sus rostros, los espectadores habrían podido ver relajarse los rasgos de los combatientes. Los editores particularmente generosos con el público imponían el duelo *sine missione*: el combate debía finalizar con la muerte de uno de los adversarios. Lucio prefería regirse por las reglas tradicionales. El espectáculo le costaba ya lo suficientemente caro sin que tuviera que reembolsar a Eupalino el precio de la mitad de sus hombres. Los árbitros recordaron a continuación a los gladiadores que en el momento en que uno de ellos se estimara incapaz de continuar el combate, no tenía más que levantar el dedo en signo de abandono.

Cumplidas estas formalidades, Lucio se levantó a hizo la señal a un personaje que llevaba máscara de Mercurio y que interpretaba el papel de mensajero divino. Fue él quien dio la señal de comienzo de los combates, seguido de inmediato por los gritos de entusiasmo de la multitud que cubrieron el clamor de las trompetas.

Lucio se esforzaba en concentrar su atención en el espectáculo de los gladiadores que se destripaban a algunos pasos de él. Cuando se llegaba a la demanda de *missio*, él era el único juez sobre la decisión a tomar. Si la costumbre lo hubiera permitido, se habría remitido a los árbitros. Formaba parte de la pequeña minoría de gente cultivada a quien no le gustaban los juegos y que decía que la pasión de la multitud reclamando sin cesar más cabezas era peligrosa para la paz civil, ya tan puesta a prueba por las proscripciones de Sila y de Mario. A la gente del pueblo le gustaba ver correr la sangre, sentir la muerte tendiendo sus ávidas manos hacia otros que no fueran ellos: una diversión de cobardes. En cuanto a los gladiadores, la dignidad que podían alcanzar a veces por la manera en que afrontaban la muerte, no podía compensar la impureza de su sangre. Muertos, continuaban siendo lo que habían sido de vivos: un atajo de esclavos y de hombres perdidos hasta el punto de haber cambiado su libertad por dinero. Esta impureza manchaba a aquellos que disfrutaban viéndolos morir. 154 No tenían ni la más mínima conciencia de ello. Por el contrario, por una especie de perversión derivada de su ignorancia, admiraban a esos hombres que enviaban a la muerte. Los niños recibían a guisa de juguetes panoplias de armas de los tracios o de los samnitas en miniatura: sus padres coleccionaban lámparas de aceite adornadas con la efigie de las estrellas del circo. Como sucedía con las cuerdas de los ahorcados codiciada por los curanderos, los cadáveres de los gladiadores que nadie reclamaba desaparecían rápidamente. A los epilépticos les sacaban la sangre antes de que se enfriaran, puesto que la misma se consideraba el mejor remedio contra las convulsiones. En cuanto a aquellos a quienes obsesionaba el temor a la mala fortuna, añadían una imagen de gladiador a la sarta de sus amuletos. Los magistrados lograban poner coto a los excesos: algunos cementerios estaban cerrados a los restos de los combatientes del circo. Los

más conocidos tenían epitafios, pero nadie les erigía estatuas, como se hacía con los dioses o los cónsules.

La orquesta acababa de detenerse. Lucio sacó un pañuelo de los pliegues de su toga y se enjugó su húmeda frente. El sol de la octava hora acribillaba el *velum*. Afortunadamente, había llegado el momento del primer entreacto. En los bancos de la parte alta, algunos espectadores abrieron las pequeñas cestas que habían traído, y sacaron de las mismas nueces y algunos garbanzos fritos. Comían más para distraer su espera que por hambre. Lucio se dijo que cuatro días de juegos apenas serían suficientes. Bajó los ojos hacia las primeras filas del lado de sus invitados del Senado y del orden ecuestre. Ellos, por lo menos, se comportaban con corrección: beber o comer durante el espectáculo era inconveniente. El sordo rumor de las conversaciones había reemplazado a los clamores. Al cabo de algunos minutos, un ligero frescor alivió a los espectadores de las primeras filas: tras haber rastrillado la arena del recinto, teniendo buen cuidado de hacer desaparecer las manchas de sangre, los muchachos de pista la habían remojado abundantemente.

Los gladiadores aprovechaban este corto respiro para intentar recuperar sus fuerzas. Eupalino pasaba de uno a otro, prodigando algunos consejos. Hizo un ademán a los esclavos para que dieran de beber a sus hombres. Éstos bebieron con avidez el agua tibia ligeramente teñida de vino. Los cuidadores sostenían las espadas y los cascos de los mirmillones cuyos rostros estaban cubiertos de sudor. Otros abrochaban la polaina de un homoplaco, mientras la untaban de aceite perfumado. Más lejos, cinco o seis de ellos se afanaban alrededor de un tracio que estaba particularmente en baja forma y se esforzaban para que se pusiera de pie: el hombre tenía el torso marcado con una amplia herida y había perdido ya mucha sangre. Si el entreacto no hubiera interrumpido el combate, habría sido ya degollado.

El público empezaba a impacientarse. Lucio se dio cuenta de ello y lanzó una mirada hacia Eupalino: sus hombres tenían aún necesidad de algunos minutos antes de poder emprender de nuevo el combate. Hizo un ademán a Evandro, sabiamente sentado detrás de él. Unos instantes después, los rumores de impaciencia se transformaron en gritos de alegría. Repartidos por lo alto del andamiaje, los esclavos de Lucio echaban agua perfumada sobre los espectadores. El olor del azafrán se alteraría muy pronto con los olores de la transpiración, pero por el momento, los espectadores disfrutaban de la agradable sensación de frescura.¹⁵⁵ Una vez vacíos los últimos baldes, los esclavos lanzaron un lluvia de téseras sobre el público. Todos se levantaban para intentar coger algunas. Una vez terminados los juegos, no tendrían más que presentarlas a Evandro y a sus ayudantes como prenda para cambiarlas por regalos.

Cuando sonaron las trompetas para anunciar la continuación de los combates, eran más bien raros aquellos que no habían recibido al menos una gota de esta lluvia generosa. La pareja que abría el espectáculo de la tarde tenía con qué estimular el buen humor de los espectadores: dos hermosos tracios ágiles y rápidos, de músculos desarrollados y carne indemne. A través de las aberturas del *velum*, un rayo de sol alumbró algunas chispas brillantes sobre el resplandeciente metal de sus espadas. Fatigados por el espectáculo de la mañana, los músicos se levantaron de sus bancos a disgusto y se colocaron a cierta distancia de los gladiadores. Los cuerpos de éstos brillaban por el aceite generosamente extendido por los cuidadores. Cada uno de ellos dejó un instante su corta espada afilada, el tiempo necesario para frotar sus palmas con arena, para poder asir fuertemente la empuñadura del arma. Luego se incorporaron y permanecieron inmóviles. La barca de Caronte se dirigía hacia ellos: ¿a quién se llevaría el barquero fúnebre?

Los dos tracios empezaron a dar vueltas lentamente en redondo los músculos tensos. La orquesta tocaría en sordina, y la multitud había enmudecido. De repente, se tiraron uno encima del otro. Su abrazo fue breve: cuando se separaron, uno de ellos tenía una larga mancha sangrante sobre el hombro. Demasiado lento, el trompetista puntuó con retraso el golpe con tres notas estridentes. El que había golpeado no dejó el tiempo a su adversario de recuperar el aliento y se lanzó sobre él con la espada por delante. La prisa lo perdió. En el momento en que el filo iba a alcanzarlo, su adversario puso una rodilla sobre el suelo y esquivó el golpe. Perdiendo el equilibrio, el asaltante tropezó. Antes de que tuviera tiempo de recuperar el equilibrio, con un golpe rápido que arrancó

gritos de entusiasmo a la multitud, el gladiador herido le había seccionado el tendón del pie derecho, clavándolo en el suelo. Aprovechando su ventaja, se lanzó sobre él y empezó a propinarle cortes, desgarrando su torso y sus piernas. En el momento en que amenazaba destriparlo, vio ante sus ojos la varita del árbitro. A disgusto detuvo su gesto, y se incorporó titubeando, el cuerpo manchado de sangre. A sus pies, su adversario había soltado su arma y se retorció de dolor. Sus manos arañaban la arena y de su boca caía saliva teñida de rojo, al ritmo irregular de su hipo. Algunos espectadores se levantaron en medio de los clamores y gritaban a los muchachos de pista apostados cerca de los braseros que le aplicaran sus hierros candentes para forzarlo a reemprender el duelo. Otros se desternillaban de risa señalando con el dedo al gladiador vencido, y gritando alegremente *Hoc habet*, ya no aguanta más!

El árbitro no dudó ni un instante: el hombre estaba fuera de combate, no serviría de nada darle latigazos o quemarlo. Había hecho bien deteniendo el brazo del vencedor, preservando así lo mejor del espectáculo. La orquesta había dejado de tocar, subrayando con su silencio la solemnidad del momento. Una tensión extraordinaria reinaba entre los espectadores. Bajo los velos que recubrían sus estatuas, los mismos dioses observaban. El momento fatídico, el único que contaba verdaderamente, estaba próximo. No se iba a los juegos solamente por el placer de una bella esgrima o de ver correr la sangre. Se iba ante todo para *ver morir*, 156 intentando re coger en los ojos azorados del agonizante su última mirada sobre el mundo, ver cómo la vida se retiraba de él, esta vida tan preciosa cuyo flujo cada espectador sentía palpar en sus venas y animar su respiración: los gladiadores tomaban sobre ellos el peso maldito de la muerte.

Los cuidadores se acercaron al vencido y se detuvieron a unos pasos de él. Su sangre corría sobre la arena, pero él vivía todavía. Intentó incorporarse, luego se derrumbó de nuevo en el suelo. Había tenido tiempo para levantar el índice de su mano izquierda para pedir su *missio*. Los cuidadores se inclinaron y lo incorporaron pasando sus brazos bajo sus axilas. El tracio se agarró a uno de los dos hombres para no caerse. Tenía que mantenerse sobre una sola pierna a causa de su tendón cortado.

Lucio se levantó y recorrió con la mirada a la multitud. Algunos espectadores agitaban sus togas. Era la señal convenida que utilizaban los que se inclinaban por la gracia. Pero los más numerosos tendían sus brazos para que se viera bien su pulgar bajado por debajo de su puño cerrado. Lucio no debía dudar si quería complacer al pueblo.

Al ver los puños extendidos de los espectadores, el tracio había comprendido que iba a morir. Lucio levantó el brazo lentamente. No tuvo tiempo de terminar su gesto. En el instante en que iba a inclinar su pulgar hacia abajo, sonaron las terribles palabras. El gladiador se había incorporado. Levantó la cabeza hacia Lucio y le lanzó con voz sorprendentemente fuerte:

—Romano, yo voy a morir. Pero tú, tú te acordarás de mis palabras hasta la muerte: ¡tus laureles son de ceniza!

El árbitro le pegó en el rostro con su larga vara, pero Lucio había tenido tiempo de captar el siniestro mensaje.

Quedó petrificado, el brazo extendido ante él. Ocurría a veces que los gladiadores suplicasen cobardemente al editor que reconsiderara su decisión y le imploraran gimiendo, pero jamás ninguno había lanzado un apóstrofe tal. La última frase del tracio sonaba en la cabeza de Lucio, y le parecía como si los muros de los templos le devolvieran el eco. Estos segundos de distracción duraron una eternidad. Evandro le arrancó de su estupefacción diciéndole al oído:

—La señal, ¡haz la señal!

Lucio sintió que sus piernas cedían bajo él. Antes de hundirse en su asiento, tuvo tiempo de bajar el pulgar. De inmediato, la multitud dejó oír su clamor, y todos los ojos se dirigieron nuevamente al gladiador. Éste permanecía postrado, cabizbajo, como si nunca hubiera pronunciado las funestas palabras. Su adversario se acercó y se encanó a él, llamándole por su nombre. En el momento en que el tracio levantó la cabeza, le cortó el cuello con un golpe rápido. El hombre se derrumbó sobre la arena enrojecida, mientras que las trompetas sonaban alegremente, acompañadas por los gritos de entusiasmo de la multitud. El cuerpo del gladiador se estremeció aún un poco y luego se inmovilizó. Dos escuderos enmascarados se acercaron. El que llevaba la máscara de Hermes sostenía en su

mano un caduceo al rojo vivo. Para asegurarse de que el tracio estaba realmente muerto, lo aplicó firmemente sobre su vientre, cuya carne humeó y se contrajo. El cuerpo no se estremeció. Para más seguridad, el otro escudero, el que llevaba la máscara del Caronte etrusco, especie de demonio con pico de pájaro, se puso en cuclillas cerca del cadáver y le hundió el cráneo con un golpe de maza bajo las ovaciones de la multitud. Luego instaló el cuerpo encima de una camilla que arrastró hasta el rincón de la explanada en que se amontonaban ya los despojos sangrientos y dislocados de los vencidos de las parejas precedentes.

Lucio no había visto nada. Sentado en su sillón de presidencia, recobraba su humor con dificultad, maldiciendo a los juegos y a los gladiadores. Ninguno de los vencidos que desfilaron ante él hasta la puesta del sol logró salvar la vida.

*

—Hay tres categorías de dioses: los de los poetas, los de los filósofos y los de los jefes políticos. Efectivamente, es bueno que ciertas cosas permanezcan ocultas a la multitud. 157

El Sumo Pontífice miró a Lucio con una sonrisa ambigua, a la vez tranquilizadora e irónica. Era un hombre joven, Pero cuya autoridad y sabiduría eran reconocidas. Cuando presidía las ceremonias religiosas o comentaba los libros pontificales, lo hacía con tanta piedad que el mismo Júpiter en persona parecía hablar por su boca. Profundamente turbado por las palabras del gladiador, Lucio había ido a pedirle consejo, y ¡eso era lo que le había respondido! Quedó mudo de decepción.

El Pontífice dejó vagar la mirada sobre los *volumina* cuidadosamente alineados en su biblioteca: allí estaban consignados todos los prodigios, las señales pacientemente observadas y temidas por las distintas generaciones de magistrados y de generales. Al cabo de unos instantes, continuó:

—No te escandalices. No hago más que repetir lo que decía Quinto Mucio Scaevola, el Pontífice asesinado por los partidarios de Mario. Era un hombre sabio y sin ilusiones respecto al pueblo. El pueblo es ignorante y versátil. En la religión nos vemos obligados a enseñarles solamente las manifestaciones más burdas, las que conmueven los sentidos o la imaginación, teniendo cuidado de que estas enseñanzas correspondan a lo que nosotros creemos que es el bien para la Ciudad. 158

—Pero, ¿qué relación tiene esto con las palabras del gladiador?

—¡Un gladiador! —suspiró el Pontífice elevando los ojos al cielo—. Si por lo menos me hablaras de grietas en el hígado de un pollo, de un rayo en el cielo sereno, quizá sería preciso inquietarse. Pero ¡las palabras de un gladiador ofuscado por sus heridas o aterrorizado por la proximidad de su fin!

—Él ha hablado con voz fuerte y clara, en ningún caso la de un hombre muerto de miedo.

El Pontífice sacudió la cabeza. Compadecía a Lucio. Se acercó a él y le dijo en tono a la vez paternal y autoritario:

—Has venido a pedirme consejo para saber si no sería preciso que retiraras tu candidatura porque temes que esta alusión, digamos, a unos laureles de ceniza signifique que vas a ser derrotado en las elecciones. Entonces, escucha lo que tengo que decirte. Las palabras que oíste eran las de un hombre agotado, los dioses no tienen nada que ven con ello. Tus juegos terminaron hace un mes. Nadie ha visto *monstrum*, serpientes caminando sobre pies, pájaros de cuatro alas, hombres de dos cabezas, y el rayo no ha caído. —Lucio permanecía silencioso.— Veo que estás sólo convencido a medias —continuó el Sumo Pontífice—. ¿Has olvidado lo que te enseñó tu padre? Incluso cuando los signos son contrarios, no nos obligan. No somos como los griegos. Permanecemos libres. Libres de rechazar los signos o de pedir otros. Es el hombre quien interroga a los dioses y no los dioses quienes lo obligan. Pronto llevarás sobre tu cabeza laureles auténticos. Puedes volver a tu casa y dormir tranquilo. Por otra parte, vas a tener necesidad de ello: mañana la jornada será larga.

*

En este punto, el Sumo Pontífice tenía razón: las operaciones electorales tomaban su tiempo, y se tenían que elegir por lo menos ocho pretores.

Lucio llegó al campo de Marte por la mañana temprano, acompañado por un cortejo impresionante. Quinto y Evandro figuraban en un buen lugar del mismo. Acababa apenas de comenzar la tercera hora: el sol de julio era aún soportable, pero a la mitad de la jornada, el calor sería agobiante. El Campo de Marte servía ante todo para los ejercicios militares y para convocar a las legiones: no había ningún edificio destinado a acoger a los electores, que debían esperar pacientemente su turno de voto agrupados en los *ovilia*, recintos destinados a los corderos. El día antes se habían tendido las cuerdas formando los travesaños que delimitaban los espacios reservados a las centurias, las unidades de voto en las cuales debían agruparse los ciudadanos. La única construcción verdadera era la Granja pública, provista de agradables jardines sombreados. Pero servía únicamente para los empadronamientos.

Había ya mucha gente: las elecciones para la pretura tenían lugar inmediatamente después de los juegos de Apolo, que atraían siempre a Roma a un buen número de notables italianos. Lucio reconocía a sus aliados y protegidos: la calidad de sus vestiduras, la nobleza de sus rasgos o la arrogancia de su porte destacaban especialmente sobre la apariencia modesta de los ciudadanos de las clases más bajas. Estos últimos no tenían gran peso. En Roma, se votaba en grupo y no personalmente. Para elegir a los magistrados superiores, los ciudadanos estaban distribuidos en cinco clases según el nivel de su fortuna. Cada una de estas clases se dividía en centurias y cada ciudadano votaba en el ámbito de la suya: la mayoría de los sufragios recogidos en una centuria se consideraba como el voto de la misma, y el recuento final sólo indicaba los totales por centurias. La ingeniosidad del sistema residía en el hecho de que las primeras clases, las que agrupaban a los ricos y a los notables, poseían más centurias que las otras. Cinco años después de la censura de Catón, 159 el sistema había experimentado algunos cambios, pero la minoría de las gentes adineradas continuaba disfrutando firmes ventajas electorales en relación a la multitud.

Lucio había concentrado la parte más importante de sus esfuerzos en los ciudadanos de las primeras clases. Su esfuerzo había sido recompensado: muchos no habían dudado en acudir desde sus lejanos municipios. Para votar, era indispensable desplazarse a Roma, viaje largo y costoso, que los pobres difícilmente podían hacer. Por esta razón, el número de los que se abstendían sobrepasaba a menudo el de los votantes que acogía el Campo de Marte. 160

Lucio sintió que el corazón se le oprimía al ver al magistrado que iba a presidir las operaciones electorales que se aprestaba a tomar los auspicios. A pesar de los discursos tranquilizadores del Sumo Pontífice, Lucio temía que los mismos fueran desfavorables. Precedido de sus lictores, el magistrado se dirigió a la tribuna que dominaba los recintos electorales: el espacio había sido consagrado y habían levantado una pequeña tienda. El magistrado penetró en la misma. Pasó un cuarto de hora: una eternidad para Lucio. Dejó escapar un suspiro de alivio al ver al cónsul salir de la tienda y al oír al heraldo, que estaba en el estrado pronunciar las palabras rituales:

—Nada se opone a la realización de los comicios. Que los dioses permitan que su decisión sea útil, propicia y saludable para el pueblo romano de los quirites, para mí y mi colega, ¡por nuestra fe y nuestra magistratura! ¡Convoca en el recinto, aquí, delante de mí, a todos los quirites, soldados de infantería, portadores de armas, jefes de las tribus! ¡Ve y haz sonar tu trompeta!

El heraldo llevó de inmediato el instrumento a su boca, y el sonido victorioso retumbó. Luego dio la vuelta al Campo de Marte siempre tocando para que los remolones se dieran prisa.

Al mismo tiempo, un ayudante del cónsul dio orden de izar la bandera roja sobre la ciudadela del Capitolio, recuerdo de los tiempos lejanos en que la Ciudad estaba rodeada de pueblos hostiles: mientras los soldados votaban, no debían quitar los ojos de la bandera, pues si ésta era arriada para anunciar que el enemigo estaba a la vista, era preciso estar preparados para tomar las armas de inmediato.

El heraldo había vuelto a su punto de partida. El Campo de Marte rebosaba de gente. El magistrado hizo una corta plegaria a los dioses y se dirigió de nuevo a la multitud.

—Quirites, habéis venido aquí para elegir pretores. Entre los candidatos, cuyos nombres guardo en la memoria, tendréis que designar a aquellos que queráis ven ejercer este cargo. Les conocéis ya: algunos de ellos forman parte de los personajes más distinguidos de nuestra Ciudad. Pero si por desgracia los habéis olvidado, dirigid vuestra mirada a los paneles donde se encuentran inscritos sus nombres y escoged a los que os parezcan más dignos de gobernar la República. —El magistrado se detuvo unos instantes, luego continuó:— ¡Dispensaos, quirites! Que cada uno vaya a su centuria y lleve su sufragio.

Ante estas palabras, se oyó un ruido sordo y confuso proveniente de la multitud. Los italianos, que no estaban muy acostumbrados a votar, se equivocaban de claustro y pedían al servicio de orden que les indicara hacia qué recinto debían dirigirse. Finalmente, todos llegaron al lugar correcto.

Se acercaba el momento de sacar a la suerte para determinar qué centuria iba a depositar sus sufragios en primer lugar. El cónsul se dirigió hacia una urna redonda atravesada al medio por un eje horizontal fijado sobre dos montantes. Puso dentro de la misma un número determinado de bolas que llevaban los números de las unidades de voto. Luego cerró la urna y la hizo rodar varias veces sobre su eje. Después de esa actuación, tomó al azar una de las bolas: sería una de las centurias de segunda clase la que tendría hoy la *prerrogativa*.

El primer elector penetró en el pasadizo que conducía a la tribuna electoral. Evandro murmuró su nombre a Lucio: era Marco Novio, un importante armador de Ostia. Evandro había conseguido convencerlo de que votara a Lucio, prometiéndole que podría contar con su indulgencia en el proceso que le enfrentaba a sus proveedores. El pasadizo era bastante largo. Entre el recinto y la tribuna electoral existía una diferencia de altura de dos pasos más o menos. A mitad de camino, el elector se detuvo y bajó para tomar la tablilla de cera y el estilete que le tendía un hombre instalado bajo el pasadizo.

Lucio se acordó en ese instante de las ideas escépticas en relación al voto escrito que sostenía su padre, modalidad instituida en la época de los Gracos. Antes, decía Aulo, todo era más simple, y ante todo más sincero. Cada ciudadano proclamaba su elección en voz alta, en vez de escudarse detrás del secreto de la tablilla. Los candidatos podían hacer el recuento exacto de sus amigos. Los demócratas pretendían que este sistema impedía la libertad de voto. Habían terminado ganando. Pero había maneras de esquivar el secreto del voto escrito: era suficiente con apostar cerca de los pasadizos a personajes que intimidaran al elector.

Novio se reincorporó e inscribió el nombre de su elección en la tablilla. Luego avanzó hasta la tribuna electoral, y la depositó dentro de la urna. Todos los de su centuria hicieron uno detrás de otro el mismo trayecto y repitieron sus gestos. Cuando el último elector hubo abandonado el pasadizo, los miembros de la oficina electoral hicieron el recuento de los sufragios. Lucio lanzó una exclamación de alegría al oír su nombre entre el de los ocho candidatos: era un buen presagio. La partida no estaba ganada —ciento noventa y dos centurias debían pronunciarse aún— pero empezaba bien. El voto de la primera centuria se decía que expresaba la voluntad de los dioses, y tenía un efecto de arrastre sobre el resto de los comicios. Además, la fortuna había designado hoy a una centuria de las primeras clases: si los mejores ciudadanos continuaban votando a su favor, el asunto estaba ganado.

Al final de la hora novena, las clases que poseían las centurias más numerosas se habían pronunciado, y la inmensa mayoría de las tablillas designaba a Lucio.

En el año seiscientos setenta y siete tras la Fundación de la Ciudad, Lucio tomó el camino de los honores en el punto exacto en que había culminado la carrera de su padre. Entre la multitud, aquella tarde, en el Campo de Marte, muchos decían que un día llegaría a ser cónsul. Nadie se acordaba de las palabras del gladiador.

El exceso de honores o de sufrimientos produce a menudo entre los hombres efectos opuestos. La gloria los vuelve duros e insensibles, mientras que el dolor les hace conocer sus límites y les hace más indulgentes a los de los otros. La muerte de sus padres y sus años de esclavitud le habían confirmado a Lucio los sentimientos de desprecio y de superioridad que experimentaban los nobles frente a la plebe y los hombres libres respecto a los esclavos. Para estupor de sus amigos, Lucio empezó a cambiar poco tiempo después de ser elegido para la pretura. Se le vio conversar cada vez menos con los miembros más conservadores del Senado. Cumplía sus funciones judiciales con una imparcialidad poco común entre los jueces. Cuando atravesaba el Foro para ir al tribunal, no se hacía acompañar ya por el cortejo habitual de protegidos y deudores. Cuando el Senado tuvo que hacer frente a las propuestas de ley destinadas a restablecer en su poder a los tribunos de la plebe, permaneció silencioso, evitando comprometerse de un lado o del otro. Se le preguntó sobre los motivos de esta extraña reserva, tan poco de acuerdo con su pasado. Se limitó a contestar:

—El papel del pretor es el de administrar justicia. Si mis sentencias os parecen inicuas, estoy dispuesto a responder de las mismas al dejan el cargo. Pero si se ajustan al derecho, ¿por qué me reprocháis el cumplir las funciones para las cuales el pueblo me ha escogido?

Nadie creía esta explicación. La gente de bien murmuraba que Lucio se disponía a traicionar al partido conservador, y a unirse a la funesta cohorte de vástagos de la aristocracia que habían pasado con armas y bagajes al partido popular. Los demócratas daban prueba de la misma desconfianza. Sólo en los cuentos infantiles existían lobos que se transformaban en corderos. La neutralidad de Lucio debía ser efecto de un cálculo, el cual seguramente les sería desfavorable. Los ranos moderados se interrogaban sin lograr encontrar una respuesta. Solamente un antiguo esclavo emancipado sabía más que ellos: se trataba de Diófano, quien había aconsejado a Lucio que frecuentara a los estoicos.

Habían pasado más de dos siglos desde que Zenón había sentado los fundamentos del estoicismo. Esta filosofía se había extendido en Oriente hasta Babilonia. Los romanos la habían conocido más tarde, gracias a Panecio, un filósofo de Rodas, protegido de Escipión Emiliano. Uno de sus discípulos más distinguidos, Poseidonio, había seguido sus pasos, y la calidad de su enseñanza y de sus escritos fascinaba a los hombres más cultivados. Había fundado una escuela estoica en Rodas que obtuvo un éxito deslumbrante: la isla se había transformado en el centro intelectual de su tiempo, relegando a Atenas y a Alejandría a la sombra. En el momento en que Lucio había tomado posesión de su cargo, Cicerón seguía allí las enseñanzas del maestro, por el cual Pompeyo experimentaba la más grande amistad. Lucio pensaba hacer el viaje a Rodas apenas quedara liberado de sus funciones. Por el momento se contentaba con leer los tratados de los estoicos y con escuchar los comentarios que hacían sobre ellos los alumnos de Poseidonio en Roma. Ya en Pompeya, el estoicismo le había atraído. Pero durante casi diez años, los golpes del destino le habían impedido interesarse por él con mayor rigor. Le parecía que todo se volvía más claro. Conseguía una especie de serenidad, sin ilusiones ni amargura, al lado de la cual las luchas del Foro perdían cada día un poco más del valor que habían tenido para él.

Estos sentimientos lo habían asaltado al día siguiente de su elección, como si el fin, una vez alcanzado, se transformara súbitamente en irrisorio. Comprendía gradualmente que esta toma de conciencia, pese a lo repentina, era el resultado de una larga maduración, que había empezado en ocasión de su partida para Ierné. Las revelaciones de Deirdré, el amor y la muerte de Aurelia, la desaparición de sus padres y los años en Sicilia... La incoherencia de esta sucesión de alegrías y de pruebas empezaba a aclararse. Su corona de laureles se había marchitado rápidamente: se sorprendía pensando que todo lo que le habían enseñado no tenía quizá más importancia que esas hojas desecadas. Reflexionaba a menudo sobre aquella sesión del Senado en que Marco Valens le había apostrofado. Una de sus frases le obsesionaba, aquella en la que le había reprochado el no haber comprendido el mundo ni su propia vida. Las líneas duras de estas certidumbres se esfumaban con el transcurso de los días. Todas las maniobras, los cálculos pacientes que había tenido que hacer para llegar a la pretura lo descorazonaban y el rostro de Catón, con el que se encontraba cara a cara cada mañana en el atrio, le parecía muy fatigado, vestigio de un tiempo desaparecido, o que incluso

quizá no había existido más que en los discursos de su padre. A veces se reprochaba el traicionarlo. Pero más a menudo aún pensaba en aquellos junto a quienes había marchado estrechamente unido y cuyos rasgos ninguna imagen conservaba: Diófano, Eupalino, Deindré... ¿Qué habría sido de Roma sin estos miles de desconocidos? ¿Ante quién habrían hecho los cónsules desfilar orgullosamente sus fasces, sin esta multitud a la que le habían enseñado a despreciar? Conocía muy bien los defectos del pueblo, su inconstancia, su falta de cultura. Pero no lo despreciaba. Pedía a los dioses solamente que le dieran el tiempo necesario para que las últimas disonancias se fundieran en un acorde armonioso. Luego, tan sólo importaba la promesa de Aurelia.

*

Al final del año que siguió a su abandono del cargo, Lucio se embarcó para Rodas, acompañado de Evandro y de algunos esclavos. Tuvo la suerte de llegar allí sin que su barco fuera localizado por los piratas, cada vez más numerosos. La isla de las rosas merecía con razón su sobrenombre: estas flores magníficas crecían por doquier e inundaban el aire con su perfume en el momento de su eclosión. Aunque había venido para escuchar a Poseidonio, Lucio renovó primeramente su contacto con la Naturaleza. No había olvidado las emociones de su juventud, la embriaguez de sus sentidos en los bosques celtas y las verdes landas de Ierné. Los paisajes rodianos no recordaban en nada a los del Norte. El azul del Mediterráneo era más intenso que el gris verdoso del Océano. El color del cielo iba a la par y era más vivo que las palideces boreales. La tierra era árida y seca, pero se redimía de su dureza por sus ocrees espléndidos, como si el sol hubiera dejado allí una parte de su fuego. Lucio no había viajado nunca tan al sur y temía, antes de su partida, soportar mal el calor. Tuvo una agradable sorpresa: aun en lo más fuerte del verano, era muy raro que no soplar la brisa marina. Tras haber escuchado las lecciones de Poseidonio, Lucio caminaba solo a lo largo de la orilla, sobre la arena húmeda de grano duro que crujía bajo sus pies. Las olas se consumían allí con largos suspiros, cuya incansable repetición eran para él la imagen de los flujos cíclicos y eternos del universo. El sentimiento de lo inefable que había experimentado en su amor por Aurelia no se explicaba de otra forma. Todo estaba íntimamente relacionado, todo se volvía a juntar. Por primera vez, Lucio comprendía lo que era para él la felicidad: estar de acuerdo consigo mismo y con el mundo.

Un día, durante uno de sus paseos, hizo otro descubrimiento. Había llegado muy lejos de la ciudad, a una playa bastante desierta donde sólo se divisaban algunos pescadores de esponjas en sus embarcaciones ligeras. A pesar de su lejanía, este lugar lo atraía a causa de su belleza salvaje y solitaria. Algunas ruinas emergían de la arena. A Lucio le gustaba sentarse allí, contra un muro semiderruido. Pasaba en ese lugar largas horas meditando, mientras contemplaba el mar. Aquel día le pareció que algo había cambiado. Tardó algún tiempo en darse cuenta de que las ruinas no ofrecían el mismo aspecto. El viento había soplado tempestuosamente los días precedentes y había transportado cantidades considerables de arena al otro extremo de la pequeña ensenada. Su mirada fue atraída por una mancha de color. Se acercó y contorneó el muro. Allí apareció ante sus ojos maravillados la primavera del mundo. La mancha no era más que el extremo de un vasto fresco, al cual el viento había despojado de su manto de arena. La escena representaba a una pareja de jóvenes tendidos sobre una cama, que evocaba a los lechos donde se exponían personajes importantes después de su muerte. Aparecía rodeada de bailarinas. El hombre abrazaba los hombros de la muchacha, que apoyaba su cabeza en el pecho de él. La joven ofrecía sus labios apenas abiertos, dejando entrever el nacimiento del pecho. Los dos sonreían y sus ojos expresaban una felicidad indecible.

Una parte del fresco todavía estaba recubierto de arena. Lucio la apartó con precaución. Apareció un paisaje. Una playa ocupaba un extremo. El cielo y el mar llenaban el mayor espacio del fresco. Unos leones de gueijas azuladas caminaban con gracia sobre la rojiza arena. Dos pescadores lanzaban sus anzuelos desde una barca de formas afiladas. Su proa estaba adornada con dos grandes ojos bordeados de pestañas y avanzaba en medio de un vuelo de pájaros y de delfines.

Los había por todas partes, como si el pintor hubiera querido representar la abundancia de la edad de oro. Algunos pájaros estaban pintados con el mismo azul que las melenas de los leones, otros de verde o de rojo, como los delfines. Los que volaban más bajo rozaban con sus alas las aletas de los grandes peces curvadas por el impulso que les hacía elevarse hacia el cielo. El principio del mundo. El universo destellante de juventud y ornado de la belleza serena de los orígenes. Lucio no conseguía quitar sus ojos del fresco. Su belleza se debía tanto al tema como al tratamiento que el artista le había dado. Lucio siempre había admirado el arte griego clásico, pero lo encontraba de una perfección demasiado fría. Esta escena le resultaba completamente extraña: los colores de una frescura inaudita, la gracia de los personajes, la pureza de sus movimientos, sus expresiones sonrientes y apacibles, sobrepasaban en hermosura las obras más célebres que conocía. ¿Qué mano había escogido estos tonos y había dibujado estos rasgos? ¿En qué tiempos había llegado el hombre a tal punto de perfección? Lucio se hacía estas preguntas mientras volvía a colocar arena sobre el fresco para protegerlo, y no encontraba ninguna respuesta.

De retorno a Rodas, fue a buscar a Alastor, uno de los sabios de la isla. Era un anciano casi ciego. Cada vez que Lucio lo veía, pensaba en Homero. Alastor pareció muy turbado al oír su relato y le hizo jurar que no diría nada a nadie sobre su descubrimiento. Cuando Lucio se lo hubo prometido, se tranquilizó y empezó a hablarle con una extraña voz de aedo.

—No te equivocas cuando dices que te ha parecido que asistías al nacimiento del mundo. Precisamente de esa época data el fresco que los dioses han permitido que tus ojos contemplaran.

—¿Fue esto antes de la fundación de Roma, antes de Homero?

—Vuestra ciudad es muy joven. Las mismas Atenas y Esparta no fueron las primeras ciudades. Fue antes de vuestros reyes, antes de Pendes. Hace tanto tiempo, que ya no sabemos mucho al respecto. Sólo las leyendas y los poetas nos hablan de ello. Cuentan que en esos tiempos Creta tenía un poderío y una riqueza extraordinarios. Cuesta creerlo cuando se viaja a esta isla en nuestros días, Pero las antiguas narraciones que nos han transmitido nuestros antepasados, lo afirman así. Minos, el rey de Creta, era tan poderoso que los atenienses se veían obligados cada año a entregarle siete jóvenes que él sacrificaba al Minotauro, un monstruo mitad hombre, mitad toro, que se escondía en un laberinto bajo el palacio real. Los mismos reyes debían someterse periódicamente a su juicio. Si habían actuado mal, no volvían a salir del laberinto. Nadie veía jamás al monstruo, pero ningún hombre dudaba sobre su existencia cuando se oían sus bramidos de cólera saliendo de las entrañas de la tierra.¹⁶¹ Cuentan que un joven ateniense consiguió matarlo y salir del laberinto gracias a un ovillo de lana que le había dado Ariadna, la mujer que él amaba. Al dejar devanar el hilo tras de sí, pudo encontrar el camino que conducía a la superficie terrestre. Te explico esto para que comprendas bien hasta qué punto Creta dominaba a las otras ciudades. Sólo con los pueblos de Acadia trataba de igual a igual y emprendía expediciones comerciales. La riqueza de los príncipes cretenses era extraordinaria: se dice que iban vestidos enteramente de oro y que envolvían los cuerpos de los niños muertos en hojas de este metal antes de depositarlos en tumbas gigantescas... Los mejores artistas trabajaban para ellos, y los siglos pasaban sin que estos tiempos maravillosos parecieran que debían terminan.

—Crees que son las manos de esos artistas las que han dibujado el fresco que he visto...

—Lo que me has descrito corresponde a lo que los poetas nos relatan sobre las pinturas que adornaban los muros del palacio de Minos. Como los cretenses venían a menudo a Rodas, es posible que uno de sus nobles se hiciera construir una casa en nuestra isla.

La voz de Alastor se hacía débil y titubeante. Lucio comprendió que el anciano estaba fatigado. Antes de retirarse, le hizo una última pregunta:

—Si no hubiera visto lo que te he contado, me costaría creen que todo esto que dices ha sucedido realmente. Los grandes templos de Atenas datan de varios siglos, pero se los ve aún de lejos en la Acrópolis, con sus explosivos colores.¹⁶² ¿Cómo es eso que las ciudades tan ricas y poderosas de las que hablas hayan desaparecido?

Alastor movió la cabeza suavemente.

—Nadie puede responder a tu pregunta.¹⁶³ Se sabe solamente que estas ciudades y los pueblos que las habitaban fueron aniquilados repentinamente. No ha quedado nada. Los dioses quisieron borrar sus huellas de la memoria de los hombres: por eso debes guardar silencio. Acuérdate de lo que dice Poseidonio: todo debe terminan, poco importa la manera. Un día, se evocará a Roma y a sus magistrados como yo te he hablado de Creta y de sus príncipes. Todo pasa, todo recomienza: es la ley del Universo...

Lucio se retiró sin ruido para no molestar al anciano cuyos ojos parecían estar fijos en un punto lejano e invisible.

*

Lucio estaba en Rodas desde hacía más de un año y no echaba de menos Roma. Los papiros se acumulaban sobre su mesa de trabajo. Él los contemplaba con fatiga: sólo malas noticias. El Tesoro estaba vacío y el coste de la vida subía vertiginosamente, provocando la exasperación del pueblo. Para evitar la revuelta, el Senado había tenido que conceder al partido popular lo que éste reclamaba desde hacía años: la reintegración de los tribunos de la plebe en el *cursus honorum*. Los demócratas podían acceder a las magistraturas superiores con más facilidad que antes. Sintiendo que el Senado estaba a la defensiva, los caballeros volvían a erguir sus cabezas, que Sila había hecho inclinar. Habían obtenido el arrendamiento de los impuestos de Sicilia y preparaban la reanudación de una política imperialista impulsando la validez del testamento de Nicomedes III que había legado a Roma su reino de Bitinia: allí había suculentos negocios en perspectiva y tomaban todas las disposiciones para impedir que el Senado les privara de los mismos. Tanto más en cuanto la nobleza tendría muy pronto sobre sí un hermoso escándalo. El propretor de Sicilia, un tal Verres, practicaba un pillaje sin precedentes en la provincia confiada a su administración. Los caballeros se habían jurado que lo llevarían ante los tribunales cuando dejara el cargo, esperando que su condena recaería en el Senado en pleno. Cicerón mismo había sido cuestor en Sicilia justo antes que Verres llegara allí y gracias a las relaciones que había conservado, hacía que lo tuvieran meticulosamente al corriente de las exacciones del propretor. Su talento de orador era actualmente reconocido. Aunque afligido de un pesar incunable por no pertenecer a la antigua aristocracia, el abogado se había resignado a desmarcarse de la misma. Sentía que el viento soplaba en una dirección diferente y tenía la buena intención de seguirlo en el buen sentido: si Verres continuaba burlando la ley, le haría caer desde lo alto de su silla curul.¹⁶⁴

El Senado veía el peligro, sin encontrar cómo ponerle fin. Sentía planear sobre sí la sombra amenazante de Pompeyo, a quien todos llamaban «el Grande». Durante el año de la pretura de Lucio, había ajustado las cuentas con Lépido y se preparaba para derrotar a Sertorio, uno de los jefes seguidores de Mario, proscritos por Sila, que había puesto pie en España. El rebelde prometía a los indígenas que, tras su victoria, haría de ellos los iguales de los romanos, y mostraba unos talentos militares preocupantes. Aterrorizado, el Senado se había visto obligado a recurrir a Pompeyo y le había conferido un mandato ilimitado. Todos los senadores cantaban públicamente las alabanzas del joven general, y temían en su fuero interno que, si conseguía la victoria una vez más, no resistiera la tentación del golpe de Estado. Pero los Ancianos no podían elegir, los enemigos de Roma se coaligaban en su contra. Desde hacía cinco años, el antiguo cónsul Servilio intentaba limpiar el Mediterráneo de piratas, pero no había podido desalojarlos de su guarida de Cilicia, cuyas costas no se encontraban lejos de Rodas. Mitrídates, el enemigo mortal de la Ciudad, acababa de reemprender las hostilidades. Pretendiendo que el testamento de Nicomedes había sido falsificado por los romanos, había invadido Bitinia. Sentía que Roma estaba debilitada y quería aprovechar esa situación para destruirla.

Lucio releó la última carta que había recibido. Las amenazas cobraban forma y el Senado le solicitaba encarecidamente que regresase. Roma tenía necesidad de todos sus hombres de valía. Con la mediación de los piratas, Mitrídates había acordado recientemente una alianza con Sertorio. Este

último le había enviado un general del partido popular, que llevaba el siniestro nombre de Marco Mario.

Lucio volvió a dejar el papiro sobre la mesa. La letra era tortuosa y difícil de descifrar. La mano del escriba había debido de temblar al escribir estas terribles nuevas. Todo esto le parecía lejano y curiosamente desprovisto de importancia. Sin embargo, se obligó a reflexionar sobre ello. Al cabo de un momento, tuvo que rendirse ante la evidencia: Roma no podía confiar más que en Pompeyo. Si llegaba a vencer a Sertorio, sería preciso confiarle inmediatamente el mando de las tropas destacadas contra Mitrídates. Entre varios males, se tenía que escoger el menor, y Pompeyo era el menor.

En el mismo instante, en una casa situada no lejos de la que se encontraba Lucio, un joven decidía abandonar Rodas hacia las costas próximas de Cania para luchar allí contra la vanguardia de Mitrídates. Se trataba de César. Tras su fracaso en la acusación contra Dolabella, había juzgado prudente abandonar Roma. La isla de las rosas lo había atraído. Estaba poblada por artistas y eruditos, gentes refinadas cuya compañía apreciaba. Había estado a punto de no llegar allí nunca. A lo largo de las costas de Asia Menor, su barco había sido capturado por los piratas. Para liberarlo habían exigido un rescate de veinte talentos. Siempre gran señor, César había hecho subir la suma a cincuenta talentos, cantidad que consideraba más digna de él. Obligado a permanecer con los piratas durante el tiempo en que se junto este importe, había hecho buenas migas con ellos, prometiéndoles entre risas que haría que los capturaran cuando le hubieran liberado. Los piratas se desternillaban. Unas semanas más tarde, se balanceaban en una cuerda mientras César desembarcaba en Rodas. Prefería las lecciones del célebre retórico Apolonio Molona las de Poseidonio: la elocuencia le haría mejor servicio que la filosofía para llevar a cabo sus ambiciones. Pero Mitrídates le impedía avanzar por esta vía: ya era hora para él de ganar en el campo de batalla la gloria que en el Foro le había sido esquiva.

La noticia de su partida puso fin a las vacilaciones de Lucio. Si un joven presumido como César partía, privándose de las delicias de la isla, para defender la Ciudad, un senador no podía quedarse allí. Lucio dictó a Evandro una carta dirigida al Senado donde les anunciaba que se rendía a sus ruegos. Un mes después, se encontraba de regreso en Roma. Apenas había desembarcado cuando se enteró, con consternación, que había estallado una revuelta de esclavos cerca de Capua.

*

La oligarquía senatorial mantenía celosamente sus bienes principales en la Campania. Los Gracos en persona no habían podido obligarla a aflojar su presión. La efímera reforma agraria de los dos tribunos no había hecho más que rozar sus dominios sin llegar a desmembrarlos. Solamente algunas colonias jalonaban el contorno más árido de la rica llanura capuana. Cuando los esclavos sicilianos se habían rebelado, varios miles de sus congéneres se habían sublevado también en Campania antes de ser aplastados por las legiones romanas. Sin embargo, el que se preparaba para la nueva sublevación de las masas serviles no era ni un pastor, ni uno de esos hombres encadenados a la muela. Espartaco era un gladiador. Nacido libre entre los tracios, había pasado su infancia y su juventud siguiéndolos en sus enrancias nómadas. Luego, se había visto obligado a servir para la gloria de Roma en un contingente auxiliar reclutado en su pueblo por la Ciudad. Espartaco se había rebelado rápidamente: había desertado y se había unido a las filas enemigas. Hecho prisionero junto con cientos de sus compañeros de armas, había ido a parar al mercado de esclavos. La víspera de su venta había tenido un sueño extraño: su cara le había aparecido rodeada de una serpiente. Su esposa le había explicado que soñar con una serpiente era un buen presagio: este animal anunciaba siempre el poder. Espartaco pensaba a menudo en esta profecía. Su mujer era adepta de Dioniso y cuando caía en trance, él no dudaba de que el dios hablaba por su boca.

Espartaco se había encontrado tras los barrotes de una de las numerosas* *ludi* de Campania, tierra bendecida de los lanistas. Lentulo Vatia no era ni mejor ni peor que la mayor parte de sus colegas.

* El adjetivo debería concertar en masculino, como lo es *ludus* [Nota del escaneador].

Pero cometió un error que iba a costar caro a la Ciudad al reunir en su *ludus* a demasiados hombres que no habían sido jamás esclavos. Tracios, así como también galos y germanos, que habían luchado valientemente contra Roma en los campos de batalla, o que habían sido capturados por los piratas. El gusto por la libertad no les había pasado aún. Para que aceptaran morir dócilmente en la arena bajo los silbidos de los espectadores, era necesario que le dieran más tiempo a Lentulo Vatia. Esto es lo que le faltó.

Espartaco decidió evadirse rápidamente del *ludus*, como había desertado de las filas romanas. Ayudado por dos galos, Crixo y Oenomao, consiguió que se adherieran a su provecho otros doscientos gladiadores. Pocos días antes de la fecha prevista para su evasión, le avisaron que habían sido denunciados. Jugándose el todo por el todo, consiguió escapen junto con algunas decenas de amotinados. Apenas acababan de salir del *ludus*, los gladiadores forzaron las puertas de una tienda cercana donde vendían asados y pollos y se apoderaron de los cuchillos de cocina y las broquetas para ensartar las carnes, puesto que no habían tenido tiempo de forzar los armarios donde estaban encerradas sus armas. Frente a las espadas y a las lanzas de los soldados que les perseguían, estos utensilios de carnicero no les habrían permitido resistir mucho tiempo. Los dioses velaban por ellos. Al salir de Capua, Espartaco y sus compañeros se encontraron con un convoy cargado de armas para gladiadores destinado a un *ludus* de otra ciudad. Se apoderaron del mismo y luego llegaron a las faldas del Vesubio, dispuestos a aguantar los asaltos de sus perseguidores. Consiguieron refuerzos inesperados. Presos de locas esperanzas, muchos esclavos abandonaron sus rebaños y dejaron caer sus azadas. Se unieron a ellos hombres libres: pobres, obreros agrícolas, campesinos arruinados por los grandes propietarios, que no tenían ya nada que perder. En pocos días, Espartaco vio cómo se unían en derredor suyo varios miles de hombres. Los rebeldes eran entonces lo suficientemente numerosos para permitirse bajar a la llanura y apoderarse de víveres, y reclutar nueva gente. Apoyado por Crixo y Oenomao, Espartaco se impuso como el jefe indiscutible de la revuelta. Vigoroso y decidido, sabía también mandar con suavidad y sabiduría, y se preocupaba siempre de que el botín se repartiera equitativamente entre sus compañeros.

Éstos destrozaron a los soldados enviados desde Capua. Se apoderaron de sus armas, arrojando alegremente las que habían tomado durante su fuga: forjadas para el *ludus*, no eran más que símbolos de su esclavitud.

En Roma nadie se inquietaba. Siempre habían existido bandas de esclavos fugitivos. Pero como las autoridades de Capua tardaban en solucionar el problema, el Senado confió algunas cohortes al pretor Claudio Glaber, ordenándole que librara las costas del Vesubio de esta vergonzosa lepra. Seguro de sí mismo, Glaber instaló sus tropas al pie del volcán. Éstas, aunque mediocres, vencerían muy fácilmente a los sediciosos, insuficientemente armados y mal entrenados. Los esclavos no podían escaparse: el pretor dominaba el único paso. El resto no eran más que rocas lisas y cortadas a pico. Espartaco sólo podía caer en la trampa y perecer. Glaber no había contado con la ingeniosidad del tracio. Las viñas crecían abundantemente en las pendientes del Vesubio. Espartaco hizo que cortaran algunas y que entrelazaran los sarmientos de manera que formaran escaleras volantes. En el transcurso de la noche, los esclavos bajaron al pie de la montaña y cercaron el campo de Glaber. Éste escapó por muy poco a la masacre y Espartaco dio muerte al caballo del pretor.

Lucio se enteró de estas noticias por boca de sus colegas de la Curia que se felicitaban de haber enviado allá abajo nuevas tropas al mando de Cossinio. Lucio no compartía su optimismo. No había olvidado a Gregario y Espartaco no estaba aún clavado en los maderos de la cruz. Él desconfiaba también de los italianos: muchos no habían olvidado la guerra social y la manera en que el Senado les había privado en los comicios de una parte de las victorias conseguidas en los campos de batalla. Los colegas a los que hacía partícipes de sus dudas le contestaban que los italianos nunca se rebajarían a unir sus fuerzas a las de viles esclavos. Lucio no estaba tan seguro.

Un día que salía de la Curia, tras haber intentado en vano convencer a los Ancianos, fue abordado por Quinto, presa de una gran agitación. Jadeaba, y sus cabellos de ordinario

cuidadosamente peinados, le caían en desorden sobre su frente cubierta de sudor. Tomó a Lucio por el brazo, sin miramientos, y le dijo:

—¡Te he buscado por todas partes! Pensaba encontrarte en tu casa pero me han dicho que estabas en el Senado. He corrido hasta aquí para hacerte saber la terrible noticia. —Lucio frunció el ceno. Quinto le lanzó:— ¡Cossinio ha muerto!

Los senadores que acompañaban a Lucio no pudieron retener sus exclamaciones de sorpresa. Se formó un corro alrededor de Lucio y de su cuñado. A este último lo hostigaban a preguntas. Tras haber recobrado el aliento, Quinto empezó a explicar lo que acababa de saber por boca de los soldados que había encontrado en una de las puertas de la ciudad:

—Espartaco sorprendió a Cossinio y a sus tropas cuando nuestro general se estaba bañando en las Salinas de Herculano. Cossinio logró salvarse casi desnudo, sin tener tiempo de agrupar a sus soldados ni llevarse nada. Pero Espartaco le siguió la pista y sitió su campamento. Acabó penetrando en el mismo y matando a Cossinio junto con otros centenares de soldados.

Ante estas palabras, algunos senadores empezaron a lamentarse. Los dioses abandonaban la Ciudad. Lucio les impuso silencio.

—No culpemos a los dioses de nuestras propias debilidades. Nos equivocamos al subestimar a Espartaco. Me he cansado de repetírnoslo desde mi regreso.

— Pero si no son más que esclavos! —le cortó uno de ellos.

Lucio se volvió hacia su interlocutor:

—Esclavos y gladiadores. Espartaco y sus amigos saben luchar.

—Tantos esclavos, tantos enemigos... —murmuró Quinto.

—Si consiguen poner a Italia en contra nuestra, Mitrídates y Sertorio vencerán fácilmente en la Ciudad —continuó Lucio.

Quinto le hizo señal de que quería volver a tomar la palabra.

—Ancianos, Livio tiene razón. Escuchadme, puesto que traigo otras noticias. —Se hizo un silencio ansioso.— Ya no se trata de una banda de fugitivos aferrados a las faldas del Vesubio con quien tenemos que habérmolas. ¡Son cerca de treinta mil! Toda la Campania tiembla. Cada día asaltan nuestros dominios, incluso han empezado a apoderarse de pequeñas villas. Con las pieles de los bueyes y de los carneros que han robado, fabrican escudos. Y forjan el hierro de sus cadenas para hacer espadas. Espartaco está organizando un ejército bien equipado, con cuerpos de caballería. E incluso., parece que se ha investido de las insignias militares de nuestros pretores y que se hace preceder de fasces, ¡como un magistrado!

Un silencio consternado acogió el anuncio de estas Saturnales de nueva planta. Lucio se adelantó y se encaró a los senadores. Echó un amplio pliegue de su toga sobre su cabeza en señal de duelo.

—Lo habéis entendido, ahora?

*

Unas semanas más tarde, Lucio se despedía de Diófano y de su esposa. Era el fin del invierno y el Senado había decidido aprovechar la vuelta de la buena estación para acabar con Espartaco y Crixo, lanzando en su persecución a los dos cónsules del nuevo año, 165 L. Gellio Públicola y Cn. Lentulo Clodanio. Cada uno de ellos iba a la cabeza de dos legiones. Lucio se había unido espontáneamente al estado mayor de Gellio. Éste marchaba hacia Apulia, donde actuaban los ejércitos serviles de Crixo. El cónsul había aceptado con alegría la ayuda de Lucio: Apulia estaba próxima a la Campania y el antiguo pretor la había recorrido en multitud de ocasiones. Además Lucio conocía las mentalidades y los comportamientos de los esclavos. Quinto lo acompañaba. Para su primera campaña, al joven le hubiera gustado algo mejor que enfrentarse a un ejército de esclavos, Pero él mostraba al mal tiempo buena cara. Cuando las tropas tomaron la Via Apia, Lucio no pudo evitar volverse para contemplar la Ciudad. ¿Cuántas veces había tenido que abandonarla? Había estado a punto de no regresar de Ierné y de Sicilia. Quizá los dioses le permitirían volver a ver una vez más los templos del Capitolio...

Por primera vez desde el comienzo de la insurrección, la Fortuna de Roma se puso de manifiesto. Unas semanas después de haber abandonado la Ciudad, el ejército consular infligió una terrible derrota a los esclavos: las legiones masacraron dos tercios de los hombres de Crixo y él mismo, a quien Espartaco quería como a un hermano, fue muerto en el transcurso de los combates. Oenomaio había perecido el año anterior. De los tres cabezas de la insurrección, sólo quedaba Espartaco. Gellio hizo dar una media vuelta a sus tropas y subió hacia el norte a través de los Apeninos para ir a su encuentro.

Lucio aún se sentía cómodo sobre un caballo. Contemplaba las cimas de las montañas: la primavera no había terminado y la nieve adornaba sus cumbres con una especie de corona gloriosa. Quinto cabalgaba a su lado. El joven tribuno militar había combatido valientemente. La tarde del combate en que Crixo había perdido su vida, delante de la tienda que él compartía con su cuñado Lucio, había hecho erigir dos pirámides formadas con las cabezas cortadas de los esclavos. El verlas había turbado a Lucio. Le parecía que viejas pesadillas volvían a cobrar vida. ¡Por qué no se había quedado en Rodas!

— ¡Muy pronto estaremos de regreso en Roma y Espartaco caminará detrás de los carros triunfales!

Lucio no pudo evitar encogerse de hombros ante las palabras de su cuñado. Sin duda, Espartaco sería vencido. Pero después de él, habría más revueltas serviles. Roma las aplastaría nuevamente y levantaría bosques de cruces. Todo esto era absurdo. Lamentaba cada vez más formar parte de esta expedición de castigo.

Quinto no sospechaba ni remotamente cuáles eran los pensamientos de su cuñado. Tiró de las riendas para aminorar el paso de su caballo que iba más rápido que el de Lucio. Cuando se encontraron a la misma altura, le preguntó:

—Si Crixo y Espartaco no hubieran escindido sus fuerzas, el combate hubiera sido más duro. Tenían mucho interés en permanecer unidos. ¿Por qué entonces el tracio ha dejado que Crixo se dirigiera hacia Apulia mientras que él subía hacia el norte?

—Yo también me he hecho esta pregunta —contestó Lucio pensativamente—. Espartaco es un hombre inteligente. Nos lo ha demostrado. El estado mayor de Gellio cree que se separaron porque ya no estaban de acuerdo sobre los objetivos de su revuelta.

Quinto se encogió de hombros.

—¿Los objetivos? ¡Si no son más que unos saqueadores!

Lucio continuó pacientemente:

—Es posible que Espartaco se dirija hacia el norte para franquear los Alpes a fin de regresar en seguida a su país, como todos los tracios, galos y germanos que lo acompañan.

—Nuestro ejército y el de Lentulo se lo impedirán —replicó Quinto.

—Así lo espero. Pero de todas formas no creo en esta explicación. —Quinto lanzó una mirada de asombro a su cuñado. Con él, nada era nunca sencillo.— Desde el principio —prosiguió Lucio— hemos subestimado a Espartaco y nos hemos equivocado. Temo que tenga una idea mucho más peligrosa.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá quiera tomar Roma e implantar en Italia un reino de esclavos. Recuerda que lleva las fasces y las insignias de nuestros generales. Recuerda también que hay hombres libres en sus filas. ¿Qué harían más allá de los Alpes? En mi opinión, al tomar el difícil camino de los Apeninos, Espartaco tenía ante todo la esperanza de alzar en rebeldía a los marsos y a los samnitas en nuestra contra, mientras que Crixo haría lo mismo en Apulia.

Quinto empezaba a entender el razonamiento de su cuñado.

—¿Quieres decir que Crixo y Espartaco obraban de común acuerdo?

—Exactamente. Su plan consistía en envolver el centro y el este de Italia haciendo que los pueblos se sublevaran para marchar en seguida sobre Roma.

Quinto no respondió nada. Todo esto le parecía demasiado complicado para un esclavo. En todo caso, suponiendo que Espartaco y Crixo hubieran alimentado estos proyectos, habían fracasado.

*

Lucio temblaba. Hubiera querido volver a colocar sobre sus hombros los jirones desgarrados de su manto, Pero sus manos atadas detrás de la espalda se lo impedían. Sin contemplaciones por su rango, los esclavos lo habían atado como a los otros trescientos prisioneros, y los habían hacinado después en una cueva húmeda y azotada por el viento que penetraba con violencia entre sus rezumantes paredes.

Espartaco triunfaba. Lucio no podía dejar de admirar su coraje. El tracio había aplastado las legiones de Lentulo que intentaban bloquear su progresión hacia el norte. Luego, por una media vuelta de las tropas, encarando al enemigo, se había echado encima del ejército de Gellio como un ave de presa. Al cabo de varias horas de combate encarnizado, el pánico ganaba las filas de los legionarios. Bruscamente, las filas romanas se habían desmoronado. Los esclavos hacían volar las cabezas alrededor de ellos, persiguiendo a los fugitivos. La derrota era total. Lucio había intentado darse muerte para no caer en poder de los esclavos, pero en el momento en que dirigía la espada contra su pecho, un violento golpe de mazo le había hecho caer desmayado. Había recobrado el sentido en la cueva. Quinto no estaba muy lejos de él. Tenía un corte en el muslo.

Lucio sabía que iban a morir. Los esclavos no hacían prisioneros. Lo único que ignoraba era cuándo y cómo. Quizás al día siguiente: los habían encerrado allí hacia dos días y Espartaco no tenía ningún motivo para detenerse en ese lugar. La ruta hacia Roma estaba libre. Al principio, Lucio había temido que los colgaran en las cruces. Pero Espartaco debía tener otra idea, pues los esclavos no se habían entregado a los preparativos habituales para este tipo de suplicio. Lucio se sentía extrañamente tranquilo. Desde hacia tiempo tenía el presentimiento de que su vida se aproximaba a su término. El recuerdo de la misteriosa visión de Aurelia no le había abandonado nunca y tras su partida de Rodas, se desvanecían sus últimas dudas.

Desde las primeras horas del día, los esclavos empezaron a dedicarse a una extraña maniobra. Ante la cueva se extendía un amplio terreno llano. Varios de sus congéneres habían instalado allí sus tiendas. Los que parecían desempeñar el papel de oficiales se las hicieron desmontar y les ordenaron que limpiaran este espacio cuidadosamente. Luego hicieron levantar unas empalizadas que formaron muy pronto un círculo rudimentario. Todo esto les tomó la mañana. Los romanos se preguntaban qué era lo que tramaban. Los soldados de Espartaco se ocuparon el resto de la jornada en levantar hogueras en el interior del círculo. Viéndoles hacer, los prisioneros empezaron a gemir, pensando que las mismas les estaban destinadas. La suerte que les reservaba Espartaco era mucho peor. Al término de la jornada, uno de sus lugartenientes entró en la gruta. El hombre era un galo de elevada estatura y llevaba su rubia cabellera recogida en la nuca. Lanzó a los prisioneros una mirada fría y una sonrisa se formó en sus labios. Cuando hubo examinado minuciosamente los rostros angustiados de los legionarios y de sus oficiales, tomó la palabra con voz firme y pausada:

—Romanos, nuestro jefe Espartaco me ha encargado que os viniera a decir que mañana será un día de fiesta.

Los prisioneros abrieron los ojos con estupefacción. ¿Habría decidido Espartaco indultarlos? El galo se detuvo unos instantes, el tiempo suficiente para dejar nacer entre ellos la esperanza. Luego continuó:

—Vamos a celebrar unos juegos en honor de Crixo y de nuestros compañeros muertos en combate. Es así como vosotros celebráis la memoria de vuestros generales y de vuestros magistrados. Estáis acostumbrados a este tipo de espectáculo. —El hombre se detuvo y un destello de odio iluminó sus ojos azules.— Mañana, cuando los cuerpos de nuestros camaradas ardan en las hogueras, vosotros seréis los gladiadores!

Los prisioneros permanecían mudos de estupefacción y de terror: el fin que les reservaba Espartaco era peor que todos los suplicios. Antes de volverse, el galo se echó a reír y les lanzó:

— ¡Tenéis toda la noche para formar las parejas! 166

Muy pronto cayó la oscuridad. Ningún prisionero dormía. Algunos lloraban trémulamente, otros insultaban a los guardianes que permanecían impasibles. Lucio no decía nada y ninguna lágrima se deslizaba por sus mejillas. Gracias a Quinto, a quien había podido decir unas palabras y que le había asegurado su ayuda, moriría dignamente.

El resplandor del día iluminó muy pronto las paredes de la cueva. Fuera, los esclavos se amontonaban detrás de la empalizada mientras que sus compañeros instalaban los cuerpos sobre las hogueras. Cuando todo estuvo preparado, a una señal de Espartaco, empezaron a prender las primeras llamas.

Lucio y Quinto formaban la primera pareja que penetró en la arena bajo las chanzas de la multitud. Tomaron las espadas cortas que les tendían y caminaron hacia el centro del terreno. Los esclavos les gritaban que lucharan valientemente mientras alzaban irónicamente sus puños sobre sus pulgares bajados. Lucio no oía nada. Tenía la mirada fija en la espada que sostenía. Cuando Quinto y él llegaron al centro de la arena, retrocedió y miró hacia la tribuna donde señoreaba Espartaco, vestido con el manto púrpura de *imperator*. Sonó una trompeta, marcando el principio del duelo. No hubo combate. Al tiempo que Quinto arrojaba su arma, Lucio volvió la espada. Apoyó la empuñadura en el suelo y se dejó caer sobre la punta acerada. No sintió la lámina atravesándole el corazón. Había entrado ya en la Luz.

Por una nueva novela histórica

El sueño no es nunca el mismo, pero yo creería de buen grado que es constante la parte de felicidad que, de época en época, los hombres se disputan áspidamente.

G. DUBY ¹

Pocos caminos conducen a Roma. Al menos entre los que emprenden los lectores de nuestro tiempo en busca del pasado.² La ciudad antigua duerme al abrigo de las bibliotecas universitarias, aplastada bajo el peso de sus arcos de triunfo corroídos por el tiempo, mientras que la Edad Media viene a nuestro encuentro, atravesando un olvido demasiado largo de todas las flechas de sus catedrales. ¡Pobre Antigüedad, situada tan alto sobre pedestales erigidos por el humanismo clásico, y que nuestras miradas ya no alcanzan! Si damos crédito a un reciente sondeo, un cuarenta y cuatro por ciento de los lectores (la mayoría relativa) declara, sin ningún embarazo de un cumplido respeto, que la antigüedad «no les gusta de ningún modo». ³ Después de haber recibido tantos honores, ¿merece esta indignidad? ¿No la estamos lanzando en el olvido en donde hemos tenido tanto tiempo encerrada a la Edad Media?

Alabada por cinco siglos de turiferarios, sus incentivos han perdido frescura. Mientras las catedrales aún se elevan vertical y elegantemente sobre la tierra, ¿qué ofrece la Antigüedad a nuestros ojos, engañados por imágenes? Exceptuando, como es obvio, el milagro de Pompeya, las ruinas esparcidas alrededor del Mediterráneo, desesperadamente indescifrables, por otra parte, para aquellos que no tienen el privilegio de ser arqueólogos. La mirada se detiene sobre esas estatuas decapitadas, esas columnas truncadas, los diversos pavimentos que subsisten de las gloriosas vías antiguas, e intenta imaginar a los hombres que las construyeron y las hollaron, y se aparta, impotente.

De tiempo en tiempo apenas volvemos los ojos al pasado para interrogarlo, o tranquilizamos. De aquí viene el éxito de la Edad Media (el lector me perdonará que vuelva a eso, pero este fenómeno es demasiado notable para no significar algo muy contemporáneo). Un tiempo rural, dominado por la Naturaleza, un tiempo de fe también, el de una espiritualidad de la que nuestros cielos vacíos conservan una inconfesada nostalgia. A estas peticiones, la Antigüedad parece no poder responder más que ofreciendo las manos vacías a nuestra decepcionada espera. Al hombre romano, se dice, no le gustaba mucho la Naturaleza, y prefería la ciudad, hoy en día tan desacreditada, pero entonces considerada como la avanzada extrema de la civilización (este mismo término, por otra parte, hace referencia a ella). En cuanto a la religión... La de Romanos parece tan extraña como las creencias de los dogones y de los esquimales, sin tener a su favor las ventajas del exotismo. ¿Cómo no extraviarse en el dédalo de su panteón poblado con dioses tan numerosos y demasiado humanos? Veinte siglos de cristianismo nos han habituado de forma tal a la idea de un dios único y trascendente que sentimos en relación a ellos un asombro vagamente despreciativo (¿el culto de los santos no podría, sin embargo, ser interpretado como un sustituto del politeísmo antiguo?)

Y, no obstante, más allá de esta segunda muerte de la Antigüedad, se percibe como un estremecimiento: algunos libros, literatura de ficción ⁴ tanto como de reflexión. ⁵ Todavía escasos, y con un éxito demasiado incierto para saber si se trata de un salto súbito, o del incentivo de una resurrección. No creo sorprender a nadie al escribir que deseo ardientemente un segundo Renacimiento que nos descubriría a los griegos y a los romanos tal como fueron: ni modelos, ni solamente antepasados, y menos todavía pálidas sombras borradas por el tiempo, sino hombres, simplemente, que buscaron como nosotros la felicidad y que como nosotros intentaron explicarse el sufrimiento y la muerte con los medios de que disponían.

Algunos problemas con los que nos hemos enfrentado también fueron los suyos. Una de las finalidades de este libro, es hacer reflexionar sobre ello. Similitud, pero no identidad, sin embargo. Cuando un romano quería expresar que el cielo estaba despejado, no decía «el cielo está azul» sino «el cielo está sereno». En cierta forma, todo está ahí? Entre ellos y nosotros hay coincidencias, pero también innumerables diferencias y hasta divergencias. Roma conserva una parte irreductible que es su exotismo: los romanos son nuestros padres, pero son también, y quizá sobre todas las cosas, unos bororós para nosotros.⁶ ¿Cómo intentar convencer al lector?

Se proponen vanos caminos que corresponden a un itinerario personal. En primer lugar los trabajos científicos. Como universitario, conozco el interés... y los riesgos de este tipo de literatura. A un que los resultados obtenidos por la investigación reciente (¿se sabe que desde los años sesenta la literatura erudita sobre la Antigüedad se ha renovado ampliamente? Esto puede apreciarse con sólo consultar las bibliografías de las tesis de las últimas décadas) apasionarían mayoritariamente al público, esto sólo ocurriría si la forma en que se presentasen estas obras no las condenara a ser disfrutadas más que por un exclusivo grupo de iniciados. Para acceder a un segundo género, el del ensayo accesible a una audiencia más amplia, la dificultad no es más que deforma... y de mentalidad. La complejidad del lenguaje no demuestra a priori la riqueza del pensamiento. Existe siempre una forma simple de exponer problemas complicados, sin por ello desnaturalizarlos en una vulgarización de baja categoría. Algunos historiadores como G. Duby han aportado la prueba para lo referente a la Edad Media, y no existe ningún misterio propio de la Antigüedad que pudiese resistirse a este tipo de tentativa, que yo mismo he ensayado en un libro reciente.⁷ Aunque cabe destacar que es preciso tener voluntad para hacerlo, pues tal actitud conlleva algunos riesgos para el que la adopta. Para ser claro, se arriesga a demostrar sus puntos débiles, o a perder el poder con que el esoterismo reviste a sus cultivadores. Este segundo tipo de literatura, en todo caso, seguramente podría pensarse que llegaría a un público más amplio que el de las tesis y el de las revistas eruditas y casi confidenciales: una vulgarización de buen nivel, en obras de reflexión desprovistas de las asperezas y la pesadez del estilo universitario. Sin embargo, no nos hagamos grandes ilusiones: este tipo de libro requiere también un gran esfuerzo, que no todos los lectores están en condiciones de cumplir.

Queda un tercer género: el de la novela histórica. Favorita del público, no tiene buena prensa entre los historiadores. Frecuentemente con justicia, reconozcámoslo. La envidia (inconfesada, naturalmente) de los autores eruditos frente a las grandes tiradas no lo explica todo. Hay, por ejemplo, demasiados novelistas que sacrifican la Historia a la intriga, o más grave aún, pecan de cronocentrismo, atribuyendo a personajes de una época determinadas actitudes mentales y comportamientos que son propios de la nuestra. Peor aún, a veces pintan una época como se la imagina por anticipado el lector. En los dos casos, el pasado se vuelve aún más opaco. Sin negar que sean válidas como obras de entretenimiento, me inclino sin duda a adherirme respecto a este punto, al juicio expresado por G. Duby,⁸ este tipo de novelas apenas pueden alcanzar el calificativo de «históricas» y desmerecen la idea de una auténtica cultura popular sirviendo de subterfugio a los que confunden democratización del saber⁹ con una historia compendiada de vía estrecha.

Por todo esto, digámoslo claramente, es preciso inventar una «nueva novela»..., histórica. Lo que no debe significar ser infiel a Clío, y requiere en efecto, que se observen ciertas condiciones, a las que me he esforzado en someter el relato que precede. En primer lugar —y esto es lo mínimo— respetar siempre la cronología y los hechos comprobados. Luego, poner en boca de los personajes históricos sólo aquello que esté documentado sobre ellos, cuidando de no sobrepasar los límites de lo que permita una interpretación razonable. Imaginar con la mayor precaución posible, pero no inventar (veremos más adelante que el historiador, él también, se ve obligado a usar la imaginación, cuando formula hipótesis). En cuanto al lenguaje, su restitución plantea problemas difíciles al novelista, sobre todo tratándose de la Antigüedad. No es posible hacer que todos los personajes de una novela se expresen a la manera de Cicerón, puesto que quizás resultase tedioso para el lector. Además, esto no sería más que perpetuar una falsa imagen —en su exclusivismo—

de la Antigüedad: en la vida corriente no se hablaba así. Por esta razón, el lector no debe sorprenderse de no oír por boca de mis personajes esas larguísimas frases solemnes que atribuimos —erróneamente— a la forma de expresarse de los romanos.

Aunque conozcamos muy mal la lengua latina hablada, ¹⁰ es probable que el lenguaje de Subure y el del Foro así como el que empleaban los oradores en la Tribuna de las Arengas y en la Curia fuera tan diferente entre sí, como diferentes son en la actualidad las conversaciones cotidianas de los discursos en las cortes generales. Releamos a Plauto, Petronio y la correspondencia privada del mismo Cicerón: los romanos nos parecerán menos marmóreos, mucho más familiares.

Y lo serán más aún si el novelista une el talento al rigor, y en estos aspectos ensambla lo que algunos historiadores son y lo que muchos se obstinan en no llegar a ser. Y esto es así, puesto que reconstruir la integridad de la vida debería ser la nostalgia de todos aquellos que, por una razón o por otra, «hacen historia». ¿Es un proyecto romántico y condenado a permanecer siempre inconcluso? Así lo quiero. Esto no impide que, más allá de los ficheros y de las monografías, seremos juzgados sobre la base de ese punto. No nos llamemos a error sobre ello, lo que piden los lectores a la Historia no es más el orden de la conmemoración, «[...] de lo que disfrutaban [...] es de la seguridad de que se les ha dado un reflejo de que lo que viven es una vida, que el polvo de estos estremecimientos inenarrables, de tropismos inalcanzables, todas estas miradas imperfectas, estos movimientos inacabados, esas palabras efímeras que no les pertenecen y que han pasado por sus labios, toda esta multiplicidad anónima en que se disuelve el transcurso de un día pasado, parecido a todos los otros en los que se funde, antes de que se abra el libro dejado para la tarde, que todo esto, como en el libro, en algún lugar, algún día, encontrará su unidad, para formas incluso aunque no tenga sentido, una vida que, no obstante, se relate, un destino». ¹¹

Pero, ¿esto no es pedir demasiado a la Historia? Las fuentes de que disponemos enmudecen a medida que nos remontamos en el tiempo. La Antigüedad parece estar sumida para siempre en la frialdad de sus mármoles y la sequedad de sus fastos consulares. ¿Se conseguirá algún día escribir la historia del olfato, del oído, de la vista que ya reclamaba Lucien Febvre, uno de los padres de la «Nueva Historia»? Quizá no. Pero, de todas formas, se pueden ensayar otros géneros aparte de la epopeya, intentar restituir una parte al menos, de esta vida —la suya y la nuestra— que se nos escapa rápidamente de las manos. Es aquí donde interviene la imaginación que el novelista comparte con el historiador.

Sería inútil y deshonesto el negarlo: la historia «científica» también comprende su parte de ficción. Los documentos contienen lagunas, y a veces faltan totalmente. El lector debe saber que para evocar un siglo, el historiador de Roma no dispone muchas veces más que de diez textos... Además, nosotros los interrogamos a partir de nuestros propios valores, en función de nuestros temores y esperanzas, que son no solamente los de nuestras individualidades, sino los de nuestra época. Ni el antropólogo ni el historiador podrán abstraerse nunca totalmente del objeto de su estudio. La historia no puede ser pues «objetiva». Supone siempre una parte de reconstrucción, como lo reconocen los mejores historiadores. ¹² G. Duby y P. Veyne no han vacilado, por otra parte, en subrayar los lazos existentes entre el libro de historia y la novela. ¹³ Conceder su parte a lo imaginario sin amplificarlo en detrimento de lo que en el pasado fue un hecho comprobado, tal es la regla que tanto el historiador «científico» como aquel que se prueba en la novela deben hacer suya.

Lucio, el protagonista de este relato, no figura ni en el Gaffiot ni en el De Viris Illustribus: en tanto que individuo no ha existido nunca. Y sin embargo, mucho más que yo, sus autores son la Roma real, los destinos singulares de millares de hombres poderosos y oscuros que amaron y sufrieron allí en los cuales se refleja su vida. Si a través de las líneas que preceden, el lector no ha percibido solamente de Roma sus estatuas hieráticas, sus templos inmóviles en una falsa eternidad, sino más bien las dudas y la arrogancia de un hombre, la hediondez del Subure y los sueños de gloria de los habitantes del Palatino, la calidez de una piel y la tersura de una mirada, las

vibraciones de la luz del verano y la placidez de las puestas de sol, entonces, tendré el sentimiento de que, al escribir este libro, no he cesado de ser historiador.

N. ROULAND

Aix-en-Provence, marzo de 1984

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La investigación histórica sobre la Antigüedad ha efectuado progresos inmensos en el curso de la última década. El lector podrá consultar pues obras recientes, que consideran ampliamente el aporte de las diferentes ciencias humanas y los hallazgos de la ciencia histórica.

Puede presentarse un obstáculo de tipo lingüístico: el francés no es el idioma más empleado en estas publicaciones. Domina el inglés, seguido por el italiano y el alemán. Con la esperanza de permitir al mayor número posible de lectores llevar más adelante el estudio de algunos problemas que este libro no hace más que esbozar, citaré aquí las obras redactadas en francés, en un estilo accesible.

Para una aproximación de orden general, puede consultarse: P. Grimal, *La Civilisation romaine* (Flammarion, 1981 [trad. cast.: *La civilización romana*, Juventud, 1965]). El mismo autor trata igualmente las actitudes de los romanos frente al amor en *L'Amour à Rome* (Les Belles Lettres, 1979). El lector interesado por el erotismo romano leerá con interés el último libro de P. Veyne, *L'Élegie érotique romaine* (Le Seuil, 1983) quien sostiene a menudo puntos de vista diferentes sobre el amor en Roma que los de P. Grimal (cf. P. Veyne, «La famille et l'amour sous le Haut-Empire romain», en *Annales E.S.C.*, 1 [1978]; «Les nocces du couple romain», en *L'Histoire*, 63, [1984], Pp. 47-51).

La relación entre arqueología e historia (de Roma) están muy bien tratadas por P. Grimal, *Italie retrouvée* (P.U.F., París, 1979); P. Gros, *Architecture et société à Rome et en Italie centroméridionale aux deux derniers siècles de la République* (Latomus, Bruselas, 1978); F. Coarelli, *Roma* (F. Nathan, París, 1979 [trad. cast.: *Roma*, Mas Ivars, 1982]), soberbiamente ilustrado. Sobre el urbanismo romano, se leerá con provecho L. Duret-J. P. Neraudau, *Urbanisme et métamorphoses de la Rome antique* (Les Belles Lettres, 1983).

Las instituciones públicas de la República Romana han sido presentadas de un modo muy claro por R. Combes, *La République à Rome* (París, 1972 [trad. cast.: *La república en Roma*, EDAF, 1976]). No obstante, la obra fundamental continúa siendo: J. Gaudemet, *Institutions de l'Antiquité* (Sirey, París, 1967).

Una serie de libros tratan de política y de derecho público en Roma bajo una óptica de «ciencia» política: C. Nicolet, *Le métier de citoyen* (Gallimard, París, 1976); L. Ross-Taylor, *Les Partis politiques à Rome au temps de César* (Maspero, París, 1977); P. Veyne, *Le Pain et le cirque* (Le Seuil, París, 1976); M. I. Finley, *Politics in the ancient World* (Cambridge University Press, 1983). El lector me perdonará que agregue todavía: N. Rouland, *Pouvoir politique et dépendance personnelle dans l'Antiquité romaine* (Latomus, Bruselas, 1979); *Rome, démocratie impossible?* (Actes Sud, 1981).

La historia social ha sido bien relatada por: C. Nicolet, *Les Gracques* (París, 1967); P. A. Brunt, *Conflits sociaux en République romaine* (Maspero, París, 1979).

También se puede leer con placer: C. Salles, *Les Bas-fonds de l'Antiquité* (Laffont, 1982); J. N. Robert, *Les Plaisirs à Rome* (Les Belles-Lettres, 1983).

Dos obras guiadas por una óptica original y una lectura apasionante: J. P. Brisson, *Spartacus* (Club français du Livre, París, 1969), que evoca espléndidamente la crisis de la República a través de la historia del esclavo rebelde; M. Meslin, *L'Homme romain* (Hachette, París, 1978), que observa a los romanos de la República bajo un ángulo antropológico, nuevo en muchos aspectos.

Sobre el problema apasionante del mundo de los gladiadores, nos referiremos a la reciente síntesis de C. Ville, *La Gladiature en Occident* (Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome, Roma, 1981).

La vida de los habitantes de Pompeya está muy bien evocada por R. Etienne, *La vie quotidienne à Pompéi* (Hachette, 1966 [trad. cast.: *La vida cotidiana en Pompeya*, Aguilar, 1970]).

Sobre la civilización céltica y sobre el viaje de Piteas, se leerá: J. Markale, *Les Celtes et la civilisation celtique* (Payot, 1981 [trad. cast.: *La epopeya celta en Irlanda*, Júcar, 1975]), de donde se han extraído los textos de algunos mitos celtas citados en este libro; I. Whitaker, «The Hyperboreans of the ancient world», en *Inter-Nord*, 16 (1982), Pp. 139-157; F. Lallemand, *Journal de bord de Pythéas de Marseille* (France-Empire, 1974), del cual he tomado numerosos elementos para la descripción de la primera parte del viaje de Lucio hacia Ierné; del mismo autor: «Pythéas et la route de l'étain et de l'ambre», en *Bulletin de la Société de Géographie de Marseille*. LXXXV, 14 (1981-1983), Pp. 35-46.

NOTAS

1. Sobre las enfermedades femeninas y los problemas médicos planteados en Roma por el embarazo y el parto, ver el reciente libro de D. Gourevitch, *Le Mal d'êt femme - La Femme et le médecin à Rome* (Les Belles Lettres, 1984).

2. La palabra “partido” se emplea en este libro para una más amplia comodidad terminológica. El lector debe, no obstante, saber que sería anti-histórico ver en los «partidos políticos» romanos el equivalente a nuestros partidos modernos. En realidad, la forma y la organización de los movimientos políticos dependen siempre de la especificidades mentales y sociológicas de las sociedades de donde proceden, y si la sociedad romana puede, en algunos puntos, compararse a las sociedades modernas, hay otros en los cuales se aparta. Los «partidos» romanos son mucho menos estructurados que los nuestros o, más exactamente, su modo de estructurarse se caracteriza ante todo por la importancia de las relaciones personales (lazos familiares, relaciones de gente protegida, etcétera) que unían a sus miembros. Tampoco se encuentran «programas» tan definidos y sistemáticos como los que animan nuestra vida política moderna, aunque la división *optimates / populares* corresponde efectivamente a opciones políticas fundamentales y divergentes. Existe una abundante literatura específica sobre este tema. Se puede leer especialmente: L. Ross-Taylor, *La Politique et les partis à Rome au temps de César* (Maspero, 1977). Se pueden hacer observaciones del mismo orden sobre la noción de “clase social”, tan habitual en la actualidad. Evidentemente, había clases sociales en Roma, pero los romanos estaban más familiarizados con la noción de “orden” (*ordo*) que no se corresponde más que parcialmente con la de «clase social». Una obra de este tipo no puede abordar estas importantes cuestiones de orden teórico, pero el lector debe estar por lo menos advertido de su existencia.

3. Los romanos situaban en el 753 a.C. la fecha de la creación de su ciudad, y contaban los años a partir de la misma. Cuando nace el hijo de Aulo, estamos pues en el año 115 a.C. (= 753-638).

4. Es muy difícil conocer el número de individuos que habitaban la ciudad de Roma en esta época. Medio siglo más tarde (hacia el 58-52 a.C.), se puede estimar que se elevaba a alrededor de medio millón de individuos. (Véase P. A. Brunt, *Italian Manpower*, Oxford, Clarendon Press, 1971, 383.)

5. En el 146 a.C.

6. Appien, *La guerre civile*, 1, 94-98.

7. Mamá y papá.

8. Los campesinos franceses se han resistido durante mucho tiempo a casarse en mayo, bajo el pretexto de que era el mes de la Virgen. La prohibición quizá venga de más lejos...

9. 1 estadio = 200 m.

10. Estigia es el río de los infiernos.

11. En numerosos cuentos indo-germánicos se encuentran relatos cuya trama es idéntica a la del mito de Cupido y Psique que Apuleyo nos ha transmitido en sus *Metamorfosis*.

12. Los «populares» son los miembros del «partido» popular.

13. En nuestros días Aix-en-Provence.

14. Homero, *La Odisea*, XXIII, 230-250.

15. Marsella, en la Antigüedad.

16. Evocando los dioses romanos de las encrucijadas, ¿cómo no pensar en las estatuas de la Virgen, tan frecuentes en el cruce de las calles medievales y en las cruces y oratorios que jalonan aún nuestros caminos rurales?

17. Cada año en esta época, los habitantes de la ciudad disfrazaban a un hombre con pieles de animales y lo perseguían hasta fuera de Roma, dándole golpes de bastón. Su nombre —Mamurio

Veturio— era siempre el mismo. Hacia el fin de la República, los romanos continuaban ejecutando este rito, pero habían olvidado su significado. Creían expulsar al «Viejo Marte» (viejo se dice *vetus* en latín), es decir terminar definitivamente con el año transcurrido. O, como sugiere J. N. Robert (*Les Plaisirs à Rome*, Les Belles Lettres, 1983, Pp. 75-76), la explicación de estas prácticas es muy distinta, y nos puede ser revelada al compararlas con los datos etnográficos de que disponemos sobre numerosas tribus africanas. Según la leyenda, el rey Numa habría recibido del cielo un escudo sagrado. Para impedir que se lo quitaran, había hecho construir a un tal Mamurio Veturio, once escudos idénticos. Este último no era pues Marte sino un herrero. Pero, ¿por qué era necesario expulsar cada año fuera de la ciudad a este herrero simbólico? En muchas sociedades tradicionales, el herrero es un ser aparte, a menudo temible: es el amo del fuego, con el cual puede torcer los metales, salidos de la tierra, y sus funciones a la vez telúricas y celestiales, lo unen de forma natural con el peligroso mundo de los espíritus. Conociendo cada año los períodos de frecuentación de éstos, era conveniente apartarlos, empezando por aquellos con los que se estaba ligado.

18. En la Antigüedad, se llamaba a la puerta golpeando con el pie.

19. El hijo de la familia llamaba a su padre por su nombre de pila.

20. «Roma, situada en un paraje de montañas y de valles, parece como suspendida en el aire, con sus casas de varios pisos, atravesada de calles mediocres y muy estrechas» (Cicerón, *La ley agraria*, II, 96).

21. Esclavo encargado de indicar a su amo los nombres de los personajes que tenía que saludar (los utilizaban muy particularmente durante las campañas electorales).

22. Los platos enumerados a continuación fueron servidos realmente con ocasión de un festín del que hemos conservado el menú. El banquete tuvo lugar durante los años sesenta antes de nuestra era. Julio César participó en el mismo.

23. Tito Livio, *Historie romaine*, XXXIX, 6, 7-9.

24. Algunos años más tarde, Cicerón pagó por una mesa parecida el precio exorbitante de 500.000 sestercios. J. Andreau («Les Banquiers Romains», en *L'Histoire*, 18 [1979], p. 16), evalúa el sestercio en tres francos franceses de 1979, aproximadamente.

25. La anécdota es auténtica y es relatada por Plutarco en su pequeño libro sobre los oráculos de la Pitia de Delfos.

26. Es la descripción de Grecia que nos transmiten Dion Crysostomo y Pausanias, que escriben a principios del segundo siglo d.C.

27. Séneca (*Controversias*, 1, 2) que escribía en el primer siglo de nuestra era, nos da así un ejemplo de los casos de retórica con los cuales se ejercitaban desde hacía largo tiempo los oradores en ciernes.

28. Lucrecio, 3, 995-1.002 (Lucrecio vivió entre el 99l 95-55 a.C.)

29. Las tribus eran las circunscripciones electorales.

30. Este alegato está inspirado en dos discursos de Cicerón (*Pour Murena*, 70-72; *Pour Flaccus*, 106).

31. Uno de los nombres dados a las prostitutas (de ahí el término “lupanar”) a causa del apetito sexual desarrollado de este animal. También se las llamaba scortum (la piel), *spurca* (basura). El término de *meretrix* (la que merece un salario por el comercio de su cuerpo) hace alusión principalmente a la inmoralidad y a la desvergüenza más que a la venalidad. (Véase P. Veyne, *L'Élégie érotique romaine*, Le Seuil, 1983, p. 229, n. 72.)

32. Los *tresviri* y los *ediles* son los magistrados encargados del mantenimiento del orden, que es muy insatisfactorio. En Roma no existía ninguna fuerza de policía en el sentido moderno del término.

33. Se han encontrado varios collares de este tipo en Roma que llevan el mismo tipo de fórmula: «Atrápame, puesto que me fugo, y hazme regresar». O: «Me llamo Januario, soy esclavo de Dexter, ujier del Senado, que vive en la quinta región».

34. Término destinado a designar a los proxenetes.

35. *Corpus des inscriptions latines*, IV, 3.951.

36. El 93 a.C.
37. Catón pertenecía a la familia de los Porcios.
38. Aquilón para los romanos..., y Mistral para los marseleses actuales.
39. Actualmente el Faro.
40. «*Graecus homo ac levis*» (Cicerón, *Sobre las provincias consulares*, 15).
41. «Buenos días» en griego. La anécdota es auténtica: Lucilio, 88-94 (Lucilio vivió del 180 al 103 a.C.). Como lo ha sugerido P. Veyne en el transcurso de un debate radiofónico reciente, si se quiere comprender hasta qué punto Roma fue penetrada por la cultura griega, se puede pensar en la influencia de Occidente sobre el Japón contemporáneo.
42. Actualmente el estrecho de Gibraltar.
43. Las hoplotecas eran los edificios donde se almacenaban las reservas de material.
44. En griego, *arctos* significa oso.
45. Por Bretaña es necesario entender la Inglaterra actual.
46. Cronos es el dios griego del tiempo.
47. Homero, *Odisea*, X, 82-86.
48. Herodoto, IV, 25.
49. Píndaro, *Pythique*, X, 46-55, 66; III^e *Olympique*, 23-33, 55-60; Diodoro de Sicilia, II, 47. (Para más detalles sobre las leyendas propagadas en el mundo antiguo a propósito de los hiperbóreos, ver Ian Whitaker, «The Hyperboreans of the Ancient World», en *Inter-Nord*, 16 [1982], pp. 139-157.)
50. Herodoto, IV, 33.
51. Actualmente Holanda y Dinamarca.
52. Plutón era el dios de los infiernos.
53. Thule es el punto más al norte que alcanzó Piteas.
54. Región situada entre Turquía y Siria, en el litoral mediterráneo, al norte de la isla de Chipre.
55. Aproximadamente doce metros (1 paso = 1,472 metros).
56. Actualmente Génova y Narbona.
57. Mercurio.
58. Las 21:30 h aproximadamente.
59. En la mitología griega, Faetón era el hijo del Sol y de Climene. Quiso conducir el carro de su padre, pero al no saber dirigirlo, abrasó la tierra y fue fulminado por Zeus.
60. Ver P. Veyne, *op. cit.*, pp. 221, n. 29; 230, n. 3.
61. Tibulo, *Elegías*, 1, 3, 57-66 (Tibulo nació hacia el 60 a.C.).
62. Territorio al sur del Mar Negro.
63. La mala estación.
64. La buena estación que empezaba a principios de marzo.
65. El dios griego del mar.
66. El diario de a bordo de Piteas nos ha llegado de la misma forma que a Lucio. Un autor marselés hizo hace varios años una reconstitución ficticia, de lectura agradable: F. Lallemand, *Journal de bord de Pythéas de Marseille*, France Empire, 1974.
67. Cádiz en nuestros días.
68. España en nuestros días.
69. Actualmente Gran Bretaña
70. Actualmente Irlanda.
71. En realidad, nuestro mar Báltico.
72. El golfo de Vizcaya.
73. Actualmente Tánger.
74. Los *keleustos** eran los jefes de los remeros.
75. Cálculo de una precisión sorprendente, puesto que la latitud de Marsella es exactamente de 43° 17' 4" Norte.

* Ya puestos a mantener el grecismo, la forma plural correcta sería “*keleustoi*” [Nota del escaneador]

76. Actualmente la Punta de Raz.

77. Costumbre legalizada particularmente por César en determinadas regiones de Bretaña.

78. Tito Livio, *Historie romaina*, XXII, 57, 6.

79. En latín luz se dice «lux».

80. Actualmente la isla de Anglesey.

81. Actualmente el cabo de Land's End, en el sudoeste de Inglaterra.

82. Actualmente Burdeos.

83. Celebrada el primero de noviembre.

84. Los antiguos creían en la existencia de dos espermas, uno masculino y el otro femenino (de hecho las secreciones vaginales), cuya mecía era necesaria para que se produjera la concepción. Se encuentra la misma creencia en la Edad Media.

85. Se polemiza todavía hoy sobre la identificación de la tierra que Piteas llamó la «última Thul» precisando que se trataba de «la última en el extremo del mundo habitado». Las teorías más recientes quieren ver en ella a las islas Shetland más que a Islandia. Por mi parte, sería más bien partidario de la opinión contraria por una serie de razones que no puedo desarrollar aquí. Cito por lo menos las más importantes. Las expresiones que Piteas emplea para describir el extraño estado del mar alrededor de Thule («mar coagulado», «pulmón marino») no pueden aplicarse, a pesar de lo que haya dicho, más que al mar helado, o a punto de helarse. Pues en verano (estación del viaje de Piteas) e incluso teniendo en cuenta las variaciones históricas del clima ártico, está excluido que este fenómeno se produzca en la latitud de las Shetland, o que los hielos polares deriven hasta allá sin fundirse. Por otra parte, los mitos recogidos por Piteas entre los habitantes de Thule —que yo coloco en boca de Deirdré— aluden visiblemente a erupciones volcánicas, como se sabe frecuentes en Islandia.

86. En el plano histórico, ningún documento permite probar que los celtas hayan tocado efectivamente esta costa, que es la de Groenlandia, incluso lo contrario es prácticamente cierto. En compensación, sabemos que a partir del año 900 d.C. tuvieron lugar contactos entre escandinavos y groenlandeses. En esta fecha, el vikingo Gumbjiirn, impulsado por la tempestad lejos de Islandia, derivó por casualidad hasta allá y, de retomo en Islandia, relató la aventura a sus compañeros. A continuación los vikingos intentaron varias expediciones, que llegaron a América hacia el año 1000, tras haber colonizado el sudoeste de Groenlandia.

87. El rompimiento frontal de los glaciares en el mar, que origina los icebergs, va siempre acompañado de un estruendo similar al del trueno.

88. Estos «detalles» son históricos (aunque se refieran a una época posterior). En el año 61 d.C., para vengar la masacre de los druidas de la isla de Môn cometida por los romanos, la reina bretona Boadicea hizo sufrir los suplicios aquí descritos a las mujeres de buena cuna de las ciudades ocupadas por los romanos (Dio Cassio, XLII, 7).

89. Nombre dado por los romanos a las crisis de epilepsia.

90. Actualmente Isernia, a treinta y cinco kilómetros al noroeste de Cassino.

91. Actualmente Nápoles.

92. El «ingenuo» es el individuo nacido libre.

93. Sobre la condición social del liberto, ver P. Veyne, *op. cit.*, Pp. 85-91. El autor hace observar finamente que: «El liberto no saldrá nunca de su status y, convertido en liberto, así permanecerá, mientras que sus hijos, automáticamente, serán ciudadanos: no se podía hacer nada ni por él ni por ellos en general, lo que explica sin duda la libertad de costumbres en este grupo cambiante; el conformismo que almea la conducta personal dentro de las instituciones en vigor es cultivado en aquellos medios en que se reproducen en cada generación, que tienen que esforzarse por transmitir sus privilegios a sus descendientes. La libertad de costumbres de los libertos, por el contrario, es bastante comparable con la de los medios literarios o artísticos: el talento, no siendo una herencia, no condiciona en cuanto a la aprobación o desaprobación de una vida decente para ser bien visto por la sociedad global» (P. Veyne, *op. cit.*, p. 90).

94. Magistrado encargado de administrar justicia dentro de la ciudad de Roma.

95. El término latino que significa espelta es *far*, de donde viene el nombre de *confarreatio* dado a este tipo de matrimonio.

96. L. Iulius Caesar, cónsul el 90 a.C. (personaje diferente de Julio César, que tenía entonces sólo once años).

97. Actualmente Ascoli Piseno, a ochenta kilómetros de Ancona.

98. Ciudad situada en el interior de las tierras, entre Roma y Capua.

99. Cicerón, *Filípicas*, XII, 11, 27.

100. Actualmente Albania.

101. El lanista es el personaje que dirige a los gladiadores.

102. Efectivamente aún se conservan huellas en nuestros días.

103. Ver el texto de Plinio el Viejo, *Historia natural*, XIV, 10.

104. En la Antigüedad, el término “villa” designa la explotación agrícola.

105. Las cifras y las estimaciones que siguen han sido elaboradas a partir del ejemplo aportado por la denominada villa de Boscoreale. Se trata de una villa pompeyana.

106. Aproximadamente 91.000 litros.

107. Según R. Etienne *La Vie quotidienne à Pompei*, Hachette, 1966, p. 234 este porcentaje correspondería a la media de beneficio agrícola en la Campania antigua.

108. La descripción de Pompeya que se da en las páginas siguientes es la de los años noventa a.C., mientras que la ciudad que se visita actualmente se presenta en el estado en que la sorprendió en el año 79 d.C. la erupción del Vesubio, tras casi dos siglos de romanización, lo que explica que algunos monumentos y casas cuyos vestigios se pueden ver en nuestros días no habían sido aún construidos en la época en que se sitúa el libro.

109. El mar estaba entonces mucho más próximo de las tierras que en nuestros días.

110. Aproximadamente 5.400 m².

111. El *strigile* era una especie de rasqueta para limpiar la piel.

112. Sobre la aparición de la desnudez entre los atletas antiguos, ver J. P. Thuillier, «Quand les athlètes étaient nus», en *L'Histoire*, 66 (1984), Pp. 81-83.

113. Pozzuoli, cerca de Nápoles.

114. La descripción de esta casa es la de una de las mejores residencias de Pompeya, construida en la época samnita, a la cual los arqueólogos dieron el nombre de «Casa del Fauno».

115. Especie de salón de recibo.

116. Este mosaico se encuentra actualmente en el Museo Arqueológico de Nápoles.

117. Los romanos de esta época no tenían en cuanto a la vida en el más allá muchas más certidumbres que nosotros. Gracias a una serie de ritos y de costumbres, habían logrado, no obstante, familiarizarse mejor que nosotros con la muerte. ¿Qué diríamos hoy de carreteras nacionales o de autopistas bordeadas de cementerios?

118. Inscripción del Corpus de Dessau, 1967.

119. Este mosaico adorna una de las tumbas de la necrópolis de la *Isola Sacra*, cerca de Ostia.

120. Este tipo de inscripción funeraria era frecuente a finales del siglo I a.C., lo que traduce probablemente la confusión de los individuos ante la inestabilidad de la época y la impotencia de la religión tradicional para colmar las angustias de los hombres de ese tiempo.

121. Para los romanos, la ociosidad predispone a la calamidad que es el amor-pasión. No porque la misma confiera disponibilidad, sino porque es la señal de un carácter débil que no es más capaz de coraje en el servicio de la ciudad que frente a sus propios sentimientos (ver P. Veyne, *op. cit.*, p. 178).

122. Caronte es el barquero del Styx, el río que bordea los infiernos.

123. La descripción y los diálogos que siguen están, en lo esencial, sacados de fuentes antiguas. El texto literal se encuentra en *Corpus des Inscriptions Latines*, VI, 21521 (inscripción donde una madre describe la aparición de su hijo recientemente fallecido); Cicerón, *El sueño de Escipión*, libro VI de *De Republica* (Cicerón relata las palabras de Publio Cornelio Escipión Emiliano [184-129

a.C.] que narra el diálogo que cree haber mantenido con su abuelo adoptivo, Escipión el Africano, tras el fallecimiento de este último).

Se presenta a los romanos como a un pueblo ante todo pragmático y poco inclinado a las especulaciones intelectuales y metafísicas. Esto no es inexacto, pero de todas formas es incompleto. Lo que nosotros llamamos lo irracional, ocupaba también un amplio lugar en su existencia, donde la dimensión onírica no está ausente en absoluto. Releamos las vidas de los grandes personajes de esta época. Comprobaremos que ellas están llenas de sueños premonitorios, de visiones, de presagios funestos o felices, de apariciones misteriosas. Lo imaginario, la esperanza y la angustia ocupa así bien o mal su espacio en el seno de una religión, demasiado a menudo formalista, y por otra parte, cada vez con más antagonismos, en la época en que se sitúa este relato, gracias a la incorporación de los cultos de misterios procedentes de Oriente.

124. Según Dio Cassio, fragmento 109, 16.

125. El *mango* es el intermediario especializado en el comercio de esclavos, que se aprovisiona de diversas fuentes al por mayor y revende al detalle en los mercados.

126. El precio de los esclavos variaba evidentemente casi hasta el infinito según las cualidades individuales, la abundancia de la oferta, las modas que pesaban en la demanda. Por otra parte, se sabe que las conversiones de valores monetarios antiguos en francos actuales son aleatorias o mejor imprecisas. Podemos, sin embargo, para dar una idea, arriesgarnos a hacer una equivalencia. En los años 200 antes de nuestra era, en la época de las grandes conquistas proveedoras de ganado humano, un esclavo capaz de prestar servicios corrientes valía de 150 a 300 denarios, o sea una suma comprendida entre 2.400 y 4.800 francos actuales (francos franceses de 1984).

127. Hoy Lentini, a cuarenta y dos kilómetros al noroeste de Siracusa.

128. En el 86 a.C.

129. Los *monitores* eran los vigilantes de segundo orden.

130. En latín lo que se refiere al rebaño se designa con el calificativo de *gregalis*.

131. En el 104a.C.

132. O sea alrededor de 900 francos-oro por medio hectolitro.

133. Especie de manzanilla, llamada hierba virginal, en honor a Atenea diosa-virgen.

134. Danza guerrera de origen dórico.

135. Lámpara encendida noche y día ante la estatua de Atenea Poliada y que se adornaba sólo una vez al año.

136. Plutarco, «Sila», *Vidas paralelas*, XIII.

137. Las hojas arqueológicas del Ágora y del Dipylón han revelado numerosas huellas de la amplitud de las destrucciones llevadas a cabo durante el saqueo de Atenas por las tropas de Sila. Por otra parte, bajo la dominación romana, es preciso esperar al emperador Adriano (Sila entra en Atenas en el 86 a.C., mientras que Adriano reina del 117 al 138 d.C.) aproximadamente para que se quitaran las últimas ruinas.

138. La que servía en el ritual de emancipación para la vindicta.

139. Los historiadores estiman que en seis meses se ejecutó alrededor de 4.700 proscritos.

140. Nombre dado a la barra transversal de la cruz que constituía su parte móvil.

141. «Gregario, esclavo fugitivo y rey de las Saturnales.»

142. Magistrado encargado más particularmente de administrar justicia en la capital.

143. En el 78 a.C.

144. La *venatio* es un espectáculo circense donde intervienen los animales salvajes o exóticos; lo más común es enfrentarlos a los hombres. Más raramente, se los exhibe mostrando sus habilidades, comparable con lo que se puede ver en nuestros propios espectáculos de circo.

145. El término *munus* significa regalo. Por extensión, servía para designar los espectáculos de gladiadores ofrecidos al pueblo por sus dirigentes.

146. El *ludus* (juego, en latín) es la escuela de gladiadores.

147. *Armatura* significa armadura y por extensión, califica los grandes tipos de combates en los que eran enfrentados los gladiadores.

148. El editor es el personaje que ofrece los juegos y alquila los servicios del lanista, si él mismo no posee su propia cuadrilla de gladiadores, privilegio reservado a los personajes más ricos... y a los especuladores.

149. El estribo era desconocido en esta época.

150. Aquéllos interesados en las costumbres electorales romanas leerán con interés el *Pequeño Manual de Campaña Electoral* (*Commentariolum Petitionis*) redactado a finales del año 65 a.C. por Quinto Cicerón a la intención de su hermano Marco (el abogado) que se presentaba entonces al consulado (hice un análisis en mi obra precedente, *Rome, démocratie impossible?*, Pp. 326-332).

151. La *cena libera* hace pensar en la visita de los toros la víspera de la corrida. Los espectáculos tauromáticos ofrecen, por otra parte, un cierto número de similitudes con los juegos de gladiadores.

152. En vez de *contubernalis* (concubina) que hubiera sido el término jurídico apropiado. La práctica era, de todas maneras, muy corriente entre los esclavos que, por razón de su *status*, no podían nunca casarse legalmente con sus compañeras.

153. Especie de tablilla que hacía las veces de billete.

154. Los sentimientos que presto aquí a Lucio resumen las raras críticas que se produjeron en la Antigüedad contra los *munera* de gladiadores. El lector habrá observado la ausencia de la crítica que viene espontáneamente a la mente de nuestros contemporáneos: la acusación de inhumanidad de los juegos. Aparentemente, en la historia de las mentalidades, es éste uno de los más grandes enigmas que parece plantear la Antigüedad romana. ¿Cómo los mismos hombres que se deleitaban con Platón, Aristóteles y Virgilio podían —en el mejor de los casos— permanecer indiferentes a estas carnicerías? Se puede responder —pero es sólo una respuesta parcial— que los nazis podían encontrar a la vez gusto en Beethoven y en Wagner y enviar a millares de judíos diariamente a las cámaras de gas. Pero la ambivalencia de la naturaleza humana no sirve para explicarlo todo. En Roma, los juegos de gladiadores eran objeto de un *consensus* infinitamente más amplio y más franco. Los campos de exterminio rodeaban de secreto sus siniestras actividades, mientras que los gladiadores se destripaban en pleno Foro sin que esto haya originado durante siglos ningún movimiento de horror por parte de la multitud. Y sólo porque el *consensus* se basaba sobre la naturaleza profundamente inferior de los combatientes, lo que era suficiente para disculpar ante sus conciencias el placer que experimentaban. El problema planteado por este tipo de espectáculo no es, por desgracia, saber si puede procurar placer o no —es bien sabido que el sufrimiento del prójimo es a menudo agradable, sin duda sobre todo porque el espectador y el verdugo lo hacen recaer sobre un tercero— sino saber cómo se pueden suspender temporalmente las reglas del condicionamiento social aprendidas desde la infancia, que tienen como finalidad permitir la vida en grupo, regulando la agresividad. Los romanos educados lo consiguieron rebajando a aquellos que organizaban enfrentamientos en la arena, o más bien al no llevar allí, salvo algunas excepciones muy pronto reprimidas por la legislación, más que a individuos pertenecientes a grupos sociales situados muy abajo en la escala de los valores comúnmente aceptados. No creo equivocarme mucho al afirmar que el personal nazi de los campos de exterminio logró un «tour de force» similar. La diferencia con los romanos estriba en el hecho de que todos los alemanes no estaban efectivamente convencidos de que los judíos eran criaturas infrahumanas. Si éste hubiera sido el caso, se habrían podido construir sin dificultad las cámaras de gas en el centro de Berlín o de Francfort. Otro punto puede presentar problemas. Efectivamente, el lector se indignará quizá por las contorsiones mentales a las que se libraban las élites romanas, compadeciendo más a los espectadores que a los gladiadores. ¿Quién puede decir que uno mismo se haya dado cuenta del problema —inconscientemente espero, lo que no quita casi gravedad a la cosa— cuando se encuentra, por ejemplo, confrontado al problema planteado por las películas pornográficas? Suponiendo que desprecien este tipo de espectáculo, ¿a quién compadecen más nuestros hipócritas? ¿A los espectadores o a los actores? La observación es aún más justa en lo que se refiere a las actitudes dominantes (siempre hay excepciones...) frente a la prostitución. Se puede decir efectivamente que los emolumentos que cobran los actores de las películas mencionadas por sus actuaciones no va a parar a otro sitio que no sea sus propios bolsillos.

Mientras que las prostitutas están sumergidas en una situación de alienación total, debida muy frecuentemente a su miseria cultural y socioeconómica. En este punto, cedo la pluma a G. Ville (*La gladiature en Occident*, Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, Roma, 1981, Pp. 463-464), que establece perfectamente el paralelismo entre nuestras actitudes mentales a este respecto y la de los romanos frente a los gladiadores: «... se puede estar contra la prostitución, o las prostitutas, por razones muy diversas. Se puede considerar a las prostitutas como víctimas de la sociedad y odiar, en consecuencia, la prostitución: es la actitud propiamente altruista y compasiva. No deja de ser una posición bastante nueva; antes de esta época reciente, existían dos actitudes diferentes que son exactamente parecidas a las dos únicas actitudes de contestación que los romanos hayan jamás adoptado frente al espectáculo gladiatorio: la primera consiste en odiar la prostitución, no por conmiseración por la prostituta, sino más bien porque la prostitución es un foco de impureza para el público; la segunda actitud, que es más antigua aún, admite perfectamente la existencia oficial del oficio más viejo del mundo, no hace ningún tipo de reproche a los que frecuentan a las prostitutas y considera la existencia de la prostitución como necesaria políticamente: se limita a despreciar, o más bien a desdeñar a la prostituta misma, considerada como socialmente degradada. Así hacen los romanos con sus gladiadores: los admiran, van a verlos en el anfiteatro sin escrúpulos, pero está mal visto el frecuentar los círculos de gladiadores y de lanistas».

155. En una época posterior, los editores de juegos llegaron a tal grado de refinamiento que hacían extender pétalos de rosas en la arena...

156. Un hecho lo prueba, entre tantos otros. Las escenas de combates gladiatorios que la arqueología ha conservado por la vía indirecta de los objetos sobre los cuales estaban representados, conciernen en una aplastante mayoría a su último episodio. Se ven muchos menos gladiadores combatiendo que aquellos que esperan el signo fatal del editor, ordenando que los degüellen o acordándoles la gracia al concederles su *missio*. Sobre este punto, capital para la comprensión de la mentalidad de los espectadores de los munera gladiatorios, es preciso leer y releer los comentarios de G. Ville: «El interés del combate gladiatorio residía en su episodio final: la espera de la sentencia o el eventual decapitamiento del que era derrotado, o más bien —todo estaba allí— el que se había rendido. Se trataba no de dominar técnicamente a un adversario, sino de llevar a un hombre a demandar que se decida deliberadamente sobre su vida o su muerte [...] La cuestión no estaba en saber qué combatiente sería el derrotado, qué combatiente sería herido y por consecuencia reputado vencido; estaba en saber si se degollaría o no al herido en cuestión. Lo que decidía el resultado del combate era la decisión del *munerario* o del público y no la suerte de las armas [...] El vencido esperaba que se decidiera su suerte y el público escrutaba ávidamente el rostro del desgraciado. El combate de gladiadores no era un combate de esgrima más o menos enérgico, un combate que terminaba mal, según la decisión objetiva de la suerte de las armas; era una tragedia dirigida fatalmente hacia un epílogo muy determinado, una muerte física y, en todo caso, una muerte moral: obligar a un hombre a consentir la sentencia de su eventual degollamiento. Esto no tenía nada que ver con lo que llamamos un duelo, aunque fuera un duelo a muerte: no era una exhibición de habilidad y la sanción no era de orden técnico. Era, a menudo, el placer de ver a un hombre moralmente quebrado hasta el punto de aceptar que se decida acerca de su muerte deliberadamente. Ver morir a un hombre era, pues, el gran placer del *munus*». (G. Ville, *op. cit.*, pp. 423-424).

157. Fue 5. Agustín (*La Ciudad de Dios*, 4, 27), quien en una época muy posterior, expuso esta opinión y de hecho, evidentemente, la crítica.

158. En el segundo siglo antes de nuestra era, el historiador griego Polibio justifica, por la ignorancia del pueblo, las manipulaciones de la religión a las que se entregaban las élites romanas: «... es en el campo de las concepciones religiosas donde la superioridad de la ciudad romana es la más grande. En mi opinión, lo que en los otros pueblos constituye un defecto que se critica, asegura entre los romanos la cohesión de la colectividad. Quiero hablar de la superstición. Las prácticas que se desprenden de la misma son presentadas entre ellos de forma tan teatral, y se les atribuye un papel tan importante en la vida privada y pública, que sobrepasa todo lo que se pueda imaginar. Muchos quedarían sorprendidos de ello. Por mi parte, pienso que esas prácticas se desarrollaron

ante todo con destino a las gentes del pueblo. Si fuera posible que una ciudad no estuviera formada más que por sabios, estas prácticas no serían sin duda necesarias, pero como la multitud es en todas partes inconstante, víctima sin cesar de las pasiones desatadas, de los impulsos irracionales y de los arrebatos violentos, no se la puede contener más que por el miedo de las cosas invisibles y por las representaciones del tipo que he citado» (Polibio, 6, 56).

159. Es decir en el 179 a.C.

160. Las excavaciones arqueológicas han establecido que los edificios construidos posteriormente por César para resguardar del sol a los electores podían contener un máximo de 70.000 personas (ver L. Ross-Taylor, *Roman Voting Assemblies*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1966, p. 113).

161. Es probable que el mito del Minotauro fuera la transposición en lo imaginario del terror que experimentaban los cretenses durante los terremotos y los fragores subterráneos que los acompañaban.

162. Contrariamente a lo que se piensa con frecuencia, los templos antiguos no tenían la blancura inmaculada con que los conocemos hoy en día. Por el contrario, estaban pintados con colores muy vivos (quedan algunas huellas aún visibles sobre algunos frisos del Partenón). La misma observación es válida para un buen número de estatuas que adornan las portadas de nuestras catedrales (particularmente en Reims).

163. Es probable que la brusca desaparición de la civilización minoica fuera debida a un cataclismo natural que sobrevino en la isla de Thera (actualmente Santorini), situada a sólo 130 km al sur de Creta. Un terremoto muy violento se produjo allí en la época en que desapareció la civilización minoica. Los arqueólogos y los vulcanólogos han podido calcular que el seísmo fue el doble de violento que el que sobrevino en 1883 en Krakatoa (en el Pacífico) y que mató a 35.000 personas. La erupción de Thera provocó, sin duda, olas enormes que sumergieron las costas cretenses. En cuanto a los palacios y a las ciudades, probablemente se desmoronaron debido a la violencia de los movimientos sísmicos. Es posible que el mito de la Atlántida, el continente sumergido del que nos habla Platón en el Critias, hiciera alusión a este acontecimiento. Sin embargo, se notará que algunos arqueólogos griegos han emitido recientemente dudas sobre la responsabilidad del cataclismo de Thera en la desaparición de la civilización minoica (ver «Adieu à l'Atlantide» *L'Histoire*, 57, (junio 1983) p. 75).

164. Como se sabe es lo que ocurrió cuatro años más tarde: en el 70 a.C. Cicerón acusó a Verres y sus primeros discursos fueron tan agobiantes que éste último juzgó preferible huir sin esperar el final del proceso, privando así a Cicerón del placer de pronunciar la mayor parte de sus *Verrinas* de las que felizmente conservamos el texto.

165. Estamos en el 72 a.C.

166. La escena descrita en estas líneas es imaginaria. Pero el episodio relatado es auténtico. Tras haber derrotado a los dos ejércitos consulares, Espartaco condenó a trescientos prisioneros romanos a combatir alrededor de las hogueras fúnebres de sus lugartenientes muertos en la batalla.

NOTAS FINALES

1. G. Duby-G. Lardreau, *Dialogues*, Flammanion, 1980, p. 191.

2. Ver N. Rouland, *Un Désir d'Histoire: identité et exotisme*, Cahiers Pierre-Baptiste 3, Actes-Sud, 1984.

3. Ver los resultados del sondeo publicado por la revista *Historia* (*Historia*, octubre 1982, p. 21).

4. Las novelas citadas por C. Aziza, «Rêves d'Antiquité», *Le Monde* (4 de noviembre, 1982), y más recientemente: M. Waltari, *Le Secret du royaume* (O. Orban, 1983); J. Schmidt, *Mémoires d'un Parisien de Lutèce* (Albin Michel, 1984); J. L. Curtis, *Le Mauvais Choix* (Flammarion, 1984). Se leerá igualmente con un placer y un interés particular: R. Ben Sapin, *Le dernier Gladiateur* (Alta, 1980).

5. Ver *Le Point*, 494 (8 de marzo 1982), Pp. 121-125; C. Suffert, «Tous les chemins mènent à Rome», *Le Point*, 554 (2 de mayo 1983), Pp. 132-133. Se agregará a lo anterior el libro reciente de M. Serres, *Rome, le livre des fondations* (Grasset, 1983), y los primeros títulos de la nueva colección «Realia» lanzada por las ediciones de Belles-Lettres, totalmente consagrada, según sus directores, a suscitar el interés de los amantes de la historia por «...una civilización que no conoce generalmente más que a través de una serie de lugares comunes o de recuerdos dolorosos de los temas y las versiones de su época escolar».

6. «Hay una poesía del alejamiento. Nada está más lejos de nosotros que esta antigua civilización; es exótica, más que eso, está abolida y los objetos que nos devuelven nuestras búsquedas y rastreos son tan sorprendentes como aerolitos. En lo que atañe a la herencia de Roma nos ha llegado poco. Y en qué dosis tan desleídas, y al precio de qué análisis e interpretaciones! [...] Por eso la historia romana es interesante: nos hace salir de nosotros mismos y nos obliga a plantear con nitidez las diferencias que nos separan de ella» (P. Veyne, *L'Inventaire des différences*, Le Seuil, 1976, p. 13). En el mismo sentido: «Roma es a la vez algo extremadamente lejano, completamente muerto, tanto como lo podría ser la etnografía. Por otra parte, para experimentar esta sensación del otro, del cambio radical, se podría ir a donde habitan los indios del Amazonas o los papúas [...] Los romanos, si me es permitido decirlo, son completamente otros y completamente ajenos. Pero son ejemplares en la medida en que continúan siendo para nosotros el modelo clave, la referencia suprema. Una referencia no real, pero absolutamente clásica». (P. Veyne, «Comment on écrit Rome», *Le Magazine Littéraire*, 199 [1983], p. 85.)

7. Ver N. Rouland, *Rome, démocratie impossible?* Actes-Sud, 1981.

8. «Ponéis una pizca de romanticismo venido del siglo XIX. Lo mezcláis con violencia y un delicado amor y obtendréis muchos relatos agradables. Y tanto más peligrosos de lo que en realidad lo son. Es el caso de los libros de Jeanne Bourin y de Régine Pernoud. Ellas presentan una Edad Media tranquilizadora, gentil o dulzona. Hablar de la promoción de la mujer en el siglo XII a propósito de Eleonor de Aquitania o de Heloisa es alienante, desmovilizante, porque es hacer creer que las aspiraciones feministas pueden encontrar satisfacción en el marco de un cristianismo al agua de rosas y de una sociedad crispada, que lo urgente no es luchar contra las estructuras misóginas, de las que todos los documentos demuestran que eran aún más sólidas en el siglo XII que hoy en día» (G. Duby, *Le Magazine littéraire*, 189 [noviembre de 1982], 25).

9. Debo citar todavía aquí las justas palabras de G. Duby: «¿La vulgarización de la historia que vosotros elogiáis no presenta igualmente riesgos de manipulación? En el mismo orden de ideas, ¿cómo juzgáis vosotros el actual florecimiento de la novela histórica, de la que una gran mayoría se inspira en la Edad Media? Es deseable el contacto con el público más amplio posible. La historia no gana nada en ser escrita únicamente para profesionales: el historiador no consigue nada escribiendo únicamente para colegas y para sus alumnos. A partir del momento en que se considera que la historia debe servir para una comprensión lúcida del presente, es preciso extender su saber lo más ampliamente posible, utilizando todos los medios, editoriales, televisivos y cinematográficos. En esta reserva próxima a evitar toda complacencia [...] cada vez más, esta historia tiene éxito, como también lo tienen la arqueología y la etnología» (G. Duby, *ibid.*, p. 24).

10. Ver P. Veyne, *L'Élegie érotique romaine*, Le Seuil, 1983, p. 217, n. 33.

11. G. Lardreau, *op. cit.*, supra n. 1, p. 7.

12. «... No creo que entre los historiadores actuales queden muchos que adopten aún el punto de vista del positivismo de hace cincuenta o sesenta años, cuando en pleno desarrollo de las ciencias exactas, se aseguraba con firmeza que era posible alcanzar un conocimiento escrupulosamente verdadero de lo que había sucedido en el pasado, que era posible construir una historia científica! Verdaderamente, estoy persuadido de la subjetividad inevitable del discurso histórico; del mío, en todo caso, totalmente. [...] Este discurso es producto de un sueño, de un sueño que, no obstante, no es completamente libre, puesto que las inmensas pantallas de imágenes de la que está formado, tienen que colgarse obligatoriamente de unos clavos, que son las huellas de las cuales hemos hablado. Pero, entre estos clavos, se insinúa el deseo [...] finalmente, nuestras fuentes son sólo una

especie de soporte, o más bien de trampolín. Para lanzarse, para rebotar, para construir con la mayor flexibilidad una hipótesis válida, afianzada sobre lo que han podido ser los acontecimientos o las estructuras» (G. Duby-G. Lardreau, *op. cit.*, pp. 44-45).

13. «... el historiador no debe confundirse. Lo que enuncia, cuando él escribe la historia, es su propio sueño, con toda seguridad existe entre la historia y la novela esta gran diferencia que estriba en el hecho de que la ficción histórica debe basarse en algo que haya verdaderamente sido vivido; pero el procedimiento no es, en el fondo, tan diferente». (G. Duby, «Aujourd'hui, l'historien», en *Le Magazine littéraire*, 164 [1980], p. 21.) Ver igualmente: «Inscribirla historia en la novela es solamente un modo de relativizar las formas de decir la historia que se quieren científicas. Es en realidad una frase agresiva: esto no vale mucho más que una novela; esto pone de manifiesto el mismo intento de interpretación». (P. Veyne, *Comment on écrit Rome*, *op. cit.*, p. 88.) En un libro escrito hace algunos años (*Mémoires de T. Pomponius Atticus*, Les Belles Letres, 1976) el mismo P. Grimal no temió dar un ejemplo de literatura en donde la ficción se une con la historia, respetándola. Con un método que recuerda al de M. Yourcenar cuando escribió las *Memorias de Adriano* (1958), el autor imaginó las memorias de Ático, el viejo amigo de Cicerón. ¿Novela? ¿Libro de historia? Sin duda las dos cosas a la vez y tanto mejor.

Como antropólogo que soy no puedo dejar de destacar que la antropología misma podría enriquecerse al relacionarse estrechamente con el género novelístico. Citaremos a este respecto la obra maestra de V. Segalen, *Les Immémoriaux* (reed. Plon, 1982) y uno se pone a soñar pensando que *Tristes Tropiques* debiera haber sido una novela...

Índice

[La referencia se corresponde con la edición impresa]

I.	La infancia de un noble	9
II.	La paloma y el olivo	31
III.	Tras las huellas de Piteas	75
IV.	Las manos ávidas de la muerte	151
V.	Saturnales	211
VI.	El camino del honor	263
	Por una nueva novela histórica	311
	Orientación bibliográfica	317
	Notas	319